CUADRO HISTÓRICO

DE LA REVOLUCIÓN
DE LA AMÉRICA MEXICANA.

COMENZADA EN QUINCE DE SEPTIEMBRE
DE MIL OCHOCIENTOS DIEZ.

POR EL CIUDADANO

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

SEGUNDA ÉPOCA

DEDICADA AL CIUDADANO GENERAL

JOSE MARIA MORELOS Y PAVON.

SU AUTOR,

CARLOS MARÍA DE BUSTAMANTE.

"Serán los vuestros hechos,
la grata ocupación de nuestros pechos."

TOMO 2

Primera Edición, 2010.

Derechos reservados.

Copyright 2010 por Armando Ríos Jáquez
Reproducciones Gráficas Laguna, S. de R. L. de C. V.
Praxedis Guerrero No. 506-A
Fracc. Rio 2000 Col. Leandro Rovirosa Wade
Torreón, Coahuila, México. C.P. 27120
Tel. (01-871) 793-1624
E-mail: arj.corpus@yahoo.com.mx
armandoriosjaquez@hotmail.com

Queda hecho el depósito que marca la ley.
ISBN (En Trámite)

CUADRO HISTÓRICO.

SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA PRIMERA.

Muy Sr. mío y amigo:

Mucho me alegro de que hayan merecido aprecio de V. y de otras personas las treinta anteriores cartas que forman la primera época de la revolución de la América mexicana.

Con la exactitud que hablé a V. en aquellas procuraré hablar en ésta; y para verificarlo y seguir el hilo de la historia lo tomaré gustoso saliendo en demanda de un hombre extraordinario que llenó de asombro a la América mexicana, y que aunque tuvo una suerte que no merecía, contribuyó con sus padecimientos a dar la libertad e independencia que ahora disfrutamos, y a que se dirimieran sus conatos; tal fue D. José Maria Morelos y Pavón.

Muy distante se hallaba de poder figurar en el mundo cuando a la edad de treinta años comenzó a estudiar los primeros principios de la latinidad sin más objeto como me lo aseguró francamente, que ocuparse en el ministerio eclesiástico. Parecía que sus votos estaban cumplidos cuando en el año de 1809 se dejó ver en Valladolid, de Michoacán con el fin de saludar a su hermana, objeto precioso de su corazón, y en cuyo obsequio había mandado fabricar una casa en aquella ciudad paulatinamente, y según adquiría con escasez algún dinerillo, regentando el mismo Morelos la obra, cuando una noche asistiendo a un coloquio, o sea fiesta del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, y donde por lo común se reúnen muchas familias, oyó hablar de las ocurrencias del año de 1808, es decir del arresto ejecutado en la persona del Virrey Iturrigaray, y de otros sujetos dignos de memoria y gratitud, tan solo porque habían procurado nuestra independencia y libertad; Morelos volvió en si como de un letargo, y en aquel momento sintió abrasarse su corazón del fuego hermoso del amor patrio; resolvió vengar tamaños ultrajes, y juró hacer la guerra a los enemigos de la América, no de otro modo que los griegos juraban hacer la guerra a los que robaran las ofrendas del templo de

Apolo empleando los pies, los brazos, la voz, y las fuerzas todas, contra ellos y sus cómplices.

También el alma siente afectos terribles en las conversiones políticas lo mismo que en las religiosas.

Por aquellos mismos días se hallaba Valladolid altamente conmovida con los arrestos hechos con el mayor aparato la mañana del 21 de diciembre, de orden del Teniente letrado asesor ordinario Terán.

El Cura Concha del Sagrario de aquella Iglesia le había delatado la conspiración que se meditaba, y por la que fueron arrestados el P. Fray Vicente de Santa Maria; el Lic. Michelena, su hermano D. Mariano, el Capitán García Obeso, y después lo fue el Lic. Soto Saldaña y otros.

Habíanse tenido juntas secretas para ella en varios lugares, y como al comisionado de Zitácuaro se le hubiese hecho entender que era necesario morir en la demanda, porque el que entraba en estas empresas difícilmente lograba el fruto de ellas, parece que no se encontró con vocación de mártir, y pasó a ser con otros de delator. Decidido Morelos a obrar de cualesquier modo hostilmente contra los españoles, se propuso fortificar en su curato de Carácuaro, y de hecho construyó aunque imperfectamente una especie de baluarte, colocando el foso entre dos paredones por en medio de los cuales pasaba el rió del pueblo. Tales eran sus medidas cuando supo del grito de Dolores y marcha del ejército sobre Valladolid; entonces voló a presentarse al Cura Hidalgo, que a la sazón había salido para México con su ejército. En vano procuró disuadirlo de la empresa el Conde de Sierra Gorda que era Gobernador de la Mitra (como me lo dijo dicho Conde cuando estuvo en esta Capital el año de 1811.)

Morelos alcanzó a los Generales en Charo: recibiolo afable el Cura Hidalgo al tiempo que estaba sentado a la mesa con Allende y el Doctor Castañeta, dispensándole el honor de su mesa: le expuso su resolución, y lo citó para el siguiente día temprano. Presentóse a la cita Morelos, y entonces le expidió un nombramiento de Coronel del departamento del Sur, que firmaron Allende e Hidalgo, y autorizó el Secretario Chico.

Encargósele con particularidad que tomase a Acapulco: en el acto de despedirse de aquellos Jefes todos ellos lo abrazaron, y aplaudieron su heroica resolución, quedando muy prendados de Morelos.... ¡Ah! si mi pluma fuera guiada por el entusiasmo, yo diría que en aquel momento transmitieron al corazón de Morelos el espíritu de patriotismo que los

devoraba, y que amalgamándose con el de este hombre, atizaron aquella hoguera que bastaba para incendiar a todo el Anáhuac. Yo creo ver en este momento a Bonaparte y Rochefort que terminando una sesión le dice el primero.... *A donde vas Rochefort*..... Y este responde.... *a hacer el daño que pueda a los enemigos de la Francia*....

Así parte Morelos a hostilizar por todos los medios imaginables a los enemigos de la libertad de su adorada Patria.

Ve con Dios hijo mimado de la victoria: el ángel tutelar de la América te guíe: la sombra de Moctezuma te requiera sin cesar en el silencio de la noche por la venganza de sus males, y de aquellas inocentes victimas que inmoló Alvarado en el templo de Huizolopuchtli..., que no dé golpe tu tajante espada sin herida, ni herida que necesite de segundo golpe,... que te acompañan las bendiciones de los buenos, y ellos elevan sus manos al cielo implorando sus auxilios sobre ti y tus valientes compañeros.

Al salir de Charo el Sr. Morelos condujo al Dr. Castañeta a ver la imagen de Jesucristo Crucificado que se venera allí; Castañeta le dio dos pesos para que aplicase una misa por su intención, y ambos se despidieron para no volver a verse jamás.*(a)*

(a) Este es uno de los más beneméritos eclesiásticos de la primera revolución, mi compañero en las prisiones de Ulúa, y persona muy apreciable por sus talentos y constancia. Remitido á España preso, se le confirió una canonjía de Ciudad Real de Chiapa que no ha querido recibir por venir de la mano de un Príncipe ocupado en oprimirnos.

Morelos partió sin demora con sus criados de servicio a su curato, donde muy luego mandó hacer veinte y cinco lanzas que después recibió.

Por fortuna he logrado tener en mis manos la historia de su derrotero, y juzgo necesario transcribirlo. Salí (dice) de Carácuaro: vino por el pueblo de Curumuzco, y pasó el rió grande en la hacienda de la Balsa con dos criados, una escopeta de dos cañones, y un par de trabucos. De allí pasó al pueblo de Cuahuayutla donde se le reunió D, Rafael Valdovinos con unos cuantos hombres; después al pueblo de Petatlán, allí encontró cincuenta fusiles mohosos y casi inútiles, y otras tantas lanzas pertenecientes á las compañías milicianas del pueblo: su capitán comandante D. Gregorio Valdeolibar se hallaba ausente en México; pero uno de sus sargentos (Bautista Cortés, que ahora es Capitán allí, y vive en la indigencia) le hizo entrega de este armamento. Pasó de allí á la

hacienda de S. Luís Petatlán de los Soberanes, donde se le reunieron algunos hombres que estaban temerosos del Comandante de Teipam D. Juan Antonio Fuentes, el cual tenía reunida una compañía, y aguardaba á Morelos en el paso del río de dicho pueblo de Teipam; mas se abstuvo de atacarlo porque receló de los Galianas (D. Juan José y D. Antonio) oficiales de aquella comarca y de aquel punto: marchó a Tecpam, pueblo de los mas grandes de la costa donde se le reunieron los Galianas, personas tan honradas como valientes, y que en lo sucesivo así como los Bravos merecieron su aprecio y confianza, y también D. Ignacio Ayala.

Dátase esta época fausta para aquella revolución en siete de noviembre (1810) día de la batalla de Aculco. El ocho marchó a la hacienda del Zanjón, donde por orden de D. Antonio Galiana entregó D. Fermín una compañía de las del mando de Fuentes con cincuenta fusiles útiles, e igual número de lanzas. Presentósele en este mismo lugar D. Juan José Galeana con setecientos hombres mal armados, pues solo tenían veinte armas de fuego propias de los arrendatarios de su hacienda. El 9 salieron reunidos sobre las fronteras de Acapulco, pasando ya de mil hombres la fuerza. Morelos tomó el punto del Veladero, y el 12 al encumbrar el cerro de este nombre, le ataco la compañía veterana de Acapulco con otros cuerpos milicianos a las diez de la noche. Como la fuerza americana no podía llamarse por entonces ejército, no tenia disposición para resistir a un ataque serio; sin embargo se defendió con brío, y aunque el campo quedo por Morelos, se retiró este lo mismo que el Comandante español para Acapulco, (llamábase D. Luis Calatayud) el ejército americano apenas tuvo un hombre herido, y avanzó hasta el punto del Ahuacatillo donde se atrincheró con unos tercios de algodón, y se hizo firme. Ocupo también el de la Sabana, distante menos de media legua, y confió el mando de este campo a D. Miguel de Avila. Extendíanse las avanzadas de Morelos por los puntos de las Cruces y Marqués, destacándose otras partidas al pie de la Cuesta y Veladero.

En estos lugares hubo pequeños reencuentros con el enemigo, de los que no sacó cosa de provecho. Diose el mando del punto el pie de la Cuesta a D. Juan José Galiana, donde lo atacaron infructuosamente dos veces dos lanchas cañoneras. No será inoportuno digamos aquí que en el ejército americano era desconocida la artillería, y tanto, que el primer cañón que tuvo fue uno pequeño llamado el niño. Habíalo comprado D. Juan Galeana a unos náufragos de la Costa, destinándolo a las salvas de la fiesta de Sr. San José de la hacienda de aquella familia.

Súpose en esta sazón que D. Francisco Paris, Comandante de la división del Sur venía a atacar a Morelos con 1,500 hombres, por lo que éste se retiró al punto del Veladero.

Efectivamente, como el nombre del ejército americano se había hecho respetable, el virrey Venegas había reunido toda la fuerza posible para estorbar el levantamiento de la Costa; entonces fue cuando se hicieron salir de la de Oaxaca los oficiales llamados de la Costa, o como si dijésemos unos hombres que jamás habían visto a sus soldados, ni sabían qué lugar ocupaban en el mapa geográfico, el de la residencia de sus cuerpos: marcharon pues entre ellos los magros sujetos de los más acaudalados de Oaxaca.

Para resistir Morelos vigorosamente el ataque que esperaba con calma, encomendó el mando a D. Juan José Galeana, y he aquí en batería al cañón niño, cuya defensa se confió a un negrito de extraordinario valor, llamado *Clara*, hombre infeliz que vaga por las calles de esta Capital, insultado, pidiendo limosna, y amputada una mano.*(b)*

(b) ¡Que mengua que esta sea la suerte del primer artillero del ejército nacional!

París se dejó ver a las ocho de la mañana del día 8 de diciembre de 1810, con dos culebrinas por San Marcos y las Cruces: comenzó el fuego; pero a poco uno de sus cañones con la fuerza del embique o retroceso, se desmontó e inutilizó; no corrió esta suerte el pedrero niño, pues atado a un palo de Cuauhtecomate menudeaba tiros de metralla como llovidos, pero tan certeros que mató catorce hombres.

La acción duró todo el día hasta entrada la noche; y durante aquella, París Atacó de frente, en columna, y de cuantas maneras pudo; pero constantemente fue rechazado sosteniéndose los americanos en los bosques inmediatos sobre que apoyaron su infantería, y principalmente noventa hombres tiradores que organizó don Julián de Ávila. Igual suerte corrió la columna de Acapulco que simultáneamente atacó por el punto de las Cruces.

Los españoles dejaron en su campo cuarenta muertos que se encontraron insepultos, quien sabe a cuantos ocultarían en los zanjones, cuyos vestigios se notaron.

Morelos tuvo seis muertos y catorce heridos. Cuéntase entre los

primeros un artillero volado con el repuesto de pólvora que tenía muy inmediato, y que por imprecaución incendió él mismo.

Los parapetos de que usó Morelos en este día fueron de cuero, madera y algunos ladrillos, pues ignoraba hasta los elementos de fortificación práctica; en lo sucesivo ya se condujo con mayor precaución; quería que antes de corresponder al fuego de sus enemigos se les hablase a éstos, y persuadiese por la razón, pues le era muy sensible derramar la sangre de sus hermanos.

París puesto en retirada, acampó en el punto de *Tonaltepec* a las márgenes del río de la *Sabana,* y como se dispusiese para repetir el ataque, hizo traer cuatro culebrinas de Acapulco y un obús; fabricó trincheras portátiles de cuero, y también puso a punto de defensa sus destacamentos de *Tres Palos,* y *Cuauhlotes*: en el primero tenía doscientos hombres, y quinientos en el segundo: su cuartel estaba como he dicho en *Tonaltepec.*

Sorpresa de Don Francisco París en su campo.

La situación de Morelos era bastante crítica en estos días; es verdad que él tenía el honor del triunfo, pero carecía de lo muy preciso para su subsistencia: escaseábale el parque, y no esperada una acción de la duración de la pasada. El menor revés de la fortuna bastaba para desanimar y dispersar su gente, y las fatigas de una campaña apenas pueden sufrirse por largo tiempo. Recurrió pues en tal conflicto, y le surtió buen efecto a su destreza y maña. Había en el campo de París un capitán llamado D. Mariano Taváres, el cual había desaprobado altamente la prisión del virrey Iturrigaray; este que entonces era un crimen fue bastante para que se le arrestase en Acapulco y agriase sobremanera. Resolvió por tanto vengarse de sus enemigos entregando a americanos el campo. Había asimismo cuatro anglo-americanos, a saber, David Collé, Pedro Elías Béan, y Guillermo Alendín, a los cuales tenía presos en Acapulco el Gobierno español por habérseles encontrado mapeando el territorio, y por cuyo motivo los trataron como a reos de estado.

No obstante esto, como el Gobernador de Acapulco encontró en ellos los principios militares de que él y sus jefes carecían, los agregó al

ejército, y procuró ganarles la voluntad para servirse de sus conocimientos. Mal avenidos por esta suerte precaria fácilmente se convinieron con Taváres, y entraron en sus planes de prodición. Morelos destacó ochocientos hombres por el bosque, dando orden de que avanzasen con el mayor sigilo por retaguardia del campo D. Julián Dávila con sesenta hombres escogidos tuvo orden de lanzarse sobre la artillería; la seña era responder al *quien vive* de los centinelas enemigos *silencio*... Llegado al puesto primero, y dada la voz por la guardia avanzada se le respondió con la contraseña Taváres estaba pronto, y D. Marcos Landín su compañero; este tomó a Dávila de la mano, le mostró la artillería; respondió sin turbarse al centinela, y se arrojaron impetuosamente sobre la batería.

Entonces los americanos empezaron a hacer fuego al aire con los fusiles, y he aquí introducida la confusión en el Campos de Paris. Este conoció su situación peligrosa, y salió disfrazado con una manta envuelto gritando.... *¿Dónde está Morelos?* ardid con que engañó a los americanos que lo creyeron suyo, y por lo que pudo salvar. Sin embargo, algunos soldados de su mando, o por menos sobrecogidos, o por más valientes, o porque tuvieron algunos momentos para aprestarse hicieron fuego sobre los nuestros y mataron a cuatro: Paris tuvo tres muertos: entonces la tropa emboscada avanzó sobre el campo sorprendido, y consumó la obra haciendo como ochocientos prisioneros; tomáronse setecientos fusiles, sin contar los muchos que ocultaron los negros, cinco cañones, nueve cargas de parque de fusil, y los correspondientes a la detonación de la artillería, muchos víveres, y no poco dinero que se distribuyó por su mano la tropa; pues solo setecientos pesos tomó Morelos: ocupáronse además los equipajes de los oficiales, que no eran poco valiosos.

Aunque Morelos trató el plan de la sorpresa, no se halló en ella y tuvo la noticia plausible de haberse realizado confirmándose con ver volver a sus manos el eslabón de lumbre con que chispaba luego que se le entregó por el oficial a quien previno le diera aviso con esta contraseña. Todos los prisioneros fueron conducidos, tanto soldados como oficiales, al pueblo de Tecpam a disposición de D. Ignacio Ayala, que los trató con dureza, metiéndolos a la cárcel.

Municionado ya de este modo inesperado, el General Morelos trató de fortificarse en el paso de la *Sabana,* y esperar allí los resultados de esta acción que debiera abrir la marcha para emprender cosas más arduas y dignas de la inmortalidad. Esta acción data la fecha del 5 de enero.

En la gaceta de México numero 9 de 18 de dicho mes se refiere este importante suceso que dio tanta importancia a la revolución, diciendo. "Que los americanos con infame cobardía rodearon tumultuariamente el campo de Paris, después que sorprendieron las centinelas, apoderándose de la artillería y caballos..." Venegas, para poner estas líneas fundió hasta tres veces el parte a su modo, e hizo desbaratar otras tantas la planta de la imprenta que el mismo corrigió (yo testigo) concluye diciendo: que en la acción resultó herido D. Juan Machain, Ayudante de Acapulco que guardaba los cañones, y D. Francisco Rionda que estaba de prevención... Una confesión de esta naturaleza, hizo concebir grandes esperanzas del mérito y pericia de Morelos, no menos que de su fortuna, pues acción de igual naturaleza y trascendencia, no se había dado hasta entonces por ninguna división americana.

Por estos días se comprometió un artillero gallego llamado *Pepe Gago,* a entregar a Morelos la fortaleza de S. Diego de Acapulco, y recibió en parte de premio por su prodición trescientos pesos. Aceptósele la propuesta, y Morelos distribuyó su tropa por varios puntos, temeroso de que fuese una traición (como algunos de sus buenos oficiales de lo dijeron), y en el caso de una pérdida o derrota ésta no fuese general. Convínose en que la seña de entrada sería un farol en el puente de los Hornos, que debería levantarse, manteniéndose entre tanto el ejército oculto, y en expectativa en los puntos de *Campo Santo* y el *Chorrillo*. Así se verificó a las cuatro de la mañana (en febrero de 1811). La tropa americana llegó hasta la puerta del castillo, y de adentro dijeron estas precisas palabras... *¿Viene ahí el Sr. Cura Morelos, y el Comandante Taváres?* Respondiósele que no... Fuego, dijo el Castellano Carreño, y comenzó al instante una descarga general de artillería, fusilería, y lanchas cañoneras preparadas de antemano: pudiera haberse buscado con tanta luz una aguja en el suelo, según iluminaba el fulgor de tantas armas disparadas simultáneamente; la calle del hospital se llenó de tanta metralla que al siguiente día se recogiera con arena.

Sin embargo, no fue proporcionado el estrago a tanto aparato, pues solo murieron catorce hombres, y hubo algunos heridos, quedando metidos dentro del foso que fusilaron al día siguiente. La tropa echó a correr, y para contenerla Morelos tomó la delantera y se valió del ardid de tirarse en el suelo, en el punto del Ojo de Agua que era preciso tránsito; de modo que al llegar a él los negros se contenían por su respeto temerosos de hollarlo; tal respeto le tenían. ¿Por qué huyen ustedes, les

preguntó blandamente, no estamos fuera del peligro?: de este modo los reunió y calmó. A pesar de la vigilancia de los de Acapulco, la ciudad padeció un poco, pues reunida una buena parte de sus vecinos en la fortaleza, casi abandonaron sus casas, y la tropa americana saqueó algunas.

Irritado Morelos con este chasco, mandó venir más gente, y que la artillería tomada en Tonaltepec se situase en el cerro de las Iguanas y Casamata para hostilizar la ciudad y que la hambre la aquejase. Entonces intentó hacer una salida sobre la Plaza (el 14 de febrero) para lo que llevó un cañón y un obús; la tropa se entró fácilmente en la ciudad, se embriagó, y comenzó a saquear algunas casas, en cuya sazón una partida de grumetes de Guayaquil vestidos en la mayor parte de mujeres, salieron a la deshilada, y fácilmente tomaron el cañón y obús. Esta pieza pertenecía a la Goleta Guadalupe; y así es, que se llevó el mismo buque en triunfo, de donde se había sacado. Entiéndase así el pomposo parte que se lee en la Gaceta número 28 de 25 de febrero de 1811. Por semejante ocurrencia, se retiró Morelos por el pie de la Cuesta a su antiguo punto de la Sabana, de donde se había separado, donde se reunió de nuevo toda la gente de la Costa, manteniéndose pasivo, y a la defensiva; porque supo que marchaban tropas de México a atacarlo, al mando de D. Nicolás Cosío, a quien debería reunírsele D. Francisco Paris con milicias de Tehuantepec, Xamiltepec y Oaxaca.

Efectivamente según aparece de las gacetas, salió Cosío del campo de los Coyotes en 29 de marzo; la tropa de Morelos se retiró haciéndole una llamada para el paso de la *Sabana* donde estaba la fuerza principal y donde se desempeñó la acción. La gente de Morelos en aquel punto se hallaba al mando de un D. Francisco Hernández, que desamparó el puesto por cobardía; lo mismo hizo D. Miguel Ramírez (alias el florero) que le sucedió; entonces por elección de los soldados hecha en el conflicto, se confirió el mando a D. Hermenegildo Galeana que se encontraba allí enfermo, y estaba encargado de la administración de justicia.

Debe notarse que cuando Morelos se hallaba en el Aguacatillo mandó una partida de doscientos hombres mal armados sobre el pueblo de Chilpantzingo, y Galeana estrechado por D. Joaquín Guevara y otros jefes realistas mandó la acción, y derrotó a los españoles.

Galeana siempre amó de corazón la independencia. Era su valor muy reconocido, y aún más por haber desempeñado cumplidamente esta

acción. No lo hizo con menos bizarría D. Nicolás Cosío, pues atacó a la bayoneta, y entró por el punto de Cacaluta o sea Campo Santo, a pesar de un cañón colocado allí; más se vio forzado a retirarse: hiciéronle varios prisioneros, y los americanos siguieron en alcance a los fugitivos realistas.

Desde este día formalizó el sitio de este campo que duró por espacio de tres meses. Hallábase en esta época enfermo el General Morelos en Tecpam, por cuya causa no se halló en el referido ataque, pero habiéndose curado regresó a este punto del Veladero que se vio acometido nuevamente y con el doble furor por Cosío, atacándolo por los *Caxones, Caravalí y Concepción,* pero fue rechazado, y perdió un cañón; distinguiéndose en esta vez de los americanos el P. Talavera, y D. Julián de Ávila.

Atacado Morelos, no tanto por esta fuerza cuanto por el hambre, pues los víveres que se le habían remitido de varios puntos escasamente, habían caído en manos enemigas, se decidió romper el sitio, empresa que encomendó a Galena; portóse este caudillo con tanto acierto, que sacó todo lo que había en el campo, quedándose él con parte de su tropa a retaguardia. Sostuvo con ella una acción muy reñida en el arroyo que llaman de *Zoyalapa;* allí se le acabó totalmente el parque, su gente se dispersó, y Cosío marchó a tomar el campo *solo* de la Sabana, que se le había abandonado.

Debemos hacer justicia al mérito de este digno oficial; el compasó todas sus operaciones por la prudencia, obrando siempre con circunspección y calma: no se sabe que hubiese hecho ninguna ejecución militar, ni atropellado los fueros de persona alguna amiga o enemiga; estas virtudes eran otros tantos capítulos de acusación para sus enemigos que calificaron su lentitud de flojedad, su modestia de estupidez, y su precaución de cobardía; era un americano, y este era un delito imperdonable, por lo que se le trató de desairar por el Gobierno de Venegas, a quien siempre habló con la verdad, y procuró desengañar como no lo hicieron los demás jefes. Cosío procuró llamar a Morelos con el indulto, y éste se le opuso con la energía que lo caracterizaba; he tenido en mis manos originales las contestaciones habidas en este asunto, y confieso que me admiraron las respuestas sencillas dadas desde el paso a la *eternidad*.... así llamaba Morelos al cuartel general donde residía, diciendo con donaire que lo llamaba así porque el que lo atacase de allí pasaría a la *eternidad*.

Este hombre jamás perdía su buen humor aunque se hallase en los mayores conflictos.

No creo que parecerá ajeno de esta relación añadir a lo dicho, que en principios de esta guerra, Morelos mandó una expedición sobre la costa de Xamiltepeque, al mando de D. Rafael Valdovinos con el objeto de que contuviese en la hacienda de S. Marcos a D. Francisco Paris; pero éste con mejor armamento y mejor disciplina lo derrotó en Piedras Blancas, hecho que lo envaneció demasiado, e inspiró una confianza que le fue funesta en la sorpresa de su campo. Débese también notar un hecho de atrocidad ocurrido en aquel lugar de Piedras Blancas con el mismo Paris, que le hará poco honor en la posteridad. Morelos había mostrado repugnancia a derramar la sangre americana; así es que imitando su conducta Valdovinos luego que divisó a Paris hizo alto con su tropa, dijo que quería parlamentar con él, y al efecto se ofreció a hacerlo un mozo llamado *Victoria Murga* hombre de valor denodado. Presentose al enemigo, oyó su razonamiento Paris, y le mandó amarrar en vez de contestarle: en esta actitud le asesinó el *español José Campio* indignamente. Después, éste fue tomado prisionero en la sorpresa de *Tonaltepec;* se le hizo cargo por Morelos de este crimen, y lo confesó con orgullo; así es que fue pasado por las armas en represalia de los que no quiso canjear el Gobernador de Acapulco Carreño. Este oficial pagó con la vida sus demasías, pues murió en acción saliendo a sorprender en el punto del *Bejuco* el destacamento del americano D. Juan Alvarez: escrito está... *Nada quedará impune delante de Dios.*

El guarde a V. como se lo pido.

México 30 de noviembre de 1823.

CUADRO HISTÓRICO.

SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA SEGUNDA.

Querido amigo mío:

El Gobierno español para dar valía a su causa procuró hacer tomar parte en ella a las primeras personas de los pueblos, y que en estos tuviesen mayor ascendente sobre ellos: al efecto puso en movimiento los grandes resortes del temor y premio que tenía en su mano. Era bien notorio el influjo de los Bravos y Galeanas en el Sur, y así no es extraño que tenazmente procurara atraerse a estos, tanto mas cuanto que obtenían empleos militares en aquellos partidos, y sus cuerpos fueron puestos sobre las armas. D. Víctor y D. Miguel Bravo se resistieron con varios pretextos a las solicitudes de los comandantes de Tixtla y Chilapa para que capitaneasen cuerpos militares contra la causa de la independencia; pero ellos se fugaron y hundieron en la cueva llamada de *Michapa*, situada en una cañada de su hacienda de *Chichihualco* donde se conservaron por espacio de siete meses: que clase de padecimientos y privaciones sufrirían allí no es fácil concebir. Allí recibieron un papelito del general Morelos en que les decía, que su gente perecía de hambre pues no comía más que raíces y frutas silvestres, y que el no conocía la tierra, por lo que les suplicaba lo auxiliasen con víveres. Así se hizo, proporcionándosele cuanto se le puedo franquear.

Estos recursos los recibió en breve D. Ermenegildo Galeana, el cual llegó a Chichihualco con su división. Había venido atravesando por la Sierra para no ser visto de los realistas, y de su tropa se habían muerto dos infelices soldados envenenados con la comida de plantas mortíferas que ellos no conocieron. Alos cuatro días de estar en la hacienda, y a la sazón en que sus soldados limpiaban unos las armas, y otros se bañaban en el río inmediato, he aquí encima al enemigo en no pequeño número; comandaba esta tropa compuesta del fijo de México ó por otro nombre los *colorados*, patriotas de Chilapa, Tixtla, Zumpango, Tlapa, fijo y lanceros de Veracruz, D. N. Garrote. Apenas tuvieron tiempo los americanos para tomar las armas, y no pocos negros pelearon en cueros que parecían

demonios: El que comandaba a los realistas no sabia que allí hubiese esta casita de alimañas con quienes tenia que batirse, pues, solamente iba en demanda de los Bravos para prenderlos, y campar allí con su tropa: avanzó hasta el punto que llaman de la tierra vieja, donde los americanos le presentaron la acción, tomando el frente D. Leonardo Bravo y galeana con dos cañones de a cuatro: el costado derecho D. Nicolás Bravo con un cañoncito pequeño: D. Víctor tomó el izquierdo con la caballería que en lo pronto pudo reunir. Empeñose la acción cogiendo al enemigo a tres fuegos; volteó caras procurando sostenerse, pero resistido con el vigor que no se prometía, se le puso en fuga y dio alcance hasta el rancho de Atlixtac, es decir tres leguas, cuyo espacio quedó sembrado de cadáveres. Pasaron de ciento los que se hicieron prisioneros, de los que algunos tomaron partido en la causa de la independencia, y otros se destinaron a Zacatula.

Esta victoria dio a los americanos cerca de trescientos fusiles, y algún parque que les vino muy bien. Morelos no se halló en esta acción, porque roto el sitio del paso de la sabana marchó a la hacienda de la Brea, donde ordenó a Galeana la marcha secreta que debía llevar para Chichihualco, ínterin el acababa de fortificar el campo del Veladero, punto único de apoyo para la gente de la Costa, y que por lo mismo confió al valor y acreditada prudencia de D. Julian Dávila. A los seis días después llegó Morelos a Chichihualco, y luego emprendió su marcha a Chilpantzingo para pasar después a atacar al pueblo de Tixtla donde se hallaban los comandantes Cosío y Guevara. Efectivamente, en principios de junio se acometió esta empresa, Morelos traía como 700 hombres, número que reunido a los de Galeana, y como seiscientos que presentaron los Bravos forman una fuerza respetable: ni la necesitaba menos el pueblo de Tixtla, fortificado con buenas trincheras en la Plaza Calvario, y lo que es mas, entusiasmados sus habitantes por el cura Mayol, no de otro modo que los de Chilapa por su párroco Rodríguez Bello, comenzó la acción a las nueve de la mañana, y no terminó sino hasta cerca de las cinco de la tarde. Por poco es perdida, pues los realistas se defendieron con el mayor vigor, alentados por la mujeres del pueblo que no tomaron poca parte en el combate.

Los americanos debieron la victoria a una contingencia favorable; habiéndoseles acabado el parque, un joven arrastrándose por el suelo para no ser visto de los artilleros que defendían una batería, logró matar de un fusilazo al que daba fuego: sus compañeros se llenaron de pavor y

echaron a huir: entonces el americano se apoderó del cañón y de un gran saco de pólvora que encontró inmediato, y con, ella continuaros batiendo. Los realistas abandonando sus puntos se refugiaron a la parroquia luego que vieron arder las principales casas del pueblo; el Cura se situó en la puerta de Iglesia con el santísimo Sacramento en las manos, Morelos le mandó que se retirase para sacar de allí los prisioneros y armas: aquellos fueron destinados a Zacatula, y estas aplicadas al ejército vencedor, Morelos trató de reponer las fortificaciones del pueblo, pues tal vez previo que allí sería atacado algún día como se verificó.

Los repetidos descalabros que habían tenido hasta entonces los generales españoles en el Sur, y gran nombradía que había tomado Morelos con sus triunfos no permitía nombrar a un Comandante general que les sucediese: el mas apreciable (Cosío), se había retirado y caído de la gracia del Virrey; por tanto acordó la junta de oficiales nombrar a Fuentes, militar viejo, y tanto que algunos creyeron ser de la expedición de Oreylli en Argel, y se prometían muchas medras de su experiencia. Situose este en Chilapa donde puso su cuartel general; contaba entre sus primeros oficiales al Oidor Recacho de Guadalajara, y este se pavoneaba con su uniforme para agradar a una señorita que estaba en el campo a quien tenía dedicadas todas las buenas presas que hiciese con sus propias manos, no de otro modo de los antiguos caballeros del siglo de las Cruzadas. Era grande el ocio y diversión en el cuartel de fuentes; jugábanse allí las enormes sumas de dinero que se habían remitido para el pago de la tropa y la caja militar habría mostrado un escandaloso descubierto si hubiera llegado el día de que sus jefes dieran cuentas; pero de esto los libró la derrota que después padecieron en el mismo pueblo de Tixtla de que ya hablaré. Morelos dejó 104 hombres de guarnición en este pueblo y se puso al de Chilpantzingo, donde se preparaban grandes fiestas de toros y de Iglesia con motivo de la titular que es la Asunción de nuestra Señora: el alboroto fue tal, que una buena parte de la guarnición se escapó por asistir a ellos.

En esta infeliz y aniñada gente, un cohete, un toro, o un tamborcillo produce iguales efectos de júbilo que en los atenienses las fiestas dionisiacas. Súpolo todo Fuentes por dos desertores de Tixtla que se le presentaron, informándole así mismo que no habrá parque en la plaza; y como solo distaba cuatro leguas de allí, fácilmente movió su campo y se presentó a atacar con el vigor posible, llevando sobre mil quinientos soldados de línea. Enseñoreose de la mayor parte del pueblo, y comenzó

el ataque de las trincheras con la mayor obstinación y confianza; mas halló en ellas la resistencia que no esperaba, pues en aquel día quemó 35,000 cartuchos. Los americanos se vieron sin parque y perdidos, recurrieron a Morelos y tampoco lo tenía, pues aunque en Chilpantzinco había planteado una fábrica de pólvora, era poca, esta estaba húmeda e inservible. Con grandes apuros se pudo secar una corta cantidad al calor de la lumbre en comales exponiéndose a incendiar el americano *Elías Bean*, y se dio por muy satisfecho enviando el gran socorro de quince paradas de cartuchos, mandoles decir a Galeana y Bravo, que a la mañana siguiente lo aguardasen por la parte de Quauhtlapa con el objeto de flanquear al enemigo, y que entonces hiciese una salida al machete la guarnición. Salió pues de Chilpantzinco con 700 hombres y el cañoncito *niño*, la mayor parte eran indios desarmados, previniéndoles avancen, y en caso apurado retrocediesen luego, pues aquella gente era para abultar. Apenas supo galeana de la aproximación del socorro, cuando comenzó a repicar las campanas de la parroquia, de lo que los españoles se rieron y a gritos preguntaban si estaban locos.

Pero no tardaron en desengañarse cuando por la espalda oyeron el primer estallido del cañón que asestó y disparó el mismo Morelos con buen éxito desde una posición elevada, pues puso en desorden a la banda de músicos y tambores de Fuentes que tocaban alegremente, sin saber por donde podría venirles un desentono como aquel. Muy luego procuró el General enemigo reconcentrarse y formar cuadro; pero Galeana no le dio lugar, pues saltando de las trincheras sable en mano, introdujo el desorden. Fuentes procuro ponerse en cobro, diole una pataleta de susto: pusiéronlo en una camilla, y dos compañías de infantería lo escoltaron para sacarlo del peligro. El Oidor Recacho nada hizo sino poner pies en polvo rosa, y he aquí el campo sin jefes. En este mismo momento ocurrió una lluvia que acabó de inutilizar el armamento que en parte lo estaba por igual causa por el agua copiosa de la noche anterior; entonces los lanceros de Morelos cargaron sobre los fugitivos por el llano que llaman de Amula, y obraron como lobos sobre un aprisco de ovejas, en términos de que el arroyito llamado de Xoxtecoapam se tiñó con sangre; solo allí pasaron de doscientos dos muertos: llegaron hasta cerca de Chilapa los lanceros e hicieron cerca de 800 prisioneros, escapando solo la caballería; algunos dragones de Querétaro se presentaron muy en breve al Virrey y Venegas que le hicieron relación verbal de esta desgracia, y los hizo arrestar.

Pasaron de 300 los heridos que se quedaron en el hospital de Tixtla: tomáronse cuatro cañones, y no mucho parque por el consumidor el día anterior. Destináronse indios para recoger fusiles ocultos en los zacatales, por cuya causa, y robos que hicieron no se tomaron todos los que debían y correspondían a toda la infantería enemiga. Sabida la noticia en Chilapa comenzaron luego a emigrar muchas de sus principales familias a quienes hicieron retroceder con sus equipajes Galeana y D. Nicolas Bravo: este avanzó hasta delante de Tlapa. Habíase distinguido entre los enemigos por su valor un guerrillero llamado D. Juan Chiquito, el cual al llegar a Chilapa murió de un balazo recibido en la acción de Tixtla. Encontró Morelos allí a los traidores Pepe Gugo el artillero de Acapulco y a D. José Toribio Navarro, que había recibido 200 pesos de habilitación en la Costa para reclutar gentes a dos americanos; ambos fueron fusilados: recogido no poco cargamento y bienes europeos, se aplicaron a la caja militar del ejército y sirvieron para alimentarlo el tiempo de su resistencia en Villa de Chilapa.

La tropa americana estaba casi desnuda, y no era posible vestirla tan prontamente como se deseaba: Morelos mandó habilitar los muchos telares que allí había, pues era lugar de industria, y esta medida le produjo el efecto deseado en la mayor parte. También se ocupó en engrosar el ejército con reclutas traídas de la Costa, y en la recomposición de armamento. Parece que este era el lugar que la providencia le preparaba para que descanse de las mayores fatigas y privaciones tenidas en el espacio de nueve meses; pero ocurrieron entonces desazones peores que las pasadas, y que llenaron su corazón de amargura: tal fue una horrorosa conspiración contra el sistema de nuestra independencia que debía estallar, comenzando con su muerte; suceso que merece referirse detenidamente por ser importante, y de que apenas se tiene una idea muy confusa entre pocos, y tal vez alterada.

Contrarrevolución fraguada por D. Mariano Tavarez, David Faro y F. Mayo.

Verificada la sorpresa de París, Morelos creyó que no debía demorar el aviso circunstanciado de tan fausto acontecimiento a los Generales Hidalgo y allende a quienes creía en lo interior, y que continuasen gloriosamente su empresa: ignoraba su desgraciada prisión en las

Norias de Baxán, y se certificó de ella cuando interceptó un correo, cuyas cartas aunque muchas en número, leyó por sí mismo en una noche, tarea que le acarreó (como el mismo dijo) una gran fluxión de ojos; a nadie dijo palabra de lo que sabía, e hizo quemar toda la correspondencia; y si al grupo decía sobre esto algo funesto procuraba desmentirlo con vigor; si no hubiera usado de esta prudente precaución su ejército en el Veladero se le habría desertado al instante. Comisionó pues para dar el parte verbal a Tavares y David Faro, los cuales llegaron al pueblo de la Piedad donde encontraron al Lic. Rayón, que como dijimos en la carta 12 de la 1ª época, les informó de todo lo ocurrido hasta su desgracia en el Rancho del maguey. No sabemos porque eligió Morelos para esta comisión a dichos sujetos, habiéndole sido tan útiles, y presumimos fuese por alejarlos de su lado, pues ya se le habrían hecho sospechosos; lo cierto es, que cuando regresaron, Tavares se presentó con el grado de Brigadier, y David con el de Coronel, conferidos por Rayón. Dejaronse ver en Chilapa con esta investidura, que debió de desagradar a Morelos; pero sea por ella, ó por motivos secretos no les dio mando en su ejército; postráronse resentidos, y le pidieron licencia para pasar a Chilpatzinco con achaque de ir a recoger unos intereses. Apenas llegaron a aquel pueblo cuando marcharon para la Costa con el criminal objeto de revolucionarla. Encontraron en sus habitantes la mejor disposición, porque en la mayor parte estaban enhastiados del Intendente Ayala que les había recogido unos baúles tomados en la sorpresa de París, y que tenían ocultos. Del pueblo de Coyuca se pasaron a Tecpan en demanda de aquel Jefe: encontrároslo en la Playa que llaman *del Real*; y lo prendieron llevándoselo consigo a Tecpan de donde logró fugarse. Luego que supo estas ocurrencias Morelos marchó a Tecpan para sofocarlas, siéndole muy sensible que a los revoltosos se hubiese agregado un F. Mayo, Capitán del punto de *Carabalí* que era cantos del Veladero, el cual arrestó al Comandante que D. Julián Dávila había dejado en el Fuerte, y a otros oficiales: no contento con este procedimiento se avanzó a hacer lo mismo con D. Julian Dávila para impedirle que desarmase a Tavares y David, que ya lo estaban por Dávila en Tecpan. Encontrose este con Mayo al salir del monte del *Munglar* y allí chocaron en términos de que tomándole Dávila dos artilleros retrocedió a la casa de la hacienda del Zanjón, donde se atrincheró temeroso de que Mayo le atacase pues había reunido sobre quinientos hombres, cuando Dávila solo era escoltado por treinta. Mayo pidió los artilleros y armas de Tavares, pero solo le entregaron aquellos, y

pasó a acamparse al pueblo de Atoyac distante dos leguas de la hacienda. Dávila pasó por orden de Ayala a Tecpan, y en esta sazón llegó Morelos de Chilapa, escoltado por cien hombres, y transó la diferencia trayéndose en su compañía a David y Tavares. Emposesionó del Veladero a Dávila y le mandó que decapitase a Mayo y todos los conspiradores regresándose luego a Chilapa. Esta conspiración estaba muy ramificada con el ejército que residía en esta Villa, y de ella tenía noticias circunstanciadas Galeana: diríjase a exterminar a todo hombre blanco o decente, comenzando por el mismo Morelos.

Acábase de descubrir el por menor del plan por las denuncias que le hicieron otros dos anglo-americanos Alendín, y Pedro Elías Bean, pues se les había seducido para entregar a los sediciosos la artillería, fábrica de pólvora y maestranza de que estaban encargados. Entonces Morelos no teniéndose por seguro en su mismo campo a D. Leonardo Bravo para que ejecutase a David y Tavares, como se verificó en una noche en Chilapa con David, y en la hacienda de Tlapelahuapa con Tavares por el capitán D. Máximo Sandoval.

David antes de morir pidió el bautismo, y se lo ministró el P. D. Pedro Vázquez, Capellán del ejército. Igualmente corrió mayo la misma suerte en el Veladero, auxiliándole en los últimos momentos el Cura Patiño, que hoy es Diputado del actual Soberano Congreso. Solo Mayo fue fusilado, y los otros degollados para evitar un escándalo de funesta trascendencia por lo amigos y parciales que había en el ejército. Ahí terminó esta sedición que por poco contraria la marcha de la revolución.

Los poco afectos a Morelos le han echado en cara este proceder: yo estoy seguro de que puestos en iguales circunstancias habrían obrado del mismo modo… ¿Qué había de hacerse en el torbellino y centro de unos hombres ferocísimos dispuestos a ejecutar todo género de maldades por su rusticidad é ignorancia, y cuando obraban por el impulso dado al gran deseo que en todos tiempos han tenido de acabar con todo hombre, fuérase amigo o enemigo solamente porque era blanco? ¿A dónde ocurrir en tan críticas circunstancias a las solemnidades del derecho cuando el mal era grandísimo y urgía de instante en instante el castigarlo?

Salida del ejército de Chilapa para Chautla de la Sal

Tomando algún descanso, y aumentando el ejército en Chilapa, salió Morelos de aquel punto a mediados de noviembre sobre Chautla. A su transito por Tlapa se le incorporó el P. Tapia que era Vicario de aquel pueblo, Morelos le permitió que levantase un regimiento de que lo hizo Coronel. No tenía este eclesiástico disposiciones para manejar la espada, le habría estado mejor quedarse con su estola en su parroquia, pues aunque murió de bala cañón en la batalla de Ojo de Agua dada en noviembre del siguiente año (1812) es menester confesar que jamás hizo una cosa a derechas en la milicia; desconocía la subordinación militar, y así es que causó por ella la derrota de D. Miguel Bravo en *Asoyú* como después diremos. No fue así victoriano Maldonado, indio que no presentó en dicho pueblo de Tlapa y mereció la confianza de Morelos, dándole el mismo grado de Coronel, pues fue un modelo de virtudes militares y de valor. Morelos dividió su fuerza en dos trozos; confirió a Galeana y los Bravos uno de mas de 500 hombres e todas armas y tres cañones, con dirección a Cuahutla Amilpas, orden que después revocó mandándole retrocediese sobre Huizuco, y Tepecuacuilco.

El comandante realista de este segundo Pueblo (D. Pedro Quijano) después de tomado Huizuco tan solo se batió la descubierta de Galeana mandada por D. Vicente Guerrero y D. Manuel Sandoval, ambos Capitanes entonces; en esta acción se hicieron prisioneros a dos eclesiásticos D. Felipe Clavijo, y D. Agustín Telles, Cura de Xochipetec. Quijano salió al encuentro a Galeana al día siguiente, situado sobre la loma de un cerro inmediato a Tepecuachilco: también Galeana destacó una partida de caballería sobre el y esto bastó para ponerlo en fuga. Hicieronse varios prisioneros, entre ellos un D. Manuel Vélez, europeo, que fue fusilado al tercer día, y se tomaron algunas armas, sin que fuese necesario mover la infantería que se mantuvo tranquila al mundo de D. Leonardo, y Víctor Bravo. En este punto se separaron de Galeana: los Bravos, estos tomaron para Izucar a socorrer a Morelos, y Galeana para Taxco, los Bravos llegaron el mismo día por la tarde.

Morelos siguió su camino para Chautla de la Sal donde se había situado D. Mateo Musitu, europeo muy rico y gran personaje en tierra Caliente, que a sus expensas por si había levantado una fuerte división. Ocupó el convento que fue de agustinos en los días de la conquista y su

iglesia, y con esto se dijo que ocupó una verdadera fortaleza disfrazada con este nombre; tales las mandaron construir los Reyes españoles reservadamente para tener en cada pueblo un punto de apoyo con que subyugarnos. El odio a Morelos era tal, que había fundido un cañón de artillería, al que puso por nombre… El mata Morelos. Ignoraba que lo tenía muy cerca para matarlo a el. Cuando oyó el cañonazo del Alba y diana, que fue la señal de ataque; con tanta precaución y sigilo habían marchado los americanos. Musitu hizo una salida sobre ellos; pero fue destrozada por el Capitán D. Perfecto García. Comenzó un fuego infernal por azoteas, ventanas y parapetos: habíase fortificado además Musitu en lo interior del convento, es decir, en la escalera de el, allí fue donde se le hizo prisionero con otros europeos, luego que Morelos forzó los atrincheramientos y pudo penetrar. Encontróse detrás de de unos colaterales y lleno de telas de araña, al capellán de Musitu Lic. D. José Manuel Herrera, Cura del valle de Huamustitlan, el cual luego que vio a Morelos fue atacado de un soponcio creyendo que era llegada su última hora: Morelos le hizo dar un poco de vino con que lo recobró, le perdonó generosamente: le hizo Vicario castrense de su ejército, y le dispensó cuanto favor pudo hasta conseguir que marchase de enviado a los estados Unidos en 1815.

Este es el mismo Ministro de relaciones de D. Agustín de Iturbide, hombre de todos partidos y muy comparable con un caballo que obra contra el moro si lo monta el cristiano, y al revés. Guárdome de continuar la descripción de este bicho porque la América que gimió bajo el cetro de su amo le conoce en análisis. Desde Chautla comenzó Morelos a Llevar contestaciones con el Obispo de Puebla Campillo sobre la justicia de la insurrección; de las cuales hablaremos cuando ex profeso tratemos de las negociaciones que hubo por medio del Cura Palafox de Huamantla enviado a la junta de Zitácuaro, y sobre las que corre un impreso con varios manifiestos que serán en todo tiempo eterno oprobio de sus autores. Tomó Morelos en Chautla todo el armamento de Musitu, y no poco parque que tenía allí enviado de Puebla juntamente con el cañón (mata Morelos). Luego que en aquella ciudad se supo de esa derrota, salió el Coronel Saavedra, de nombre oscuro en la milicia, con 300 hombres, el cual retrocedió con ellos sin osar a mirar ni aun de lejos al ejército americano. El bajo pueblo creyó que obraría maravillas, porque antes de salir, el obispo Campillo los bendijo, dio un peso a cada soldado,

y los exhortó como si fuesen a una cruzada de moros, ¡lástima de rentas eclesiásticas empleadas en tan ruin empresa!

De Chautla mandó Morelos a D. Miguel Bravo con casi toda su fuerza que serían 600 hombres para el rumbo de Xamiltepec a que obrase contra París, previniendo a D. Julián Dávila lo auxiliase desde el Veladero, y lo mismo mandó al P. Tapia que se había levantado en Tlapa. De hecho, se reunió viniendo por Tecuapa, y la reunión se hizo muy numerosas, y tal vez por eso inútil. Los jefes no se pudieron convenir en cuanto al mando; todos efectuaban ceder de su derecho, pero cada uno procuraba la superioridad sobre el otro. Paris estaba situado a las márgenes del río Quetzala, y los dos campos se veían mutuamente; la tarde víspera de la acción el P. D. José Antonio Talavera eclesiástico de buenos sentimientos patrióticos por lo que siempre lo consideró Morelos, tan amable y medido cuando estaba cuerdo, como insufrible y arrojado cuando se cargaba de vino, quiso penetrar hasta el campo enemigo, y fue hecho prisionero con una partida: llevóselo preso a Oaxaca de donde salió cuando entró Morelos en aquella ciudad D. Miguel Bravo en vez de acometer a Paris con toda la fuerza de su mando, solo destacó sobre el las compañías de garcía y de Leiva que fueron completamente derrotadas, y garcía muerto y acribillado de balas defendiéndose como un gladiador romano. Por semejante desgracia el ejército americano se dispersó, y Bravo se retiró hasta Tlapa. Paris avanzó en su alcance, y pasara a mas, si en el punto de *Azoyú* no lo hubiera contenido por medio de una vigorosa resistencia la escolta de d. Julián Dávila que forzó a retirase al enemigo. A consecuencia de esto bravo permaneció en Chilpantzingo, y Ávila regresó al Veladero.

Morelos confiado en su buena fortuna se quedó sólo con la compañía de su escolta, y con ella entró en Izúcar el 10 de diciembre de 1811 y el 12 predicó de N. S. de Guadalupe en la parroquia; el pueblo le recibió como a vencedor, es decir entre perfumes, rosas, cohetes y repiques de campanas; un desertor de su comitiva pasó a Puebla, y avisó de la poca fuerza que traía. Destinóse a D. Miguel Soto Maceda, de quien otras veces hemos hablado con 600 hombres escogidos, dos cañones y un obús y a su segundo D. Pedro Micheo para que lo atacasen. Morelos se atrincheró prontamente en la plaza poniendo parapetos de vigas en las bocas calle; y situando en sus inmediaciones por las azoteas a muchos indios del lugar e inmediaciones, armados de hondas. Formáronse dos columnas de ataque por los españoles. Soto se situó en el Calvario que

es punto dominante al lugar, y Micheo atacó por otras calles; no pudo penetrar al primer ímpetu, lanzó muchas granadas sobre la población, y echó abajo uno de los parapetos que fácilmente se puso, aunque lastimando a dos buenos oficiales Vázquez y Santillán.

Duró la acción todo el día hasta las oraciones, en que herido Soto en la cabeza y vientre se retiró; Morelos siguió el alcance hasta la hacienda de la Galarza, donde se batió cuerpo a cuerpo, y estuvo a punto de quedar prisionero. Una partida de dragones luego que oyó decir que allí venía Morelos se llenó de pavor y se puso en fuga. Allí quitó Morelos excelente cañón, y el obús. Portose con extraordinaria bizarría, y serenidad, tanto que habiendo muerto cerca de si un oficial de artillería español, se llegó a el, y lo absolvió para morir. El ataque de la hacienda de la Galarza no fue poco reñido, pues había allí una especie de fortincito que atacó este General en persona. Al quitar el cañón le mataron al capitán D. Juan Álvarez, excelente oficial, cuya pérdida lamentó entre varios muertos españoles que hubo: uno de ellos fue el tránsfuga que dio aviso a Puebla de la poca fuerza de Morelos. Con esta victoria aumentó sus armas y su gloria; tanto mas, cuanto que Soto Maceda murió a los dos días en el convento de Franciscos de Cholula a lo perro, pues poco antes de espirar un fraile le exhortó a que se confesase y lo echó a un tal….Sin embargo se le enterró en la catedral de Puebla con asistencia del obispo. Pusiéronlo en el féretro con botas; y notando con una lente el Canónigo Olmedo desde el coro, que tenían herraduras dijo donosamente… *He aquí la primera bestia herrada que se entierra en este santo templo*. Tal fue la terminación de la batalla de Izúcar, y tanta la imprudencia del general Morelos en recibirla con un puñado de sus fieles costeños: poco después de dada llegaron los Bravos a la plaza con su división. A Dios.

México 9 de diciembre de 1823-2º y 3º

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA TERCERA.

Querido amigo:

Los prisioneros de Izúcar corrieron la suerte de los anteriormente hechos, es decir, fueron a poblar la provincia de Zacatula: esta medida fue tomada con el doble objeto de economizar la sangre americana, y de tener en seguridad a unos hombres perniciosos haciéndolos por otra parte útiles a la agricultura en aquella nueva Colonia.

Ocho días permaneció Morelos en Izúcar después de la acción, en cuyo tiempo arregló sus cosas lo mejor que pudo, y dejó una guarnición en la villa regular, que confió a los capitanes Sánchez de artillería, D. Vicente Guerrero de la tercera del Regimiento de Guadalupe al mando de Galeana, y de D. Manuel Sandoval, de la cuarta del mismo cuerpo.

Izúcar era el lugar más a propósito para organizar excelentes divisiones; su gente es robusta, fiel y siempre decidida por la insurrección; las grandes poblaciones de que está rodeada, proporcionan víveres en abundancia: la inmediación a Puebla le traía armamento y desertores en crecido número; de todas estas ventajas se supo aprovechar después D. Mariano Matamoros, y así es, que de mayo a agosto levantó y disciplinó más de dos mil hombres, con que organizó los regimientos de S. Luís y S. Ignacio de caballería, dos batallones de infantería llamados del Carmen, y un regular cuerpo de artillería, tropas a que debió no pocos triunfos como después veremos.

Marchó pues Morelos para Taxco, más este Asiento de Minas lo tomó por armas Galeana el día 24 del mismo mes de diciembre (1811) después de haber hecho lo mismo con Tepecuacuileo. El 22 llegó al pueblo de Tecapulco, donde tuvo noticia de que D. Ignacio Martínez, nombrado Visitador por la Junta Nacional de Zitácuaro, intentaba hacer igual conquista atacando por el punto de la *Cantera,* así como el P. Benavente por el de los Cedros, dejándole a Galeana la entrada del

camino Real de Cruz Blanca que era la más difícil. Martínez se anticipó a la combinación acordada, creyéndose tal vez sobrado para la empresa, o deseoso de adquirir lauro; pero fue derrotado, y tuvo que retirarse hasta el punto de los *Mogotes,* distan ocho leguas. No por esto se detuvo Galeana, no obstante los obstáculos que se le presentaban: tenía a la vista varias baterías de cañones ventajosamente situadas y bien distribuidas que debían obrar sobre él, a saber: la de los *Cedros* con dos cañones: la de la *Tache* con tres: la de la *Galera* con dos, y otros tantos en la *Cantera* que obraban poco efecto.

A la una de la tarde avanzó Galeana bajo la batería de los *Cedros* llevando tres cañones a lomo, y alguna fusilería por delante, con lo que logró ocupar la *Cantera*, y esto le dio el triunfo, a que no contribuyó poco haber reventado un cañón enemigo, causando la muerte a siete artilleros. El fuego de los americanos se rompió a las ocho de la mañana, y terminó a las tres; precedió a la suspensión de él, el parlamento de tres clérigos que se presentaron con cruz, ciriales, y unas banderitas blancas, que otorgó gustoso reservando la aprobación de lo que provisionalmente se otorgara al Sr. Morelos que dentro de pocos días llegaría al campo.

Mandose una escolta a la plaza, que luego fue necesario arrestar, porque cometió el exceso de saquear una casa, a cuyos dueños se les devolvió todo lo robado. Al día siguiente entró toda la división en el lugar. Defendiolo el Capitán García Ríos, el cual viéndose herido de un brazo fue cogido en una casa con catorce europeos, todos los cuales pagaron con la vida, con más cuatro desertores de Tixtla americanos que fueron aprehendidos con las armas; ejecuciones que no se realizaron hasta la llegada de Morelos, pues Galeana jamás tuvo valor para quitar la vida a nadie, sino es en campaña en que mostraba la ferocidad de un tigre. García Ríos, hombre pequeñito, pero de unas entrañas diabólicas, había sido hasta entonces el temido Micocólembo de aquella comarca; había recibido muchos aplausos del Virrey Venegas en las Gacetas, y prefiriendo esta vanagloria a la de ser útil a su Nación, era uno de sus más despiadados enemigos. Pagó justamente con su sangre la mucha que había derramado desde que se presentó la revolución por aquel partido.

La victoria de Tasco proporcionó a Morelos más de trescientos fusiles: contábanse allí más de seiscientos con escopetas; pero sus vecinos cuidaron de ocultarlos en las minas: no gustaban de la libertad de su patria, e hicieron grandes sacrificios para estrechar las cadenas de la

esclavitud, volviendo gustosos a ella por una sublevación vergonzosa ejecutada cuando Morelos se hallaba sitiado en Cuautla y no podía castigarlos.

El día 1º. de enero entró Morelos en Tasco, día en que estaba Calleja con su ejército sobre la Villa de Zitácuaro, en cuyo socorro caminaba; pero que no pudo llegar a tiempo porque se le presentaron grandes obstáculos que vencer, y que no debía dejar a las espaldas, pues se habría visto envuelto con fuerzas numerosas; ya veremos los apuros en que a pesar de estos triunfos se vio, teniendo que hacer con la brillante división de Porlier en Tecualoya y Tenancingo.

D. Ignacio Martínez aunque derrotado, aspiraba a que se le entregasen las armas tomadas en Tasco; tal vez lo hacía creyendo que esto entraba en el número de los privilegios de que debería gozar un Visitador. Disputábase entonces un fusil con más empeño, que una talega de pesos porque era más necesario. Morelos entró la mano en esta diferencia, se pronunció por Galeana cuyo derecho era inconcuso; pero siempre respetó a la Junta Nacional en la persona de su comisionado.

En el espacio de ocho días que Morelos ocupó a Tasco, nombró autoridades que gobernasen aquel asiento; dejó por administrador de la Justicia a un D. N. Piedras, y de las minas a D. M. Sobral, después que hizo se hiciese de ellas un reconocimiento e inventario formal.

En 17 de enero parte de la división de Porlier tomó el cerro de Tenango derrotando en él a la división del mando de D. José María Oviedo, en cual con sus restos se retiró cerca de Tecualoya. Galeana le mandó que uniese su fuerza en este punto, lo que no ejecutó porque se lo impidió Porlier, y solo aguardó en Tonatico con cuatrocientos hombres. En la tarde de este día atacó Galeana una partida enemiga con su escolta que ocupaba a Tecualoya: Porlier avanzó luego hasta Tenancingo, componíase su fuerza de setecientos hombres, más como no halló resistencia en el pueblo, volvió a su campo de Tecualoya. Galena salió con dos compañías a la barranca de este nombre: travose allí una acción muy cruda en la que murió Oviedo, y en ella fueron dispersos los soldados de aquel, dos compañías de Galena, y perdidos dos cañones de éste; pérdida que le fue muy bochornosa y que se cacareó en la Gaceta número 171 de 19 de enero (1812).

Entonces Porlier avanzó hasta la plaza del pueblo de Tecualoya;

pero la encontró atrincherada como no lo esperaba: hizo esta operación momentáneamente D. Pablo Galeana. Morelos usó de la astucia de mandar repicar las campanas del pueblo, haciendo correr la voz entre sus soldados de que ya venía en su auxilio el comandante Rabadán. El repique reunió afortunadamente la tropa que estaba dispersa por el lugar, en cuya sazón atacó Porlier. Así es que desmontados oficiales y soldados, y estrechados a defenderse, lo hicieron de una manera tan denodada que forzaron al enemigo a retirarse. No podía sufrir Galeana la pérdida de sus cañones, la muerte de veinte y siete hombres, y sobre todo, que tal estrago se lo hubieran causado sus mismas piezas volteadas contra él: así es que *inconsulto Morelos* tomo dos compañías, salió en demanda de sus cañones, y logró recobrarlos en el momento mismo de pasar la barranca, con más de cincuenta fusiles de otros tantos soldados que mató; regresó al campo, y ya solo se trataba de marchar en busca de Porlier que estaba en Tenancingo.

A su división numerosa se habían reunido otra partidas, y entre ellas la negrada de las haciendas de Yermo; todo exigía mucha precaución para acometer la empresa de desalojarlo de aquel pueblo. La tropa tomó un día de descanso: revisáronse las armas, y los soldados se habilitaron de municiones y víveres. A las nueve de la mañana del siguiente día, se presentó Galeana sobre Tenancingo que estaba inmediato, quedándose Morelos en el pueblo de Tecualoya, pues de resultas de una enorme caída que dio en Izúcar el día del ataque, se le hicieron unos tumores. Iban en el ejército americano los señores Bravo y Matamoros, que se había presentado en Izúcar, y a quien Morelos tuvo gran cariño y acaso no igualó el de éste: los coroneles Marín y Hernández, a quienes se encomendó la infantería del difunto Oviedo, y de Morelos. Entrar y comenzar la acción por la calle real, fue todo en uno.

El esforzado Michelena hizo una salida vigorosa, y quitó a Galeana por segunda vez los mismos cañones recobrados dos días antes por los esfuerzos indicados; entonces este General con tres compañías de su infantería atacó a los españoles, y los hizo replegar, a pesar de que repitieron sus salidas y escaramuzas, que al fin produjeron una dispersión en los americanos; pero reunidos por Galeana, volvió a ocupar los puntos de la capilla de Dolores, calle Real y Tenería donde desde el principio se había situado.

Al siguiente día (parece fue el 22 de enero de 1812) vino el General

Morelos, con cuya presencia se aumentó el vigor y confianza de su ejército, así como la rabia y despecho de Michelena; pues hizo una salida con la mayor parte de la fuerza enemiga a efecto de desalojar a Galeana y Bravo de sus puntos: Peleóse con mutuo encarnizamiento. Hallábanse situados y atrincherados en la puerta de una casa cuatro soldados de Galeana, y entre ellos un negrito costeño llamado Faustino Castañeda, criado de la hacienda del Zanjón, que dirigiendo la puntería de su fusil sobre Michelena, le entró la bala por un costado y dio con él en tierra; iba tan borracho, que puede decirse le salía el tufo del aguardiente por las heridas: desnudáronlo luego, y notaron con admiración en su cadáver, que en el brazo derecho tenía pintada una muñeca de azul y encarnado, y en la espalda un mico; no de otro modo que los que se pintan los léperos carceleros de estos países, por un efecto de holgazanería y ruindad de principios: circunstancia que dio mucho que reflexionar a los americanos, e infirieron quien sería en su origen este orgulloso español.

Poco duró el gusto del triunfo al matador de Michelena, pues por quitarle a su General Galeana un tiro que le asestaba un soldado español, se interpuso entre uno y otro, y lo recibió en su sien, quedando allí muerto; acción heroica de lealtad, y que muy bien muestra la que tenían estos soldados a sus jefes. Siguió el fuego después de la muerte de Michelena como una hora, y en este espacio de tiempo mataron los españoles en la calle, siete americanos, e hirieron al capitán Lara, persona recomendable en el ejército. Morelos por sus dolencias, no pudiendo mandar a caballo, daba sus órdenes sentado en una silla rodeado de cajas de guerra: sobre ellas comió, y repartió con mucho gusto una gran porción de tamales con que le obsequiaron sus buenos y sinceros amigos los indios; y a vista de tanta calma y seguridad nadie dudó que el enemigo, o quedase derrotado en aquel día, o tomase algún partido que fuese ventajoso a Morelos.

Continuó sin embargo Porlier el fuego hasta cerca de las once de la noche que lo prendió a las principales, y cuyas llamas cebándose en materiales combustibles, se elevaban al cielo, dando horrendos crujidos las vigas en el acto de desprenderse de sus trabazones. Aprovechose del pavor que causaba el incendio, y emprendió su retirada para Toluca (díjose falsamente que vestido de india, y no sería mucho, pues el miedo convierte a muchos en Prothéos), influyó harto en esta retirada un tamborcito de Morelos, que habiendo sido hecho prisionero en Tecualoya, preguntándole por la fuerza americana les dijo.... que aquella era no mas

que la vanguardia, y que detrás venía doble gente.

Luego que se sintió la ausencia de los enemigos de Tenancingo salió Bravo a seguir su alcance, pero anduvo poco; porque ni su caballería estaba para darlo, destroncada con dos días de cansancio y sin comer, ni lo permitía la dispersión en que marcharon metiéndose por unos barbechos; no obstante se les hicieron prisioneros dos maridos renegados e infernales, que fueron heridos en el acto de cogerlos: dos dragones y un tambor. Tomáronsele a Porlier dos cañones grandes, un pedrero, y una culebrina de la fábrica de Manila de las que trajo Emparan de Guadalajara cuando vino a atacar a Rayón en Zitácuaro. Morelos permaneció en Tenancingo tres días, mandó purificar la Iglesia, y que se rociase con vinagre; hizo que se sepultasen más de cuarenta cadáveres, y pasó a Cuernavaca, lugar de delicias donde tuvo dos días de desahogo. Notóse que perecieron algunos negros de las haciendas de Yermo, y que estos mostraron grande encarnizamiento contra los americanos, mayor que el común de las tropas realistas. Las máquinas siempre se mueven a proporción del impulso que reciben.

Fue grande la consternación en que se hallaban en esos días los españoles en México: la fuerza de Morelos había aparecido por venta de Chalco al mando de D. Víctor Bravo y Larios, como dijimos en la carta 26 de la primera época, y las avanzadas americanas llegaron a S. Agustín de las Cuevas para evitar una sorpresa. El sentimiento de la pérdida de Zitácuaro se había aminorado en mucha parte con la noticia de estos triunfos: noticia tenida, no por las fabulosas Gacetas, sino por los particulares, pues el Gobierno a pesar de la impudencia escandalosa con que mentía, no se atrevió a hablar palabra sobre estos acontecimientos. Es muy digno de notar que esta derrota de Porlier fue una medida de corrección para su crueldad; desde entonces se le notó más humano, mostró resistencia a derramar la sangre americana en ejecuciones militares de que antes había sido tan pródigo. A veces la sangre se restaña con la sangre, y el llanto de enjuga con llanto.

Ocurrencias importantes por el Sur, anteriores al sitio de Cuautla Amilpas.

Historia del Capitán poeta D. Ramón de la Roca.

Por octubre de 1811, nombró el virrey Venegas a D. Ramón de la Roca Comandante de la provincia de Chalco. Era este un joven que acababa de llegar con grandes recomendaciones de España por su talento, y grande aplicación a las letras humanas: mostró muy luego su aptitud en ellas, pues compuso varias poesías, y unas octavas en que canta la ruina de Zitácuaro que consagró a Calleja como pudiera Lucano dedicar a Nerón un poema del incendio de Roma a que aplicó la tea, se gozó con sus estragos, y los celebró con su flauta.

Calleja le correspondió su obsequio durante la época de su virreinato: hízolo de su confianza, y entonces pudo desarrollar todo el odio que abrigaba en su corazón contra los americanos, y que comenzó a mostrar desde los primeros números de su periódico intitulado el *Amigo de la Patria*, de que se hizo editor, y para cuya formación se reunieron los enemigos de ella, o sea algunos pícaros que debieran remar en galeras. En breve se puso en ridículo Roca, pues salió a la luz un papel intitulado el *donado hablador*, publicado en los pocos instantes que tuvo libertad de imprenta en el año 1812, y en que se manifiesta la cobardía de este sujeto.

Hallábase en este tiempo el pueblo de Ameca en agitaciones que Venegas creyó aquietase Roca; y se mostraba allí enemigo implacable de la libertad de la América un F. Páez, indio, y dueño que se decía de los volcanes de nieve. El primer paso que dio el nombrado Comandante fue convocar una Junta para Chalco, e hizo que asistiesen a ella los curas para imponer una contribución forzosa, y que ellos graduasen el cupo de cada vecino, así lo hicieron, y el dinero se exigió de una manera militar.

En fines de octubre fue despojado de la Comandancia de Ameca D. Joaquín Garcilaso: se le agregó a Roca, y así es que dispuso poner un cantón que resistiese a Morelos si volvía sobre Cuautla como presumía. Obligó a los vecinos de ambas jurisdicciones a que se presentasen con sus armas, y de ellos escogió quinientos con los que marchó a Cuautla. Reconocido el Valle, eligió para su cuartel un campo llamado de las Carreras, inmediato a la hacienda de Casasano, y allí permaneció hasta 26 de diciembre en que dio una vergonzosa carrera hasta Xuchi, confirmando

con este hecho el concepto de cobardía con que ya se le había marcado.

Historia de D. Francisco Ayala.

Como Jefe de Acordada tenía unos cuantos hombres a sus órdenes con los que había purgado de ladrones el Valle de Cuautla; vivía con su familia en la hacienda de Mapaxtlan, y era amado generalmente, pues con nadie se metía, y hacía el bien que cabía en su esfera y posibilidad. Quísolo obligar D. Joaquín Garcilaso, Comandante del departamento, a que siguiera la milicia con todos sus dependientes; más Ayala se excusó con palabras y pretextos honrosos; pero sus excusas lo hicieron sospechoso, y así es que le juraron un odio implacable.

Acaso en aquellos días el comandante Moreno atacó a un F. Toledano en la hacienda de Xalmolonga, y registrando su cadáver (porque le dio muerte) encontró en sus vestidos ciertas cartas de D. Ignacio Ayala, que Morelos había puesto de comandante en el Veladero y de quien ya hemos hablado; pero sin atender Moreno a que eran de otro diverso nombre, por hallarse el Ayala de Cuautla en Mapaxtlan, ni curarse de identificar su persona, tan solo por el odio que le profesaba, dispuso inmediatamente ir sobre él para prenderlo trayéndolo vivo o muerto; reunió como trescientos hombres y marchó para Mapaxtlan, pero al pasar Moreno por cerca de Cuautla avisó al comandante Garcilaso de la expedición que llevaba, suplicándole le auxiliase con la más tropa que pudiera. Garcilaso, ignorante de lo que había pasado en Xalmolonga, y que no podía impartir el auxilio tan pronto como se lo pedía porque su remonta estaba en el campo, se demoró demasiado; así es que Moreno, temiendo que Ayala se le fugase pasó a Mapaxtlan, y llegó allí el 16 de mayo a las dos de la tarde.

Dirigiose en derechura a la casa de Ayala que era de zacate, y habiéndolo hallado comiendo dos españoles a quienes mandó que se informaran si estaba allí, quedándose con toda la gente a corta distancia esperando la contraseña que les dio, el inocente Ayala desde su asiento les ofreció de comer, y les instaba con eficacia a que se apeasen, pero ellos lejos de hacerlo solo dieron la contraseña convenida. Luego que Moreno la entendió cargó toda su gente sobre la casa, y mandó que hicieran fuego. Las balas entraban fácilmente en la casa pajiza, de suerte que una clareó

por el vacío a la esposa de Ayala: viéndose éste perdido por una parte, y por otra rabioso de vengar la sangre de su consorte, tomó dos pistolas, y con ellas en la mano se fue sobre los que ocupaban la puerta; allí con el mayor desembarazo las disparó diciéndoles.... *Vaya para polvos cabras:* uno de los tiros alcanzó a un español llamado Piñaga que cayó muerto a los pies de sus compañeros que luego se acobardaron, y desamparando el punto dieron lugar a que Ayala tomara su caballo, y se pusiese en salvo. Moreno volvió a poco rato, y no encontrando allí a Ayala, no tuvo más venganza que mandar quemar su casa sin atender a que allí estaba su infeliz mujer mortalmente herida, bien que tal vez sería su ánimo que se redujera a cenizas. Concluida esta operación inhumana, se retiró a la hacienda del Hospital donde durmió con su tropa, y desde allí volvió a impartir auxilio a Cuautla.

Ayala se ocupó aquella noche en adquirir noticias de su esposa, y suerte que había corrido su familia. Informáronle que un mozo suyo había sacado a su señora para libertarla del fuego, y que la había ido a ocultar a una barranca temiendo volvieran los españoles a matarla. Agitado con estas noticias y deseoso de saber la suerte que corría en tal situación, Ayala no se quiso retirar mucho de Mapaxtlan, y eligió el pueblo de Nenecuilco para ocultarse; más no lo pudo conseguir como deseaba, pues habiéndosele rendido doce hombres de los suyos, y dos de sus hijos, ya se hizo público que estaba en Nenecuilco. Sabedor de esto Moreno dispuso marchar para allá, llevando consigo a Garcilaso con más de cien hombres que había podido juntar, lo que sabido por Ayala, y que en demanda suya se ocupaban ya cuatrocientos, se metió con sus catorce compañeros en la iglesia del pueblito referido, dejando sus caballos amarrados a los árboles del cementerio. Desde la bóveda se pusieron a observar los caminos, hasta que por el de Mapaxtlan vieron venir a Moreno con su gente, de lo que avisado Ayala no se acobardó, por el contrario deseaba impaciente el momento de batirse. Llegó Moreno, cercó la capilla, y comenzó el fuego con el mayor empeño para forzar a Ayala a que se rindiese; más éste le correspondía a sus tiros pausadamente cuando lo hallaba conveniente, pues siendo poco su parque, temía gastarlo con imprudencia y sin provecho.

Sólo cuando se le acercaban, o intentaban llevarse los caballos del cementerio les hacía sus descargas matando a algunos de los más atrevidos, mientras no, solo les asomaba las carabinas por las ventanas de la vivienda contigua a la Iglesia, lo que bastaba para hacerles perder terreno.

Así se mantuvo hasta cerca de las oraciones de la noche en que el hambre los hizo salir. Resolviose a morir varonilmente, o a salir triunfante. Tomada esta resolución se asomó a una ventana, y con voz arrogante dijo a los sitiadores estas precisas palabras... *Prevénganse Cabras que ya voy a salir.* Fue tal la impresión que produjeron estas expresiones, que con el mayor desorden echaron a huir, e iban tan ciegos que en un apancle de agua (o sea acequia que había allí inmediata) cayeron muchos de ellos caminando a rienda suelta hasta Cuautla, sin considerarse seguros en parte alguna.

Ayala, que observó todo esto con serenidad, después de reconocido el campo de sus enemigos, se halló con una gran cena que tenían allí preparada, y se refaccionó a su costa espléndidamente. Concluida ésta, montaron todos en sus caballos, y tomaron el camino de *Huichila* en las inmediaciones de Tenextepango.

No quiso pasar de aquí, pues deseaba saber de su esposa. Pasaron muchos días hasta que supo que había muerto en Cuautla al tercer día de haber llegado allí conducida por el mismo que la libertó del fuego: que su hijo de pecho estaba encomendado a una persona de satisfacción, y que aunque estaba melancólico porque extrañaba a su madre, no obstante estaba bueno.

Entonces ya no quiso detenerse más en Huichila, y marchó con sus compañeros a Chilapa donde estaba Morelos, a quien consternó la relación de un hecho tan atroz. Mandole que reclutara gente, y le dio nombramiento de Coronel. En tal concepto acompaño a su general en varios ataques, y aunque en todos obró con un valor brusco, y muy ajeno de la disciplina de un verdadero militar, empero acreditó ser tan valiente como honrado.

No será la última vez que hablemos de este hombre raro que nos acerca con sus hechos a los días heroicos de la antigüedad, o a los Quijotescos del Barón de Trenck; hechos que se contaron de boca en boca, y que pasarán de gente a gentes para aumentar en las naciones la idea de la ferocidad de los españoles, y despotismo con que nos dominaron. Quisiera Dios que un procedimiento tan inicuo solo se hubiera ejecutado en la villa de Cuautla; pero por desgracia muchos de esta naturaleza se repitieron en cuantos puntos dominaron con vara de hierro. ¡Dichoso Morelos a quien fue dado tener en sus Huestes hombres del valor y sentimientos de D. Francisco Ayala!

Cuéntase que los enemigos de éste celebraron una junta en Cuautla para prenderlo, y que después de recios debates suponiéndolo invulnerable, acordaron presentar un grupo de hombres armados, pero cubiertos con colchones. ¡Valiente resolución, y muy digna de un Cabildo de Guajolotes!

En 24 de diciembre de 1811, Morelos antes de llegar a Cuautla, mandó al capitán Larios con cien hombres de descubierta a fin de que observase el campo del Poeta Roca. El 26 llegó a Ayucapistla; encontrose con una guerrilla de éste, y la batió dejando muerto a un europeo apellidado *Lastra,* que apenas vieron cadáver los realistas cuando echaron a huir hasta el campo de las *Carreras* donde estaba su Comandante. Afectose éste de un terror pánico, y sin más demora que el preciso tiempo para echar por tierra los jacales que el llamaba *tiendas de campaña,* puso pies en polvorosa, y no paró hasta Xuchi, a donde llegó con la mitad de la gente, porque la demás se le desertó con armas hasta Cuautla.

El once de enero salió Larios a continuar sus correrías. En Totolapam supo que Roca se hallaba en Xuchi con poco más de cien hombres, y por tanto caminó toda la noche para darle un albazo; pero él tenía una musa de las desconocidas en el coro de las nueve de Apolo llamada *Cobardía* que era su favorita, la que le inspiró en sueños de pesadilla que se fugara para Ameca, como lo hizo, dejando mal de su grado oculto un cañón que cayó en manos de su perseguidor.

El cura del lugar salió a recibir a este bajo de palio, y le hizo muchas cucamonas: cantósele el Te Deum, que para Larios fue lo mismo que cantarle en griego, o las coplas de la zarabanda porque era un rústico; más he aquí que Roca aparece haciendo el *já* sobre las alturas del pueblo; pero su enemigo apenas lo entiende cuando forma su batalla, toma una partida de caballería, y le sale a cortar la retirada. No necesitó más que entender este movimiento el hijo de las musas, cuando sin aguardar el tiro de un fusil voló a escape hasta Chalco; ni aún allí se creyó seguro: tomo por segunda vez su trotero, cuyos ijares fatigó sobre manera, y a pesar de que parecía una aguililla de Buenos Aires, el creía que se movía tan suavemente como D. Quijote Clavileño, bestia del mejor paso del mundo según lo reposado que andaba.

Basta por ahora.

A Dios. México 16 de diciembre de 1823.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA CUARTA.

Muy señor mío:

Supongo a V. impaciente por ver llegar al poeta Roca al puerto de salvación: fuelo para él la botica de D. Vicente Cervantes, donde tomó un vaso de alipús, abrazó a sus amigos, estrechó más ahincadamente a su querido Beristain, a quien mostró la pena que le afligía sobre toda ponderación, y era el temor de que lo capasen los insurgentes, pues ya corrían malas nuevas de que los sabían hacer; bien que por entonces no había mostrado su rara habilidad en esta ciencia José Vicente Gómez, como después lo acreditó, dejando a un pobre boticario de Puebla más lucio y gordo que un gato de refectorio, de lo que todos se alegraron menos su esposa.

Roca conoció que no había nacido con las disposiciones de Garcilaso, ni de Ercilla, que tan bien tocaban la lira de Apolo, como vibraban la espada de Mavórte, sino con las de Horacio Flaco, que espantado con el ruido de las espadas de los legionarios de Roma en la batalla de Filipes se estremeció, regresó a la capital del mundo antiguo, y se dedicó a cantar las virtudes de Augusto aunque adulándolo bajamente; de este mismo modo obró nuestro hombre, y acreditó con el canto de las ruinas de Zitácuaro que tenía numen, belleza y fuego para pagar la gracia de Calleja que desde entonces lo hizo con su Consultor, y dispensó todo favor para obrar contra los americanos.

Llega Morelos a Cuautla y espera al ejército español.

Encontró Morelos en Cuautla a D. Victor Bravo con alguna tropa después de la acción de venta de Chalco, y pensaba pasar a Izúcar a aguardar allí al ejército español, confiado en las ventajas del local, en la abundancia de sus contornos, y en el amor a la independencia de sus

habitantes, amor que jamás desmintieron; pero los Bravo influyeron en que permaneciese allí. Eran pasados tres días de descanso, y dada la orden de Galeana para que marchase con su división al pueblo de Ameca a cuyo efecto tenía enfardados los útiles de la tropa, cuando se avisó por el Capitán Larios, que llegó la mañana del 17, de que Calleja estaba en camino para Cuautla.

Hasta aquí le habíamos dejado en el esterquilinio de S. Lázaro tomando olfatorios de no muy grata esencia, sigámoslo ya en su marcha espaciosa; mas antes observamos que dada la contraorden a Galeana para que suspendiera su marcha, se le mandó parapetar en la villa. Encargóse de la fortificación de la Plaza de S. Diego; confiósele la de Sto. Domingo a D. Leonardo Bravo, y la de Buena vista a D. Víctor Bravo, y coronel Matamoros; trabajóse sin interrupción día y noche: El incansable Galeana salió con su escolta a reconocer la fuerza enemiga, con la que se batió su descubierta, regresando a avisar de lo que había observado.

Quiso Morelos ir en persona, pero Galeana se le opuso; persistió en ello, y hallando mayor resistencia en un hombre que le cuidaba como a su padre, Morelos recurrió a la astucia y lo engañó diciéndole, *déjeme V. Galeana, solo voy al Calvario a reconocer con mi anteojo al enemigo...*

Efectivamente marchó con su escolta, y Galeana temiendo mucho por el arrojo de Morelos, puso vigilancias en las torres para que le observasen, y él se aprestó para seguirlo en su socorro; no se engañó en su cálculo. Calleja había emboscado en los corrales de los costados del camino, gruesas partidas con un cañón, las que luego que divisaron a Morelos salieron a batirlo y envolverlo: empeñóse una cruda lid, Morelos se vio desamparado de su escolta puesta en dispersión teniendo en derredor de sí apenas unos cuantos; no por eso perdió el ánimo: hizo fuego con sus pistolas: vio muerto cerca de sí a un andaluz llamado el tío *Curro,* a quien amaba mucho por sus dichos y sinceros corazón, y mandó que recogiesen su fusil... *para que no se pierda todo* (fueron sus palabras). Retirose como un león bizarro guardando un continente majestuoso... *Muchachos* (decía con flema) *no corran, que las balas no se ven por la espalda... más honroso me es morir matando, que entrar en Cuautla corriendo, el que quiera que me siga.*

Observado esto por los vigías de las torres gritaban sin cesar... *¡que nos cogen al General!* Entonces voló a su socorro Galeana alborotándose todo el campo que quería hacer lo mismo: llegó a buen tiempo; empeñóse

una acción fuertemente, y en ella hubo muertos por ambas partes; dos tuvo Morelos, un soldado, y el Curro que pereció por mal jinete, y porque se empeño en acompañarlo: moribundo ya, fue pasado por las armas; los costeños se cegaron tanto en defensa de Morelos que muchos arrojaron su fusil, y se fueron contra el enemigo al machete, o como ellos decían... *al Jiero*. El gusto del recobro de Morelos fue proporcionado a la pesadumbre que tuvo su ejército mirándolo en peligro. Galeana lo abrazó, y uno y otro se enternecieron haciendose reconvenciones cariñosas: la patria se interesaba en la conservación de entrambos, y debieran economizar sus vidas ¡Ojalá que en el seno de toda la nación sean gozados y nunca echados al olvido hechos tan hazañosos!

Calleja campó aquella tarde en el *Guamuchilar*. A la mañana siguiente se notó que Calleja levantaba el campo, y se aprestaba para dar ataque general, Morelos mandó que nadie se moviese, sino que cada uno ocupase los puntos a que estaba destinado, y dispuso que D. Francisco Ayala campase la caballería de su mando en la loma de Zacatepeque, con orden de que cuando viera más empeñada la acción cargase sobre el enemigo por la retaguardia; providencia que no tuvo efecto; pues como aquella tropa estaba mal armada, y era gente sin disciplina, cuando quiso obrar fue fácilmente dispersada por una partida de dragones del Rey, y puesta en fuga.

Serían las siete y media de la mañana (miércoles 19 de febrero de 1812) cuando Calleja avanzó en cuatro columnas: traía la artillería en el centro, y su caballería cubría los costados: sus cañones graneaban el fuego lo mismo que sus fusiles, y se notaba una especie de furor nada común en aquellos soldados. Calleja se había quedado a retaguardia en su coche, y parece que tenía por tan seguro el triunfo, que no creía que necesitase montar a caballo. Las harpías de su ejército, es decir aquellas vilísimas rameras que lo acompañaron en sus expediciones de Tierradentro, ocupadas en desnudar los cadáveres cual aves de rapiña o halcones que se lanzan sobre la presa, fueron de las primeras en presentarse al ataque con una animosidad desconocida en su sexo, más en breve encontraron la muerte; aguardóse a aquel enjambre de asesinos con serenidad; los americanos respondían a sus fuegos pausadamente, y todos se propusieron emplear bien sus tiros certeros lanzados desde los parapetos.

Dirigiéronse por la calle Real en derechura a la trinchera de la Plaza de S. Diego, donde desengancharon las mulas de artillería, y formaron

con ella batería; así como la tropa en batalla colocándose a medio tiro. Entonces se separó de las filas un Coronel a batirse con Galeana que estaba en frente: este salió del parapeto a encontrarlo.... *¡ah pícaro!* (le dijo el orgulloso español) *a ti te buscaba;* disparóle luego una pistola, y Galena su carabina conque lo clareó, le quitó las armas, le tomó por un pie, lo metió arrastrando dentro de trinchera, y mandó que un confesor lo auxiliase. Díjose que era *Zagarra* oficial de artillería.

La tropa enemiga, testigo presencial de este suceso, enmudeció como atónita y avergonzada; ¡tanto la impuso este brío digno de los siglos de Roma!

Apareció un coronel muy luego dando sus órdenes, y llevando un tambor al lado, Galena mandó a cinco hombres que le hiciesen fuego; cayó del hermoso alazán que montaba: abrazáronlo los suyos, y se lo llevaron todavía vivo; díjose allí que era el Coronel Rul, hombre digno de mejor suerte. Entonces comenzó a avanzar la tropa española haciendo fuego con todas armas hasta agarrarse mutuamente los fusiles. Viendo tanta energía en los americanos, se retiraron a medio tiro, y volvieron a la carga con doble furor: los indios honderos colocados detrás de la tapia de S. Diego descargaron un nublado de pedréa, que no les daban punto de reposo; ya entonces perdieron la primera formación que traían, y se subdividieron en trozos por todas las casas del pueblo que barrenaron, ejecutando en las personas inermes, mujeres y niños que encontraron en ellas, las mayores crueldades, como lo indicaron sus cadáveres hallados después de la acción; por tanto, Galeana y sus soldados quedaron reducidos a solo las trincheras, y además lo flanquearon penetrando por una tienda inmediata a la contratrinchera de la calle Real. En este conflicto destacó a su sobrino D. Pablo Galeana para que lo contuviese, como lo hizo, arrojándoles granadas de mano, y disparando el cañoncito Niño que Morelos mandó poner en la azotea de la casa por donde habían penetrado. Este General se hallaba situado en una casa, en la plaza de Santo Domingo que mira al Occidente, plaza que como ya se ha dicho estaba a cargo de D. Leonardo Bravo.

A pesar de todas estas ventajas, no faltó un malvado que en el cementerio de S. Diego esparciera la voz de que se había perdido la plaza de Galeana, por lo que salió agolpada la gente en el mayor desorden con dirección al centro. Creyóla Larios que estaba con su compañía y un cañón sosteniendo el fuego en el callejón de S. Diego a un costado de

Galeana; y así es que retiró el cañón de la batería, y el caminaba con rapidez a buscar un asilo. Súpolo Galeana y montado a caballo espada en mano, hizo a sablazos que ocuparan sus puestos los que los habían abandonado; ni volvió él a su puesto hasta que no vio a toda su gente en batería.

Esta voz falsa de alarma produjo también funestos efectos en otros puntos, pues afectados de pavor, sus defensores abandonaron la artillería, y la plazuela de S. Diego casi quedó escueta; solo se vio en ella un muchacho de doce años llamado *Narciso;* vínose sobre éste un dragón que le tiró un sablazo y le hirió un brazo; no tuvo este niño más efugio que afianzarse con una mano de un palo de la misma batería, y con la otra tomar la mecha que estaba clavada en el suelo; dio casi maquinalmente fuego al cañón, que disparado en el momento más oportuno mató al dragón que le acababa de herir, y contuvo al enemigo que avanzaba rápidamente.

Con tan fausto e inesperado suceso, volvió a su puesto Galeana, y quedó restablecido el orden. Después de la acción, Morelos hizo que le llevasen a aquel jovencito a quien asignó una pensión de cuatro reales diarios, que percibió hasta que se evacuó la plaza. Hasta este día está en la hacienda de Santa Inés, sirviendo a D. Antonio Zubieta: la patria debe dar sobre él una mirada de aprecio, así lo pido.

Continuó el fuego sin interrupción hasta las tres de la tarde, hora en que avisaron a Calleja que el parque se estaba acabando; mandó, pues, que se retirara el ejército; pero hizo la última tentativa, pues dispuso que se abandonara la artillería separándose a una regular distancia de ella su tropa, a fin de que saliendo de baterías los americanos, los realistas cargasen sobre ellos.

Morelos mandó que nadie se moviese, entendiendo el artificio; por lo que ambos campos se mantuvieron como una hora sin ofenderse, hasta que pausadamente recogieron sus cañones los realistas, y fueron a campar al pueblito de *Cuauhtlixco,* distante como una legua de Cuautla. Calleja se encerró con quinientos hombres en la hacienda de Santa Inés; Galeana que veía a la tropa del Rey, haciendo remolino, creyó que era esta la más bella ocasión de atacarla; pero Morelos se lo impidió, y solo permitió reconocer el campo donde se encontraron más de cuatrocientos cadáveres, treinta y dos artilleros que mandó sepultar en la parroquia, y fuera de sus reductos.

Halláronse vestigios de sepulturas hechas por el enemigo, y muchos rastros de sangre conque se tiñó aquel campo. Tomóse mucho armamento y otras prendas que no vinieron mal a los americanos. Estos tuvieron dos muertos, un artillero a quien hizo pedazos la cabeza una bala de cañón en el callejón de S. Diego, y el Capitán Salas que murió al tercer día de las heridas. Los quince a veinte muertos que se recogieron en la villa, fueron de los vecinos inermes sobre quienes cebó su saña el enemigo, o de los que perecieron en la calle Real cuando se agolpó la gente huyendo, en el concepto de ser cierta la voz falsa dada, de que hemos hablado.

Hubo además algunas mujeres heridas y muertas por una granada que reventó en la Iglesia de S. Diego, de las que conocí una bastante agraciada, mujer de un tal Cardoso, a quien tuve de fabricante de pólvora en Zacatlán, y de ánimo tan decidido por la causa de la independencia, que parece se lo había aumentado aquella desgracia. Al siguiente día de la acción salió el Capitán Larios con su división por el camino de Osumba a explorar, e interceptó un correo que llevaba el duplicado de Calleja al virrey. Leyéronse las contestaciones y por ellas se vio la considerable pérdida que había sufrido. Al virrey le disminuía el número de muertos que había tenido; pero al mariscal de artillería D. Juan Tadeo Tornos, le decía que pasaban de cuatrocientos. Pedíale que a la mayor brevedad se le socorriera de parque que necesitaba, pues temía ser atacado, y no tenía con qué defenderse.

Entonces se discutió entre Morelos y sus oficiales si convendría atacar a Calleja; la disputa fue reñida; el fogoso Galeana estaba por la afirmativa; pero Morelos no quiso, pues temió fuera astucia de Calleja. Este es el mayor sacrificio que puede hacer a la patria postergando su gloria un General victorioso, a la conservación de un ejército que era su apoyo.

Cuando llegó al virrey el primer parte se hallaba de visita en la casa del Apartado, oficina que hasta entonces no había visto, y como el bien o el mal siempre sale a la cara, todo el mundo que pendía de los gestos de Venegas, conoció que estaba su ánimo abatido, e infirió la desgracia. Hizo llamar sin demora al comandante de artillería: preguntó sobre el estado del parque, y como se prometiera tener un acopio inmenso, se llenó de sorpresa cuando entendió que era poco el que existía en los almacenes; entonces votó y juró como el más renegado carromatero (según tenía de costumbre y era su lenguaje) mandó a D. Martín Michaus

conductor de cargas reales, que acopiase mulas, y que sin demora se llevase a Cuautla todo el que había. Llevóse al patio de palacio todo el carguío, y fue ciertamente bastante el que vimos extraer dentro del tercer día. ¡Cuánto hubiera dado Morelos porque tanto hubiese sido el suyo! Él hacía la guerra con lo mismo que quitaba a sus enemigos, y esto realzará en todo tiempo su mérito, no de otro modo que lo fue el de Moisés equipado con los despojos de Faraón, aunque por favor extraordinario del cielo que quiso salvar al pueblo hebreo.

Hecha la interceptación del correo referida, tornó a salir Larios de Cuautla a segunda expedición, y con el mismo objeto, y de hecho el día 22 interceptó otro correo de México, dirigido a Calleja, en cuyo registro se leyó la orden que el virrey había dado a D. Ciriaco Llanos para que a la mayor brevedad se reuniese al ejército del centro, y que permaneciese a sus órdenes por todo el tiempo en que se iba a poner sitio a Cuautla. Entonces conoció Morelos lo peligroso de su situación no por sí, que en un principio se rió de que se sitiase un lugar tan abierto como aquel, sino por Galeana que escarmentado con el pasado sitio del Veladero no gustaba de verse metido en caponera. Ofrecióse a salir con su división a situarse en la barranca de Tlayacaque, lugar de preciso tránsito; pero muy ventajoso para impedir la reunión; plan que no desagradó a Morelos, sino en cuanto que se separaba de su lado un jefe de quien tenía tan alta confianza.

Pero antes de hablar de esta ocurrencia es preciso referir lo ocurrido en Izucar.

Ataque de Izúcar por Llano.

Dijimos ya, que en este punto ventajoso para la insurrección, había dejado Morelos al tiempo de su partida para Tasco una corta fuerza, al mando de los Capitanes *Guerrero, Sánchez y Sandobal;* no podía ser indiferente a Llano este lugar de asilo, y vehículo de armas y desertores de Puebla; y así se resolvió a atacar aquella plaza sin querer escarmentar en la persona de su compañero Soto Maceda. Salió con más de dos mil hombres de buena tropa, inclusos los batallones expedicionarios de Lobera Asturias, y mixto, cuatro cañones de a cuatro, dos de a ocho, y dos obuses. Con este aparato se presentó en Izúcar la mañana del 23 de

febrero (1812) y ocupó el Calvario, lugar dominante a la población donde colocó la artillería, y comenzó un vivísimo fuego sobre la villa. No se contentó con esto, sino que en la tarde de ese día formó dos columnas de los batallones expedicionarios, y cada una con un cañón y un escuadrón de caballería al mando de D. José Antonio Andrade, atacó la Villa por diversos puntos, incendiando sus barrios. Nada pudo conseguir a merced de estos esfuerzos, ni aun continuando el fuego toda la noche desde el punto del Calvario, a donde se había retirado al concluir la tarde anterior.

Repitió el ataque al siguiente día con doble ferocidad, pues las dos columnas dichas, las redujo a una sola para darle mayor fuerza a su masa, y hacerla irresistible, sosteniendo el fuego de ella el de artillería situada ventajosamente; todo lo propulsaron los americanos situados únicamente en la plaza donde se parapetaron de la manera que Morelos lo había hecho tres meses antes, auxiliándolos con sus hondas los indios situados muy felizmente en las azoteas. Llano incendió los barrios de Santiago y el Calvario; repitió el fuego con la misma actividad que la noche anterior; sus guerrillas hicieron cuanto daño les sugirió su malignidad; pero no pudieron obtener la menor ventaja sobre ciento y cincuenta americanos del ejército de Morelos que opusieron la resistencia que jamás presumió le hiciesen; matáronle no poca gente, y cuando se retiró por las órdenes que tuvo de marchar a engrosar la fuerza de Calleja en Cuautla, fue perseguido por los sitiados, pues saliéndole por diferentes puntos, y atacándole a retaguardia picándosela sin intermisión por largo trecho, le quitaron un cañón muy hermoso de a ocho, el mismo con que fue atacado en 25 de noviembre de aquel año el fortín de la Soledad de Oaxaca, y por cuya ocupación se facilitó la entrada del ejército de Morelos en la ciudad.

El Sr. Morelos dio la comisión que pretendía Galeana a D. Manuel de Ordiera, fiándose en los conocimientos prácticos que tenía de la barranca de Tlayacaque, lugar ventajosísimo para batir a Llano; pero de nada le sirvió esta ciencia, contra la perfidia de un Cura que dio parte a Calleja de lo que iba a ejecutarse en aquel punto, el cual destacó al Capitán D. Anastasio Bustamante con una gruesa partida, y éste desalojó de aquella localidad a Ordiera con sus trescientos americanos, los que tuvieron a dicha salvarse dentro de la misma barranca; por tanto, Llano encontró el paso franco, y entró en el campo de Calleja el domingo 1º. de marzo a las dos de la tarde sin mayor novedad. Llano a su tránsito por Tecpaxinco encontró a sus vecinos enfiestados con la rica feria de comercio que allí se celebra anualmente; y aunque todos estaban pacíficos

sin meterse en nada, y no debían ser tratados hostilmente, su inmoral tropa se echó sobre el mercado, lo robó y cometió mil excesos.

Esto entraba en el plan de la *pacificación española. Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant...* Así es que sus soldados cuando entraron en México el 16 de mayo siguiente se dieron en espectáculo; ya por las onzas que gastaban; ya por la brutalidad con que a guisa de bestias ferocísimas se comían las coles crudas y los nabos, como si fueran buitres, cosa no vista aquí.

He oído de la boca de D. Vicente Guerrero, una anécdota que creo digna de la historia, y la refiero librando su certeza en la veracidad y sencillez de este sujeto.

«Después de más de dos días de continuo trabajo y fatiga en resistir a Llano (son sus palabras) me acosté en mi catre en mi posada: rodeábanme muchas personas, principalmente mujeres, que no se creían seguras de los fuegos enemigos sino a mi lado, cuando he aquí que una granada se desprende sobre el techo de mi habitación, troncha unas vigas, y rodando se mete precipitadamente bajo mi catre; yo oía el chillar de la espoleta, y creía verme en un momento en la eternidad hecho mil pedazos: efectivamente, la granada revienta, con sus tiestos lastima a algunas pobres mujeres, pero yo no sufro la menor lesión: cuando me acuerdo de esto me confirmo en el concepto de que nuestros días los tiene Dios contados y nadie excederá de un momento de los que le ha marcado la providencia. Mi existencia es prodigiosa; mi cuerpo está lleno de cicatrices de profundas y mortales heridas; no se ciertamente como vivo.»

Tal fue el razonamiento de este caudillo hecho a presencia de varios sujetos. Cuando no lo hubiera yo oído de su boca, sé los graves riesgos en que se ha visto, y que su existencia actual es un fenómeno prodigioso.

Izúcar debió entonces su libertad a su valor, y al de sus dignos compañeros Sánchez y Sandobal, ambos son dignos de la gratitud americana, y de la pluma de la historia.

El 4 de marzo, víspera de que Calleja comenzase a formalizar el sitio, salió de la plaza el Capitán D. Marcelo González con una partida de treinta hombres a escaramuzar a Llano, que comenzaba a fortificarse en Zacatepec; empeñada la acción salió Galeana con dos compañías, y D. Felipe González con otra de la escolta de Morelos, y ambos hicieron algunos muertos al enemigo. González se expuso mucho, salió herido en

la cabeza, y murió dentro del tercer día: asimismo tuvimos tres soldados muertos.

La fuerza de Calleja cargó en la mayor parte por lo que los americanos se replegaron a la plaza. El 10 de marzo se presentaron los enemigos en sus parapetos, y comenzó el fuego de bombas, granadas, bala rasa de artillería y fusilería: rompiólo Llano, y se generalizó por todo el campo. Débese notar, que cuando entendió Morelos que iba a ser sitiado, procuró surtirse de toda clase de víveres; pero la premura del tiempo apenas le permitió los muy precisos para la tropa de la plaza. Es menester confesar que en esto se condujo con negligencia debido a que tuvo por locura de Calleja emprender el sitio; a no estar en este errado concepto, sus providencias de precaución habrían sido más acertadas. Admiróse él mismo del afán con que hacían los soldados los aprestos; parecían hormigas acarreadoras: así es que muy en breve se fortificaron en Amelcingo, Zacatepec, Quahuixtla y Buenavista, colocaron las baterías a menos de tiro de fusil; solo el campo de Calleja se puso a distancia de un cuarto de legua: este caballero jamás le echó de guapo, sino de astuto y mañero, y dio mucho tono a su importante persona.

Todas las obras las concluyeron en un día y una noche. A las 7 de la mañana se rompió el fuego por elevación con una bomba dirigida a la casa de Morelos, que no cayó, como ninguna de las muchas que le dirigieron durante el sitio. Grande fue la impresión que causaron las primeras que se arrojaron a la plaza; sus vecinos procuraban ver donde se guarecían, y apenas se veían despavoridas a algunas gentes en las calles, más a las 24 horas que ya la experiencia les había enseñado el poco daño que causaban, y lo fácil que era el eludirlas tendiéndose en tierra, todos se burlaban de ellas, repicaban a vuelta de esquila a cada una que arrojaban, y chuleaban a los que las dirigían.

Distinguíanse principalmente los muchachos con quienes se divertía el General Morelos desde su corredor; dándoles dinero por las que le presentaban; conducta que le produjo mucha utilidad, pues como pagaba a peso cada bomba, granadas a cuatro reales, bala de fusil a medio la docena, esto los empeñaba en buscarlas: y los americanos se aprovechaban de la pólvora; por tal industria sostuvieron la guerra con el mismo parque enemigo.

Para hacer que éste quitase el mortero situado en Zacatepeque y no acertara alguna bomba a la casa de Morelos colocada en frente, mandó

éste que Ordiera subiese a la bodega de Sto. Domingo un cañón de a tres para que el enemigo mudase la batería; no se logró quitar ésta; pero si que mudaran el mortero a la batería de Quahuixtla, punto que aunque dominaba la calle Real no podía dañar la casa de Morelos. Para evitar el perjuicio que podían hacer los fuegos de Zacatepeque por lo ventajoso de aquel sitio que dominaba a la plaza, dispuso poner un baluarte en frente dirigiéndolo en persona, y se le puso S. Fernando. Conteníase con él en gran parte al enemigo, y ya no molestaba como al principio. Las demás baterías hacían un fuego infernal día y noche, aumentándolo o minorándolo según la provisión de parque que tenían, pues si era mucho tiraban cada cuarto de hora una bomba, tres o cuatro granadas, doce o quince balas de cañón, más el fuego de fusil no cesaba.

De esta suerte continuó el sitio, y presintiendo sus resultas, Morelos mandó a Larios que saliese con su división a combinar con Bravo las medidas de socorro que debían tomare para alivio de la plaza. Supo Larios que venía un convoy de víveres y municiones para Calleja, púsose de acuerdo con Bravo para sorprenderlo en el punto llamado de los *Cedritos,* a cuyo efecto ambos jefes emboscaron su gente; pero ésta no guardó el silencio conveniente para estas empresas: así es que Armijo, conductos de dicho convoy no solo impidió el que lo tomasen, sino que cargando reciamente sobre los americanos, los derrotó completamente, y a los que tomó prisioneros los hizo fusilar con la mayor inhumanidad, porque este oficial formado en la escuela de Calleja, siempre hizo a la Nación una guerra a muerte.

Esta acción se refiere circunstanciadamente en la Gaceta número 206 del 2 de abril de 1812. Calleja que da el parte dice: «Que despachó a Armijo con su escuadrón de lanceros al que se le reunieron 110 de Yermo, al mando de D. José Acha, 28 de Cuernavaca y 33 dragones al mando de D. Martín de Andrade. Que además D. Pedro Meneso reforzó a Armijo con 90 hombres. Que en el punto del Mal-Pais en un lugar donde se estrechan los cerros se le presentaron como 2,000 hombres, y lanzándose sobre ellos, mató más de 400, y entre ellos a Larios, hizo 67 prisioneros, les tomó un cañón, 250 fusiles. Que concluida la acción se presentó a auxiliarlo el batallón de Asturias con 220 caballos y 2 cañones.

En todo esto hay mucho de mentira y ponderación (pues Larios no murió) más el resultado fue que los americanos fueron derrotados y frustrada su empresa por defecto de disciplina.

Basta por ahora; en la siguiente continuaré la relación del asedio de Cuautla hasta su evacuación, que es demasiado interesante.

A Dios.

México 21 de diciembre de 1823.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA QUINTA.

Querido amigo mío:

Mientras ocurría esta desgracia fuera de la plaza de Cuautla, dentro de ella se aumentaban sus desdichas, pues Calleja se valía de cuantos medios hostiles estaban en su mano. Viendo que sus bombas ya no hacían impresión sino que eran motivo de rechiflas y burlas que escuchaba indignado, dispuso cortar el agua que entraba a la villa, dando la corriente por diferente rumbo. Morelos no se penetró luego de los daños que le causaría esta medida, pues creyó que la de los pozos bastaría para abastecer la población y a sus tropas; prontamente conoció su error; mandó a Galeana desalojase al enemigo del surgidero de agua, y lo consiguió; pero tornó Calleja a cortarla, y así es que hubo de salir Galeana segunda vez con D. Víctor Bravo y el Coronel Tapia con un destacamento de tropa, y empeñada la acción, este último oficial fue herido de bala de fusil, y a pocas horas murió. Esta desgracia obligó a Galeana a que propusiese a Morelos que se plantase un fortín en el punto preciso a mantener el agua corriente, pues le era muy sensible empeñar acciones en que muriesen los oficiales mas beneméritos para quedarse después en la misma necesidad. Ofreciose a ejecutar por si mismo la empresa, y el General se la encomendó gustoso.

Dio pues principio a ella acopiando los materiales precisos. El 25 de marzo salió con 70 soldados y cada uno de estos con un costal de arena, un cajón de parque, y porción de indios zapadores con madera: formó un medio círculo con los costales, y agazapada toda la gente comenzó su camino cubierto, procurando llevarla la gente comenzó su camino cubierto, procurando llevar la tropa tan unida y protegida con los sacos que no pudiera perjudicarla el fuego que vorazmente se le arrojaba.

De esta suerte trabajó desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde en que el capitán D. Mariano Ramírez entró a avisar a Morelos que Galeana se hallaba ya dueño del ojo de agua, y formada la batería

para su defensa. Rieronse muchos, y admiráronse muchos mas cuando supieron que tan atrevida operación solo le había costado la pérdida de un saco despanzurrado con una bala de cañón que le alcanzó de las muchas que le dispararon desde el Calvario. Coronose este fortín con tres cañones, dotáronle con 60 soldados que los custodiasen, y se confió aquel punto al Coronel D. Estevan Pérez.

En la noche inmediata hizo Calleja una tentativa para volver a quitar aquel punto, atacándolo con más de 500 hombres, pero con tanto atrevimiento que sus soldados llegaron a tocar con las manos el atrincheramiento. Habiase situado Galeana a retaguardia de el, y acudió a su socorro: comenzó la acción a las once de la noche, y duró dos horas lo mas recio de ella generalizándose por todos los campos: el brío de los enemigos fue del tamaño de la resistencia que encontraron; retiráronse por fin harto escarmentados dejando 18 cadáveres que no pudieron llevarse, y 40 fusiles; tiñose el campo de sangre, y hasta el P. Capellan de aquella tropa le dejó a Galeana por prendas su estola. En esta acción este jefe mostró la cordura y sangre fría con que obraba en los mayores peligros, pues no permitió que se disparase sobre el enemigo hasta no tenerlo a boca de jarro. Quedóse en aquel punto sin separarse de día ni de noche: dormía bajo de un árbol, y Cuautla le debió el beneficio de el agua de que habría carecido a no ser por su valor y constancia. Cuando le enviaban que comer algunos vecinos en los días en que escaseaban los víveres, partía con sus soldados, y casi nada tomaba, ni quería dormir en catre, pues sus costeños dormían en el suelo. Morelos procuraba sacar toda la ventaja posible del orgullo de sus soldados: celebraba sus acciones heroicas, y procuraba distraerlos y alegrarlos formando todas las tardes xamaicas con flores y músicas en los puntos militares, a vista; ciencia y paciencia del enemigo que se desesperaba al ver tanto desprecio de sus fuegos. Hubo tarde en que se hizo necesario meter al General Morelos dentro de la misma trinchera del ojo de agua casi con violencia por sus mismos soldados, porque era tanta la lluvia de balas que se dirigía sobre el, que era conocidísimo, lo mismo de Galeana, y a no ser por esta medida, habría parecido sin remedio. Su genio colegial y pandorguista fomentaba también las locuras de sus oficiales y soldados que se solazaban con sus enemigos, como muchachos en carnaval, costando alguna sangre sus travesuras; tal fue la que les pegó el capitán Ansures en la batería de Sta. Bárbara en una noche muy obscura. Queriendo aprovecharse el enemigo de su misma lobreguez avanzó por entre los

plátanos y matorrales que había allí hasta acercarse demasiado a la plaza. Dio la casualidad que todas las gentes habían entrado a proveerse de lo que necesitaban, y solo se hallaban en la trinchera Ansures, y el centinela. Luego que aquel advirtió que el enemigo se acercaba, y el inminente riesgo que corría la plaza si llegaba a entender que aquel punto estaba sin gente, tomó un tambor y previno al centinela que no hiciera fuego sin su orden. Cuando se vio cerca del enemigo comenzó a tocar a degüello con el mayor empeño; por tanto logró que no avanzase por aquel puesto, y que hicieron un fuego desesperado. Calló un rato, y con silencio pasó al punto opuesto donde hizo lo mismo, ardid con que consiguió que las partidas enemigas desconociéndose entre sí se atacasen e hiciesen el destrozo que apareció al día siguiente en el campo teñido de sangre.

Hazaña de unos muchachos.

Morelos había mandado que nadie saliera fuera de las trincheras, orden que se desobedeció por su sobrino, niño de nueve años poco más: este tenía el título de capitán de una compañía de jóvenes en la división: estaba provista de todas plazas, y armada de cabinas chicas. Impidióseles la salida a la parte de afuera; pero se empeñaron en llevar adelante su capricho; pusieronse a jugar, cuando he aquí que de repente sale un dragón a caballo perfectamente armado, y avanza sobre ellos al apantle donde jugaban; entonces se armaron con las hondas que traían atadas a los sombreros por toquillas, y le hicieron tal descarga cerrada de piedras que dieron con el al suelo, acertándole una en la cabeza. Entonces cargaron sobre el, le amarraron, se repartieron sus armas y lo metieron en triunfo en la plaza, con el caballo. Guardaron la formalidad de dar cuenta a la plaza, y usaron de las ceremonias militares de estilo. Riose mucho Morelos, divirtiese un rato con el prisionero, mandolo a la prevención preso, sin hacerle otro daño, y mandó celebrar la hazaña con repique de campanas. Esta compañía fue utilísima, y tal vez libraron a Morelos en un ataque que dio creyendo que solo había 80 enemigos, y después se supo que eran trescientos que puso en fuga esta compañía atacándolos por retaguardia: su falta de previsión les hacia cometer tales empresas. Liniers confesaba lo mucho que debió a los niños de Buenos-aires en el ataque que dio a aquella plaza el 12 de agosto de 1806, lanzando de ella el General Beresford que la había tomado dos meses antes. Otro tamborcito

hubo en Cuautla en la división de D. Víctor Bravo que cuando cesaba el fuego le decía… Señor el enemigo se ha dormido, y es fuerza despertarlo… Ve y hazlo le respondía; tomaba su caja y entonaba un toque a degüello, comenzaba el fuego, y el no cesaba de tocar hasta que lo cansaba.

En la hacienda de Buenavista era frecuente la diversión que causaban los sustos que repetían a las baterías de enfrente. Los insurgentes ataron a unos caballos flacos unos cueros secos, y los echaron al campo enemigo por varios puntos. La Ruidera que armaron hizo creer al enemigo que tal vez serían cañones que rodaban en cureñas; pusieronse en alarma los campos, y se gastó mucha pólvora; lo mismo pasó en otra noche en que los americanos montaron en caballos flacos unos muñecos de trapo, mandándolos por distintos rumbos, y cuando consideraron que ya habían penetrado bastante terreno, comenzaron a tocar a degüello por diversos rumbos, y he aquí la zambra. Estas burlas electrizaban a las máquinas de Calleja, al paso que engañaban y divertían a los negros costeños que siempre gustan de escarceos y monadas aunque por hacerlas no coman en muchos días, y se servían para hacerles tolerables, las privaciones que cada día se les aumentaban. No era de poca monta la falta de pastura para los caballos de la plaza, por tanto cada 24 horas en que salía e ella un destacamento para cortarlo de las inmediaciones, al mando de Galeana, se empeñaba una acción, en que morían algunos indios, pues mientras estos cegaban con hoces, los soldados se batían con denuedo; esta operación comenzaba a las cinco de la mañana hasta las ocho.

Calleja tenía amigos en la Plaza y sabía cuanto pasaba en ella. Su vecindario como he dicho repugnó siempre la causa de la libertad pues ha vivido y vive enseñoreado por los ricos españoles que tienen grandes posesiones en toda su comarca; veamos ya como se descubrió la traición de un capitán (F. Manso) vecino de aquella villa que estaba al servicio de Morelos.

Es General había mandado que cada trinchera tuviese una bandera que fijase el punto de su localidad. Notose por D. José Antonio Galeana que en la batería de Manso había una banderita amarilla, color exótico entre los americanos, pero muy principal en el pabellón español. Dedicose a observar el motivo de aquella rara distinción, y cerca de las diez de la mañana notaron los centinelas que venía un niño del campo de Llano con dirección a esta batería. Como estaban reencargados de observar cuanto

pasaba por ella, le echaron guante al muchacho, que amenazado con azotes, confesó que acababa de entregar una carta a Manso. Diósele cuenta a Morelos, quien dudó creer el hecho; sin embargo Galeana inconsulto su General arrestó a las siete de la noche a Manso: reveló la tropa que cuidaba el callejón inmediato, y la levó a otros puntos. Emboscó algunos piquetes de soldados en las casas inmediatas y colocó sobre las azoteas porción de indios honderos: Manso se mantuvo negativo de la traición; pero lo acusaron un sargento, un cabo y dos soldados diciendo que sabían que aquel punto sería atacado en la noche: que la seña sería hacer una hoguera fuera de la trinchera, y que Manso debería salirse fuera de la misma con un piquete a esperar al enemigo. Tomados estos datos por galeana, he aquí que a las doce de la noche él mismo figurando ser Manso introdujo al enemigo hasta la misma trinchera en número como de 300 hombres, y los recibió con fuego infernal, matándole como 100 soldados, y tomándoles 27 fusiles. El ataque falso se dio por calleja en varios puntos para llamar la atención de los citados. ¿Quién creerá que a pesar de esta traición comprobada, Manso no murió como debiera, y que Morelos solo se limitó a mantenerlo arrestado en la prevención? No era ciertamente este jefe el hombre sanguinario que con tan horribles coloridos nos han pintado los españoles.

Hasta aquí amigo mío no he hecho otra cosa que referir unos sucesos de que Vd. y yo estamos ciertos; pero no lo están otros que suponen en mí menos un historiador que un panegirista de Morelos. Voy pues a hacer alto en mi relación, y a ocuparme de presentar a V. y a los que me acusen de parcialidad, constancias irrefragables que no podrán contradecir : tales son las contestaciones tenidas entre Calleja y Venegas sobre el sitio de Cuautla que tengo a la vista en el legajo número 19 del archivo de la secretaría del virreinato, y que se me han franqueado de orden del Supremo Poder Ejecutivo a quien interpelé y condescendió gustoso, extendiendo su providencia a todos los archivos de la Nación que necesite registrar.

Pero antes de todo debe V. suponer como un hecho incuestionable, que faltan de este legajo muchos partes circunstanciados interesantísimos que llenaban de ignominia a Calleja, como el asalto del 19 de febrero de que ya hemos hablado. A lo que entiendo para librarse de ella extrajo de la Secretaría cuando fue Virrey por mano de su protegido. Roca a quien se le mandó escribiese la historia de la revolución por la corte de Madrid en compañía del canónigo Beristain y Bataller, ó sus agentes. ¿Qué habría

resultado de esto si se hubiera verificado? V. lo decidirá. Habríamos visto una cosa semejante al Apocalipsis de S. Juan comentado por Newton; sabemos que esta historia debía constar de tres partes, la militar a cargo de Roca, la política al de Beristain, y la judicial al de Bataller como gran cadí que fue de los americanos. Cuento hoy (dice Calleja el 13 de marzo de 1822 a las seis de la tarde) cuatro días de fuego que sufre el enemigo como pudiera una guarnición de las tropas más bizarras sin dar ningún indicio de abandonar la defensa. Todas las mañanas amanecen reparadas las pequeñas brechas que es capaz de abrir mi artillería de batalla: la escasez de agua la ha suplido con pozos; la de víveres que tienen en abundancia, y la de todas las privaciones, con un fanatismo difícil de comprender y que haría necesariamente costoso un segundo asalto que solo debe emprenderse en una oportunidad que no perderé si se presenta… Si. V. E. es de mi opinión deberemos sacar de Perote artillería gruesa, y todo cuanto pueda necesitarse sin perder instante, prefiriendo esta a las demás atenciones, a que vencida Cuautla podemos ocurrir y si no estuviésemos de acuerdo en las ideas, espero que V. E. se sirva prevenirme terminantemente lo que deba ejecutar en circunstancias que por cualesquier aspecto que se miren ofrecen muchas dificultades para el acierto.

En 20 de marzo dice. En este estado, y con el conocimiento que me asiste de nuestras tropas, no conviene asaltar a un enemigo que lo desea, ni hay otro partido que tomar que el de un sitio… debió emprenderse con todos los medios oportunos para asegurar el suceso; pero las circunstancias, las distancias, las noticias equivocadas, y el concepto que se tenía del enemigo…etc.

En 24 de abril escribe lo siguiente: Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla fuese con moralidad y dirigida a una justa causa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia.

Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad manifiestan alegría en todos los sucesos; entierran sus cadáveres con repiques en celebridad de su muerte gloriosa y festejan con algazara, bailes y borrachera el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que halla sido el éxito: imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias o de rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma que promete la resurrección temporal, y después el paraíso con el goce de todas las pasiones a sus felices musulmanes.

El fatiga con salidas y continuo escopeteo a este ejército cargado de tantas atenciones exteriores, cuando el solo sitio y bloqueo de Cuautla le ofrece sobrado objeto de que ocuparse. Confía en los cuerpos que nos rodean, y que para no ser sorprendido como ya lo habrían sido se han fortificado en Ocuitxco y Tlayacac, nos atacaran combinadamente obligándonos a un repliegue que abandone los puntos de la línea distantes entre si, y confía mas que todo en la irresistible estación de aguas que tenemos ya encima; no se yo si los cuerpos de afuera se atreverán a acercarse, lo que es muy difícil; pero siempre me obliga a tomar muchas precauciones, a estar con mucha vigilancia, a tener pronta alguna fuerza disponible, y a fatigar el ejército que disminuido de mas de 800 enfermos, entre los que envié a esa Capital, los que existen en este hospital, y los que permanecen en sus compañías y en sus tiendas, me han reducido a la necesidad de no poder relevar los puestos, y a la imposibilidad absoluta de despachar cuerpos por las convoyes, sin abandonarlos, cuyo abandono aprovechará este enemigo vigilante: por lo que es indispensable que V. E. haga un esfuerzo para remitirme el convoy de víveres, caudales y municiones, que ya necesito con urgencia, la artillería gruesa si hubiese de venir, y la terminante orden de lo que en estas circunstancias deba ejecutar. Si esta esperanza se le (añade) frustra por la cobardía de los cuerpos exteriores, no puede faltarle la de la estación si halla medios de sostenerse los pocos días que faltan para que se establezca, lo que aunque: difícil no es imposible.

La adjunta relación de hospital cotejada con la que incluí a V. E. el correo anterior es mas que indicio de lo que podemos esperar, y que en mi concepto nos obliga a tener resuelto el partido que debemos tomar para en el caso que no alcance el asedio, y a este fin despacho este pliego con 50 caballos al cargo de D. Eusebio Moreno que hará de noche el tránsito peligroso; y me prometo que llegará con seguridad, y por el mismo medio puedo recibir pronta contestación de V. E. Concluye pidiendo Calleja 5,000 camisas y otros tantos pares de zapatos para su tropa ¡Que diferencia entre la abundancia en que este nadaba, a la miseria en que se hallaba Morelos! Igual a la que se notaba entre el valor y la justicia de uno y otro ejércitos; acaso Morelos no tenía más muda de ropa que la que vestía entonces su cuerpo enfermo, y tirado en un catre como en aquella sazón estaba Sabemos que en el Veladero vendió su manto de clérigo para dar pan a sus hambrientos soldados. ¿No tendría Calleja algunos aprovechamientos con el sitio de Cuautla?.

En 2 de abril dijo al Virrey con respeto a los ataques sangrientos sobre la toma de agua. Las tomas de agua son el objeto de una acción continuada, y esta mañana a favor de la proximidad del pueblo y de un bosque que le cubre rompió el enemigo la de Xuchitengo que cubre el Sr. Llano; se proveyó abundantemente de agua; corrió mucha sobrante, y fue menester una acción empeñada para hacerle abandonar la toma… Morelos emplea todos los medios que se propone, y son capaces de producir efecto, escopeteando todo el día a los diferentes puestos que cubren la entrada de las cuatro tomas, de agua, y no hay alguno que no haga sobre ellos algún ataque vigoroso hasta llegar (a las bayonetas). En seguida de este elogio continúa contradiciéndose groseramente en estos términos. "El Cobardota del Cura Morelos no sale de su casa sino al amanecer de los días de fiesta para exhortar a la canalla con el Divinísimo en sus sacrílegas manos, si por sus incomprensibles juicios baja a ellas". Se olvida de las jamaicas que hacía sobre tarde por entre un nublado de balas.

El acierto y bizarría de Galeana en proporcionarse agua en la plaza lo comprueba Calleja en su parte de 4 de abril en que se lee lo siguiente: "Al amanecer de ayer quedó cortada el agua de Xuchitengo que entraba en Cuautla y terraplenada 60 varas la zanja que la conducía con orden al Sr. Llano por hallarse próxima a su campo de que destinase el batallón de lobera con su comandante a solo el objeto de impedir que el enemigo rompiese la loma; pero a pesar de todas mis prevenciones y en el medio del día, permitió por descuido, que no solo la soltase el enemigo, sino que construyese sobre la misma presa un caballero o torreón cuadrado y cerrado, y además un espaldón que comunica el bosque con el torreón, por cuyas obras cargó un gran número de trabajadores, sostenidos desde el bosque. A pesar de su ventajosa situación dispuso que el mismo batallón de lobera, 150 patriotas de S. Luís, y 100 granaderos, todo el cargo del Sr. Coronel D. José Antonio Andrade, atacase el torreón y parapeto a las once de la noche, lo que verificó sin efecto, y tuvimos cuatro heridos y un muerto."

Sigue el enemigo con extraordinaria actividad reparando ruinas, construyendo nuevas batería, y atacando alternativamente todos los puestos de la línea.

No son menos las importantes expresiones de honor que Calleja usa en su parte de 23 de marzo en que dice al Virrey lo siguiente:

"La conducta de este enemigo fanático y sagaz es muy dudosa. Arroja todas las noches del recinto porción de caballada y mulada: repara con mucha actividad de ruinas que le causa nuestro fuego: abre pozos para surtirse de agua que la tiene muy escasa, y esta mañana al amanecer hizo una salida muy vigorosa sobre el río con mas de 1,000 infantes armados de fusil, poca caballería, algunos trabajadores, crecido número de honderos, y dos cañones con el objeto de derribar una de las presas que le corta la entrada de agua, y en efecto empezaron a verificarlo al romper el día."

"El no forma una caja muy ancha y barrancosa que se divide en dos brazos que corren a bastante distancia el uno del otro, y en cada orilla en el pasaje que lo permite el terreno, tengo situado un reducto, cuyas avanzadas cubren la caja del río por una y otra margen; el enemigo fue sentido por ellas, rompió el fuego, y al mismo tiempo con todas las baterías del recinto, acudieron las tropas de los reductos, y sin embargo continuaba sus trabajos, por lo que a pesar de mi plan de reservar las municiones para cuando llegue la artillería de batir, me vi precisado a hacer un vivo fuego de las baterías, a sacar dos cañones y a destacar las compañías de tiradores de lobera, Asturias, y batallón mixto por la margen izquierda, y 200 granaderos con alguna caballería por la derecha, duró el fuego más de tres horas, y fueron muertos un cadete de lobera y un cabo de lanceros de S. Luís y heridos gravemente un oficial , y lancero de los mismos, un Sargento de granaderos, y un soldado del batallón mixto. El enemigo sufrió mucha pérdida, se le hicieron tres prisioneros, y se le obligó a retirar sin conseguir su objeto, llevando únicamente algunos cántaros y barriles de agua".

La estrechez del sitio de Cuautla afligía menos al mismo Morelos que a Calleja y al Virrey Venegas; veían estos jefes el honor de las armas españolas comprometido, y mas que este la seguridad personal de entrambos cantarines. La estación de agua estaba encima, y esta es mortífera en aquel punto, retirarse era perderse en este conflicto multiplicó Calleja sus consultas a Venegas, y este se vio tan apurado que en oficio de 26 de abril (a las nueve y media de la mañana) se explica de un modo que hasta entonces no había hablado: le pinta la situación dolorosa en que se hallaba en estos términos. "Son muy exactas las reflexiones de V. S. sobre la constancia de Morelos y sus mahómeticas máximas…Los insurgentes hacen por todas partes el último esfuerzo: nos han tomado a Pachuca y Olazabal que viene con el convoy y la artillería

había sido rodeado por una gran gavilla el 23 en Nopalucan, y el 24 por la noche debían salir de Puebla todas las fuerzas posibles para sacarlo del embarazo y hacer continuar el convoy.

"Tepeaca había sido tomada por lo rebeldes, y Atlixco estaba atacado. Toluca sigue cercada, y sin comunicación con esta capital; tal es el estado de las cosas, y a pesar de ellas Cuautla es el punto principal y el centro de donde ha de proceder el desembarazo de los restantes; es cuanto tengo que decir a V. S. sobre la importancia de llevar al cabo la empresa. César dijo después de la batalla de Munda, que en otras había peleado por obtener la victoria, pero en aquella por salvar la vida… no difiere mucho nuestra situación…"

A estas palabras mayores y harto significantes, respondió Calleja en oficio de 30 de abril a las doce del día lo siguiente: "Excmo. Sr. En efecto, la situación de César en Munda difería poco de la nuestra; pero yo espero que el suceso será muy semejante al suyo, si apuráremos nuestros recursos, y las aguas se retardan." Cansado Calleja de verse interpelado por el Virrey para que asaltase a Cuautla, aunque conocía que este era el único recurso que le quedaba para no perder todo el ejército con las próximas aguas, le dice así. "El 19 de febrero asalté por cuatro diferentes puntos a Cuautla que no estaba ni de mucho fortificada como en el día: mi tropa acostumbrada a la victoria no dudaba obtenerla, y a la desfilada por las dos aceras de cada calle, se fue derecha a las trincheras; otras según lo dispuse rompieron con barras las casas intermedias, y se apoderaron de algunas azoteas. La artillería convenientemente situada protegía los ataques con un fuego vivo certero, y bien servido; pero nada basto, y tres veces fueron rechazados y vueltos a la carga, y en la última fue necesario que yo mismo condujese a los granaderos acobardados. El fuego de fusil de las torres de las iglesias, de casas atroneradas, y de las trincheras multiplicadas en cada calle, y defendidas las unas por las otras, esto es, las de las avanzadas por las de retaguardia, era tal, sin que pudiésemos descubrir ni un nombre, que después de haberme sacado de combate 173, tuve que retirarme, lo que no hubiera sucedido si me hubiera dejado guiar de mis principios… A lo dicho podría añadir *la poca confianza que me merecen la mayor parte de los jefes de infantería, que deben obrar por si en puntos distantes*… El problema se reduce a resolver si conviene arriesgar el ejército por tomar a Cuautla sin seguridad positiva de conseguirlo, o si conviene más estrecharlo hasta donde lo permitía la estación y los medios con que cuento, y salvar al ejército

cuando ella nos obligue a abandonar el sitio. Problema importante y reservado a los conocimientos y superiores facultades de V. E. que como jefe superior del reino, no ciñe sus miras a un solo punto, ó a ventajas y conveniencias pasajeras o parciales, sino que las extiende a salvarse. (Oficio de 18 de abril de 1822).

Concluyo esta carta con la satisfacción de haber comprobado mis asertos: reservo el análisis de otros documentos originales que solo así pueden darse en el Cuadro Histórico que tan toscamente traza mi pluma.

A Dios

México 29 de diciembre de 1823.

CUADRO HISTÓRICO.

SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA SEXTA.

Cum rerum novatoribus prima causa feliciter succedunt, magnam inde acquirunt et famam, et celebritatem. Insuper augent vires. Séneca.

Amigo mío:

El imponente estado en que Morelos se hallaba en Cuautla como dije a V. en mi anterior, me ha hecho tomar las anteriores palabras de Séneca por epígrafe de esta Carta, pues en ellas se comprenden las ideas que no puedo expresar con más exactitud que este filósofo.

Morelos no se hacía menos temible a sus enemigos por sus fuegos, que por el tono amenazador y enérgico con les hablaba. En 6 de abril mandó Calleja a Venegas un papel original que recibió de Morelos con cubierta de la Secretaría del Virreinato que sin duda era del correo de 24 de febrero que insertó, dice así: «Señor Español: el que muere por la verdadera religión y por su patria, no muere infausta sino gloriosamente. V. que quiere morir por la de Napoleón acabará del modo que señala a otros, V. no es el que ha de señalar el momento fatal de este ejército sino Dios, quien ha determinado el castigo los europeos, y que los americanos recobren sus derechos. Yo soy *católico,* y por lo mismo le digo a V. que tome su camino para su tierra, pues según las circunstancias de la guerra, perecerá entre nuestras manos el día que Dios decrete ese futuro contingente; por lo demás no hay que apurarse, pues aunque acabe ese ejército conmigo, y las demás divisiones que señala, queda aun toda la América que ha conocido sus derechos, y está resuelta a acabar con los pocos españoles que han quedado.

Usted sin duda está creyendo la venida del Rey D. Sebastián en su caballo blanco a ayudarle a vencer la guerra; pero los americanos saben lo que necesitan, y ya no podrán Vs. embobarlos con sus gacetas y papeles mentirosos.

Supongo que al Sr. Calleja le habrá venido otra gente de calzones para exterminar esta valiente división, pues la que trae de enaguas no ha podido entrar en este arrabal; y si así fuere, que vengan el día que quieran, y mientras yo trabajo en las oficinas haga V. que me tiren unas bombitas por que estoy triste sin ellas.

Es de V. su servidor.

El fiel americano Morelos.

P.D. El Capitán Larios después de muerto, como V. me dice, cogió la valija que contenía esta cubierta.

Cuautla sobre el campamento de Calleja 4 de abril de 1812.

Ataca Morelos la batería del Calvario.

El estrecho en que ponía cada día a este General el de los españoles, y lo sensible que le era derramar diariamente la sangre, lo resolvieron a dar un recio ataque sobre la batería situada en el Calvario al mando del brigadier Llano. Reuniéronse al efecto varios piquetes de tropa decidida que puso al mando de D. José María Aguayo, Capitán de nombre, y de tanta astucia, que por su dirección se logró introducir el agua en Cuautla. Emprendióse la acción la noche del 5 de abril dándose un ataque simultáneo por varios puntos para llamar la atención del enemigo. Efectivamente, atacado el baluarte con la mayor animosidad lanzándose sobre él granaditas de mano, después de empeñada la tropa de Morelos, fue reforzada por el Mariscal Galeana y su sobrino D. José Antonio, pues muy luego acudieron en socorro del Teniente D. Gil Riaño que defendía el punto, las tropas del campo de Calleja de Buenavista, y de Zacatepeque de Llano.

Lograron tomar los de Galeana la artillería y obuses colocados en aquel punto, pero se desentendieron muy luego de ella por apoderarse de la galleta y cigarros que encontraron allí, en que se cebó esta tropa hambrienta y miserable, causa porque reforzado el enemigo recobró la artillería que contaba por perdida, matándoles cinco hombres e hiriéndoles a siete.

Este suceso consternó bastante al enemigo, pues le dio una nueva

prueba del valor del ejército de Morelos, no menos que por la pérdida de un oficial de tan regular mérito, cual era Riaño, y que recordaba la memoria de los infortunios llovidos sobre esta benemérita familia desde la acción de Granaditas en que pereció su padre, y otro hermano de dicho oficial. Calleja hizo una honrosa memoria de este joven por la orden del día, circulada en los cuerpos de su ejército, y según consta de la correspondencia del virrey, este no tuvo poca pena en que la viuda de Riaño recibiese este nuevo golpe de infortunio sobre los muchos que ya gravitaban sobre su corazón.

El militar más rígido disculpará el desmán de la tropa de Morelos en esta vez, si atiende a las necesidades y padecimientos que la aquejaban. Yo haré una ligera reseña de los que he averiguado y que han afligido sobre manera mi corazón.

La peste hacía ya grandes estragos, pues a la salida quedaron en el hospital de S. Diego 300 hombres enfermos de fiebre: el calor era tan extraordinario como el hambre. Un día apareció un buen por Zacatepeque, y fue causa de una acción con el enemigo muy reñida; obtuvieron en ella los americanos, y entre ellos se vendió por muy alto precio. Acaso en aquellos días otro venido en el navío S. Pedro Alcántara en Veracruz se vendió en más de 250 pesos. Una caja de cigarros llegó a valen 20 reales. Chupábanse las hojas de los árboles, alfalfa, rapé y polvos colorados de tabaco y lechuguilla de Xarcia; entonces se conoció el imperio que tiene el vicio de fumar tabaco. Un gato valía 6 pesos, una iguana 20 reales. Las lagartijas y ratas se vendían a precios altos.

Acabáronse los cueros, pues remojados y tostados parecían más sabrosos que las pajarillas de puerco, y nuestros chicharrones que llaman de guitarra que en tanto aprecian los mexicanos. Acabados los cueros se comieron las patas viejas de toro, tomando su agua caliente como si fuera caldo de una rica gallina. Solo abundaba el maíz, aguardiente, azúcar y mieles corrompidas, alimentos que acabaron de apestar a los negros costeños.

Cuautla era a la verdad en aquellos días un remedo de la infeliz Jerusalén asediada por las legiones de Tito y Vespaciano. ¡Ah! ¡Pluguiese a Dios que le hubiere cabido a Calleja en suerte el alma pura y clemente del primero que nació para hacer las delicias del género humano! Más este bárbaro se gozaba con nuestras desdichas, y estudiaba fríamente el modo de multiplicarlas para cantar su victoria sobre las calamidades de

una Nación a quien debía toda su fortuna y ser político.

Sus contestaciones con Venegas y su esperanza de vencer, solo se cifraban en el modo exquisito de aquejarnos. He aquí como se explicaba: «Como el sistema del enemigo es huir el campo, y esperar en la fortificación, estamos en la necesidad de hacérselo abandonar por el único camino conocido, *haciendo que perezcan en un sitio cuando tengan la temeridad de encerrarse en su fortificación*.»

Calleja pues, no tenía otro tema que llevar al cabo de exterminio la desolación, y la ruina de Cuautla y sus habitantes, como lo había hecho poco antes con la hermosa villa de Zitácuaro que redujo a pavesas, y a nido de Búhos que anunciasen entre sus escombros al viajero la infeliz suerte que le había cabido: cuando mostró tener voluntad de atraer a Morelos por la vía de la suavidad del indulto, no llevó sino la perfidia por guía, bien lo demuestra su oficio de 17 de abril en que se explica del modo siguiente: «He recibido los 30 ejemplares del decreto de indulto... lo publicaré inmediatamente en este ejército: desearía que V. E. se sirviese decirme si le paso a Morelos por medio de un oficial parlamentario, que es natural no lo reciba, se mofe, o lo asesine y si en el caso de recibirle se quisiere prevalecer del término de 15 días que le señala, y solicitase la suspensión de fuego y hostilidades para dejar avanzar la terrible y destructora estación de agua que ya tenemos encima, debo o no acordárselo.»

De resultas de lo ocurrido en el asalto del Calvario, y viendo Morelos que ningún socorro le entraba a Cuautla, dispuso salir él mismo para obligar a las divisiones situadas en varios puntos a que se reunieran y atacaran por fuera, mientras los de la plaza hacían lo mismo por dentro. Opusiéronsele, y justamente todos los jefes comprometiéndolo a que se mantuviera en dicha plaza, y mandara a Matamoros a que pidiese auxilio al General Rayón y otros, que introducirían los víveres necesarios. De hecho, salió Matamoros la noche del 10 de abril con una fuerza de 300 hombres; no tuvo más desgracia a su salida que la muerte del Coronel Perdiz que se extravió del camino y cayó en un apancle de agua: los realistas mandaron al día siguiente su cadáver desnudo al campo de Morelos, atravesado en un caballo flaco. Matamoros procuró combinar con D. Miguel Bravo en Ocuituco la introducción de víveres, para este mismo objeto se había retirado de Yanhuitlán en la provincia de Oaxaca como vimos en la Carta 26 de la primera época; ojalá y hubiera perma-

necido allí que habría tomado la plaza, un grande armamento, y habría evitado el espantoso sitio de Huaxuapam que en aquella misma sazón se estaba poniendo por Regules al Coronel Trujano.

Rayón franqueó el auxilio que pudo, pues sitiaba a Toluca para impedir que Porlier engrosase la fuerza de Calleja como lo había hecho Llano; pero sobre ser poca la tropa que ministró, pues su división la formó de lo que le quitaba en ataques parciales a Porlier, disminuyéndole su guarnición, aquella casi se desertó toda en el camino. Esta conducta de Rayón ha sido problemática para muchos que supusieron en él deseos de que Morelos pereciese en el sitio; pero yo estoy muy distante de creerlo así, pues compañero de armas con él cerca de un año (en el de 1814) le observé de cerca, y fui testigo presencial de sus buenos sentimientos patrióticos: creo que sus quejas personales contra Morelos (que entonces no tenía) las habría postergado por el mayor bien de la América.

Matamoros se llenó de desconsuelo (según me dijo varias veces en Oaxaca) cuando vio la gente y caballada de Bravo, estropeada e incapaz de sufrir una fatiga; no obstante con ésta, la suya que asimismo estaba fatigada, y la de Larios, se decidió a meter el socorro de que tuvo aviso Calleja por un correo que interceptó según escribió anticipadamente a Venegas. En virtud de esto dio orden al Capitán D. Mateo Nieto para que con 150 hombres amaneciese el 30 de abril sobre el pueblo de Tlayacaque: allí batió a los americanos que defendían el paso de la barranca que da entrada al pueblo que estaba defendido con unas trincheras, y les quitó 157 tercios de víveres (oficio de 30 de abril).

Habríase evitado la acción del 27 de abril, si para avisar a Morelos de la llegada del convoy no hubiera cometido Matamoros la torpeza de hacer una gran luminaria de aviso en un cerro inmediato, esto, y los antecedentes que tenía Calleja por lo que estaba prevenido para el ataque, frustró el lance: sin embargo, saliendo tropa de Morelos al campo de Zacatepeque cargó tan brusca y denodadamente sobre la de Llano, que el batallón de Lobera estuvo envuelto por su frente y costado izquierdo por los americanos.

Llegó pues, el momento de pensar, o en atacar al campo de Calleja, o en salir de Cuautla a todo trance.

Para lo primero, se construyeron doce trincheras portátiles de tres varas de largo, y vara y media de ancho; formaban un cajón en medio que

debía ir lleno de tierra, el frente estaba cubierto de media vara de lana, y forrado con dos cueros de toro: cada uno tenía por detrás dos palancas con el doble objeto de asegurarlas cuando estaban firmes, y de darles movimiento cuando caminaban, de suerte que con tan solo dos hombres bastaban para darles giro, pudiendo hacerse fácilmente con ellas ya un cuadro, ya un medio círculo; también estaban en disposición de separarse dando su centro capacidad para que obraran con toda libertad 50 hombres sin estorbarse, ni que a éstos les impidieran sus operaciones los 24 que debían ir dentro para moverlas.

Hízose prueba con ellas poniendo una por espacio de tres días al enemigo en la batería más cercana a la plaza, y habiéndola llenado de balas no le hicieron más daño que romperle una rueda. Permítame el autor de esta medida que publique su nombre: fue el presbítero D. Joaquín Díaz, vecino de Cuautla, eclesiástico benemérito que consumió grandes sumas en socorro de Morelos, y a la entrada de Calleja en la plaza quedó arruinado con toda su familia.

Decidido Morelos a evacuar a Cuautla dio orden el día 28 de abril para que desde esa noche no corriera la palabra en su campo. El 30 hizo Calleja seña desde el suyo para que cesara el fuego: de hecho, cesó, y llegó al baluarte de la agua D. Manuel Calapiz, Alférez de Granaderos del provincial de México, con indulto para Morelos, Galeana y Bravo. Al reverso contestó el primero diciendo, que él por su parte otorgaba igual gracia al General español y a los suyos. ¡Valiente animosidad, pero propia de un hombre que jamás le vio la cara al miedo!

Pequeños motivos suelen tener grandes resultados, de esta naturaleza fue el que motivó la salida de Morelos.

La tarde del día en cuya noche se verificó, pasó por la puerta de la tesorería de su ejército un hombre a caballo muy ufano comiendo ahincadamente una cosa larga y negra, llamólo uno de los Bravo para preguntarle de donde había adquirido aquel pedazo de chicharrón; ¡pero cuanta fue su sorpresa luego que notó que era un pedazo de cuero tostado que a aquel hombre le sabía tan deliciosamente como si fuera un mamón!

Pasó luego enternecido a verse con Morelos, el que dispuso que en aquella noche se hiciera la salida. ¿Pero cómo ejecutarla si se hallaba tan indispuesto como que acababa de tomar un vomitorio y se iba a echar a sudar? Ocho noches antes debió haberse tomado esta resolución; pero se

desertaron dos músicos y le avisaron a Calleja, por lo que emboscó en la cañada que había entre Santa Inés y el Hospital, tres cañones conque frustrar la salida. Cuatro días antes se había hecho un reconocimiento de este punto, el cual costó una acción y se encontró muy difícil. Entonces se resolvió que la salida se verificase por el baluarte de la agua, en medio del Calvario y Amelcingo. Echóse el dado, la tropa se formó en la plaza de S. Diego, y por poco lo sabe el enemigo, porque a cada rato era preciso reunir al soldado que se apartaba de su puesto para conversar con la esposa o amiga.

Dieron las 12 de la noche, y saliendo la luna comenzó a avanzar la columna en el modo siguiente. Galeana a la vanguardia llevando por guía a D. José María Aguayo, ducho en el local. En el centro se colocaron los Bravos: Morelos entre centro y vanguardia: la retaguardia la mandaba el Capitán Anzures. De nadie fueron sentidos; pero al atravesar un puente que los indios formaron con vigas llevadas a prevención, se hizo ruido con los pies que llamando la atención de un centinela di el ¿Quién vive? Galeana le respondió con la muerte; ya entonces se hizo general la alarma, y se rompió el fuego en todos los puntos del campo; también se hizo general la grita de la división americana que decía... ¡Viva N. Sra. de Guadalupe, viva la América! voces que repitieron sin intermisión.

Al pasar por el punto de Guadalupita, la columna se vio atacada reciamente por los costados, y cortada, se sostuvo el fuego una hora, entonces se dispersó ya por todas direcciones, y la lucha siguió entre las tropas mismas españolas que se atacaron caminando de vuelta encontrada como las partidas de Zacatepec, y el Hospital.

D. Víctor y D. Leonardo Bravo salieron por el Calvario por en medio de las dos baterías, Santa Inés y Zacatepec, con 300 infantes de su regimiento, con los que quitó éste dos cañones, y tres tiendas de campaña, arrojándose a comer cuanto encontraba, pues se moría de hambre. De este fortín pasó a la hacienda de Guadalupe donde batió un piquete de caballería que estaba allí: a la espalda le echaban de Quauixtla bombas y granadas como llovidas.

Dejémoslo por ahí, y sigamos a Morelos: Este tuvo la desgracia de caerse con su caballo en una zanja, sacáronlo con no poco trabajo, y tanto que se le hundieron dos costillas; pasó por Zacatepec a Ocuituco: al llegar a la cuesta de este Pueblo con la poca caballería que llevaba llegó también D. Víctor Bravo con los dragones de su escolta, a la que perseguía una

partida de los de S. Carlos, y el no los tenía por enemigos, Morelos le preguntó con calma ¿qué fuego es ese que trae V. a la espalda?... No es nada, respondió, son unos malditos que me han venido a hacer salva; entonces reflexionaron en que eran enemigos, y situándose en el borde de la barranca de Ocuituco empezaron a hacerles fuego, mataron a algunos y se retiraron. Galeana llegó a Tecaxaque a las nueve de la mañana, es decir que se mantuvo con 50 hombres en las inmediaciones de Cuautla: dábase allí por seguro teniendo quitadas las vigas de una barranca, y lo mismo algunas familias y tropas que estaban en su compañía, pero lo enemigos flanquearon la barranca, y él siguió por la hacienda de Santa Clara para la de Tenango.

D. Leonardo Bravo que tan felizmente había salido, no encontrando a su esposa marchó para la hacienda de S. Gabriel donde fue preso traidoramente con D. Mariano Piedra y D. Luciano Pérez, como después diremos.

Morelos perdió en Ocuituco el cañoncito *Niño*, y siempre hablaba de esta pérdida como de una cosa importante. *(a)*

(a) Me aseguran que está en este parque de artillería entre otras piezas tomadas en aquella época. Yo suplico al Supremo Poder Ejecutivo lo haga separar, y poner en lugar donde sea visto y admirado por este pueblo libre.

No tuvo tiempo para almorzar en Ocuituco como quería el Cura Valdivieso, eclesiástico benemérito que después se unió al ejército y fue fusilado como quien mata a un perro en Tlapa, de orden de un D. Félix de la Madrid, hombre de los más bárbaros asesinos que tuvo el gobierno español en sus días. Quedóse pues solo con D. Víctor Bravo el General Morelos, y con él hizo el itinerario siguiente al Potrerillo. En este lugar oyó un gran susurro que en un principio creyeron ser de enemigos, pero eran 100 indios generosos que venían con víveres a obsequiarlo; ¡Ah! siempre éstos fueron sus buenos amigos, y lo amaron en la prosperidad y en el infortunio; aquí tuvo un rebato de miserere por lo mucho que comió. Condujéronlo los naturales en un Tapextli para el pueblo de Huiyapan, cuyo cura le obsequió con generosidad. Dentro del segundo día entró en Izúcar a las once de la mañana: allí encontró a D. Miguel Bravo con la tropa que había defendido la Villa. Ésta fue el punto de reunión. Notóse luego que solo faltaban de los soldados de Cuautla 17 hombres, y que se hallaron treinta fusiles más de los con que salieron del sitio. Al siguiente día salió Morelos para Chautla de la Sal, donde completó la reunión, en

términos de que solo se echaron de menos tres hombres, Bravo, un F. Castellanos que lo acompañaba, y otro de que no hago memoria.

Tal es amigo mío el célebre sitio de la Villa de Cuautla, digno de escribirse por la pluma de Cursio o Xenofonte, donde campeó el valor, la astucia, la sabiduría, la prudencia y el sufrimiento de los Morelos, Galeanas y Bravos; ¡Prez eterno, y honrosa nombradía a tan ilustres caudillos!

Ya me parece que veo sus caras sombras en torno a mi cabeza; pero cuando quiero elevarla para tributarles un homenaje de lágrimas (como las que ciertamente derramo al formar estas líneas) tengo que bajarla al momento, pues me contemplo indigno de mirarlas. ¿Qué has hecho, me parece que me preguntan? ¿Qué servicios has prestado a tu Nación en aquellos días en que nosotros la llenamos de gloria? ¿En qué te ocupabas cuando nosotros non inmolábamos por comprar tu libertad? ¡Buen Dios! ¿Reconvención tan amarga no podríamos hacer a los que osan ahora disputar el relevante mérito de aquellos héroes, a los que tal vez abreviaron sus días, y se constituyeron sus verdugos y asesinos, y ahora brillan y desprecian a los que partieron con aquellos caudillos sus trabajos y su gloria?

¡Un D. Pablo Galeana, (f) sobrino de D. Ermenegildo de quien tantas veces hemos hablado, y que ocupa de los más distinguidos en la historia, apenas se ve honrado con el título de Teniente Coronel de infantería!...

¡Vah! ¡Apenas acierta la pluma a escribir lo que ven los ojos y despedaza nuestro corazón!... Si tal fuera nuestra recompensa hombres ilustres. ¡Descansad en paz, hundíos en el sepulcro, y no asoméis sobre ellos vuestras terribles cabezas sino para compadecer a tan ingrata generación!

Hasta pasadas más de dos horas de salido el general Morelos de Cuautla, no lo supo Calleja. Presentósele un joven llamado J. Jiménez hijo de un vista de la Aduana de esta capital, desfallecido de hambre pidiéndole con qué alimentarse; díjole que se había hallado en el sitio por un accidente: la esposa de Calleja se condolió de él, y le hizo dar un pocillo de chocolate: su marido no acertaba a creer lo que oía, ¡tan imposible le parecía!

No obstante, este hombre fatuo por extraordinario puso al Virrey el

parte siguiente: «El día en que justamente se cumplen cuatro meses de la toma de Zitácuaro, ha entrada este ejército *siempre vencedor* en Cuautla a las dos de la mañana.

El enemigo intentó una salida por dos puntos de la línea: fue rechazado en el uno, y con mucha pérdida penetró por la caja del río, y en aquel momento destaqué la infantería a que se apoderase de Cuautla, y a la caballería a que siguiese a su alcance, tan próximamente, que iba mezclada con él.

La primera me ha dado parte de haberse apoderado del pueblo y de toda la artillería enemiga, y la segunda de que se le persiguen con tesón...»

En la tarde del mismo día 2 de mayo se recibió en México este correo: mirábanse unos a otros las caras de simio, y se preguntaban para donde habría volado el pájaro; no pudo hacer otro tanto en aquellos meses el General Blake en Valencia sitiado por los franceses, y este contraste hacía resaltar más y más la heroica acción de Morelos.

A par que Calleja procuró envilecerla como una infame cobardía, la exaltó confesando que Morelos, no solo penetró por los fuegos de los puntos laterales de su ejército, sino que además derribó para salir, parte de los espaldones que tenía allí construidos. Ejecutar todo esto de noche, peleando, y rodeado de cuatriplicada fuerza, es un heroísmo militar. No lo es menos la descripción que hace de su salida (Gaceta núm. 224 de 3 de mayo de 1812.) Calleja miente con impudencia cuando dice que mató 816 hombres en la retirada; no llegaba a 800 toda la tropa de Morelos; lo que hicieron sus dragones en el alcance, fue cebarse en la matanza de mucha gente y familias inermes de la Villa, que quisieron salir con Morelos para no ser víctimas cuando entrasen aquellos asesinos en sus casas, como lo fueron los infelices que se quedaron; díganlo si no la familia del P. D. Joaquín Díaz y otros muchos. ¡He aquí el triunfo grande con que se honró el llamado conquistador de Cuautla! Las *siete leguas están* (son sus palabras) *sembradas de cadáveres*... no se da un paso sin que se encuentren muchos. ¡Que gloria de tigre!

Las divisiones destinadas a ocupar a Cuautla titubearon mucho para entrar en la Villa, y no lo hicieron sino después de que se convencieron de que estaba vacía, y ellos seguros de que les jugase Morelos una zalagarda. Entraron si; pero penetrados de espanto: entraron sedientos de entregarse

al desorden, y de cebar sus uñas y su saña en los infelices que habían allí quedado, y que solo hombres del furor infernal que animó a los soldados de Tito en Jerusalén pudieran tener. Ellos no veían sino seres flacos, diáfanos y enteleridos del hambre: sobresaltados de pavor, ni estas circunstancias fueron títulos bastantes para librarlos del furor: Calleja hizo buscar los papeles de Morelos para averiguar sus conexiones y hacer pesquisas para cebarse en la matanza de los que apareciesen complicados: encontró muchos; pero no de los que el buscaba: encontró por sin duda el diario de Morelos intitulado *Selva* escrito de su puño (como él mismo me lo dijo) en que constaban todas las hazañas de este hombre raro.

En su correspondencia vio de todo lo que era capaz, y esto le obligó a decir al Conde de Castro Torreño en la función de Catedral de 30 de septiembre del mismo año, hecha para prestar el juramento a la Constitución de Cádiz, que si Morelos hubiera aparecido en España habría sido el mayor General de sus días, elogios que todavía repite, y de que le hizo algunos en Madrid el Sr. Diputado a Cortes Ramos Arizpe. La tropa de su ejército se entregó en aquel día al saqueo, y empezó por las iglesias, como si fuesen culpables de sus desgracias.

Yo tuve en mis manos un palabrero de plata que llegaron a vender en la tiraduría de oro de Manjarres en la calle de S. Bernardo, y me consta que no quiso comprarlo. Como el hecho fue público, Bataller procuró procesar a los que habían hablado de él para desmentirlo; tal vez ignorará esta circunstancia el Sr. Agente de aquel tiranuelo, que de su orden escribió la parte judicial de nuestra revolución, y yo se lo recuerdo para que no lo eche en olvido, como también la acumulación de expedientes al que se me formó en Veracruz el año de 1817, con su influjo en el despecho.

En el acto de estar robando las iglesias de Cuautla ocurrió un recio temblor de tierra; pero no bastó para contener a la bárbara soldadesca; aquella canalla necesitaba rayos que la hundiese en el infierno, pues estaba muy resistente a las inspiraciones de la divina gracia.

Ignoro por ahora el número de fusilados que hubo en Cuautla, aunque se que Calleja hizo varias ejecuciones; el estaba en su elemento cuando las decretaba, pues creía que la revolución no podía contenerse sino con derramamiento de mucha sangre.

Dejémoslo por ahora preparándose para entrar en México entre

triunfante y avergonzado, lo que será materia de otra carta.

A. Dios.

México 7 de enero de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA SÉPTIMA.

Carta 7.

Apreciable amigo mío:

Si el día 5 de febrero de 1812 fue memorable en México por la entrada de Calleja triunfante de Zitácuaro, no lo fue menos el 16 de mayo del mismo año en que llegó de Cuautla. Entonces se presentó ufano sobre su soberbio caballo, y ahora se dejó ver en coche con achaque de enfermo. Hizo alto en la garita de S. Lázaro, donde le rodearon muchos sucios enmantados de los que vagan por esta capital como los famosos Lazarones de Nápoles: saludáronlo dándole el tratamiento de *Excelencia,* que no solo recibió, sino que además se dejó besar la mano de muchos de estos vilísimos hombres.

Muy luego se conoció la pérdida grande que había sufrido su ejército, pues se veían los cuerpos muy disminuidos, y además sin oficiales; pérdida que según se dice, se procuró ocultar haciendo vestir desde los pueblos de su tránsito a muchos carboneros y remeros. Echóse menos la columna de granaderos que era el cuerpo más hermoso de su ejército, a la que se le hizo que marchase para Puebla al mando de Llano; arbitrio excogitado para que en México no conociésemos su enorme baja, y se le subrogó el batallón de Lobera que entró tocando sus cornetas, que por primera vez se oyeron en México.

Sin embargo, de esto se le procuró dar un aire de triunfo a esta entrada, trayendo la artillería dejada en Cuautla; la culebrina quitada a Porlier en Tenancingo con un pedazo menos de boca: algunas cajas de guerra, algunos paisanos presentados en clase de prisioneros, y a D. Leonardo Bravo con sus dos compañeros sorprendidos en la hacienda de Yermo, a quien procuraron los llamados gachupines cubrir de oprobio, dejándolo ver con un sombrero de petate en traje de mojiganga con el que lo metieron en la cárcel cerca de la una del día (yo testigo) que estaba

colocado en uno de los balcones de palacio pertenecientes al tribunal de minería.

Desde la garita de S. Lázaro se arrimó junto a éstos, cierto hombre que se dice Conde de.... y a quien no miento por su nombre, porque es bien conocido por sus locuras, el cual desde a caballo, los vino insultando hasta la puerta de la prisión. ¿Y estos se llaman caballeros? ¿Y estos traen al pecho la señal de la cruz que les recuerda sus obligaciones antes que de nobles, de cristianos amantes de los hombres, y compasivos para con los desgraciados? Uno de los espectadores de este ejercicio se tornó a mí y me dijo con mucha gracia. Ahora se está aquí representando la comedia en la que un truhán entra muy ufano al teatro con un turbante y dice...

Aquí está el turbante del moro que cautivé. ¿Y el moro? le preguntan... *Ese se fue...* Todos comenzamos a reírnos de la oportuna aplicación; pero luego volteamos la cara a ver si andaba por allí el escribano *Julián Roldán, Cartamí o Acuña,* célebres esbirros del Cadí *Bataller,* que por menores causas presidiendo la junta de seguridad condenaba a un padre de familias a 10 años de presidio, y se le daba un comino de que se arruinase él y su numerosa familia, y a todos se los llevase el diablo.

Calleja y Venegas, acababan de irritarse con el chasco de la fuga de Morelos, y ya se sacaban los dientes con demasiada procacidad; de modo que uno de cada casa, y ciento del baratillo sabían las desazones de estos dos Califas, atizadas por los cortesanos de entrambos, y *Beristain* en bola. Los insurgentes que eran el mismo diablo, interceptaron un correo en que Venegas respondía a la carta confidencial en que Calleja le ponderaba su gran triunfo de Cuautla y le decía... *Démosle gracias a ese buen clérigo de que nos ha ahorrado la vergüenza de levantar el sitio, lo que nos habría hecho perder el poco concepto que conservamos....*

Ya vimos la comparación de Calleja con César en *Munda,* esto es consiguiente a aquello. Tomémos las cosas desde un principio. Calleja se hizo General contra la voluntad de Dios y de Venegas, pues cuando abortó la revolución, únicamente se le mandó que bajase a Querétaro con dos escuadrones de caballería de su brigada, a conservar allí el orden; más él de oficio levantó toda la brigada, creó nuevos cuerpos: puso un campamento en la hacienda de la Pila junto a S. Luís: fundió cañones, y dispuso de los caudales cuantiosos que existían entonces en aquellas cajas; si esto lo hizo por amor al Rey, que lo diga él; si por vengarse de

que lo iban a prender los insurgentes, que lo diga el Brigadier Armijo de quien lo mismo que D. Pedro Meneso se dijo que le dieron aviso en tiempo para no caer en la trena, y les dispensó grandes favores: el grande amor a Armijo causa tiene.

Ya hemos dicho que el Lic. Rayón, (carta núm. 20 de la primera época) al salir de Zitácuaro dejó sobre su mesa unos papeles que leídos por su oficialidad produjo en ella un motín sordo; Calleja lo logró entender, y en secreto trabajó para que los jefes del estado mayor de su ejército representasen al virrey sobre lo interesante de su persona, recomendando sus servicios, y que solo bajo sus órdenes querían militar. Tal es su espíritu. Esta representación está datada en Toluca a 30 de enero de 1812, y la firman: *El Marqués de Guadalupe Gallardo.- El Conde de Casa Rul.- José María Jalón.- Manuel de la Sota-Riva.- Manuel Espinosa Tello.- Ramón Díaz de Ortega.- Joaquín del Castillo y Bustamante.- José María Echeagaray.- Fernando Villamil.- Miguel del Campo.- Juan Antonio López.- Juan Nepomuceno Oviedo.- Agustín de la Viña.- y Bernardo López.*

Remitiose a Venegas con separación, y como que lo ignoraba Calleja, el cual en oficio de 31 de enero (a las once de la mañana) le exhorta y conjura, a que no abandone el servicio, desentendiéndose de hablillas y murmuraciones; "pero si por desgracia (son sus palabras) no se considerase V. S. capaz de tolerar las fatigas, espero que sin pérdida de tiempo me lo comunique para tomar la correspondiente providencia."

No esperaba esto Calleja, pues se hacía del menesteroso, y creía que nadie podría reemplazarle; por tanto respondió en los términos que V. verá, dispensándome le inserte a la letra esta contestación porque conviene mucho a la historia.

«Excmo. Sr.: Me ha sorprendido la copia de representación de los jefes de este ejército, adjunta al superior oficio de V. E. de ayer a las once de la mañana, en la que entre otros dan por origen de las enfermedades que sufro, la sensación que pueden haber hecho en mi espíritu, murmuraciones y hablillas despreciables, a las que soy tan superior que miro con lástima al débil que no encontrando el camino del honor y de la gloria entra por las sendas tenebrosas de la negra calumnia.»

«Este ejercicio restaurador del reino, vencedor en cuatro acciones generales, y treinta y cinco parciales, está muy a cubierto de toda

murmuración racional, y yo muy tranquilo sobre este punto.»

«Yo he hecho por mi patria cuantos sacrificios ella tiene derecho a exigir de mí, sin *pretensión* ni aún *a que se conozcan*: y si ahora hablo de ellos, es porque la necesidad de desvanecer hasta el más leve indicio de que los economizo por resentimientos, me obliga a ello.»

«Yo he sido el único jefe en el reino que ha levantado y conservado tropas, arrancándolas del seno mismo de la insurrección, y este propio ejército cuyo mando me hizo V. E. el honor de confiar, se compone de ellas en la mayor parte. Abandoné mis intereses que hubiera podido salvar como otros, y que fueron presa del enemigo: dejé mi familia en la ciudad de mi residencia para alejar de sus habitantes la sospecha de que temía se perdiese: la expuse al mayor riesgo, y con efecto, perseguida por los montes cayó en sus manos, y por miras interesadas me la *volvieron (1) escoltada por sus tropas*, con la propuesta de que si yo dejaba las armas de la mano me devolverían mis intereses, me asignarían una buena hacienda, me señalarían 20,000 pesos de renta anual, y me acordarían la graduación de General americano.»

(1) Mucho gustamos de oír esta confesión de la boca de Calleja. Su esposa temerosa de que por haberse declarado su marido enemigo de los insurgentes la persiguiesen se salió en fuga de S. Luís, hacia la hacienda de la Ciénega de Mata. Cayó en manos de los americanos, y consultando estos con Hidalgo sobre lo que harían con ella, mandó que se le devolviese todo cuanto se le había tomado. De hecho, se le dieron 2,000 pesos y unas alhajas riquísimas, un ahogador de diamantes con que fue obsequiada: se le condujo con el mayor decoro hacia donde estaba su marido: las avanzadas de éste la recibieron de la escolta americana, a quien no solo no le dieron ni una gratificación, sino que se le mandó retirar luego, so pena de hacerle fuego. Esto hizo Hidalgo después de la batalla de Aculco en que como decía Calleja había hecho 10,000 muertos, esta es la infame y monstruosa, e inmoral revolución mexicana: así se portó el antropófago cura Hidalgo... Así le recompensó sus servicios y la salvación de lo que amaba, o debía amar más: Calleja continuó haciéndole la guerra a muerte y desconceptualmente... ¿Y así obra un caballero? Un jefe español que osa llamarnos gavillas, canalla &c. &c. ¿Qué se responde a esto? ¿Con qué pruebas mancillará Calleja nuestra conducta? ¿Quién es aquí el bárbaro inmoral? Califíquelo la Europa: supóngase que esta conducta fue interesada. ¿Y no se le pudo responder a Hidalgo con otro comedimiento sin que se comprometiese su honor militar? ¿Qué se deja para un esquimal o un apache feroz? Casi nada perdió de sus bienes, y si perdió buen pago se hizo con los que se tomó ¿de dónde sino, vinieron esas millonadas llevadas a España, y con qué se han comprado posesiones en el reino de Valencia? Preséntesemе en el cuadro de las revoluciones civiles una conducta tan generosa por parte de hombres encarnizados con una lista de agravios de tres siglos.

«Soy también el único jefe que ha batido y desbaratado las grandes masas de rebeldes, y soy finalmente el único que después del ataque que mi salud ocho días antes de la batalla de Calderón, padeció, se puso a la cabeza de sus tropas casi mortal y ha continuado un año a la del ejército en los mismos términos.

Todo es notorio, como el sincero deseo del bien público que me ha conducido; y si los miserables restos de salud que me quedan fuesen útiles a mi patria, no dude V. E. un momento que los sacrificaré; pero ella me ha reducido a término que por ahora me es absolutamente imposible continuar con un mando que tantos obstáculos pone a su restablecimiento. Si puesto en sosiego y régimen, y curación metódica (lo que no es combinable con la situación actual) restableciese mi salud, lo manifestaré a V. E. sin perder instante, a fin de que me emplee en cuanto me crea útil, por lo que ruego a V. E. nuevamente se sirva nombrarme sucesor. Dios, etc. Toluca febrero 1º. de 1812, a la una y media de la tarde.»

Muchas observaciones hay que hacer acerca del sitio de Cuautla, y principalmente de la conducta de Calleja, con respecto a los gastos dispendiosos por este General, capaz de consumir los tesoros de Creso y Craso.

Cuando dio la voz en S. Luís Potosí, encontró aquellas cajas, como otra vez he dicho, llenas de caudales de que se aprovechó sin dar cuenta de ello. Fue mucho lo que tomó en Querétaro; habilitaciones que se le hicieron de México después de la batalla de Aculco, y lo que tomó para la expedición de Guanajuato donde hizo él, tanto como sus oficiales que le acompañaban, bastante negocio.

A su marcha para la expedición de Guadalajara tomó varios capitales de corporaciones, y según entiendo de las monjas claras de Querétaro; no hubo fondos de que no echó mano sin reserva, pues se hallaba en el caso del famoso ermitaño que refiere Gil Blas que pedía limosna con una carabina amartillada. Calleja fue como un torrente de desolación que todo lo taló y consumió, y la América le mirará justamente como una de las grandes plagas con que el cielo en su cólera quiso afligirla.

El gasto del sitio de Cuautla es espantoso; yo apenas puedo presentar de él una ligera idea tomada de las constancias que existen en el antiguo tribunal de cuentas, previniendo a V. y a todos mis lectores dos

cosas: primera, que las cuentas no están glosadas, porque ha sido imposible a pesar de los esfuerzos que para ello se hicieron, principalmente por los glosadores *Lambarri* y *Carrión* que se nombraron. Segunda, que en esta razón no se incluyen las sumas que el intendente de ejército tomó de las administraciones foráneas, y de particulares inmediatos a dicha villa. Podría añadir una tercera, y es, que no incluyen aquí los demás gastos hechos en México en maestranzas, para fomento de municiones del sitio, de boca y guerra y convoyes que fueron cuantiosísimos.

El gasto del sitio de Cuautla llegó a dos millones de pesos, cantidad enorme que gravitando sobre un estado lánguido ya, no podía extraerse sino por extorsiones y violencias, y como para hacer estas exhibiciones nadie era más mortificado que el virrey Venegas, he aquí que este jefe estaba despechado. Aumentaba su desazón el gasto de la lista civil, y sobre todo los motivos particulares de quejas contra la persona de Calleja y chismes excitados por las cortes de aduladores de entrambos jefes.

Venegas sabía que en la casa de Calleja había juntas de muchos comerciantes y personas de rango, que duraban hasta las dos de la mañana, en las que lo desolaban, y traían entre manos el proyecto de recabar de la regencia de Cádiz que lo nombrase Virrey. Dábase Calleja entonces un gran tono; pero en su casa se tomaban las mayores precauciones de defensa, como pudieran en el palacio de Dionisio de Siracusa, situándose de noche su escolta en las azoteas a punto de defensa al menor ruido. Esta reunión (no de amigos de Calleja, pues los inicuos no los tienen) sino de aspirantes para mejorar su fortuna particular, tenía grandes ramificaciones, aún el mismo congreso de las cortes extraordinarias de Cádiz; y tal vez la misma mano que dio el mayor impulso a que se condecorase a Venegas con la gran cruz de Carlos III que rehusó admitir con gloria suya, lo daba para la colocación de Calleja en el virreinato.

A no haber sabido estos ápices y pormenores Venegas, habría embarcado estrepitosamente a Calleja; pues entiendo que aun la famosa amiga que le denunciaba las conspiraciones, no dejó de excitarlo para esto, previendo las desgracias que sobre ella podrían llover si el gobierno pasaba a tales manos. Venegas conoció estos peligros y se abstuvo de un proceder violento; no obstante, procuró humillar a Calleja; ora sea, separando de su ejército los mejores cuerpos en quienes confiaba como

los dragones de S. Carlos, y S. Luís que destinó a la expedición del cerro de Tenango que puso al mando de D. Joaquín del Castillo Bustamante que salió en 18 de mayo (1812) ora, confiriéndole el Gobierno Militar de México para hacerlo ir diariamente a recibir sus órdenes a palacio dándole buenos postes en su antesala.

Mas de todo esto hablaremos circunstanciadamente; por ahora creo que interesa a V. y a todos mis lectores seguir los pasos a Morelos, héroe que está en la escena, y que en fuerza de sus extraordinarios sucesos rebata la atención de todo hombre virtuoso.

Venegas procuró alucinar a los pueblos pintándoles destruido el ejército de Morelos. En la proclama de 11 de mayo que se lee en la gaceta número 228 de 13 de dicho mes: dice... *que Morelos confuso y abatido iba buscando una caverna en que ocultar sus delitos, y los remordimientos de su crueldad;* no obstante ofrece en ella una recompensa *honrosa* al que lo entregase vivo o muerto.

Veamos como se reanimó esa fiera, y observemos sus pasos y lides sobre las que merecían con mayor justicia este nombre; pero pues el papel se acaba, déjeme V. copiar esta bella pieza poética.

A la salida de Morelos de Cuautla.

ODA.

Insólito calor mi pecho inflama:
siento en el alma desusado brío:
con imperiosa voz la cara patria
cantar me manda sus heroicos hijos,
y el divino valor, y el arte sumo
con que a sus sanguinarios enemigos,
en lid tan desigual vencer supieron
legando asombro, a los futuros siglos.

¡Sombras amigas, tenebrosa noche,
madre del sueño, y del sabroso olvido,
que la creación reparas descaecida,
y eres a la fatiga único alivio;!
¡Cuando aun los tigres y alimañas yacen

bajo tu cetro de ébano adormidos,
el hombre solo, con el ojo atento,
persigue al hombre, ni el menor resquicio
de esperanza o de bien dejarle quieren
su inmortal rabia y odio vengativo!

¡Oh noche! torna los brillantes ojos
al desolado Anáhuac, mira el sitio
do un puñado de bravos invencibles
resiste del Averno el poderío,
cansa miles de crueles, y supera
su furor, sus ardides y sus tiros,
superior a la muerte que en mil formas
le presentan el tiempo y su enemigo;
sin dejarle momento de descanso
ni entre ignominia o muerte algún partido.

¿Qué, se rindieron ya? ¿La peste acaso,
la hambre, la sed, y el número infinito
de balas y de males que contra ellos
setenta días y más le han dirigido
la encruelecida suerte, y atroz bando
de viles y pagados asesinos,
hundieron la esperanza de la patria,
su único apoyo en el sepulcro frío?

Alto silencio en los espesos bosques;
alto en los montes, en el valle y río;
hasta los vientos el aliento penan,
nada se mueve, nada ¡Oh, Caos antiguo!
el genio del pavor en negra nube,
sobre los labios puesto el dedo frío,
abre los ojos más y más, y en vano
busca, cuerpo en las sombras, o algún ruido,
su atenta oreja, que otro no percibe
que de su pecho el desigual latido.

¡Ay de Morelos! ¡Ay de la aguerrida
gente que en mil encuentros sostenidos
de honor llenaron a la cara patria
su sien ornando del laurel divino!
Cuautla termina sus heroicas vidas;
Cuautla sepulta su valor invicto;
¡Júbilo cuanto para el bando opuesto!
¡Cuanto placer a su feroz caudillo!

Ellos locos dirán: «no se rindieron,
más de nuestro valor víctima han sido.»
No así, no así: mil bocas infernales
con espantable horrísono estallido,
lanzan a un tiempo salvadoras balas,
el valle atruenan con letales ruidos,
y con pálidas luces sucesivas
más horrorosas tornas los sombríos;
¡Oh loco delirar, vana soberbia,
que el patriótico esfuerzo has combatido.

Y con inmunda boca saboreados,
de antemano sus últimos residuos!
Mira al héroe de Anáhuac y a sus huestes
mayores más en el mayor peligro;
jamás domados, y medrosos nunca,
con orden marchan, y a Mavorte mismo
al héroe lleva de la diestra mano
y guía a los suyos con potente auxilio.

¿Do las trincheras en que tanto fiabas
y los aprestos del porfiado sitio?
¿Qué te valieron las espesas bandas
de fanáticos crueles y malignos
que una vez y otras derrotadas antes
aun te eran compañeros en delirio;
ni posible siquiera imaginaron,
tan heroico valor, y alto designio?

Por donde más el enemigo astuto
había agregado estorbos exquisitos,
al arte fatigando, y a los suyos
y puesto de sus tropas lo escogido:
por allí rompe el héroe valeroso
y da a sus gentes cómodo camino,

en vano, en vano perseguirle quieren
o perturbar la marcha que ha emprendido,
por buscar solo a su querida gente
contra la hambre y la peste, grato asilo.

¡Ay del que osado se acercare un tanto!
¡Ay de los más resueltos y atrevidos!
todos se encuentran, aunque honrosamente
de nuestros héroes en los duros filos;
y cual los gozques que al mastín persiguen
si a ellos torna una vez despavoridos
toman la huída, y aun a gran distancia
del can robusto temen los colmillos;
así medrosos tras de intentos caros,
se tornan los realistas confundidos.

¡Salve mil veces noche venturosa
que al héroe disteis amigable abrigo!
Gózate ¡Oh Patria! de los héroes cuna,
viendo ya salvos a los más queridos:
Hoy tu sien orna su mayor hazaña,
en su loor suenen, inmortales himnos.

A Dios.

México 13 de enero de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.

SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA OCTAVA.

Apreciable amigo mío:

Hecha la reunión de Morelos en Chautla permaneció en aquel pueblo todo lo restante de mayo: supo que Chilapa estaba ocupada por las fuerzas de París, Rionda y Cerro: importábale desalojarlos de allí para mantener franca la comunicación del Veladero y Costa del Sur, puntos que veía como de retirada segura en todo acontecimiento desgraciado. Mas antes es preciso tomar la relación más atrás.

Muchas veces hemos dicho que el comandante Paris nació para no hacer cosa alguna de provecho a los españoles, ni por si, ni por sus tenientes, Durante el sitio de Cuautla ni supo socorrer a Regules en Yanhuitlan,, ni menos venir a engrosar su fuerza para que estrechase a Trujano en el sitio de Huajuapam; ni tampoco se presentó a Calleja como D. Ciriaco Llano. Quiso tomar a Tlapa; pero ni el P. Tapia, ni el Coronel indio Victoriano Maldonado se lo permitieron, pues le impusieron con sus fuerzas, disparándole este en una madrugada en que lo tenía sitiado en los cerros de Metlatono, unas gruesas cámaras que le hicieron creer que eran piezas de artillería, y también retirar luego. Situose pues Cerro en Ayuila a esperar a Morelos luego que supo se su salida de Cuautla. Creyó que la mayor parte la tenía hecha, pues Chilapa a semejanza de Tasco había proclamado al Gobierno de México en la ausencia de Morelos; esta Villa pervertida con las malas doctrinas de política que había recibido de su párroco D. Francisco Rodríguez Bello, enemigo jurado de la independencia de la América en la primera época, y en la de Iturbide de su libertad, había abierto las puertas a sus enemigos el 25 de abril, Reunidas las fuerzas de Añorve y cerro, y hecha en la misma una contrarrevolución en Tixtla con arresto del subdelegado Moctezuma, y de otros leales americanos, se situaron estos en las inmediaciones del pueblo de Citlala.

Derrota Galeana a Añorve y Cerro en Citlala el 4 de junio de 1812.

Morelos se había quedado muy malo en el pueblo de Nitepec; en Chautla arrojó una apostema por la boca formada por la caída que dio a la salida de Quautla: curósela hechándose sobre la cabeza porción de aceite que le produjo nausea, y entonces en el vómito lanzó la apostema, así es que Galeana y los Bravos noticiosos de los aprestos de Paris salieron en su demanda al camino de Chilapa. La descubierta de los americanos se batió con la enemiga en la hacienda de Xolalpa; avanzaron aquellos dividiendo su fuerza en dos trozos, de los cuales el uno se situó en el cerro de Acatlán que tenía tomado el enemigo y que flanquearon, y el otro en el llano del pueblo de Citlala, camino de Chilapa: el primero estaba abandonado por el ejército del Rey, y así es que los americanos se atrincheraron en el por si tuvieran alguna desgracia Galeana atacó al enemigo con su escolta y dio orden de que el resto de su tropa según fuese llegando se le incorporase por una barranca inmediata. Propusose por plan hacer a Cerro una falsa llamada como lo consiguió, cargando este sobre el pueblo; mas como parte de la tropa de Galeana estaba emboscada en la barranquita, cargó sobre el, y se generalizó el ataque con toda su fuerza enemiga que se resistió tenazmente a ceder, tanto que se vio en gran peligro D. Miguel Bravo, y debió en ese día la vida a su sobrino D. Nicolás, y a D. Carlos Vivanco. Puesto en fuga el ejército realista se le dio alcance hasta el pueblo de Acatlán, y habría seguido más adelante, a no ocurrir una fuerte lluvia que impidió el mayor estrago sobre los vencidos: sin embargo se hicieron más de 300 prisioneros, y se tomaron más de 200 fusiles. El enemigo jamás creyó que pudiera tener tan gran descalabro, pues presumía a Morelos en el más lastimoso estado, y tanto que cuando se presentaron sus avanzadas, las de Cerro comenzaron a denostarlas diciéndoles que eran la resaca de los expulsos de Cuautla.

Al 3º día de esta acción entro Morelos en Chilapa, cuyo Vicario ó encargado del curato por la ausencia del Cura (que si tenía valor para declamar contra Morelos no era capaz de sostener su presencia) salió a interceder por los vecinos de la villa. No tenía mucha voluntad Morelos de perdonar la perfidia con que se habían conducido, por tanto diezmo a los prisioneros, y si perdonó al gigante Martín Salmerón, solo lo hizo porque aquel hombre de corporatura extraordinaria merecía la indulgencia y consideración que las producciones exóticas de la naturales; considera-

ción que solo tienen los hombres que como Morelos reunían el valor con el talento.

Ocupada Chilapa al 3º día de la acción, Morelos se ocupó en reparar allí su salud, aumentar su parque, y engrosar su ejército para mayores y más gloriosas empresas. El parte de esta acción no se publicó en México sino hasta el 25 de agosto en la gaceta de este día; ni era posible ya ocultar este suceso, pues el primero que se empeñó en publicarlo fue Calleja, declamando contra la conducta de Venegas que no había sabido reunir un ejército que cortase la retirada a Morelos, y destruyese los fragmentos de sus fuerzas. Entonces de decían los mexicanos… ya la fiera salió de la cueva a donde había ido a buscar asilo, mas su salida segunda ha sido mas terrible que su primera aparición. Todo lo sabía el Virrey por medio de su espionaje; mas callaba a tan justas reconvenciones, pues esta es la pena que sufre el que sin miramiento osa mentir a la faz de una gran nación que le observa escrupulosamente. Participó de esta vergüenza el Cabildo eclesiástico de esta Iglesia metropolitana, que apechugando todas las mentiras del Virrey, publicó un edicto, usó en el lenguaje de las pastorelas, y constituyó a los curas del Arzobispo distribuidores de indultos en sus respectivas parroquias.

Muerte de Ayala.

Vuelve a presentarse según el orden de los sucesos en la escena de la historia D. Francisco Ayala, de quien hemos hablado en la carta 3ª de esta 2ª época, y se presenta, no para hundirse en la noche de los tiempos y confundirse en el olvido, sino para que su nombre se recuerde con gratitud y ternura por las generaciones venideras. Ayala acompañó al General Morelos cuando rompió el sitio de Cuautla. Hecha la reunión en Chautla de la Sal de todos los dispersos, dispuso Morelos que Matamoros se situase en la hacienda de Sta. Clara, y que Ayala hiciera una correría por los pueblos de la cañada, y que concluida se reuniera a Matamoros. Efectivamente, luego que recibió la orden salió para su destino; pero en el camino le atacaron unas fuertes calenturas, y le precisaron a hacer cama, por lo que se quedó en la hacienda de Temilpam. Súpolo Matamoros, avisóle del gran peligro en que estaba en aquel punto, y le instó eficazmente a que se le reuniera; pero fuese por lo agravado que se sentía,

ó porque le impusiesen poco los españoles de la hacienda de S. Gabriel en cuyas inmediaciones estaba, el no quiso moverse de Temilpam. A pocos días, y cuando menos lo esperaba le avisaron que venía un cuerpo respetable de tropa por el camino, y al parecer se dirigía a la hacienda: que era cordura ponerse en salvo y no exponerse a una contingencia. Desechó Ayala la propuesta con arrogancia diciendo… que el que quisiese que se marchase de los que le acompañaban, y que el tenía valor para aguardar al enemigo. Efectivamente le abandonaron, y solo quedó con 4 personas y sus 2 hijos. Cuando supo que la tropa se acercaba se vistió brevemente, cerró las puertas de la casa, y por las ventanas comenzó a resistirse con brío, hasta que se le acabó el último cartucho. Durante la acción tuvo el dolor de ver morir allí mismo a sus 2 hijos, y a otros 2 de los que le acompañaban, quedan do únicamente en su auxilio un huérfano Cereso, y un soldado. Viendo estos que era terrible arrojo ponerse a la fuerza que se les había cargado, desampararon a Ayala y se fueron por la espalda de la casa donde hallaron un caño amplio por donde pudieron salvarse sin ser vistos. Todavía no se acobardó Ayala viéndose solo, y continuó su defensa hasta consumir el último grano de pólvora, entonces le hicieron prisionero. Armijo marchó con el para el pueblo de S. Juan, en las inmediaciones de Yautepeque, donde le pasó por las armas colocando su cabeza y la de sus hijos en los árboles de dicho pueblo.

El valor de Ayala bien merecerá nuestra admiración, pero no que le imitemos; fue temerario y prodigo de su vida, la esposa inútilmente cuando podía haberla reservado para tiempos, y momentos en que hubiera sido útil a la Nación. ¿Qué provecho vino a esta de a muerte de 3 hombres esforzados? Ninguno, perdiolos inútilmente. Armijo que participaba de la ferocidad de los Bajaas que lo mandaban, se cubrió de ignominia quitando la vida a un hombre, cuya existencia tal vez serviría hoy día de trofeo de su valor magnánimo; desgraciado de el, y de todos los que conocen el mérito de estas acciones heroicas, y no hallan grandeza sino en la desolación y exterminio.

Concluida la empresa de Cuautla, el gobierno de México trató de ocupar la fuerza de Calleja en otros puntos, pues no le convenía conservarla en esta capital. Toluca aun se mantenía en absoluta incomunicación con ella, y las partidas del General D. Ignacio Rayón, aunque en cortas cantidades, estaban diseminadas en Sultepec, Sinantepec, Tlacotepec, Tenango, Lerma, y aun cruzaban por los llanos de Salazar, Y Monte de las Cruces. Por tanto Venegas determinó mandar una expedición sobre

esos puntos, que confió al Coronel de tres villas D. Joaquín del castillo y Bustamante, persona de cuyas crueldades hemos hablado en la carta 19 de la 1ª época, y después solo daremos un retoque a su cuadro cuando hablemos de las que ejecutó en el ataque de Tenango, Pusose por tanto a su disposición una fuerza de 1500 hombres escogidos, que vi salir por la calle de Juan Manuel la mañana del 18 de mayo, llevando además 7 piezas de cañón y dos obuses.

Muchos celos causó entre los jefes militares ver honrado de este modo a un comerciante de mantas de Celaya, y aun se le compusieron varias copias, cuyo concepto era, que no era lo mismo presentarse en la campaña, que ajustar y medir una bretaña. Vaticináronle un mal éxito, y la experiencia lo comprobó presto. El Capitán D. Juan Manuel Alcántara de la división de Rayón, hombre campesino y destituido de ideas militares, estaba encargado de las cortaduras que se habían hecho en la calzada de Lerma, y en defensa de ellas tenía un piquete de 93 hombres con 80 fusiles, 18 esmeriles de matar patos, de los mismos que sirvieron a los españoles en la conquista de México, que han venido a *progenie in progenien* hasta nuestros días, y valen 100 pesos, y 4 cañones. Castillo Bustamante según consta en su parte inserto en la gaceta número 246 de 18 de junio de 1812, habiéndose campado el 19 de mayo a las 3 de la tarde en las alturas de Lerma, reconoció con una partida de su división las fortificaciones de los americanos; pero no vio con exactitud todas las cortaduras que había, y si las vio no fue con vista de ingeniero sino de comerciante, que equivale a la de lechuzo. Dice que mandó arrojar un puente de vigas que llevaba hecho; y aunque para este acto protegió a sus zapadores con el fuego de su artillería, y a merced de el logró con sus granaderos penetrar hasta el primer parapeto, no contó con que había otros dos que superar, y he aquí que colocados los insurgentes en los puntos opuestos y a mampuesto, reducida la tropa española a 10 ó 12 varas de estrecho, jugaron impunemente sus pequeños cañones a metralla, y sus mosquetes, y mataron, e hicieron estragos como es de considerar a quien en tal posición osó atacarlos en columna cerrada.

En la gaceta número 248 se nos presenta el resumen de pérdida que Bustamante tuvo en esta acción, en la que da por muertos 24: heridos 71: contusos 13: total 108. Esto es una falsedad, pues a pesar de las precauciones que el Virrey tomó para ocultar el ingreso de heridos en el hospital de S. Andrés, vimos entrar de noche varios tapextlis, y que no pocos murieron. Un sobrino del General de artillería Tornos, perdió un

brazo, y aun el mismo Bustamante sacó una contusión en la cabeza, y otra en el costado. Tentado estoy de suspirar como aquel hijastro, que según un poeta Romano se lamentaba de que solo hubiese rompido la cabeza a su madrastra una pedrada que por equívoco la hirió, habiéndosela tirado a un perro! Castillo Bustamante nos hizo mucho daño, y le habría estado muy bien morirse, aunque se fuese al cielo.

Fácil cosa le será a V. entender la satisfacción que tendría de este acontecimiento el General Calleja, y como se confirmaría en el concepto de que el solo había nacido para los insurgentes, así como Cervantes se gloriaba de que a el solo estaba reservada la empresa de escribir las glorias del Hidalgo de la Mancha. Dijose en esta ciudad que la acción la había dado el Dr. D. Francisco Velasco de la Vara, Canónigo que fue de la colegiata de Guadalupe, y de quien es justo demos ahora alguna noticia. Este joven tenía sus enemigos que le asechaban, y algunos de bolillos azules que le amasaban un bollo; aunque el había procurado amistarse mas de lo que debiera con el segundo de estos señorones, y para no entrar en contestaciones con ellos (que siempre eran pasadas) resolvió pasarse al partido de la revolución: dio pues en buen tiempo el bólido: llevó consigo una gran porción de medallas e Ntra. Sra. De Guadalupe de todos metales, que distribuyó a los insurgentes; ni era necesario más para que lo recibieran en las palmas de las manos.

Lleno de brío, a par que de loca ambición, comenzó a soltarle sus pitipiezas al Virrey Venegas, y al canónigo Beristain, las cuales pasaron prontamente como cuernos de delito a la Junta de seguridad; tal vez el agente de Bataller habrá hecho uso de ellas en la *historia jurídico-farisaica* que ha escrito de nuestra revolución. Ni paró en eso, sino que procuró distinguirse en la carrera de las armas. Estaba Velasco próximo al punto de la acción de Lerma con 50 hombres que llevó de socorro, aunque no en el sitio del ataque cuando ocurrió; pero solicitó del General Rayón que en el período que se publicaba en Sultepec, se le pusiese como comandante de ella. Rayón le dijo que no era posible, pues la había dado Alcántara, y se ofendería de ello; no obstante se le tentó la ropa para ver si se convenía en esto, y cedió muy gustoso de su derecho, dándosele como se le dieron dos buenos caballeros: tan sensible así era a la gloria militar, y al gozo de humillar a Castillo Bustamante, pues la cedió por dos bestias briosas y de buena andadura! Heme aquí *repente factus* al Dr. Velasco Campeón Guerrero, y trocada la almucia canonical por un machete con empuñadura de cuerno.

Esto es lo que hay de cierto, y no lo es menos que le habría estado mejor que se hubiera quedado salmeando en su coro, antes que presentarse entre las filas de nuestros ejércitos: nada hizo en la revolución sino de llenar de pesares a los jefes, y desacreditarla; la serie de la historia ofrecerá pasajes que comprobarán esta verdad, y que quizá sus deudos o amigos atribuirán a odio a su persona de que estoy muy distante.

Dejémonos a Castillo Bustamante reforzándose con el batallón de Lobera y de otros cuerpos, con más artillería y mucho parque para reponerse de la pérdida de Lerma, y vengarse en la toma del cerro de Tenango; y vamos a examinar lo que pasaba en Huajuapam situada por Regules contra 350 americanos que se habían encerrado allí al mando del Coronel D. Valerio Trujano. Para dar la primera pincelada a este cuadro debería y invocar el auxilio de alguna divinidad como lo hacen los poetas cuando cantan la gloria de los héroes…¡ah! la pobreza de mi pluma me hace decir enternecido con vargas y Ponce en elogio de Alfonso el sabio… Duélome que el desentono de mi lira no me de lugar en tan ilustre coro! Si, Trujano es digno de la trompa de Homero, ó de la lira de Virgilio, pues sus hechos hazañosos deben ser asunto de un poema heroico.

Sitio de Huajuapam.

De resultas de la retirada de D. Miguel Bravo del pueblo de Yanhuitlan para auxiliar a Morelos en Cuautla de Amilpas, se quedó el Coronel D. Valerio Trujano en la Mixteca, haciendo correrías sobre Régules que infestaba aquella provincia. Después de varios reencuentros en que triunfó el valor y astucia de Trujano, reconcentró su división, y con ella se entró en Huajuapam. Habíase levantado entre muchos menguados criollos protectores de la tiranía, el Mayorazgo D. Manuel Guendulain, y con los negros de su trapiche y 100 hombres que sacó de Oaxaca de orden del Jefe de Brigada Bonavia, se propuso marchar a atacarlo a aquel punto. Súpolo en tiempo Trujano, y poniéndole una emboscada en el camino le salió al encuentro: hizo prisionera su gente en gran parte, mató al mismo Guendulain, y le tomó todo su armamento. Este hecho inesperado aterró a Benavia, y resolvió situar a Huaxuapam.

No estaba bien con el Comandante Régules; y sea por humillar su orgullo, ó vengarse de resentimientos personales hizo venir al Teniente Coronel D. Francisco Caldelas, de Ometepeque con 400 negros y mulatos de la Costa. Hallábase reunida en Yanhuitlán una división llamada eclesiástica, compuesta de clérigos, frailes y artesanos que hizo levantar el Obispo Vergoza, como otras veces hemos dicho, y con esta, aquella fuerza, y 110 hombres de todas armas que tenía Régules, catorce cañones, y mucho parque se decidió a plantear el sitio. Antes de salir de Yanhuitlán cometió un exceso digno de los Nerones y Calígulas. Por temores, sospechas, ó por lo que se quiera, mandó amarrar a veinte y tantos indios miserables por detrás; situólos bajo de la horca de la plaza del pueblo, y les hizo cortar las orejas: comenzaron a manar sangre espantosamente, y en esta actitud al resistidero del sol los tuvo desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde que los hizo retirar; muchos de estos murieron a poco, y los que han quedado dan testimonio de esta atrocidad.

¡Americanos divididos!... fijad vuestra atención en este hecho verdadero que os presento, y sabed que esta y mas infausta suerte se os aguarda, si por vuestras pasiones vergonzosas fueseis algún día sub-yugado por los españoles!

Domingo 5 de abril de 1812 se presentó Régules sobre Huajuapam; como ese día es de feria, al acercarse el ejército español, Trujano tomó las salidas de la villa y no permitió escapara a ningún indio para tener en ellos otros tantos auxiliares y zapadores: medida de previsión que le fue de grande utilidad.

Antes de formar el sitio Régules, trató de incendiar lo más de la villa, pero lo impidió Trujano, atacándolo de modo que lo obligó desistir de la empresa, y solo dio fuego a algunas casuquillas que estaban en la parte de afuera. Trazóse el sitio de este modo. Régules colocó su cuartel general en una loma que está por el rumbo del oriente a tiro de cañón de la villa. Caldelas campó por el del norte, situándose en el calvario, que es punto dominante y elevado. Su inmoral tropa profanó aquel lugar: las vestiduras sagradas se aplicaron a camisas de las rameras, y aquel pequeño templo pasó a ser el más infame Lupanar. Al poniente se situó el Capitán D. Gabriel de Esperón, hacendado rico que hizo en aquellos lugares el mismo papel que en Chautla de la sal el famoso Musitu. Al sur se colocó el capitán D. Juan de la Vega: hízose la circunvalación con

zanjas, en cuyo derredor se situaron centinelas que cruzaban de vuelta encontrada, situando la artillería en los puntos que más enfilaban al lugar.

Al quinto día se rompió fuego con todas armas, y Trujano no podía contestar a la artillería porque carecía de ella. Con canales de azoteas fundió unos cuantos cañones que apostó en determinados puntos figurando unas baterías. Al darles fuego hacia disparar una cámara gruesa por detrás, y por el mismo lugar salían algunos tiros de fusil; así sostuvo la ilusión, hasta que tomándose unas campanas de la villa fundió con ellas 3 buenos cañones a la vista de Régules, pues situó la fundición en frente de su campo, siendo este testigo de ella, y sin poderla impedir a pesar de las muchas balas que le lanzaba. Trujano hizo además reunir del río inmediato a la villa muchas piedras lizas, que suplen por balas, y con ellas disparaban sus honderos a los enemigos que se acercaban. De las mismas se valía para metralla de sus cañones luego que los tuvo en disposición de obrar, revolviéndole a Régules cuantas balas recogía en su campo. Esta metralla nueva hacia horribles, estragos porque se multiplicaban en muchas fracciones al salir del cañón, recibiendo la impresión del aire frío que se equilibraba con el calor del fuego: así obran su terrible estrago las balas de mármol que usan los turcos en los Dardanelos de Constantinopla.

Cuando yo estuve en Huajuapam en el año de 1813 tomé informes muy exactos de los ataques que sufrió esta villa, cuya relación formé allí mismo, é inserté en la historia que entonces escribía, y que como he dicho otra vez entregué a los guardias marinas del bergantín Castor ingles, donde fui preso en el momento de Zarpar para N. Orleans el 12 de agosto 1817. Allí detalla las acciones de ataques generales dadas por Régules: hago memoria de que fueron 15, pues se le reforzó de Oaxaca con 200 infantes, y 2 cañones: en todos fue constante y heroicamente rechazado, a pesar de que se valió de cuantos medios pudo para imponer, suponiendo que le entraban con frecuencia nuevos refuerzos. De todas estas artimañas se burló siempre Trujano, aunque se vio bien apurado, principalmente en el ataque en que logró el enemigo penetrar por el edificio de la colecturía de diezmos heredando una porción de casas para penetrar. En una des estas acciones murió contra toda su voluntad Fr. Manuel Ocaranza, fraile Agustino, insurgente de corazón; no era de los mismo principios el Dominico Soto (que otros llaman Rivera) español artillero, que conducía un cañón, y lo mató el indio de Noyó, excelente cazador de quien otra vez he hablado en la Avispa de Chilpantzingo, y de quien haré después honrosa mención.

Trujano habría tenido que romper la línea como Morelos en Cuautla, a no haberle cogido provisto de víveres. Afortunadamente estaban allí depositadas las semillas, piloncillo, carne de chibato, y otros artículos pertenecientes a los diezmatorios, y que los colectores no habían cuidado de remitir a los canónigos, por lo que echó mano de ellos para mantenerse; sin embargo, ya le escaseaban cuanto fue socorrido; pero ninguno conocía su necesidad. Este hombre nacido para la economía militar, conservaba, consigo las llaves de las bodegas, y por su propia mano suministraba a su división lo que necesitaba de víveres y municiones, y así es que nadie sabía si le abundaban o le escaseaban, por lo que su tropa conservaba el brío necesario. Sin embargo el había solicitado auxilios del Coronel Sánchez de Tehuacán, y del mismo Morelos que se hallaba de Chilapa: era muy difícil penetrar por en medio de los enemigos para llegar a los puntos de socorro; no obstante lo desempeñaron muy bien sus amados indios. Otra vez dije que el de Noyó excelente tirador, aquel que cuando mató al P. Dominico le respondió con donaire a Trujano, que en burla le dijo… Ya estas excomulgado, y le respondió…*Yo tiré el escopetazo, y nuestro Señor Jesucristo mandó la bala*… ese mismo salió por la línea envuelto en saléas, sin acobardarse con un culatazo que le dio un centinela de noche, creyéndolo marrano, y pudo llegar hasta Chilapa.

Sánchez y Tapia se propusieron auxiliar a Trujano, pero el 17 de mayo fueron atacados por Caldelas en el pueblo de Chilapilla, quien eles tomó lo víveres, algunos cañones, armas y caballos, pues caminaban en desorden, y una fuerte lluvia les había inutilizado el armamento. Huajuapam es un sitio presentaba el cuadro de un pueblo que ora, pero al mismo tiempo trabajó según aquel adagio español que dice… *A Dios rogando y con el mazo dando*… Frecuentemente se reunía aquel vecindario en la parroquia a rezar y entonar cánticos fervorosamente, implorando el auxilio del Señor de los ejércitos que es *adjutor in tribulationibus*: derramaban muchas lágrimas, y pedían sin intermisión el favor del que conocía la rectitud de sus intenciones, y de la justicia de la causa que defendían. Trujano y los suyos levantaban el corazón a Dios, y al mismo tiempo vibraban la espada contra sus enemigos, llenándolos de confusión, pues Régules se mostraba atónito. Venerase en Huajuapam una imagen de Jesucristo crucificado con la advocación del Sr. De los corazones, a quien se le hizo una novena con asistencia de toda la guarnición: mas en el último día de ella he, aquí la plausible noticia de

que Morelos estaba en camino con el socorro, noticia traída por el citado indio de Noyó. En un momento iluminaron toda la villa, y aun muchos árboles de ella, con candiles de cebo y lamparillan que abundaban en las bodegas de las matanzas de chivos: Régules se sorprende con aquel espectáculo, cuya causa ignora, no menos que con las salvas y repiques: sin embargo entiende al fin la causa, y trata de levantar el sitio; convoca a una junta de guerra, y Caldelas se le opone, y aun lo insulta en ella, tratándolo de cobarde: por un principio de pundonor se queda en su campo, y se decide a morir. El papel se acaba, continuaré.

A Dios.

México 20 de enero de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA NOVENA.

(Véase la anterior de que ésta es continuación).

Muy señor mío:

D. Miguel Bravo se reunió con Tapia y Sánchez en las inmediaciones de Huaxuapam separándose del camino para tomar la izquierda de la villa; Morelos tomó el frente: Galeana y D. Víctor Bravo el costado derecho. Un día antes de la llegada del trozo grande de auxilio, salió Caldelas a atacar a D. Miguel Bravo que lo conducía, el cual perdió en la acción dos cañones, y se retiró tomando posición militar. Al día siguiente avanzó a la villa, y llegó al mismo tiempo que la división de Morelos. Serían las cuatro de la tarde del jueves 23 de julio (1812) cuando se presentó Morelos trayendo más de 1,000 indios de honda y flecha, reunidos en Tlapa y Chautla para abultar.

Quería dar el ataque al día siguiente, pero Galeana se opuso; en esta sazón, y comenzando ya a descargar las mulas de equipajes, oyeron tiroteo, y Galeana le dijo: *Señor, están atacando a Trujano y este hombre no tiene más parque que en sus cartucheras, vamos a auxiliarlo.* Mandósele pues que se dirigiese sobre Caldelas, pues conoció Morelos que sus negros no podían ser vencidos sino por los de Galeana; allí se realizó el plan de ataque que Morelos anticipadamente hizo en *Chila,* donde distribuyó la fuerza en cuatro trozos, Galeana se entraba con confianza con su escolta sobre el pueblo: ignoraba que el enemigo se ocultaba detrás del foso de su campo; pero Trujano se le presenta y le hace ver que iba a una muerte cierta; no bien dijo esto cuando dispararon un cañonazo sobre Galeana, entonces echo pie a tierra: Trujano voló a la plaza, e hizo repicar las campanas, reunió su tropa y marchó sobre Régules al tiempo que Galeana al campo de Caldelas a quien atacó bruscamente.

Viéndose éste derrotado, salió en demanda de Régules con una pistola en la mano para matarlo, porque decía que lo había comprometido: entonces se encontró con D. Juan José Galeana, el P. Capellán, D. Vicente Guerrero, y 10 hombres. Un lancero llamado Sabino, que después murió en Xonacatlán, lo atravesó gritando viva España sin intermisión, a pesar de que se le ofrecía la vida.

D. Miguel Bravo se aprovechó por la izquierda de las ventajas de Galeana sobre Caldelas: cargó recio sobre el campo de Esperon, y recobró sus cañones. Cuando la indiada de Morelos que estaba situada a retaguardia en las alturas inmediatas vio esto, cargó al enemigo, y se ocupó de recoger prisioneros y armas. Luego que Trujano salió del sitio, atacó a sus enemigos de frente llamándoles la atención, ínterin que la tropa auxiliar lo hacía a retaguardia: y he aquí el modo más sencillo de tomarlos a dos fuegos.

Cuando los vio derrotados se empeñó en el alcance, en cuya operación duró toda la noche, pasando más allá del pueblo de Yanhuitlán, y no dio cuartel a nadie. Régules y Esperon se pusieron en fuga a todo escape, y en la fuerza de la carrera dio Régules contra la rama de un árbol, por lo que cayó a tierra, y el caballo continuó corriendo, y él se quedó echando sangre por la boca: librolo un soldado suyo que venía inmediato, colocándolo a las ancas de su caballo. Llego a Yanhuitlán harto y mal parado, y cedió el mando al comandante S. Martín que estaba en aquel pueblo; pero la tropa destacada allí comenzó a fugarse en términos de ser necesario que los oficiales hiciesen la guardia tomando el fusil.

Celebrose una junta de guerra obligándosele a Régules a que asistiese a ella. Acordose en la misma conducir a Oaxaca 60 heridos que había allí en tapextlis, y se ofició dar libertad a 100 hombres presos en aquella cárcel como los condujesen: así lo hicieron fundados en esta esperanza: pero apenas llegaron a Oaxaca cuando se opuso al cumplimiento de la promesa el Asesor ordinario Teniente letrado D. Antonio María Izquierdo: esta conducta llenó de escándalo al público; pero era muy conforme con los principios de aquel magistrado ignorante, el cual mandó pasar a cuchillo a sangre fría a 300 prisioneros que había en las cárceles el día de la entrada de Morelos en Oaxaca, y por lo horrible de la acción no fue obedecido, tomando él la fuga para Guatemala.

Una partida de Morelos entró a poco en Yanhuitlán y se tomó gran cantidad de parque del que se elaboraba allí ya encartuchado, más de 200

fusiles, cantidad de ropa y semillas: aquel pueblo era el centro de las provisiones militares de la Mixteca. Asimismo se tomaron 16 cañones que en lo pronto procuraron inutilizar, y se sacó de un pozo una buena culebrina.

Trujano se presentó al día siguiente de la acción, y exhortó cuanto pudo al General Morelos a que sacase el fruto posible de la victoria avanzando sobre Oaxaca, que no tenía fuerza ninguna. Morelos no quiso, pues tenía que arreglar en Tehuacán varias divisiones que estaban desordenadas: si tal hubiera hecho, la toma sin disparar un fusilazo.

El botín de Huaxuapan fue grandísimo: pasaron de 1,000 fusiles los tomados allí: 14 cañones, mucho parque y no poca caballada, poco dinero. Pasaron de 400 cadáveres los que se sepultaron en la plaza, y de 300 los prisioneros que marcharon en cuerda para Zacatula; apenas llegaron a 25 hombres los que volvieron a Oaxaca, y no llegarían a 12 los oficiales mixtecos que regresaron a sus casas; gracias a que conocían los caminos y encrucijadas. Los demás murieron en el alcance, y quedaron insepultos.

Morelos permaneció allí 14 días, y al cabo de ellos marchó para Tehuacán de las Granadas, donde entró el 10 de agosto (1812) con más de 2,500 fusiles.

Durante su estada en Huaxuapam se impuso de todo lo ocurrido en el sitio, e hizo Coronel a Trujano del cuerpo que mandaba, llamándolo regimiento de S. Lorenzo porque había sido fogueado por todas partes. Trujano había dejado a la posteridad un bello argumento de constancia, valor y astucia, así como de piedad cristiana. No hago memoria de algunos de sus dignos compañeros, y solo me acuerdo del Coronel D. José Herrera, llamado *Chepito Herrera,* que se distinguió extraordinariamente.

Este famoso sitio duró 111 días, y en ellos desarrolló el valor todos sus recursos. ¡Quiera Dios que al mirar los viajeros las ruinas de Huaxuapam paguen como yo un tributo de lágrimas a sus héroes, y que conozcan que ellas son una parte del gran precio con que compramos la libertad que ya gozamos, pero que no saben apreciar dignamente los que la turban con pretensiones desmedidas!

La derrota de Régules en Huaxuapam debió haber mudado la suerte de la Nación si el General Morelos hubiera sabido aprovecharse de las

ventajas que le proporcionaba. Hubiérase apoderado de Oaxaca sin disparar un tiro, y de consiguiente de las riquezas que contenía en su seno aquella bella y comerciante ciudad, sin necesidad de recurrir al saqueo como lo hicieron sus tropas victoriosas en el día de su entrada. Los españoles no se habrían repuesto, y la marcha de las cosas habría sido tan rápida como conveniente a la mayor prosperidad de la Nación.

Retirado Régules a Oaxaca, y conocido el peligro por aquellos mandarines, activaron sus órdenes en términos de reponer en cuatro meses 2,000 hombres, contribuyendo en gran parte el Obispo con sus peregrinas pastorales, no menos que con su dinero para comprar armas. Mucho habría dado en que entender a Morelos esta fuerza si se hubiera puesto al mando de otro jefe que no fuera Régules, hombre bárbaro y sanguinario a par que cobarde; pues jamás se le vio una acción de talento y nombradía, y que lo acreditase de valiente.

Durante el sitio de Huaxuapam fusiló a sangre fría a más de sesenta personas de todas clases, de las que pilló en las inmediaciones de su campo y que según su criterio particular eran insurgentes. La marcha de Morelos a Tehuacán fue con el objeto de arreglar varias divisiones del norte que estaban desarregladas, y cuyo territorio estaba en la demarcación de su mando, según la distribución hecha por la Junta de Zitácuaro: esta empresa era muy difícil, pues para acabarla cumplidamente hubiera sido preciso comenzar ahorcando a los primeros jefes, hombres escandalosos, inmorales, ladrones, y enemigos de todo orden y buena disciplina.

Llegó pues Morelos a Tehuacán el día 10 de agosto de 1812. Bueno será dejarlo en aquella ciudad de indios, y seguirle los pasos a Castillo Bustamante, pues él se ocupaba entonces en hacer lo mismo con los americanos situados en el pueblo y cerro de Tenango. El General Rayón pudo haber consumado la obra de destrucción de Castillo Bustamante, comenzada en el ataque y derrota que sufrió en la calzada de Lerma; pero temió a la disciplina de los derrotados. En semejantes casos nunca debe contarse con el soldado que obedece, sino con el jefe que lo manda. Bien había mostrado su impericia Bustamante, y así era preciso multiplicarle los golpes antes de que se rehiciese como se verificó en ruina de Rayón, contando con la victoria segura, pues el soldado vencido no es hombre sino una máquina desconcertada por el pavor. Así se lo hizo entender el Cura de Nopala D. José Manuel Correa, que se ofreció a hostilizar a

Bustamante con la regular división que tenía a su mando, y con que en aquella sazón se había venido a agregar al ejército de Rayón.

Más ya que mentamos a dicho párroco, y toca principalmente a un cuado histórico hablar de hombres de tan buen temple como este, nos vemos en el caso de dar idea de su mérito, puesto que se adquirió una justa celebridad entre los primeros campeones de nuestra revolución, así como lo hemos hecho con *D. Francisco Ayala.* Nada de lo que yo diga saldrá de mi cabeza, y todo lo tomaré casi literalmente del manifiesto que he visto de este eclesiástico veraz; dice en lo esencial así: «En 12 de noviembre de 1810 se descolgaron sobre mi pueblo los genios de los males *Cruz y Trujillo:* mi adhesión al sistema no dejó de traslucírseles, por lo que me vi condenado a ser pasado por las armas, sin embargo de que no me comprobaban delito alguno. Mandáronme con cartas al virrey Venegas, quien me remitió al Arzobispo Lizana, y éste me privó de mi beneficio. Sucediole el cabildo en el gobierno por su muerte, y siguiendo sus máximas, o sea venerando sus caprichos, me obligó a poner coadjutor sin oírme, y me condenó a la miseria.

A pocos días volé a mi curato, y vi que mi coadjutor se había ausentado: me presenté al comandante D. Antonio Andrade que venía como fiera rabiosa a asolar a Nopala: le hice algunos obsequios, agasajándole como a un príncipe, y le franquee víveres, y así es que entró de paz y sin estrépito; pero como este tigre solo se alimentaba con sangre, salió a hacer una correría por los cerros de aquel lugar, y después de confiscar los pocos bienes de los infelices indios, condujo a mi casa cural, una cuerda de 18 indizuelitos pastores y leñeros (entre ellos dos jovencitos españoles muy honrados). Entró lleno de triunfo y algazara, montado en ira y rebosando orgullo, gritando a varias voces... *¿mueran, mueran* estos traidores insurgentes! Al momento salí a defenderlos en consorcio de los más dignos vecinos del pueblo, interpuse mis respetos, alegué, me anonadé, gemí,... mas no pude evitar aquel horrendo sacrificio. El zaguán de mi casa fue la cruenta ara en que aquellos Abeles derramaron su inocente sangre. ¡Ah que horror! su candor, su modestia, sus ayes lastimosos, sus miembros destrozados, sus corazones palpitantes, su humeante sangre ¡tantas víctimas! He aquí el instante de mi inauguración en el campo de Marte. No era yo un hombre, sino una leona a quien han robado sus cachorros. Aquella sangre vilmente derramada clamaba a mí oído con acento agudo incesante: juré por el ser que existe antes del tiempo vengarla... Abandoné la oliva del santuario, y empuñé la

espada del celo.

Andrade, habiendo inmolado los corderos, dio sobre el pastor, y decretó mi muerte; mas un aviso oportuno hizo que fugase a los bosques donde encontré a un Capitán de América llamado D. Andrés del Pino, en el sitio de *Nayi,* quien como a las 9 de la noche recibió orden de D. Miguel Arriaga, comandante de una división de 400 hombres, en que le ordenaba pasase a recibir mis órdenes.

Arriaga que me conocía, mandó formar la tropa a su mando y me proclamó su comandante, haciendo que en el acto se me reconociese con esta investidura. Fueron en vano mis humildes y tenaces súplicas y excusas. Por último acepté contra mi voluntad, y mandé hacer alto ínterin ponía un oficio a Chito Villagrán, dándole parte de lo acaecido y pidiéndole me auxiliase con su división que constaba de 100 dragones y 60 infantes. No se detuvo un instante este joven: marchó en el momento, y se puso a mis órdenes: le previne se pusiese en movimiento combinado, y resolvió atacar a Andrade que se hallaba en mi curato desconsolado y furioso por no haber logrado la presa; pero en breve lo consolé presentándome a su vista con 6 carabineros haciéndole fuego, al que contestó con el de un cañón, echándome encima toda su caballería. En este acto puse en dispersión mi naciente grupo, y a fuego vivo le impuse respeto, y saliendo en retirada hasta la *Venta Hermosa,* donde no esperaba mi división: ésta pues se presentó tan bizarra que intimidó a Andrade que se gloriaba de envolver 5,000 hombres o *cabras* (así llamaba a sus paisanos los americanos) con quince de los suyos.

Hizo pues formaciones, evolucionó, se me fue encima creyendo intimidarme; pero yo le recibí con firmeza y desprecio: salí al encuentro, y en el primer choque le maté un oficial y seis infantes, cuyo golpe lo intimidó en términos que se vio obligado a colocarse tras de unas cercas y un arroyo, y después de un vivo fuego de más de 4 horas, observó que le cercaba por los flancos, e impedía la retirada. Al instante cobardemente corrió cubierto de ignominia a merced de la noche, dejando el campo lleno de heridos y cadáveres, y para mí, enriquecido de despojos. Esta victoria fue a 26 de septiembre de 1811.

Andrade diría, ¿como este hipócrita párroco a quien hace diez días vi postrado y cosido con el polvo, cubierto de lágrimas, y elevando sus manos hacia mí, ahora me derrota, y confunde? ¿De dónde ha cambiado por la estola del santuario la banda de General, y el humo del incensario

por el del cañón? ¿Cómo ha reunido esta tropa? ¿Cómo la ha equipado?

Voló la fama de este acontecimiento, y los plácemes y vivas que me tributaban mis compatriotas, compensaban superabundantemente mis fatigas, especialmente cuando recibí el despacho de Brigadier y Comandante en Jefe de huichapam y Xilotepec por la junta de Zitácuaro.

En desempeño de mis deberes marché a la Villa del Carbón donde se hallaba el Coronel D. Antonio Columna aniquilando aquellos pueblos, le presenté batalla; pero tan enérgica que *vi, llegué y vencí,* estrechándolo a una violenta fuga, en que perdió el honor, y después la vida.

Concluida esta acción marché para el puesto de Calpulalpam en donde ataqué un convoy, no llevando más de 200 hombres, y siendo la tropa que lo custodiaba más de 1,500 de todas armas, fuera de arrieros y traficantes: los puse en dispersión quitando más de 500 tercios de abarrote, azúcares, ropa, etc. Mis reclutas alanceaban a los chaquetas con más denuedo y coraje que D. Quijote las manadas de carneros.

Con el botín comencé a uniformar mi división: la aumenté hasta el número de 500 hombres que despaché para Cadereita a atacar a *Sierra, y Torrecuadra* que se hallaban arrasando aquella villa y pueblos inmediatos, deteniéndome con solos 50 hombres en Nopala para combinar mis planes, y poner a salvo el armamento quitado al enemigo.

En 2 de noviembre de 1811 a pesar de que Andrade reunido con el Teniente Coronel Castro y Michelena me opusieron una fuerza de 1,500 soldados de línea, impuse respeto con aquel puñado de hombres que me acompañaban: salí en retirada para mi destino dejando burladas sus 3 divisiones que penetraron hasta Huichapam, desde donde pusieron el ridículo parte al gobierno de México de que me habían matado el caballo y quebrado una pierna quedando muertos en el campo más de 500 hombres de mi división, y que el *infame Correa* no volvería jamás a presentarse ante sus huestes vencedoras, y que aun sería difícil sobreviviera a sus heridas e infortunio; pero el mutilado Correa el 11 del citado noviembre presentó (según el parte de Sierra y Torrecuadra) 20,000 hombres en la acción que gané ese día, y sólo eran 500 con 3 cañoncitos, aunque el parte asegura que batí con 4, y 2 culebrinas. El miedo multiplica los objetos, y hace ver prodigiosos fantasmas a los azorados.

Al regresarme de Cadereita en fines de noviembre citado, ataqué el convoy por segunda vez, y matando alguna tropa y oficiales que custo-

diaban un coche de lujo (que detonaba ser tal vez del comandante según lo guardaban) lo avancé a lanza y bayoneta: pero estaba vacío, porque quien lo ocupaba era el Sr. Obispo de Guadalajara Ruiz Cabañas, quien huyó por entre el monte creyéndose perdido. La noticia alborotó a mi grupo, y llenos de entusiasmo mis oficiales me pedían les permitiera seguir el alcance a aquel Prelado... Buena presa!... buena presa! (me decían) son rehenes preciosos, y por su rescate nos darán muchas sumas... Necesité de toda mi firmeza para sosegarlos e impedir el que aprendieran a dicho prelado. Si lo hubiera retenido o hecho retroceder a México, acaso habría yo hecho un gran servicio a la causa de la revolución. Algo me valió la acción, pues logré algunos despojos, y los caballos y monturas de los oficiales... *Del lobo y un pelo.*

La noticia llegó en breve a México, y como en el arzobispado me tenían presente, se me fulminó un anatema en todos los púlpitos de la capital y fijó excomulgado *vitando* en tablillas de todos los templos de la Diócesis. Cuando lo supe me mantuve con la tranquilidad que no tuvo D. Quijote cuando acometió la aventura del muerto, y supo que el Br. Alonso Pérez, era persona de iglesia, y estaba mal parado bajo su mula. El Hidalgo echó la culpa a su lanzón, yo siempre tuve por inocente a mi espada.

Partí para Zitácuaro a auxiliar a la junta a tiempo que Calleja iba a atacar a aquella villa: me avisté con aquel tigre en los llanos de S. Felipe el Obraje el 14 de diciembre; destaqué una partida de 25 dragones, y aunque se empeñó en provocarle reiteradamente, no se atrevió a disparar un tiro; pero puso un parte a Venegas diciéndole... que Correa pasaba a Zitácuaro con más de 1,000 hombres, no llevando más de 300.

En 22 de diciembre llegué a Zitácuaro, y me mantuve en esta plaza hasta 10 de enero de 1812 que nos atacó Calleja sin poder resistirle mucho tiempo por la gran ventaja de sus posiciones, y porque su artillería era muy superior a la nuestra. Fue precisa la retirada que se verificó sin orden.

Yo me mantuve firme en el centro cercado de peligros, sosteniéndola en la salida de Sta. María, hasta que en la plaza no quedó un soldado. Salvé más de 500 individuos, llevándolos por delante del mismo Calleja. Este hecho es notorio, y casi existen todos los que disfrutaron de este beneficio.

Mi anhelo era proteger la junta, único apoyo de nuestras esperanzas. Esta corporación fijó el carácter de nuestra revolución en la Europa, que hasta entonces había tenido el de un tumulto o sedición. Seguí su retirada haciendo alto 4 días en Tiquicheo donde la reuní, y conduje hasta Tlalchapam, y quedando bien resguardada con escolta y municiones regresé a mi provincia con solo 16 hombres, pues los restantes habían salido a expedicionar con D. Ramón Rayón de orden de su hermano el General.

Llegué por último a Nopala, a principios de febrero: reuní mi división, animé a los subalternos con una proclama a que se me reuniesen a sostener nuestro Congreso, logrando por este medio sofocar la disidencia que ya comenzaba a sacar la cara. Esto era consecuencia de las desgracias, pues no aun en los matrimonios hay paz, cuando las desdichas aquejan a los consortes. Llegué pues sin armas ni pertrechos, porque todo fue presa del vencedor en Zitácuaro, y era de necesidad absoluta, por lo que a costa de mil afanes planté una fábrica de cañones. Esta empresa ha sido una de las más afanosas de mi vida, pues se me presentaron dificultades insuperables; pero la necesidad es la madre de todas las artes que el tiempo perfecciona.

Cuando estaba más afanado en mi fundición, fui asaltado por el comandante español *Ondarza,* en la madrugada del 5 de marzo de 1812. Condújolo a mi posada un vil asistente mío, prisionero hecho en S. Juan del Río: cercáronla completamente los enemigos a tiempo que yo me incorporaba de la cama: rompen el fuego por los cuatro costados sin dejarme retirada, y he aquí un lance bien apurado, era preciso vender cara la vida ya que se trataba de perderla. Salto de la cama, tomo un fusil, rompo la línea, y me pongo en salvo; penetran la casa, y no hallándome en ella, lavan sus inicuas manos con la sangre de seis inocentes paisanos, y prenden fuego a la casa ¿valiente hazaña! pero dentro de dos horas *Ondarza* tiene que huir de mi división a gran prisa, y que llevar el turbante del moro que se le fue.

Mi tropa, entusiasmada por mi escape, dio un banquete, hubo brindis, abrazos, bombas y juramentos de vencer o morir a mi lado, esto compensaba los trabajos y peligros pasados. Llegó el deseado momento en que monté, y probé dos cañones de a 4, y 2 pedreros; fue el 20 de abril, día en que recibí un oficio del General Rayón en que ordenaba me acercase a Zinacantepeque con la división de mi mando. Marché pues con

700 hombres, y mi artillería. No asistí al ataque que se dio en Toluca por falta de tiempo, pero si me hallé pronto a auxiliar en el de Lerma, y después en el de Tenango, en donde acredité valor y patriotismo.

Rechazado varias veces Castillo Bustamante, lleno de rabia y desesperación por la pérdida de muchos oficiales y soldados, hasta reducirlo al último conflicto, pudo haber sido totalmente destruido cuando le seguían nuestras tropas; más entonces se recibió orden del General Rayón para que nos retiráramos a Tenango. Esta retirada me costó un agudo y peligroso dolor espasmódico que me puso a las puertas de la eternidad, provenido de la cólera que me agitaba, viendo perdida la acción más favorable de dar un golpe maestro al gobierno español, y renovada la imprudencia de Annibal cuando por no perseguir en su derrota a los romanos se enlazaron los sucesos, y fue víctima de este descuido militar. No me faltó ocasión, ni tropa, ni conocimientos; pero era necesario ser insubordinado, y primero debe perderse el mundo todo, que en un ápice falte a la obediencia de sus jefes, el que es soldado, y ha renunciado de su voluntad.

En 3 de junio llegamos a Tenango, y a pesar de mi quebrantada salud se me encomendó el importante punto del Veladero; más mi división se puso bajo de mando ajeno, sin comunicárseme el motivo: sólo se me dejaron 90 granaderos y 3 cañones, con los que rechacé al enemigo 4 días consecutivos, y aunque acometido día y noche, no se me dio auxilio.

El 6 de dicho mes a las 4 de la mañana asaltaron los españoles los fosos y plaza de Tenango, por un sumo descuido del Comandante de ella, y pretendieron hacer otro tanto en el punto del Veladero; pero los recibí y rechacé cinco veces, saliendo la tropa dispersa bajo los fuegos de mi batería. Creyeron que había existido dolo de parte del Jefe de día. Yo salí a las diez y media con mi puñado de hombres por entre más de 2,000 españoles, cortando la línea, y perdiendo la artillería; pero sin que me hirieran ni un solo soldado. Marché a mi departamento a esperar resultas y llorar mi desgraciada suerte. Jamás me oprimió más la melancolía; llovía sobre mi patria las desgracias, y por ellas perdíamos en el concepto de los que confunden la malicia con el infortunio, y califican las cosas por su éxito, no por su mortalidad.

Después de la derrota de Tenango (dice el Sr. Correa) y dividida la suprema junta, pasó el Sr. Rayón a Nopala, y me mandó lo acompañase a

la expedición de Ixmiquilpam. Allí se acabó de realzar el valor de mis dragones, pues habiendo puesto el enemigo una emboscada en el puente, a tiempo que yo tomaba posición en el punto nombrado la Media Luna, se me cargó reciamente, y cuando creyó derrotarme, lo fue él, y puesto en fuga con pérdida de un oficial y más de 30 dragones del marino Casasola.

Al día siguiente penetré el puente: eché abajo dos parapetos, y marché hasta la plaza rompiendo paredes, menos la última por esperar el auxilio de los Villagranes y Polos que traía a retaguardia; más a pesar del desamparo en que me vi, sostuve el fuego hasta las 4 de la tarde, en compañía del Coronel Lobato. Ordené una retirada militar, sin perder más de un cañón que se nos reventó, y desbarrancamos en el río, y llegando al punto de nuestra posición, no encontramos más que la huella de los compañeros que habían retirádose antes de tiempo abandonando los cañones en el camino.

Esta conducta me hizo acreedor al grado de Mariscal.

Continuaré, A Dios.

México 20 de enero de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA DÉCIMA.

Apreciable amigo:

Siempre amé el orden (dice el Sr. Correa) y respeté a los que procuraron hacernos entrar en él: fue por tanto constante mi adhesión al General Rayón, y esto me atrajo el odio de sus colegas los vocales Verduzco y Liceaga, los cuales comisionaron a Villagrán para que me desarmara a toda costa, teniendo yo que poner en movimiento toda mi astucia para evadir un golpe que era menos funesto a mi persona que a mi Nación. Fue tal la tempestad y tan violento el huracán que contra mí se levantó que esta época fue la más difícil de mi vida. Me abandonó el valor, me faltó la presencia de ánimo, desapareció la paz de mi corazón, estuve a punto de matarme, y solo me salvó (después de los auxilios divinos) la consideración de que todavía podía ser útil a mi patria, y de que si no lo era, podría vender muy cara mi sangre a los enemigos de ella.

Tantos males suscitados por los mismos americanos, excitaron vivamente mi sensibilidad, y me acarrearon una dolencia nerviosa que me hizo buscar é implorar socorro de un párroco; pero este se empeñó en convertirme *políticamente*, y en que me indultase. Estos eran los grandes resortes del gobierno español, fundado sobre la hipocresía. Recibilo como un insulto, y viendo su tenacidad, y sospechando que me jugase alguna felonía, pues estaban en aquella época rotos los vínculos sociales, me retiré de su casa a una cabaña. La enfermedad se me agravó, y se me administraron los santos sacramentos: algo más restablecido, escribí al inmortal Morelos el estado actual de las provincias del norte y poniente, detallándole muchos acontecimientos que deberían serle muy útiles: le hago ver la necesidad que había de que tuviéramos una entrevista, y le pido me señale sitio para ella.

El cura que jamás olvidó su proyecto de separarme de las banderas de la libertad, no perdonaba medio aún de los más reprobados para conse-

guirlo. Dio aviso a D. Nicolás Gutiérrez, Comandante de Toluca, quien con 200 hombres vino a marchas dobles hasta los montes de Chiapa para sorprenderme; pero erró el tiro, y se volvió avergonzado. En seguida me mandó llamar el párroco con un dependiente suyo, expresándome que tenía un negocio muy grande que comunicarme: acudí a la cita, me recibió placentero, e hizo rodar la conversación sobre lo extenuado de mi salud, el mal pago que dan los hombres, y me descubrió pintorescamente la vida del campo, dulce y pacífica. ¡Pero cuanta fue mi sorpresa al oír un gran estrépito, ver correr despavoridos los criados, crecer la algaraza, y presentarse el Comandante Revilla con mas de 200 de la tropa del Rey que gritaban… aquí está Correa amarrémoslo.! Mi párroco sacó de la bolsa un papel, y asiendo al Comandante del hombro le dice con aire burlón… Correa ya está indultado.

En efecto este intrigante sujeto, era autor de aquella tramoya, la tenía forjada de tiempo atrás, e impetrado del Virrey y Arzobispo, mi indulto. Combinó su plan con Gutiérrez y Revilla, y logró ponerme en la alternativa de admitirlo o morir. De Comandante en Comandante fui remitido en calidad de reo, sufriendo los mayores insultos del gobierno de México, quien me entregó en manos del Sr. Obispo Vergoza.

De pronta providencia, y sin perjuicio de la causa me recetó una tanda de ejercicios en la casa profesa, con el objeto de que abjurase mis errores, y curase mi conciencia; pero antes de referir lo ridículo y violento de esta escena, me creo obligado a asegurar, no solo como hombre de honor, sino con juramento que hago, que en el silencio de las pasiones examiné la justicia de la causa que con tanto ardor había sostenido, y la hallé, no solo honesta , sino santa y debida, y que ratifiqué en la soledad mis propósitos de seguirla hasta morir.

Estos ejercicios fueron (permítaseme la comparación) como un sacramento de confirmación que me robusteció para nuevas peleas. El Obispo Vergoza como si yo fuera monja capuchina me manda expresamente con el Dr. Tirado, ¡exceso criminal! Pero me fue preciso sucumbir… desabroché mi conciencia con aquel inquisidor, el cual formó un melodrama, en que con asistencia de dos eclesiásticos me levantó la excomunión exigiéndome un execratorio juramento de fidelidad a España, y jamás tomar armas contra ella. El Dr. Monteagudo me prometía a nombre del Virrey, que como mudara de conducta se me daría la comandancia que quisiese. Quedé viviendo en la profesa, afectando una

contrición que no tenía, hasta que dispuestas mis cosas fugué el 6 de octubre de 1813, a costa de los mayores riesgos e inmensos sacrificios, y me reuní en Chilpantzingo con el Sr. Morelos. Parece que todos los males se reunieron entonces en un foco, y que se vació la fatal caja sobre la América.

El ejército de Morelos, el más brillante y florido, perdió la acción en Valladolid el 24 de diciembre. Yo me mantuve firme, aunque cercado de peligros, hasta las 7 del día 25, recogiendo cadáveres y salvando heridos, encaminando extraviados, y puestos en retirada me uní al Sr. Matamoros, quien no admitió mis consejos de retirarse a las costas a reponerse, para poder seguir la empresa, Probamos fortuna, la que nos fue demasiado adversa en *Puruarán, Chichihualco y Tlacotepec*, de que resultó la total destrucción del ejército. Fue ya preciso mudar de aires, y emprendí una difícil marcha hasta llegar a las playas de Veracruz.

Unido al Lic. Rosains que me nombró su segundo, pacificamos el levantamiento de aquellos negros que estaban en absoluta insubordinación. Lo mas glorioso que tuve en esta jornada, fue que en Acasonica, (jurisdicción de Huatusco) se le dio el título de Coronel al modesto joven D. Félix Fernández, quien lleno de entusiasmo tomó el sobrenombre de Guadalupe Victoria, teniendo yo el honor de apadrinarlo en la posesión de su empleo.

Partí de aquella costa deseando encontrar un sitio resguardado y defendido, para plantear un fuerte donde el Supremo Gobierno pudiese sin agitación ni sobresalto atender a las obligaciones de su instituto. Descubrí el cerro Colorado, junto a Tehuacán, el cual a juicio del atrevido Coronel Evia, con muchos miles de hombres no podía sitiarse ni rendirse. No describo su situación topográfico-militar por no extraviar mi plan, y solo diré, que fui el ingeniero, y el peón que diariamente andaba mas de 4 leguas subiendo y bajando cargado, desde su falda hasta su cúspide, grandes piedras, arena y utensilios derramando sangre de pies y manos a la fuerza y continuación de este duro, pero loable ejercicio.

El año de 1815 pasé a Puruarán, y se me dio la comandancia de Uruapam, renovádoseme la graduación de Mariscal. Permanecí en ella poco tiempo por causa de las revueltas que suscitó el Dr. Cos. En este estado sufrió la patria el fatal golpe de la prisión del Sr. Morelos, y destrucción de la junta subalterna de Uruapam. Volé a favorecerla en compañía de Torres, Rosales, Hermosillo, Yarza, Vargas y otros subal-

ternos, poniendo en fuga al genio díscolo que había dividido aquella corporación.

Aquí recibí la infausta nueva, de que otro perverso había disuelto el Soberano Congreso creado en Chilpantzingo, el 14 de diciembre (1815). Me hallaba en Uruapam, y sin perder momento marché a proteger y sostener mi cerro Colorado que miraba como el paladín de nuestra libertad. Me faltaron los auxilios, y a medio camino me hallé cortado por todas partes, y en medio de miles de satélites del gobierno español, y de cobardes indultados que ya abrazaban la mas injusta de las causas. Era preciso tomar un partido: dejo pues mis vestidos: me ajusto un cotón y calzoneras de jerga, barba larga: tomo un pasaporte con el nombre de Juan Vargas en el pueblo de Ozumba, y me acomodo de modo de un arriero que hacia viaje a Tehuacán, unas veces a pie, descalzo otras, caminé 60 leguas cuidando de la recua, y desempeñando a satisfacción de mi amo las obligaciones respectivas de mi cargo, pero ¿cual fue su sorpresa cuando un poco antes de Tepexi de las sedas encuentro a D. Juan Terán y otros conocidos que corriendo a mis brazos me saludan su General?, ¿Quién me besa la mano, quien le da la parabién al Sr. Cura?. Mi amo estaba más confuso que Sancho cuando las aldeanas se le transformaron en princesas. Pidiome mil perdones, y de allí en adelante no se atrevía ni a levantar sus ojos de avergonzado, ¡noble sencillez que envidio siempre que la recuerdo!

Mi llegada a Tehuacán en tan ridícula figura causó recelos a su Comandante, quien me conocía como a sus manos, y veía el aplauso que se me tributaba: inspirole desconfianza contra mi, llegando a tal descaro, que cuando entregó aquella fortaleza en 21 de enero de 1817, cuyo descubrimiento fue fruto de mi ingenio y multiplicadas tareas, me colocó en la clase un carabinero raso, dándome a las manos de las tropas españolas, y empleándome en comisiones mas riesgosas que en las que el Salmista destinó a Urías… ¡Tales crímenes, maldades tales!... ¡ah! cubrámoslos con el velo del silencio.

Caí prisionero en poder del toreador Bracho, Coronel de Zamora, quien después de vomitar sobre mi las injurias mas atroces, y vestir las desvergüenzas y andaluzadas mas soeces, me mandó encapillar poniéndome bajo la dirección de su P. Capellán en 19 de enero (1817), desde cuyo día hasta el 22 no se me ministró una miaja de pan, ni un trago de

agua ¡vive Dios que es verdad! Suspendiendo la ejecución de orden del Comandante D. Ciriaco Llano.

Puesto a disposición del gobierno español se me tuvo en puebla 14 meses con la ciudad por cárcel, aislado, sin recursos, y reducido a una accesoria por casa, mi petate y una fresada por ajuar, y por asistente mi misma persona, abrumado por los sarcasmos e insultos que recibía por sus calles; saliendo solo de noche a la fuente por agua, y a los figones por un mísero alimento. Imploré repetidas veces la compasión del Sr. Obispo Pérez; mas apenas me socorrió en diversas ocasiones con 22 ps.: pero no me ultrajó, y su dulzura suavizó mi suerte en algún modo. El único corazón sensible que encontré en época tan desgraciada, fue el del Illmo. Sr. Fonte, Arzobispo de México, que me asignó una mesada de 15 pesos, me escribía con frecuencia, y se interesaba por mi felicidad… ¡Eterna sea su memoria como lo es mi gratitud a su beneficencia!

Ya sano me habilitó para ejercer mi ministerio: logré el interinato del Real del Monte, pues no he logrado la restitución de mi beneficio, sin embargo de la ley expresa del Soberano Congreso, en donde estaba sirviendo cuando la época de la independencia. No creí entonces necesaria mi asistencia personal, pues se me informó que estaba generalizada la opinión, y vi conseguidas mis ideas; pero en el púlpito exhortaba, y en el confesionario convencía. Instruí por cartas a los pueblos en el santo dogma de la libertad e independencia, y les ponía en claro sus derechos al Sr. Guerrero con reales y víveres: di noticias de interés y del momento al jefe de las garantías, e hice cuanto estaba en mi posibilidad y alcance.

Tal es el manifiesto del recomendable párroco D. José Manuel Correa, de honrosa memoria, en el que se refieren hechos dignos de llenar las páginas de este Cuadro.

Ya que vamos a hablar de unos de los sucesos mas infaustos que pudieron ocurrir a la Nación, con el asalto y toma de la plaza de Tenango y cerro del mismo nombre, ocupado por la división del General D. Ignacio Rayón, está en el orden que digamos como se puso en estado de formar este jefe un cuerpo respetable de tropas después de la derrota y dispersión que padeció en la villa de Zitácuaro. Salido de Tlalchapa con el resto de su tropa, y no contado con la de Tierra Caliente que en la mayor parte se le desertó, a pesar de que la mantuvo con todo esmero en la hacienda de los Laureles: arreglada alguna infantería, y fundidos algunos cañones por el Coronel D. Manuel de Mier y Terán en Tlalchapa, pasó la

junta a Sultepec, donde quedaron gobernando Verduzco y Licéaga: Rayón pasó a Toluca a entretener a Porlier para que no engrose con su división la fuerza de Calleja y fuese sobre Cuautla. Consiguió efectivamente su objeto, batiendo con gloria diferentes partidas que salieron de Toluca, de cuyas armas se aprovechó: y aunque situó su cuartel general en la hacienda de la Huerta, fijó sus destacamentos en las garitas mismas de Toluca, y se preparó para atacar lo interior de la ciudad como lo verificó la mañana del 18 de abril de 1812. Comenzó el ataque desde bien temprano, y se concluyó en la tarde del mismo día. La tropa de Rayón redujo a la de Polier al cementerio e iglesia de S. Francisco, local fuerte, y para aquel inexpugnable, pues no tenía artillería de batir, ¿Qué digo? Ni aun el preciso parque para continuar la acción, pues D. José María Liceaga encargado de remitir el que se le pidió de Sultepec, retardó 2 días la remisión.

Supo en tiempo Rayón que solo le quedaban dos cajones de cartuchos, y así mandó tocar retirada, que verificaron sus soldados con bastante repugnancia, pues hallándose casi vencedores, les era muy sensible ver frustrado su empeño de aquel día. Ocultóseles la causa de la retirada, pues ni convenía que la supiesen. Rayón mandó que tomasen un rancho en la garita, y los hizo municionar para lo que pudiera acontecer, esto es, que el enemigo hiciese sobre el una salida ya al entrar la noche, y esto le causase una dispersión; de hecho, al caer la tarde he aquí una partida de caballería que sale de la plaza, Rayón situó su infantería en la espalda de una cerca, y apostó la caballería inmediata, comenzó la escaramuza enemiga; pero se le recibió a quema ropa, y en tan buena sazón, que dada muerte a algunos dragones, los demás se pusieron en fuga para la plaza, donde creían tan seguro el triunfo, como que comenzaron a echar repiques de campanas. Algunos cañones colocados ventajosamente sobre Toluca, asestaron sus tiros a una torre, y causaron algún estrago, pues luego cesó el repique. Por tal medida impidió rayón el que se le persiguiese y causase un gran destrozo.

Por lo dicho se ve que el parte de Porlier inserto en la gaceta extraordinaria de 25 de mayo de 1812 número 233, es una impostura y tejido de falsedades; pues ni hubo tal pérdida de cañones, trincheras portátiles, escalas de asalto, palos largos con mistos incendiarios, cajones de municiones de todos calibres, etc, etc. Que dice le tomó a Rayón: todos son dislates que importan tanto como la reseña de caballeros, escudos, armas,

y naciones que pasó D. Quijote cuando se preparó a atacar las manadas de carneros.

El único cañón que perdió Rayón, fue un pequeño que situado en una azotea de una casa de Toluca se hundió con el techo que no pudo sufrir el peso. Sin embargo de su salida, sus destacamentos quedaron en las garitas de Toluca, y Rayón permaneció hostilizando a sus enemigos con partidas de caballería; por lo mismo se situó en Amatepeque, entre Toluca y Lerma, para ocurrir donde la necesidad lo exigiese. La tarde en que se retiró de Toluca pasó al pueblo de Tlacotepec para colocar allí sus heridos, iluminándole el camino las llamas de la hacienda de la Garcesa, propia de D. Nicolás Gutiérrez, uno de los más encarnizados enemigos de los americanos. Como los víveres escaseaban en Toluca, apenas se retiró de aquella ciudad, cuando en el momento hizo salir Porlier 300 hombres para que se proveyesen de ellos en el tianguis de Metepec. Supose con tiempo de esta expedición, que tuvo un éxito desgraciado; pues Camacho, oficial de caballería de Rayón y en quien tenía mayor confianza por su valor y prendas, puesto de acuerdo con otra partida de caballería del mando de los Polos, cargaron a los de Porlier tan reciamente, que bien le mataron cerca de 100 hombres, pues regresaron al campo americano, presentando al general Rayón 70 carabinas, y 56 caballos con sus monturas: entonces cayó prisionero el capellán de dicha tropa, franciscano , llamado el P. Tabaquero, a quien dieron bastante taba otros frailes de la misma orden que se hallaban con los americanos, y servían a estos con el gusto que aquel a los españoles.

Tuvose noticia de la aproximación de castillo Bustamante, y esto hizo que Rayón reconcentrase sus fuerzas. Apenas se puso por Porlier que avanzaba sobre Toluca, reforzado de México con mas de 1,000 hombres, cundo trató de salir a recibirlo; pero la tropa de Rayón a media legua de su campo lo hizo retroceder. No pudiendo cubrir con su poca fuerza todos los puntos por donde podría aproximarse el enemigo, se replegó al pueblo de Tenango, y cerro del mismo nombre. Bustamante marchó en demanda de el, y hubo de variar su campamento, porque la artillería de Rayón era de más alcance que la suya, y le causó bastante estrago en el momento de campar: situose en la hacienda de S. Agustín, dejándole el rancho y utensilios de la tropa, pues la rociada de metralleta y bala rasa no le dio tiempo a recogerlos.

Aunque estos pequeños triunfos pudieron haber engendrado alguna confianza en el general Rayón, situado este en el cerro en la parte que mira al sur, y el Comandante Padre Correa en el punto llamado el Veladero, desde donde hizo una gran resistencia a los enemigos (como hemos visto en su manifiesto), Rayón mandó que las partidas de caballería de Atilano García y Epitacio Sánchez cruzasen entre su campo y el enemigo para impedir un asalto; mas ellos desobedecieron la orden y se fueron a dormir a un pueblillo inmediato; por tanto el enemigo se apoderó de una batería que tenía sobre su campo, y con ella misma rompió el fuego la mañana del 5 de junio de 1812 por diferentes puntos simultáneamente, así sobre el cerro, como sobre el pueblo de Tunango. Fue esta una sorpresa tal, que los americanos supieron la llegada de sus enemigos cuando oyeron sus cornetas, y con ellas las descargas de fusilería; pues aun los puntos ocupados por algunas cuadrillas de indios que podrían haber dado aviso, se abandonaron por estos desde el día anterior: solo quedó la línea y guarnición frente del cerro y pueblo.

El cura Correa se mantuvo firme en su batería protegiendo la retirada de toda la tropa que pudo salvarse. Lo espeso de la niebla libró a los fugitivos. Rayón descendió por un voladero con muchos de los suyos, bajo del cual estaban situados como 60 dragones enemigos, quienes se arredraron, y no le hicieron nada, pues temieron ser cortados por los americanos que salían en dispersión por la espalda de aquellos: no corrieron esta suerte los licenciados Reyes, Ximenez, Dr. Carballo, Cuellar, Dr. F. Xiran, excelente carpintero, y D. Juan Puente quien fue sorprendido en el acto mismo de dar fuego al parque de los americanos: todos fueron desapiadadamente fusilados por Castillo Bustamante, quien no perdonó a persona alguna, imitándole sus dignos satélites. Entre las víctimas que inmolaron estos bárbaros, fue una de las más preciosas. El P. Vicario del pueblo D. José Tirado. Este joven se ocupaba de cazar con su escopeta en aquel pueblo, y no había tomado cartas en la revolución; entró el comandante Rafael Calvillo en su casa, y como viose aquella arma allí, sin el menor examen; creyéndole reo le mandó fusilar. Tirado acababa de decir misa, y así es que no se quiso confesar, recibió la muerte con la tranquilidad de la inculpabilidad, y entregó una ardillita pequeña que le acompañaba y traía en el seno a uno de los que le rodeaban. ¡Válgame Dios y cuantas imposturas le levantó el tal calvillo por este hecho inocente, y de cuantas maneras lo glosó! Véase lo que escribe en la gaceta número 248 del sábado 20 de junio de 1812 ¿así se disponía en

aquella época de la vida y muerte de toda clase de ciudadanos sin excepción de personas! El General Rayón reunió sus dispersos en el plan de una laguna situada al pie del volcán de Toluca a donde le llevaron el cadáver del comandante Camacho; circunstancia que aumentó sus desdichas por su mérito militar. Pasó luego a Quatepec de las harinas, donde le hizo dar sepultura acompañada de honores militares. Su derrotero fue entonces a los Lubianos, a Pungarancho, a Tiripitio, y a Tlalpujahua.

En la laguna que hemos mencionado mandó a Atilano García y a Epitacio Sánchez a Monte alto; a Polo a Aculco campo de Nodoó, y al Coronel Cruz a Tenancingo, ordenándoles que engrosasen sus divisiones y estuviesen a punto de obrar cuando se los mandase. Previno a sus colegas Liceaga y Verduzco que entregasen cuanto había útil en el real de Sultepec, y se le viniesen a reunir como lo verificaron: llegados al punto de Tiripitio los hizo partir: a Verduzco para Patzcuaro, encomendándole la provincia de Valladolid, y a Liceaga la de Guanajuato, con orden de levantar en cada una de ellas un ejército respetable. Esta separación fue precedida de un acuerdo, y de un acta solemne que al efecto se dictó, y corre impresa en el *Ilustrador Americano*. Al general Morelos se le asignó el sur, y departamento del norte; Rayón se situó en el de México para ocurrir desde este a donde lo demandasen las circunstancias.

Muerte de los Prisioneros de Pachuca.

Cuando llegó este jefe a Sultepec determinó mandar a los españoles prisioneros de Pachuca a la confinación de Zacatula; bien hubiera querido ponerlos en libertad aunque le había salido a la cara la ingratitud con que se portaron los prisioneros de Emparan cerca de Zitácuaro; pero no estaba en la política que resistiese al torrente de odio que cargaba entonces sobre ellos, y que multiplicaba el gobierno de México no queriendo ceder en un ápice de su dureza, é introduciendo cada día mayor número de tropas expedicionarias venidas de Cádiz. Al efecto había dispuesto rayón, que los condujese con una escolta el Comandante Vargas. Cuando salió de Sultepec los dejó atrás, y habiendo avanzado mas allá de Ixtapa de la sal, oyó tiroteo que lo obligó a retroceder, creyendo que lo causaba algún choque con partidas enemigas, que tal vez habrían salido al encuentro a la

infantería que traía a retaguardia; mas quedó sorprendido cuando vio que eran sus soldados que estaban fusilando a los prisioneros porque no solo intentaron escaparse, sino que además se apoderaron de las armas de algunos soldados para hacerles frente; hecho que acabó de irritar a la tropa, y por el que no solo continuaron fusilando a los que quedaban vivos, sino que también ejecutaron a los que prendieron después y que habían logrado salvarse: el total de ellos llegó a 28.

Este suceso es desagradable en la historia. Hubiera sido de desear que los americanos fuesen entonces mas generosos, y que no confundiesen a las personas puestas bajo la salvaguardia de la fe prometida, que religiosísimamente debe cumplirse aunque perezcamos con el gobierno; pero también habríamos querido mas docilidad en este para no ponernos en el estrecho caso de hacer uso del legítimo, aunque odioso derecho de la represalia. Este negociado se erró desde un principio como ya vimos en la carta número 25 de la 1ª. época: el encadenamiento de los sucesos lo puso en términos de comprometer al general Rayón, quien por otra parte se mostró generoso en el Conde de Casa Alta, que fue uno de los prisioneros, a quien no solo dispensó toda clase de atenciones, sino que lo hizo confidente de su casa y familia, y el correspondió a estas finezas portándose como un caballero, dirigiendo varias cartas al Virrey Venegas en defensa de la causa de los americanos.

Después de la pérdida de Tenango, el General Rayón se situó en el real de minas de Tlalpujahua, lugar de su nacimiento, y allí plateó su cuartel general. Conocido en la historia con el nombre de *Campo del Gallo*, local ventajoso, y de donde no habría sido desalojado si hubiese tenido el agua que le faltaba, y que iba a proporcionarle cuando lo atacó castillo Bustamante, como después veremos. Allí planteó en breves días fundiciones de cañones, y obuses, toda clase de municiones, y una fábrica de fusiles; vistió la tropa, la aumentó y disciplinó, y levanto como por arte mágico la decaída revolución. Rayón tenía un genio creador, amigo del orden y descansaba en los conatos de su hermano D. Ramón, hombre infatigable, y digno de otra suerte.

Establecida allí además la imprenta, se circulaban 9 periódicos semanalmente, concurriendo a estos con sus luces varios escritores de la capital y de los sujetos que le rodeaban: este gran resorte daba un impulso extraordinario a la revolución; pero de tal tamaño, que el Virrey Venegas llegó a confesar que no podía contrariarlo, y tuvo que humillarse y buscar

modo de transigir con Rayón. Esta anécdota peregrina, será desarrollada en otra carta, muchos la tendrán por fabulosa, no lo es ciertamente.

A Dios.

México 9 de febrero de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA UNDÉCIMA.

Apreciable amigo mío:

El orden cronológico que he procurado observar en mis relaciones (aunque solo las estimo por *memorias para la historia*) me hace retroceder a los acontecimientos ocurridos en Tehuacán de las Granadas y Orizaba, lugares que deben llamar mucho la atención de V. principalmente el primero, por haber figurado demasiado en la revolución.

Sucesos de Tehuacán de las Granadas.

Encargado el Coronel Trujano de levantar los pueblos de la Mixteca, y de llevar la conquista hasta todo lo posible, destacó varias partidas para que tomasen algunos ganados de las haciendas de su demarcación pertenecientes a europeos. Así es, que en 10 de diciembre de 1811 se aproximaron 14 hombres al mando de un F. Figueroa a la hacienda de *Cipiapa,* propia de D. Francisco Gutiérrez de la Madrid, y de hecho se llevaron gran porción de ganado menor. Creyose que este piquete de hombres era un ejército numeroso, y aunque solo se presentó un corto número de americanos al mando de Figueroa, (su capitán) bastó para que los españoles se retirasen de Tehuacán, y con ellos la guarnición de aquel lugar que marchó para la villa de Orizaba. Figueroa se salió pronto, pues el desaseo de su gente, su cortedad de número, y lo mal armado de ella, tal vez le hizo temer que volviendo del susto aquel vecindario, corrieran una suerte desgraciada.

Cuando se supo en Orizaba que Tehuacán quedaba evacuado, vinieron de aquella villa 200 hombres, compuestos de lanceros de Veracruz y milicias de Tlaxcala, al mando de un tal Durán, quien encontró reunidos 100 patriotas, levantados en la misma ciudad. Dedicose menos este jefe a la custodia y guarnición de Tehuacán, que a hacer una correría

en las inmediaciones, y así es que recogió ganados indistinta-mente de toda clase de gentes, y procuró aprovecharse de las ventajas que le proporcionaba su mando despótico, como lo hacían los comandantes españoles por lo común, calificando por buena toda presa con decir que era de insurgentes. Equipado de este modo, se retiró Durán dejando de Comandante del lugar a D. Santiago Fernández, teniente del fijo de Veracruz, con la fuerza de 80 hombres. Era este un joven lleno de fogosidad impetuosa, el cual arregló 3 compañías con 130 plazas, y con ellas también hizo sus correrías por las inmediaciones, sin ejecutar en éstas cosa de provecho, antes por el contrario, perdió en una escaramuza al valiente D. Pascual Lara, y a un andaluz blasfemo, llamado Agustín Pérez, a quien mató un indio de un garrotazo.

Por el mes de abril (1812) relevó a Fernández D. Francisco Rojano, Capitán de Tlaxcala, época en que ya los insurgentes comenzaron a burlarse de la guarnición de Tehuacán, pues todas las noches venía a provocarla con tiroteo, hasta que el 30 de dicho mes se manifestó una partida de 150 caballos, a las órdenes de Julián Gómez, y Julián Cortés, presentándose en la hacienda de San Lorenzo, inmediata a Tehuacán por el rumbo del poniente; hecho que produjo en el lugar la mayor confusión y movimiento, sin saber lo jefes que hacerse. En medio de ellas recibió el Comandante español un oficio de intimación para que se entregase la ciudad; pero celebrada una junta de guerra, se acordó que en respuesta saliesen 50 hombres, a castigar tamaño atrevimiento. Efectivamente, se aprestaron; pero muy luego se vieron a punto de ser envueltos por dos trozos de americanos a derecha e izquierda. Rojano, comandante de estos grupos realistas, puso pies en polvorosa, se entró en las cortaduras de la plaza, y se resolvió a la defensa de ella. Amagábanla con gruesas partidas el P. D. José María Sánchez de la Vega, Vicario de Tlacotepec, Arroyo, Machorro y otros guerrilleros más célebres por sus crueldades que por su valor militar.

Al siguiente día (31 de abril) se disparó un cañonazo a la hora de la diana, al que siguieron los fuegos de una y otra parte sin el más leve perjuicio de la guarnición. Continuaron reuniéndose tropas americanas, y cuando pasaban de 3,000 hombres de todas clases, y casi igual de indios, emprendieron el 3 de mayo, una acción decisiva. Después de un fuego de 6 horas, lograron los asaltantes vencer los atrincheramientos de la casa del mesón, calle del Refugio y Carmen, por lo que los sitiados se replegaron a la plaza y conventos de Tehuacán.

En estos puntos siguió el fuego hasta las oraciones de la noche; hora en que los americanos se retiraron al local ventajoso del Calvario y haciendas inmediatas para tornar a la carga al siguiente día. De facto continuó el fuego con mayor obstinación. En la noche, Arroyo quemó la puerta falsa del Carmen, por donde entró, y se apoderó del cuarto o bodega de las provisiones. Quitadas estas, y sin agua los sitiados, resolvieron salir, más precediendo un convenio con los sitiadores, que se ofreció a celebrar el P. Fr. Ignacio Velázquez, franciscano, asociado de otro para que fuese razonable y beneficioso a los españoles, y por el que conservasen siquiera las vidas. Nada pudo conseguir el P. Velázquez a pesar de sus esfuerzos, pues el P. Sánchez se mantuvo inexorable; pero después de grandes esfuerzos el P. Ibarguen, también franciscano, recabó de él, que los prisioneros fuesen enviados al General Matamoros, y entonces cesaron las hostilidades: desarmaron a los españoles, y fueron llevados a la cárcel, en el concepto y fe, de que no se les quitaría la vida. Al tercer día se sacaron de la prisión y condujeron por mano del guerrillero Arroyo para el pueblo de Tecamachalco, y allí fueron pasados por las armas el Teniente Arriaga, el Subdelegado de Tehuacán Sánchez, y un alguacil llamado Méndez: los restantes prisioneros en número de 44, se condujeron al puente de los Chichimecos, y en la oscuridad de la noche fueron indignamente asesinados (véase la gaceta de 25 de julio de 1812, número 264.)

La memoria de este suceso que a mi estada en Tehuacán se refería con lágrimas, recuerda la de las atrocidades de sus autores. Hombres bárbaros, inmortales, perjuros, oprobio de la nación, cuya causa afectaban defender.

Tal ha sido el éxito que han tenido, pesando sobre ellos la mano del Eterno, y haciendo que sus odiosos nombres jamás se tomen en boca sino para execrarlos y maldecirlos. Oí decir a personas veraces, que entre los cadáveres de los asesinados se encontró el de un francés llamado *Maza,* puesto de rodillas y con cilicios, que conmovió a sus verdugos que lo llevaron a Tecamachalco para darle una distinguida sepultura, que fue un tributo de estupor y admiración que les arrancó su virtud. A la entrada de las tropas americanas en Tehuacán, siguió el saqueo de las casas y tiendas de comercio, donde encontraron acopios de muchas preciosidades. Situada aquella ciudad en el mejor punto para el comercio con México, Puebla, Veracruz, Oaxaca y Orizaba, se tenía entonces como un lugar de depósito, principalmente para abastecer las Mixtecas; todo desapareció en

momentos, y fue presa de los vencedores, de modo que los mismos que habían presenciado esta catástrofe, dudaban de lo que veían.

Como ciudad abierta y de tránsito para las tropas, sus desdichas se multiplicaron hasta un punto indecible; ahora comienza a renacer, y no dudo que afirmada la paz por el saludable desengaño que han dado aquellas lecciones terribles, Tehuacán será uno de los pueblos más felices de la América septentrional: sus aguas prodigiosas para la curación del cálculo, sus harinas, su bello clima, todo lo llama a un grado de prosperidad y por venir halagüeño.

No solo Tehuacán fue teatro de las desgracias referidas, lo fueron también otros lugares principalmente aquellos en que puso su ominosa planta el guerrillero *José Antonio Arroyo*. Conocí a este monstruo, ignominia de la especie humana, y me espanto cuando me acuerdo de su horrible catadura. Era un campesino chaparro, cargado de espaldas, cara blanca y colorada, ojos negros y feroces, su mirar era torvo y amenazante; jamás se ponía el sombrero sino bajándoselo mucho, en términos de que costaba dificultad verle: su voz ronca, sus razonamientos precisos, su lenguaje rústico. Era un complejo de ferocidad y superstición la más grosera: afectaba mucha piedad y respeto a todo padrecito a quien besaba acatadamente la mano; pero no titubeaba en darle a un hombre un mazazo con un martillo de herrero en la mollera, dejándolo medio muerto como lo hizo en su campamento de Alzayanga.

Azotaba a los que tenía por espías, y lo hacía por su mano teniendo el bárbaro placer, de verles correr un chorro de sangre al primer latigazo: echábala además de justiciero; su pujanza era mucha, y a par de ella su denuedo para entrar en una acción. Atacó la hacienda de Teoloyuca junto a S. Juan de los Llanos; su dueño que era un español sostenido con 100 fusiles de Perote y mucho parque, se resistió más de dos días; pero cargado extraordinariamente por las partidas americanas, hubo de entregarse luego que Arroyo se hizo desprender sobre la casa por una reata, y entró con el Cintare (así llamaba al sable) haciendo una cruel matanza, que llenó de cadáveres la casa, y dejó inhabitable el edificio por mucho tiempo, registrándose en sus paredes estampadas las manos de sangre. Hacíase llamar de *Padre* por sus soldados, y los trataba con dureza. Su mujer era de color quebrado, valiente, y digna consorte de tal marido.

El nombre de Arroyo ha dejado una nombradía de espanto en

aquellas comarcas; la idea de semejante genio me hace estremecer. Su compañero *Antonio Bocardo,* de origen herrero y alguacil en S. Juan de los Llanos, fue menos horrible para la nación. Era un cobarde tan menguado y tonto, que se hacía llamar Coronel de Coroneles, o sea tonto de tontos: ocupábase en avanzar (es decir robar) antes que en matar hombres; el Sr. Morelos se divertía con la relación de sus anécdotas, y pudo reducirlo al orden en lo posible, de lo que no era capaz Arroyo. ¡Desgraciada América mexicana que tuvo por defensores de su causa a tales verdugos! Si no hubiera tenido muchos de éstos, sus triunfos habrían sido más prontos y más gloriosos; pero aquellos despechaban a los pueblos, quienes aunque conocían la justicia de la revolución, no se atrevían a entrar en el partido, por no ser dominados de semejantes bandidos.

El hombre de principios que se vio entre éstos, vivía en un continuo martirio, y estaba en gran riesgo si trataba de reducirlos al orden. ¡Cuántas veces mi vida estuvo a riesgo por semejante motivo! No había diferencia, entre estos jefes y los del Rey, pues V. no encontrará ninguna entre Arroyo y Régules; eran lo mismo en su *mesma mesmedad* (según la expresión del autor del Gerundio).

Por este solo rasgo conocerá V. y todo el mundo, cuanto se habrá padecido en la revolución: echará la culpa, y justamente a los que se llaman *nobles y patriotas* que abandonaron la suerte de su nación a tales manos, y maldecirá con igual justicia a los que después de haber apurado hasta las eses de este amargo cáliz, y conseguido la paz y libertad, y con ella la suspirada independencia, todavía quieren precipitar a este buen pueblo a nuevas revoluciones, y que se renueven aquellas escenas de horror.

Sorpresa de D. Felipe Lailzon.

Corresponde a esta época recordar a los americanos la memoria de la sorpresa dada por una partida de lanceros del Teniente Coronel D. Pedro Meneso en el monte de las Cruces a D. Felipe Lailzon, maestro de equitación, y el primero que planteó un circo de este ejercicio en México en octubre de 1808.

Quitósele en ella una pequeña valija de correspondencia que llevaban los mexicanos con los insurgentes; hecho que produjo muy tristes resultados, pues el gobierno hizo arrestar a varias personas de viso, como lo fue la señorita *Dña. Margarita Peimbert*, hoy esposa del Sr. D. Juan Ignacio Espinosa, actual Presidente del Soberano Congreso, que estaba entonces comprometida de casar con el Lic. Ximénez, fusilado en Tenango, y al Lic. D. Ignacio Falcón. Este hombre quedó perdido desde entonces: pues el Oidor Berazueta le halló como cuerpo de delito la correspondencia de su hijo que estaba con Rayón, y además copia de una carta que un sujeto de México había mandado al General Morelos luego que salió de Cuautla, exhortándolo a que marchase a Oaxaca, donde muy pronto se repondría de sus pasadas pérdidas.

Ocupación de Orizaba por los americanos.

Asimismo debe colocarse entre los principales acontecimientos de aquella época, la entrada de los americanos en dicha villa. Tengo a la vista una relación de persona veraz y testigo presencial de este hecho que en sustancia dice así:

«En principios de marzo de 1812 comenzó a formarse una partida de insurgentes en el pueblo de Maltrata, de donde era Cura el Presbítero D. Mariano de las Fuentes Alarcón, patriota de buen ánimo, pero verdaderamente ignorante aun de los más obvios principios de la milicia. Pronto se decidió a abrazar la causa, y lo hizo con tanto fervor, que no perdonó a la campana mayor de su iglesia, pues la hizo bajar, y que se construyese con ella un enorme cañón de artillería, como si fuese a batir una plaza, y esta arma no necesitara para usarse de otros auxiliares de que él carecía. Comandaba por entonces dicha partida *Miguel Moreno,* dependiente de la hacienda de S. Antonio, y se aumentó en fines de abril, en términos de que con gente de ella se pusieron avanzadas en la cañada que viene de dicho pueblo para esta villa, y en la de Acultzingo, con las que impedían la entrada de víveres.

Aunque esta guarnición se componía de más de 500 hombres, jamás salieron a atacarlos, y si, mantenían un destacamento en una estacada que se hizo en el puente de Sta. Catalina, distante más de media legua de Orizaba.

En 22 de mayo comenzaron los americanos a atacar aquel punto, y se le reforzó con 100 infantes y un cañón violento. El 28 a las 6 de la mañana fue atacado este mismo punto, su espalda, por el cerro del carrizal, y su frente por el ingenio; el comandante D. José Manuel Panes mandó otro cañón de auxilio con doscientos hombres, los cuales se aproximaron cuando ya estaba tomada la estacada, y así es que regresaron sin haber disparado un tiro: al tomar dicho punto fortificado, hubo algunos muertos y heridos.

A las dos de la tarde ya andaban por la villa pequeñas partidas de americanos. Temeroso Panes de ser atacado en su cuartel, dispuso retirarse a Córdoba, tomando antes por punto de reunión la plazuela y edificio del Carmen. Los conventos de este orden siempre fueron en la revolución pasada asilo de españoles. En lo general lo son de nacimiento, sus monjes, que tal vez creían entonces que aquellas comunidades no podían existir sino a la sombra de un monarca, y monarca *absoluto;* ya estarán desengañados a la hora; no es pues de extrañar que en el Carmen de Orizaba, y en el estanque de su huerta, se arrojase el pertrecho, que Panes no pudo conducir en su retirada para villa de Córdoba, que verificó con acuerdo de una junta de guerra. Ejecutola llevando tres cañones de campaña a la sombra de la noche: fue atacado por una partida en Zongolica, venida al mando de su Coronel D. Juan Moctheuzoma Cortés, quien se retiró por los fuegos de los españoles al trapiche de Tuxpango.

Si se hubiera hecho firme en la cuesta del Cacalote, Panes no habría penetrado por aquellos desfiladeros, ni llegado como llegó a Córdoba a las seis y media de la mañana con cuanta guarnición sacó, compuesta de un batallón del regimiento provincial de Tlaxcala. El Cura Moctheuzoma (imagen viva del Emperador de este nombre, y por el que poseía un cacicazgo en Tepexi de las Sedas) no nació para General, sino para recitar un buen sermón: tenía un bello decir, y sabía entusiasmar al soldado con el doble prestigio de sacerdote, y de descendiente del Emperador de los Aztecas.

El desorden de los Comandantes Americanos dio aliento a los cordobeses para defenderse. Aquella villa es un punto militar, y así es que el local, y sus cortaduras abiertas instantáneamente, los pusieron no solo en estado de hacerse impenetrables, sino de hacer algunas salidas fructuosas sobre los americanos, en una de las cuales les tomaron un cañón de a seis, de la fábrica del Rey.

A las cinco de la tarde del citado día 28, entró en Orizaba la partida de Maltrata con sus comandantes *Alarcón y Moreno*, gente toda muy mal armada, y tanto, que traían hasta agujas de ensartar tabaco en las puntas de los palos, arma excelente para una montería de conejos; traían poco pertrecho, y este lo gastaron aquella noche en hacer salvas a N. S. de Guadalupe. Al siguiente día, como a las once, se dejaron ver los referidos curas, quienes trataron de organizar el gobierno de la villa. También entró una partida de la *Perla* al mando de D. Francisco Leyba, y en el siguiente las del Padre Sánchez, y Arroyo: reuniones que ascenderían a más de 1,500 hombres. A pesar de su impotencia resolvieron atacar a Córdoba intimando la rendición, pero ella se negó a todo convenio. Retirose el primero para Zongolica, (Moctheuzoma) y después las demás partidas pues les amenazaba un ejército de veteranos.

Orizaba y Córdoba contenía dentro de sus muros 52,000 tercios de Tabaco, único recurso con que contaba por entonces el virrey Venegas, así es que mandó salir a Llano de Puebla con una fuerza de 2,265 hombres y emprendió su marcha llevando orden de atacar a los insurgentes fortificados en *Tecamachalco y Tepeaca*, como después veremos. La mañana del 30 de mayo pretendieron asaltarlo los americanos en el pueblo de Amozóque, pero fueron rechazados, y avanzó hasta Tepeaca. Tornaron a presentársele sobre las lomas de *Acatlán y Santiago,* de donde fueron desalojados, mas se hicieron fuertes en una capillita, también se les desalojó de este punto, y se les tomaron seis cañones de mala construcción.

Estos mismos lugares, teatro entonces de estas derrotas, lo fueron después de la gloria de los americanos cuando militaron el 23 de abril de 1821, al mando del Brigadier D. José Joaquín de Herrera, contra las huestes siempre vencedoras del Coronel Hevia, a quien mataron 111 soldados. Los hombres son iguales en todas épocas, y los hace diferentes la mano del que los maneja y dirige. César venció las Cohortes de Labieno, aunque éstas siempre habían sido vencedoras cuando las mandaba César. El Presbítero D. José Rafael Tarelo, uno de los más aprovechados en el convoy quitado a Olazabal en Nopaluca, y que impendió muchos gastos para equipar la división de Arroyo en esta vez, se lamentó conmigo por muchas horas, del mal porte que tuvieron las divisiones de Arroyo y de otros de Tepeaca. Aquel punto tiene un castillo en el Convento de S. Francisco hecho por Hernán Cortés, y muy bien pudo servir de obstáculo a los españoles si lo hubieran sabido defender

los americanos, y habrían impedido las irrupciones de aquellos sobre las villas. Llano avanzó rápidamente sobre la de Orizaba, dejando atrás el convoy que llevaba al mando del Coronel Andrade, que fue atacado por su centro en las cumbres de Aculcingo: los americanos se retiraron por el socorro que contra ellos se envió, bien que hicieron algún daño a Andrade.

En 10 de junio atacó Llano las baterías que el Cura Alarcón había situado en los cerros de Huilapa, las cuales habrían causado bastante estrago a los realistas, si aquel Comandante Americano hubiera tenido una poca de espera para romper sus fuegos; pero obrando imprudente, e inútilmente, fue atacado por la espalda y desalojado de aquel local ventajoso. Lo mismo sucedió al día siguiente en la entrada de la Angostura, cuyas cimas dominantes fueron tomadas por los españoles.

Llano quiso entrar a degüello en Orizaba, y aún dio orden a la caballería de que avanzase: gustan mucho los lobos de desmandarse sobre las tímidas ovejas; pero se le presentaron los Frailes de S. José de Gracia de aquel lugar, y por su mediación revocó la orden, *No dijera más Tito, te perdono...*

Sin pérdida de momentos avanzó parte de su tropa para villa de Córdova, y su comandante Panes vino a Orizaba. No le quiso dejar allí como debiera, por que estaba tachado de *insurgente,* y le subrogó al Coronel Andrade, cuya memoria no recuerdan los Orizabeños con grato ánimo.

No puedo omitir un hecho demasiado escandaloso ocurrido en Córdoba en aquellos días. Vivía allí en *Lic. D. Francisco Antonio de la Llave,* persona recomendabilísima por sus prendas, y padre de una honrada familia: este sujeto que podía gloriarse de no haber jamás hecho el menor daño a persona alguna, fue muerto traidoramente y sin causa conocida, por Francisco Rioseco, español montañés, con un tiro de bala. Formósele inmediatamente proceso por el alcalde ordinario D. Diego Lemayo, español de acreditada probidad, y le condenó a ser pasado por las armas: no se habría ejecutado la sentencia a no haber estado allí la columna de granaderos, cuyo jefe D. Ignacio García Illúeca hizo valer los derechos de la justicia. Excitada la sala del crimen por algunos europeos pidió la causa, y no dijo palabra por un procedimiento tan justo. Las personas de los españoles estaban en posesión de ser tenidas por inviolables en la América: la sangre goda pocas veces manchó nuestros

cadalsos.

El 26 de junio salió Llano de Orizaba conduciendo 4,098 tercios de tabaco: atacáronlo los americanos en las cumbre de Aculcingo y en cuesta Blanca; no dice si tuvo o no pérdida en estos reencuentros, pero yo lo que aseguro es, que en el año 13 que pasé por la carretera de su tránsito, vi muchas osamentas de soldados, faldones de casacas, cabelleras y esqueletos de caballos, vestigios que sin duda no fueron de soldados americanos sino españoles: Llano llegó a Puebla el 28 de junio.

Debo asegurar, en honor del Cura Alarcón, que aunque la invasión de Orizaba no se lo hace en lo militar porque no era esta su profesión, ni le resulta y mucho por el carácter y firmeza de principios políticos con que después se mantuvo, pues cuando cesó enteramente la revolución en aquellos países, el se metió en lo interior de las ásperas montañas de Quimistlán, a hacer carbón: ocupación dura y penosa en que se mantuvo por no rendir su cerviz al yugo español. Este modesto párroco no se jactará como muchos independientes de *pantierno,* de haber hecho servicios importantes a la patria; pero si abrigará en el fondo de su alma la dulce satisfacción de haber obrado bien, única recompensa y consuelo del hombre bueno.

Yo me honro con su amistad, y de haberle acompañado en algunos trabajillos e Huatusco, de donde lo hizo marchar preso para Tehuacán el Dr. D. José Ignacio Couto e Ibéa atribuyéndole ideas siniestras de partido a favor del General Rayón, de que estuvo muy distante aquel párroco, y bajo cuyo concepto lo consignó a voluntad del Lic. Rosaínz que dominaba entonces en Tehuacán: es decir en noviembre de 1814.

Prisión de Albino García, y primera acción memorable del Capitán D. Agustín de Iturbide.

Era muy triste el estado del Bajío para el gobierno español en la época de que vamos hablando: campeaba el famoso *García* a quien estaba empeñado el perseguir García Conde, el cual dice en su exposición que me ha franqueado, que durante el espacio de 17 días no cesó de perseguirlo alternando con D. Agustín de Iturbide en esta ocupación: ni podía dejar de hacerlo, pues tenía que conducir un convoy riquísimo de platas de México, con el que llegó a Salamanca e hizo salir a Iturbide.

Con una sección de tropa fingiendo que se dirigía para los Amoles; con ella logró caer al valle de Santiago a las 3 de la mañana y no solo arresto a Albino García, sino también a su hermano Francisco, tomándose Iturbide (son sus palabras) la libertad allí mismo, de fusilar más de 200 hombres, aunque tal vez lo haría (añade) para que no saliesen a molestarlo al camino con la presa tan importante que había hecho, y que condujo a Celaya el propio día.

Este suceso no lo niega él mismo que lo ejecutó, como ni tampoco niega García Conde que recibió en Celaya a Albino en tono de burla, haciendo que disparasen la artillería, sonasen las campanas y se le formase la tropa como a un generalísimo ladrón.

Véase la Gaceta núm. 247 de 18 de junio de 1812.

Albino García fue pasado por las armas en Celaya la mañana del día 8 de junio en compañía de su hermano, y descuartizado; ¡la saña española no perdonaba a los cadáveres; estéril venganza!

Continuaré, pues el papel se acaba. A Dios.

México 17 de febrero de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA DOCE.

Continuación de la carta anterior.

Amigo querido:

Esta relación que indignó a los que la leyeron en Londres en la historia que allí publicó el Dr. Mier, y se ve en el tomo 2º. página 539, no merece repetirse ahora con las reflexiones del mismo autor.

Yo quiero que tanto el General Iturbide como sus amigos, entiendan que no me complazco en deturparlo: el con su propia mano trazó el cuadro que pudiera bosquejar su mayor enemigo para hacerlo pasar en el juicio de la posteridad por uno de los americanos más despiadados que deshonrarán la especie humana. Un mal poeta formó un epigrama relativo a la muerte cristiana y edificante que tuvo *Albino García,* cuyo pueril concepto es decir, que fue un ladrón tan famoso, que por no dejar de robar se había robado igualmente el cielo... ¡Que gusto, que no está en manos de los hombres defraudarnos de un bien que concede el Señor Dios a quien se lo pide con un suspiro sincero! Por esta acción se concedió a Iturbide el grado de Teniente Coronel, y desde entonces tuvo abierta la carrera de los empleos y ascensos mayores entre los españoles, de quienes se mostró afectísimo, y en cuyo obsequio inmoló a sus hermanos.

Por estos mismos días el Padre Sánchez de Tehuacán, hostilizó en gran manera a las tropas del mando de Conti, es decir a los del batallón de América expedicionario. Situóse en las inmediaciones de Atlixco en el valle de *Carreón,* y se vio a punto de ser hecho prisionero, pero debió su salvación a la aventurada salida que hizo con un cañón de una hacienda donde lo tenían sitiado, y cuya posición dominaban sus enemigos, en términos de que les volvía las mismas balas que le arrojaban; pues ya se le había acabado el parque.

La siguiente relación es del Sr. García Conde, y esta circunstancia

la hace recomendable. «México se hallaba (dice el manuscrito) en la mayor necesidad, tanto de carnes y víveres como de plata. Salió estrechado de las órdenes del virrey para México, partiendo de Querétaro con sola su división, y con ella tuvo que contrarrestar las fuerzas de Villagrán, que en Huichapam se disponía para atacar el convoy, y aún tenía preparadas carretas para llevarse las platas. Presentóse en el puesto de Calpulalpam: allí batió la partida de su descubierta que hizo reforzar con guerrillas de caballería a derecha e izquierda, mientras llegaba el grueso de la división de vanguardia que rechazó en la cumbre, y obligó a que abandonase la extensión del camino; así es que se replegó Villagrán, y formó en batalla en un llano como a 2,000 varas de la izquierda del camino. Tomadas las precauciones para que el convoy no fuese atacado, se decidió a atacar a Villagrán: su infantería era lúcida y bien disciplinada, compuesta en la mayor parte de desertores del ejército realista, con la que había conseguido varios triunfos; pero la artillería y caballería no correspondían. Situado en la cumbre del puesto mandó a D. Agustín de Iturbide con 300 caballos para que diese un pronto y repentino ataque, ofreciéndole enviar los refuerzos necesarios como que lo tenía a la vista. El resultado fue tan feliz por defecto de la caballería de Villagrán, que abandonó la infantería y caballería; ambas armas cayeron en poder de Iturbide, quien se le incorporó en la misma mañana.»

Yo vi entrar en esta ciudad dos cañones calibre de a 4, y noté que el uno se llamada *S. Pedro* y el otro *S. Pablo*, tales eran sus rótulos, y noté que estaban regularmente construidos. García Conde envió a Iturbide desde la hacienda de S. Antonio con el parte de lo ocurrido al virrey, y dos días después entró aquel con el convoy.

En esta ciudad había otro de regreso para Tierra Dentro muy rico, que se confió al mismo jefe: componíase de 12,000 mulas y 135 coches; jamás se había visto convoy de mayor magnitud. Reforzose la guarnición de García Conde con 200 caballos, al mando del Coronel Monsalve, quien tuvo orden de acompañarle hasta Querétaro, el que salió de México en días tan lluviosos, como que en solo el paso del puerto de Calpulalpam se gastaron tres días: hasta las mulas de los carboneros se cargaron excesivamente, de que resultó quedar muchas de ellas tiradas en el camino: la tropa se mantuvo apostada día y noche, en tanto que llegando las primeras recuas a Arroyo Seco, descargaban, y volvían a salir para recoger los innumerables tercios que estaban tirados en el camino: este daño se remedió porque en S. Juan del Río salieron 2,000 mulas para

llegar hasta Querétaro donde debía hacerse nuevo ajuste de fletes para seguir adelante.

Este pequeño bosquejo da muy bien idea, principalmente al que ha andado en estas revueltas, del estado de fermento en que se hallaba la revolución en aquella época.

Si Villagrán hubiera aguardado a esta sazón para atacar el convoy, su triunfo habría sido seguro, pues llegando apenas la división militar que lo conducía a poco más de 300 a 500 hombres y los que lo acompañaban, inclusos los paisanos, y estando demasiado avanzado el temporal de aguas, la tropa no habría podido cubrir sus puestos, y en medio del embarazo en que se hallaba, habría tomado muchos efectos y dinero acuñado, que se llevaba para Tierra Dentro; mas aquel caudillo nada combinaba acertadamente.

Llámanos ahora la atención el otro convoy que Llano condujo para Veracruz, a quien será bueno seguir los pasos, ínterin García Conde se queda en Querétaro descansando un tanto de la fatiga de este penoso viaje.

Don Juan Bautista Lobo, comerciante bien conocido en la extensión del antiguo Virreinato, y especulador atrevido, ofreció al Gobierno conducir 500 mulas cargadas de papel para las fábricas de cigarros, siempre que le diese una competente escolta, introduciendo en Veracruz las harinas y otros artículos de que entonces carecía. El virrey mandó que Llano le auxiliase en la empresa, llevando como objeto principal abrir la comunicación de Veracruz a Jalapa, cerrada de todo punto en aquellos días: con decir que a pesar de las grandes ofertas de los comerciantes, no pudieron pasar de correos frailes, mendigos, ni ninguna de esta gentecilla la más propia para esta clase de alcahuetería, ¡y que tanto daño nos hizo en la guerra pasada!

Algunos que probaron ventura fueron fusilados, y el que mejor escapó tuvo que bizmarse las costillas de los sendos palos que recibió en pago de su demasía.

Partió pues el General Llano de Puebla el 3 de julio, (1812) y si hemos de estar a los partes que he visto originales, fue atacado en las inmediaciones del Pueblo de Tepeyahualco por los americanos, a quienes su mayor general D. José María Morán, con los escuadrones de México y Puebla, un batallón de la columna apoyado con una compañía de

cazadores de Asturias, de tal suerte los destrozó, que a más de quitarles cinco cañones les mató 210 hombres, que dizque quedaron tendidos, y dizque se pudieron contar. Yo entiendo que los azotes del desencanto de Dulcinea pudieron contarse mejor con la camándula de D. Quijote, que estos cadáveres, y creo que el Sr. de Morán creerá lo mismo.

Llano a su llegada a Jalapa, que parece fue el 11 de julio, la halló bastante conmovida. Su juventud llena de entusiasmo había procurado sacudir el yugo opresor; al efecto se habían celebrado varias juntas; pero no tan secretas que no las entendiera aquel gobierno, que acechando a sus autores los obligó a marcharse para Naulingo, donde crearon una junta que tomó este nombre; más como buenos hijos de españoles y amantes de honores y distinciones, emplearon el tiempo precioso que debieran en organizar la fuerza, en examinar que tratamiento deberían tener sus vocales; y he aquí representada de veras la fábula de los *Conejos* y los *Galgos* que temo se repita muy seguro entre nosotros. Llano pues, se aprestó para atacar a esta naciente corporación. Antes que este general, el Teniente Coronel D. Antonio Fajardo comandante de la villa de Jalapa, había reunido 500 hombres de varios cuerpos que existían en aquel lugar: con esta fuerza atacó al americano Bello, que se había situado en el punto llamado de las alturas de la *Orduña*, y el ingenio grande, donde a viva fuerza logró ocupar dicho puesto; en esta acción una compañía de urbanos, y cuya mayor parte era de europeos, cometió las mayores crueldades, degollando a muchos de los rendidos. El mismo Fajardo tomo en Quatepec 5 cañones, incluso uno de madera muy largo que llamaban el *Toro pinto.*

Cuando Llano emprendió su expedición para Naulingo, mandó que Fajardo con la división referida saliese por Xilotepec, mientras el tomó por la llanura de los Garcías; mas apenas disparó el primer cañonazo, cuando la junta acaudillada por el Coronel D. Mariano Rincón, marchó para Misantla: en la persecución de éste, halló Llano 7 cañones que tenía escondidos. Antes de que se hiciese esta expedición había salido otra de Jalapa para Perote a fin de traer víveres y municiones al ando del Capitán Ramiro: atacóla en el punto de la Joya el guerrillero Arroyo, y aunque no logró detenerla en su curso, le hizo algunos muertos y heridos: entre los primeros se contó a un D. N. Campillo, y entre los segundos a un D. Manuel Carazo. El mismo Arroyo hizo varias tentativas sobre la villa por el rumbo del norte: en una de ellas sorprendió a los vigías del cerro de Macuiltepeque, y después de asesinarlos, se ejecutaron en ellos

mutilaciones de miembros tan crueles como indecentes, y que solo prueban el furor y barbarie de sus ejecutores.

Nada da idea más completa de la situación de Jalapa en aquellos oscuros días, como una pequeña cartita que he hallado en la correspondencia del Conde de Castro Tereño, con el virrey Venegas: supónese copia de una escrita en Jalapa y dirigida al General de Veracruz D. José Dávila, dice así: «aprovecho el regreso del correo que despachó Lobo a Veracruz, el cual tuvo que volverse de S. Miguel del soldado, porque es imposible *rebalse* nadie ni de aquí, ni de allá, si no baja una división fuerte.»

«Hace dos meses que no sabemos de Veracruz, y estando Jalapa cercada con cuatro reuniones numerosas, sufre continuos ataques. De aquí la auxiliamos con cerca de 400 hombres del disperso convoy, con un cañón de a 6, y bastantes municiones. El ingeniero Camargo se halla de Comandante de Armas en Jalapa. Los enemigos están en posesión de toda la Sierra, situados en Xalacingo, y Tesuitlán, y aun creo que de toda la costa. Lo mismo sucede de Jalapa a Veracruz, y en Naulingo está el cuartel general del cabecilla *Rincón.* Todo está interceptado sin que pueda transitarse a parte alguna. Los insurgentes dan vista a este castillo el cual sufre un estrecho bloqueo, sin que entren víveres de ninguna parte, va para dos meses.

El día 8 de junio (1812) se descubrió en el fuerte una conspiración fraguada por un sargento del fijo de Veracruz, para entregarlo a los rebeldes, y asesinarnos antes a todos; sorprendieron a los cómplices y al instante se creó un consejo de guerra permanente, y a los ocho días fueron los reos pasados por las armas en los fosos del castillo, en número de 13, quedando establecido el consejo para despachar como sucede con frecuencia, a todo pícaro que cae *iniciado* o es reo de infidencia. También se estableció una junta de Generales para las operaciones militares, y arbitrar recursos con que pagar la guarnición, pues hace cuatro meses que no vienen caudales de esa ciudad ni de otra parte.»

Hay pocos que sepan el pormenor de la indicada conspiración, en la que sabemos que pereció un F. Acuña. En Veracruz también se había formado dicho consejo de guerra permanente que inmoló varias víctimas; el de Perote era presidido por Olazabal, y este por Moreno Daois ¡Que analogías no se encuentran entre uno y otro jefe! Ambos deturpados con las notas de cobardes, e ineptos como se ha mostrada en la serie de esta

historia (véase la carta 29 de la Primera Epoca).

En 24 de julio salió el General Llano de Jalapa para Veracruz: no permitió que su tropa entrase en la Plaza por la enfermedad, y la dejó en Santa Fe; solo él entró, y se mantuvo allí 24 horas hasta habilitarse, recogiendo el cargamento que salió en más de 2,000 mulas. Encontróse con la novedad de que habiendo llegado el batallón de Castilla de España con 1300 plazas, y otro del mismo nombre y número de Campeche, el Comandante del primero D. Francisco Hevia pretendió salir fuera de los muros de la plaza a expedicionar, y apenas pudo caminar dos leguas, rodeado de insurgentes, que le menudearon muchas balas, y asaz fatigado de calor, mosquitos, y mucha lluvia tuvo que volver a la plaza. Entonces el vómito atacó a aquella tropa, de modo que en brevísimos días pereció una cuarta parte de ella. De este modo el cielo clemente nos disminuyó el número de aquellos hombres feroces que llenaron este suelo de luto, y que presididos de su jefe, el más audaz que hemos conocido, dejó a semejanza de una pantera por donde pasó la huella ominosa de la desolación.

La serie de la historia nos presentará hechos que comprueban esta dolorosa verdad. Dios no quiso llevarse a Hevia en aquella desgraciada situación para su tropa, sino que lo conservó hasta el 16 de mayo de 1821 que murió en Córdoba, atacando aquella plaza.

Llano engrosó su división con 800 de estos soldados, hasta Jalapa. En su tránsito tuvo pequeñas escaramuzas con los americanos, a quienes rechazó, no con las tropas expedicionarias, sino con las criollas acostumbradas a este género de táctica de árabes, o sea de Medos, más terribles en su fuga que cuando presentan los cuerpos en formación. Llano también marcó su crueldad colgando 4 cadáveres en los extremos del Puente del Rey, donde tuvo una pequeña acción, quitó un parapeto, y un cañón a los americanos.

Como me he propuesto dar a V. una idea de los principales ataques que tuvo Jalapa para presentar lo principal de su historia en un solo punto de vista; me será permitido que refiera aquí algunas acciones de guerra ocurridas con posterioridad a la salida de Llano para Puebla, de quien después hablaremos, y le acompañaremos en su regreso, así como lo hicimos a su venida.

Ataques a Jalapa, y salidas de su guarnición.

El Coronel D. Mariano Rincón que reunía el voto de la juventud de Jalapa, aunque censurado por otra parte por sus disipaciones, recibía grandes socorros con que en breve repuso sus pérdidas, vistió y equipó su tropa, y se puso a disposición de imponer a la guarnición de la villa. Reuniósele el General D. Nicolás Bravo, enviado por el Sr. Morelos, y el crédito personal de dicho jefe bastó para que en breve se le reuniese la mayor parte de la Tierra Caliente. Rincón salió de Misantla donde había reparado sus quiebras, y se situó en Quatepec, a donde fue Hevia con su batallón a atacarlo, llevando otros cuerpos de la guarnición de Jalapa; pero fue derrotado, y herido en la acción el Adonis de la oficialidad, es decir D. Pedro Landero, joven bien apuesto y flamante.

El once de noviembre ya obraron los americanos ofensivamente sobre Jalapa; Bravo y Rincón asaltaron el lugar guardando el orden siguiente:

En la garita de Veracruz se situó la caballería en su mayor parte con un cañón de a doce.

El Capitán Martínez se colocó en Techacapa, camino de Veracruz a México, con otra pieza, calibre de a dos, que situó en la altura del puente de Lagos. Lázaro Utrera con otro cañón del mismo calibre se colocó en la altura del calvario con parte de la infantería.

Por el Potrero y Valle de Santiago, se situó la tropa de Quatepec con su Comandante Bello, y por los cerros se situó una porción de infantería y caballería, al mando del valiente Francisco Susunaga, mulato de Veracruz. Por este punto se presentó la valiente tropa de Hevia en número de 300 hombres, la cual sufrió el fuego de todas las lomas y se vio a punto de perderse. Sobre el mismo Hevia se lanzó u negro que lo iba a hacer pedazos; pero tuvo la fortuna de meterle el bastón por la boca, a cuya sazón un soldado le dio muerte. *(1)*

(1) Era indecible el valor de Hevia, y más la facilidad con que se irritaba, por lo que jamás traía espada, y aun en los ataques entraba con un ligero bastoncillo. En medio de esto tenía virtudes que reconozco y aplaudo; no amaba el dinero: para él, el mayor crimen era el de insurrección, por lo demás amaba la justicia con entusiasmo: siempre se pronunciaba por el pobre contra el poderoso, y aun parece que tenía complacencia en humillar a los de alta clase. Su amor a la disciplina era extremado: a ningún batallón expedicionario se conoció tanta como al suyo. No perdonaba la menor

falta. Hevia fue mi enemigo personal, y estuve a punto de ser fusilado por él en Veracruz cuando fui preso, y leyó las minutas de los oficios que le dirigí al Venadito desde Tehuacán contra él, en que lo pinto como un tigre ferocísimo. Sin embargo, yo respeto sus buenas partes y me honro de publicarlas, in hoc laudo, in hoc non laudo. *Hevía conoció poco antes de morir la justicia de nuestra independencia: sosteniendo la integridad de las Españas obró contra los sentimientos de su corazón, de modo que en Orizaba dijo cuando caminaba para Córdoba a un amigo suyo (que tenía pocos).* Heme aquí como un Suiso, precisado a morir por el que me paga.

Utrera por el rumbo de la carnicería logró asaltar los parapetos. Por buena dicha de los sitiados lograron desmontar el cañón de a doce de los americanos, circunstancia que los obligó a tratar de retirarse, pues los Jalapeños se defendían con mucho vigor; teniendo dentro de sus cortaduras más de 1,000 hombres de línea, y todo el paisanaje armado con mucha vigilancia de los españoles sobre la conducta de cada miliciano. Hallábase en aquella sazón D. Rosendo Porlier en la villa, ya de retirada para España con parte de su batallón de Marina formado de las tripulaciones de la Atocha y de otros buques; y aunque le cedía el mando de la acción el Teniente Coronel Fajardo, y lo mismo a Hevia, no lo quisieron aceptar, contentándose con ser auxiliadores en defensa de la plaza. El ataque comenzó a las dos de la mañana, y se concluyó a las diez del día. Los americanos se retiraron a varios puntos, y después de este suceso, Bravo se colocó en S. Juan Coscomatepec, donde después fue atacado inútilmente por Conti, y también sitiado con más de 3,000 hombres por éste y el Coronel D. Luís de la Águila, de donde salió con la misma gloria cuando quiso, y del modo que quiso, emulando la heroica conducta de su digno maestro en el arte de la guerra, el General Morelos en la memorable retirada de Cuautla.

Persecución del Clero de México por el gobierno.

El convoy de Llano llegó a Puebla, y después el tabaco a México sin novedad particular, hecho que aumentó los recursos del gobierno, a par que su insolencia; pues en aquellos días se había publicado el famoso bando del virrey Venegas, previo voto consultivo del acuerdo de Oidores, siendo su principal objeto castigar de muerte a los eclesiásticos, luego que fuesen cogidos con las armas en la mano; lo mismo que a los seculares, sin necesidad de precedente degradación: tal era la letra y espíritu del artículo décimo de dicho bando. Yo no alcanzo a comprender como en la

astucia de Villegas pudo caber dar un paso tan impolítico como éste, que le acabó de conciliar el odio de toda la Nación, y de dar el último impulso a la revolución comenzada.

Esta providencia contraria a la inmunidad, ya ejecutaba desde el año de 1811, se dio en 22 de febrero y reencargó su ejecución a Calleja... *principalmente (le dice) si fueren clérigos o frailes por lo más escandalosa que es en esta clase de gentes aquella especie de delitos.*

Véase lo que sobre esto dije en la carta 14 de la primera época.

No es fácil explicar el disgusto que produjo el bando, y los efectos contrarios a la voluntad del gobierno. Muchos eclesiásticos que amaban la revolución, pero que no habían dado un paso para entrar en ella, volaron a unirse a los cuerpos insurgentes, diciendo que ya no peleaban por los derechos de la Nación, sino por la inmunidad de la Iglesia vilipendiada en sus ministros. El General Matamoros que a la sazón estaba en Izúcar levantando su división, comenzó luego a reclutar la gente más robusta del campo, con la que por entonces levantó un escuadrón de dragones que llamó de *S. Pedro*, y que obraron como fieras cuando atacó con ellos el Batallón de Asturias en *agua de Quichula,* o sea S. Agustín del Palmar. (14 de octubre de 1813).

Dio a su tropa por insignia una gran bandera negra con su cruz roja, semejante a la que usan los Canónigos en la seña del Miércoles Santo, con las armas de la iglesia, y un letrero que decía... *Morir por la inmunidad eclesiástica*: he aquí el resultado de esta medida acordada en el tenebroso consejo de Venegas.

En el próximo mes de julio, una porción de eclesiásticos hicieron una exposición al gobierno reclamando sus fueros y privilegios, y remontándose hasta el origen de la inmunidad eclesiástica; si se hubieran limitado a pedir el amparo en el goce de ellos por el *Interdicto* legal, tal vez no se habría reputado por insidiosa, pues el recurso era llano y de justicia incuestionable; pero se le dio vista al Cabildo sede vacante, y este el Promotor fiscal; esto fue lo mismo que caer en brazas, pues en canónigo español extendió secretamente el pedimento que echó a rodar la solicitud, y apoyó el Cabildo regenteado por el Dr. Beristain. Muy luego éste formó una circular en que se remonta igualmente al origen de los privilegios eclesiásticos y por ellos quiere confutar la pretensión. Estos escritores se olvidaron torpe y groseramente de que pugnaban con las

leyes antiguas de Indias, con el real decreto de 19 de noviembre de 1799, con la ley 712 del Código Carolino que habla de la jurisdicción asociada, con la ley 11 tit. 23 lib. 12 de la novísima recopilación de Castilla; con el hábito de respetar a los eclesiásticos, cuyo origen se debió al mismo Hernán Cortés, y con el que ya tenían estos pueblos siglos atrás de venerar hasta los caprichos de los *Temocastles*.

Por tanto, esta lucha fue tan escandalosa como desigual. Aumentó el disgusto general el golpe de energía que quiso dar el gobierno por medio de la junta de seguridad a la que fueron llevados los eclesiásticos que firmaron la representación, dando margen a esto la debilidad con que algunos retractaron sus firmas. Esta comparecencia fue un *sínodo* donde Bataller examinó las opiniones de muchos, entró en disputa académica con algunos, se burló de todos con su sonrisa maligna, y los hizo retractar. El Oidor D. Pedro de la Puente también dio a luz una traducción del célebre D' Aguessau como si fuese obra suya para justificar el decreto del Virrey, y un eclesiástico autor del sueño mefítico que tanto escandalizó en junio de 1810. No dejó de apoyarlo con más animosidad que solidez, acompañándole otro excesivamente declamador y anatematizador de la insurrección en los púlpitos.

¡Que días buen Dios aquellos para México!

El gobierno persiguió de muerte a los que tuvieron parte o influjo en la exposición dicha, siendo el primero el Lic. D. Bernardo González Angulo, que tuvo que ponerse en cobro, y que abandonar su familia: época en que data la serie de infortunios que lo han abrumado padeciendo hasta tres duros arrestos.

En los días de la libertad de imprenta en que se renovó esta cuestión los defensores de la inmunidad pusieron de peor condición esta causa.

Paréceme que la posteridad dudará creer que los españoles siempre acuciosos en alejar los males de sí, esta vez hayan sido tan descuidados en evitar los que infaliblemente debieran venirles según la naturaleza de su gobierno, no menos que por las preocupaciones de sus pueblos.

Entre los escritores de estos días amargos, apareció D. Florencio Pérez Comoto, venido de España con el destino de 2º. Cirujano de la fragata Brígida, tenido después por médico, encargado del hospital de S. Carlos de Veracruz, y erigido en consultor y oráculo del gobernador de aquella plaza D. José Dávila. Este mismo doctor médico, tuvo gana de

hacer del político, porque nadie está contento con su suerte, y he aquí que en vez de escribir de *pulsos, orinas, diarreas e incordios,* se le antojó escribir un tratadito intitulado: *Impugnación de algunos errores políticos que fomentan la insurrección de nueva España;* aprobóle con altos elogios el canónigo Beristain, y ciertamente que el escritor sacó no poca utilidad de ellos, pues pasó a ser amigo de Venegas, y a entrar en su camarilla privada. Este es el primer papel que suscitó la tempestad del clero, y aumentó después la sociedad de personas encargadas de escribir el periódico medio-ministerial intitulado el *Amigo de la patria;* pudo cambiársele en el de *Enemigo.* Diole sus varapalos muy sendos el editor del *Juguetillo* en el 3º. y 4º. números, y causo mucho sobresalto a la audiencia de México, como lo muestra en las quejas que dio a las cortes de Madrid en su informe reservadísimo de 12 de noviembre de 1813 constante de 270 párrafos, oponiéndose al establecimiento de la constitución española en esta América, y clamando por el antiguo bárbaro opresor.

Quejóse este cuerpo amargamente del autor del juguetillo en varios párrafos; pero principalmente en el 78, 81 y 82. ¡Que distante estaría entonces esta corporación de que viéramos algún día sus opiniones estampadas en aquel papel de un modo tan escandaloso y bajo!

Continuaré. A Dios.

México febrero 23 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA TRECE.

Continuación de la persecución del Clero.

Apreciable amigo:

Yo quisiera tener aquí la lista de todos los sacerdotes muertos en virtud del bando de Venegas, y con mucho gusto la remitiría a V., operación de esta naturaleza solo pudiera lograrse, si de consuno se formara por todas las secretarías de gobierno de las mitras de la república mexicana. El mundo se escandalizaría del copioso número de preciosas víctimas que se inmolaron por nuestra libertad, por este bien que ahora poseemos, y no apreciamos dignamente; haré memoria de una u otra, pues las circunstancias de atrocidad con que fueron sacrificadas, la han grabado profundamente en mi corazón.

Debe ocupar en primer lugar en este martirologio, el Presbítero D. José María Guadalupe Salto, Vicario de *Teremendo* en el obispado de Valladolid de Michoacán, a quien se dio garrote inútilmente, martirizándolo, y después se fusiló en aquella ciudad, la mañana del 9 de mayo de 1812, según consta en la gaceta núm. 243 de 11 de junio del mismo, tomo 3º.

Salto había estado preso en la cárcel de Valladolid, no porque hubiese sido insurgente ni dañado a nadie, sino porque lo era su hermano, que obtenía grado de Coronel en las tropas americanas. Diole libertad Trujillo cuando Valladolid se libró de caer en poder de los insurgentes, en junio de 1811, y en esto no le hizo favor, como ni tampoco a otros 300 hombres que tenía prisioneros en aquella cárcel. Salto acudió a su prelado Abad Queipo con un memorial en que le muestra su inocencia, y le suplica, le conceda licencia de celebrar y administrar; esta exposición pone de manifiesto la inmaculada conducta de este eclesiástico, y es su apología más cumplida. Poséolo original, extraído de los papeles de aquel Obispo

electo, por uno de los que lo revisaron cuando marchó llamado para España, y lo puedo presentar autógrafo, es decir de puño y letra del P. Salto, dice así: «Illmo. Sr.- Yo el Dr. D. José Guadalupe Salto, clérigo presbítero y domiciliario de este obispado, con el mayor rendimiento y respeto que puedo y debo, ante V. S. I. parezco y digo: Que siendo V. S. I. mi superior, no puedo menos que quejarme de la cruel e injusta persecución de mis enemigos, pues no contentos con haberme cautivado la primera vez, todavía me buscan. Yo por tal de que no me persigan no me he querido reunir con las tropas americanas, ni aun andar con mi hermano, y por eso más bien ando huyendo, durmiendo en los montes, en las cuevas, en los campos, y quedándome muchas veces sin comer, o sin cenar, o sin desayunarme; y sin embargo de no juntarme con los que llaman insurgentes, me buscan y persiguen los europeos, considerándome como abandonado de mis prelados; y con este género de vida me inutilizo para el ministerio, y aun muchas veces no puedo rezar el oficio divino. Yo me había recogido unos días en las casas curales de *Teremendo* donde antes administraba, cansado de andar de aquí para allí, y con el fin de rezar el rosario con el pueblo; y sabido esto por los europeos, fueron a cogerme aunque no me hallaron; pero me robaron muchas cosillas de lo poco que en la primera vez me dejaron, y querían quemar el templo y las casas curales, y como no me hallaron, dejaron orden en el pueblo para que me prendan y me entreguen y que no me consientan en sus casas; lo que hacen por temor mis infelices feligreses, habiendo sido por mí hartados de sana doctrina y sacramentos, con tanta franqueza en todo el tiempo que allí estuve administrando, trastornándose así la caridad y la religión, por falta de administración. Y así suplico humildemente a V. S. I. que mire y hable por mí para que no me incomoden, *(1)* porque si no, me veré obligado a meterme de soldado para defenderme, y tener con que mantenerme.

(1) A buen santo se encomendaba el P. Salto, ya veremos como correspondió el Sr. Queipo, a esta humilde súplica.

Pero espero de la benignidad de V. S. I. que me amparará, me refrendará mis licencias de celebrar, confesar y predicar, y socorres espiritualmente a mi pueblo de *Teremendo,* que ahora se halla sin doctrina, sin orden, sin misa y sin confesión cerca de 5 meses. Por lo cual estando yo ausente, han muerto cerca de 20 sin confesión.

Esta es la gracia que pido para gloria de Dios y bien de mis

prójimos, y por no molestar a V. S. I. no le escribo otras cosas que yo quisiera.

Teremendo octubre 30 de 1811.

B. LL. PP. de V. S. I.- *José Guadalupe Salto*»

Tal es el memorial que tenía el Sr. Queipo en su poder cuando decretó la consignación lisa y llana del P. Salto a la *potestad de las tinieblas,* para que derramasen la sangre de este justo; mejor diré, para que la bebiesen, y se saciasen aquellas fieras devoradas de la rabiosa sed de la vida de un sacerdote respetable por su persona y virtudes; pero virtudes tan públicas, como que todo Michoacán sabía que por escrúpulos de conciencia estuvo mucho tiempo el P. Salto sin ordenarse de presbítero, hasta que se le mandó por el Sr. Obispo D. Fr. Antonio de San Miguel. Ese memorial que en todos tiempos será su aureola y su más justa vindicta, a par que un terrible acusador delante de Dios y del Sr. Queipo, muestra a un hombre sincero, justo, deseoso del bien espiritual de los hombres: un corazón bien intencionado, al mismo tiempo que perseguido y robado indignamente por las tropas españolas; pero cuando nada de eso hubiera ocurrido, ¿quien autorizó al Sr. Queipo para que por una simple insinuación de Trujillo, hubiese entregádole a este sacerdote, sin habérsele formado el menor proceso, ni justificado sombra de crimen? ¿Por qué sin audiencia ni aun de proceso verbal lo declarase irregular y excomulgado? ¿No es éste aquel mismo hombre, que en el año de 1799 formó como el mismo asegura la representación sobre la inmunidad personal del clero, en que hace tantos fieros, y muestra tanta repugnancia a la asociación de las dos jurisdicciones para juzgar a los eclesiásticos en las causas criminales y atroces?...

¡Que cambiamiento de ideas es éste! ¡Que trastorno de cerebro! *Si non condemnas eum, non es amicus Cesaris.* Este es un prevaricato muy escandaloso. El Sr. Queipo entregó esta víctima por ganar el aprecio de Trujillo y Venegas. *Salto* no era criminal, ni había motivo para perseguirlo como a una fiera cuando no hacía daño ninguno, metido en una cueva de donde lo hizo sacar el oficial *Juan Pesquera*, cuando lo prendió. Este es un cúmulo de iniquidades que apenas osaría cometerlas un hombre de sentido común educado entre leopardos, y que se hacen muy más reprobables en un prelado dotado de ingenio y sabiduría, y de

cuya bondad se había implorado una gracia, encaminada al bienestar de un desdichado que vagaba errante por los montes, y que aun en medio de aquel amparo quería ser beneficioso al pueblo de *Teremendo,* cuyos hijos morían abandonados sin confesión ni auxilios espirituales.

No se leerá con menor indignación para nuestros pósteros, la desgraciada historia y triste suerte que cupo al Presbítero *D. Manuel Sabino Crespo,* Cura de Riohondo en el Obispado de Oaxaca; y electo segundo Diputado por aquella provincia para el congreso de Chilpantzingo. Acordada la traslación de este cuerpo a Oaxaca por la pérdida de la batalla de Puruarán, marchó *Crespo* para aquella ciudad; más ocupada ésta por las tropas del gobierno español, consecuente a sus principios, no quiso Crespo someterse a su yugo, y se efugió al ejército del general Rayón. Fue éste sorprendido la mañana del 25 de septiembre de 1814 en Zacatlán, y hecho prisionero con Crespo, el célebre artista D. José Luís Alconedo: ambos fueron conducidos a Apam con el ejército vencedor: Calleja decretó su muerte por tener el placer de hacer morir a un vocal de una junta de tanta nombradía y que más le había dado que sentir. Animado de iguales principios el Obispo Bergoza, apoyó su decapitación, no obstante que había sido testigo en Oaxaca de las virtudes de dicho eclesiástico. Respetóles más el Comandante Aguila, y no quiso efectuar la ejecución militar decretada. Para que se llevase adelante, se confirió el mando de la división de Águila al Brigadier *D. José María Julón,* quien asimismo mostró un gran sentimiento: pero urgido por las órdenes del virrey, dispuso que se efectuase la sentencia, y que fuesen sus ejecutores los soldados del batallón de Guanajuato: sensibles éstos, como testigos de la ejemplar conducta de Crespo, hicieron una exposición al Comandante para que los librase de tan duro precepto: mandóse entonces que lo cumpliese el piquete de marina que existía en Apam, y había entrado en Zacatlán; sus soldados no rehusaron este encargo.

De hecho, Crespo fue ejecutado, y murió sellando su amor a la libertad con su sangre; sus lecciones fueron muy enérgicas, y sus últimas palabras muy eficaces; jamás cesó de repetir que la causa porque moría era *justa,* y la revolución *santa y necesaria.*

El día de su muerte fue para Apam un día de duelo. Lloróse sobre su cadáver: el suelo manchado con sangre tan preciosa, no se pisó por los malos sino con respeto; nadie se acercaba a la silla en que se sentó para sufrir el golpe, sino temblando, y como si el cielo fuese ya a descargar un

rayo de indignación para vengar la sangre de aquel ungido... Encendiéronse velas por muchos días y noches; dijéronse misas allí mismo: y el instrumento del suplicio, fue bañado con lágrimas de los hombres sensibles. En derredor de él se hicieron votos por la paz y descanso del que murió implorando la misericordia y el *desengaño* de los mismos que lo inmolaban...

¡Dios justo! yo venero tus arcanos, y mucho más bendigo aquella misericordia que usaste conmigo.... Yo debí morir con Crespo: yo le avisé en tiempo del peligro que lo amenazaba; más él confió en la bondad de la causa, y en la inocencia de su corazón, y no tomó como yo las medidas de seguridad oportunamente para ponerse en cobro. *(2)*

(2) Debí mi salvación a la buena diligencia de mi esposa que con sus propias manos ensilló mi caballo. A la salida de Zacatlán se zurró el estopín de una culebrina nuestra, pasando junto a ella, y esto la libró de perecer. A poco andar un dragón de Aguila avanzó sobre ella, y al agarrarla por el cuello del ridículo, su caballo dio una cejada y la libró de caer en sus manos. Al entrar en la barranca de Quautlapa, cerca de Orizaba, nos salieron a robar creyéndonos gachupines contrabandistas: le tiraron un balazo a quema ropa con una pistola, y le paso la bala bajo la arca del brazo. Tuvo tanta serenidad, que distinguió con la luz del fogonazo el color de la chaqueta del agresor: después éste se presentó a pedirnos perdón: mi mujer tomó la luz de una vela en un rancho, y me comprobó que el vestido era de indiana con motas azules como me había dicho, y yo no quería creer... Todo esto lo recuerda como si no hubiese pasado por ella.

Dentro de pocos días ocurrió un suceso que demostró al pueblo y guarnición de Apam la injusticia de esta muerte. Una partida de insurgentes se acercó a tirotear y provocar a los realistas; mandaron éstos otra que los ahuyentase: iba en esta un tal *Juan García,* que fue uno de los marinos que fusilaron a Crespo, el cual recibió un balazo, pero tan cerca que comenzó a arderle la ropa; temió que los americanos se le cargasen al machete: echó a huir, y se ocultó en el almiar de paja que estaba inmediato, cubriéndose con ella cuanto más pudo, para substraerse de la vista de sus enemigos: el ignoraba que ardía su ropa, tal vez sobrecogido del miedo, cuando he aquí que de repente se incendia aquella enorme masa combustible, y en ella es abrazado. También sucedió que pocos días después de muerto Crespo, pasaba un soldado montado en una mula de su silla que le quitaron en Zacatlán, por el mismo lugar de la ejecución, manchado aun con su sangre, recatábase la bestia, y no había modo de dar un paso adelante por más que la espoleaba el jinete; más de repente da un horrendo bramido, y cae muerta en el mismo lugar.

Usted estimará estas anécdotas como hechos verdaderos, o como *consejas;* pasó el tiempo de las grandes creederas en milagriños, pero aun estamos en el de conocer la verdad e injusticia con que se ejercitó este asesinato, en un eclesiástico de los más virtuosos y sabios de la provincia de Oaxaca: en un hombre que la edificó con su ejemplo y cuya memoria no se recuerda allí, sino al paso que se relatan sus ejemplares virtudes.... Dejad dijo Jesucristo, *que me aplaudan los niños, porque cuando ellos callaran, hablarían las piedras.* ¿A que corazón por corrompido e insensible no conmoverá la relación de los hechos referidos? ¿Quien no se consternará de que los pastores en vez de librar a sus ovejas hayan sido los primeros que las han puesto en las fauces de los lobos para que las despedacen?

¿Y por qué?... Por miras terrenas y de política. Pocos comandantes militares dejaron de teñir sus manos en sangre de sacerdotes... Dióseles potestad de obrar el mal, y rodearon la tierra como Satanás (según el autor del libro de Job) para plagarnos de desdichas; lo sensible es que en este catálogo tiene un distinguido lugar el famoso *Iturbide;* tanto por lo que hizo con su condiscípulo el *P. Luna* a sangre fría (como refiere el autor del bosquejo de sus atrocidades) como por lo que el mismo informa al Conde del Venadito en la gaceta núm. 682 de 12 de enero de 1815.

Dice en este parte que fusiló al *P. D. Francisco Saén* hecho prisionero en la acción de puerto Colorado, de la presa de *Curamaro.* Yo escribo estas líneas por los que preocupados lloran aun su ausencia, y creen que la América mexicana perdió con ella un protector magnánimo de las inmunidades eclesiásticas, y un segundo *Constantino*.

Juzguémoslo, no por conjeturas, sino por lo que el mismo escribió de sí, y digámosle: *De ore tuo judico te.*

Queda reservado a una pluma mejor cortada que la mía, analizar una multitud de asesinatos atroces, ejecutados en virtud del bando de Venegas, contra los eclesiásticos: yo creo haber cumplido con la que corresponde al que solo escribe *un cuadro,* seré censurado de muchos, porque en el día todo hombre que respeta al sacerdocio y sus ministros, pasa por un iluso mentecato. ¡Ah! ¡No me falte el último de ellos que bendiga mi último suspiro! y los beneméritos de esta clase privilegiada, reciban en estos periodos un claro testimonio del aprecio que me merecen.

Ataque de Tulancingo.

Juzgo deber hacer mención aquí del famoso ataque que los americanos del norte reunidos en Zacatlán, bajo la dirección de D. José Osorno, y de su segundo D. Vicente Beristain dieron al pueblo de Tulancingo, desde los días 24 al 27 de junio de 1812. Como estuve en Zacatlán pocos meses después de haber ocurrido este hecho, pude averiguar, que la reunión pasaba de 2,000 hombres, los cuales situados por diversos puntos del lugar, dieron diferentes combates bruscos en los que perdieron un cañón grueso, compañero de otro que vi, llamado el *Nopal,* y que sería del calibre de a 12; en los principios los ataques fueron recios y sostenidos; pero como los invasores hallaron una resistencia que no esperaban, y que supo oponerles el Comandante D. Francisco de las Piedras, fueron aflojando, en términos de que fue necesario tratar de hacer la retirada; ora porque Beristain se vio herido de una pierna; ora, porque temieron el auxilio que venía a la plaza del Real de Pachuca, al mando de D. Domingo Clavariano y D. Rafael Casasola.

En estos ataques se distinguió por los americanos el citado Beristain, y por la parte de los españoles Carlos María Llorente, quien desde esta época comenzó a figurar, y después fue Comandante de una división. Si hubieran tenido los de Osorno la constancia y disciplina indispensables para atacar, habrían ocupado la plaza, pues ya les escaseaban las municiones a los sitiados, y tenían además dentro de ella de los mismos jefes varios partidarios secretos, y aun oficiales, como D. Diego Manilla, el cual poco después se pasó a Montaño y no dejó muy buen nombre en el departamento como veremos en la serie de la historia.

Acción de Xerécuaro por D. Ramón Rayón.

Nadie ha dudado hasta ahora que el estado de guerra civil es una de las mayores plagas con que el cielo puede afligir a los pueblos: rómpense por él todos los más dulces lazos que unen a la sociedad; el padre sacrifica al hijo por una opinión, y el hermano inmola a su hermano tranquilamente, y lo tiene por el acto más heroico del civismo. ¿Quien de los que han leído la carta 19 de la primera época, podrá saber ahora sin

conmoverse que D. Mariano Ferrer, hermano del Lic. D. Antonio, decapitado en un patíbulo por los españoles, sería uno de los mayores amigos, y que en defensa de su tiranía, él por su parte derramase sin tasa la sangre de sus hermanos en el pueblo de Xerécuaro que se le tenía confiado?

Pues así se verificó, y de ello da testimonio la proclama inserta en la gaceta núm. 252 de 27 de junio de 1812, y la 251 del mismo año circulada por Ferrer.

La sorpresa que dio a un destacamento de Americanos en Maravatío en 2 de dicho mes: las ejecuciones militares que allí hizo, principalmente en los que iban a traer azufre del cerro Agustino cerca de Celaya, obligaron al General Rayón a que mandase a su hermano D. Ramón, que lo atacase. Hízolo así el día 2 de septiembre llevando 160 infantes y 60 caballos, con cuatro cañones, 2 de a 2, y otros tantos de a 4, y al efecto caminó de noche e hizo marchas forzadas por veredas desconocidas. En el punto del *Salitre* logró prender a Ferrer hiriéndole, y llegando al pueblo de Xerécuaro, atacó primero el cementerio muy tenazmente defendido y después la iglesia donde la guarnición se había hecho fuerte, allí hizo prisioneros 209 hombres y tomó 200 fusiles y 2 piezas de a 4.

Los rancheros de las inmediaciones pidieron la muerte de Ferrer, pues en 3 meses que había existido allí, había pasado por las armas a 130 infelices, y aun el día en que se le prendió tenía dispuesto fusilar a 6.

En el acto de arrestársele caminaba para el pueblo de Tarandacuau a sorprender a un diezmero llamado el *Tinajero*. Como en el acto de prender a Ferrer fue lastimado y estaba harto fatigado, una pobre negra le impartió los auxilios que permitía su triste situación; ¿Más quién era esta mujer preguntará V.? Era una infeliz a quien pocos días antes Ferrer había dado más de 100 azotes, tan solo porque había sido cocinera del insurgente Luna, Coronel de las tropas americanas.... ¡Que contraste! Muchos de esta naturaleza se presentan en nuestra historia en cuyo cuadro desconocemos a los hombres, notando que son de más ruines procedimientos aquellos que por su cuna y obligaciones debieran tenerlos mas regulares, sino heroicos.

Muerto Ferrer, en cuya faltriquera se encontró el bando de Venegas de 24 de junio de que hemos hablado, desapareció de aquella comarca un monstruo que caminaba al exterminio y desolación de los de su especie.

Entiendo que para Vd. y otros de su modo de pensar no habrá sido indiferente la relación de la carta séptima de esta segunda época, relativa a la suerte que corrió D. Leonardo Bravo. Dije a V. que salió de Cuautla en demanda de su esposa, y que tomó el rumbo de la hacienda de D. Gabriel Yermo, donde un tal *Tenorio,* indio chino, le sorprendió y mandó a Calleja, el cual lo trajo entre los prisioneros. Puesto en la cárcel de corte con sus compañeros se ocupó el Oidor Bataller de tomarle declaración e instruirle la causa para condenarlo a muerte. En las comparecencias judiciales procuraba mostrarle el mayor cariño, no porque se lo tuviese, sino para arrancarle secretos que le convenía saber. Bravo padecía una disentería cruel que no le daba punto de reposo, de modo que estaba en continua agitación; en uno de los vértigos que tuvo, Bataller hizo que le trajesen una tasa de caldo de su casa, y un poco de vino que él mismo le sirvió, no de otro modo que los judíos trajeron a un aldeano de Sirene para que ayudase a llevar la cruz a Nuestro Redentor, y pudiese caminar al calvario a sufrir la muerte, temiendo no se les muriese en el camino con el grande peso de ella.

Toda aquella tónica festiva y comedimiento de Bataller desapareció cuando preguntó a Bravo cuántas acciones había perdido, y respondió con dignidad... *Ninguna.* Los circunstantes conocieron el efecto que obró en Bataller esta respuesta, efecto que más es para concebido, revistiéndose V. de sus afectos, que para explicado por mi pluma.

Concluida la causa se trató de llevar a efecto la sentencia de muerte que recayó sobre ella: temióse al pueblo, y así es que el gobierno dispuso que Bravo y sus socios se trasladasen a la cárcel de la Acordada en el silencio de la noche. El batallón de América expedicionario y otros piquetes se formaron en toda la carrera y se municionaron como si fuesen a entrar en campaña. Encargose de extraerlo de la cárcel el llamado Conde de Colombini, Ayudante de Plaza, y seguramente ejecutó esta operación con la complacencia que desempeñaba los más odiosos encargos de los esbirros; Bravo marchó con la misma dignidad y entereza con que avanzaba en campaña sobre sus enemigos, y con la misma se condujo en los días de la capilla. Notóse en el público cierta agitación de sorpresa que llegó a entender el Virrey, y así es que víspera de la ejecución titubeó sobre si la llevaría o no al cabo, llamó a los Auditores de Guerra, Bataller y Foncerrada para consultarles, y se notó mejor disposición para la clemencia en el primero que en el segundo a pesar de ser americano, pues exhortó al Virrey a que se mostrase firme e

inexorable. De hecho, la sentencia se ejecutó la mañana del lunes 14 de septiembre de 1812.

Dijéronse en muchas iglesias de México misas por la buena muerte de este caudillo, y seguramente que en el acto mismo de expirar se estaba ofreciendo en la Merced, Sagrario y Enseñanza la sangre de la víctima más inocente que lavó las manchas de los hombres, y lavaría (como lo espero de su clemencia) las de nuestro héroe.

La piedad de los mexicanos se contrapuso a los temores de la tiranía, y todo esto se hizo públicamente en los altares de *ánima.* Asimismo murieron en ese día D. Luciano Pérez, y D. José Mateo Piedra. En la noche de este mismo infausto día salió de México la señora esposa de Bravo a quien hizo trasladar en coche para Tehuacán D. Francisco de Arce; que formaba sociedad con los llamados *Guadalupes,* hombres benéficos a quienes debió mucho la patria en aquellos angustiados días. Caminó por la vía de Apam con escolta de D. Eugenio María Montaño, Comandante de este rumbo: a no haberse tomado tan prontamente esta medida, el Virrey la hace arrestar como lo ejecutó con la esposa de Leyison.

Hasta aquí solo hemos hablado del modo cruel e incivil con que el gobierno de México hizo la guerra a los americanos desde el grito de Dolores, desoyendo toda reclamación justa de éstos, veamos ya como en un brevísimo espacio de tiempo se procuró hacer la guerra con la pluma suspendiendo por unos instantes la espada, no porque en el Virrey hubiese la menor docilidad para escuchar la voz de la razón, sino para adormecer en algún modo al General Morelos, engrosar sus fuerzas, y caer sobre él con toda la prepotencia y brío de que era capaz. Este que llamaremos, no con impropiedad un episodio del poema que escribimos en el año de 1811, es propio de la época que describimos, y pertenece a un año después. No creo que será esta una licencia tan criminal en un historiador como lo es en un poeta cuando a pretexto de ella mezcla en un mismo lugar y confunde lo áspero con lo suave...

Con la serpiente, el ave,
o con tigre feroz, manso cordero...

Según el lenguaje de Horacio a los Pisones.

Yo no creo que el Sr. Obispo Campillo solicitase por si mismo la mediación entre el Gobierno y los insurgentes: a mi juicio lo hizo excitado secretamente por el Virrey, a consecuencia de la batalla de Tixtla que acabó con las fuerzas del Sur, en agosto de 1811, y me confirma en este concepto, ver que después el mismo Venegas solicitó un acomodamiento con el general Rayón, para que cesando las hostilidades entrasen grandes convoyes de víveres en México, y cacao por la vía de Acapulco como después veremos. Pero sea de esto lo que se quiera, lo cierto es, que el Sr. Campillo planteó este parlamento valiéndose de dos curas, Palafox y Llave: el primero marchó a la Junta de Zitácuaro, y el segundo en demanda de Morelos que se hallaba entonces en Tlapa, pero a causa de unas calenturas que padeció, no llegó a verse con él.

Continuaré. A Dios.

México marzo 1 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA CATORCE.

Continuación de la carta anterior.

Apreciable amigo:

El Sr. Campillo seguramente jamás había dirigido ningún negocio de esta naturaleza, negocio en que era necesario reunir los conocimientos profundos de la política, con la sagacidad y el bello estilo; calidades que este Prelado no tenía, aunque muy versado en el manejo de las decretales, y gobierno económico de la Mitra de Puebla, durante los pontificados de los Sres. López Gonzalo, y Bien Pica. Faltábale además al Sr. Obispo Campillo el carácter de irrecusable, pues pasaba por el prelado más enemigo de los españoles, de cuyo concepto había muchos testimonios en los archivos públicos, y lo acababa de comprobar últimamente, el expediente ruidoso que había seguido contra el europeo D. Marcos Pérez de Vargas, Cura de Medellín, a quien mandó arrestar hallándose depositado en el colegio de S. Fernando de esta capital, y bajo la protección de la Real Audiencia, después de interpuesto el recurso de fuerza (yo testigo, como que fui su abogado). ¿Cómo pues quería el Sr. Campillo ser creído en semejante asunto, cambiando en su momento y como por arte mágico de opinión en la causa grande de la libertad de su patria que no podía serle indiferente, ni tampoco mostrársele contrario?

Agrégase a esto, que este prelado padeció los más groseros equívocos en el manifiesto que remitió a la Junta de Zitácuaro, y en la carta que dirigió a Morelos usó de una acrimonia y tono de reprehensión, cual apenas habría estado bien en la boca del Inquisidor. ¡Bello modo por cierto, de reducir a un General Victorioso al partido que emprendía! Estos fueron resabios del hábito de mandar a los clérigos con el despotismo que sabemos lo hacían los Obispos, echándoles por lo común el *tu por tu* como pudieran hacerlo con sus lacayos.

No quiero ser creído sobre mi palabra, ni pasar por un impostor: he aquí la carta del Sr. Campillo, inserta en el manifiesto que corre impreso en la oficina de Arizpe, año de 1812, pág. 37.

«Muy Sr. mío. Aunque mi Cura el Lic. D. José María de la Llave ha recibido la carta de V. de 20 de octubre, en que le concede libre pasaporte y salvo conducto para pasar a Chilapa, a entregarle el Manifiesto que ha extendido con el objeto de que V. desista de una empresa tan ruinosa a la religión y a la patria, he tenido por conveniente dirigirlo a V. inmediatamente por este personero, tanto porque dicho Cura continúa enfermo, como por no exponerlo a la suerte que han tenido otros curas.» *(1)*

(1) He aquí un exordio captatorio, un insulto, pues caminaba Llave bajo la buena fe que jamás violó Morelos a quien la prometió.

«Dice V. en su referida carta para asegurar a Llave su libertad, y la conservación de sus derechos, que bastaba el sacerdocio para que no se le perjudicara. Sacerdote es el Cura de Ayutla, y lo tiene V. ya hace 10 meses separado de su grey, y confinado no se en que pueblo, lleno de miseria.» *(2)*

(2) No saber donde existe un individuo, y saber que está lleno de miseria no es muy buena ilación.

«Sacerdote es el Cura de Temalaca, a quien violenta y sacrílegamente sorprendieron los soldados de V. en un pueblo de su tránsito para su curato a donde se restituía de mi orden, y lo tiene V. prisionero en Chilapa. Sacerdote es y muy venerable el Cura de Tlapa, y lo tiene V. preso con centinela de vista, sin permitirle las funciones de su sagrado ministerio.» *(3)*

(3) Y las juntas de seguridad realistas ¿no hicieron otro tanto con los que manifestaban amor a la independencia? ¿Y por qué lo que es lícito a mi enemigo para ofenderme no me será a mí igualmente para defenderme? Yo extraño que afectándose en este Manifiesto mucha instrucción en Gracio y Puffendorf, se desconozca por su autor la historia de estos principios.

«¿Es creíble que un sacerdote trate de ese modo a los ministros del santuario? Pues ello es, que no son voces de los mal instruidos, sino hechos constantes a mí, y a todo el mundo.» *(4)*

(4) ¿Y Felipe II como trató al Pontífice en sus días? ¿No lo tuvo preso en Roma, al mismo tiempo que hacía plegarias públicas por su libertad? ¿Y qué respondió a la consulta que en razón de esto hizo el Rey al Teólogo Melchor Cano? Mejor lo sabe el

autor del Manifiesto, y si no que lo lea en el expediente del obispo de Cuenca, donde lo hallará impreso. ¿Y acaso por esta conducta perdió algo Felipe en su concepto religioso? Cotéjese la causa de uno y otro procedimiento, y hallaremos la justicia más clara en el de Morelos que en el monarca español.

«V. no puede ignorar ni el privilegio de inmunidad de que gozan los clérigos, ni las gravísimas censuras fulminadas por la iglesia contra los que la violan, aprehendiéndolos, o aprisionándolos.» *(5)*

(5) Estos fueros no impiden el que se les pueda contener, cuando con sus procedimientos impiden la libertad de la nación a que pertenecen los clérigos. Antes de serlo son ciudadanos, y tienen obligaciones con la sociedad en que viven, y de cuyas ventajas disfrutan. El que no estuviese gustoso con la constitución del estado, que se vaya a otro que le guste, y no altere la paz del en que vive.

«A V. no se pueden ocultar los gravísimos daños espirituales que causa en mis amadas ovejas esta conducta ajena, no digo de un sacerdote y Cura como V., sino de cualquier cristiano. Los niños se están muriendo sin bautismo, y los adultos sin el sacramento de la penitencia, eucaristía, y extremaunción. Lloro como es justo estas desgracias irreparables de mis diocesanos; y en medio de la amargura que causa en mi espíritu la consideración de que tantas almas se están precipitando al abismo del infierno, no me consuela otra cosa, sino que no tengo la menor culpa de que se pierda en tantos cristianos el inestimable precio de la sangre redentora de Jesús nuestra vida.» *(6)*

(6) También lloraba estos males el General Morelos; procuró evitarlos; trató de nombrar un Vicario castrense de su ejército: consultó a los teólogos en el seminario de Oaxaca: los Sres. Crespo y Baños que opinaron por el nombramiento, fueron anatematizados. Morelos sabía que la iglesia se formaba de una congregación de fieles en el nombre de Jesucristo y por este principio trató de darles Párrocos contando con la voluntad presunta del Papa, hasta el reconocimiento de nuestra independencia. Su conducta fue cristiana.

¿Y V. puede dormir tranquilamente siendo la causa de unos daños que jamás podrá resarcir? Entre V. por un momento dentro de sí mismo, y reflexione, que siendo un ministro de paz por su sagrado ministerio, ha encendido por el Sur la guerra más desastrosa, que debiendo ser por su carácter el reconciliador de los hombres con Dios y consigo mismo, los ha puesto en discordia entre sí, y para con el supremo Señor, y debiendo ser el dispensador de los sacramentos para conducir a los cristianos al cielo, haciendo en la tierra fructuosa la redención de Jesucristo, V. la inutiliza con su ejemplo y exhortaciones contrarias al evangelio, y con su conducta que no es ciertamente de un sacerdote del nuevo testamento, V.

no conduce las almas al cielo, sino que a millares las envía al infierno. *(7)*

(7) No fue extraña sino arreglada a las leyes la conducta que observó Morelos tomando la espada en defensa de la libertad de la América. Consta en la Gaceta núm. 126 del 30 de octubre de 1810, que el Sr. Campillo reunió a su clero en el coro de Catedral de Puebla, en 20 de octubre del mismo año, donde le hizo una exhortación que terminó (dice la acta del hecho) exponiendo la ley 3. tit. 19 partida segunda, en que se comprenden las obligaciones de todas las clases del estado en caso de sedición y levantamiento. «En dicha ley vería su Illma. que ninguna persona estaba exenta de tomar las armas en tal conflicto, ni podía excusarse de dar orden y arreglo a las masas del pueblo levantadas, caso en que se vio Morelos en el Sur. ¿En qué faltó pues a las obligaciones que le impuso la ley? ¿Por qué se le echa en cara su cumplimiento?

No será extraño que al leer V. esta carta se burle de mí como se burla de la respetable disciplina de la iglesia,*(8)* obra de los concilios, de los Papas, y de los venerables Obispos, casando a mis feligreses, celebrando sin mi licencia en esta diócesis,*(9)* residiendo en ella contra mi voluntad y la de su prelado: dando curas a las parroquias, y cometiendo otros excesos, que a los católicos parecerán increíbles. Lo cierto es que V. los está cometiendo con escándalo de todos, sin exclusión ni aún de los ignorantes.

(8) Yo no me burlo; pero si me compadezco de ver tanta dureza para ganar un afecto, como ceguedad para conocer los principios luminosísimos de nuestra revolución.

(9) Los curas pueden hacerlo ubique terrarum*, y más por necesidad.*

¿En virtud de qué puede V. estar haciendo lo que hace? ¿Acaso por sacerdote? debe V. saber hasta donde llegan las facultades de éste, que en todo son escasas, y en V. por las muchísimas y gravísimas censuras, que incuestionablemente tiene sobre sí, son menores. ¿Acaso por General del Sur como se titula? ¡Que delirio! *(10)*

(10) Permítaseme decir con dolor que no se quien delire... General de Sur era Morelos por voluntad de la nación mexicana; no de otro modo que lo fueron los Macabeos por la de la hebrea oprimida: he aquí el título más legítimo por donde podría venirle: el Sr. Campillo tal vez no lo presenta igual para figurar. El pueblo es la fuente de donde emanan las legítimas autoridades. El Dr. Roscio en su triunfo de la libertad, ha deslindado muy bien el textito de per me reges regnant*, y otros que han servido de bases a la antigua teología feudal.*

Yo entiendo que con la misma facultad con que ha empuñado la espada para quitar la vida temporal de sus hermanos, ha querido también empuñar el báculo para herir espiritualmente a mis ovejas *(11)* con la diferencia, de que en aquello comete una injusticia enormísima, y un

horrendo sacrilegio, y en esto sobre la injusticia y el sacrilegio, hace un insulto a la religión.

(11) Yo considero que si un lobo fuera capaz de conducir a un redil de ovejas por buenas dehesas, no se diría que las devoraba, sino que las apacentaba, y que en esto hacía una obra loable; principalmente si su pastor las había abandonado. Yo creo que esto hizo el Sr. Morelos, y si no... Traslado a lo que pasó con el Cura de Chilapa.

¡Ah, Señor Morelos! V. rodeado de sus cañones y de sus soldados se burla de todo lo que es digno del mayor respeto. La justicia, las leyes, la humanidad, la patria y la religión, no merecen a V. las consideraciones debidas; pero Dios se está burlando de V. Llegará el día de su justicia, como se llegó a aquel otro desgraciado sacerdote de quien se constituyó V. General, como anunció en sus primeras proclamas, y entonces conocerá V. su impotencia, y la injusticia de los proyectos que se ha propuesto, y de los medios de que se vale para realizarlos.

Ya encerrado en una cárcel, próximo a subir a un afrentoso patíbulo como Hidalgo; ya rendido en una cama, pocos momentos antes de exhalar el último aliento, verá V. todo el horror de las acciones que está cometiendo, que ahora no conoce por la ceguedad que ha causado en su entendimiento la exaltación de sus pasiones. Entonces verá V. disiparse como humo esos proyectos, que ahora le recrean y encantan; y V. mismo se confundirá y avergonzará de haber podido hacer tantos sacrificios a la deidad fabulosa que está adorando. *(12)*

(12) Esta deidad fue la libertad de la América mexicana, no ha sido fabulosa, ni los sacrificios hechos en su obsequio inútiles: desearla no fue un crimen, por el contrario una virtud, que según dijo Cicerón *en el sueño de Scipion, remunerarían los dioses en el cielo donde tenían preparado un lugar de delicias perdurables para los que (como Morelos) hiciesen grandes acciones por ella. Por tal causa santificó Dios la guerra, y dio triunfos a los caudillos de los pueblos, comenzando por Moisés, y acabando por los macabeos en el antiguo testamento. Cumplir con estos deberes es obedecer a Dios que no nos mandó al mundo sin imponernos obligaciones que llenar como esta: esto no es anteponerme a los preceptos de Jesucristo, es obedecer sus leyes.*

Entonces conocerá V. que ni las venganzas por muy justas que parezcan, ni los más grandes intereses, ni las mayores felicidades deben anteponerse a los preceptos de Jesucristo. La exacta obediencia a este divino Legislador es la que únicamente nos da un felicidad verdadera e indefectible.

No quiero que fije V. por ahora su consideración en los infinitos y enormes males que está causando a su patria, y de que hablo con

extensión en el Manifiesto; ni tampoco en los defectos y vicios políticos y físicos de su proyecto: solo quiero que reduzca V. la luz de la razón a este punto de vista. *(13)*

(13) Son males inevitables, asó como lo es rasgar una vena a un Apoplético para dar a su sangre el verdadero curso entorpecido. Hacer la guerra sin derramar sangre, y causar estragos, es una quimera que no cabe en cerebro humano ¿Cómo he de vencer a mis enemigos (decía Morelos al Congreso de Apatzingán) sin matarlos? Enséñeseme este arte prodigioso que yo no alcanzo.

Permito a V. que logre todos sus intentos que establezca la independencia de la América; que acabe con los europeos, y haga de este reino el imperio más floreciente del mundo. Estas proezas, esta gloria ¿de que servirán a V. en la otra vida? *(14)*

(14) De lo que sirven las obras buenas para ganar el cielo. ¿Y será poco haber dado libertad a una nación esclavizada? ¿Negará Dios el cielo a quien tal haga, cuando ofrece darlo al que siquiera desee obrar una buena obra?

Allá no pasan razones políticas, ni de conveniencia temporal; no pasan venganzas, ni estas acciones que aunque a los miserables ojos de los mortales parecen gloriosas, a los purísimos de Dios, no son más que crímenes y abominaciones.

Comparecerá V. en el tribunal de Dios con las manos manchadas en la sangre de sus prójimos, y con una conciencia abrumada con el enorme peso de los delitos que se han cometido para llevar adelante la insurrección. Cuando yo me pongo a calcularlos se pierde mi imaginación, y no veo sino un océano de culpas y pecados, y a V. sumergido en él. ¿Quién podrá contar los robos, muertes, odios, venganzas, profanaciones, y todas las otras innumerables transgresiones que son consiguientes a un desorden como el que ha producido la insurrección? ¿Y qué, un Sacerdote, un Párroco, es decir un maestro de la ley, una luz puesta por Dios para alumbrar, sea el primer trasgresor, el que derrame las tinieblas, y el autor de tantos males? ¡Que dolor! ¡Que deshonra para el Sacerdocio! ¡Que oprobio para el ministerio! Desde que *Zuinglio* de cura se hizo hereje, no se ha visto un ejemplar, ni tan pernicioso para los fieles, ni tan sensible para la iglesia *(15)* como el que V. y su compañero Hidalgo han dado en el siglo 19: siglo desgraciado para la América y el que nuestra posteridad no podrá recordar sin lágrimas.

(15) ¿Qué dice Capmani cuando con la figura Eh¡thopeya describe el carácter del Cardenal Richelieu? No hay que ahogarse en el agua de Ixtacalco: levantemos la cabeza: tendamos la vista más allá de los mares.

Últimamente, Vd. es Sacerdote, y los libros y la experiencia, me han enseñado, que el Sacerdote extraviado no vuelve al camino de la salud, sino entrando dentro de sí mismo, y examinando en silencio y tranquilidad sus altas obligaciones. Hágalo Vd. así por las entrañas de nuestro adorable Redentor, y verá entonces el horror de su actual conducta: advertirá la repugnancia que hay entre su presente ocupación, y su alto ministerio. Este es de orar, de postrarse entre el vestíbulo y el altar, a llorar por los pecados del pueblo, y levantar unas manos puras e inocentes para implorar las bendiciones del cielo; aquella es exhortar a la rebelión, erigirse en cabeza de bandidos, empuñar una espada destructora, y causar a los pueblos unas calamidades horribles.

Lea Vd. con reflexión el Manifiesto, que todo lo que contiene son verdades, *(17)* y aunque amargas, son siempre saludables. *(18)*

(17) Dígase mejor, un tejido de errores y absurdos: en él se da por tierra a los cánones y primeras verdades de toda sociedad civil, y como argumento principal se intenta demostrar la injusticia de la revolución por los estragos que produce una guerra desoladora.

(18) A la vez es mejor callar que hablar, principalmente, cuando lo que se habla infructuosamente, hiere y ofende a la persona a quien se dirige.

No pierda Vd. la ocasión que se le presenta, que será la última. Algún día ocurrirá Vd. a mí, como otros de los que han seguido la mala causa ocurrieron a sus obispos, y nada pudieron hacer a su favor, como yo tampoco podré aliviar a Vd. cuando Dios le detenga sus pasos, lo que espero no tardará mucho.

Dios tenga piedad de Vd. y lo guarde convertido a su divina majestad los años que le pido.

Puebla noviembre 14 de 1811.

Manuel Ignacio Obispo de Puebla.-

Sr. D. José María Morelos.

Tal es la famosa carta que acabó de despechar al Sr. Morelos, y de confirmarlo en sus principios, pues en el Manifiesto que la acompaña nada se dijo de fundamento. Querer ganar los corazones con verdades que cuando lo fueran, perderían mucho por el modo acre con que se dicen, es lo mismo que querer atraer las moscas con vinagre, despreciando la miel.

Morelos le respondió con la franqueza de un hombre de bien. La rectitud de sus intenciones está de manifiesto en la respuesta siguiente:

Respuesta de Morelos.

«Excmo. e Illmo. Sr.

He leído el Manifiesto, y su compendio que V. E. I. se ha dignado dirigirme por un efecto de bondad, y lo he recibido con el aprecio que merece la obra de un prelado de dignidad. Su contenido se reduce a cortar la efusión de sangre, y a la penitencia de los que se regulan culpados.

En él dice V. E. I. que la independencia es todavía un problema político, y yo añadiría que los indispensables medios de la presente guerra para su consecución también se podrán defender. ¡Ojalá que V. E. I. tenga lugar de tomar la pluma para defenderla a favor de los americanos! Encontraría sin duda mayores motivos que el Anglo-americano y que el pueblo de Israel. *(19)*

(19) Los que rodearon al Sr. Obispo y lo tuvieron preso en su mismo palacio, de modo que con nadie de los que pudieran tratarle acerca de esto le dejaban hablar, no le permitieron ni aun pensar sobre la justicia de la revolución. ¡Pobres gobernantes cuando llegan a ser dominados de favoritos! Son unos esclavos de estos. Cuando el Sr. Campillo llegó a saber lo que pasaba por el mundo, fue cuando se hospedó el Obispo Bergoza en su palacio, y le dijo el estado de las cosas. Entonces le sobrecogió una disminución fuerte de ánimo que le aceleró por instantes la muerte, de cálculo en la orina.

Ilustrísimo Sr.: La justicia de nuestra causa es *per se nota*, y era necesario suponer a los americanos no solo sordos a las mudas, pero elocuentes voces de la naturaleza y de la religión, sino también sus almas sin potencias para que ni se acordaran, pensaran, ni amaran sus derechos. Por pública no necesita de prueba; pero acompaño algunos documentos que solo tengo a la mano.

A la verdad V. S. que V. E. I. nos ha hecho poco favor en sus Manifiestos, porque en ellos no ha hecho más que denigrar nuestra conducta, ocultar nuestros derechos, y elogiar a los europeos, lo cual es gran deshonor a la nación y a sus armas.

V. E. I. con los teólogos me enseña, que es lícito matar en tres

casos, y por lo que a mi me toca me será más fácil ocurrir por dispensa a Roma después de la guerra, que sobrevivir a la guillotina, y conservar la religión con más pureza entre mis paisanos, que entre los franceses e iguales extranjeros.

Cuanto indebidamente se predica de nosotros, tanto y mucho más se debe predicar de los europeos. No nos cansemos, la España se perdió, y las Américas se perderían sin remedio en manos de europeos, si no hubiéramos tomado las armas, porque han sido y son el objeto de la ambición y codicia de las naciones extranjeras. De los males el menor.

En cuanto a la causa particular de algunos curas o presbíteros mal entendidos, o mal intencionados, como que no prepondera a la común del reino, ha sido necesario dejarlos atrás seguros de las balas, y tratados conforme a su carácter: no se llevan en cuerda ni se degüellan como en México, porque somos más religiosos que los europeos.

Es falso lo que a V. E. I. han informado acerca de la administración de los santos sacramentos. Sólo se han administrado los que se pueden en casos de necesidad: hay matrimonios pendientes hasta alcanzar la dispensa de su obispo. El de Michoacán nuestro *acérrimo* se ha dignado conceder dispensas a los insurgentes de Atoyac.

Yo suplico y espero, que V. E. I. en uso de su pastoral ministerio, comunique tantas facultades apostólicas a algún Foráneo de confianza, cuantas diere de sí la gracia para remedio de estas almas, porque la nación no larga las armas hasta concluir la obra. *(20)*

(20) Así se verificó. Guerrero tiene la dicha de haber mantenido la lámpara sagrada del fuego patrio hasta 1821.

Es cuanto puedo decir a V. E. I. por ahora, lo demás se entenderá con la suprema junta nacional americana gubernativa.

Dios guarde a V. E. I. muchos años.

Cuartel General en Tlapa noviembre 24 de 1811.

José María Morelos.

Exmo. e Illmo. Sr. Obispo de Puebla D. Manuel Ignacio del Campillo.

Yo creo que todo hombre imparcial conocerá la modestia con que el

Sr. Morelos se condujo en esta respuesta, y también advertirá que el mayor agravio que el Sr. Campillo le pudo hacer fue compararlo con el heresiarca Zuinglo o Zuinglio, habiendo sido este tal y tan perverso como nos lo describe el abate *Ducréux* en la historia eclesiástica, tom. 5, pag. 386, art. 8. ¿Pero que no hemos oído y con cuantas notas no se nos ha apodado por escrito y de palabra en los púlpitos y confesionarios, tan solo porque procuramos dar libertad a esta nación? ¿Que no vomitan aún, los que se llaman buenos *patriotas* contra los que traen en sus cuerpos y caras las marcas más claras, y cicatrices honrosas, recibidas por salvar la nación, únicamente porque no coincidimos con ideas monstruosas y alarmantes, trastornadoras del orden público, y de esta libertad que tan grandes sacrificios nos ha costado? ¿Con que sarcasmos no nos ha burlado, ese que se dice *Pensador*, en la carta en que forma la befa más completa del diario de México, papel publicado en estos días? Más producciones de tal naturaleza, ni dan honor, ni quitan honor, apláudelas la chusma; más las desprecian los sensatos.

Más comedimiento y circunspección se nota en la carta que el Sr. Campillo dirigió al General Rayón, Presidente de la Junta Suprema de Zitácuaro, concebida en estos términos:

«Puebla de los Ángeles, septiembre 15 de 1811.-

Muy Sr. Mío.- Mi continua y profunda meditación sobre los males que afligen a este reino, que con pasos precipitados camina a su última ruina, y mis ardientes deseos de hacer todo lo que penda de mí para que no continúen; me han decidido a formar un Manifiesto que pondrá en manos de V. el Dr. D. Antonio Palafox, Cura de esta diócesis, sujeto de toda mi confianza por sus letras y virtud. El va a ser para con V. el órgano de los sentimientos de mi corazón, y a comunicarle a mi nombre noticias que pueden importarle *(21)* para que conozca lo que más le conviene a su propia conservación, al bien de sus paisanos y a la felicidad del reino.

(21) Paréceme que estoy viendo a los españoles cuando intentaron tenazmente penetrar hasta México. Cortés no cesaba de repetirle a Moctheuzoma que deseaba verle para comunicarle noticias que le importaban mucho saber de D. Carlos de Austria, Emperador de donde nace el Sol, cuando el mensaje no era sino para esclavizarlo, y ocupar su trono. Siempre son iguales los vestidos de la mentira.

Yo espero que V. se sirva dirigir a dicho mi comisionado el correspondiente pasaporte, y salvo conducto, así para que no se le ponga

embarazo, como para que se respete su persona conforme al derecho de gentes. El es un eclesiástico virtuoso, cuya misión es de paz y amistad, que va a nombre de un Obispo aunque indigno, que penetrado de la aflicción que le causan los males de su amada patria, quiere tomar este medio de conciliación con el designio de ahorrar la efusión de sangre que va a ser muy abundante, si V. tiene la desgracia de continuar más en este sistema.

Protesto a V. con toda la sinceridad que debo a mi dignidad y carácter, que en este paso no llevo otro interés, que el servicio de Dios, bien de las almas y utilidad de mi patria.

Dios guarde a V. los años que desea su atento servidor y capellán.

Manuel Ignacio, Obispo de Puebla.

Sr. D. Ignacio Rayón.

Continuaré. A Dios.

México, marzo 8 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA QUINCE.

Continuación de la carta anterior.

Amigo querido:

Este General (D. Ignacio Rayón) respondió en los términos siguientes.

Excmo. E Illmo. Sr.: Lleno de confianza, y de las mas lisonjeras esperanzas por la carta de V. E. I. fecha 15 del próximo pasado Septiembre, aguardaba ansioso las conferencias con el Dr. D. Antonio Palafox, y las luces que me prometía en los papeles que me anunciaba. Aquellas me han sido tanto mas gratas, cuanto que he advertido en su persona un hombre de maduro juicio, providad, prudencia y literatura, cual se requiere para imponerme en el objeto de su misión; estos por el contrario me inclinan a opinar, que V. E. I. disimula sus conceptos o como muchos conducidos de su buena fe, dan entero ascenso a cuanto se refiere, sujetando toda crítica que ofenda el orgullosos concepto de un gobierno embustero, déspota y tirano.

El manifiesto toca puntos que desempeña el autor; pero puntos que laboran sobre los mas falsos supuestos, V. E. I.. ignora la realidad y estado de la nación: discurre muy diverso de lo que pasará ligeramente instruido por el mismo comisionado.

"Estamos precisamente en tiempo, Sr. Excmo., que no se remedia el trastorno y fermento de la nación, si no es adoptado el sistema de gobierno que se pretende establecer. Este se reduce en lo esencial a que el europeo separándose del gobierno que ha poseído por tanto años, lo resigne en manos de un congreso ó junta nacional, que deberá componerse de representantes de las provincias, permaneciendo aquel en el seno de su familia, posesión de sus bienes, y en clase de ciudadano."

"Que este congreso, independiente de la España, cuide de la defensa del reino, conservación de nuestra religión santa, en todo su ser: observancia de las leyes justas: establecimiento de las convenientes, y tutela de los derechos correspondientes a nuestro reconocido Monarca el Sr. D. Fernando VII. La solicitud es la más justa a todas luces, la más conveniente en las presentes circunstancias, y la más útil a todo habitante de América, sin distinción de criollo y europeo. Florecerá la industria, comercio y demás ramos que felicitan la sociedad del hombre."

"La estrechez del tiempo y angustiado de las circunstancias no me permiten exponer lo conducente; y si, solo decir a V. E. I., que no hay medio entre admitir esta clase de gobierno, o sufrir los estragos de la mas sangrienta guerra. La nación ha conocido sus derechos vulnerados, está comprometida, y no puede desentenderse de ellos, y mucho menos de los clamores de la religión y humanidad.

V. E. I. interesado en la pacificación del reino, debe estarlo principalmente en evitar la efusión de sangre, que ya amenaza a su provincia, y en el concepto asentado de ser justificada nuestra solicitud, no hay mas que proponerla al gobierno de México: si lo resiste como otras ocasiones lo ha hecho, abandonarlo y declararse por la causa; persuadido en que la Junta nacional de que tengo el honor de ser miembro, garantizará la *indemnización de propiedades y personas* de esa demarcación, y la pondrá a cubierto de los insultos del enemigo con la principal fuerza de sus armas.

Últimamente, el Dr. Representante informará a V. E. si ha sido tratado con la hospitalidad, agasajo y atención que permite el país; así como de lo relativo al asunto de su encargo, de que lleva las necesarias instrucciones.

Dios guarde a V. E. I. muchos años. Zitácuaro octubre 10 de 1811.

Excmo. e Illmo. Sr. B. L. M. V. E. I. *Ignacio López Rayón*.-

Excmo. e Illmo. Sr. D. Manuel Ignacio del Campillo.

No creo podría responderse con mas belleza, dignidad y precisión cual convenía al presidente de la Soberana Junta de Zitácuaro, que lo hizo el general Rayón; veamos ya las glosas e interpretaciones que dio la malignidad y superchería a esta loable conducta, pues debe entrar en la historia de este acontecimiento.

El Cura extendió un informe de todo lo ocurrido en su comisión, que se supone ser el que corre de fojas 109 a 120: digo se supone, porque lo tengo por adulterado. En él manifiesta que llegó a conocer el general Rayón la injusticia de la causa: que se mostró arrepentido; pero como los insurgentes por ignorancia o malicia insertasen en sus periódicos una carta escrita a Rayón por Palafox de su regreso a México, en que este se muestra adicto a la revolución y conforme con los principios de ella, Palafox apenas la leyó, cuando se creyó comprometido con el gobierno de México y con su obispo: me dicen que a la sazón en que supo de esta ocurrencia, estaba tomando un vomitorio por cierta indisposición de estómago que tenía;; pero que se le aumentó tanto con esta novedad, que muy en breve murió. ¡Tal fue el compromiso en que se vio este benemérito párroco!.

He visto el manifiesto que remitió al Sr. Campillo el general D. Miguel Bravo, contestándole al papel de 26 de octubre. Su Illma. Dice que Bravo lo circuló por el sur y las Mixtecas, pero que no llegó a leerlo; lo extraño ciertamente, salvo que los aduladores se lo ocultasen. Noté en el bastante juicio, (el que caracterizaba a aquel jefe, y parece que es el patrimonio de esta honrada familia,) y creo que su Illma. No lo habría rebatido con solidez si lo hubiera intentado, aunque reuniera a todo su Capitulo, pues la verdad no admite fundadas impugnaciones.

Expedición de Labaqui, su derrota y muerte.

Cuando en el año de 1808, se levantaron en la plaza de Veracruz los batallones de *Patriotas voluntarios*, se echó mano de todos los españoles que había en las casas de comercio, y se cuidó de confiar a estos el mando de las compañías. Hallábase entonces en la plaza D. Juan Labaqui, el cual había servido en el ejército español en la guerra de Francia del año de 1793, y tenía regulares conocimientos de milicia: esto bastó para que en Veracruz se le confiase una compañía de Tiradores. Excitado del deseo de hacer fortuna en la guerra, propuso hacer un paseo militar por las villas, reconocer el estado de la revolución, y conducir un correo, y a su regreso un convoy de harinas: al efecto se le confió el mando de una buena división de 300 campechanos del batallón de castilla, tres cañones, y 60

caballos. En su tránsito para las villas tuvo algunos pequeños reencuentros de que salió victorioso, y esto le engendró no poco orgullo.

Llevaba pocos días de estar en Tehuacán el General Morelos, cuando supo de esta expedición. El intendente de su ejército D. Antonio Sesma, le manifestó lo indecoroso que sería al honor militar de la nación que así se burlasen los enemigos paseándose impunemente por las inmediaciones del cuartel general: Morelos le oyó con calma esta reconvención, hizo entrar al que traía la noticia de la llegada de Labaqui al palmar, y hallándolo hombre de buena razón, le dio una pluma y un pliego de papel para que le trazase un diseño ó croquis del modo con que estaba situado Labaqui en las casas del pueblo. El enviado cumplió con lo que se le mandaba, y penetrando Morelos el modo de atacarlo, trazó su plan y confió su ejecución a D. Nicolás Bravo, militar a quien todavía no se le había señalado división. Morelos mandó que el guerrillero Arroyo observase por la cabaña de Ixtapa los movimientos de Labaqui. Diéronse por tanto a Bravo y a D. Pablo Galeana 200 infantes, a que se agregaron las partidas de D. Ramón sesma, y del Capitán Bendito, y cien caballos, a que deberían reunirse los de arroyo. Salió esta expedición con secreto a las nueve de la noche, y caminó sin intermisión toda ella, llegaron los americanos a S. Agustín del palmar a las once del día siguiente, hallando fortificado a Labaqui en tres casas: quiso entonces hacerlo en el cerrito del Calvario del pueblo, pero ya no se lo permitieron los americanos. Se dice que procuró conocer al jefe que comandaba aquella tropa, y como le enseñasen a Bravo que era un joven, dio una risotada de desprecio. Bloqueadas las casas, comenzó a poco la acción que duró todo el día: a las tres de la tarde fue desalojado de dos casas, y se redujo a una.

Continuó la acción en el siguiente día, más en la tarde se encontraron los de Morelos sin parque: temieron entonces que Labaqui hiciese una salida, o que se le aproximase el socorro que esperaba de Puebla por Acazingo, y entonces resolvieron atacar al sable cuerpo a cuerpo. Entraron pues por la puerta de la casa, a pesar del vivísimo fuego que hacía en ella un cañón violento, siendo el primero el Capitán Palma, (negro) el cual viendo venir sobre sí al capitán Labaqui calándole bayoneta, de un machetazo le trozó la cabeza en dos partes, y lo mismo hizo con el segundo de este jefe. Entonces los oficiales de la división enemiga, pusieron en la punta de una bayoneta un lienzo blanco en señal de parlamento: cesó el fuego, amarraron a los prisioneros, entre los que se encontraron 48 cadáveres, algunos heridos, ningún parque porque dos

cajones que les quedaban los arrojaron a un pozo, tres cañones violentos, 300 fusiles, 60 caballos, y una gran valija de correspondencia de España para el Virrey y particulares; el demás despojo y dinero se dio a la tropa. La espada de Labaqui se destinó para Morelos, que la apreció en mucho por ser de un valiente. Durante la acción, la caballería enemiga hizo sus tentativas para atacar a la americana; pero fueron inútiles, y de ella solo escaparon el Capellán y asistente de Labaqui, por la ligereza de sus caballos. Bravo tuvo de pérdida 3 hombres muertos, y 21 heridos: Galeana y Arroyo 11. Castro Terreño manó auxilio de Puebla, que llegó como siempre llega el de España… tarde, pues se presentó la noche del día en que se habían retirado los americanos: también estos encontraron en S. Pedro Chapulco el que les mandaba el General Morelos de 200 infantes, y dos cañones con víveres y parque.

Al siguiente día entraron en Tehuacán Bravo y Galeana: Morelos aplaudió mucho la conducta de ambos jóvenes, y los excitó a mayores empresas; pero no quiso salir a ver la entrada de los prisioneros, ni a gozarse con un triunfo adquirido sobre esclavos: se reservó para la noche reconocer las piezas y fusiles tomados, y ejecutó esta operación con un ayudante que le llevó una linterna. De los prisioneros fueron fusilados 19, los demás tomaron partido en la revolución, quedando los campechanos puestos en el concepto de valientes, y muy apreciados del general Morelos.

Cuando Bravo tuvo esta victoria sabia la próxima condenación a muerte de su buen padre; pudo haberse mostrado cruel con los vencidos, mas fue al contrario; sintió las ejecuciones practicadas en Tehuacán, y en lo sucesivo fue el mejor amigo que tuvieron los españoles desgraciados; así es que había muchos de ellos en la división que después formó en s. Juan Coscomatepeque, que lo amaron como padre.

¡Sí joven heroico y muy amable, así obraste con tus enemigos!... Tu alma fundida en el molde de las de los Titos y Antoninos, gozó del dulce placer de perdonar los agravios. Yo te saludo como al ornamento más precioso de la nación, como al sostén más robusto de sus libertades: como al enemigo más inexorable de la tiranía, y te suplico tomes el timón de la nave del estado y la conduzcas con tu firmeza, prudencia y moderación al puerto suspirado de su verdadera libertad, ¡Ah! Poco necesita la elocuencia para tejer tu elogio: fórmalo y muy cumplido la sencilla relación

de tus hechos!. En la campaña, en las prisiones más duras, y en el gobierno, siempre te has mostrado digno de nuestros votos.

No he podido averiguar a punto fijo el día de la derrota de Labaqui; pero presumo que fue el 18 y 19 al 20 de agosto de 1812; pues las gacetas no hablan ni una palabra de este suceso, así como omiten todos los que fueron gloriosos a la nación mexicana; omisión maliciosa que he notado aun en la correspondencia de los Virreyes, que existe en la antigua secretaría del Virreinato, de donde Roca y Antonio Morán, extrajeron muchos papeles, principalmente este último, que aun en el gobierno de Iturbide, tuvo la osadía de quemar montañas de ellos en el patio de su casa de la calle de Monte-alegre; así como el llamado emperador tuvo la indolencia de permitirle tamaña demasía.

El Conde de castro Terreño dirigió al Virrey Venegas un oficio del tenor siguiente, oficio que recibió del comandante García de Acantzinco.

Excmo. Sr.- "Como a las cinco de esta mañana, un paisano de mi satisfacción que mandé que se cerciorase de lo acaecido en S. Agustín del Palmar, me ha manifestado ser verdad la derrota del Comandante de aquellas armas, con pérdida de mucha gente, y haberse llevado para Tehuacán trescientos hombres en cuerda con los seis cañones que estos traían.

El Comandante de los insurgentes es Arroyo, el mismo que levemente salió herido en la cabeza.

"He sabido de positivo que viene otra división de caballería sin individuo alguno de a pie, mandada por tres cabecillas, a interceptar todas estas poblaciones, y ponerlas a disposición de Morelos; todo esto pongo en noticia de V. E. para que determine lo que hallase por conveniente, y responderme con la prontitud posible, que exige el estrecho en que estoy, por estar tan débil la división de mi mando.

Dios &c. Acatzinco 21 de agosto de 1812.-

Excmo. Sr. *Manuel García*.-

Excmo. Sr. Gobernador de la Puebla..

Muerte del Coronel Trujano en el Rancho de la Virgen.

El General Morelos supo que el enemigo iba a recoger todos los ganados de las haciendas inmediatas a Tehuacán, y por su parte procuró hacer otro tanto. Al efecto el Coronel Trojano recibió esta comisión, el cual para desempeñarla cumplidamente quiso llevar su tropa; pero se opuso a ello el Lic. Rosainz, Secretario de Morelos, diciendo que llevase de otros cuerpos para que se enseñasen a obedecer; por tanto se le dio tropa del regimiento de Santiago de Galicia, del mando del P. Coronel Sánchez, que no tenía el mejor concepto de valiente, y menos de 30 hombres de la escolta del mismo Trujano. Previó este la desgracia que le iba a ocurrir, y aunque hombre esforzado como lo tenía acreditado en Huaxuapam, lloró con sus amigos, pues conoció que aquella tropa lo iba a abandonar en el mayor peligro; pero como buen soldado, y esencialmente obediente, salió de Tehuacán con poco mas de 150 hombres, y llegó hasta las inmediaciones de Puebla; supo que iba a salir una expedición sobre el, y se situó en el Rancho llamado de la Virgen, ubicado en una gran llanura a dos y media leguas de Tepeaca, camino de Tlacotepeque para Tehuacán. Residía en dicha ciudad de Tepeaca, llamaba el Virrey Venegas vanguardia del ejército de Puebla, confiada al mando de D. Saturnino Samaniego, que a fuerza de chismes y de reponer contra el Conde de Castro Terreño había logrado el favor del Virrey, removiendo a dicho jefe de Puebla, y colocando en su lugar a D. Ciriaco Llano.

El 4 de octubre del (1812) salió salio Samaniego con cuadriplicada fuerza que la que tenía Trujano, y a las cinco de la mañana del siguiente día comenzó el ataque que duró todo el hasta el martes en la tarde: en todo este espacio de tiempo que resistió y defendió con el mayor denuedo. Prendieron fuego los enemigos a la casa, en cuya tienda había muchos combustibles, y comenzó a arder voracísimamente: circunstancia que le obligó a salir entre dos fuegos, sin que le acompañase su tropa, que quedó dentro de la casa. En la salida le mataron catorce hombres que le acompañaron. Estaba ya fuera del peligro cuando le dijeron que en el incendio perecía su hijo, el amor de padre le hizo retroceder a salvarlo: efectivamente salían ya ambos juntos cuando le lastimaron el caballo, y se echó pié a tierra, defendiéndose mucho, pero al fin quedó muerto a balazos; a su lado murió el Capitán Gil, que era íntimo amigo suyo, y otro oficial, cayó cadáver se enterró en Tlacotepeque. A pesar de esto el

enemigo echó a huir, tal vez porque sabía que estaba en camino el socorro para Trujano, que constaba de mil hombres de Galeana. El parte de Samaniego, inserto en la gaceta número 301 del martes 13 de octubre, es un tejido de mentiras: ofreció dar el detalle de la acción, y jamás lo hizo: dice que salió herido, lo que me parece falso, lo que si es cierto es, que tuvo mucha pérdida, pues Trujano supo defenderse con calma, y estaba atrincherado. Llano confiesa que tuvo 28 soldados heridos, y dos oficiales, V. conocerá lo que importante esta expresión en la pluma de aquellos hombres reñidos con la verdad. Los cadáveres de Trujano y Gil se llevaron a Tehuacán donde Morelos hizo que se sepultasen con toda la pompa militar posible, y además mandó que los ganados recogidos se devolviesen a sus dueños, pues su objeto fue que no los poseyera el enemigo.

En las bolsas del cadáver de Trujano se encontraron varias órdenes del Sr. Morelos, que a pesar de estar teñidas de sangre se remitieron al Virrey Venegas, y corren originales en la correspondencia de D. Ciriaco del Llano, gobernador de Puebla, rotulada mes de octubre. En ellas se le una que dice así: "Las continuas quejas que he tenido de los soldados de este rumbo no me permiten ya dilatar mas tiempo el castigo para contener sus desbarros que tanto entorpecen nuestra conquista. En esta atención procederá Vd. contra el que se deslizara en perjudicar al prójimo, especialmente en materia de robo ó saqueo, y sea quien fuere, aunque resulte ser mi padre, lo mandará Vd. encapillar y disponer con los sacramentos, despachándolo arcabuceado dentro de 3 horas, si el robo pasare de un peso, me lo remitirá para despacharlo a presidio; y si resultaren ser muchos los contraventores, los diezmara V. remitiéndome los novenos en cuerda para el mismo fin de presidio.

Hará Vd. saber este superior decreto a todos los capitanes de las compañías de esa división que actualmente manda, para que celen, y no sean ellos los primeros que incurran en el delito, y también se les publicará por bando a todos los soldados que componente esa división, sean del regimiento que fueren; y de haberlo así cumplido, me dará el correspondiente aviso.

Dios guarde a V. muchos años.

Palacio nacional en Tehuacán septiembre 30 de 1812.

José maría Morelos.- Sr. Coronel D. Valerio Trujano.

Elogio de Trujano.

La muerte de Trujano privó al ejército de Morelos de uno de los mejores oficiales que pudieran merecer su confianza, y que contribuyó principalmente a su gloria. La antigua Roma jamás recordaba la memoria de Scipion, sin que correlativamente recordase la de las grandes acciones de este general en la África, ni entre nosotros se hablará alguna vez de Trujano, sin que nos acordemos en el acto de sus triunfos en la Mixteca, y de sus laureles cortados en Huajuapam.. Llamárase por excelencia el Héroe de esta villa, y sus moradores fueren sensibles, justos, agradecidos, erigirán en la plaza mayor una columna donde se lean estas palabras.

A LA GLORIA
DE
VALERIO TRUJANO

QUE EN DEFENSA DE ESTA VILLA, SOSTUVO QUINCE
ACCIONES GENERALES DE CIENTO Y ONCE DIAS.
HUAXUAPAM LIBRE Y AGRADECIDA,
ERIGIO ESTE MONUMENTO.
AÑO DE 1824.

Este hombre nacido General, era de un cuerpo pequeño, y de un espíritu fogoso; pero al mismo tiempo reflexivo y prudente: valeroso hasta el último grado: conminador exacto y astuto: poseía el sigilo, y era impenetrable aun a los que le rodeaban muy de cerca; esencialmente sumiso a sus jefes; dulce y compasivo: ganaba el corazón del soldado sin dar lugar a que le faltase en la obediencia: amó a su patria con el mas exaltado entusiasmo. Me dicen que dejó una niña en Tierra Caliente, y yo suplico al gobierno paternal que nos rige, cuide de saber de su existencia, y remunérese en ella las virtudes de su heroico Padre.

Jamás perdonaré al General Morelos el que mandase a esta correría a un hombre que debiera haber tenido a su derecha mano, reservándolo para empresas más grandiosas. La pérdida de un buen jefe nunca se

reemplaza; bien conoció después su falta en la batalla de Osumba, dad el día 19 del mismo mes de octubre y de que voy a hablar porque así lo exige el orden cronológico de los sucesos.

Acción de Osumba.

Dije a V. en la carta 25 de la primera época, que de las barras de plata que tomó el Coronel D. Miguel Serrano en el Real de Pachuca, se destinaron algunas para el ejército del general Morelos quien mandó por ellas para acuñarlas en Oaxaca, cuya expedición proyectaba; pero temiendo que se las interceptasen en el camino los enemigos, o las partidas de bandoleros que ya abundaban, se propuso salir a recibirlas, y hacer un paseo militar; esto fue a la sazón que salía de Puebla para Veracruz un convoy en el que se trasladaba a España el Brigadier Porlier. Efectivamente, al llegar el 18 de octubre a la hacienda de Osumba, supo que el enemigo estaba inmediato, es decir en Nopalucam Morelos mandó que Galeana ocupase el punto de Ojo de agua; mas al llegar a efectuarlo se le dio orden de retroceder, porque se dijo que el Coronel Español Águila, había hecho alto enfrente de Osumba. Entonces este jefe se aprovechó de esta posición ventajosa. Morelos previno a D. Ermenegildo Galeana que tomase a Águila la retaguardia con una partida de caballería, y se dio la vanguardia a D. Pablo y D. José Antonio Galeana, el flanco derecho al Coronel Tapia, y el izquierdo al Coronel Sánchez, Morelos quedó en la reserva con su escolta. Avistados ambos ejércitos luego que comenzó el fuego de cañón y de fusilería, que rompió la compañía de jóvenes emulantes, murió en la primera descarga el P. Tapia, y por esta causa la caballería de la derecha se puso en fuga. Observada esta por el enemigo cargó sobre ella reciamente, pero fue rechazado dos veces: lo mismo hizo el flanco izquierdo. En esta situación Morelos avanzó con su reserva de caballería a sostener la infantería que se hallaba situado en medio de dos zanjas en el camino real, a causa de que aquel terreno es demasiado poroso, lleno de agujeros de tuzas, y solo podía pelearse en el camino sólido. Aquí y por esta circunstancia, los americanos tuvieron que abandonar dos cañones, aun más que por el avance que sobre ellos dio una guerrilla enemiga.

Continuaré. A Dios.- México marzo 15 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA DIEZ Y SEIS.

Continuación de la carta anterior.

Apreciable amigo:

Retirado el General Morelos a distancia como de dos cuadras, se hizo firme en un almiar de paja con la infantería, y éste sirvió de punto de reunión para los dispersos; entonces Águila se replegó a su campo, y al siguiente día emprendió su marca. Durante el ataque puso en salvo su convoy, situándolo en un mal país, y guarneciéndolo con un corto batallón. A la hora misma en que se daba esta batalla, pasaba no muy lejos del campo de ella el convoy de Morelos, tal vez la confusión de esta pelotera le fue muy favorable a su libre tránsito.

Morelos durmió en la noche de este día en Osumba, y al siguiente fueron degradados de su orden dos oficiales de su ejército. Al entrar en S. Salvador el Seco, recibió dos cañones de refuerzo de Tehuacán, y parque. El ejército americano tuvo de pérdida 13 hombres entre muertos y heridos; mayor fue la de Águila. En la acción se distinguió por nuestra parte un joven llamado *José María Pineda*, del regimiento de Guadalupe de Galeana, el cual mató por su mano 6 dragones enemigos, quedó muy mal herido, y murió al día siguiente. En dicho pueblo de S. Salvador se presentaron a los americanos 4 soldados del regimiento de Zamora, que salieron excelentes en valor y fidelidad. El cadáver del P. Tapia fue sepultado militarmente en Osumba. En este eclesiástico tuvo Morelos un soldado, un jefe digno de memoria por su amor a la libertad en cuyo obsequio murió.

Si Morelos no hubiera cambiado de planes cuando ya no era tiempo sino de ejecutar, es decir, si hubiera atacado con sus 4 columnas según pensó en un principio, envuelve a Águila, y le toma el convoy; así lo confiesan sus mismos oficiales. En esta vez mostró el General Morelos,

no solo su pericia militar innegable, sino el ascendente que tenía sobre sus soldados, pues los hizo volver a la carga, reuniéndose con un trozo de infantería, cuando ya habían sido rechazados con pérdida de 14 hombres. El objeto que Venegas se propuso principalmente cuando mandó este convoy, fue que Águila regresase de Perote con cañones de batir para formalizar el sitio que pensaba poner a Morelos en Tehuacán, y que bajasen de Jalapa los batallones de Zamora y Castilla. El ejército de Morelos se había puesto en estado de necesitar oficiales facultativos, pues era ya verdadero ejército y no partidas de guerrilleros propias para dar combates bruscos, y a pequeños cuerpos. ¡Que difícil es organizar un ejército!

Jura de la constitución española en México, y nuevo aspecto que dio a la revolución.

Martes 29 de septiembre (1812).

A pesar de una fuerte lluvia se procedió en esta capital a la publicación y juramento de la constitución de Cádiz. Hízose un paseo militar; las tropas se formaron en la plaza, y aunque los cuerpos de la guarnición hicieron sus salvas de fuego graneado, el gobierno siempre suspicaz y cobarde, no permitió que lo hiciese el batallón de América expedicionario, sino que cargó con bala, y se mantuvo formado por lo que pudiera ocurrir. A la mañana siguiente se hizo el juramento en la iglesia Catedral, e *inter misarum solemnia,* se dijo una plática al pueblo por el canónigo Beristain.

Comenzaron los juramentos de todas las corporaciones y comunidades religiosas de ambos sexos, se comían, cenaban y merendaban elogios a la constitución.... Quien la llamaba código sagrado, carta magna mejor que la bula de oro de Alemania; áncora de salvación... obra inmortal de siglos, etc.

Sin embargo los oidores murmuraban entre dientes y veían que su despotismo debía terminar por ella. Los buenos americanos hallaban en sus páginas la injusticia de haber excluido del derecho de ciudadanía a las castas traídas de España, a pesar de haberse proclamado la *igualdad* de derechos para que la España siempre fuera la principal, y las Américas lo accesorio, que de otra manera habría sido al revés. Sin embargo, todos se

prometían un porvenir más lisonjero; ya, porque derramaba luces de liberalidad, y ya porque por el artículo 247 deberían cesar los tribunales privilegiados, y desaparecer las juntas de seguridad erigidas para oprimirnos.

En 5 de octubre se publicó el bando de libertad de imprenta. En secreto había corrido anticipadamente la voz de que este era un lazo tendido por la astucia española para que cayeran en él los americanos incautos, y mostrando sus opiniones pudiera marcarlos el gobierno, y echarles el guante cuando le conviniese; así lo había escrito un diputado americano desde Cádiz. Efectivamente, era necesario mudar las esencias de las cosas, y que los tigres se convirtiesen en corderos para concebir metafísicamente que los déspotas de México pudieran sufrir a los escritores liberales ni por un solo instante.

Era incompatible su existencia con esta medida de libertad, así como la luz con las tinieblas. Por tanto los pocos escritores que osaron dar la cara, y comenzaron a atacar el despotismo lo hicieron con ciencia cierta de que iban a poblar los calabozos más oscuros. ¡Resolución loable, pero que no apreciaron dignamente sus compatriotas! Una proclama (decían aquellos) bastó en Boston para uniformar el espíritu de aquellos pueblos, y que de consumo conspirasen contra la tiranía: imitemos pues aquel ejemplo. De hecho, apareció el primer juguetillo, y heme aquí puesto en ridículo al fatuo de Calleja, a ese héroe de cartón: pintadas sus acciones con el colorido que merecían, y corrido el velo a cuanto ocultaba sus crímenes.

Su autor bien conoció lo que podría pasarle, pues entra preguntando en las primeras líneas como Dña. Rodríguez a D. Quijote *¿Estamos seguros?... pues a ello, y Dios me guíe...* prueba inequívoca de que era ducho en el terreno que pisaba: 6,000 y más ejemplares se consumieron muy pronto de este papel: Venegas costeó una edición de su bolsillo que mandó a España por lo mucho que odiaba a Calleja: todo el mundo celebró el arte con que se dio a tierra con la reputación de este fantasma; más el se enfurece como víbora pisada; su mujer no cesa de molestarlo día y noche, porque penetraba el espíritu y resultado de aquel impreso: jura ahorcar luego que pueda al autor del juguetillo, y así lo dijo en una concurrencia; busca escritores que lo impugnen: muy luego sale *juguete* contra el *juguetillo*. Latigazo al *censor de Antequera* y otros por este tenor; sin embargo, el escritor continúa con paso firme y nada le arredra,

ni Beristain, ni el Padre Carrasco, insuflador del dominico Aguilar, confesor *ad honorem* de Venegas, ni el Lic. D. Juan Francisco Estrada; quitóse por este medio la banda de los ojos de los mexicanos; mostróse la justicia de la revolución por la memoria justificativa del Lic. Verdad, que sirvió de base a la historia de la revolución del P. Mier escrita en Londres: desde entonces se le habla con energía a Venegas, dirigiéndole la palabra el Lic. Bustamante: se ataca la junta de seguridad con el texto de la constitución para que sea extinguida: se bate *al amigo de la patria*: se alienta a los mexicanos para las elecciones de diputados de parroquia, en suma: se multiplican golpes sobre el despotismo, desacreditándolo, y se le estrecha a dar el fatal de suspensión de libertad de imprenta, golpe digno del criminal y cobarde que lo proyectó.

Sesenta y seis días duró la libertad de imprenta en México: salieron muchos papeluchos en este corto espacio de tiempo; pero ciertamente indecentes en la mayor parte, y daban muy mal cobro en la Europa de la literatura mexicana; así es que reducidos a un examen riguroso, apenas llegarían a seis los que pudieran comparecer en el mundo culto. Descolló entre los escritores el Pensador Mexicano, y justamente: él posee facilidad, claridad y belleza para explicarse: tan bien escribe en prosa como en verso, he visto sus borradores de este género y he admirado su fluidez y cierto aticismo encantador para la sátira y el ridículo; pero es la misma ligereza personificada, de modo que ha incurrido en mil aberraciones, y por ellas no es el ídolo de los mexicanos, como debiera.

El carácter de todo revolucionario es la firmeza, así como en el orador el gesto, en segundo lugar el gesto, en tercero el gesto; esta era la opinión de Bonaparte. Ya hemos visto que en aquellos días era materia de los escritores la inmunidad eclesiástica, por lo que lo fue del Pensador, quien desde luego se propuso dar los días de cumpleaños al Virrey Venegas, exhortándolo a que la respetase. Habíase puesto en el mejor punto de vista, la deformidad del bando de 25 de junio, y así es que este jefe se irritaba cuando se le daba en cara con su injusticia: sea por sí mismo, o azuzado por sus áulicos, el montó en cólera, reunió el acuerdo de Oidores, y con dictamen de estos dio por tierra con el artículo constitucional, y suspendió la ley de imprenta el 3 de diciembre (1812).

Ya V. conocerá la sensación que produciría esta desaforada providencia: echósele en cara por los insurgentes en el *Ilustrador* que se publicaba entonces en Tlalpuxahua, bajo los auspicios del General Rayón;

pasó a más, pues la mañana del 8 de dicho mes fue arrestado el Pensador de orden de la junta de seguridad: prometióse correr la misma suerte el autor del juguetillo, y el 13 de dicho mes marcho a Zacatlán a reunirse con D. José Osorno desde donde hizo cuantas hostilidades pudo al despotismo para derrocarlo, con su pluma, con su espada, con sus consejos e influjo, y después dirigió la imprenta del sur en Oaxaca, obrando constantemente del mismo modo.

En España se mostraron insensibles a esta providencia: no faltó quien declamase contra ella en las cortes: pero pues, era medida para subyugar a los rebeldes de América, era justa, y su autor debía quedar como quedó impune. Antes de esta desaforada determinación, ya la América había visto condenar por la junta de censura, (a cuya cabeza estaba Beristain), un epigrama de D. Mariano Barasabal. Figuraba en él que un leproso se quejaba de que un hombre le hubiese espantado las moscas que lo devoraban. ¿Y por qué? porque las que vendrían después de ellas como hambrientas, devorarían más que las anteriormente le habían picado, y ya estaban muy ahítas. Hacía alusión a los mexicanos que no debieran desear nuevos mandarines ladrones, sino conformarse con los que ya tenían y conocían, pues estaban menos hambrientos que los que pudieran reemplazarlos: concepto bello, oportuno y exacto, felizmente explicado en verso con la belleza que acostumbra este Poeta aplicado.

Tal es en breves palabras la historia del primer periodo de libertad de imprenta, que repuesta en 1820, por la constitución, fue suprimida por el Conde del Venadito; en 2 de junio de 1821, cuando ya el edificio del despotismo se desplomaba, y el cetro férreo se le caía de las manos.

La América debe a la libertad de las prensas en gran parte su felicidad, y le deberá en todo tiempo siempre que sus hijos hagan buen uso de ella, y no conviertan la triaca saludable, en veneno mortífero.

Marcha Morelos para Orizaba, y toma esta villa por fuerza de armas.

El General Morelos se dirigió al pueblo de S. Andrés Chalchicomula, y tomó instrucciones de su situación y grandes ventajas que podrían proporcionarse a la subsistencia de su ejército en Tehuacán, como

que está rodeado de excelentes haciendas de labor; por tanto estableció allí una tesorería que confió al gobierno de un N. Martínez, quien viendo después de caída el partido de la revolución, se entró en Puebla con lo que pudo recoger; aquel era lugar de asilo de esta gentecita *non sancta*. En breve salió Morelos de dicho pueblo, y campó en el punto de las *Piletas*. A nadie dijo palabra del rumbo que debería tomar, y hallándose en el camino de Orizaba, el comandante de la descubierta le preguntó... ¿Para donde hemos de dirigirnos? Morelos le respondió con flema... Para donde quiera el caballo de Vd.... Señor... Me parece que gusta de ir para *Orizaba... Pues déjelo Vd. que por ahora haga su voluntad.*

Llegó la tarde de aquel día a la hacienda del Ingenio donde campó. En el elogio histórico de Morelos se detalla esta campaña de una manera oratoria, es decir muy precisa, por tanto me veo en el caso de tomar parte de ella y suplirla con las relaciones de Galeana y de otros oficiales beneméritos que se hallaron en el ejército.

Morelos (dice) sorprendió la hacienda del Ingenio cuando la ocupó. Destacó al instante una partida de caballería sobre otra de 50 hombres que salió de Orizaba a reconocerlo: sorpréndela, la destroza completamente, y tiene la fortuna de que no le hieran ni un soldado: se apodera de sus armas, caballos y de 4 cañones situados en el foso. En la noche sitúa Morelos un cañón sobre el cerro de Tlachichilco que enfila la garita. Galeana refuerza el destacamento que lo custodia con una compañía al mando del P. Barrera. A las 3 de la mañana forma el ejército para atacar la villa: comienza la acción por la garita de la angostura, cuya tropa se resiste valerosamente; pero atacada y flanqueada con el cañón de *Tlachichilco* a dos fuegos, se ve en el mayor aprieto: los americanos avanzan a la arma blanca sobre las trincheras de la garita, las asaltan, y en un instante las deshacen.

Proporcionóles este triunfo el que primero consiguieron destrozando una partida de caballería que salió para contenerlos. Entonces los españoles no tuvieron tiempo para levantar el puente del foso, y en ella se mezclaron y envolvieron americanos y realistas, llegando así hasta la plaza donde estaba atrincherado el grueso de la guarnición, su artillería granea el fuego tanto como la fusilería que la sostiene: Morelos divide entonces su fuerza en 3 columnas: manda la del centro Galeana (D. José Antonio), la de la izquierda (D. Ermenegildo) y la de la derecha (D. Pablo). El ataque se sostiene con un denuedo igual entre ambas partes;

mas desalojados de allí los realistas y reunidos con dos cañones violentos, marchan a situarse por la calle real, hasta la trinchera del puente de la *Borda:* en el acto hace un movimiento la caballería enemiga, y Morelos le toma los puntos indispensables para flanquearla. Con el pertrecho tomado en la garita, los americanos atacan al Coronel Andrade, Comandante de la villa, situado en la calle real, al abrigo de una trinchera colocada en el puente de la Borda, y otra en la iglesita de Dolores.

Entonces escapa Andrade con su división; pero esta se ve cortada, y tiene que rendirse en el llano de *Escamela,* en tanto que las partidas de americanos diseminadas por las calles para horadar las casas, y flanquear al enemigo se reunieron también en dicho punto fuera de la garita. En esta sazón, Galeana con una partida de caballería marcha a situarse en el cerro del Cacalote para cortar a Andrade; pero éste que se le anticipó oportunamente, se aprovecha de las alturas que dominan el ejército americano, y abandona paulatinamente su artillería: encumbra el Cacalote, y encontrándose allí con Galeana vuela a escape con un piquete de sus dragones sobre Córdoba; en cuya persecución fueron Galeana y Guerrero hasta los parapetos de la villa, de cuyo punto los mandó retroceder Morelos. A su regreso se encontraron con este Jefe, trayendo como 400 prisioneros, que le entregaron en el puente de la Escamela, donde le hallaron, allí abrazó a estos oficiales beneméritos por lo bien que se habían conducido, y se entra en la villa de Orizaba para tomar un rancho.

Acción tan brillante puso en manos de Morelos nueve cañones de todos calibres; más de 40 cajones de pertrechos, el armamento de la guarnición que llegaba a mil hombres: el valor de más de 300 mil pesos en vales, alhajas, dinero, plata labrada y efectos que se extrajeron de Zongolica. Permitió a sus soldados el saqueo de los almacenes de tabaco, que al fin mandó quemar.

Con razón pues ha sido tan celebrado este ataque brillante en el que lució el valor para acometer: la unión y disciplina para resistir; la previsión para tomar oportunamente todos los puntos del enemigo, y consumar con gloria el combate.

No es inferior la que le resultó al general D. José Antonio Andrade, pues obró como un jefe de valor y disciplina: llevó sus deberes aun estando su hijo D. Martín prisionero de Morelos, tomado en la acción de Labaqui: viose en el conflicto de obrar como padre, y como Comandante: salió herido, y aunque las cicatrices que conserva en su cuerpo por esta

acción no le honran como americano; empero le ennoblecen como a valiente y fiel soldado. Por medio de este triunfo el ejército de Morelos borró la mancha con que se deturpó en la acción de Osumba.

Al siguiente día de la entrada de Orizaba, (que fue el martes 26 de octubre de 1812) se recogieron los cadáveres de los realistas que pasaron de 300. Morelos tuvo 5 muertos y 24 heridos.

En breve se tuvo noticia de este acontecimiento ruidoso en Puebla. El Sr. Obispo González del Campillo, manifestó un profundo sentimiento por la desgracia de las armas reales, y lo comprobó para que no se creyese afectado, franqueando cuantas cantidades se necesitaron a facilitar la salida en horas de una fuerte expedición que recobrase la villa de Orizaba. ¡Pobre patrimonio de los pobres! ¡Pobres rentas de eclesiásticos destinadas para su alivio y consuelo en las miserias! Yo os veo emplear para multiplicarlas, para afirmar más y más las argollas de una larga esclavitud de 3 siglos. ¡Adiós fondos de capellanías y obras pías! con vosotros se va a hacer una bancarrota que jamás se prometieron vuestros fundadores: ellos quisieron que su dinero sirviese para dar pan a los vivos, y descanso a los muertos; más ahora se les va a quitar con estos capitales; se va, no a sacar ánimas del Purgatorio, sino a echar con ellos muchas a los infiernos. ¡De este modo se ha interpretado vuestra voluntad, piadosos testadores! ¡Así se han cumplido vuestros votos! Hundíos en lo más profundo de la fosa, que el chasco no es para menos.

Ataca el ejército realista al General Morelos, y se dispersa la corta división que lleva este General.

Con la misma rapidez que se supo en Puebla la toma de Orizaba, se supo en esta villa por Morelos la venida de Águila a recobrarla. Era muy sensible hacer infructuoso el triunfo que allí acababa de conseguir, por lo que entró en consulta con sus confidentes sobre lo que debería hacer. Galeana opinó que viniese Matamoros de Izúcar, D. Miguel Bravo de Tehuacán, y D. Nicolás de Coscomatepeque, con cuyas fuerzas el General español quedaba sino contrasitiado, a lo menos cortado. La teoría era bellísima, pero para realizarse era necesario algún tiempo, y no lo daba Águila según la rapidez con que se movía y aproximaba; así lo expuso D. Antonio Zambrano, confidente de Morelos, cuya opinión prevaleció en la

junta a pesar de Galeana que sostuvo la contraria.

Luego que Morelos entendió la aproximación de Águila, trató de salir de Orizaba, pero haciéndole el daño posible al ejército español. Dispuso que se quemase, sino del todo, a lo menos parte del tabaco que allí había; de hecho, se dieron al fuego 5,000 tercios, asimismo mandó que la tropa y los vecinos de aquel lugar tomaran cuanto quisieren, abriéndose al efecto los almacenes. Diose la orden de marcha a las 12 del día 31 de octubre, y a las 3 de la tarde comenzó a salir la infantería; pero en tanto desorden, que los soldados cargaban el tabaco que podían, y las mujeres les llevaban a muchos los fusiles. Llegó una pequeña parte de la tropa a Aculzingo a las 11 de la noche, y la demás quedó tendida en el camino. Al día siguiente a las 5 después de la misa (pues era día de Todos Santos) salieron Morelos y Galeana (D. Hermenegildo) con sus escoltas a ocupar las cumbres, y se dio orden de que D. José Antonio Galeana los siguiese con 100 infantes, y 3 cañones violentos.

Cuando Morelos llegó, ya Águila tenía las cumbres, entonces ocupó un cerro inmediato próximo al camino, y mandó que el Capitán Larios tomase otro cerro inmediato. Los tres cañones referidos se colocaron en el mismo camino. Águila acometió de frente, pero fue rechazado hasta tres veces. Había destacado una partida sobre Arroyo, situado en la falda del cerro que ocupaba el General Morelos, mas dicha partida que hacía como de vanguardia fue batida, y se replegó hasta donde estaba el General. Entonces Águila atacó a Larios por el costado derecho y frente, y aunque fue rechazado el enemigo cuerpo a cuerpo, como le mataron el caballo a Galeana, ya solo se trató de efectuar la retirada que apoyó el mismo Morelos y D. José Antonio Galeana, con dos pequeños cañones que hizo bajar a la falda del cerro. Águila quiso seguir el alcance, hasta el mismo punto donde se hallaba Morelos; pero encontró resistencia, porque se hizo firme esperando a Galeana que se había desaparecido.

El resto del ejército americano, luego que oyó el tiroteo, pues estaba tendido en el camino, se desbandó por los montes inmediatos, teniendo orden de hacer el punto de reunión en S. Pedro Chapulco. Morelos llegó a este pueblo a las 3 de la tarde con el dolor de haber perdido a su amado Galeana: ni se habría movido de aquel punto a no ser porque fue a contener e impedir que alguno pasase a Tehuacán y noticiase esta pérdida. Mandó traer de allí 2 cañones, y dispuso volver a la carga en demanda de Galeana. Efectivamente salió a las 7 de la noche, y habría andado un

cuarto de legua, cuando se le avisó que Galeana vivía y había salvado. Encontráronlo las partidas que se destacaron al efecto. Salvóse en el hueco de un árbol (que he visto) después de haber dado muerte con su mano a 3 dragones que le perseguían.

Morelos entró en Tehuacán el día 3 de noviembre, guardando el ejército formación. Salvóse el parque, porque la tropa lo conducía por la cañada, y solo se perdieron los cañones de Orizaba. Morelos tuvo 13 muertos. Cerca de 100 hombres de los que se presentaron en Orizaba afectando amor a la independencia, se pasaron al enemigo, y la pérdida de este fue grande, pues levantaron 4 carros de muertos y heridos que se llevaron a Orizaba.

Escribiéronse en las gacetas de México varias mentiras en razón de estos sucesos; pero tan garrafales, como que en el juguetillo 4 se le sacan a la cara al gobierno de Venegas. Morelos pudo evitar este encuentro marchando por Zongolica, pues aunque el camino era áspero y de difícil tránsito para la artillería, había gente sobrada que pudiera conducirla a brazo, posiciones ventajosísimas de defensa para rechazar con un puñado de hombres 6 tantos de enemigos de los que se presentaron en Aculzingo; más ignoraba el terreno.

Como Vd. ni yo somos de aquellos hombres que califican las cosas por su éxito, sino por su esencia, no podremos dejar de confesar que esta expedición de Orizaba fue desatinada: fue un *rectum ab errore*. Morelos no se puso de acuerdo con las partidas que obraban sobre las inmediaciones de la villa como la de *Leiba,* y de aquí es, que ellas no auxiliaron como debieran, o al menos se hubieran situado en disposición de cortar la retirada a Andrade para Córdoba, haciéndolo prisionero. Lo más gracioso es, que al mismo tiempo que Morelos atacaba a Orizaba, una partida de 400 hombres tiroteaba a Córdoba infructuosamente, y aún ignoraba los términos en que Orizaba era atacado.

Morelos debió marchar muy luego sobre Córdoba, cuyo vecindario y guarnición no se ocupaba ya de otra cosa que de recibirlo, y habría conseguido mucho. Debió antes de bajar las cumbres de *Aculzingo,* dejar un grueso destacamento que le protegiese la retirada en un evento desgraciado fortificándose allí, y no que lo aventuró todo a un albur. Estoy seguro de que avanzando Águila de Puebla, habría tenido que hacer allí alto, y en el entretanto las tropas de Matamoros venidas de Izúcar, y de D. Miguel Bravo de Tehuacán, o lo habrían contenido para no ser

atacado a retaguardia, o tal vez lo habrían derrotado tomándolo a dos fuegos.

Con la guarnición de Córdoba que había engrosado el ejército de Morelos, debió avanzar hasta la misma plaza de Veracruz: cuyo vecindario estaba despechado con la absoluta falta de víveres, y no había más guarnición que la de los voluntarios; poca entonces por disminuida y descontenta por el orgullo de los españoles que les cargaban con todas las fatigas militares. Las tropas de Rincón situadas en las inmediaciones de jalapa, se habrían reunido gustosísimas con las de Veracruz, que no bajaban de más de 2,000 hombres. Habríase estrechado el sitio y sin duda la plaza se habría entregado. Allí se aguardaba a Morelos por instantes como lo tengo bien averiguado. Con los tabacos de las dos villas, habría bastado para los gastos que esta expedición demandaba sin aquejar a los pueblos. Hasta el tiempo mismo brindaba para ello, pues en noviembre comienzan los nortes y se aleja el peligro de las epidemias.

Entonces tomada la garganta por donde aun entraban los recursos de España, ¿Cuál habría sido la suerte de la nación? Fácil es inferirlo... ¡Ah! que hay ciertos momentos en la guerra que si se pierden, se pierde con ellos la felicidad de un imperio. Yo cuando supe la entrada victoriosa de Morelos en Orizaba, di todo esto por hecho, y pude preguntar como Carlos V cuando supo que Felipe II había ganado la batalla de San Quintín... ¿Y que? Felipe no ha penetrado hasta París... pues Felipe no ha sabido vencer a los franceses.

Estas reflexiones son demasiado atormentadoras, principalmente para el que ha visto los tristes resultados de estos descuidos... Millares no habría venido con la expedición de los Regimientos de cuatro Órdenes y Navarra, ni se nos habrían seguido todas las calamidades consiguientes al ingreso de tal jefe, y de unas tropas tan inmorales. Yo no puedo dejar de hablar este lenguaje porque no se diga que cambio de carácter de historiador, por el de panegirista de Morelos.

Continuaré. A Dios.

México, marzo 22 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA DIEZ Y SIETE.

Continuación de la carta anterior.

Apreciable amigo:

Lo que movió al General Morelos para emprender el ataque de Orizaba, fue haber interceptado una carta de Andrade en que decía al gobierno que absolutamente carecía de dinero para pagar sus tropas, y que se le habían agotado sus arbitrios; carta que Morelos se reservó y a nadie mostró para aprovecharse de su situación. Algunos han creído que por falta de municiones; pero ¡Quien no ve que estas jamás faltaban a los españoles! El repuesto grande tomado por Morelos así lo comprueba.

El estrago causado por esta guerra fue beneficioso a Orizaba por varias razones. Primera: porque se vulgarizó el comercio del tabaco en términos de que éste se vendía en Zacatlán y en todos los puntos insurreccionados, como los huevos, es decir, en los mercados al corto precio de dos y medio y dos reales la libra. En segundo lugar, porque el comandante Andrade ya mudó de tono en el modo de tratar a los prisioneros, pues no volvió a fusilar a ninguno de los que hacía: tenía a su hijo D. Martín en rehén de Morelos, y era esta la mano fuerte que lo contenía.

Es necesario espaciar ya la vista por otros puntos, y apartarla por ahora de los hermosos campos de Orizaba y Tehuacán; tendámosla sobre el campamento del Gallo, situado en las inmediaciones de Tlalpuxahua; punto célebre en la historia, y para mi tan vulnerable como el templo de la Vesta de Roma; porque si allí se conservaba el fuego sagrado del cielo, aquí ardía con luz hermosa la antorcha de nuestra libertad que estaba a punto de apagarse.

Acosado D. Ramón Rayón por la fuerza del Brigadier D. Joaquín del Castillo y Bustamante, situado en Ixtlahuaca y Toluca, después de la acción de Tenango (de que hemos hablado en la carta 10 de esta 2ª.

época) urgía la necesidad de fortificarse en algún punto que contuviese sus repentinas incursiones. Escogióse al efecto el cerro llamado del *Gallo,* distante media legua de Tlalpuxahua, hacia el rumbo del poniente, posición verdaderamente militar. Rayón no tenía el menor conocimiento en el arte de la fortificación, ni menos había leído a *L' Blond* que trata de los elementos de esta ciencia, y anda en manos de todos; pero tenía ingenio natural, y guiado por él, trazó como pudo 5 pequeños fortines por diferentes direcciones, en los que situó 11 cañones desde calibre de a 2 hasta el de a 8: 3 obuses, 2 de a 5 pulgadas, y 1 de a 7. Allí planteó una máquina que llamó *la chuza de cañones*, invento suyo peculiar que consistía en una fuerte cureña, sobre ella un perno de hierro, en el cual descansaba una cruz, y en cada brazo de ésta un cañón; pero tan equilibrados, que cualesquier artillero los manejaba con violencia, y al menor impulso giraban circularmente con facilidad: solo se empleaban en ellos 8 hombres, es decir 4 para cada cañón, aunque según ordenanza debería tener cada uno 8 de dotación: el artillero de la derecha refrescaba, el de la retaguardia de la cureña cargaba, el de la izquierda aplicaba el estopín, y el que estaba a vanguardia solo hacía puntería y daba fuego, de modo que las operaciones todas eras simultáneas, y el fuego se hacía sin intermisión.

El calibre de esos cañones era de a 3; pero estaban hechos con todas sus dimensiones e iguales, y también lo eran en el peso; pero en lugar de tornillo de puntería o cureña, les puso una escala para subir o bajar sus punterías, y que no fuesen fijantes, sino que pudieran subirlas o bajarlas a media línea de diferencia. Paréceme que veo al General Washington ocupado en plantear una nueva clase de carabinas que se cargaba por la culata, y facilitaban con su ligereza los movimientos evolucionarios de sus cazadores: el ingenio es hijo de la necesidad. Además planteó allí una máquina de fusiles, reuniendo al efecto porción de artífices de aquellas inmediaciones, a los que se agregaron los que secretamente logró extraer de esta maestranza de México la *Señorita Dña. María Leona Vicario*, gastando no pocas sumas de su patrimonio, y a excusas no solo del gobierno, sino de su tutor, en cuya casa vivía y que era opuesto al sistema de aquella época. ¡Ah! jamás se recordará el nombre de esta joven sin emoción y sin dejar de colocarla en el ilustre catálogo de las heroínas americanas que contribuyeron con cuanto estuvo en la esfera de su posibilidad a proporcionar la libertad a su nación: ya veremos a cuanto llevó sus sacrificios y padecimientos.

Los fusiles se formaron por el modelo de los que en diversos combates habían quitado a los españoles expedicionarios venidos de España, y llamados de la *torre de Londres,* seguramente los más perfectos; no de otro modo que los antiguos romanos formaron las primeras galeras de sus escuadras por el diseño de la de los cartagineses que una tempestad o naufragio dejó esparcida por las costas de Italia, con la diferencia de que estas armas fueron premio de unos combates bruscos, desiguales, y de consiguiente, gloriosísimos para la América. Los artífices igualaron los fusiles, y solo se notó en ellos el ser más pesados que los de Europa, acaso por la diferencia de las cajas de más pesada madera. ¿Pero qué no costó el adquirir el hierro necesario para la forja y taladro de los cañones? ¿Qué los instrumentos indispensables? esto no es para pensarlo, porque no se puede formar idea precisa de ello; solo la tenemos los que nos vimos en iguales conflictos. *(1)*

(1) No puedo acordarme sin reírme de cuando recogíamos en Zacatlán procesionalmente los orines de los soldados para echarlos en la pila salitrera. Era necesario intervenir en todo, en la paja, en la sastrería, en curtir los cueros, en todo, en todo, y lo que es más, en buscar el dinero para pagarlo, y estudiar el modo de defenderse u ofender al enemigo... Vengan 100 mil pesos, 2 o 8 mil hombres, 400 quintales de galleta; 100 mil cartuchos embalados, 8 cañones, etc., etc., así pedía Calleja, todo se le daba, y con ello hacía la guerra ¿Quién no es general de este modo?... ¿Quién no vence a masas inermes? Esto pasó por los primeros insurgentes, que cuando se regalaban comían mula, y alguna vez zacate, como en la división del Sr. Guerrero.... ¿Y es esta la conducta y padecimientos de los insurgentes de pan tierno? Apenas se les retrasa la paga cuando blasfeman del gobierno, lo censuran, lo hacen sospechoso, y aun maquinan su ruina.... Aquellos callaban y sufrían... aquellos pasaban sin embargo por pícaros ladrones; no obstante tuvieron ejércitos brillantes. ¡Que gloria!

Día y noche pues trabajaba la máquina ocho cañones de fusil, calibre de más de ordenanza, pues se les dio el de 18 adarmes con el preciso objeto de que si por alguna contingencia el parque fuera tomado por el enemigo, éste no pudiese hacer uso de él prontamente por la diferencia que había del calibre común.

Colocóse en aquel punto fortificado, la imprenta, y guardándose toda la posible disciplina militar de un campamento, se ejercitaba allí la tropa, y formaban su aprendizaje los reclutas con que se engrosaba.

Acción del Zapote camino de Xerécuaro para Acámbaro.

Un mes después de la acción de Xerécuaro, supo el general Rayón que habían salido 50 mil pesos escoltados para Valladolid, y determinó que su hermano D. Ramón los interceptase: llegó tarde la noticia, sin embargo salió a probar fortuna con 70 infantes, y 60 caballos y 2 cañones de a 3. Apostóse ventajosamente en el punto llamado el *Zapote,* situando en trozos esta corta fuerza por vanguardia y retaguardia. Cargó al ser de día hallando al enemigo en desorden, y lo persiguió hasta ponerlo entre un monte y una presa, donde lo encorraló, y le intimó rendición; de hecho, se entregaron los realistas, quedando de ellos más de 200 prisioneros, después de haber muerto su comandante Quevedo (español), y se tomaron 180 fusiles y 31 carabinas.

Intriga de Venegas con los americanos.

A la verdad que era muy difícil esta situación para los españoles, pues los triunfos de Morelos por el Sur: la fortificación de Rayón en el cerro del Gallo: la repetida circulación de los periódicos publicados desde aquel punto: el prestigio de la junta, cuya moneda ya circulaba en plata y oro con aprecio: ciertas formas legales con que se caracterizaban sus providencias, y la tenacidad con que se sostenían las partidas en lo interior sin ceder a los repetidos reencuentros que diariamente daban o recibían, todo esto hizo al gobierno desesperar del buen éxito de su empresa de subyugación. Por tanto, el Virrey solicitó eficaz y secretamente saber que persona o personas tenían más íntima relación con los americanos para proporcionar por su medio una entrevista y parlamentar, ofreciendo bajo palabra de honor no inquirir jamás los conductos, ni menos inferirles perjuicio alguno.

Los agentes pudieron averiguar que el Lic. D. J. G. y R. era el mejor resorte, y bajo aquella garantía que se cumplió con el mayor honor y religiosidad, entró en esta negociación, proporcionando correos diarios, haciendo algunos obsequios al General Rayón, y remitiéndole instrucciones circunstanciadas para evitar una cautela o sorpresa, y que de todos modos se lograse un acomodamiento útil a la nación.

No extrañemos esta precaución indispensable en asuntos de esta naturaleza; pues vemos con menos odio y motivos de desconfianza los últimos triunviros de Roma al entreverse en una Isla del Reno para disponer de la suerte del mundo conocido, se miran, remiran y aun registran mutuamente sus vestidos para evitar el que algunos de ellos prevalido de la ocasión, entre un puñal en el pecho de su colega. Ya me figuro que al oír V. este preámbulo creerá en el Virrey la mejor voluntad para suavizar los males de la guerra: así se lo figuró Rayón, pero fue chasqueado como un chino.

Paralizado el comercio, por su parte ofreció que los convoyes de Acapulco hasta Cuernavaca vendrían no solo seguros, sino escoltados con tropas de la nación hasta cierto punto, y lo mismo los de tierra adentro, a cuyo efecto dio sus órdenes a Morelos que ofreció cumplirlas; anunciósele que en cierto día sería la entrevista de los enviados de México entre los cuales iría D. J. B. L. y el enunciado G. Fijó por punto la hacienda de Tultenango: encargó que por medio del Canónigo Velazco se remitiesen de México vinos exquisitos y buena repostería para tratarlos con esplendidez; llegó el día, y nadie se presentó. Reclamó una falta tan incivil, y se le dijo que había pendido del gobierno, pues éste había entendido que Chito Villagrán se había separado de su obediencia por cuanto en la expedición que hizo a Ixmiquilpan (de que después hablaremos) menos para humillar la guarnición española que allí había al mando de Rafael Casasola, que para corregir las demasías y raptos de Villagrán, había éste dado la voz de alarma e introducido la sedición.

Este acto fue para Venegas un nuevo motivo de confianza, pues creyó que sería imitado por muchos: resultaría de aquí la anarquía, y entonces el conseguiría muy naturalmente lo que entonces imploraba por favor: en parte no se engañó. Los agentes de México y solicitadores de la entrevista, quisieron hacer de consejeros: afearon a Rayón varias de sus providencias: diéronse por sentidos de la burla, y mucho más de que Rayón no hubiese querido adoptar un plan de guerra y devastación que le propusieron en venganza del ultraje referido: algo más, retiraron toda correspondencia con él, y se dirigieron a Morelos, hombre sincero, que desconocía los amaños de la política, y sobre cuyo corazón pesaron no poco los informes que dieron contra Rayón, suponiéndolo si no sospechoso, a lo menos inepto, por llevar adelante la empresa: glosaron hacia la peor parte la falta de auxilios que decían debió darle en Cuautla sin detenerse en Toluca, y de aquí resultó, que desde entonces las órdenes

de Rayón como presidente de la junta, o se desobedecían abiertamente, o se cumplían a medias; tal suerte corrió la en que se le prohibió la acuñación del cobre como medida destructora del comercio. ¡Ojalá que en esto solo hubiese terminado este desorden!

Llevóse adelante, pues se introdujo muy más de cerca entre los mismos vocales Verdusco y Liceaga, de que fue consecuencia inmediata la pérdida de la acción casi ganada por Verduzco sobre Valladolid y de cuyas puertas salió derrotado la sangrientísima de Puente de Salvatierra: la pérdida del campo del Gallo, y la ruina de la primera junta que se reemplazó con la instalación del Congreso de Chilpantzinco por Morelos, constituido mediador entre los mismos vocales disidentes.

Este es el hilo de oro que deberá guiar a V. en el laberinto de esta historia; duélome de presentarlo; pero no puedo faltar a la ley de historiador. Tal vez podía servir de lección práctica, (aunque terrible) a nuestros compatriotas, para que sepan conducirse en lo sucesivo, en el cúmulo de intrigas con que los hombres de bien tendrán que luchar. Confesamos asimismo que creemos hayan contribuido sin saberlo y con la mejor intención del mundo, a dar a nuestros enemigos un día de gloria, cuando llegó el momento en que vieron subyugada por estos medios casi toda la América mexicana, y hechos infructuosos los sacrificios de tantos hombres beneméritos.

También debe V. saber, que la casa de S. Miguel de Aguayo solicitó del General Rayón licencia para que pasase un convoy de carneros. Ofreció que contribuiría con 20 mil pesos de los que solo exhibió 5,000 y más, en paños, fierro, acero y otros útiles para la maestranza de Tlalpuxahua. Rayón cumplió religiosamente por su parte el convenio, y era muy justo; pues el Marqués era hombre apreciable, aunque su hijo el Conde de S. Pedro del Alamo a las órdenes de Truxillo, hacía a la independencia mucho mal: algo más, proporcionó a las pastorías dehesas donde mantenerlas al abrigo de sus tropas, y de donde se sacaron paulatinamente para venderlas en México. Digan lo que quieran los enemigos de Rayón, se condujo en el modo de hacer la guerra con cordura, y amó a sus mismos enemigos, sin confundirlos jamás con la multitud inocente. Estos fueron favores de gran tamaño, pues el precio corriente de cada carnero entonces, era el de diez pesos.

Intercepta D. Ramón Rayón un convoy de más de veinte mil carneros cerca de S. Juan del Río.

Muy caro costó a Venegas el modo pérfido con que se condujo en el convenio proyectado con el General Rayón. Supo este jefe que de Tierra dentro venía un rico convoy, y que para asegurar su ingreso en México había salido y se hallaba en Cuautitlán una gruesa división que debería unirse con la que lo escoltaba, que serían 600 hombres. Marchó pues del campo del *Gallo* D. Ramón Rayón con 130 infantes, cuatro cañones chicos, y el resto de caballería al mando de los Polos, y Epitacio Sánchez. Emprendió su marcha forzada por Aculco y Nodoo, caminando secretamente de noche y campando de día. En las inmediaciones de S. Juan del Río sorprendió un corto destacamento de realistas a quienes engañaron sus dragones, porque iban vestidos con capas amarillas de las tomadas a las tropas del gobierno. Avanzó más adelante, y una partida de dragones de S. Carlos de 30 hombres se batió con su guerrilla; pero fue envuelta muy luego por otra que tenía oculta en una emboscada, y así es que toda pereció a lanza. Entonces avanzó sobre las pastorías que pastaban en las inmediaciones. Diose tan buena maña, que a la salida del pueblo logró cortar una gruesa punta de carneros en número de 21,500, y los echó a andar por delante, protegiéndolos con su tropa. Al ruido salió la enemiga: Rayón fingió retirarse: siguiéronlo, pero tenía situada su artillería en la embocadura del pueblo donde la columna cerrada de realistas se encarriló y sufrió el estrago de la metralla.

Continuó retirándose hacia el llano del cazadero *(2)* perdiendo terreno por escalones: tuvo la fortuna de desmontar una culebrina del enemigo, que hizo callar sus fuegos.

(2) Este llano fue teatro de una excelente montería que hizo el primer Virrey de México D. Antonio de Mendoza, cuando fue a la guerra del Mixton de Jalisco con más de 20 mil indios que ojearon las cimas de los cerros inmediatos, y allí se hizo una gran batida: de ahí trae el nombre de Cazadero; por lo demás es estéril en extremo.

Cuatro leguas caminó en esta forma, hasta que en una pequeña eminencia de dicho llano hizo alto: formó completamente un cuadro que apoyó con su artillería y caballería, y en esta actitud, viendo que el enemigo solo se limitaba a observarlo de lejos, dio un rancho a su tropa que comió a su vista. Al ser ya las tres de la tarde observó que el enemigo se retiraba, e instruido por sus guerrillas de que no era falsa su retirada a

pesar de que se había engrosado con los realistas del pueblo y tropa venida de la hacienda de la Estancia, emprendió su marcha en rigurosa formación militar que semejaba a una cruz hasta Aculco. Esta serenidad y bello orden impuso al enemigo. Los carneros llegaron a Nodoo en aquella tarde, y al fin entraron en Tlalpuxahua con la misma felicidad que la tropa que los escoltaba.

Causó no poca admiración a su hermano el ver que estas mismas pastorías de ganado, y sus conductores fueron las que condujo hasta Zacatecas en el año de 1811 cuando se retiró del Saltillo, y con otras muchas más venían a sus órdenes, cuando le ocurrió la desgracia de la jornada del Maguey en que fue derrotado por Emparán. Tales son las vicisitudes de la guerra.

Esta presa se distribuyó entre varios oficiales en parte: se vendió otra a regulares precios que sirvió de fomento para la división, y además se consumió en ranchos de sus soldados.

Tengo averiguado que la fuerza principal que escoltaba el convoy venía al mando de Torres del Campo, y que la conducción del convoy se encargó al de otro llamado D. Vicente Lara, en cuya compañía militó después Rayón en el año de 1818 en la Provincia de Valladolid.

Tal es el cuadro lisonjero que presenta la revolución en aquella época con respecto a las divisiones que estaban bajo el inmediato mando del General Rayón y de su hermano. En breve veremos cambiada esta faz lisonjera en otra funestísima, merced al genio de la discordia introducida entre sus colegas Verduzco y Liceaga.

Expedición de Morelos sobre Oaxaca.

Varios correos interceptados, no menos que avisos oportunamente dados de Puebla, México, y otros puntos, hicieron entender al General Morelos, que se trataba de atacarlo en Tehuacán. Habianse traído al efecto 2 cañones de batir de hierro de Perote, y se habían tomado otras medidas que el gobierno de México creyó muy propias para el caso. Tehuacán, lugar abierto no era capaz de resistir un sitio: el agua que surte a la ciudad es de tal naturaleza, según las sales de que está impregnada, que fácilmente se corrompe y no puede conservarse bebible en aljibes: tampoco se

encuentra en pozos, y además puede cortarse fácilmente como lo hizo el P. Sánchez cuando tomó aquella ciudad. El cerro colorado aun no era conocido por sus ventajas de defensa: pesadas estas dificultades por Morelos, resolvió internarse a la provincia de Oaxaca.

Su fuerza efectiva en Tehuacán llegaría a 6,000 hombres a lo más, gente toda de valor, pero de muy poca o ninguna disciplina militar, y tal vez resistente a recibirla.

Era pues necesario comenzar por dársela, y acostumbrarla a los usos de la milicia, so pena de no contar con ejército al menor descalabro. Son demasiado peligrosas las reformas en los ejércitos principalmente cuando están en momento de obrar, y cuando el soldado por no hacer un pequeño sacrificio contrario a las habitudes y caprichos a que está acostumbrado, o se deserta, o se pasa al enemigo. Ya se lo había mostrado la experiencia a Morelos a costa de la pérdida de Trujano: por hacer obedecer a su tropa no se le permitió que llevase la que le conocía: diósele otra repugnándolo él, pues no tenía confianza en ella, y esto en parte motivó su ruina; sin embargo Morelos comenzó en Tehuacán a crear varios empleos desconocidos en su tropa como el de intendente de ejército que confirió al Sr. D. Antonio Sesma, anciano benemérito que lo condujo a la expedición de Orizaba, hombre honradísimo, de una actividad prodigiosa, de un carácter popular, y seguramente el más propio para el desempeño de este destino como lo acreditó la experiencia.

No era posible hacer acopios en lo pronto de víveres para la expedición; ora por la premura del tiempo; ora, porque esta medida daba un carácter de publicidad a la expedición proyectada: sin embargo a Sesma se le reveló por Morelos, y de su propio bolsillo hizo algunos acopios de víveres con que el ejército pudo emprender su marcha; sin duda habría perecido, si este buen intendente no hubiera portádose con esta bizarría digna de su desinterés, y de los nobles sentimientos de su corazón.

Cuando el Sr. Morelos sufrió el descalabro en Aculcingo mandó venir rápidamente la división de D. Mariano Matamoros que estaba creándose en Izúcar. Este jefe creyó que era para sostener a Tehuacán. Marchó pues tomando el rumbo de Molcaxaque a salir a Tlacotepeque y Tehuacán; y aunque pasó muy cerca de Tepeaca donde estaba el Coronel Bracho de Zamora, éste no se atrevió a atacarlo. Presentóse pues Matamoros sobre Tehuacán con una fuerza de poco más de 2,000

hombres perfectamente equipados, entre los que se distinguía el regimiento de infantería del Carmen con la fuerza de 800 hombres, al mando del coronel D. Mariano Ramíres: 8 cañones, y un obús de a 7 pulgadas. Incluíase entre estas piezas el cañón de a 8 quitado a Llano cuando se retiró de Izúcar para el sitio de Cuautla. Morelos no puedo dejar de admirar el buen orden y disciplina de esta tropa, principalmente en la arma de artillería, cuyo parque abundante y cañones estaban arreglados por el Teniente Coronel D. Manuel de Mier y Terán, joven en quien sus mismos enemigos han reconocido desde una edad tierna los tamaños de un excelente general.

El día 10 de noviembre salió Morelos de Tehuacán; pero antes de seguirlo en su marcha examinemos las disposiciones en que se hallaba Oaxaca para recibirlo, pues esto facilitará la relación de su entrada en aquella ciudad.

Desde que París fue sorprendido en su campo de Tonaltepeque en 5 de enero de 1811, temieron los españoles por la suerte de aquella ciudad, y procuraron ponerla en estado de defensa. Formaron su plan, y como se hubiese aprobado por el gobierno de México, se mandó poner en ejecución, operación que costo 83,000 pesos, a pesar de ser allí baratos los materiales y útiles de arquitectura. Un catalán fundió 36 cañones, calibres de a cuatro a ocho, y de dos de a 12 con granadas de mano: el parque se construyó en gran copia, y no vino poco de Guatemala, en términos de que llegaron a ofrecer al gobierno el que necesitase. Contábanse 42 parapetos, 4 puertas principales con puentes levadizos.

Después de la derrota de Régules en Huajuapam, la reacción de tropas pasó de 2,000 hombres. Tales eran las disposiciones de defensa. Hallábase en aquella ciudad el Teniente General D. Antonio González Saravia, que concluida su presidencia de Guatemala, y retirado de aquel gobierno fue nombrado por el supremo de Cádiz Comandante General de las armas del Virreinato, y Venegas Jefe político: semejante disposición aunque conforme con el espíritu constitucional, hirió mucho el orgullo de este jefe, por lo que con varios achaques detuvo en Oaxaca a González Saravia: para que no tomase posesión de su empleo, mandóle que tomara el mando militar de Oaxaca. Esto ocurrió 15 días antes de la entrada de Morelos.

Creíanse por tanto en Oaxaca en buen estado para resistir la agresión de éste, y de consiguiente se habían desentendido de ocupar los

locales ventajosos del camino donde con muy corta fuerza pudieron resistirlo; así es que abandonaron el punto de Río Blanco, cuesta de Cuicatlán, cumbres de S. Juan del Rey y otras, reduciéndose a sola la ciudad y fortín de la Soledad, situado sobre el camino de México por la villa del Marquesado. Admiróse por tanto, Morelos cuando pasó por estos puntos sin el menor obstáculo de su abandono, lo que le presagió el buen éxito pues trataba con militares tan ineptos.

Su marcha fue lenta, ora sea porque aun los ríos *Salado, de Tecomavaca, Quiótepec, Cuicatlán y las Vueltas* estaban crecidos; ora, por la fragosidad del camino, y ora en fin por lo peligroso de la empresa en que la artillería caminaba a brazo. En Cuicatlán se comenzó a sentir el hambre, y apuró tanto en las cumbres de S. Juan del Rey, que allí murieron de necesidad algunos soldados; pero todo quedó remediado al divisar el hermoso *valle de Etla,* poblado de haciendas, alquerías, pueblos y molinos, que visto desde una altura forma la vista más pintoresca, que produjo una extraordinaria conmoción en sus soldados del modo que entre los de Napoleón la de *Moscow*... pues repitieron largo rato esta palabra entre el gozo, y la sorpresa... *Moscow! ... Moscow!*...

Continuaré. A Dios.

México, marzo 29 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA DIEZ Y OCHO.

Apreciable amigo mío:

Confieso que al recordar la dulce memoria de estos lugares donde vi la primera luz, mi corazón da fuertes latidos, y que cuando la melancolía abruma mi espíritu, para disiparla, comienzo a recorrer como bastidores de un teatro las perspectivas halagüeñas de aquellos lugares de placer puro. Pero ah! que vamos a verlos inundados de un ejército decidido a morir o vencer; las aguas cristalinas que serpean por los bosques de chirimoyos de la villa de Etla, y las del apacible Atoyac, van a mezclarse con la sangre de nuestros hermanos… Los antiguos sabinos del Marquesado planteados (según tradición) por la mano de Quetzalcohuatl, ennoblecidos con el heno blanco, como lo es un octogenario con su nevada cabellera, van a ver morir los hijos de la hermosa Antequera por la mas injusta de las causas.

Entrada de Morelos en Oaxaca.

Superados los obstáculos que pudieran oponerse a Morelos en su marcha para Oaxaca, tomó la vanguardia el mismo con su escolta sobre las cumbres de S. Juan del Rey, dejando atrás el ejército que venía, muy fatigado, donde campó y se detuvo, así para darle descanso, como para esperar a que se reuniese todo, se limpiasen las armas, y tomasen las medidas necesarias a rechazar a Regules, que se sabía haber salido con un grueso de caballería a explorarlo. Al siguiente día avanzó el ejército a la villa de Etla, y reforzó las descubiertas puestas al mando de D. Eugenio Montaño, Coronel de Osumba, y del famoso Capitán Larios. No tardaron en encontrarse con 200 caballos mandados por Régules en persona, que salió hasta la hacienda que llaman de Viguera, donde se batió con Montaño, quien le cargó de recio, le mató dos hombres, e hizo entrar en

Oaxaca muy de trote, y asaz triste. Sobrevino una circunstancia capaz de acobardar a la tropa de ambos bandos, y fue un recio temblor de tierra, entre tres y cuatro de la tarde, que tiró los pabellones de fusiles del campo. Con menos motivo se acobardaban en otras épocas los ejércitos, y estos eran anuncios que servían a sus cabos para augurarles la victoria o la ruina. Es muy melancólica la relación de lo ocurrido en Oaxaca en aquella noche. Los españoles se mantuvieron en vela y ocuparon la plaza: sus gentes corrían despavoridas de un extremo a otro de la ciudad; nadie se tenía por seguro en su casa, y solo se tenía alguna confianza en la ajena, aunque estuviese situada en la misma acera. Abriéronse los conventos de religiosas para servir de asilo a las doncellas, y personas honestas, ora viudas o casadas; en medio de esta turbación el furor dictaba sus medidas imponentes de una venganza estéril.

El teniente Letrado D. Antonio María Izquierdo, dio orden como presidente de la junta de seguridad, de que se fusilasen los prisioneros que probaban la cárcel en núm. De más de 300, orden bárbara que por su atrocidad misma no fue ejecutada: los prisioneros esperaban por momentos la muerte, y al que le ocurría la esperanza de vivir, la fundaba en la generosidad del vencedor. ¿Triste situación por cierto, y cuya memoria apenas, se recuerda en Oaxaca sin que el corazón de sus hijos de latidos, y haga asomar lágrimas a los ojos! Faltaba a aquel pueblo el consuelo que en tales momentos de la vista de su pastor. El Obispo Bergosa, aquel prelado que tanto había inyectivado contra Morelos en sus pastorales, pintándolo como a un Cetáceo, y gastado no pocas sumas en levantar tropas de eclesiásticos para que lo batiesen, apenas supo de su llegada a Culcatlán, cuando al disimulo se pasó a Santo Domingo, y en la noche tomó la fuga por el camino de Guatemala: dejó allí de confidentes a los canónigos Vasconcelos y Moreno, que desempeñaron cumplidamente sus encargos durante su ausencia: tomó el rumbo de Tehuantepeque para Tabasco, Villahermosa y Veracruz.

Aunque afectaba peregrinar como un apóstol, e imitar a los primeros pastores de la iglesia, en realidad el no caminaba con solo báculo y alforjas, acompañábanle algunas sumas de dinero por medio de viático apostólico, cuyo pero procuró aligerar, ocultándolas en Tonalá; pero según he oído asegurar parece que no las sepultó tan en secreto que no viese el entierro algún curioso, y cuidase de exhumarlo, pegándole este buen chasco cuando procuró recobrarlo. ¡Válgame Dios, y cuan extrañas son las persecuciones de los Sres. Obispos de estos tiempos, y que

diversas de los de la primitiva iglesia! Hasta los lobos de que han huido han sido de diferente especie de aquellos que perseguían los apriscos de antaño, y que no les era permitido abandonar… Por que Pastor *Bonus pomit animam suam pro ovibus suis*.

Morelos trazó su plan de ataque en la villa de Etla: dio la orden del día concebida en estos términos… A acuartelarse a Oaxaca… y remitió la intimación de rendición de la plaza al Teniente General González Saravia, señalándole el término de dos horas, orden que no recibió sino en los momentos precisos en que se desparramaba el ejército americano como un torrente por las calles de la ciudad. Montaño marchó sobre la falda del cerro de la Soledad y Xochimilco, así para cortar el agua que abastece a Oaxaca por aquel rumbo, como para cortar la retirada de los españoles por el camino de Guatemala El Gobernador de Oaxaca confió el punto principal de defensa, es decir, la puerta de la Soledad, al Coronel D. Bernardino Bonavia, jefe de la Brigada de aquella provincia. Morelos dio la vanguardia a D. Ermenegildo Galeana, el centro a D. Miguel Bravo, y la retaguardia a Matamoros: el se quedó con la reserva, e hizo que detrás del ejército formaran las mujeres que lo seguían. Era indispensable colocarse al paso para Oaxaca bajo los fuegos del fortín de la Soledad, que enfilaba el camino con cuatro buenos cañones y defendía Régules: por tanto mandó Morelos que lo atacase el regimiento de S. Lorenzo, al mando del Coronel D. Ramón Sesma D. Manuel Terán (hoy ministro de la puerta) dirigió la artillería para esta empresa, y casi a brazo hizo llevar sobre una loma el Cañón de a ocho, que las tropas de Izúcar quitaron al Geneal Llano cuando se retiró rechazado para Cuautla; las punterías fueron tan certeras, que al segundo tiro se echó abajo el tinglado de dicho fuerte. Estaba este tan mal trazado, que la zanja que tenía en derredor y le servía de foso, sirvió a Sesma de parapeto para hacer un fuego vivo a cubierto sobre sus defensores. Por tanto, estos se vieron en el caso de abandonar dicho punto, y de tomar la fuga para la ciudad.

Un sargento llamado Axótla, situado en el puente de la Soledad, en quien recayó el mando porque lo abandonó cobardemente Bonavía cuando se aproximaba el enemigo, condolido de que los realistas que venían del fortín fugitivos se quedasen entre los americanos y fuesen prisioneros, bajó el puente levadizo de la Soledad para que pasasen: Terán que estaba en frente mandando una batería de vanguardia, se aprovechó de este momento feliz, avanzó rápidamente, situó en el un cañón, e impidió que los realistas pudieran levantarlo; de este modo pasó por

encima, haciendo fuego a metralla. Pocos momentos antes de esta operación, Morelos se vio a punto de perecer; situose bajo los fuegos del fortín de la Soledad: comenzó allí a dar sus órdenes tranquilamente y a comer pan y queso: el hambre, como otras veces he dicho, era el síntoma de su valor y enojo al entrar en un ataque: una bala de cañón dirigida inmediatamente a el, le rebató a un soldado de su escolta, e hizo pedazos; sin embargo, continuó comiendo con calma, apenas levantó blandamente la cabeza y dijo (oyolo Terán)… *Para tu abuela*… Concluido el almuerzo, avanzó unas cuantas varas mas adelante, situándose junto al foso de la garita del Marquesado, y he aquí toda la precaución que tomó para defenderse, sirviendo de punto en blanco.

Cuando avanzaba el ejército sobre la ciudad, el General Victoria, entonces Teniente Coronel, se echó al foso inmediato al juego de pelota, de cuyas casas inmediato al juego de pelota, de cuyas casas inmediatas se habían apoderado los americanos, y desde allí hacían fuego arrojose a nado, les tiró la espada a los españoles, y este rasgo de valencia romancesca les impuso e hizo abandonar el punto. Terán avanzó en derechura hasta la plaza donde se habían replegado gruesas partidas, y detrás de los pilares de los portales hacían fuego graneado, no menos que por las azoteas. Galeana tomó sobre la izquierda hacia el punto de Santo domingo y el carmen. Los frailes de es orden ocuparon las bóvedas de su convento, y azotea de la casa llamada del Chantre, o Huerta. D. Juan Felipe, desde donde hacían mucho fuego; principalmente un Fr. Félix de amarga recordación. V. podrá, entender cuan vigorosa seria la resistencia en este punto cuando sepa que el parapeto del carmen estaba defendido por el mismo Régules que con sus manos dirigía un cañón.

Cuando vio que tenía necesidad de ceder a la fuerza que le atacaba, salió sobre ella con una pistola y un sable, mató a un americano penetrando por el grueso de la partida, y se entró en el Carmen, de donde después lo sacaron como ya diremos. En Santo Domingo, punto tan fuerte como puede serlo S. Juan de Ulúa, y donde debieron situarse los realistas si hubieran tenido ideas militares, colocaron tres cañones, y allí hizo prisioneros Galeana a más de 300 que no supieron defenderse. El Capitán Larios desplegó por la calle de la Merced, pero allí no encontró ciertamente oposición. Cuando las partidas vagaban por diferentes puntos de la ciudad, ignorándolo González Saravia, avanzó con la caballería de europeos hasta la esquina de S. Felipe y casas que llaman del *Capuchino,* pero esta echó a huir, y lo dejó enteramente solo: marchó a su casa, y

sobrecogido enteramente vez de tomar unas onzas de oro, se echó en la bolsa una colección de medallas curiosas que tenía, y emprendió su fuga para el reino de Guatemala, ocultándose por entonces en una casa cerca del convento de Belen. Dejémosle en ella corriendo su suerte, y tornémonos al General Morelos. Entró este a la una de la tarde en la ciudad, habiendo roto el fuego a las nueve de la mañana. Su tropa desbandada, desnuda, y nadando (digámoslo así en el seno de la abundancia) comenzó a saquear todo lo que pudo. Representose aquí con ella la escena que con la de Napoleón en Moscazo., donde sus soldados se dejaban ver vestidos unos a lo Turco, otros a lo Persa, y con trajes tan diversos y extravagantes, que aquello era una mojiganga o máscara de carnaval. Viera V. a un negro en cueros con un uniforme galoneado de regidor ú oficial real; a un payo con su jerga por manga, ornada la cabeza con un sombrero al tres; a una negra cubierta de trapos sucios, mas con un hilo de ricas perlas en la garganta: muchos ebrios y entregados a una alegría frívola e indecente. Contrastaba este cuadro el general Victoria sentado en una puerta de catedral, llorando amargamente aquellos desordenes de la tropa, y vaticinándola su ruina por tales desmanes contrarios a la disciplina que debiera guardar. En vano quiso Morelos evitarlos: tal vez los mismos cabos a quienes mandaba que custodiasen las casas para asegurarlas, eran los primeros en robarlas; por tanto se extrajeron muchas sumas: se robó impunemente, y estos excesos continuaron hasta después de algunos días.

Conozco hombre que disfruta una opulenta fortuna de estos ladrones, y también conozco a la familia, con cuya sustancia se engrosó inicuamente, que vive en pobreza. Mayores fueran los estragos si los conventos de ambos sexos, no hubiesen servido de asilo a muchas personas que juntamente llevaron a ellos sus caudales. Tengo por causa de estas desgracias la adulación del provisor D. Antonio Ibáñez de Corvera. Su sobrino el Cura del Marquesado le mandó la intimación de rendición que hizo Morelos al General González Saravia; pero por no disgustarlo, y porque no se le tuviese por insurgente no se la entregó prontamente; hizolo ya que era corrido el término de la intimación, y cuando su tropa americana ocupaba la ciudad; así es que el General tenía el *oficio sin abrir* dentro de la bolsa del *frac*; a haberlo recibido en oportuno tiempo habría entrado en un convenio, pues como hombre prudente, y como militar viejo conocía su importancia para resistir un golpe como el que le amagaba.

Morelos no podía ver con indiferencia la fuga de los españoles para el reino de Guatemala; ora sea por que entendiese que allí podía formarse una reacción con hombres acaudalados, y prontos a consumir el resto de sus fortunas por recobrar sus bienes raíces que dejaban en Oaxaca: ora, por vengarse de aquel ignominioso lanzamiento: por tanto además de la división de Montaño que destacó para cortarlos, mandó otras a las ordenes del P. García Cano, que llevaba por objeto resolver al obispo: por poco lo alcanza en Tehuantepec. Quería tratarlo con dignidad y decoro, y hacerle ver que no era un cetáceo como lo había anunciado en sus pastorelas; lo mismo hizo el Cura de Chilapa, por lo que cuando Morelos tomó aquella villa, mandó llamar a D. Isabel Castrejón, señora de aquel lugar que creía en estas patrañas: se hizo dar delante de ella un baño de pies, y al concluir el lavatorio, la dijo… *Suplico a V. me los vea bien, y note que son como los pies de todo hombre; que no tengo garras ni cosa que le parezca como la ha hecho creer su cura párroco*. No pocas viejas de Oaxaca salían a ver a los insurgentes por las ventanas, y a cerciorarse de lo que les había anunciado su obispo…Así se han burlado algunos de una inocencia y crudelidad digna de otra dirección y confianza. ¿Podrá llegar a mayor extremo de bajeza esta superchería?. Horas de diferencia libraron al Obispo. Logrose resolver a algunos españoles, y entre ellos vino el Teniente general González Saravia.

En la noche del 25 de noviembre en que entró el ejército americano en Oaxaca: se salió de la casa donde estaba oculto, llamó a las puertas del convento de Belemitas; pero no le quisieron abrir los legos: desesperado de no encontrar allí asilo, emprendió su viaje a pié, tomando a ojeo el rumbo de Guatemala; no habría andado 3 leguas cuando tuvo que recurrir a unos indios que encontró en el camino para que lo subiesen en un burro , pues no podía dar un paso de fatigado; mas en breve dio con una de las partidas de observación que le conocieron por su uniforme, y otros caracteres que mostraban muy bien que aquella era una persona principal. Conducido a la cárcel pública solicitó hablar con Morelos: mandole decir que era un general como el; pero no quiso prestarle audiencia. En vano ofreció dar hasta 40 mil pesos por su vida, pidiendo que se le pusiese en un puerto para ir a acabar sus días a España; Morelos se mantuvo inflexible. González Saravia mostró indignarse cuando se le fue a tomar declaración por el Auditor de guerra: respondió con bastante altanería a Morelos y a los suyos, de quienes habló como de unos bandidos e inmorales; estor eran re sabios de español, de viejo, de hombre

despechado que debieran verse menos como insultos, que como quejas de un afligido; parece que por el contrario se tuvieron como ultrajes dignos de expirarse con la muerte. Condenósele por fin a sufrirla, y la oyó con el desprecio de un hombre satisfecho e su buena conciencia. Hizo su testamento, y merece una mención particular el legado que hizo de su rosario…Déselo, V. le dijo, a su confesor, a mi hijo Miguel, y dígale que era de su abuelo, y esta caja a Ignacia la Iturribarria. Pusósele un tablado enlutado, en el mismo lugar donde fueron fusilados López y Armenta, primeros mártires de la libertad en Oaxaca, de quien hablamos en la carta 24 de la 1ª. época. Marchó al suplicio con denuedo: no quería que le vendaran los ojos, y cuando conoció que era llegado el instante de sufrir la descarga, dijo intrépidamente descubriéndose el pecho… *Echen balas, que estoy acostumbrado a recibirlas*...

Tal suerte cupo a un General hombre de bien, humano, religioso, de un corazón recto, digno de mejor fortuna, y víctima de la intriga de Venegas. Morelos conoció al fin mejor informado, que había obrado muy mal en este hecho, y a lo que entiendo le acompañó al sepulcro el pesar de esta ejecución. No nos hallábamos en el caso de obras como Leyba y Lannoy cuando hicieron prisionero a Francisco 1º en Pavia; pero si en el de oír a un hombre que trataba de sincerarse: a un jefe cuya historia era bien sabida en Oaxaca; a un General en fin, que había sido violentada para tomar el mando… El hombre se reputa inocente, hasta el momento mismo de su condenación, principalmente cuando a Saravia no podía deturpársele con hechos notorios de atrocidad indiscutibles del modo que Régules, cuya historia es ciertamente trágico cómica como va V. a ver en la siguiente exposición.

Metiose este como he dicho en el Carmen y con él otros varios españoles: el general matamoros, se encargó de registrar el convento: entróse en la celda del Fr. Félix, arriba enunciado, y allí encontró al europeo D. José Fuentes, hombre de pequeña estatura, y a quien le venía muy largo el hábito de dicho fraile, por esta circunstancia, y la de haberse dejado de fuera el olán de la pechera de la camisa, conoció Matamoros el engaño, sin necesidad de mandarle poner el rezo del santo del día como lo hizo con otros para descubrir la superchería: encontrále además el uniforme. Fuentes que se ve perdido, se le hincó, le pide la gracia de la vida, se la concede con condición de que le descubra a Régules: de hecho, marcha por delante: lo lleva a la sala de *profundis*, y cerca de ella había 2 ataúdes, uno sobre otro, tapados con petates viejos, y de este lugar fue

sacado Régules para venir dentro de breve a ocuparlo, y no de burlillas, sino hasta el día de la resurrección: lo presenta a Morelos, se le humilla, y hasta le ofrece servir de soldado raso ¡ay! Las víctimas de la Mixteca pedían en expiación su sangre, y era preciso acallar sus quejas con la vida de este sanguinario. Se asienta una declaración de aquellas atrocidades que sirve de proceso, y por ellas es condenado a morir, y la sentencia se ejecuta al pie del patíbulo de Saravia; pero no muere con la serenidad que este, sino lleno de temores.

La misma suerte corrió el D. Bernardino Bonavia, jefe de la Brigada, a quien pilló la partida de Montaño, en el pueblo de Tlacochahuaya; entrároslo en Oaxaca herido de la cabeza y de una pierna: nadie sintió su muerte, pues no fue útil ni agradable a ninguno de los dos partidos, sino muy cobarde. Fue también ejecutado el Capitán D. Nicolás Aristi que había dio a Villalta a contener un tumulto: prendiéronlo los indios, y ciertamente que merecía vivir: era un vizcaíno honrado, que en la Mixteca había procurado sofrenar en sus excesos a Régules; mas como en Villalta había sido años antes subdelegado, y había repartido a los indios, he aquí que tenía enemigos, y estos, procuraron vengarse de el

Si la humanidad se resiente de estas ejecuciones, también se alegra cuando recuerda los grandes bienes que .por otra parte trajo a la misma la entrada del ejército de Morelos en Oaxaca. Las cárceles de aquella ciudad estaban rehenchidas de hombres inocentes, y lo estaban también los conventos. En el de Sto. Domingo se hallaban preso el P. Talavera, que como dijimos anteriormente, fue hecho prisionero por Paris en las márgenes del Quetzala. Cuando se rompieron las cerraduras de su prisión se le encontró bajo de una ventana chica de ella, y esta zampada toda de balas que le tiraron los españoles en los últimos momentos de rendirse, desde la parte de afuera, para tener la satisfacción de que muriera. Matamoros lo dio en espectáculo haciéndolo subir y pasear a caballo por las calles de Oaxaca en el traje horrible en que estaba, es decir, muy sucio, en camisa y calzón blanco, y con la barba a la cintura…Casi en igual traje estaba D. Carlos Enríquez del Castillo, Subdelegado de Zimatlan, quien se dejó ver por las calles de la ciudad con un breviario en la mano, causando pavor a los que lo observaban. Al tiempo de abrazar a su mujer dio ésta horribles gritos, por que creyó que era algún fantasma el que se le presentaba salido de la región del duelo: así mismo apareció en no muy agradable catadura el subdiácono Ordoño, hombre que ha sufrido muchas prisiones, pero que ha hecho inútiles sus sacrificios. ¡Ah! ¡Que

fieros e inexorables son los españoles en sus venganzas! Por tanto la humanidad y la inocencia, vieron enjugarse sus lágrimas por la beneficencia de Morelos: su mano victoriosa trajo de un golpe con su espada las cadenas que oprimieron a los buenos y aun a los culpables: mandó demoler los socuchos y bartolinas en que gimieron: hizo destruir la horrible cárcel de Sto. Domingo, por medio de Matamoros, y proveyó a la subsistencia diaria de los presos de la ciudad, proporcionándoles carne y alimentos de que carecían.

Quedaron en Oaxaca mas de 300 españoles, de los que algunos fueron indultados, y otros conducidos a la colonia de Zacatula: no tocó a los bienes que administraban y eran propiedad de sus esposas americanas: mi familia participó de este beneficio, pues mi hermana Dª. María Bárbara, nada perdió de lo que era herencia de sus hijos, habidos en su primer matrimonio; sin embargo estos hombres ingratos con el caudal que salvaron proporcionaron en el año de 1814 una gruesa expedición al mando de D. Melchor Álvarez, que redujo a aquella ciudad a servidumbre muy mas cruel y sistemaza que la anterior. De estos solo murieron once en los ataques y revueltas, y los Oaxaqueños sellaron con su sangre, tonta inútilmente, el cariño que no debieran tenerles.

No es fácil fijar la cantidad de pesos a que ascendería el valor de lo tomado en Oaxaca en moneda, granas, ropas y alhajas preciosas; si en Guanajuato los soldados de Hidalgo vendían las barras de plata por cien pesos, en Oaxaca vendieron los de Morelos los zurrones de cochinilla por seis; compró muchos de ellos un D. José María Gris, que a pesar de la ganancia que hizo en este comercio, no contribuyó poco con su dinero al fomento de la expedición de Álvarez. Muchos oficiales de Morelos quedaron ricos, y más de lo que ellos tomaron por si, el General les distribuyó del Botín. A más de lo repartido cuando entró Álvarez en el año de catorce, todavía se encontraron en tesorería más de 130 arrobas de plata bajilla.

Entiendo que entre zurrones grandes de grana y sobornales chicos, pasaron los que se depositaron en tesorería de 800. Si esta riqueza se hubiera recibido por manos económicas, y sobre todo, por hombres leales a su nación, se habría comprado un grueso armamento y equipo de equipo por Coatzacoalcos de los Estados Unidos; se habrían formado cuadros de ejército con extranjeros, y se habría hecho una guerra terrible al enemigo, sin mayor gravamen de los pueblos; pero Morelos tenía pocos buenos

políticos consejeros que lo dirigiesen, y el ciertamente no conocía el suelo que pisaba, ni supo aprovecharse de sus ventajas, sin embargo, es muy plausible la conducta que guardó para el arreglo provisional de su ejército: sus medidas fueron del *momento*, pero acertadas. Instaló un gobierno a satisfacción del público de un modo popular y democrático: se colocó en la clase de último ciudadano: entendió que D. José María Murguía era reputado por el mejor ciudadano, y se sufragó con su voto para intendente. Celebró una solemne parentación a las primeras víctimas de la libertad de Oaxaca (López, Armenta y Tinoco) cuyos huesos hizo exhumar, y que se sepultasen en la catedral por el cabildo, convidando el mismo de primer doliente; respetó religiosamente las alhajas de las imágenes y templos, y ni aun osó quitarle a la de la Soledad el bastón y banda de Generala que los españoles le habían puesto de una manera ridícula para que les diese la victoria sobre él.

Hasta que no supo de cierto que el Obispo había pasado a Tabasco, no le ocupó su palacio. Mandó que se pagasen diezmos de la grana, suponiéndola fruto natural, y no industrial, por cuya causa estaba indultada por el gobierno español: esta providencia harto lisonjera para los canónigos, pues los hacía riquísimos, no bastó para a quitarlos y ganarlos a su partido; pues en la correspondencia secreta que durante la entrada de Morelos llevaron con el Virrey Calleja, obraron como los mas encarnizados enemigos, principalmente el Magistral D. Pedro jacinto Moreno y Bazo: debía grandes servicios a Morelos, y este le consideraba, porque había sido su maestro en gramática en Valladolid: temblaba cuando se le presentaba, pues siempre iba a recabar algún favor, así como también después temblaron los clérigos que en el año de 14 oran juzgados por este, elevado al empleo de provisor por haber seguido el partido de Morelos.

Continuaré. A Dios.

NOTA.- Aunque estoy en posesión de oír a los escritorcillos del bronce y sus baladros con el desprecio que la Luna los de los perros, por honor de esta obra desafío al *autor de la fuga y alcance del Payo del Rosario* (a quien llama gloria del Septentrión) a que me presente comprobada, siquiera una equivocación esencial en que yo pueda haber incurrido en la relación de unos hechos que en su juicio *son mas mentirosos que los que se leen en los libros de caballería*. ¡Ah! ¡Cuánto diera el autor de

aquel papelucho incendiario, por figurar al lado de los que jamás vendieron a su patria, de los que tuvieron carácter honrado, de los que no introdujeron la discordia entre los jefes, y de los que con un sistema de iniquidad constantemente seguido, se han colocado en la clase de la peste desoladora, que no cabe en ningún ángulo de la tierra, y de todos sus habitantes es anatematizada! Dios me entiende y el me entiende.

Cuéntase que estando moribundo el Poeta Calderón, le decía un jesuita. ¡Cuánto diera Vd. ahora por no haber compuesto sus comedias!... y el le respondió… ¿Y Vd. cuánto diera por ser autor de mis autos sacramentales?...

Lic. Bustamante.

México abril 5 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA DIEZ Y NUEVE.

Continuación de la carta anterior.

Querido amigo mío:

Los canónigos se despacharon de su mano todo el dinero que había en clavería en plata a la entrada de Morelos, creyendo que era llegado el último día de los tiempos. En cuanto a milicia estableció Morelos una gran maestranza, en el que fue convento de la Concepción, donde reunió las armas que pudo, y dirigida esta por D. Manuel Terán, se puso en un regular pie: vistió la tropa, y en esta parte dobló sus esfuerzos el General Matamoros con su brigada, pues era repulido para estas mecánicas.

Cuidó de alegrar al pueblo con corridas de toros para celebrar no solo su entrada en Oaxaca, sino la jura a la Soberana Junta Nacional, que a la sazón residía en Tlalpuxahua. Celebráronse dos fiestas muy solemnes, una de Ntra. Sra. de Guadalupe, en la iglesia de Belemitas, que tiene esta advocación, con asistencia de Morelos y de todo el ejército, y otra de gracias en Catedral, con *Te Deum,* en que predicó el Dr. D. José Manuel de Herrera, el mismo que nos oprimió durante el imperio de Iturbide, y para quien era muy fácil cosa cambiar de aspectos, y pasar de republicano exaltado, a realista despótico y absoluto. Este fue el primer director del correo del Sur que se publicaba allí, yo le sucedí en este destino.

Asimismo levantó el General Morelos dos regimientos provinciales, uno de infantería, y otro de caballería, o sea el antiguo batallón, y la caballería de los Valles. El primer cuerpo se puso a las órdenes de D. Jacinto Varela, el segundo estuvo a las mías cuando tomé posesión de la inspección general de caballería que me confirió, hallándome en Zacatlán con grado de Brigadier. Había puesto a este cuerpo bajo un pie regular de arreglo; pero precisado a abandonarlo porque se me hizo marchar al

congreso de Chilpantzinco con la representación de México, casi fue disuelto por la impericia del Coronel D. Juan Moctheuzoma Cortés, que quedó de gobernador interino de Oaxaca, y no era bueno ni para arrear una manada de guajolotes, como después veremos.

Como escribo para sabios y necios, serios y festivos, principalmente para curiosos, no creo que desagradará a estos copie aquí algunas de las poesías que se pusieron en dos arcos triunfales en Oaxaca cuando se hizo el juramento de obediencia a la junta suprema instalada en Zitácuaro: no tienen mérito sobresaliente; pero expresan la voluntad de un pueblo regocijado con su libertad.

Veíase en un lienzo una águila volando entre rayos y tempestades con esta inscripción.

Non pavet ad strepitus.

OCTAVA.

Esa ave que festiva y majestuosa
a quien ni el mismo fuego atemoriza
corta el aire ligera y ambiciosa
sin poder renacer de su ceniza:
Soberana se juzga, y no reposa
hasta tanto su intento no le avisa
que está cerca del sol, y allí resuelve
que al sol verá el semblante, o que no vuelve.

Un cazador tirando a un águila amarrada con uno cordeles en un nopal.

Pro morte libertas.

OCTAVA.

Detén ¡O cazador! inadvertido

el dardo de tu flecha disparada
que haz de quedar sin duda muy corrido
como tu presa quede libertada:
No rompas el cordel, porque a su nido
el ave ha de volar precipitada,
y allí repetirá, viendo su suerte,
me diste libertad por darme muerte.

Una águila enseñando a volar a sus polluelos.

QUINTILLA.

Te remontas con anhelo
y aun dudamos lo que vemos:
es muy rápido tu vuelo,
pero de ti aprenderemos
para volar hasta el cielo.

OTRA.

Una águila con una culebra en los pies apretándole el cuello.

No te aprieto porque quiero
sino por reflexionar,
que en un apuro tan fiero,
o hé de morir o apretar:
¿quieres que hágalo primero?.

Una águila defendiéndose de un dragón.

DECIMA.

Hacerte entender quisiera
lo inútil de tu desvelo
que eres fiera; más del suelo,

y yo lo soy de otra esfera:
Ya verás como ligera
de ti me voy alejando
tu te quedarás llorando,
y entre tus ayes prolijos
se reirán de ti mis hijos,
su libertad celebrando.

Una águila picándose el pecho y dando a sus hijos de su sangre para alimentarlos, y un dragón en ademán de querer devorarlos.

DÉCIMA.

Tan tirana pretensión
no podrán lograr tus iras
pues los polluelos que miras
tienen alta protección.
Aún conserva el corazón
raudales de sangre activos,
que aunque fueran fugitivos
sería su sed bien saciada,
pues si quedó inanimada
mis hijos volarán vivos.

Para no faltar a la exactitud de la historia, no debo omitir que Morelos hizo fusilar a par que a Bonavia, Régules, Aristi y González Saravia, a un huérfano criado de éste. Ofendido de lo que se había ejecutado con su amo, incendió un bando fijado de una esquina de orden de Morelos. Confesó de liso en llano su exceso. Se alegó por su parte el sentimiento que le ocupaba a favor de su señor, su menor edad, e incapacidad de causar una sedición. Morelos se mantuvo inflexible, e hizo realizar la ejecución.

Habríale honrado más que lo hubiese perdonado, y que hubiese prudenciado un hecho que aunque era en su esencia criminal, era disculpable, pues lo producía el amor a un amo que había hecho las veces de un padre. ¡Ay! El monstruo de la guerra civil, rompe todos los lazos, y

holla las más sacrosantas virtudes.

El partido español no se dio por vencido con la toma de Oaxaca; suscitáronse murmuraciones y alarmas entre los mismos jefes americanos, que supo sofocar con prudencia Morelos: notóse cierta rivalidad por parte de Matamoros; pero lo que llenó de escándalo fue la trama urdida por un fraile de cierta orden religiosa, que aun vive, y que no menciono porque sería preciso denunciarlo, y que muriera en el patíbulo.

Dirigía este hombre de pecado abominable las conciencias de unas mujeres y de dos léperos, a quienes había hecho creer que los americanos perseguían la religión, y podía matárseles sin cometer en esto crimen; antes por el contrario, se hacía en su concepto una obra loable y meritoria delante de Dios. Para ganar pues el reino del cielo se propusieron estos dirigidos hipócritas matar cuantos americanos pudiesen; atraíanlos uno a uno con halagos ofreciéndoles de comer o almorzar, y cuando el incauto entraba en la accesoria donde vivían, lo remataban a puñaladas y enterraban secretamente. Llegóse a entender este crimen, y como se averiguó que el fraile dirigía estas matanzas a *honra y gloria de Dios*, el Dr. Herrera como juez de la causa en clase de vicario general castrense, y después el Sr. D. José de S. Martín, actual diputado del congreso general de la federación, averiguaron que se habían cometido hasta 11 asesinatos del modo anteriormente indicado.

Este suceso nos hace inferir los muchos que de igual naturaleza y atrocidad se habrán cometido en España en estos últimos tiempos. ¡Infelices Pueblos ignorantes conducidos por tales asesinos! ¡Que trabajos no ha costado rasgar el velo con que se han ocultado vuestros derechos!

Mientras Morelos se dirigía para Oaxaca, sus enemigos presumían que se encaminaba para el rumbo del Sur, o que retrocedía sobre Orizaba: jamás creyeron que emprendiese la conquista de Oaxaca. Tal era la confianza que tenían en Régules. El teniente General Saravia dirigió a Llano un pequeño papelito que original tengo a la vista escrito de su puño en que le decía.... El dador de ésta va a saber de la salud del hermano Frasquito; pues Micaela se halla apurada, y necesita de sus auxilios.- González.-

El Comandante español D. Mariano Rivas le respondió.... Frasquito está bueno, y Micaela será bien auxiliada, pues va un buen facultativo.- *Rivas*.-

Ya veremos como Micaela murió en el parto, y el médico no pudo llegar a tiempo porque se le encojó una pata a su mula.

Estas alegorías no conocieron nuestros retóricos. Morelos contribuyó a adormecerlos escribiendo al Cura de Tehuacán una carta desde Cuicatlán en la que se queja del mal temperamento, y le asegura que regresaba a Tehuacán. Esta carta presentó el Cura al Comandante Olazabal, y aun se insertó en la Gaceta de México como un gran descubrimiento. Águila salió para Tehuacán de Puebla en 20 de Noviembre con el batallón de Asturias y de Marina, 350 caballos, un obús y dos cañones; pidió a Llano de Puebla 600 mulas, diciendo que en ellas remitiría los inmensos despojos que había encontrado, los cuales se redujeron a unas cargas de tabaco, 37 machetes viejos, un poco de cobre y dos cañones chicos inservibles con sus cureñas quebradas, y otras maritatas que no merecían la pena de exportarse, ofició a Régules, y le dijo que iba a atacar a Morelos con las mejores tropas de Europa.

El P. Sánchez a la noticia de su aproximación se retiró a Zongolica, y aunque el grande objeto de Águila eran las barras de plata, y destacó un piquete de sus dragones para que tomasen un corto número de ellas que se confiaron a D. Juan José del Corral para que las condujese a Oaxaca, nada pudo conseguir, pues dichos dragones fueron derrotados en la cuesta de Pala. Venegas nombró en estos días Comandante del Sur al brigadier Olazabal, y le encomendó la conducción de un convoy de platas para Veracruz, que salió de México el día 15. En él se le hizo marchar al Sr. D. Jacobo de Villa Urrutia, Alcalde del crimen de esta audiencia, sin haber dado más motivo que haber sido nombrado elector de la parroquia del Sagrario de México para la instalación del primer ayuntamiento constitucional que tuvimos.

La noche del día de la elección, los léperos de México se empeñaron en repicar a vuelo las esquilas de la catedral, y en recabar del Virrey que les permitiera hacer salvas con la artillería: resistióse constantemente a otorgarles la gracia, aunque de su bolsillo les dio dinero para que hiciesen un victor por las calles. Fueron pues con gran frasca a la casa de los electores a quienes hicieron mil expresiones de cariño. A la mañana siguiente se celebró una misa de gracias en la parroquia del Sagrario, a la que asistieron los electores, menos yo que fui nombrado por S. Miguel, pues previ el resultado de esta concurrencia por las zambras que observé cuando las revueltas del Virrey Iturrigaray:

Al día siguiente se acordó entre todos los electores que fuese una diputación a palacio a felicitar a Venegas su cumple años: fue uno de los nombrados, el P. D. José Manuel Sartorio, tomó la palabra, nos recibió el jefe en pie, nos trató peor que a cocheros, y no nos dijo más palabras que ésta.... ¡Grazias!... Se nos citó para la tarde a la diputación a fin de que todo el cuerpo de electores fuésemos de allí a palacio a dar los días al Virrey, como si no se hubiese hecho lo bastante por la mañana; apenas me recibió el intendente Mazo cuando sobresaltado nos dijo.... Retírense VV. SS. porque S. E. no puede recibirlos.... Las bocacalles estaban tomadas por cajerillos del parían armados y a punto de romper: hasta ahora ignoro por qué causa, y menos entiendo por qué el Virrey rehusó nuestra visita, supongo que sería por cobardía, y muchos creyeron lo mismo, fundados en que en aquella misma tarde aparecieron carteles prohibiendo la reunión de varias personas en la calle so pena de que les haría fuego.

Al día inmediato se puso preso a un N. Martínez, elector por la parroquia de Sta. Catalina, con achaque de que era pariente de D. Julián Villagrán, y se correspondía con él. Tomóse empeño por el gobierno y acuerdo de oidores en anular la elección pasada; pero no era fácil aunque sus vicios eran conocidos: más temiendo dar este golpe que les habría puesto en más cuidado que las ocurrencias anteriores, ya el gobierno procuró escamondar a los electores comenzando por Villa Urrutia, a quien sin formalidad de proceso se le hizo salir para Puebla. Venegas estaba a la sazón muy mal guisado con él, porque independiente de que no coincidía con sus ideas, supo por boca de su hijo D. Eulogio que condujo un correo de Puebla bien escoltado y a quien preguntó por las novedades que corrían, que Oaxaca estaba tomada por Morelos.

Andábanme muy cerca de los alcances para prenderme, pero a vista de lo ocurrido con el Pensador y Villa Urrutia, pian pianito tomé un coche la tarde del día 13 de diciembre, y me marché para Zacatlán, ocultándome en las inmediaciones de esta capital. No dejé de causar algún sobresalto a Venegas, quien puso en movimiento sus recursos para hacerme volver por medio del obispo de Puebla, y este por el del Cura de Zacatlán.

He corrido la suerte de ciertos gallos, que siendo chicos los hacen grandes en las peleas y les dan nombre; no obstante hice cuanto pude en obsequio de la libertad de mi nación, y aumenté los desvelos del Virrey y de su sucesor Calleja.

De todo lo ocurrido di cuenta al General Morelos a quien complació

tanto mi carta, que luego la mandó imprimir e insertar en el correo del Sur que se publicaba en Oaxaca, y además la remitió original al ayuntamiento de aquella ciudad con orden de que la archivase para honor de aquel pueblo. Siempre lo recibí de aquel hombre extraordinario, y mi mayor y más honorífico blasón será en todos tiempos haberme distinguido con su amistad. ¡Ah, vive Dios que no pasa día sin que tribute a su memoria los más tiernos recuerdos, y pida por su alma el descanso que deseo para la mía!

El día que vi efectuada la independencia recibió mi corazón un gran gozo, pero gozo a medias, porque no lo pasé en compañía de quien era uno de los más dignos de disfrutar de tan dulce fruición.

En aquellos amargos días (diciembre de 1812) tenía empeño el gobierno español en hacernos que eligiésemos regidores de aquella nación. Puso por tanto en movimiento todos sus resortes: Alégrome de decir que en vano para con la mayor parte de los electores, al mismo tiempo que siento decir que un eclesiástico reputado hasta entonces por los más virtuosos de ellos, cedió a las sugestiones del obispo Bergosa, y se vendió por obtener un beneficio curado.

He leído la correspondencia del Sur con Venegas en dicho mes de diciembre, y noto en aquel jefe un trastorno de ideas tal, que le veo obrar sin plan; tales eras las atenciones que le rodeaban; dará muy bien idea el parte reservado que en 21 de diciembre dio el gobernador del castillo de Perote D. Juan Valdés al gobernador de Puebla. «He de merecer a V. S., (le dice) se sirva dirigir a toda prisa al Excmo. Sr. Virrey, el adjunto oficio en que le pido pronto socorro de gente que baje auxiliar la villa de Jalapa, cercada por todas partes de reuniones de rebeldes, y será perdida con su guarnición si no se refuerza y baten las gavillas; pues habiendo hecho una salida sobre Coatepec, fue desgraciada, sucediendo lo mismo a otra división de cerca de 300 hombres de este castillo que hice salir para Ixhuacán de los Reyes, y tuvo que retirarse con alguna pérdida. Las reuniones son crecidas por Coatepec, Naulingo, las Animas, la Joya y S. Miguel del Soldado, y solo una fuerte división podrá batirlas y dispersarlas»

Para mejor inteligencia de esto, recuerdo a Vd. lo que tengo escrito en la carta 12 de esta segunda época.

Después de que Olazabal había acreditado que no era capaz de

hacer cosa de provecho, le vemos nombrar General del Sur, y ocupársele en que persiga a Morelos que era una de las empresas más difíciles.

Jamás llegó a verificarlo, y solamente se dejó ver (no sé por qué combinación) en el pueblo de S. Andrés Chalchicomula, de cuyos habitantes extrajo una crecida suma de dinero por contribución, y se llevó la plata de D. Nicolás Aguilar, que lo hospedó en su casa, como gajes de la memoria que haría de él cuando comiese. Águila salió de Tehuacán para Oaxaca el mismo día 25 de noviembre en que Morelos tomó a esta ciudad; iba orgulloso, más presto se le bajó la presunción. Llegó a Teutitlán del camino abandonado por el P. Coronel Sánchez, y allí encontró unas barras de plomo que hizo sacar del estanque de la casa en que aquel habitaba: he aquí el galardón de sus fatigas. Siguió adelante hasta el pueblo de Quiotepec, más las fragosidades del camino de que no tenía idea, y unos cuantos tiros que le dispararon los americanos desde un pequeño atrincheramiento que enfilaba al camino, le hicieron cantar con un poeta español.

Este pozo está muy hondo
y yo no me quiero ahogar,
y así me iré a contestar
con los del pico redondo.

Volvióse por donde había ido, y ya no pensó en tan ardua empresa. No dudamos que si avanza hasta Río Blanco es batido, o en el punto de S. Pedro Chicozapotes, pues Morelos cuidó de fortificarlos con regularidad.

El gobierno de México formó mucha algazara con la evacuación de la villa de Izúcar (hecha sin orden de Morelos). Creyó Llano que aquella plaza aun estaba muy fortificada: trató de enviar una expedición sobre ella al mando del Coronel de dragones de España Ayala, oficial estúpido, muy servil, e incapaz de hacer cosa de provecho: después se pensó en Armijo, el cual recogió cuantas mentiras pudo forjar una cabeza delirante, suponiendo que en la plaza había fosos, contrafosos, rebellines, puentes levadizos, etc., y formó su plan de ataque; pero la experiencia les hizo ve que no había nada. Pudieron estos oficiales haberse avergonzado de su credulidad y vano temor como D. Quijote cuando se vio chasqueado al reconocer el Batán con la luz del día, y que tan mala noche le había dado; pero seamos ingenuos, aquellos militares no se picaban de esto; por tanto, se aplaudió en gaceta la ocupación *pro derelicto* como si se hubiera

ganado en batalla campal.

Fue pérdida harto considerable para los americanos; pues era un gran punto de apoyo para sorberse la guarnición de Puebla: lloróla mucho Matamoros, principalmente viendo que la fidelidad de aquellos indios era tal, que hasta a Oaxaca iban a exhibir mensualmente la contribución que se les había señalado (yo testigo). Tratóse después en agosto y septiembre de 1813 de recobrarla; pero ya se dificultó mucho por lo bien que fortificaron la villa los realistas y se hacía necesaria una batalla, que al fin se habría dado, si el sitio de Coscomatepeque (de que después hablaremos) no hubiese empeñado a Matamoros en retirarse para dar la memorable acción de Agua de Quichula en que acabó con el hermoso batallón de Asturias.

Expedición mandada por D. Victor y D. Miguel Bravo sobre la costa de Xamiltepec contra los comandantes españoles Rionda, Añorve, Reguera y Armengol.

En fines de diciembre (1812) salieron de Oaxaca los Bravos, jefes de la cuarta brigada del Sur, he hicieron alto en el pueblo de Xuquila donde encontraron tres trozos de la quinta y sexta brigada del Sur del gobierno español, al mando de D. José María Añorve, D. Marcos Pérez y D. Juan Agustín Armengol; D. Miguel Bravo se situó en el cerro llamado de Tlachichilco con la mitad de la fuerza hacia el rumbo del sur, y D. Víctor en otro cerco inmediato al pueblo por el norte. A la mañana siguiente los realistas intentaron sorprender a D. Víctor, quien después de 4 horas de vivo fuego, fue auxiliado por D. Miguel, y lograron ambos poner en fuga al enemigo, a quien tomaron un cañón y poco pertrecho, e hicieron algunos muertos y heridos, teniendo de su parte los Bravos 3 de los primeros, y 14 de los segundos. Armengol se retiró a la cumbre llamada del Mapache, donde se situó por algún tiempo; marcharon los Bravos sobre él, y a la mitad de la jornada se les presentó un grueso de enemigos en el punto del portezuelo: a la mañana siguiente conocieron los americanos la dificultad que presentaba el ataque de aquella posición: parte de su infantería y caballería se destacó a cortar la retirada a Rionda que mandaba en persona aquel cuerpo, y el resto marchó de frente hasta el pie de la cuesta, donde se mantuvo hasta que acabó de encumbrar la caballería; pero divisada esta por Rionda, y penetrando el objeto de

aquella evolución, no esperó a que acabasen de subir los de abajo, ni a que llegaran al camino los de arriba, sino que abandonó el punto en dispersión por unas lomas pendientes hasta abrigarse en un bosque: con esta operación precipitada, abandonó todo el pertrecho de fusil, víveres y algunas cobijas.

Los Bravos continuaron la marcha hasta el punto de Zacatepec, donde Rionda tenía una emboscada en una loma zacatosa: chocaron muy luego los enemigos con la descubierta americana, hasta que llegó el grueso de la división y se empeñó un ataque que duró desde las 10 de la mañana hasta las 5 de la tarde, manteniéndose en sus puestos americanos y realistas, hasta que entró la noche y se retiraron los Bravos, campando en una altura donde esperaron el pertrecho que venía de Oaxaca. Los Bravos tuvieron en esta acción 5 muertos y 17 heridos. Pasados tres días, los americanos movieron su campo hasta llegar a Rioverde, y paso llamado de la Reina que presentaba muchos obstáculos, y además era mucha la agua y hondura.

La artillería enemiga estaba abocada y dirigida al paso indispensable: sus parapetos tenían más de 100 varas de largo, y seguramente pasaban de 1,000 infantes los que los cubrían, formados de 2, 3 y 4 en fondo. Por tanto, los Bravos dejaron en aquel punto una compañía de caballería para llamar la atención del enemigo, y que el grueso de su división caminase toda la noche como se verificó para poder llegar en la mañana del día siguiente, y pasar el mismo Río por el paso llamado de la Teja, suponiéndolo más practicable, pero no fue así, pues lo encontraron muy bien parapetado cubierto de infantería, y ésta protegida por un cañón de a cuatro.

Estaba comprometido el honor de los Bravos, y resolvieron emprender el ataque que duró el largo espacio de ocho horas (el día 10 de febrero de 1813). Ya desesperaban los Bravos del triunfo porque la defensa era obstinada, y puede decirse que se debió a una casualidad de la guerra. El mejor artillero americano fue herido de un brazo que se lo echó abajo una bala enemiga: mandósele retirar, y no quiso, antes por el contrario suplicó que en aquel estado miserable se le dejase continuar, dirigiendo la puntería de un cañón: hízolo de una manera muy certera, y desmontó la pieza enemiga. En este momento se aseguró en el campo de Rionda, que por el paso de Minillacua se acercaba una partida americana a cortarle la retirada, lo que lo acobardó e hizo fugar de aquel punto,

quedando la acción por los Bravos: entonces pasaron el río y siguieron el alcance. Para sacar todo el fruto de esta victoria, los americanos caminaron toda la noche con una hermosa luna, y llegaron a las cinco de la mañana a Xamiltepec, donde descansaron ocho días; a su llegada encontraron decapitados en el pueblo, a tres americanos que Rionda había tenido en la cárcel prisioneros.

Si las órdenes de Rionda se hubieran cumplido, tal vez los Bravos habrían sido derrotados antes de llegar a las márgenes de Ríoverde: el Comandante español dejo un destacamento en el cerro de Sta. Cruz a las órdenes del alférez D. Mariano González en el Río del limón, previniéndole que atacase a los americanos a retaguardia cuando le llamase la atención por el camino de Tepenislahuaca una partida ligera que mandaba D. Manuel Pérez; pero como estaba ausente el Capitán González de aquel punto, y por esto hubiese recibido las órdenes su segundo D. José Sopeña, no obró conforme a ellas.

Continuaré. A Dios.

México, abril 12 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE.

Continuación de la carta anterior.

Muy Sr. mío:

En aquel punto se reunió la división del P. Talavera que vino desde Tlaxiaco después de haber dispersado y hecho retirar de la cumbre de Sta. Rosa una considerable fuerza de realistas de las divisiones de la Costa que mandaban los oficiales D. José Alemán, D. Juan Diego Vejarano, D. Antonio Reguera, D. Bernardo Coyantes, y otros que después dieron no poco que hacer a los Comandantes americanos.

Reunida la tropa de Rionda con la de Paris en Ometepeque, y acobardados ambos Comandantes, solo trataron de retirarse hasta Acapulco, quedando el segundo en el castillo de S. Diego con los que quisieron seguirlo, y marchando el otro por Chialapa para México. En su tránsito por Espanta ruines, derrotó Rionda un destacamento americano puesto por el Coronel Vázquez débilmente, cuando debió tener allí reunida la fuerza para aprovecharse de las ventajas de aquel local donde habría sido prisionero, o rendídose a discreción. *El confirmatur* de todo lo relacionado lo presenta el General Armijo en un oficio que dirige al Virrey Calleja desde Izúcar de 14 de marzo de 1813 que tengo a la vista, y pertenece a su correspondencia secreta, dice lo siguiente:

«Exmo. Sr.- Acabo de recibir en este día una carta del Capitán D. Manuel del Cerro, escrita desde Ayutla en nueve del corriente, y es como sigue.»

«Muy Sr. mío. El 22 del pasado escribí a Vd. incluyéndole un pliego para su Exa., y ahora lo hago con otro, suplicándole tenga la bondad de dirigirlo desde ahí, esperando el portador su respuesta por ser muy interesante. En mi citada digo como nos hallamos acometidos de los insurgentes por cinco puntos, y derrotados completamente los de uno:

siguen los cuatro a la vista fortificándose: nuestras avanzadas se han batido posteriormente con las enemigas, matándoles algunos, y otras extorsiones de poca consideración: las ocupaciones del día no le dan lugar a extenderse a su más afectísimo amigo.- *Manuel del Cerro*. En tal concepto he tenido a bien mandar este pliego escoltado a cargo del Teniente D. Felix de la Madrid, que lo pondrá en manos de V. E.»

Los Bravos continuaron su expedición hasta llegar al pueblo de Asoyú, después de haber dado el indulto a cuantos lo pidieron, y devuelto las armas a los que juraron seguir fielmente la causa de la nación: juramento que muy pronto quebrantaron. De Asoyú se dirigieron a Chilapa el grande, y custodiaron aquella jurisdicción, no menos que los puntos del río de las Balsas, hasta que se tomó el castillo de Acapulco.

Tal es la aventurada expedición de Xamiltepec, que merecerá el aprecio debido a todos los que hayan visto aquellos lugares; pero que descrita por la modesta pluma de los Bravos ha pasado por una pequeña correría. Morelos quedó sin enemigos por la costa del Sur, y los pocos que quedaron tuvieron que reconcentrarse hacia Acapulco. Este punto no le podía ser indiferente a este General, ya porque hubiese sido el teatro donde se cometió contra él una perfidia que lo expuso a perecer; ya, porque allí comenzó su carrera gloriosa de las armas; por lo que sin duda se decidió a ocuparlo formalizando una expedición que creyó deber mandar en persona, expedición gloriosa pero inútil.

Expedición del General D. Ignacio Rayón a Ixmiquilpam.

El orden cronológico de los tiempos que no he perdido de vista, me hace retroceder hasta el 18 de octubre de 1812 en que atacó el General D. Ignacio Rayón el pueblo de Ixmiquilpam, defendido por el marino Rafael Casasola.

Los excesos de José María Villagrán (alias Chito) habían llegado a términos de hacerse insufribles: tanto él como su padre desacreditaban la causa que defendían, y la hacían odiosa: eran inútiles las medidas dictadas desde Tlalpuxahua, y así pareció al presidente de la junta que para cortarlos de su raíz, convendría visitar los puntos de Nodoo, Aculco, Hichapam y Nopala, pasando al mismo tiempo revista a los destaca-

mentos de tropa que había en ellos: por tanto Rayón salió con un cuerpo de infantería que mandaba el Coronel Lobato, un trozo de caballería al de Epitacio Sánchez, cuatro cañones chicos, y su escolta de caballería que había procurado formar de jóvenes emigrados de México de regulares principios, y de quienes se prometía formar un día militares útiles.

Era obstáculo para los progresos de la revolución en aquel departamento el Cura de Alfaxayucam, y por esto se decidió a separarlo de aquel punto, y trasladarlo a Tlalpuxahua, donde le trató con decoro y respeto. Propúsose al mismo tiempo remover de Ixmiquilpam el destacamento que ocupaba Casasola, probando previamente las medidas de moderación por medio de una intimación al Comandante enemigo, concebida en los términos siguientes: «No va a conquistar regiones extrañas, sino a libertar a sus hermanos y conciudadanos. Está demasiado penetrado del más ardiente amor a los pueblos para no olvidar la ingratitud con que el de Ixmiquilpam ha correspondido a sus designios liberales. No se trata de vengar agravios, sino de precaver los estragos de la resistencia.

Si ese pueblo emprende hacerla al ejército, o manifiesta intenciones hostiles, disparando un solo tiro, será castigado con una severidad que escarmiente a los que seducidos o pertinaces quieran imitar su ejemplo: sus habitantes sin distinción de calidad serán pasados a cuchillo; pero si dócil a las voces de la humanidad y de la razón rinde las armas, jura obediencia al gobierno americano, se presenta a la observancia de las órdenes de la suprema junta gubernativa, y lo verifica dentro del perentorio término de dos horas, que se le conceden para deliberar, será protegido y conservado en la posesión y goce de sus privilegios, tratado como fiel y leal pueblo, y sus moradores mirados con la consideración debida a los patriotas beneméritos, incluyéndose en ésta los mismos europeos que deben estar impuestos de la equidad y beneficencia con que siempre han sido tratados, cuya notoriedad y buena fe que nos caracteriza los asegura de todo recelo.

Dios guarde a VV. muchos años.

Campo sobre Ixmiquilpam, octubre 18 de 1812.

Lic. *Ignacio Rayón*.-

A los Sres. Párroco, Comandante y vecinos de Ixmiquilpam.»

La contestación que Casasola dio fue la siguiente:

Ixmiquilpam, octubre 18 de 1812.- A las siete y media de la noche.-

El Comandante de armas de este pueblo tiene gente, armas, municiones de guerra y boca, jamás se entregará a bandidos indignos de merecer, ni aun su firma entera.

Casasola.

Rayón antes de comenzar el ataque subió al cerrito llamado de la media luna con su escolta, y una compañía de granaderos y dos cañones: hallábase reconociendo aquella posición, cuando observó que se movían unos grandes arbustos que tenía al frente: entendió luego que era alguna avanzada enemiga que trataba de sorprenderlo, y no se engañó: ésta se aprovechó del momento en que los asistentes daban agua a los caballos de Rayón y de sus oficiales en el río inmediato, más en el mismo momento su escolta avanzó sobre el enemigo: dos cañones asestados sobre el camino, y los granaderos comenzaron a hacer un fuego tan vivo como certero, de modo que largaron la presa que llevaban, y muy pocos entraron al pueblo con vida. Casasola confiesa en su parte que le mataron al Capitán D. Mariano Negrete, y al Alférez de fragata D. Federico Alava (hijo del General de Marina español Alava.)

Empeñóse ya la acción por diferentes puntos, pues en ella se hallaron muy buenos oficiales y se distinguió mucho el P. Correa y Lobato: derribáronse todos los parapetos, y el enemigo solo quedó reducido a la iglesia, cuyo ataque demandaba más tiempo y artillería gruesa: había un cañón de calibre para batirlo; pero Villagrán había detenido la llegada de su parque a propósito, pues no veía de buen ojo este triunfo como adelante veremos.

También habían venido en auxilio el Coronel D. Casimiro Gómez del Cardonal, y multitud de indios de Zimapam, Tecosautla y otros pueblos, los cuales penetrando por el de Ixmiquilpam en momentos lo saquearon sin dejar ni un comal, ni un metate a sus moradores. Casasola pidió auxilio a Tlahuylilpam, Actopam, y Chilcuauhtla, pero de nada le sirvió este recurso. En estos críticos instantes recibió aviso por extraordinario Rayón, de que se acercaba el día de tratar con los enviados secretos de Venegas en la hacienda de Tultenango, por lo que trató de

hacer su retirada, cuyo buen orden aplaude Casasola, para quien fue esta ocurrencia la mayor ventura, pues había perdido más de 100 hombres de su guarnición. Rayón mandó al canónigo Velasco a que dispusiese lo necesario para hacer el recibimiento de los empleados, situándose en Monte Alto. Salida la división americana (no sin murmurar porque el triunfo estaba ganado) se adelantó Rayón con su escolta a Huichapan; mas apenas había entrado en el pueblo, cuando he aquí que más de 200 hombres de la guarnición de Chito Villagrán levantan los puentes levadizos del pueblo que estaba fortificado, tocan generala, y empiezan a conmoverse.

Muy luego entendió Rayón que aquel era un motín militar y que se obraba para matarlo o desarmarlo; ocurre a los cuarteles con su escolta, y su presencia sola impone a los amotinados: les reprehende su bajeza, les recuerda los excesos de Villagrán a quien en vano buscó para arrestarlo, porque se fugó cuando vio que no se había acobardado Rayón: los soldados se convencen: algunos lloran, y muy luego se calma todo: de modo que cuando llegó la división que estaba muy cerca, todo estaba tranquilo.

Rayón desarmó aquellos soldados y siguió su marcha para Tlalpuxahua y Tultenango. Venegas supo esta ocurrencia, y concibió desde entonces la más lisonjera esperanza de introducir el desorden y anarquía entre los miembros de la misma junta.

Antes de concluir esta narración debo advertir a V. que en su parte recomienda Casasola al Virrey, a *D. Carlos Bustamante*, Teniente de patriotas de Zimapán; no entienda V. que ese soy yo, nada menos, es otro de mi nombre, y no de mis ideas. Si se dieran ideas innatas de independencia yo diría a V., que las tuve desde que vi la luz del mundo, y que mi primer grito fue... *Libertad e Independencia.* Jamás he cambiado, ni titubeado, ni aun por un instante segundo en mis símbolos de fe católica y política.

En la carta de la primera época dije a V. que por acta de la junta de Zitácuaro se acordó que sus miembros se separasen por diferentes provincias, y que en ellas levantasen fuerzas con que oponerse al enemigo. Esta medida hija de la necesidad no fue del agrado del General D. Ignacio Rayón, pero cedió a ella. En aquellos días difíciles en que las desgracias llovían sobre nuestra patria, y cuando es escarmiento de los primeros héroes inmolados en Chihuahua y Durango habían hecho la más profunda

impresión de terror en los ánimos de todos, cada cual se mantenía en su casa, y ninguno daba la cara para afrontarse a los peligros.

Por tanto Rayón cuando instaló la junta aunque la eligió con voluntad de los departamentos militares convocados en Zitácuaro para ello, se acomodó con lo que ofrecía el tiempo: ni pudo cuidar de que los vocales de ella fueran hombres sabios en la ciencia del gobierno y de la guerra, bastóle que fuesen patriotas, y esta cualidad suplía el defecto de otras muchas indispensables. El Dr. D. José Sixto Verduzco, Cura de Tusantla, selló su patriotismo con grandes padecimientos en las cárceles de la inquisición de México, y aun este tribunal lo habría llevado hasta el presidio de Ceuta a que lo había condenado, si afortunadamente no se jurara en el año de 1820 la constitución de España, y por cuyo beneficio fue puesto en libertad. Verduzco ni Liceaga tenían los tamaños necesarios para desempeñar la comisión ardua que recibieron; pero hicieron lo que pudieron, y la patria reconocerá en el primero sus deseos de servirla, y le agradecerá las acciones que merezcan gratitud.

Sigámosle por ahora los pasos buscándole por la provincia de Valladolid

Marchó pues para Uruapan de Michoacán, asociado de unos cuantos oficiales y del canónigo Velasco, que llevó de secretario: organizó allí una división de cerca de mil hombres de todas armas, contando para ello con las rentas de la provincia, haciendas de particulares europeos y americanos traidores, y otros recursos. Encargáronse de la disciplina de este cuerpo algunos sargentos desertores del ejército del rey como *Chafino,* y algunos oficiales. Verduzco era de suyo empeñoso, áspero de genio, y muy propio para activar las labores de sus subalternos como el más eficaz sobrestante; no es mucho pues que dentro de poco tiempo fundiera cañones, tuviera un regular parque, y su tropa formase una división respetable: faltábale una cosa, (y no de poca monta) un buen jefe que la mandase.

La primera acción que se cuenta de esta tropa fue el ataque que el canónigo Velasco dio con 140 hombres en las inmediaciones de Patz-cuaro a una partida del Comandante Linares, segundo de Truxillo, en las lomas que llaman del Calvario; acción memorable por haber perdido en ella los americanos a Rosales, hermano de D. Víctor, hombre de espíritu,

y digno de mejor suerte. Velasco se retiró al cuartel general de Uruapam, y al siguiente día salió de este punto Verduzco con toda su tropa para Apatzingam, pues no se hallaba capaz de resistir los ataques de los realistas: ocultó algunos cañones que al fin tomó el enemigo, y mucho cobre, juntamente con el director de su maestranza D. Pedro José Torres. De allí pasó Verduzco por el mal clima a Tancitaro, donde tornó a platear una maestranza cuyo edificio se le vino abajo, y por poco lo mata: la contusión le causó una enfermedad que lo imposibilitó de obrar por mucho tiempo. El enemigo supo esta ocurrencia, y procuró aprovecharse de la ocasión: por tanto Negrete marchó con 800 hombres en compañía de Quintanar el 19 de septiembre de 1812. Verduzco se pasó a las barrancas de Aguanito a seis leguas de Uruapam, donde el enemigo le puso en dispersión, tomándole tres cañones y algún parque: situóse después en el rancho de *Matanguaran,* a dos leguas de Uruapam, donde reunió muchos dispersos. Retirado Negrete a Zamora, volvió Verduzco a Uruapam donde se repuso completamente de sus anteriores descalabros que en breve volvió a sufrir, pues en 26 de octubre le atacó el mismo General Negrete, sorprendiéndolo en el pueblo a la una de la tarde: apenas tuvo tiempo para situar unos cañones en dos calles, pero muy pronto fue flanqueado por otras: hiciéronsele muchos prisioneros que fueron fusilados al día siguiente; en la acción murieron más de treinta, los demás se dispersaron.

Negrete quemó dos casas, una de las Sras. Gutiérrez de Uruapam, y otra de D. Manuel Diego Villavicencio, Mayor de aquella división derrotada. Verduzco tuvo muy oportunos avisos de la aproximación de los enemigos, o al menos la llegó a entender por lo que le informaban sus ojos, pues veía que sus soldados se retiraban. Su carácter duro e inaccesible no permitía que se le hablase de un peligro; calificaba el aviso de cobardía, y así es que ignoraba los peligros que le rodeaban hasta que no se veía envuelto en ellos. Un compañero de Verduzco, y que se halló en estas revueltas me ha contado la siguiente anécdota, digna de la historia de la apatía. En el momento (dice) en que nos dispersaron en Uruapam, se fue Verduzco a Tareta, hacienda de los PP. Agustinos, que distaba cinco leguas. En la noche de este mismo aciago día, hizo Verduzco que le tocasen una guitarra, y oyó con gusto cantar unas boleras: a la mañana del día siguiente se ocupó en torear un borrego mocho. De Tareta pasó Verduzco al pueblo de Ario, y en él reunió las divisiones de Montaño, Vedoya, Víctor Rosales, Rodríguez, P. Carvajal, Muñiz, Suárez, Arias y Sánchez, componiendo éstas el total de más de

2,500 hombres bien armados.

En Patzcuaro se completó la reunión, y ésta tomó el siguiente orden de marcha para correr el albur en Valladolid. A Jesús Huiramba: a Santiago Undameo. Al llegar al puesto de este nombre salió Concha con una descubierta de 200 caballos, a la que se afrontaron algunos oficiales sueltos de Verduzco de los muchos que llevaba, saliéndole por una paralela, y no solo la fatigaron, sino que fueron en su alcance hasta la garita de Sta. Catalina, dando muerte a un español europeo llamado Cosío. Campó el ejército de Verduzco en las lomas de Sta. María, a media legua de Valladolid, (día 30 de enero de 1813) y aunque esta plaza hizo algún fuego, no se le contestó. Ya no estaba en ella D. Torquato Truxillo, pues se había retirado desde el 24 de diciembre para México cargado de crímenes y de dinero, y había quedado en su lugar el Teniente Coronel D. Antonio Linares, que sabiendo diez días antes la aproximación de esta fuerza había tomado sus medidas de defensa situando artillería en los puntos exteriores, y cortaduras interiores, y haciendo venir varios destacamentos de a fuera como el del Coronel Orrantia, con el de la Galeta para engrosar la guarnición.

Cuando el General D. Ignacio Rayón entendió que Verduzco proyectaba este ataque, le previno que lo suspendiese hasta su llegada; conocía por experiencia muy funesta su mala suerte, y temía que se aventurase causando una gran pérdida de mucha trascendencia a la causa de la nación. Verduzco que se prometía un éxito favorable, y contaba con la gloria del triunfo, no quiso partirla con su compañero, y tal vez esto puso espuelas a su deseo de atacar. Esta reflexión es muy digna de tenerse presente para la historia de los sucesos posteriores.

Pocos días antes de emprender el ataque llegó el General Anaya al campo de Verduzco, y aunque por su graduación y regulares conocimientos debió distinguirlo y oír su voto en cuanto al ataque, no lo hizo. Cuando partió el ejército, Anaya lo siguió de mero espectador; pero no pudiendo contener su inclinación al ver que salió Concha con la descubierta dicha, trazó el plan de su ataque que surtió buen efecto, y no habría quedado ni un realista si Verduzco le hubiera dado su bella escolta de más de 100 hombres selectos que llevaba como se lo pidió. Este pequeño triunfo le hizo a Verduzco conocer que le sería útil emplearlo. Comenzó pues el ataque general a las 6 de la mañana siguiente, rompiéndose los fuegos al son de una música marcial. Dióse el centro a la

división de D. Víctor Rosales, colocándose este por la garita de Sta. Catalina, que era el punto principal de ataque: la derecha al General Muñiz por el rumbo del suroeste, y la izquierda al norte al P. Navarrete.

Cuando ya estaba empeñada la acción, Verduzco mandó a Rosales que diese el mando del centro a Anaya (según informa éste) quien procuró concentrar sus fuegos y batir con un cañón de a 18 el fortín de Sta. Catalina, repechando un trozo de infantería como de 300 hombres en una cerca para entrar con ella por la brecha que se prometía abrir luego que estuviese practicable. Muñiz y Navarrete se entretuvieron en escaramucear, alejándose él hacia la hacienda del Rincón, y el segundo por Chicacuaro favorecido por el río grande. Sería la una de la tarde cuando una partida de 60 dragones al mando de D. Pablo Vicente Sola salió a hacer un descubrimiento sobre Muñiz por el rumbo de S. Pedro; más he aquí que en este momento sin motivo ninguno, y después de haber mostrado bastante serenidad echó a huir el Capitán Lubiano de tierra caliente, y comunicándose el pavor sobre la tropa del centro la puso en fuga sin poderla sus jefes contener: entonces la plaza hizo una salida que aumentó el desorden haciendo gran mortandad en los dispersos, de cuyo estrago solo se libró el P. Navarrete, prevalido del río grande, y así es que se retiró sin pérdida alguna.

El alcance siguió hasta Cóporo por el camino de las lomas, y hasta Cuincho por el de la hacienda de la Huerta: toda la artillería, más de 200 hombres, y 138 prisioneros fueron presa del enemigo, pero el jefe de éstos no osó fusilar a ninguno, protestando que no quería manchar tan gloriosa victoria con sangre de estos infelices: esta conducta hará eterno honor a Linares, y ciertamente que no la habría guardado su antecesor Truxillo.

En el centro de la división jugaron 6 cañones chicos calibre de a 4 manejados por unos niños de Uruapam que mandó D. Ramón Arriaga, niño de 15 años, y ciertamente que no lo hicieron mejor ni con más brillantez y denuedo los artilleros de las demás baterías.

Por semejante desgracia Verduzco marchó para Puruandiro, y se fortificó en la hacienda de S. Antonio; marchó sobre él el Comandante D. Pedro Antonelli de Valladolid, y lo sorprendió a la una de la tarde, tomándole hasta sus equipajes y el vestuario de su tropa sin estrenar, saliendo el mismo Verduzco en pechos de camisa montado en un caballo en pelo. Hízose gran destrozo en los fugitivos, más como hubiese tomado Antonelli 98 prisioneros se compadeció de ellos, les hizo dar libertad y

además un peso; más éstos poco agradecidos a una generosidad inesperada, se subieron a la cima de un cerro inmediato a fuer de ruines, y comenzaron a gritarle... *Antoñuelo toma tu peso...* no de otro modo que los galeotes se burlaron de D. Quijote, a cuya generosidad caballerezca debía el haber roto sus cadenas, y escapándose de ser llevados mal de su grado a las *gurapas,* o sea las galeras según su lenguaje.

El presidente de la junta Rayón, no podía mostrarse insensible a esta serie de desgracias: habíaselas vaticinado la experiencia, y varios de los comandantes que en fuerza del mandato de Verduzco habían marchado a reunírsele, y le habían suplicado se pusiese en marcha, ya sea para impedir este ataque de Valladolid, o al menos para arreglarlo del modo posible. Hallábase en Zinapecuaro Rayón, cuando supo de su mal éxito, y apenas llevaba consigo un corto número de tropa, y salió en solicitud de Verduzco que había marchado para Urecho en compañía del Cura Delgado; pero antes se fue a Patzcuaro donde Rayón quiso oír las exculpaciones que diera a los siguientes cargos:

1º.- Haber dado la acción sin preceder un plan de ataque, consultado con una junta de guerra.

2º.- Haberla emprendido sin consultar igualmente al presidente de la Suprema Junta Nacional, que la habría protegido con fuerzas para no comprometer el honor de la nación y sus armas.

3º.- Haber expuesto temerariamente toda la tropa, atacando a pecho descubierto una plaza fortificada por principios militares, favorecida de un local ventajoso, y guarnecida con más de mil hombres.

4º.- Haber hecho grandes sacrificios de los pueblos que sufrieron inútilmente los gastos de expedición tan dispendiosa sin consultar en nada para ello a la junta.

A la sazón que se purificaban estos puntos, una expedición de Valladolid suspendió su examen marchando sobre Patzcuaro, y causando una dispersión entre los vocales: dirigióse al punto de Xaujilla donde atacó al P. Navarrete que estaba allí fortificado. Para apoyarlo y reforzarlo como era justo mandó Rayón que viniese un grueso de tropas del punto de la balsa al mando de D. Francisco Solórzano: efectivamente, cumplió éste con la orden, pero Verduzco dio aviso a Liceaga su compañero de esta medida, haciéndole creer que se dirigía a prenderlo, cosa que no era de extrañar y si más que probable entonces. Liceaga asaltó a la tropa de

Solórzano en la hacienda de Sta. Efigenia, dándole un albazo en que murieron más de 20 hombres: les ocupó sus armas y monturas; y consumó una obra de iniquidad que preparó, y al fin produjo la esclavitud.

Ofendido el General Rayón de este procedimiento, se retiró a Tlalpuxahua, y determinó que ambos jefes fuesen desarmados, o al menos entrasen en sus deberes para no ser como eran el azote de los infelices pueblos mandando en ellos como árbitros soberanos.

Más antes de continuar esta desagradable relación volvamos al orden cronológico, y digamos lo que ocurrió en fuerte Liceaga, fundado por el vocal de este nombre en la laguna de Yurirapundaro.

En las gacetas núms. 343 y 344 de seis de enero de 1813 se hace una breve descripción de esta Isla (de cuya exactitud no salgo fiador por ser muy sospechoso su autor) dice así:

«La laguna tiene de 55 a 60 mil varas de circunferencia más que menos: su profundidad en las inmediaciones a la Isla es de 3 hasta 7 varas: la distancia desde nuestro muelle o embarcadero a ella, es de 1,000 a 1,200; por el intermedio pasa un arroyo que dificulta considerablemente el tránsito. La Isla tiene en todo su circuito una muralla o sea cerca de piedras como de 2 varas de altura, y competente espesor con 132 merlones de 14 a 16 varas de distancia en que pensaban colocar cañones, y lo habrían verificado pronto por la facilidad que tienen en fabricarlos.»

Continuaré. A Dios.

México, abril 21 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE Y UNA.

Continuación de la carta anterior.

Descripción de la isla del fuerte de Liceaga.

Muy señor mío:

En el circuito hay una estacada entretejida con ramas espinosas, distante de la cerca como 15 varas. En muchos parajes tiene fosos de bastante latitud y profundidad: su guarnición es de 200 hombres y los operarios con que también contaban. Tenían bien distribuidos en batería los 8 cañones que manifiesta el estado que acompaño...

La Isla del Este (dice en el mismo parte Iturbide) tiene 1,065 varas en circunferencia, amurallada con una cerca de piedra de dos varas de alto, la cual tiene 71 merlones, y a la parte exterior de ella un foso de dos varas de ancho, y dos y media de alto, y a las 15 varas una estacada con ramas de espino entretejidas.

La del Oeste tiene 919 varas de circunferencia con su muralla, foso y estacada en la misma disposición que la del Este con 61 merlones.

Para la comunicación de una y otra Isla se halla una calzada de 187 varas de longitud, y 3 de latitud con muralla, foso y estacada por ambos lados, con la misma disposición que la de la circunferencia de las islas con las que se comunica.

Por semejante relación conocerá V. que para constituir esta obras se hicieron grandes gastos, no menos que para fundir y situar allí la artillería, surtimiento de víveres, galeras, talleres de maestranza, etc.

El gobierno había encargado la ocupación de este punto al Brigadier D. Diego García Conde, el que creyó que a nadie confiaría mejor la empresa que a D. Agustín de Iturbide, joven devorado del deseo de adquirir gloria y nombradía en servicio de esos españoles a quienes hoy

se persiguen en su obsequio, aunque para ello se necesitaría destruir la mayor parte de los americanos, pues por llenarse de galones y perendengues ya había hecho no pocos servicios desde el año de 1809, en que expedicionó sobre Angangueo para prender a D. Luís Correa, Lic. D. José María Izazaga y D. José María Tapia (aunque su pariente) por causa de la junta que Izazaga formó en Zitacuaro de acuerdo con D. Mariano Michilena, P. Fr. Vicente de Sta. María, Capitán García Obeso y otras personas que trataron de hacer independiente esta América.

Situóse pues Iturbide en el campo llamado de Santiaguillo enfrente de la Isla, a medio tiro de cañón, bajo el abrigo de una pequeña loma que se eleva un poco sobre la superficie de aquel campo. Liceaga que era de sumo medroso, desocupó la Isla dejando en ella al subdiácono D. José Mariano Ramíres, en quien siempre admiré buenas disposiciones para puntear una guitarra y divertir un estrado de damas, y no tenía otras. Liceaga cometió el error de sacarse la tropa, dejando en el fuerte a los prisioneros que tenía, los que se dieron buena maña de intrigar con Iturbide para recobrar su libertad; bien lo da él mismo a entender en su parte por estas palabras... *«Fue preciso valerse de muchos ardides, cuya relación no contemplo interesante para este lugar, y el resultado lo hará inferir a los entendimientos claros, imparciales y sin preocupación.»*

Confirma este mismo concepto el estado de armas tomadas en el fuerte, que se redujeron a 21 escopetas servibles: 3 fusiles, y un cañón de buen uso: 2 id. sin llave: 12 carabinas servibles: 6 cañones de carabinas: 3 pistolas, una sin llave: 6 trabucos: 7 machetes, y pare V. de contar. Este no es armamento para 200 hombres que dice custodiaban la Isla, y era su guarnición.

Cuatro meses antes había sido entregado por igual causa a los españoles el castillo de San Felipe en Venezuela, pues es bien sabido como decía Filipo de Macedonia, que no hay fortaleza intomable como haya un caminito por donde pueda pasar un asno cargado de oro.

Sin embargo de esta prodición Iturbide hizo allí ejecuciones militares, tal vez en los mismos que lo llamaron: de ellas nada dice, aunque siempre se gloriaba de echar a centenares a los infiernos... a los *excomulgados*... D. Ramón Rayón que ocupó meses después aquella misma Isla, exhumó la osamenta de más de 60 personas, y les hizo honras funerales en la iglesia del pueblo; hecho que Iturbide tuvo por un crimen (como tan religioso que era, pues eran *excomulgados*), por el que le

suscitó una persecución al cura, y motivó muchas contestaciones por escrito con Rayón, pues Iturbide la echaba de sabio y de muy leal vasallo de Fernando VII, por cuya corona protesta en sus partes que trabajaba, no de otro modo que cierto santurrón enamorado cuando cantaba a su querida esta copla:

Vengo de las capuchinas
de rogar a Dios por ti,
que te libre de los hombres
y te guarde para mí.

Espero, dice, a García Conde, (en la conclusión de esta parte); se sirva V. S. poner en consideración de la superioridad las fatigas de estos afortunados individuos que olvidados de la molicie, separados de los vicios y apatía punible en que yacen muchos, solo piensan en trabajar por la conservación de la sagrada religión que profesan... por asegurar la corona en las sienes de su legítimo soberano, y por restablecer la paz....

Esto es materia de risa, y mucho más si se reflexiona sobre lo ocurrido después con Iturbide desde el año de 1821 hasta 11 de abril de 1823, en que lanzado del imperio por quine entonces mataba a los hombres, fue llevado a Italia. He aquí una mezcla horrible de atrocidades, de fanatismo, de lealtad, y una confusión de principios escandalosamente contradichos por el mismo. ¡Dios y Belial en una misma ara!... ¡O América en qué manos ha estado tu suerte! Compadézcola, y pido al cielo te preserve de caer segunda vez en ellas!

Aunque las gacetas están llenas de partes gascones de los comandantes subalternos del general D. José de la Cruz, datados en octubre de 1812, no merecen ciertamente la pena de analizarlos: no pasaron de escaramuzas de poquísima consideración y trascendencia a la causa de la revolución: solamente merecerán que nos detengamos por unos instantes en la acción dada por el General D. Juan José Olazabal en Puente del Rey al Brigadier D. Nicolás Bravo, en 14 de enero de 1813.

De ella no tenemos más que una relación forjada por el Virrey, inserta en la gaceta núm. 368 de 4 de marzo de 1813, y por la que resulta que Olazabal tuvo 10 muertos y 30 heridos; pero he podido averiguar, y aun oído de la misma boca del Sr. Bravo y de sus ayudantes, que habiendo salido de la provincia de Tehuacán con un puñado de soldados,

resolvió situarse en dicho Puente del Rey, donde logró reunir 300 indios de infantería y 200 caballos que situó a retaguardia, ni podía por entonces reunir más fuerza. Olazabal se presentó con 1,500 infantes de varios cuerpos, rompió el fuego a las ocho y media de la mañana, y a pesar de que fue recibido con serenidad, multiplicó temerariamente sus cargas hasta cerca de los parapetos; así estuvo empeñando los ataques por espacio de todo aquel día, hasta que viéndose con una pérdida que no bajó de 500 hombres, se retiró a pesar suyo para Xalapa. Entonces la caballería de Bravo viéndole caminar en desorden, le cargó reciamente por la cuesta de la Calera, y aunque le hizo no poco estrago, Bravo tuvo la desgracia de que saliera muy mal herido un Capitán costeño, llamado Zuzunaga, que murió después.

Encaminose Olazabal hacia el vado de Apasapa, donde llegó el día 26, y se dirigió por Jacomulco, y el 5 de febrero logró entrar en Veracruz, de donde salió el 11. Bravo creyó que escarmentado Olazabal no intentaría volver por el Puente del Rey, sino que se dirigiría por el paso llamado del *Pinillo*; así es que marchó a situarse a él; pero engañado en su cálculo pasó al fin Olazabal por dicho puente, sin que tuviese el menor tropiezo habiéndosele reunido en Veracruz varios piquetes de Zamora, Castilla, Lobera, batallón de infantería de línea de Fernando VII, y una compañía de dragones venidos de España de más de 100 hombres de fuerza, con lo que multiplicó la suya.

En el ataque del Puente del Rey admiró Bravo el denuedo con que especialmente le atacó el batallón fijo de Veracruz, que despreció allí la muerte con el brío que no lo hizo otro cuerpo.

Es bien sabido que esta tropa se surtía y mantenía de reclutas de México, y de gente la más pérdida, o sea criminal, que entonces se conocía. Como la tropa bisoña de Bravo no sabía los efectos de los obuses, sucedió que como muchas granadas reventaban en los principios detrás de los puntos donde estaba situada, creyeron que eran atacados a retaguardia, y fue necesario todo su ascendente sobre ella para contenerla y que no se pusiese en fuga.

Tal es en suma la historia de este suceso memorable, y que ha dejado gran nombradía en aquella costa.

En el duplicado del parte que Olazabal da al Virrey en 15 de marzo, se ve escrita una posdata de éste, de 5 renglones que no he podido

entender, pues están formados con caracteres de cifra, y su clave me es desconocida.

Aspecto político de México en aquellos días.

En 4 de marzo (1813) tomó posesión del virreinato el general Calleja; no fue necesario para nombrarle Virrey más renglones ni formalidades que las que escribió D. Quijote en Sierra Morena cuando expidió el libramiento de los pollinos a favor de su escudero contra su sobrina. Tal es el real decreto de la regencia de Cádiz de 16 de septiembre de 1812 inserto en la gaceta núm. 368 por el cual pasaron los mexicanos de las manos de un Califa las de otro más cruel, como siervos destinados a las obras de un trapiche. Veamos el ensayo de su ferocidad en la carta que dirigió al General Olazabal en que aprueba que hubiese reducido a pavesas el antiguo pueblo de Veracruz, o llámese la antigua... Son muy merecedores (le dice) del severo castigo que V. S. hizo ejecutar en la antigua, reduciéndola a cenizas, los pueblos que como este permanecen en la obstinada rebelión que devora la N. España. ¡Bellos principios por cierto, y los más propios para atraer los corazones de sus gobernados!

Desde este instante se entregó Calleja sin reserva a la dirección de *Villamil*, su secretario, a la del Canónigo *Beristain*, Padrino de los hijos que dio a luz su esposa, y del célebre poeta *Roca,* de quien hemos hecho bastante memoria. Ya se sabe que en estos tiempos los gobernantes procuran llamar la atención de los pueblos por medio de una proclama; nada es más célebre que el exordio de la de Calleja. Todos sabíamos cuanta era su ambición y los resortes que pulsaba para suceder a Venegas en el virreinato: las juntas que se celebraban de noche en su casa con asistencia de algunos veracruzanos de aquel comercio, y de los que se decían sus apoderados; sin embargo tiene la imprudencia de exordiarnos diciendo: «Cuando libre de ambición y envidia estaban reducidos mis deseos a sacrificarme por la patria como uno de sus guerreros, sin que mi mano empuñase sino la espada, la patria misma por su *espontánea* voluntad ha confiado a mi celo las riendas del gobierno de estos países, llenándome a un tiempo de reconocimiento y de temor, al ver el exceso de su generosidad y la debilidad de mis fuerzas... Sin solicitarlo ni poderlo esperar he visto sobre mí tan inmenso cargo.»

En tamaña cuita invoca el auxilio de los buenos: invectiva contra la revolución y sus autores: describe la ruina de las ciudades; la devastación de los campos; el demérito de la agricultura, la parálisis del comercio y todos aquellos infortunios de que él fue uno de los primeros autores... Que cesen (dice) de una vez esos malignos odios que no deben tener lugar en pechos españoles: que se apague esa fanática enemistad que fundada en meros caprichos produce daños incalculables sin pronosticar un solo bien, y la santa paz renacerá entonces, cuando no haya entre nosotros más títulos que los de *españoles y hermanos.* Añade que ya no hay motivo que justifique la revolución pues todo ha desaparecido a un golpe a impulso de la constitución, de ese precioso fruto de los afanes y de la sabiduría del congreso nacional. Yo voy en fin (dice) a poneros en entera posesión de los bienes que en sí encierra, y seré el primero en observar celosamente sus preceptos... Para consolarnos de que no solo nosotros fuimos esclavos, sino también los españoles, pregunta: (porque es consuelo de tontos el mal de muchos) ¿Quién no era esclavo en aquel tiempo de corrupción y de perfidia? ¿Eran acaso los peninsulares más felices que vosotros?

No tardó un año en volverse este mismo jefe contra esa constitución tan beneficiosa y justa: apenas llego a entender que el Rey no la había jurado, cuando de oficio y sin aguardar sus órdenes la echó abajo, disolvió en brevísimos instantes el ayuntamiento constitucional de México, y después de habernos declarado que sin la constitución estábamos injustamente esclavizados, nos volvió a la servidumbre, pues nos hizo de nuevo la guerra porque no queríamos volver a ella. He aquí en lo que terminaron tan magníficas promesas, hechas con la misma sinceridad y buena fe con que el milano presentó a las palomas un grandioso plan de ventura para que lo jurasen Rey, y acabar con ellas en 4 días. De este modo indigno se nos ha tratado, y así hemos sido el juguete de los pícaros mandarines españoles.

Calleja puede tener la satisfacción de que sus pomposas cláusulas no engañaron ni a un solo hombre, porque todos le teníamos bien conocido; pero su impudencia llegó al extremo de manifestar la tiranía opresora de su gobierno con la nota de causas despachadas por estos tribunales, inserta en el núm. 371 (gaceta de marzo de 1813) que dice así: «De los estados formados para dar cuenta a S. M. del despacho de la sala del crimen de esta real audiencia en el último trienio resulta, que se han despachado 9080 causas con 14,835 reos de los cuales han sido

condenados a pena capital 12; a presidio 530; a obras públicas 1,592; a cárcel 349; a casa de recogidas 1,116; a destierros 30; a hospicios 14; al servicio de armas 2,786; al de la marina 600; puestos en libertad 6,743; se han indultado 1,063.

NOTA.- En este número no están incluidas las causas de la junta de seguridad, despachadas en los 2 últimos años de 1811 y 1812 por los mismos señores ministros de la real sala, cuyo número y trabajo ha sido quintuplicado por lo menos del de este tribunal.... ¡Y las actuaciones de las juntas de seguridad de las provincias, a cuanto llegarían? Es menester confesar a vista de esto que nuestras ciudades y poblados eran en aquellos días tristes, otras tantas cárceles, y que puede decirse de ellas lo que otro del mundo, que era una gran jaula de locos, y aquí de cautivos.

Algún día presentaré a la nación (aunque en pequeño) un extracto de las relaciones que se hacían al gobierno por los comandantes militares del espantoso catálogo de infelices que fusilaban a sangre fría, y sin tela de juicio ni aun aparente.... ¿Y todavía halla el inicuo gobierno español amigos entre nosotros? ¡O monstruos! ¡Caiga sobre vosotros la espada del ángel exterminador que acabó en los campos de Senaquerib con los sitiadores de Jerusalén!

Hemos datado entre las épocas infaustas de nuestra patria la entrada de Calleja en el virreinato de México. Como los males nunca vienen solos, a los 9 días de este acontecimiento ocurrió la entrada del Arzobispo Bergosa, presentado por la regencia de Cádiz a merced de los empeños y respetos de su amigo el oidor D. Ciriaco Gonzáles de Carbajal. Ya hemos hablado en la carta 18 de esta 2ª. época de su rara peregrinación apostólica; presentóse por fin en Veracruz, y a su tránsito por Puebla mató con sus relaciones al Sr. Obispo Campillo, pues no las pudieron evitar sus áulicos que lo tenían encastillado: México se llenó de pesadumbre al ver por auxiliar del Virrey a un Inquisidor viejo, el más inexorable y duro de sus días para con los infelices presos, a pesar de su risa sardónica. El vino a tener en esta ciudad el placer de entregar a la horca al mismo Morelos, que tan malos ratos le había dado. ¡Vaya!.... ¡Parece que el cielo llovía sobre nosotros infortunios y tribulaciones! pero también tuvo el pesar de hacer efectivo el decreto de las Cortes que extinguía la Inquisición.

Expedición del Capitán D. Diego Rubín de Coelis para Zacatlán.

La comandancia de Osorno establecida en Zacatlán, se había hecho muy respetable para el gobierno de México, pues comenzaba su territorio desde las inmediaciones de Texcoco hasta Papantla, y con la mayor facilidad podía poner en pie cuatro mil buenos caballos muy regularmente armados. A mí llegada a aquel departamento conocí todas las ventajas de que era susceptible: trabajé en compañía del P. D. *Antonio Lozano*, que llegó en la misma tarde que yo, en levantar 4 regimientos de caballería e infantería en S. Juan de los Llanos, Huamantla, inmediaciones de Zacatlán y costa de la Huasteca: en brevísimos días se fundieron 4 cañones, un obús y algún balerío: se pidió parque a Tlalpujahua; se elaboró alguno en este pueblo de Zacatlán y fortín de S. Miguel: se organizaron 2 compañías de granaderos y fusileros con otra de artillería, y se procuró dar a aquello un tono militar.

En el fortín dicho se arregló por D. Vicente Beristain una pequeña maestranza, se acuñaba moneda de las barras de plata tomadas en Pachuca, y todo prometía las más bellas esperanzas de prosperar. Algo más, D. Nicolás Berazaluce y yo, planteamos la secretaría de la comandancia con el posible arreglo, por lo que el gobierno de Puebla se aceleró a darnos un golpe que destruyese en un momento nuestros planes. Consta por las contestaciones de Llano y Venegas (que he visto) que el primero le propuso mandar allí una expedición fuerte que pensaba poner al mando del Teniente Coronel de Asturias D. Juan Candano para batir la reunión de Osorno, la cual (son sus palabras) según me ha informado el Cura de Chinnahuapam que acaba de llegar aquí, no excede de 500 a 600 hombres... Alentó más y más al gobierno el haberse sabido en Tlaxcala que el General Rayón debería presentarse en Zacatlán con un grueso de tropas, y que en su compañía venía el Canónigo Velazco de la Vara.

Efectivamente, el lunes 4 de enero de 1813 el Coronel Serrano interceptó un correo del gobernador de Tlaxcala Campillo, dirigido a Rubín de Coelis, o sea al Capitán Hortega, en que daba una idea exactísima de la expedición, fuerza de que constaba, y rumbo a que se dirigía para obrar. Por fortuna la noche anterior se había trabajado en el parque de Zacatlán, y se había embalado un cajón de pertrecho, con el cual, la escolta de Osorno, y alguna infantería marchamos sin demora en demanda del enemigo.

Hallábase este situado en la hacienda de *Mimiahuapam* sobre la que se dirigió Osorno, reuniendo antes la excelente caballería de las trompetas, e incorporándose con la de Serrano que había venido picando la retaguardia a los realistas. Estos luego que vieron avistarse sobre la hacienda en unas fragosidades a los nuestros, salieron al gran golpe. Osorno los fue llamando astutamente, y cuando ya conoció que estaría destroncada la caballería enemiga por su mucho correr por la fragosidad, volvió caras sobre ella, y la derrotó completa-mente haciéndose de todo su armamento y capas, con que vistió a su escolta.

Dentro de muy pocas horas se engrosó la tropa de Osorno con otras divisiones que vinieron a reunírsele con mucha rapidez, por lo que el comandante Rubín de Coelis se salió como pudo aquella misma noche de la hacienda, reuniendo su infantería, y dejando algunas armas dentro de la casa para no verse sitiado. Pudo Osorno tomarlo vivo y hacer que se rindiese a discreción; pero era de los que llevaban la máxima de poner al enemigo *la Puente de plata.* El sábado 9 de enero que llegamos a Zacatlán, ya teníamos reunidos más de mil caballos, y al día siguiente se mandó retirar aquella fuerza a sus hogares. Tal suerte tuvo esta expedición en la que se llevaba como uno de los principales objetos pillarme vivo.

Desde entonces el Conde de Castro Terreño proyectó una triplicada fuerza, que él mismo condujo personalmente en mayo del mismo año, y de la que daremos razón en su lugar respectivo.

La infausta nueva de esta intentona se comunicó al Virrey por conducto de un fraile franciscano, y ni aún desfigurándola como la del puente del Rey se atrevió a publicarla; sé de buena letra que juró y pateó como un carromatero, según tenía de costumbre cuando se le comunicaban avisos de esta naturaleza.

Enorgullecido Osorno con este triunfo, ya pensó seriamente en obtener otros, pero obrando con agresión. La tarde del día ocho de marzo hizo una salida sobre Tulancingo, y aunque retrocedió de la mitad del camino, causó no poca alarma en aquel pueblo. Proyectó la expedición de Zacapuaxtla que al fin hizo contra mi intención, y previendo su éxito no quise acompañarle. Yo notaba en la gente del Norte una resistencia a entrar en el orden. ¡Desgraciado el que quería encarrilarla por este sendero porque era perseguido! Llamábanle con el epíteto de Catrín, y le juraban un odio eterno; por tanto, y como hubiese cumplido con el

encargo de medio arreglar la secretaría, y esparcir algunas semillas de disciplina y orden, me retiré a Oaxaca donde no hallé al General Morelos, que había marchado para la expedición de Acapulco, cuya relación tendré que formar porque así lo demanda el orden de los sucesos. Pocos días antes de mi salida llegó a Apam el regimiento de dragones de Otumba a mando de D. Eugenio Montaño viniendo de Oaxaca.

Expedición de Acapulco salida de Oaxaca.

Según las relaciones del coronel D. Pablo Galeana, el orden de marcha de las tropas de Morelos fue el siguiente. En 5 de febrero (1813) salió la división de Matamoros. En 6 la de D. Ermenegildo Galeana, y en 7 la de Morelos, tomando el rumbo de la Mixteca. Morelos contaba para esta empresa con las tropas que había hecho levantar en Oaxaca, pues no las conocía; pero la mayor parte se le desertaron y fueron inútiles. Llegado a Yanhuitlán Matamoros, se mantuvo allí con su fuerza y parte de la de Galeana. Este se dirigió por la cuesta de Sta. Rosa en auxilio de los Bravos, de quienes se decía que tenían que batirse con algunos restos de las fuerzas de París, a quien se le interceptó un correo que dirigía al Virrey pidiendo auxilio. Morelos le respondió contrahaciendo la firma de Venegas, demasiado fácil de falsificar y sin necesidad de sello en el sobre, porque entonces se escribía hasta en cigarros, y le previno que se reconcentrase en Acapulco, pues no era posible auxiliarlo en lo pronto: esta superchería surtió todo su efecto.

Los Galeanas aguardaron en Ometepec a Morelos, y D. Miguel Bravo y su hermano D. Victor recibieron orden de venir a Chilapa y guardar la línea del río de Mescala, ínterin Morelos atacaba a Acapulco. A las márgenes de aquel tuvieron varios pequeños choques con el Brigadier español Moreno Daoix, sobre ganados, pues se le situó por el Virrey, si no para contener la fuerza americana, a lo menos para observarla. De Ometepeque (donde quedó de Comandante el General Guerrero) pasó Morelos a Quetzala: de allí a Cruz grande donde descansó el día de su santo. En él se tuvo noticia de la muerte del Sr. Campillo, Obispo de Puebla. El 20 (según el Itinerario) marchó al Palmar.- El 21 a las orillas de la hacienda de S. Marcos: el 22 a la misma hacienda: el 23 a Cacahuatepeque donde demoró un día.

De aquel punto salieron correos para el paso de la Sabana y Veladero para que se dispusiésen alojamientos en el llamado *Paso a la eternidad,* a donde llegó el 26 de marzo, y permaneció allí por ocho días.

Al segundo de su estada se presentó D. Julián Ávila Comandante del Veladero a dar cuenta de sus hostilidades sobre Acapulco. Dijo a Morelos que habiendo despachado al Capitán Montoro a que recogiese ganado supo que unas partidas de París le venían a atacar: campóse en la casa de la hacienda de S. Marcos, donde sufrió un ataque de dos días, de donde salió herido de bala en la cabeza: le hizo gran mortandad al enemigo y rompió el sitio, marchando sobre los sitiadores. Ávila fue en auxilio de Montoro con una compañía, y también fue atacado en el paso del río de Cacahuatepec, donde se defendió: su valor impidió que continuasen sobre Montoro que se salvó por esta diligencia, y llegó al Veladero.

Después de ocho días de descanso en este punto el P. Cano marchó sobre la garita de Acapulco con una partida de observación: expidiéronse órdenes al Intendente Ayala para que reuniese víveres y se emprendiese el ataque de aquella plaza, y después de su castillo roquero: más esto será asunto de otra carta, pero siempre de admiración a las edades venideras.

Continuaré. A Dios.

México, abril 26 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE Y DOS.

Sitio y ataques de la plaza de Acapulco por el General Morelos.

Muy Sr. Mío: Presentose este sobre Acapulco llevando su ejército en tres columnas, y en número d e1500 hombres con la muy precisa artillería de campaña. Mandaba la primera el Mariscal Galeana, y avanzaba por el camino real a entrar por la cuestecilla. El Teniente Coronel D. Felipe González se dirigió con el segundo trozo por el cerro de las Iguanas, y con el tercero D. Julián Dávila con dirección al cerro de la Mira y casa Mata. Entre los papeles de la secretaría del antiguo virreinato existe la orden original que dio a este oficial el general Morelos para esta acción, y a la letra dice.

"El Brigadier D. Julián de Ávila acometerá por el cerro de las Iguanas con la primera y cuarta compañía de mi escolta, dividiendo la gente como quien rodea el cerro, y advirtiéndola que se formen raros y no en pelotón.

Lo demás ya está dicho, que el Mariscal Galeana acomete a la ciudad metiéndose en medio de ella, y del castillo. El comandante del pie de la cuesta auxiliado de una compañía de Tlapa, atacará el punto más alto por donde fueron abriendo la vereda, continuándola volteando para la Quebrada. El fuego se hará muy medido, solo al bulto, guardando la pólvora.

La primera y cuarta compañía al mando del Teniente Coronel D. Felipe González, todo sin falta, y con buen orden.- *Morelos*. "

Al romper el día siguiente, 6 de abril, se comenzó el fuego en casa Mata, y a las nueve fueron desalojados de ella 50 hombres que la defendían, de los que se tomaron tres prisioneros y un cañón. El ataque fue simultáneo por los puntos dichos. Galeana tuvo tres heridos, y un oficial, el cual murió en la tarde de aquel día. En el mismo Ávila tomó el cerro de

la Mira, y allí fue mayor la resistencia, pero la ciudad no se pudo tomar entonces.

Aquella noche campó el Mariscal Galeana en *Dominguillo*, y al siguiente día comenzó el ataque de la ciudad. Tomáronse algunas casas de ella y a Tambuco, que es un ancón de tierra situado en frente de la Isla Roqueta y Acapulco. Quedóse un destacamento en Dominguillo con un cañón, y la división de Galena marchó a acampar al cerro de la Iguanas para formalizar el ataque de la ciudad. El fuego fue recíproco e incesante todo aquel día hasta las oraciones de la noche. Durante ella se formalizó por Morelos el plan de ataque. Defendiose al siguiente día la ciudad con el baluarte del hospital que es el punto mas dominante del lugar, y se defendió con tres culebrinas, y como 100 hombres de infantería al mando del Gallego D. Pedro Rubido. Al mismo tiempo el punto del hospital fue atacado por las tropas situadas en la Quebrada, Iguanas y Dominguillo; mas él resistía a estos fuegos apoyándose en los de las Peñas del Padrastro, templo antigua de S. José, y por el mismo castillo de S. Diego. En los primero tiros de la acción fue herido de bala en una pierna D. Julián Ávila, y se retiró al Veladero.

Serían las cinco de la tarde del 12 cuando la gente de la ciudad comenzó a retirarse para el castillo, y lo mismo la fuerza de Ruvido. Tenía orden de retirarse en la noche para que le protegiese la fortaleza con sus fuegos. A las oraciones fue tomada la ciudad como también el fortín: la tropa de Morelos se entregó al desorden, al saqueo y embriaguez, de modo que si en este momento hace un retroceso el enemigo, acaba con toda ella: no había media docena de personas que tuviesen la cabeza en su lugar; por tanto Morelos se vio en los momentos más angustiados que pueda V. imaginarse, pues temía una desgracia.

En este día perdió el ejército americano cinco hombres. Al siguiente, el enemigo hizo lo que debió ejecutar en la noche anterior, es decir una salida con 200 hombres hasta la plaza, ocultándose por S. José y casas de Pisa, de modo que sorprendió a los americanos; pero recobrándose éstos, lo resistieron y persiguieron hasta meterlo dentro del castillo. En este mismo día fueron tomados los puntos de S. José y Piedra del Padrastro, y para conservarlos se pusieron trincheras en ambos.

Posteriormente dos compañías del general D. Hermenegildo Galeana ocuparon el punto de los *Hornos* para quitar el agua a los realistas, pues de allí manaban dos veneros; pero los enemigos hicieron

una salida protegidos por dos lanchas cañoneras y el castillo, y las desalojaron. Morelos mandó un cañón y alguna gente de la cuestecita, la que protegió la retirada de Galeana que ejecutó con orden. Durante la noche levantó un baluarte, y esta fue la primera línea de circunvalación que se trazó. Al siguiente día comenzó la de contravalación tirándose desde la garita de México al cerro de las *Iguanas, casa Mata, y Candelaria* al respaldo de la *Quebrada,* cerro del *Grifo* de la *Bocana*, y punto de *Icacos*, quedándose varios destacamentos al pie de la s del *Veladero*, y Cruces.

Dispusose la tropa bajo de enramadas por la ardentía del sol: el fuego era incesante: Morelos no tenía artillería de batir, y apenas se medio suplía con las culebrillas tomadas en el hospital: necesitaba por tanto recurrir a medidas extraordinarias; así que mandó hacer desde S. José sobre el castillo un camino cubierto que atravesaba por la plaza, hasta llegar al foso de la fortaleza: encargose de esta obra D. Francisco Mongoy, y se le asoció D. José María Aguayo. Interpelose al Gobernador interino del castillo D. Pedro Vélez que se rindiese, pero inútilmente: era un americano de villa de Córdoba: había hecho punto de honor militar ser fiel al partido español, y además estaba invigilado por muchos de estos hasta en sus mínimas e indiferentes acciones. Emprendió por tanto Morelos construir una mina para volar el castillo desde el baluarte de la Cuestecita, y se trabajó mucho en ella hasta cerca del foso viniendo lo necesario desde Oaxaca.

Todo era inútil porque la fortaleza recibía auxilios de la Isla inmediata llamada Roqueta, distante mas de dos leguas, y los recibía por medio de catorce canoas y dos lanchas cañoneras. El hambre estrechaba a los sitiadores, a par que las calenturas, y ambos males rebataban diariamente muchas víctimas. Morelos llamó a una junta de guerra, y después de oír varios dictámenes aprobó el del Teniente Coronel D. pedro Irigaray reducido a que se tomase la Isla, de cuya ocupación pendía a la subsistencia del castillo. Morelos no demostró abrazar decididamente este partido, pero en lo secreto comisionó al Coronel D. Pablo galeana para que con una canoa (que era suya en propiedad) y otra más, acometiese la empresa. De hecho a las once de la noche embarcó ochenta hombres de su regimiento de Guadalupe: su tío D. Hermenegildo con dos cañones se sitió en la Caleta para protegerlo de las lanchas que podían atacarlo. Guarnecían la Isla una compañía de infantería, tres piezas, dichas dos lanchas, una en cada orilla de la playa inmediata, y las 14 canoas tendidas

en custodia, con mas una goleta de Guayaquil llamada la Guadalupe, armada con fusiles y esmeriles. A las once y media de la noche saltó una parte de la gente en tierra sobre una peña frustrando la vigilancia del enemigo: con igual felicidad hizo 4 viajes para trasladar los 80 hombres. Aunque los realistas vieron las canoas cruzar, creyeron que eran de pescadores, y no fijaron la atención en ellas.

Cuando la gente estuvo reunida, las hizo Galeana retirar para quitar a los suyos la esperanza de retroceder, y puesto en la necesidad de triunfar o morir, rompió el fuego a las cinco de la mañana, después de haber sufrido una lluvia copiosa que por poco inutiliza sus fusiles: trepó sobre muchos peñascos y con tanta dificultad, que alguna vez fue preciso que unos soldados cargasen a otros para encaramarse como gatos. Con 7 hombres reunidos (porque los sintió el centinela) rompió el fuego en la orilla de la playa en compañía de su segundo el Capitán D. Isidoro Montes de Oca, y el capitán D. Juan Montoro. La centinela avanzada abandonó el puesto: la guarnición se puso en defensa detrás de unas peñas; pero Galeana tomó una altura que la dominaba, aunque rodó gran trecho sobre los cañones: vióse solo, y comenzó a dar voces mandando fingidamente que avanzase su gente por varias direcciones. En efecto avanzó por el único punto que era la orilla de la playa. Los realistas sostuvieron el fuego por un rato; mas sobre cogidos de sorpresa intentaron fugarse a sus lanchas y canoas rompiendo los cables. Galena impidió su embarque en estas, y parte de aquellas, pues 11 canoas fueron apresadas; así es que la quinta parte de la guarnición logró fugarse, y la demás se tomó prisionera. Tomáronse 3 cañones chicos, siete cajones de parque, mas de cincuenta fusiles, y todo el hospital. Encontrose allí mucha gente principalmente mujeres y niños, y los frailes Hipolitanos que cuidaban del hospital. Observó Galena que la goleta Guadalupe levaba anclas para fugarse, pero la abordó con 5 fusileros denodados, y la hizo prisionera con el Comandante y siete grumetes. También tomó a otro que nadó gran trecho, y se había salvado en un risco.

El General Morelos recibió el parte de esta a las siete de la mañana en el punto de la Caleta donde lo aguardaba con su anteojo. Mandé traer toda la gente, y pasó en persona a reconocer la goleta. Dio órdenes para que fuesen socorridos todos los prisioneros, y cometió el grande error, de hacer venir a los enfermos al hospital de Acapulco, por cuya causa se aumentó el contagio pestilencial en su ejército. Rompiose el timón de la Guadalupe que mandó situar en el rincón del Manzanillo, y que se

calafatease, pues lo necesitaba mucho. Galeana regresó a la Isla para cuidar de ella con 20 hombres. En esta acción ejecutada el 9 de junio de 1813, no murió mas persona que una niña de un metrallazo y otra ahogada.

Morelos dispuso que en el día inmediato de la Santísima Trinidad se celebrase una solemne misa de gracias en la iglesia del hospital, por tan brillante ventaja; pero en el acto de estarse celebrando la función, el castillo hizo sobre el templo fuertes descargas, entrando en el algunas balas que mataron a dos mujeres, y en el hospital a un miserable enfermo. En esta misma sazón se levantó una horrible tempestad y chubasco que hizo pedazos las dos lanchas cañoneras y una canoa, en la que muy a pesar suyo vinieron a manos de los americanos 2 marineros, de cuya boca se supo el gran sentimiento que ocupaba a los realistas por la pérdida de la Isla, y falta de leña que se les subministraba de ella.

Debe notarse que el mando de este punto lo tenía un capitán de la hacienda de S. Marcos, y para mayor seguridad se confió a D. Pedro Rubido, que en menos de 24 horas se mandaba en él, lo perdió. Ya había manifestado su impericia perdiendo el hospital, pero era español ya sabemos lo que entonces valía un gachupinato que los hacía hábiles y prodigiosos para desempeñar cualesquier empleo.

Ataque al Bergantín S. Carlos.

A pocos días de ocurrido el suceso referido, y pasado el recio temporal que duró ocho, se divisó una vela que hacia por el puerto viniente de S. Blas. Morelos dio orden a Galeana de que la reconociese, y fijase bandera blanca en la Isla Roqueta. Embarcose en compañía del capitán Montes de Oca en dos canoas llevando cartas supuestas del castellano Vélez, en las que prevenía fondease en la Isla; mas al acercarse como a distancia de una cuadra se retiró el bergantín mas a dentro, y galeana fue en su persecución y demanda. En breve conoció que era inútil seguirlo, por lo que se retiró a la Bahía para estorbar que el bote del bergantín atracase sobre el castillo. Al día siguiente tornó a presentarse el bergantín con su bote, y llegó hasta cerca de la Isla. El Comandante habló con galeana, pero no quiso desembarcar por que lo desconoció; conocía aquellos locales, y no era fácil que se engañara. Visto esto Galeana

dispuso que Montes de Oca pasase en un botea la Bocana para impedirle que penetrase hasta el castillo, mas no lo pudo conseguir por la ligereza y mucho andar del bote español: entonces comenzó a darle caza hasta cerca del castillo, pero este lo protegió con sus fuegos y al fin logró entrar. Aprestaronse de orden de Galeana otras 2 canoas para apresarlo en aquella noche, lo que no se verificó porque salió protegido de una cañonera, y así es que a las once al ir a incorporarse al bergantín tuvieron sus descargas de fusilería, y la lancha obró con su cañón respectivo. Al siguiente día se presentó el bergantín sobre Galeana para atacarlo, pero este se retiró colocándose bajo las trincheras y fuegos del grifo: el bergantín se situó en el Pabellón de la Bahía. Y allí se mantuvo aquella noche.

Al día siguiente avanzó sobre el castillo é introdujo los víveres que llevaba, en cuya descarga duraron 2 días consecutivos. No obstante esto Galeana le atacó Con sus 4 canoas en la noche, a las 9, y a pesar de que se le recibió con descarga de fusilería y artillería, el osó abordarlo defendióse el comandante del buque con denuedo por espacio de mas de una hora que duró la acción, en la que murieron once soldados americanos y el valiente Capitán salas, pagando este militar con al vida el consejo que dio a Morelos de que se acometiese esta temeraria empresa.

Perdió además Galeana una canoa que se llevó el enemigo, y el buque padeció mucho en su jarcia y en algunos grumetes. Jamás aprobó Galena este combate desigual, y solo su obediencia ciega a las órdenes de Morelos, pudo comprometerlo a ella. Esta acción memorable se verificó en 9 de julio de 1813.

Usted deseará saber de donde y con que objeto había venido este buque. Mandolo con víveres D. José de la Cruz, y si hubiera tenido otros de transporte, también habría mandado en el tropas de su departamento. Con semejante socorro se volvió pleito ordinario el sitio del castillo.

Dejémosle continuar, y por ahora fijemos la vista en otros sucesos interesantísimos ocurridos en aquellos días, y que influyeron por entonces directamente en la suerte de la nación.

Expedición de Guatemala sobre Oaxaca al mando del Teniente Coronel D. Manuel Dambrini.

Entre las gacetas del gobierno de México no se da razón de este suceso importante en nuestra historia. Apenas se lee en la Núm. 408 de 1º de junio de 1813 esta nota:

"El Sr. Intendente de Oaxaca D. José María Lazo en oficio de 3 de marzo último avisa desde Tuxtla a esta superioridad, hallarse una división de 700 hombres de Guatemala, al mando del Teniente Coronel D. Manuel Dambrini, en la frontera de la provincia de Oaxaca: y que el 25 de febrero atacó a los rebeldes en el punto de Niltepec, arrojándolos de su posición, matando a varios, entres ellos al traidor negro Tonalteco, haciéndoles 25 prisioneros con su famoso Capitán D. Julián Suárez, y el R. P. Fr. Gregorio carranza, religioso dominico. Cayó en poder de las tropas cuando tenían los enemigos, con 22 armas de fuego, 40 lanzas, un cañón de bronce de a 4, siendo nuestra pérdida de un muerto y 3 heridos. El 26 fue Suárez pasado por las armas, poniendo en libertad a varios que llevaba consigo. Añade que del 3 al 4 de marzo se esperaban otras 3 compañías de Quetzaltenango."

Guatemala no podía ver con indiferencia la suerte que había cabido al Teniente general Saravia, hombre que se había conciliado durante su presidencia el cariño de los habitantes de aquel reino. Su hijo y familia eran unos fiscales que pedían venganza por la sangre de su padre. Influía (a lo que entiendo) y no poco, el Arzobispo Casaus, declarado enemigo de la insurrección, como lo probó con su Anti-Hidalgo, diatriba tal que no se habría escrito más cáustica y venenosa con hiel de demonios: sus cartas interpretadas (y que he visto) indican el deseo que respiraba de venganza, pues pedía en ellas a sus amigos de Oaxaca que le diesen razón exactísima de todos los que habían aprobado la entrada de Morelos en Oaxaca; pero sobre todo influían eficacísimamente los españoles fugitivos de aquella ciudad para que se reconquistase, y volviesen al seno de sus familias y goce de sus bienes. Todo esto halló una acogida favorable en el presidente de Guatemala D. José Bustamante, jefe que habría precipitado a aquel reino a la revolución a no haber tenido por secretario y mentor a D. Alejandro Ramírez, que con sus consejos supo sufocar las semillas y primeros clamores e libertad que también se oyeron en aquellas remotísimas regiones.

Confió pues la empresa de esta agresión a Dambrini, oficial viejo, y tanto que algunos creían haberse hallado en la batalla de las Navas, y de tanta ciencia que según era voz pública, no había leído mas libro que las ordenanzas de Federico, por consiguiente era hombre cruel, y deseoso de hacer muchas matanzas. Fue teatro de las primeras el pueblo de Niltepec, donde ejecutó (según supe en Oaxaca) a 25 infelices.

La noticia de su aproximación no pudo menos de sorprender al gobernador de Oaxaca quien hizo a marchas forzadas al general Matamoros que a la sazón se hallaba en Yanhuitlan. En breve se presentó en Oaxaca con un batallón del regimiento del carmen, dejando el segundo al mando del Coronel D. Mariano Ramírez.

Asimismo trajo el escuadrón de caballería de dragones de S. Pedro, y parte de los cuerpos de S. Luís y S. Ignacio. A la noticia de su aproximación, Dambrini tomó una posición militar en un *texcatl,* ó sea grupo de peñascos inaccesibles: casi todo el día (19 de abril de 1813) estuvieron tiroteándose ambas divisiones, pero sin fruto alguno, hasta que a las 5 de la tarde el capitán D. Juan Rodríguez, joven sobresaliente en el ejército de Matamoros, le propuso que iría a franquear aquella posición por la izquierda, trepando apenadamente con unos granaderos del Carmen, mientras que los del regimiento de S. Ignacio divertían a Dambrini con sus fuegos por el frente: de hecho se hizo: y he aquí que cuando menos lo esperaban los enemigos se vieron enfilados con un fuego graneado que los puso en confusión e introdujo el desorden en toda la tropa…Jesús! Exclamaron los negros de Omoa al verse con los granaderos encima cubiertas las cabezas con unos gorros que sin duda jamás habían visto… ¡Jesús! ¡a*y están esos judíos*! Entonces echaron a huir en la más vergonzosa dispersión. No se necesitó más para que a semejanza de una piara de cerdos se esparciesen por aquellos campos.

Matamoros que aunque estaba contuso de bala pierna no había faltado a sus deberes durante la función, hizo montar su infantería y mandó que se siguiese el alcance como se verificó hasta mas allá de la llamada raya de Guatemala y Oaxaca. Caja militar, armamento cuanto traía Dambrini fue presa del vencedor. Algo me tocó de su buena frasquera que me participó su vencedor.

Como los españoles emigrados habían creído segura la reconquista, y estos jamás se duermen para especular en sus comercios, traían consigo un rico convoy de cacao y añil para expenderlo en Oaxaca; más todo lo

perdieron. La división de Matamoros quedó sobradamente abastecida con el parque y armas tomadas; de modo que llegó entonces a tener el número de fusiles con que jamás había contado.

El viernes 28 de mayo por la tarde, entró Matamoros en Oaxaca con el aparato de un triunfador. Adornáronse con cortinas las calles de su tránsito: introdújolo el ayuntamiento que salió a recibirlo en coche y bajo de mazas hasta el pueblo *de Sta. María del Tule* en la catedral donde se cantó un solemne *Te Deam*. Allí como el y saludé por primera vez a este hombre que ganaba cada día mayor celebridad: admiré el orden de marcha de su tropa, y no admiré menos la configuración de su persona. Era un hombrecito delgado, rubio, ojos azules, picado de viruelas, voz gorda y hueca: fijaba continuamente la vista en el suelo: inclinaba un tanto la cabeza sobre el hombro izquierdo, y a juzgarse por aquel exterior propio de un novicio carmelita, nadie creería que abrigaba un espíritu marcial. Dejose ver con uniforme grande de Mariscal, y mostraba muy bien que no descuidaba del adorno de su persona. Entre las cosas tomadas a Dambrini se presentaron dos bellas imágenes de bulto, escultura preciosa de Guatemala: a saber, un crucifijo de mediana estatura y una purísima: habiéndolas dejado (no creo que por irreligiosidad, sino por necesidad de ocultarlas) dentro de un basurero.

Matamoros dispuso colocar la primera en la iglesia de capuchinas indias, y la segunda en la de las españolas. Convidó para una función solemne en la iglesia de las primeras llamadas de los 7 Príncipes, y a esta función se le quiso dar el nombre de *desagravias*, no de otro modo que las que instituyó Felipe V. después de la guerra de sucesión. Formose la procesión en la casa del general, marchando detrás de ella toda la decisión; yo fui convidado y también a cargar la imagen. Al entrar en la iglesia, matamoros que iba enfermo de resultas de la expedición, y que apenas podría andar, me dijo… ¡Ay! ¡Cuanto pesa este Señor!... Mas pesamos nosotros, le respondí, Sr. General. Y no obstante el cargó sobre sus hombros todas nuestras iniquidades… Es verdad, me dijo, y le hizo bastante gracia mi respuesta.

No sacó poca utilidad Matamoros de esta ceremonia pues borró con ella las siniestras impresiones que contra la piedad americana habían extendido nuestros enemigos. Mucho importa pulsar la fiebre religiosa del pueblo.

En estos días, es decir el 16 de junio, hubo también otra fiesterita que no dejó de imponer a los europeos, y fue la concurrencia que Matamoros tuvo en el molino de Llonguno a 2 leguas de Oaxaca, con motivo de la conclusión y bendición del molino de pólvora que en aquel punto planteó D. Santiago Cock, anglo-americano. Matamoros no perdía momentos para activar las labores necesarias al surtimiento del ejército: así es que personalmente ocurra a la maestranza, entendía en el vestuario, y no se ocupaba menos en darle disciplina a su división. Hizo llamar al segundo batallón del carmen, situado en Yanhuitlan, y su jefe acreditó que se había descuidado en darle disciplina.

El general Morelos luego que supo la victoria sobre Dambrini, procuró remunerar a Matamoros promoviéndolo al grado de teniente general ¡Ojalá y no hubiera hecho tal promoción, que habría evitado celos y rivalidades suscitadas muy luego entre otros oficiales que no se creían menos dignos de tan alta graduación, y que tanto influyó en las desgracias del año de 1814!. A solicitud suya le entré en solemne posesión de este empleo, y lo di a reconocer a toda la división formada en la plaza. En aquellos mismos días fue la solemne bendición de las banderas del regimiento provincial de Oaxaca, y ambos fuimos padrinos de ellas. En el año siguiente un joven oficial que las guardó y conservaba después de entrad la tropa española, fue fusilado de orden del general D. Melchor Álvarez. No se habría conducido de este modo otro jefe que hubiera estimado en sus quilates una lealtad tan acendrada. ¡Dichoso joven que bajó al sepulcro con la gloria que no pudo deturpar la tiranía! Gloria que brillará y se hará recomendable cuantas veces se recuerde en las edades venideras.

Este aumento de fuerzas en el ejército del sur hacía ya conocer la necesidad en que sus generales estaban, sino de hacer nueve conquistas, a lo menos de recobrar algunos puntos perdidos por negligencia ó cobardía; tal era el de Izúcar, cuya importancia conoció el gobierno español, y por lo mismo trató de fortificar y guarnecer a tosa costa. No lo conocía menos Matamoros, y además notaba que aquel era el plantel hermoso de donde había sacado los soldados que mandaba, y que ciertamente no podían reemplazarse con los de la pacífica e industriosa provincia de Oaxaca, dedicados a la agricultura y cultivo tranquilo de la grana.

Propúsose por lo tanto recobrar a Izúcar, y al efecto dictó las medidas necesarias. El martes 16 de agosto salió de Oaxaca a la cabeza de

su lucida división tomando el rumbo de la Mixteca; yo le acompañé hasta las inmediaciones de la villa de Etla, donde le dí el último abrazo, pues desde entonces dejé de verlo.

Debió haber salido el día anterior: pero formada la tropa en la plaza se suscitó un motín militar por piques entre soldados de diversos cuerpos, en términos de que iban ya a batirse unos con otros; cuando lo supo matamoros, salió casi solo de su casa. Se presentó en medio de ellos, y todo quedó tranquilo.

Terminemos por ahora esta carta, pues en otras referiré los nuevos triunfos que adquirió en el mes de octubre del mismo año sobre los enemigos de nuestra independencia en las llanuras del palmar, o llámese *Agua de Quichula*.

Continuaré. A Dios.

México mayo 3 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE Y TRES.

Amigo mío:

Dada idea del desgraciado ataque de Valladolid realizado por Verduzco (carta 20 de la 2ª. época) es tiempo de hablar de sus consecuencias. Estas fueron las más tristes que puede concebir V.; pero me veo precisado a desarrollarlas por el carácter de historiador. Estoy en el caso de mostrar debilidades y flaquezas que quisiera ocultar, con la misma buena voluntad con que Constantino las de los sacerdotes; más repito que no es posible, ni menos dejar de llamar alguna vez al tribunal de la historia a los que motivaron tantos infortunios que todavía lloramos.

D. Ramón Rayón solicitó de su hermano D. Ignacio, ir a parlamentar con Liceaga para reducirlo a sus deberes, la amistad de él le prometía este triunfo: de hecho partió de Tlalpuxahua, llevando 408 infantes y 4 cañones, un obús chico de a 5 pulgadas, y poca caballería. Tengo a la vista cartas originales que D. Ramón escribió a Liceaga desde Acámbaro, con fechas de 12 y 9 de abril de 1813, cartas que las tropas del Rey interceptaron con el equipaje de Liceaga en Río frío en 16 de febrero de 1816, cuando este retrocedió de Tehuacán para Tierra dentro por haber disuelto el congreso el Coronel Terán. Por lo tanto estoy en el caso de hablar con exactitud y propiedad. Esto es tan cierto, como que en las cartas confidenciales el hombre muestra su corazón sin embozo, y pocas veces tiene lugar el artificio.

«Traigo (le dice en la de 9 de abril) conmigo, bandos, proclamas y manifiestos que desengañen a todos los incautos, y les hagan ver más claro que la luz, aún a los mismos perversos, que mi hermano es justo, y que todos nosotros solo aspiramos al objeto que todo buen americano debe proponerse, esto es: el sacudimiento del tirano yugo, y la completa y verdadera felicidad de nuestra patria. ¿Y se conseguirá todo esto volviendo nuestras armas contra nuestros compatriotas, desacreditando a los legítimos jefes, y formando partidos facciosos que aniquilen y destruyan

el sistema que nos habíamos formado, tan justo, tan útil y necesario?.... Sr. Liceaga, nuestra antigua amistad, el amor a la patria, y el sincero deseo de la felicidad de V. me estrechan a que ponga esta familiar, suplicándole prescinda de unos proyectos cuyas consecuencias deben ser demasiado tristes: la menos es el derramamiento de la sangre de tanto noble americano: el reino dividido se desolará: los enemigos se reirán; ya se ha dicho en Valladolid y en otras partes la desavenencia entre los vocales del Supremo Congreso americano: están pendientes de nuestros mutuos combates para no perder el más mínimo momento, y aprovecharse de nuestra guerra doméstica, para entre tanto fortalecerse, y pertrecharse para hacer brillar su espada sobre nuestros cuellos. Los apasionados a nuestra justa causa conmueven sus entrañas, y respiran sus ánimos, dejándolos en equilibrio que debe sernos muy dañoso; los sabios nos juzgan ignorantes, los virtuosos mal intencionados, y los malos peores.»

Tales son entre muchas las reflexiones que D. Ramón Rayón hizo inútilmente a Liceaga. Cuando se acercó a Urireo de donde le dirigió la última carta, se encontró con una guerrilla de este: habló con la mayor parte de su división, y con los frailes Dominicos Saavedras, encargándoles mucho promediasen en esta diferencia; más a lo que se cree hicieron lo contrario: quedose en aquel punto esperando la respuesta; más viendo que era pasado con mucho el tiempo que señaló para recibirla, y sabiendo además que Liceaga y los suyos se habían marchado en vez de acercársele, se entró en Salvatierra el día miércoles santo (14 de abril de 1813.)

El jueves santo se hallaba en los oficios cuando supo que se acercaba Iturbide: dudó mucho sobre si lo aguardaría para batirse con él o se retiraría. El delito de que acusaban Verduzco y Liceaga a su hermano D. Ignacio, era de que estaba de acuerdo con el Virrey por causa de la entrevista acordada con sus comisionados en la hacienda de Tultenango, de que hemos hablado en la carta 16: si rehusaba la acción, he aquí que aumentaba una prueba a la malignidad de sus enemigos para que se confirmasen en este errado concepto; por tanto se decidió a batir a Iturbide y a sacrificarlo todo por su reputación de lealtad, a pesar de que traía mayor fuerza que la suya: este fue un gran conflicto: después de averiguadas las disposiciones del enemigo distribuyó sus fuerzas de este modo.

Colocó a su hermano D. Francisco Rayón fuera del río con 80 infantes en unas casas llamadas del Obraje, con orden de no hacer fuego hasta no oír un cañonazo. Al oficial Ruelas, lo situó en el vado llamado de S. Francisco, con igual número de infantería y un cañón: al oficial Patiño lo sitió en el vado inmediato con otro trozo de infantes, y a González en el de S. José con otro de la misma arma: Rayón en persona se colocó en el mismo puente de Salvatierra con 140 infantes y 2 cañones.

Habiásele presentado allí un trozo de muy mala caballería al mando del Comandante Oviedo, al que mandó se situase en el cerro inmediato a la izquierda de Salvatierra, con orden de mantenerse allí oculto hasta nueva orden. Aunque vea Vd. le dijo que me derrotan no se mueva de ese punto....Tales fueron, los términos precisos de la orden . Para evitar un avance recio de la caballería del enemigo, hizo amarrar en distancias unas fuertes reatas. En esta actitud se mantuvo hasta que Iturbide echó una guerrilla de caballería para reconocer los vados: pero esta fue brevísima-mente batida por D. Francisco Rayón desde el punto del Obraje, retirándose al grueso de la división. Iturbide entonces dividió su fuerza en tres trozos echando uno al vado que estaba arriba del puente: el centro donde se hallaba él, lo dirigió al puente mismo, y el otro lo echó a los vados de S. Francisco y S. José; más todos también fueron rechazados en poco tiempo con mucha pérdida.

Viéndolo puesto en desorden D. Ramón Rayón, salió con su fuerza a perseguirlo hasta cerca de la hacienda de Sto. Tomás, que distaba de allí cerca de una legua, y se retiró al puente seguro del triunfo. Entonces Oviedo sin orden suya, y por ganar prez en esta lid, quiso avanzar sobre Iturbide, metiéndose en un callejón que formaba una cerca de piedra. Recibiolo la infantería enemiga con un vivo fuego por vanguardia y costados: Oviedo se puso en fuga, y tras de él avanzó Iturbide con su tropa en pelotones, uno de los cuales bajó al vado. Rayón por no matar la gente de Oviedo cortó las retas para dejarla pasar: tornó a hacerse firme en aquel punto, y volvió a rechazar a Iturbide; más previendo que observando este desorden por los comandantes americanos situados en los vados, les haría creer que estaba derrotado, les mandó orden con el ayudante D. P. Páez para que se mantuviesen firmes en sus posiciones; no lo hizo este así, sino que tomó la fuga, por lo que abandonados dichos

puntos se retiraron de ellos creyéndolo todo perdido. Iturbide se aprovechó de esta retirada, y penetró hasta la plaza.

Viéndose Rayón solo, formó su trozo en columna, y marchó por la calle de las Capuchinas al molino, sin que osara Iturbide perseguirlo. Dirigiose después al puerto de Ferrer, para reunir allí a sus dispersos, y de este punto se dirigió a la hacienda de la Encarnación, donde permaneció tres días; finalmente de allí se retiró con más de 300 hombres que pudieron reunírsele, sufriendo la pérdida como de 170 entre muertos, prisioneros y dispersos, pues de los primeros no llegaron a 40.

Cuando ocurrió el desorden en el puente por la caballería de Oviedo, de hallaba al costado derecho de D. Ramón Rayón, D. Manuel Fernández de S. Salvador, el cual murió atravesado de una bala junto al cerebro, juntamente con otros dos oficialitos jóvenes, Galván y Fernández de la Somera, más tan valientes y dignos como el primero. Era aquel niño amabilísimo, un modelo de prendas debidas a su educación cristiana, así como a su noble índole. Amaba a su patria ardientemente, y solo el impulso irresistible de este fuego sagrado, pudo hacerlo huirse de la casa de su padre para engrosar las filas de los ilustres defensores de la libertad pública: esta fue la única pesadumbre que le causó en sus días.

Mil veces oí de su boca razonamientos que arrebataron mi corazón, y no me cogió de nuevas el que se hubiese fugado de México, pues ya había notado en él, deseos vehementísimos de derramar su sangre en el campo del honor. Iturbide admiró siempre esta batalla que fue causa de su engrandecimiento, pues por ella lo hicieron Coronel del regimiento de Celaya, y jamás quiso creer que Rayón le hubiese batido con tan poca gente. Fusiló solos diez y ocho hombres, y no trescientos como estampó en sus partes por granjearse nombradía entre los españoles. Así lo aseguró muchas veces el mismo Cura de Salvatierra, cuya decisión es como de oráculo en la materia; más este sacrificio lo hizo en viernes santo, y por tal circunstancia es muy de notar en un hombre que preciaba de cristiano: que se desdeñaba de tratar con excomulgados: que se creía vengador del honor de Dios y de la religión de Jesucristo, que detesta las violencias y efusión de sangre, y de un redentor que en ese mismo día se inmoló por nuestra salud en un patíbulo afrentoso. Donde verdaderamente fusiló 300 americanos fue en la hacienda de Pantoja, destacando 13 partidas de soldados para que recogiesen como lo hicieron a otros tantos paisanos y lugareños infelices y pacíficos que repuntó por criminales.

Personas veraces y que no tienen interés en acriminarlo deponen de este hecho atroz y vergonzoso.

No lo fue menos el que en este aciago día ejecutó pasivamente Liceaga, pues se mantuvo espectador en la hacienda de S. Nicolás, distante 3 leguas de Salvatierra, observando con el anteojo y vista natural los fuegos. Sus soldados inquietos le excitaban a que avanzase, ya que no a auxiliar a D. Ramón Rayón, a lo menos a tomarse el rico convoy de platas de Guanajuato que allí había dejado Iturbide con una corta escolta; pero Liceaga impuso pena de la vida al que se moviese, y de este modo ni se hizo de aquel tesoro, y se concilió el odio y desprecio de la nación. A tal punto llega esta pasión por la que entonces sacrificó la libertad de su patria, y la precipitó a una esclavitud de que ya se lisonjeaba haber salido. Tal fue su suerte, pues al fin fue fusilado por los mismos americanos que jamás olvidaron este hecho. Yo me corro cuando escribo estas líneas, y sudo como si cavara; más debo hablar verdad.

Como las malas nuevas se propagan con la rapidez que el crepúsculo, en breve llegó la noticia de esta desgracia a México, mezclada con la fabulosa de que Verduzco y Liceaga se habían indultado: la conducta del primero daba mérito para creer verdadera esta falsedad; por tanto el Brigadier Joaquín del Castillo y Bustamante que se había mantenido en Toluca con 1,500 hombres de buena tropa en asechanza del campo del Gallo cerca de Tlalpuxahua, y que convencido de la ventajosa posición de él y fortificación regular no se había atrevido a atacarlo, creyó que este era el momento más oportuno de conseguir con buen éxito, y así es que rápidamente movió su campo.

D. Ramón Rayón recibió en el pueblo de Tarandacúau aviso de su hermano para presentarse a auxiliarlos: no era su ánimo verlo hasta no haberse reparado de una pérdida que le parecía ignominiosa; más cediendo a las circunstancias avanzó hasta Tlalpuxahua haciendo una marcha forzada.

Sitio y abandono del campo del Gallo.

Tengo a la mano un diario de las ocurrencias de esta campaña, y por él consta que el 20 de abril avanzó Castillo Bustamante al Real del Oro a una legua de Tlalpuxahua: que mandada una partida a reconocerlo, la

dispersaron los americanos.

Que al siguiente día se presentó por Tlalpuxahuilla a reconocer el campo, y en el mismo se retiró a S. Felipe el Obraje: que a los 5 días se presentó ya sobre el campo del Gallo con 2,000 hombres, 6 cañones y 2 obuses: comenzó a estrecharlo en términos de quitarle el agua llamada de los Remedios, por lo que los sitiados quedaron bebiendo del hundido de una mina vieja que estaba allí inmediata.

Sabido esto por el enemigo, trató de emboscar una noche de infantería para sorprender a los aguadores; pero en lugar de estos mandó Rayón unos fusileros a sacarlos de la emboscada: trabose allí una cruda acción en que fueron completamente batidos los españoles: de estos los que quedaron vivos hundieron los cadáveres en la fosa de la mina de donde se tomaba el agua, lo que no se advirtió por Rayón hasta el siguiente día. Ignoraba esta ocurrencia cuando se le presentó un indio haciéndole esta pregunta.... ¿Te morirás señor si bebes el sangre del cachopín? no lo entendió al principio pero a poco comprendió la causa de la pregunta. No hubo remedio: la guarnición del fuerte tomó de aquella agua, por lo que la entró un gran desaliento, a pesar del ánimo que habían recobrado, resistiendo a un asalto brusco que dio el enemigo en el que jugó con mucho acierto la artillería de Rayón, y principalmente la chuza de cañones inventada por D. Ramón, cuya exacta descripción hice en la carta 17 de esta 2ª. época.

Castillo Bustamante colocó su fuerza en 4 campos, unos a tiros de cañón, y otros a tiro de fusil, y a pesar de su aproximación, nada hizo de provecho. Rayón sediento con su ejército, y devorado por esta privación más funesta que el hambre; trató de retirarse evacuando el punto: quemó las cureñas de los cañones, y enterró los chicos en una mina vieja inmediata. Cuando estuvo a punto de verificar la retirada trazó el modo de dar fuego al parque que era harto, lo que ejecutó colocando en una porción de pólvora a granel una vela de la que ató varios estopines... aún me estremezco (me decía D. Ramón Rayón) cuando me acuerdo de esta operación arriesgadísima: salióse por tanto la división en el silencio de la noche sin ser sentida del enemigo, y seguramente tuvo el primer aviso de esta retirada por la horrible explosión que hizo el parque cuando ya habían andado una legua los americanos.

Al llegar al primer arroyo se perdió la formación militar; pues cada hombre se tiró de bruzas, y procuró beber el agua que pudo. El campo

enemigo al incendio de la pólvora, multiplicó sus descargas; pero llegó el día: observó el campo, y se halló chasqueado. Rayón se retiró a Zitácuaro hasta que llegó Bustamante en su persecución. El día de su llegada se le escaramuceó en las barrancas llamadas del Hoyo de la arena. Como por falta de fuerza no se le podía esperar en la villa, se retiró Rayón en la noche para la hacienda que llaman de los Ahorcados, quedando Zitácuaro yermo por temor de aquel tigre. Marchó la división hasta Tusantla de donde se separó D. Ramón Rayón con solo 17 hombres entre asistentes, oficiales y domésticos, y marchó para el Bajío a fin de organizar una nueva división, empresa que consiguió dentro de breve tiempo; su hermano D. Ignacio marchó a la provincia de Valladolid.

Tal es la cadena de males y desdichas que acarreó sobre nuestra patria la división de opiniones entre sus principales jefes. Yo querría que este triste ejemplar no se perdiese de vista por los que en el día intentan dividirnos para proporcionar el triunfo a nuestros antiguos enemigos, triunfo que no podrán conseguir ciertamente, sino a merced de este arbitrio.

Debo advertir de paso, que aunque Verduzco y Liceaga intentaron seducir al viejo Villagrán para que se les uniese, y este trató de hacer lo mismo con Osorno, yo lo impedí haciéndole entender por medio de un manifiesto y de cartas particulares que escribí, la necesidad y conveniencia que había de permanecer tranquilos hasta que el congreso se instalase por medio del Sr. Morelos, que interpelado para ello trabaja desde Acapulco en conseguirlo, como después veremos. Examinemos ya rápidamente otros infortunios ocurridos sobre esta desventurada nación en aquellos días en que los jefes de los americanos se volvieron locos, y parece que se empeñaron en perderse renunciando a la cordura ¡ay de mi! son tantos sus desaciertos que mis ideas se atropan, y no se como coordinar su exacta relación.

Expedición de Osorno sobre el pueblo de Zacapuaxtla.

Mientras existió la revolución, los indios de Zacapuaxtla y los insurgentes de Zacatlán anduvieron como perros y gatos, causándose recíprocamente todos los daños posibles.

Envanecidos los indios con sus primeros triunfos, debidos menos al valor, que al local ventajoso de su pueblo, y a la impericia y desorden en acometerlo de los insurgentes, se hicieron terribles y ejecutaron muchos robos y atrocidades, de modo que en Zacatlán el nombre de Zacapuraxteco, importaba tanto como en Chihuahua el de Apache.

Alentábanlos además algunas personas eclesiásticas que los excitban a las matanzas, invocando el nombre de Nta. Sra. de Guadalupe, cuando les habría estado mejor el de enseñarles la doctrina evangélica: se reputaban milagros: su lealtad al Rey acendrada, y su insensatez llegó a tanto, que osaron decir que cuando toda la América sucumbiese al partido de la revolución, Zacapuaxtla se mantendría unido a la corona de Castilla, y de sus ásperas montañas así como de las Asturias saldría un caudillo que lo avasallaría todo, y pondría a disposición de Fernando 7. Menos pues por amor a la causa de la libertad, que por un odio devorador, resolvió Osorno instigado del Coronel Bocardo, que lo alentaba con la esperanza del saqueo, emprender esta expedición que constantemente desaprobé. Hízose la reunión fuera de Zacatlán, y marchó compuesta de más de mil hombres, con 4 cañones y 2 compañías de infantería, que con muchos afanes acabábamos de levantar.

Emprendiose el ataque por diferentes puntos del pueblo, el 28 de abril, pues el 27 casi se pasó en reconocimientos y tiroteo al aire. Al siguiente, dada la señal de acometer, lo hicieron por el punto de Teocalco: la infantería coronó la loma de Chixlecuaco, y el grueso con la artillería bajó por Patempanapam. Casi era seguro el triunfo, cuando fue muerto el Capitán de la escolta de Osorno Epitacio García, pérdida que llenó de pavor a sus soldados, y los predispuso para la fuga que hicieron luego. Conociendo los indios su acobardamiento hicieron una salida vigorosa que produjo la dispersión y pérdida de la artillería: conocí a este oficial, era un campesino tan honrado, como sencillo y valiente. Cuando caminaba yo para Oaxaca en esos días, encontré muchos dispersos, y me confirmé en el concepto de que los insurgentes del norte darían poco provecho a la causa de la nación. Desde esta época fue casi general el desconcepto de la división de Osorno. ¡Querer atacar puntos montuosos y bien fortificados con caballería! He aquí uno de los mayores absurdos que pudieran caber en la cabeza de un delirante.

Estos son los milagros que se atribuyeron por el P. Valle a Ntra. Sra. de Guadalupe de Zacapuaxtla, y que por iguales causas y principios,

se multiplicaron casi por toda la América. No fueron de la misma naturaleza los que hizo en el año de 1815 D. Cirilo Osorno, cuando hizo salir más que de trote y bien molidos a los indios en Tetetela de Xonotla, a pesar de que se refugiaron en la iglesia, y saquearon (como leales vasallos del Rey Fernando) la casa del P. Cura D. José Antonio Martínez de Segura sin dejarle ni una olla en la cocina.

Expedición de Puebla sobre Zacatlán.

La derrota de Osorno en Zacapuaxtla hizo que se perdiese el tal cual prestigio que conservaba en Puebla y como del árbol caído todos hacen leña, el Conde de Castro Terreño, que entonces era comandante general de Puebla por nombramiento del nuevo Virrey Calleja que se propuso desairar a Llano por resentimientos tenidos en el sitio de Quautla, se decidió a acabar de destruir la fuerza de Zacatlán. Tenía reunida en Puebla una muy respetable división compuesta de los batallones de Asturias. Lobera, Castilla, Guanajuato, Columna de granaderos y otros gruesos piquetes con que se prometía expedicionar para la reconquista de Oaxaca. Habiásele pasado de los oficiales de Osorno el Coronel llamado D. Juan de Dios Ramírez, hombre que por sus excesos y rapiñas fue perseguido de los mismos que tal vez le acompañaron a ejecutarlos, y este le hizo creer que guiando él la expedición como que conocía a palmos aquel rumbo, el triunfo sería completo, más al momento de marchar el Conde de Castro Terreño recibió una carta de Osorno, en que se incluía además otra escrita por Ramírez, y en la que le aseguraba que dicho jefe estaba de acuerdo con Morelos: así lo habían creído muchos por el dulce que mostraba el Conde a los insurgentes, y de que no podía prescindir, pues era naturalmente manso, y un caballero por su nacimiento y educación; pero herido altamente con semejante imputación, y hecha además pública, arrestó a Ramírez, le formó causa, e hizo decapitar, aprobándolo Calleja (así consta en su correspondencia que he visto y tengo a la mano).

Marchó pues la expedición de Puebla por Tlaxcala en 15 de mayo, y el 19 llegó a Zacatlán. Osorno se había retirado a los montes, de modo que el Conde de Castro Terreño se encontró con el pueblo solo, y no sacó de esta expedición otro fruto que el desentierro de un cañón de a 2, un

obús de a 7 pulgadas, y otro de a 9 que habían sepultado en el pueblo de Tomatlán. Estas piezas las hice yo fundir 5 meses antes con mil afanes. Mandó sin demora destruir el fortín de S. Miguel Tenango, construido por D. Vicente Beristain: su maestranza, hornos y cuanto se había construido allí, fue demolido o incendiado por Saturnino Samaniego, Comandante del batallón de Guanajuato. Concluida esta operación salió Castro Terreño de Zacatlán el 22 de mayo, y es menester confesar en honor suyo, que a nadie causó el menor daño, y que en su ejército reinó la disciplina militar, bien que no se lo hace las continuas y escandalosas disensiones que tuvo con el Coronel Águila, que lo despreciaba por inepto, como ni tampoco el arresto en que puso al Sr. Marqués de Moncerrate, ni el trato familiar que llevó con un F. Zopas, a quien hizo Teniente coronel.

Tenía Osorno entre los que le rodeaban un eclesiástico Cura de S. Andrés Lahuitlalpam, insurgentes exaltado, pero hombre de poco talento, temerario en el acometer, y tal vez de no muy sano juicio: este por un frenesí inconcebible se presentó a la tropa del Rey tocando a degüello con una partida de 17 hombres, los que fueron envueltos y destruidos; hiciéronlo prisionero, hiriéndolo en la cabeza, y echándole un brazo abajo. Se asegura que aún en esta situación mandó el Virrey Calleja que lo fusilasen en Puebla; pero que el conde de Castro Terreño sea por compasión, o por no dar un espectáculo tan escandaloso al público le hizo dar un tosigo con el que muy luego murió. Al llegar la expedición a Huamantla, las partidas de Arroyo quisieron escaramucear sobre los realistas; pero muy luego fueron disipadas.

Los aduladores de Castro Terreño celebraron este paseo militar inútil, y en que gastó el Rey mucho dinero como si hubiera regresado cubierto de laureles, yo no olvidaré jamás que un coplero le compuso una que llamó oda, entre cuyas estrofas se lee una que es un vaticinio, que a haber salido cierto hoy seríamos todavía esclavos. Hablando a los americanos conmovidos contra a la tiranía les dice con desprecio.

¿Y dí, por que te afanes pobre gente?
Tu empresa mal hadada,
Tu proyecto atrevido, inconsecuente
¿Qué fin tendrá concluida la jornada?
El fruto ¡infeliz suerte!
Será el estrago, el término la muerte ....

Peste desoladora.

Este diciembre del año anterior apareció una peste muy estragosa en Puebla que en breve se comunicó a la capital de México: era una rigorosa fiebre amarilla. El barón de Humboldt en la última foja del primer tomo de su ensayo político, nos presenta un padrón de la población de la ciudad con una nota al calce que dice:

"En los años de 1812 y 13 sufrió el reino de Nueva España una peste horrible que comenzó en el sitio de Cuautla Amilpas, y cundió en la provincia de Puebla y por las de Veracruz, México, Guanajuato y Valladolid. Las provincias de S. Luis y N. Galicia no sufrieron aquella plaga desoladora por las atinadas providencias del General Cruz. La población disminuyó mucho en las provincias apestadas: en la Puebla murieron 17,000 personas, y en México más de 20,000"

Continuaré. A Dios.

México, mayo 10 de 1824.

NOTA. El benemérito oficial fusilado en Oaxaca por haber ocultado las banderas de su regimiento, de que hablamos en la carta anterior, se llamaba D. José Aguilera: hemos hecho punto de conciencia manifestar su nombre que ignorábamos por pagar este tributo a su honrosa memoria.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE Y CUATRO.

Continuación de la carta anterior.

Estimado amigo mío:

Yo creo que hay un equívoco en cuanto al origen de esta peste. Es verdad que a la sazón en que ocupó Calleja a Cuautla, había muchos enfermos, y tantos que en cuatro días (según las relaciones y partes del Coronel Echeagaray) murieron más de 400; pero también creo que era de diferente especie. Según lo que he podido averiguar, este contagio lo comunicaron unos soldados del batallón expedicionario de Zamora; no de otro modo que en el año de 1520 el negro *Francisco Eguia,* grumete de la expedición de Pánfilo de Narváez comunicó desde Zempoala el contagio de viruelas, que arrebató para el sepulcro millones de indios; ¡vaya por último regalo y prenda del amor español a los americanos! Lo cierto es, que Zacatlán estaba contagiado a la sazón que Castro Terreño se presentó allí, y que tal vez por semejante plaga se paseó impunemente por aquella comarca.

Yo plantee, auxiliado del benemérito Cura D. Francisco Cantarines un pequeño hospital militar en el pueblo, y ninguno se me murió por el esmero con que lo hice atender. Dicho párroco hizo cuanto bien pudo a su feligresía en esta calamidad. A juicio de sabios médicos, esta misma dolencia existe aun en su germen, aunque modificada en sus síntomas en esta ciudad, y se ceba en las caserías húmedas donde habitan los pobres, apareciendo más o menos activa según la temperatura de la estación, principalmente entre los que toman a pasto chinguirito.

Aseguro confiadamente que en Oaxaca no hizo estragos esta dolencia en el recinto de la ciudad, pero sí en el pueblo de Xoxó que lo divide el río de Atoyac.

La piedad cristiana atribuyó este fenómeno a la protección de María

Santísima en su advocación de la Soledad, y a S. Sebastián, en cuya antigua ermita está construido su hermoso templo.

Yo vi hacer allí públicas rogaciones, (en 1813) y para consignar a la posteridad la memoria de este inapreciable beneficio, se grabó una pequeña lámina en que se veían las imágenes de la Virgen y de S. Sebastián, como favorecedores de aquella ciudad en una de las mayores desdichas que pudieran sobrevenirla.

Tal es el estado en que se nos presenta la nación mexicana en aquellos días, cuya memoria angustia mi corazón.

Si la expedición del Conde de Castro Terreño no acarreó males graves al departamento de Zacatlán, empero acarreó grandes desazones al Sr. Marqués de Monserrat de Puebla, lo mismo que a aquel ayuntamiento. Castro Terreño quiso adquirir noticias ciertas sobre el ejército de Morelos, y presumió que lo conseguiría por medio de dicho Marqués; más para este efecto le mandó llamar con un ayudante, diciéndole simplemente... *El Sr. General que se llegue V. S. allá...*

Este recado tan desabrido ni pudo menos que agriar a un hombre que sobre estar condecorado con un título de Castilla, era en aquella época primer Alcalde constitucional, y era la cuarta vez que servía aquel destino; por tanto, respondió a Castro Terreño se sirviese decirle por medio de un oficio el objeto a que lo llamaba, pues aunque gozaba como militar el fuero de esta profesión, se hallaba retirado por cédula del rey: expuso su condecoración de nobleza y la magistratura que fungía, y concluyó diciendo que por tales motivos esperaba no tuviese a orgullo su resistencia a presentársele. Castro Terreño le respondió con elación que debía presentársele; pues aunque por su retiro hubiese olvidado la subordinación que recuerda a todo militar (fueron sus palabras) cualquiera uniforme carcomido, y a todo vecino la buena educación, no debía obstruirla la añeja rutina de oficios que le anunciaba; por lo que concluyó ordenándole guardase arresto en su casa hasta nueva orden.... en el concepto (dijo) de que si lo quebrantare tomaré otra providencia. Esta ocurrencia desagradable data el 18 de junio de 1813.

El Virrey Calleja mostró desplacer luego que la supo por ocurso del Marqués, y habría deseado que se cortase, pero le faltaba que oír a Castro Terreño, quien no tardó en recurrir a él: alegaba éste la pronta obediencia que se le debía como a General en campaña, más el Marqués decía que el

era un magistrado, y como tal, y título de Castilla no debía ser llamado sino por el Virrey o la audiencia, y menos debía arrestársele sin formación de causa ni audiencia según los artículos 252 y 53 de la constitución jurada en aquel primer periodo de su observancia.

Como el ayuntamiento de Puebla vio tratado de esta suerte a un individuo de su corporación, reclamó en razón de este hecho a Castro Terreño, y le protestó que quedaba reunido aguardando su respuesta. No fue necesario más para que estimase esta interpelación como un complot criminal, y que llegase hasta el extremo de amenazarlo. No es del caso decir las desatinadas providencias que sobre este expediente consultó el Auditor Foncerrada, bastará indicar que no conformándose con ellas Calleja, para mejor proveer lo remitió al Oidor Bodega, quien opinó que el Marqués debió presentarse cuando se le llamó: que debía alzarse inmediatamente el arresto sin que se le perjudicase su reputación y concepto, y devolvérsele 200 mulas que Castro Terreño le tenía embargadas.

De este modo se holló la justicia y se caminó sobre el supuesto falso de que Castro Terreño estaba en campaña, y por cuya circunstancia sus órdenes eran obligatorias a toda clase de personas, cuando se hallaba tranquilo en la capital de su provincia, y aquella orden de citación pudo darla decorosamente sin entorpecer las medidas de obrar contra los enemigos.

Asimismo, quedó desairado el ayuntamiento de Puebla por Castro Terreño que lo acusaba de negligente en cumplir sus órdenes, porque de la noche a la mañana no le proporcionó 400 mulas que decía necesitar para la expedición de Zacatlán, cuando en aquella época de epidemia era imposible recogerlas estando además interceptadas las avenidas de Puebla con partidas americanas que impedían el ingreso de víveres y paralizaban el comercio.

Tal era el modo escandaloso con que en aquellos días se hollaban los principios más claros de la justicia, y tal el orgullo y elación de nuestros opresores.

Pero lo que llenará de escándalo al último de nuestros nietos, es una circular que por aquellos días se expidió por el gobierno, dando reglas para conocer y obrar contra los insurgentes, no de otro modo que el sabio Filangieri nos ha dejado unos cánones muy luminosos y seguros para decidirnos en los juicios criminales.

He aquí este testimonio de barbarie, este eructo infernal arrojado (según se asegura) por un mal americano.

«Deben (dice) reputarse por insurgentes los que dicen que el motivo de la insurrección consiste en la opresión, en la tiranía, y en la inhumanidad con que han sido tratados los americanos por los europeos: los que culpan a los Virreyes, a los Magistrados y Jueces, de indolentes, codiciosos, injustos y opresores: los que proclaman la libertad americana que suponen injuriada por aquellos; los que quieren para sí y sus paisanos los destinos y profesiones: los que aplauden las virtudes naturales, morales o físicas de los insurgentes: los que favorecen a los que son tratados por los tribunales de México como infidentes presuntos: los que tienen amistad o correspondencia con ellos: los que minoran nuestros triunfos, y ponderan los contrarios: los que no protegen a la Antigua España con sus caudales e intereses: los que murmuran al Virrey D. Francisco Javier Venegas tachando sus providencias: los que se compadecen de los traidores que mueren en los ejércitos, o en los cadalsos.

No solo hay infidencias *habladas,* las hay *mudas*. Un gesto, una risa falsa, una media palabra, cierto tono de voz, el mismo silencio seco e importuno.

Otras hay que manifiestan modo de chanza: otras se demuestran zahiriendo, o remedando irónicamente.

A D. Manuel Olano natural de Sevilla, y administrador de correos de Sta. Fe, se tuvo por infidente porque se reía de algunas de las providencias que daba el regente cuando la sublevación del año de 1780. Como tal fue conducido a España, donde murió sin volver a ver a su mujer e hijos. ¿Quién pues será capaz de figurar una regla jurídica para el conocimiento del punto revolucionario? Esto no se aprende sino en la escuela de la ocasión: es menester que entre por los sentidos, así es que el que no ha tenido la cosa presente, no está en estado de conducir la nave de ambición de México.»

He aquí un plan que destruye toda la moral pública: que hace a los hombres jueces del pensamiento, y que autoriza a todo malvado para destruir a su semejante, apoyándose en cualquiera de estas absurdas máximas. Estos fueros los principios por donde se condujo aquel bárbaro gobierno que oprimió a los pueblos de este continente.

Mas no se crea que se limitó a esta teoría, puso en práctica otras

medidas más infames y destructoras. Sepa el mundo, y sépalo con escándalo, que en la secretaría del Virreinato de México se acopiaron cajones de varios venenos, cuya distribución se ignora. Entre estos existieron tres cajones de una yerba venida del pueblo de... S.A.T.T.... y de la que un cura explicaba sus estragosos efectos. Decía el Virrey.... molida y ministrada en poca cantidad, excita a la lascivia con mayor estímulo que las cantáridas: en mayor dosis produce frenesí, y en duplicada, un furor tal que a las 3 horas causa la muerte entre rabias. Los oficiales D. Ignacio Cubas, y D. Rafael Correa existentes entonces en el archivo se encerraron a reconocerla abriendo un cajón.

El primero, que aún vive, y está en dicha secretaría, de quien he recibido esta relación dice, que supo que este veneno se entregó a un Teniente Coronel de artillería, e ignora adonde lo llevó, y contra quien hizo uso de él. Yo podría indicar el punto de donde vino; pero conviene callarlo. ¿Se obraría de un modo más indigno e inmoral entre los tigres y leopardos? Estos infames no perdían de vista la máxima de Julio César... *Et si violandae leges, regnandi causa violadae sunt.*

Otro suceso ruidoso ocurrió en aquellos días que pudo traer fatales resultas. No habiendo salido las elecciones primeras de parroquia en México a gusto del Virrey, y tratando de anularlas, el ayuntamiento no se nombró en diciembre como debía; por esta causa el Virrey Venegas mandó despóticamente que continuase esta corporación en su ejercicio, pues en caso necesario él les prorrogaba la jurisdicción que respectivamente ejercían sus individuos. El ayuntamiento respondió que por su parte obedecerían; pero que la constitución, única fuente de donde dimanaba toda autoridad, no quería que subsistiese la suya: expuso además que el pueblo no veía al cabildo de buen ojo, ya por que no tuvo parte en elegirlo (pues era de la antigua institución) ya porque creía que no hacía lo que debía. El Virrey pasó al acuerdo de Oidores esta exposición; el nombramiento del ayuntamiento se hizo según la voluntad de los electores, y ni por solicitaciones ni por amenazas pudo el gobierno recabar de ellos que nombrasen un solo europeo.

Uno de los electores y que fue nombrado en aquella época regidor constitucional, fue D. Francisco Antonio Galicia, Gobernador que había sido de la parcialidad de S. Juan (que comunmente llaman Teipam) *(1)*

(1) Es Tecpam *que quiere decir en mexicano* Palacio *donde reside el que gobierna: por resultas de la conquista quedaron las parcialidades de indios de S. Juan y*

Este indio benemérito ídolo de su pueblo por sus virtudes, deseaba eficazmente su libertad, y para conseguirla, procuró ponerse en correspondencia con el general Rayón nombrando cerca de la junta un personero que lo representase. No conservo más que su segunda carta concebida en los términos siguientes, y que voy a copiar para honor de su desgraciada familia, dice así: «En contestación a la muy apreciable de V. E. de 10 del pasado debo decirle, que crece tanto el movimiento patriótico de esta nobilísima ciudad, que no cabiendo en el corto buque del corazón de sus habitantes, se expresan en unos términos de que hasta ahora no habían usado. Antes eran americanos *vergonzantes,* en el día casi hacen gala de parecerlo públicos. Estamos muy inquietos con las resultas de la votación de los sujetos que según la constitución deben componer el ayuntamiento, lo que h procurado entorpecer este Virrey, ministros de la audiencia, y todos los gachupines, porque bien conocen que no saldrá ninguno de ellos, y en esto no se engañan, pues los electores están resueltos a que así se verifique. Contamos en todo evento con la promesa que hace V. E. a nombre de la Suprema Junta Nacional de que nos protegerá con sus armas, pues toda nuestra ansia es sacudir el tirano yugo, *que ya nos priva aun de la respiración.* Para ello nos hallamos en la resolución de quedar libres, o morir en la demanda.

Este es el espíritu que anima a todos mis hijos, y que inflama el de todos los habitantes de esta ciudad; tanto que los momentos se nos hacen siglos, y con esto, así los barrios todos de México como los muchos pueblos que están a mi disposición (con la novedad de haber cedido el Virrey al sanguinario Calleja el mando de las armas) están que no caben porque llegue el feliz momento en que perdamos la vida, o alcancemos nuestra libertad. Con esto en manos de V. E. está elegir el día, en que estando de modo que puedan entrar nuestras tropas americanas demos nosotros el grito.

En manos (vuelvo a decir) de V. E. está señalar el día, y que sea pronto. De cualesquiera novedad daré aviso a V. E. como lo hago ahora, diciéndole que la corporación de electores hemos interpelado al intendente para que señale día en que se verifique el desempeño de nuestros deberes; por lo que arrojado el Virrey, quería siguiesen los Individuos de la ciudad, los que lejos de asentir a tamaño disparate le respondieron como verá S. E. por la adjunta copia. Quedo entendido que en el evento

de cualesquiera movimiento nos debemos portas como V. E. nos ordena que es el modo con que deben conducirse los honrados americanos que deseamos la suspirada libertad, despreciando todos los intereses del mundo.

Dios guarde a V. E. muchos años.

México, 3 de enero de 1812.

Exmo. Sr. *Francisco Antonio Galicia*.-

Exmo. Sr. D. Ignacio Rayón.

Comunicada esta nueva al General Morelos con quien también se entendía Galicia, parece que se reservó aceptar la oferta para cuando se aproximase a México, para no comprometerlo con su gente.

Como Galicia era muy esmeroso en el desempeño de sus deberes, principalmente de Regidor nombrado para este ayuntamiento, y Juez de Plazas, no permitió que los ricos de México abarrotasen el carbón que en aquella época se distribuía por su escasez causada por la peste en la Municipalidad; así es que tuvo muchos choques, y no menos se hizo odioso a la tropa expedicionaria, pues de oponía a que robasen y maltratasen a los indios en las garitas como lo hacían impunemente. El piquete que estaba de guardia en la de S. Antonio Abad cometió un robo escandaloso en aquel barrio que obligó a sus vecinos a que propulsasen la fuerza con la fuerza, sin que nadie se los mandase sino la necesidad de la defensa.

Galicia se quejó a Calleja de este procedimiento, y en su exposición le dio a entender, que si se viese en igual conflicto no extrañase su Exa. que diera voces al pueblo para defenderse; concepto que interpretado hacia la peor parte por el Virrey, bastó para que lo mandase arrestar.

Parece que en aquellos días se tuvieron presentes por el gobierno los papeles interceptados a Liceaga, y que he copiado, los cuales reunidos a las sospechas que ya tenía Calleja contra Galicia, bastó para que lo condenase a Islas Marianas por 6 años, y que cumplidos no pudiese volver sin licencia del mismo gobierno que lo confinaba.

Galicia estuvo preso en la ciudadela (hoy fábrica de cigarros) y después en la cárcel. En ambos lugares era visitado a todas horas del día,

principalmente de los indios y gente pobre que le llevaba medios, cuartillas y cuanto podían, llorando con él como hijos con su angustiado padre. Decíanle mil ternuras en idioma mexicano, en este idioma de armonía, dulzura y sensibilidad, y nadie que lo entendiese podía oírlos sin derramar lágrimas en abundancia.

Hasta tres veces estuvieron prontos los caballos, y allanadas las dificultades para extraer de la prisión a Galicia; pero jamás quiso condescender por no comprometer a su familia. Finalmente se le sacó en coche, y fue precedido de multitud de amigos que lloraban su ausencia con el mismo sentimiento que los atenienses el destierro de su Arístides; fue necesario que la guardia de la garita revolviese a los infelices que parece querían seguirlo hasta su destierro: ellos no fueron es verdad, pero lo acompañaron sus virtudes. Reducido a una prisión estrecha de Acapulco, y alimentado con galleta y carne salada, se escorbutó en términos de morir antes de ser embarcado. Séanos por tanto dulce y grata la memoria de este benemérito indígena: mírese como una de las preciosas víctimas inmoladas por la salud de la patria, y jamás le tomemos en boca sin una tierna emoción a fue de agradecidos y sensibles.

La historia que acabo de referir la oí de la boca de un vigilante que tuve en el castillo de Ulúa y que me acompañaba armado con su bayoneta cuando me paseaba por el baluarte de Santiago en el año y un mes que sufrí el arresto e incomunicación; el lloraba, y yo no podía comprender la causa porque tomaba tanto interés en esta desgracia, hasta que supe que era sobrino suyo, y que la mano férrea de su opresor también había pasado sobre él... ¡Ah! ¿En que ángulo de este inmenso territorio por distante y apartado que sea, no hicieron derramar lágrimas aquellos monstruos que la enseñorearon por tres siglos? ¿Qué palmo de esta tierra no está empapado con la sangre de nuestros hermanos que ellos hicieron prefundir? Este mismo pensamiento tuvo Horacio cuando dice a Asinio Polion que escribía la historia de la guerra civil...

¿Qué campo no atestigua, fecundado
con la sangre romana,
nuestros furores, nuestra rabia insana?
¿Qué mares nuestra furia no ha teñido?

¿Qué playa en el aciago
blandir de la impía diestra
no ha enrojecido en fin la sangre nuestra?

¡Generaciones venideras, jamás olvidéis estos recuerdos, ni el precio grande con que os compramos la libertad!...

Acciones militares del Dr. Cós.

Otra vez he dicho a V. que los vocales de la junta de Zitácuaro se disolvieron por convención celebrada entre ellos en 6 de junio de 1812. Como cada vocal tenía facultad para levantar divisiones militares, y de consiguiente la de nombrar segundos, Liceaga nombró por tal al D. D. José María Cós, no obstante de estar desempeñando el cargo de Vicario General Castrense. Este eclesiástico tenía buenas disposiciones para todo; amaba el orden, y era militar por genio. Partió pues para la provincia de Guanajuato: se situó en el memorable pueblo de Dolores, y allí en compañía de D. Fernando Rosas, levantó un cuerpo de infantería que visitó, armó y dio la mejor disciplina posible. Heme aquí a mi Dr. Cós en campaña dando el siguiente parte de sus aventuras al General Liceaga, dice así: «Aunque para el cumplimiento de la superior orden de V. E. bastaba entretener a Guanajuato con algunas avanzadas respetables, mientras nuestras tropas atacaban a Irapuato y León; quise presentar el día de ayer a la vista de aquellos vecinos una parte considerable de este ejército de mi mando por tres puntos distintos, ocupando yo el centro en Mellado, la izquierda el Brigadier D. Rafael Rayón, y la derecha el Coronel D. José María Garza.

Comenzó el fuego al amanecer y se suspendió a las nueve del día en virtud de haber puesto los enemigos bandera parlamentaria en el fuerte de *Mellado,* a cuya vista intimé la rendición a la ciudad, dirigiendo al ayuntamiento y corporaciones un manifiesto y planes de conciliación. Mientras se discutía el asunto hubo una perfecta cesación de hostilidades. La tropa se mantuvo en sus puntos todo el día en rigurosa formación militar. Cuando se cumplió el término de tres horas que señalé para la respuesta, reclamé por ella; pero el Comandante del fuerte aseguró bajo su palabra de honor a D. Fernando Rosas, enviado por mí con el carácter

de parlamentario, haberse convocado una junta plena, exponiendo ser muy corto el plazo para un negocio de tanta gravedad, y que esperaban las corporaciones diese prórroga al término prefijado, insinuando al mismo tiempo que se quebrantaban los derechos de guerra si no cesaba el fuego en otro punto, en donde por no haber llegado todavía la orden que dirigí, aun se mantenía con viveza.

Para quitar toda sospecha de infracción por nuestra parte, mandé que a la oración de la noche se retirasen las tropas a distancia de 2 leguas, manteniéndose respectivamente a la ciudad en la misma posición que yo en este real de Santa Rosa. Aún está pendiente el parlamento, y por medio de un aviso al público que he hecho fijar en las esquinas de Guanajuato advierto a sus habitantes que siendo éste un asunto todo suyo, les toca también exigir la contestación, y a mí portarme en lo de adelante según los procedimientos de sus mandarines. En esta acción no hemos padecido la más pequeña desgracia, ni ha habido de nuestra parte una sola gota de sangre derramada. Según informes indudables, el enemigo ha tenido 24 muertos y algunos heridos.»

Sigue recomendando a sus oficiales Rayón, D. Laureano Terán, D. Fernando Rosas, D. Florencio Camargo, de quienes dice que entusiasmaron de tal modo a sus soldados, que fue menester (añade) que yo les descubriese el plan, advirtiéndoles que no íbamos a atacar, sino solamente a entretener a Guanajuato, mientras nos apoderábamos de Irapuato y León.

Data este parte dirigido a Liceaga en el campo de Santa Rosa a 18 de febrero de 1813.

Este y no otro es a mi modo de entender el ataque que refiere la gaceta de México del 23 de febrero de 1813, núm. 364, y que me ha hecho dudar por algún tiempo estar fechado el parte del Intendente Marañón que lo da en 4 de diciembre del año anterior, o tal vez el equívoco estará en el parte de Cos. Más sea de esto lo que se quiera, lo que resulta probado es que el General D. José Castro que fue destinado para batir a los americanos, se vio (son sus palabras) en extremo comprometido por haber caído en una cañada tan larga como escarpada, de cuyo peligro le advirtió el práctico D. José Bustamante, y obligado así aquel jefe a replegarse a sus primeras posiciones ya no pudo tomarlas porque el enemigo casi lo rodeaba con una chusma tan numerosa que se calculó en 3 mil hombres, la mayor parte montados, y con muchas armas de fuego...

Castro salió de aquellos bosques y desfiladeros con gran trabajo. Dice que Castro *tuvo 3 muertos y 2 heridos,* ya sabemos lo que importa este lenguaje en la pluma de los españoles.

También se dice en este parte de ellos, que sabido en Guanajuato con anticipación este ataque que se meditaba, el General García Conde se trasladó a aquella ciudad y se preparó para su defensa, mandando este a D. Agustín de Iturbide con su división por la vía de S. Miguel el Grande sobre el pueblo de Dolores. Es más que probable que por esta circunstancia Cos retrocediese a cubrir su cuartel general, pues no sabemos que se diesen las acciones que tenía dispuestas sobre Irapuato y Villa de León.

Yo tengo otros datos que me confirman en el concepto de que el Dr. Cos tenía las mejores disposiciones para la guerra: por ahora solo me ceñiré a presentar una relación que he recibido de mano del Brigadier D. Luís Cortázar, que entonces servía al gobierno español, circunstancia que la hace más recomendable e imparcial.

En fines de abril (dice) de 1813 fue destinado el Teniente Coronel graduado D. Vicente Bustamante, del regimiento de Moncada, que entonces se estaba levantando, a perseguir al Sr. Cós. Salió del Xaral, y fue en derechura a Dolores. Cos tuvo necesidad de refugiarse en la sierra de Guanajuato, donde viéndose perseguido por Bustamante, y no teniendo apoyo, se retiró a los pueblos del Rincón, y Bustamante fue en su alcance hasta Villa de León. De este punto regresó a la de S. Felipe, con objeto de fortificarla bajo las inmediatas órdenes del Marqués del Xaral. Ya estaba hecha la mayor parte de la fortificación, cuando el 25 de junio del mismo año fue mandado por dicho Marqués a perseguir las partidas de los americanos que se hallaban sobre la sierra de Guanajuato. El 28 del mismo regresaba con gran porción de caballada y ganado que les había quitado; pero en la hacienda de la Quemada fue atacado por D. Matías Ortiz quien militaba a las órdenes del Dr. Cós, conocido como *el Pachón,* quien a pesar de la poca fuerza que traía derrotó completamente a Bustamante, quedando éste muerto en la acción con otros 6 oficiales. En esta acción fue hecho prisionero el P. Gotór, célebre franciscano de S. Luís Potosí.

Este accidente obligó al Marqués a levantar el destacamento de S. Felipe, y retirarse al Xaral, y al mismo tiempo dio opinión a Ortiz. Se puso en el Xaral como por avanzada un destacamento en S. Bartolo

(estancia de la hacienda).

A fines de julio fue sorprendido por Ortiz, escapando únicamente los que estaban arriba de la azotea de una galera; esto obligó a retirar el nuevo destacamento.

Continuaré. A Dios.

México, mayo 17 de 1824.

NOTA: En la Águila núm. 29, D. Pedro Páez pretendió desmentir la relación de la batalla del puente de Salvatierra hecha en la carta 23; pero en el mismo periódico núm. 31 se ve comprobada con certificación del mismo general Rayón que la dio.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE Y CINCO.

Continuación de la carta anterior.

Estimado amigo:

En fines de agosto de 1813, derrotó Ortiz una partida en las inmediaciones de Villela, compuesta de los patriotas de esta hacienda, y de los de Sta. María del Río: iba á cargo de D. Ignacio Xuárez.

El honor que resulta a Cós de estas acciones, es debido al esmero con que hizo que se disciplinase esta tropa, que era tanto como que pasaba los días en el cuartel examinando hasta las pequeñeces y mecánicas del soldado. Si Rayón lo hubiera substituido a alguno de sus compañeros, la patria habría progresado mucho en su causa ¡Ojala y que las cosas pudieran hacerse dos veces! El Sr. Abad Queipoo, que se decía Obispo electo de Valladolid, se explico con mucha dureza contra el Dr. Cós, y lo mismo hizo el Dr. Beristain, pero nadase fueron a deber, pues les correspondió en la misma moneda. Era acre, fogoso, y caustico en sus expresiones, mejor diré, era un fósforo: día vendrá en que sensibilece este concepto redactando sus escritos.

Ataque del convoy grande dado al General García Conde por el Comandante Salmerón.

Dije á Vd. en la carta 12 de esta época segunda que el Brigadier D. Diego García Conde marchó para tierra dentro en junio de 1812 conduciendo un convoy de 12,000 mulas, 135 coches, y de consiguiente muy interesado. Convenía entonces al orden de la historia dejar como dejamos a dicho jefe en Querétaro, y ahora es tiempo de dar idea de su resultado, porque a fe mía que es uno de las sucesos mas favorables de nuestra revolución: tanto mas cuanto que el gobierno Virreinal lo silenció, y pocos supieron lo que entonces ocurría, sino fueron los testigos

presenciales a quienes no todos pueden conocer ni informarse de ellos. El mismo Sr. García Conde en su manuscrito que poseo lo refiere del modo siguiente.

E1 día que salí de Celaya dispuse hacer noche en el molino de Saravia para no entrar al siguiente en Salamanca, y dirigirme a Irapuato: por lo que llegado al molino demarqué el campo anticipadamente según lo hacia, siempre que no me alojaba en población, formando los 4 frentes del cuadro de media legua cada uno con un cañón en cada ángulo, en el centro de cada frente uno de los 4 cuerpos que llevaba, los que no tenían sus guardias al frente, sino á los costados en la misma línea del cuadro, y reforzaba los cañones con un piquete de infantería, colocaba todo el convoy dentro de dicho cuadro, sin que nadie saliese para nada de su recinto, pues hasta el agua quedaba siempre adentro *(a).*

(a) No he omitido esta relación porque es una lección práctica de castramentación ó arte militar de campar, muy digna de tenerse presente por nuestros oficiales estudiosos.

"A las 2 de la mañana del 7 de agosto de 1812 hice salir un grueso de caballería al mando del Capitán Enderica para Salamanca, y yo marché al ser de día con el convoy en el orden que siempre llevaba; pero una legua antes de llegar á Salamanca me avisó el Comandante de la descubierta que se oía tiroteo en la villa, por lo que hice adelantar a D. Agustín de Iturbide con una partida de dragones y que le siguiese en su alcance una compañía de infantería con orden de que contuviese en Salamanca el paso del río, y me mandase partes consecutivos, continuando yo la marcha con el convoy sin detención alguna. Habiendo llegado a vista de Salamanca, advertí que salía huyendo un trozo de caballería, y en su seguimiento el Capitán Enderica con la suya, sin que por esto cesase el fuego dentro de la villa; esto me hizo reforzar á Iturbide con otra compañía de infantería para que acabase de ahuyentar a los prófugos; hízolo con demasiado empeño, alargándose hasta cerro gordo, donde tenia el comandante americano Salmerón una fuerte emboscada, que cargando sobre Enderica lo hizo replegar, y como tenia su caballería muy cansada, le dieron grande carga basta sobre el mismo convoy. Yo procuré contenerla con un cañón sostenido por la infantería que situó sobre la derecha del convoy al tanto que Iturbide hacia lo propio por la izquierda y en persona por e1 frente; además tenía yo otro cañón por retaguardia apoyado con infantería y caballería."

"Sin embargo de esto como el convoy tenia mas de 4 leguas de extensión, avanzaban sobre el los americanos, los cuales tenían no pocos adictos entre los arrieros que les entregaban las yeguas, y así es que conseguían llevarse varios atajos, los cuales se volvían a represar por las partidas sueltas de caballería que iban en su alcance. A pesar de esto se perdieron más de 360 cargas, las que no todas fueron aprovechadas por los insurgentes, sino por multitud de léperos que acudían a los tercios caídos en tierra, y se los tomaban, de lo que se devolvió mucho a sus verdaderos dueños por las enérgicas medidas que tomé en Irapuato. De este mismo número de cargas se perdieron no pocas en el río que estaba muy crecido: solo D. Joaquín Vázquez perdió un atajo de mulas cargadas de cigarros, pues éstas se ahogaron. Duró el ataque desde las 7 de la mañana hasta las 5 de la tarde, yo tuve de pérdida 50 hombres."

"El resto del convoy llegó sin novedad hasta Lagos, donde lo entregué a diversos comandantes, pues cada provincia había enviado allí una para que le enterase de su parte respectiva. La provincia de Guadalajara sufrió su desfalco, no menos que la de Valladolid y S. Luís, pues hubo ataques en puerto de nieto, y en Xerecuaro."

"Al regresar a Lagos y Silao tuve que formar una división de 1,000 hombres de las 3 armas, auxiliándome de los realistas de León, Irapuato, Silao, Celaya y una partida de dragones de S. Carlos: de un escuadrón que se hallaba de guarnición en Guanajuato, cuya provincia ya se me había encomendado. Toda esta tropa la puse al mando de Iturbide, con orden de que pasase a Yurirapundaro a tomar el fuerte de la Isla Liceaga. Previne a Iturbide que no atacase el fuerte hasta que todas las divisiones de americanos hubiesen ido á batirlo."

Por esta relación que tengo por imparcial, es visto a toda luz que Salmerón supo combinar el plan de ataque, pero que no le permitió consumarlo la falta de disciplina en su tropa.

Continuación del sitio de Acapulco, y toma del castillo de S. Diego.

El sitio se prolongaba y causaba enormes perjuicios, tanto a los sitiados como a los sitiadores. Escaseaban a estos los víveres, y era necesario traerlos de grandes distancias: hacíase sentir el hambre, y la peste disminuía considerablemente el ejército de Morelos: apenas había la

tropa necesaria para cubrir los puntas, y en estos no había relevos; sufría además el rigor del clima ardiente y de la lluvia y campaba al raso. Era esta a la verdad una situación desesperada, que casi llegó a decidir a Morelos a venirse a Chilpantzingo; bien que dejando allí a Galeana para que continuara el sitio: mas este se opuso a ello, y represento a Morelos que todo era perdido en el momento en que se retirase. Todos (le dijo) subsistimos aquí por el amor que tenemos a V.

En el momento en que lo vean marchar no quedará un soldado, y entonces perderemos la reputación militar que nos sostiene. Conoció Morelos la fuerza de estas reflexiones, y se decidió a hacer el último esfuerzo para tomar el castillo.

He aquí literal la relación que yo publiqué en el núm. 30 del correo americano del Sur de 16 de septiembre de 1813, cuando lo dirigía en Oaxaca, ajustándome a las partes del General Morelos, o para hablar con propiedad, a las relaciones que comunicó al Gobernador D. Benito Rocha, Gobernador militar de Oaxaca por medio de su secretario D, Juan Nepomuceno Rosainz.

Estando al concluir (dice), el Sr. Morelos la mina para volar el castillo, me acordé por séptima vez de la humanidad y caridad práctica del prójimo. Sabía que en él se encerraban más de 10 inocentes... *No delebo propterdecem*. Quise más bien arriesgar mi tropa que ver la desolación de inocentes y culpados.

El 17 de agosto en la noche, determiné que el Sr. Mariscal D. Ermenegildo Galeana, con una corta división, ciñera el sitio hasta el foso por el lado de los hornos a la derecha del castillo, y el siempre valeroso Teniente Coronel D. Felipe González por la izquierda, venciendo este los grandísimos obstáculos de profundos voladeros que caen al mar, razando el pie de la muralla, y dominado del fusil y granadas que le disparaban en algún número; superase todo, no obstando la obscuridad de la noche, y el Sr. Mariscal la de pasar por los hornos dominado del cañón y de todos sus fuegos, sin mas muralla que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro, y sin mas novedad qué un Capitán y un soldado heridos de bala de fusil..

Esta nunca bien ponderada maniobra aterró tanto al enemigo que suspendió sus fuegos, dando indicios de parlamento, que al efecto tenía ya trazado, respondiendo con los artículos de su capitulación a la última

intimación que se le hizo, y en obsequio de la humanidad se le admitió con pocas modificaciones en los términos siguientes:

Art. 1º. Habrá un perpetuo olvido de cuanto se ha he hecho de obra, palabra o escrito relativo a la presente guerra, prohibiéndose severamente denigrar ni zaherir directa o indirectamente a ninguno.

Art. 2º. Saldrán de la fortaleza los Sres. Gobernador y demás oficiales con sus insignias y espadas. Formará la tropa en el Glacis con culatas arriba, donde a la voz del Gobernador, echarán armas a tierra al frente, en cuya positura se irán a recibir, previniendo que el soldado a quien se le encontrare un cartucho, será pasado por las armas en el instante.

Art. 3º. Se permitirá que cada cual saque su respectivo equipaje, entendida esta voz en su sentido natural que es decir, ropa de uso, cama, y dinero suficiente para su transporte, en la inteligencia de que se hará lo posible para proporcionar bagajes, sin comprometerse por la escasez que hay de ellos.

Art. 4º. Teniendo la patria un derecho inconcuso para reclamar a sus hijos, no se dará pasaporte a criollo alguno para que se traslade a país enemigo; pero si se franqueará a los europeos con todos los seguros necesarios para no ser perjudicados en los campamentos de su transito, designando estos el punto a donde quieran dirigirse, y otros a los criollos que quieran salir del puerto a tomar aires menos infestados.

Art. 5º. Para que el erario del gobierno europeo satisfaga a sus acreedores los préstamos que han hecho, y estos tengan un comprobante de ellos, se permitirá al comisario de guerra lleve los libros de su cargo, y cuentas de tres años a esta parte.

Art. 6º. Se permitirá también que del tesoro dicho lleve el comisario de guerra cantidad abundante para la traslación de los europeos a lugar seguro, según su número, haciendo antes juramento de no volver a tomar las armas en favor del partidlo que han defendido, con la circunstancia de no detenerse mas que lo muy necesario después de entregada la fortaleza.

Art. 7º. A más del pasaporte que se franqueará a los que salieren, se librará orden para que en todos los lugares por donde se encaminen se les ministre todos los auxilios y socorros necesarios por sus justos precios.

Art. 8º. Mañana a las nueve del día se efectuará la ceremonia de entregar acordada en el articulo 2.º Desde aquel hasta el 22 quedará evacuada la fortaleza de enfermos, y arreglado todo lo interior de ella, para lo cual irán de ayuda algunos naturales.

Art. 9º. Se entregará la fortaleza íntegra según se halle con todas sus piezas de cañón, sin inutilizar ninguna pólvora, balas, cuantos pertrechos y municiones contiene, previo inventario que formará el Comandante accidental de artillería, quien percibirá recibo de mi auditor general para dar la debida satisfacción á su gobierno.

Art. 10º. En los mismos términos se hará una exacta descripción de los víveres y demás renglones depositados en los almacenes, pabellones y lunetas de diversas pertenencias, especificando cuales sean y sus consignaciones para que con tal claridad y recibo del tesorero de ejército, puedan los consignatarios satisfacer a los dueños, y no se les impute malversación.

Y para que se efectúen estos tratados con la circunspección y solidez que es debida, y este acto entre otros muchos sea un testimonio de que las tropas americanas saben guardar el derecho de gentes, y tratan con indulgencia a los que se rinden, especialmente cuando solo en acción de guerra usan de las armas, lo firmamos en Acapulco a 19 de agosto de 1813.

José María Morelos.- Pedro Antonio Vélez.

El día 20 entregó el gobernador las llaves del castillo, y en el 407 fusiles habilitados, 50 sables, 35 machetes, 146 lanzas, 50 cajones de pólvora labrada y en granel, 3 halcones surtidos, 80 piezas de artillería, calibre de a 4 hasta 36, 2 morteros de a 12 pulgadas, banderas, 20 mil balas de dichos cañones, y un gran botín de abarrote y lencería.

Encargose de recibir la fortaleza el Mariscal Galeana. Hasta, el siguiente día no se presentó en ella Morelos: al emposesionarse del castillo su Gobernador le dijo estas precisas palabras.... Sr. Excmo. tengo el honor de poner en manos de V. E. este bastón con que he gobernado esta fortaleza, sintiendo en mi corazón, que para su conquista haya sido preciso derramar tanta sangre.... Morelos lo recibió con dignidad y le

dijo.... Por mi no se ha derramado ni una gota.

No es fácil pintar la consternación que se veía retratada en los semblantes de los capitulados, la palidez dimanada de enfermedad y contagio de que muchos estaban plagados, la vergüenza y confusión propias de unos hombres vencidos, el orgullo español humillado, la memoria de sus glorias desvanecida como humo, el recuerdo del desprecio que tantas veces se hizo del vencedor poniéndolo a punto de perecer 2 años antes por una perfidia al frente de aquella fortaleza: todo esto parecía salirles a la cara, y que les hacia prorrumpir en suspiros que todos oían claramente. Morelos disimuló, se sentó a la mesa, brindó por España....Si (dijo con una entereza igual a la grandeza y magnanimidad de su corazón)....viva España *¡pero España hermana, y no dominadora de América!*.

Supo que D. José Maria Giral de Crame, Oficial real de la caja de Acapulco, europeo, tenia su familia en Oaxaca, y mandó que se le acudiese con lo que necesitase, que además se la diese una mesada de 100 pesos., y a Giral le permitió que pasase a México.

Mostró además su largueza con otros hechos, y desengañó a todos de que era digno por sus virtudes de ponerse a la cabeza de una nación para dar la libertad. Admiró la buena disposición y honradez del gobernador Vélez, y le propuso que se uniese al ejército; Vélez por su mucho pundonor no quiso admitir, y entonces acercándose a él blandamente le tocó el pescuezo y le dijo.... Sr. Vélez.... Aquí darán a V. el pago los gachupines.... En breve acreditó el tiempo que no se engañaba en su vaticinio, y que los conocía. Vélez fue calumniado, pidió consejo de guerra para sincerarse, y hasta después de muerto no salió acrisolada su conducta por una sentencia honorífica, quedando reducida a pobreza su honrada familia.

Tal es el sitio y toma de la ciudad y castillo de S. Diego de Acapulco, prolongado por espacio de seis meses, y en el que se sufrieron las mayores privaciones, donde el soldado y el oficial se alimentaron algunos días con un solo plátano verde asado: donde Morelos estuvo a punto de perecer por una bala de cañón que le rebotó de su lado al ayudante Hernández, a quien daba sus ordenes, y cuyo hígado cayó sobre sus ojos, y lo tuvo ciego por todo un día, sin que por eso dejara de continuar dictando sus providencias con serenidad: donde una bomba trozó la mitad de su casa, y sus cascos llegaron hasta cerca del catre

donde yacía enfermo. Podrá por tanto este sitio, y esta magnanimidad acrisolada ocupar un lugar distinguido en las páginas de la historia.... ¡Ah! si yo poseyera la hermosura y fluidez de la de Robertson que describe las hazañas da Carlos V. Morelos ocuparía por tan excelentes partes de un buen historiador el lugar en que por ahora solo pueden colocarlo en el templo de la memoria sus mismas virtudes torpemente referidas.

La conquista de Acapulco y su castillo que completó toda la del Sur, y que puso a disposición de Morelos más de una provincia abundante en toda clase de recursos, y capaz de subyugar las demás si se hubiera sabido aprovechar de sus ventajas, se celebró en Oaxaca como era justo.

Hízose de ella un elogio en el 17 de septiembre en que se recordó el aniversario del grito heroico de Dolores, y se insertó en el núm. 30 del correo del Sur un rasgo que muestra bien la acalorada fantasía de su autor.

Ya brille [dice con el celebre Young a Morelos] en vuestras manos la espada de la guerra; ya cantemos alegres a la sombra de nuestras viñas, a vos debe dirigirse la gloria de nuestras conquistas, o el homenaje de los dulces placeres de las vendimias... ¡Día hermoso, yo te saludo! ¡Llama luminosa del mundo, detened vuestro curso, y alumbrad con luz más pura y extraordinaria alegría! ¡Montañas opulentas de Guanajuato, repetid el eco dulcísimo de la libertad, cuya primera voz acaba de salir del pueblo de Dolores! Genios alegres y retozones que bulliis, y caminais por las agradables márgenes del umbrío y apacible Chamacuaro, haced el cortejo a la matrona América que ataviada con aire majestuoso camina a la morada dichosa del grande Hidalgo y del esforzado Allende, y al son del dulce Teponaxtli, del armonioso Tlapahuhuetl, y de la sencilla Marimba, canta ufana y desembarazada. ¡Ah! Rompiéronse para siempre mis cadenas: amaneció el día de mi libertad... Huyan confundidos y rabiosos los genios de nuestra esclavitud, y húndanse para siempre en el Cocito. ¡Recordad a nuestros libertadores sacrificados por la mas negra perfidia en las norias de Baján! presidid este festín alegre, y rodeados de grupos de americanos por cuya libertad os inmolásteis generosos, volad al Sur... penetrad hasta la fortaleza de Acapulco, última conquista del héroe mas grande y afortunado que conociera el Anahuac, saludadlo, y tornaos a vuestros sepulcros pacíficos a recibir nuestros votos; pero mandad a vuestra comitiva que diga a los tiranos....Terminado há vuestro imperio:

quebraos para siempre vuestro cetro de hierro… cerráronse los manantiales de las riquezas porque anhelábais... ¡y vos sol hermoso! seguid vuestro curso: encargaos de anunciar tan fausta nueva a los pueblos oprimidos, y decidles con verdad.... libre es la América, mis lumbres puras vieron este espectáculo, y mi impetuoso carro se detuvo para contemplarlo: solo la esclavizada Grecia recibió igual sensación cuando la tirana Roma le concedió una libertad precaria

He aquí algunos trozos brillantes de aquel rapto; pero si me ha sido licito presentarlos, creo que con mayor razón debo consignar en este cuadro, el manifiesto que la junta suprema de la nación dirigió a los americanos para celebrar este mismo venturoso día en el año anterior, por que a la verdad que es una de las mas bellas piezas que podemos presentar a las edades futuras, y que más honor hará a aquella respetable corporación. Verdad, elocuencia, sencillez y dignidad, son les caracteres con que se ve marcada esta linda alocución.

La junta suprema de la nación a los americanos en el aniversario del día 16 de septiembre.

Americanos: cuando vuestra junta, nacional impedida hasta ahora de, hablaros por el cúmulo vastísimo de cuidados a que ha tenido que aplicar su atención nos da cuenta de sus operaciones, de los sucesos prósperos que ,han producido, ó de los reveses que no siempre ha podido evitar, escoge para llenar esta obligación reclamada por la confianza con que habéis depositado en sus manos el destino de vuestra patria, la interesante circunstancia de un día que debe ser indeleble en la memoria de todo buen ciudadano.

¡Día 16 de septiembre!...

El espíritu engrandecido con los tiernos recuerdos de este día, extiende su vista a 1a antigüedad de los tiempos, compara las épocas, nota sus diferencias, ve lo que fuimos, esclavos encorvados bajo la coyunda de la servidumbre, mira lo que empezamos a ser hombres libres, .ciudadanos miembros del estado con acción á influir en su suerte, a establecer leyes, a velar sobre su observancia, y al formar este paralelo sublime exclama

enajenado de gozo: ¡oh día, día de gloria! ¡Día inmortal! permanece grabado con caracteres perdurables en los corazones reconocidos de los americanos, ¡oh día de regeneración y de vida!

Inesperadas dichas, imprevistas adversidades, pérdidas succediendo a las: victorias, triunfos llenando el vacío de las derrotas: la nación elevada hasta la altura de la independencia, descendiendo luego al abismo de su abyecto estado, ayudada de su primer esfuerzo por la influencia protectora de la fortuna, abandonada después de esta deidad inconstante, enemiga de la virtud y compañera del crimen: subiendo paso á paso desde el ínfimo grado del abatimiento hasta la excelsa cumbre en que hoy se halla colocada majestuosa y serena: he aquí, americanos, el cuadro prodigioso de los acaecimientos que en el transcurso de 2 años han formado la escena de la revolución, cuya historia va á trazar con sucintas líneas vuestro congreso nacional.

Dase en Dolores un grito repentino de libertad: resuena hasta las extremidades del reino, como el eco de voz despedida en la concavidad de una selva: agitase los ánimos, reúnense en crecidas porciones para hacer respetable la autoridad de sus reclamaciones: ven los pueblos el peligro de su situación, conocen la necesidad de remediarla: juntase un ejército que sin disciplina y pericia expugna a Guanajuato, supera la oposición de granadita, toma la ciudad donde es recibido con aclamaciones de júbilo, y marcha victorioso hasta las puertas de la capital. Empeñase allí una porfiada pelea: triunfa la inexperiencia de la sagacidad: el entusiasmo de una multitud inerme contra la arreglada unión de las filas mercenarias: corona la victoria el heroísmo de nuestros esfuerzos, y los escuadrones enemigos en pequeños miserables restos buscan el refugio de los hospitales para curar sus heridas.

El campo de las Cruces queda por los valientes reconquistadores de su libertad, que tan indignados contra el tiránico poder que los obliga a derramar su propia sangre, como deseosos de economizarla, suspenden sus tiros mortíferos a la vista de las insignias de paz y de concordia divisadas en el campo dé los contrarios pura herir con este ardid alevoso a más usado entre bárbaros, á quienes no pudieron rechazar con la fuerza de sus armas. Sobreponedse sin embargo las disposiciones de fraternidad a los excesos del furor en que debió precipitarnos tan salvaje felonía, y los medianeros de la conciliación enviados con temor y desconfianza, se presentan a los vencidos a proponer y ajustar un tratado que' restituyese la

tranquilidad, y asegurase la armonía. Este paso de sinceridad fue despreciado, desatendidas nuestras propuestas, mofadas irrisoriamente y respondidas con insulto y provocaciones irritantes. Cansados en fin de hablar sin esperanza ya de ser oídos, fue la intención pasar adelante, y sacar de aquel triunfo el medio de la fuerza todas las ventajas que ofrecía a unos y otros el de la razón y la dulzura: mas la incertidumbre del estado de la capital, la inacción de sus habitantes obligados por la tiranía, a encerrarse en lo interior de sus moradas, el justo temor de los desordenes a que se hubiera entregado una muchedumbre embriagada en su triunfo, é incapaz todavía de sujeción a una autoridad naciente, hace retroceder el ejército, y se reserva para sazón mas oportuna la decisiva entrada de la corte.

Este movimiento retrógrado es mirado por diferentes aspectos, según la intención y capacidad de los censores: la determinación empero de alejar el grueso de nuestras fuerzas de aquel punto, es llevada al convoy conducido a Guadalajara el ejército de las Cruces. Allí después de conocida en la infortunada refriega de Aculco, la necesidad del orden, se empieza la organización, la disciplina, la subordinación y arreglo del soldado. Todas las preparaciones se aprestan, todas las disposiciones se toman para recibir la división enemiga del centro, que al mando de Calleja, marchó á dispersarnos, y concluir sin los preparativos: descarga el ímpetu de 10 mil hombres armados contra el débil estorbo de 600 soldados bisoños que resistieron con esfuerzo increíble un choque en que el valor estuvo de su parte, aun que tuvieron en contra la fortuna. Trabase la lid, y el puente de Calderón defendido con heroísmo, es vencido por los contrarios que se abren paso por él para entrarse a la ciudad.

Continuaré. A Dios.

México mayo 24 de 1824.

[*] Las grandes reuniones de gente que siguen a nuestros soldados no forman ejército. De 100 mil que, concurren a una acción, pocas veces entran 1,000 a ella. Viose esto en Guadalajara, donde Calleja dice que venció 100 mil hombres. ¡Valiente triunfo! Si un ejército sin disciplina no es ejército, sin disciplina y sin armas ni aún el nombre de tal le es debido.

CUADRO HISTÓRICO.

SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE Y SEIS.

Continuación del manifiesto de la carta anterior.

Estimado amigo:

Verificose en efecto la entrada y dispersión de la tropa que fue su consecuencia infausta: precipita la salida de los generales, que superiores al maligno influjo de su estrella, caminan con la imperturbable serenidad de los héroes a refugiarse a las provincias remotas de lo interior, donde abandonados a la malhadada suerte que es el distintivo de las almas grandes, son aprendidos con vileza por los caribes de aquel rumbo.

Parecía que la providencia quiso poner nuestra constancia a una prueba terrible y dudosa, y que el edificio del estado conmovido y debilitado con tan violentos vaivenes, iba ya a desmoronarse y quedar sepultado en sus mismas ruinas, cuando una invisible fuerza detiene su amenazante destrucción, y suscita nuevos campeones que reparan las pérdidas, hacen revivir el espíritu amortiguado del pueblo, y lo conducen por el camino de los sacrificios al término de la victoria. Las reliquias del fugado ejército de Calderón, parte sigue a los generales, parte se reúne bajo la conducta de un caudillo que fue en aquella época a única firmísima columna de la insurrección. Este triunfa de Zacatecas, recibe la batalla memorable del Maguey, y la jornada de los Piñones, en que oprimido el soldado de necesidades mortíferas, vio perecer al rigor de la sed algunos de sus compañeros, prepara los gloriosos acaecimientos de Zitácuaro. Esta villa es dos veces el teatro de nuestros triunfos, y quince fusileros protegidos de inexpertos guerreros con la anticuada arma de la honda, vencen la táctica del día diestramente dirigida por sus científicos contrarios. Torre perece con su división; la de Emparan es rechazada por un número de hombres diez veces menor, sin que de la intrépida del primero haya libertádose uno que diese al cruel gobierno noticia de esta catástrofe. Por todas partes se dejan ver los trofeos del vencimiento, en

tanto que el esforzado Villagrán aposesionado del Norte, acomete sin interrupción las reuniones de esclavos que infestan su demarcación, intercepta convoyes, obstruye la comunicación al enemigo, y lo hostiliza incesantemente con la lentitud mas funesta. Por el Sur el bizarro, valeroso é invicto Morelos, todo lo sujeta con suave violencia al imperio de la nación, todo lo domina, todo lo arregla y consolida con indecible rapidez, consiguiendo tantas victorias cuantas batallas da ó recibe.

Mientras nuestras armas hacen por estos rumbos tan rápidos y brillantes progresos, los vencedores de Zitácuaro se aprovechan de sus triunfos, aumentan la tropa, la inspiran el espíritu de disciplina y obediencia, y se concibe y ejecuta allí el proyecto más útil, más grandioso, y necesario a la nación en sus circunstancias. Erígese una junta que dirige las operaciones, organiza todos los ramos de un buen gobierno, y da unidad y armonía al sistema de la administración inevitable para precaver los horrores de la anarquía. Al punto es reconocida y respetada su autoridad, y los pueblos enteros acuden ansiosos a sancionar con su obediencia la instalación del congreso. Preparase entonces, el ataque de aquella villa insigne, primer santuario de la libertad, y sus heroicos vecinos se deciden a resistirlo y .escarmentar la osadía de los agresores. Acércanse a probar fortuna; acometen furiosos animados del espíritu maligno de Calleja: dase la señal del combate, y sus tropas superiores en número, superiores en pericia y armas al corto número de los nuestros inermes é indisciplinados, experimentan el valor de hombres libres, y tienen que llorar el efímero triunfo da su desesperada intrepidez y andada. Profanan aquel majestuoso recinto consagrado a la inmortalidad de los héroes, y el hierro y el acero todo lo sacrifican a la implacable venganza del opresor: se incendia, se le despoja del patrimonio de sus tierras, y sus infelices habitantes, unos son cruelmente arcabuceados, y los más proscriptos ó desterrados.

Esperábase ver concluida esta escena sangrienta para descargar sobre las fuerzas reunidas del Sur las del bárbaro ejército del centro. Marcha a la lucha engreído del reciente triunfo, y principiase el asedio memorable de las Amilpas. Setenta y cinco días dura este, cuyo éxito feliz llena de gloria a Morelos y de confusión a su enemigo. Disminuida y debilitada su gente proyecta levantar el sitio, cuando el estado de hambre y peste a que el pueblo estaba reducido, hace prolongarlo en la esperanza de rendir a sus defensores.

Frustrase este designio: el general estrechamente cercado rompe una doble línea, y sale majestuoso por en medio de los sitiadores sobrecogidos de terror a la presencia de una acción casi sin ejemplo en los fastos de la milicia.

Vuelve burlado á México el risible ejército de Calleja: abdica el mando, ó se le despoja de él; cambia el aspecto de las cosas: ya todo es prosperidad, todo aumento para nuestras armas. Empréndese el sitio de Toluca, cuya plaza cercana a rendirse es abandonada por la falta de pertrecho consumido en multiplicadas luchas, todas gloriosas, si se atiende a que los medios de la agresión fueron increíblemente desiguales a los de la defensa y resistencia. Lerma batida de superiores fuerzas vence honrosamente, sale de allí triunfante nuestro pequeño ejército que reunido al de Toluca parte a Tenango, donde se prepara á nuevos combates.

Dudábase entonces si convendría empeñar el que se disponía darnos, ó hacer una retirada que sin comprometer el decoro de la nación, la pusiese a cubierto de los contratiempos que se seguirían de la derrota probabilísima que debía sufrir acometida por una potencia cien veces mas ventajosa que la de trescientos fusiles que guarnecían la plaza. El deseo de vencer hace abrazar el último partido: resuélvese corresponder al entusiasmo de la tropa, que impaciente y valerosa aguarda al enemigo: avistanse los combatientes; el valor de pocos repele la audacia de muchos. Cuatro días de gloria en que fue siempre repelido Castillo Bustamante, no impide el avance de su infantería por el punto menos fuerte del cerro, cuya extensa circunferencia no pudo ser cubierta de nuestra poca tropa. Vencido pues el obstáculo que oponía aquella eminencia a la rendición del pueblo, se medita libertarlo de la rapacidad de los bárbaros, y se ordena la retirada a Sultepec.

Mientras se efectúa esta, los infelices prisioneros y cuantos su mala suerte puso a discreción del vencedor, fueron Inhumanamente inmolados a la crueldad del despechado Bustamante. Cometiéronse excesos de todo genero, y el desgraciado Tenango es el teatro de atrocidades inauditas.

El inocente infante, el venerable anciano, la mujer respetable por la fragilidad de su sexo, y lo que es mas, lo que no puede decirse sin dolor y sentimiento de la religión que profesamos, los ministros del santuario, los ungidos del Señor elevados sobre la esfera de lo mortal, sufren la muerte mas bárbara que han visto los tiempos, y clavados a las bayonetas sirven de trofeo a la victoria.

La junta ya refugiada en Sultepec prevé las consecuencias de este infortunio: cree como indudable que al saciarse la saña de los caribes con la desolación de Tenango, vendrían a invadir á Sultepec indefenso y desprevenido: este fundado recelo hace emprender la retirada, no a punto determinado, sino a los diversos lugares que se decretó visitar por los individuos del congreso para imponerse del estado de las poblaciones, y remediar sus necesidades. Las ventajas de esta medida se están palpando en los multiplicados ataques que diariamente se dan con aumento de crédito y valor en nuestras tropas.

En solos tres meses repuestos ventajosamente hemos arrancado a el enemigo en los gloriosos encuentros de las cercanías de Pázcuaro, Salamanca y pueblo de Xerequaro mas de cuatrocientos fusiles, y disminuido los recursos de nuestros opresores en el considerable descalabro que han sufrido del convoy que conducían a Guadalajara.

Tantas prosperidades después que tantos desastres y vicisitudes tan contrarias, nos han enseñado a ser pacientes en la adversa, y moderados en la buena fortuna: no las miramos con los ojos de la ambición, que refiriéndolo todo al acrecentamiento de la grandeza a que aspira elevarse, desprecia la sangre de los hombres, y escucha con insensible frialdad los quejidos de los moribundos tendidos en el campo de batalla. No, americanos, los pensamientos de paz nunca están mas profundamente gravados en nuestros corazones como cuando la victoria corona la constancia de nuestras tropas, y forma un héroe de cada uno de nuestros soldados.

Entonces brindamos con la unión a vuestros tiranos, envainamos la espada que pudiera destruirlos, y dejamos ver nuestras manos triunfantes con un ramo de oliva que los llama a la amistad, y con ella a su conservación. Si la guerra prolonga nuestros males, y multiplica los estragos de la desolación, culpa es del gobierno que oprime nuestra patria, es de esa manada envilecida de esclavos, que ya con las armas, ya con sus plumas dignas de tal causa adulan su capricho, hacen que se crea invencible, señor de nuestros destines, y como el padre del olimpo, capaz de reducirnos a polvo con una sola mirada de indignación y de cólera. De aquí la pertinacia en continuar la guerra, de aquí el menosprecio de nuestras propuestas, de aquí el frenesí de apodarnos con denuestos groseros e inciviles, cuando débiles é impotentes provocan nuestra venganza e irritan nuestro sufrimiento.

Este, contenido siempre en los límites de la moderación que distingue nuestro carácter de la arrogancia, ó más bien de la altivez española, es acusado de inerte y apático, de indolente y desalentado. Mas fieles a nuestros principios filantrópicos y humanos, nos honramos con esta nota de que no intentamos vindicarnos, porque los epítetos de crueles y bárbaros que subrogarían a los otros nos ofenderían tanto mas, cuanto siendo peculiares a, la conducta observada de nuestros enemigos se confundiría nuestra civilización con su barbarie, nuestra compasión con su dureza, la ferocidad de su índole con la dulzura y suavidad de la nuestra.

Viose resaltar vivamente este contraste el día en que con aparato ignominioso fueron entregados a las llamas por mano de verdugo los planes de paz a que la nación convidaba a sus vacilantes opresores. Agravio tan injurioso jamás recibido por ningún pueblo, es el mayor que tiene que vengar la América, entre los innumerables con que ha sido vilipendiada su dignidad y ajado su decoro.

Un gobierno repugnado de la nación, ilegítimo por esta circunstancia, contrapuesto a todos los principios que deben regirlos en la situación en que se halla la metrópoli: un gobierno sin fe, sin ley, sin sujeción á ningún poder que modele sus operaciones, independiente la autoridad de las mismas cortes en quienes solo conoce la soberanía para ultrajarla con la contravención a todos sus decretos: ¿este se atreve a llamar rebelde a una congregación que le habla a nombre de todo un reino el lenguaje de la paz y la urbanidad, y arroja a las llamas los escritos en que esta consignado el depósito sagrado de la voluntad general? ¡Que audacia! ¡Que atentado!

No lo olvidéis jamás, americanos, para alentar vuestro valor en las ocasiones de peligro. Si cobardes o perezosos cedemos a la fuerza que quiere subyugarnos, en breve no habrá patria para nosotros, seremos despojados de la investidura de la libertad, y reducidos a la triste condición de los esclavos. ¿Que esperanza puede aun tenernos ligados a un gobierno cuya conducta toda es dirigida del deseo de nuestra ruina? Redoblad vuestros esfuerzos invictos atletas que combatís la tiranía, salvad vuestro suelo de las calamidades que le amenazan, sed la columna sobre que descanse el santuario de su independencia; animaos a la vista de los progresos hechos en solos los dos años, sin tener armas, dinero, repuestos, ni uno siquiera de los medios que ese fiero gobierno prodiga

para destruirnos, la nación llena de majestad y grandeza camina por el sendero de la gloria a la inmortalidad del vencimiento.

Palacio nacional de América, septiembre 16 de 1812 –

Lic. *Ignacio Rayón* presidente.- José Ignacio Oyarzaval, secretario.

Mal de mi grado, y solo por obedecer la ley de historiador vuelvo a tomar el hilo de las desagradables ocurrencias tenidas entre los vocales de la junta de Zitácuaro: es preciso hacerlo así y obrar con imparcialidad: para lograrlo necesito retroceder al mes de octubre y noviembre del año anterior, época en que el Virrey Venegas procuró intrigar con el gobierno americano para sacar de él algún partido que le aliviase en la critica sazón en que se hallaba como dije en la carta 17, y que suplico a V. tenga a la vista cuando lea esta.

Aunque el General Rayón como Presidente de la junta llevaba la voz de ella, y estaban separados temporalmente sus miembros, en los negocios arduos nunca se decidía por si solo, sino que oía a sus compañeros. Consultóles sobre el modo de conducirse en este que era importantísimo, y sobre el respondió el General Liceaga del modo siguiente.

Mi estimado compañero y amigo: el asunto gravísimo contenido en los pliegos, exige una meditación mas profunda que la que he podido prestar en las pocas horas que he podido responder sin noticia circunstanciada de las personas intermedias que lo promueven, del verdadero motivo que lo provocó, y de una multitud de incidentes que comprende, sin arbitrio de hablar con nadie que tenga la mas mínima sospecha, ni poder desenvolver infinitas dudas que se ofrecen a cada paso; sin embargo diré lo que me ocurre digno de la mas seria discusión, después de haber senado algunos principios incontestables.

En primer lugar el abrir una negociación cualquiera que sea el resultado, no puede menos que ser de mucha utilidad para nuestra causa, la cual se elevará a un grado de concepto mas ventajoso y universal que el que hasta ahora ha tenido, luego que el público vea que aquel mismo gobierno déspota y tirano que no había querido hablarnos sino con la punta de la espada, encorva ahora su orgullosa cerviz a solicitar las capitulaciones: serán infinitos los comentarios que sobre esto haga el pueblo, al ver que la causa de los americanos no estaba tan desesperada

como intentaban persuadir nuestros opresores: y discurriendo por principios análogos a su falta de carácter, creerán firmísimamente que la victoria esta ya declarada por nosotros, sea por razón de alianza muy vulgarizada de los angloamericanos *(a)* o porque juzgue que España sucumbió enteramente, o por otros motives; y esto era puntualmente lo que le faltaba para rasgar el velo, y desplegar los resortes de su energía enmohecidos con el terror, y envueltos entre los temores de fatales resultas.

(a) Así se creyó en aquellos días y era de esperar por las ventajas recíprocas que resultarían a estos dos pueblos; mas no hubo el menor auxilio: el ¡particular que lo dio fue por especulación: fiar en Dios, y en nuestros puños. ¡Excelente máxima!

En segundo lugar el armisticio o cesación de hostilidades nos proporciona arbitrios para nuestras medidas, y disposiciones ulteriores, y suficiente tiempo para prepararnos a un nuevo orden de cosas que la combinación y sucesos de este continente con los de Europa debe producir indefectiblemente dentro de pocos días,

En tercer lugar es necesario hacer desear al Virrey esta capitulación, y estrecharlo a aguardar el parecer de todos los señores vocales y de los primeros jefes de la nación, haciéndoles ver que la suerte de la América no esta depositada en las manos de un solo individuo, y que aunque nuestro gobierno es naciente, tiene sin embargo cierto orden y alguna sombra de corporación.

En cuarto lugar es indispensable publicar estas gestiones, no solo para comprometer a Venegas, y poner en expectación a todo el reino, sino principalmente para que la suprema junta pueda sincerar sus operaciones a los ojos de nuestras tropas, y de una infinidad de gentes que sospechan de traición en cualquier movimiento, cuyo objeto ignoran.

Sentados estos principios, para descender a la negociación debe cuestionarse ante todas cosas, si la nación esta en estado de insistir en su primer objeto de independencia absoluta, por la que han hecho tantos esfuerzos y derramado tanta sangre; o si desentendiéndose de ella debe ceder a los deseos de pacificación, y admitir en parte ó en todo el plan remitido de México con las alteraciones que se juzguen convenientes, quedando la América ligada a España con la misma dependencia que antes por medio del reconocimiento a las cortes, y contentándose con echar los cimientos de una libertad condicionada para el caso de que sucumba la España, dejando vivos los principios de opresión en el

despotismo de los europeos. Para lo primero ténganse presentes estos postulados

Si en tiempos mas angustiados en que contábamos con poca gente y armas, cuando no teníamos un primer móvil de nuestras operaciones, ni reconocíamos un gobierno, se mantuvo fuerte la nación arrostrando al enemigo ¿podrá en la actualidad sostenerse hasta llevar al cabo sus justas pretensiones en toda su extensión?

Si la muerte de España nos afianza sin contradicción la total independencia a que aspiramos, ¿será cordura anticiparnos a poner restricciones a nuestra libertad, volviendo a enlazarnos con los europeos, por no aguardar un poco de tiempo hasta lograrla a nuestra satisfacción? Estando para espirar España ¿no deberemos cooperar a que de la última boqueada substrayéndole todo auxilio de vida con solo mantener la guerra, puesto que sobre sus ruinas se ha de erigir nuestra verdadera felicidad? teniendo un apoyo vigoroso en la alianza con los anglo-americanos, ¿será prudencia desaprovecharlo?

Por lo que toca a. lo segundo, ocurren también infinitos problemas que resolver. Aunque los celos y rivalidades han influido en los movimientos del reino, la principal causa ha sido el conocer que desde el trastorno del trono todas las autoridades son arbitrarias e ilegítimas, y por tanto mientras exista este conocimiento es inútil el plan para borrar celos y disensiones: lo es también para hacer concebir a la nación la mas íntima confianza de un solo gachupín que permanezca con la menor intervención en el gobierno, y para calmar las agitaciones del pueblo, que formando la idea que debe de los principales jefes americanos, lejos de suponerlos poseídos de proyectos ambiciosos, esta persuadido de que concluida la grande empresa que tienen entre manos, en la que solo se han propuesto la felicidad pública, no hallarían embarazo en resignar sus destinos, haciendo que la nación elija los mas idóneos, y retirándose al seno de sus casas entre las bendiciones de sus conciudadanos, a disfrutar en paz la felicidad de que han sido autores.

No siendo útil el plan para pacificar el reino, no obstante la autoridad de la suprema junta .para hacerlo adoptar a unos hombres que se ha visto resistir con las armas a la soberanía reconocida por ellos mismos, cuando se ha opuesto a sus caprichos, hagamos otras preguntas. ¿Puesto en ejecución ese plan, y retirados de la insurrección los primeros jefes de ella, terminarían las diferencias, ó se precipitaría el reino en una

anarquía mas espantosa que la guerra? *(b)* ¿Visto á buena luz se lograrán con el las pretensiones de la nación, ó solo es un fantasma de libertad que alucina?

(b) Esta cuestión es demasiado importante. El Dr. Cos, autor de este papel que firmó Liceaga, tenía un anteojo político demasiado graduado y previsor.

¿Los americanos quedarían contentos con que se pusiese a la frente del gobierno un Venegas, un Calleja, y otros gachupines que por inicuos, sanguinarios y opresores se han hecho objeto del odio público? ¿Se darían por satisfechos de todos sus desvelos con volverse a su antiguo estado, olvidándose de la libertad por que tanto anhelaban? ¿Cual seria en este caso la suerte de los empleados americanos, especialmente de los individuos que componen la suprema junta? ¿Cual será la representación que tengan los europeos en el congreso que no degenere en despotismo? Teniendo estos intervención en todos los ramos de administración pública ¿en que manos residirá la fuerza armada para mantener el equilibrio? ¿El constituir a Venegas a la frente del gobierno, en el primer empleo del reino, en el poder ejecutivo, es más que sancionar el despotismo, y premiar con honor sus execrables crímenes? Después que se han visto quebrantados los juramentos, hollados los derechos mas sagrados de la religión y del hombre en la presente guerra ¿Quien garantirá los tratados faltando en ambos partidos la debida imparcialidad? ¿No seria preciso ocurrir a una nación extranjera (¿Y por qué no se ha echado mano para el efecto de la Inglaterra en los términos que se había hablado en las cortes?) ¿No nos da esto bastante motivo para sospechar que en esta propuesta no esperada, sugerida sin duda de necesidad urgentísima se ocultan miras de profunda política, y un misterio, que aunque no penetramos por ahora se entrevea confusamente ser favorable a nuestro sistema? Veamos ahora el asunto por otro lado sin dejar este mismo estilo. Establecido el plan ¿se acabará la guerra de América? ¿No se derramara la sangre de los criollos? ¿No tenemos Anglo-americanos con quienes combatir?... *(c)*

(c) El Dr. Cós se equivoca atribuyendo las desazones que podrán venir si despreciábamos los auxilios que supuso ofrecían en cambio de sus pretensiones. No hubo nada de esto como hemos visto. Tenemos otro germen .de discordias muy funestas para lo sucesivo por el tratado de la cesión o venta de las floridas que hizo Fernando 7° a los Estados-unidos por el tratado firmado en Washington en 22 de febrero de 1819, ratificado en Madrid en 24 de octubre de 1820 con la licencia y bajo la autoridad de las cortes españolas; tratado por el cual cede en pleno dominio y soberanía todos los

territorios que le pertenecían al Este del Misisipi, conocidos por el nombre floridas oriental y occidental, islas adyacentes, edificios públicos, y archivos de ambas provincias.

La línea divisoria entre los Estados-unidos y México queda fijada por este tratado: las aguas del río Sabina desde su embocadura en el golfo mexicano, hasta el grado 32 de latitud, de allí una línea tirada al norte hasta donde toque el río rojo de Natchitoches, sus aguas arriba Este ó Oeste hasta el grado 23 longitud de Washington (100 de Londres): de allí otra línea recta al norte a topar con la ribera meridional de Arkansas: las aguas de este río hasta su origen en el grado 42, y siguiendo este paralelo hasta el mar del sur. He aquí a Washington con un pie en el atlántico, y otro en pacifico, abarcando una extensión de mas de 2000 leguas en línea recta de mar a mar.... Así se ha enajenado el mas bello territorio de la América, y con él a sus habitantes, como se traspasa una horda de cochinos en un mercado a un comprador: así ha respetado Fernando y las cortes españolas la sagrada propiedad y derecho de nuestro pueblo: así se ha obrado, al mismo tiempo que se proclamaban los principios mas filantrópicos, no es esto lo mas, sino que haya recibido este inmenso territorio una nación cuya blasón es la libertad de los pueblos: no, el mexicano reclamará en todos tiempos esta usurpación, y acaso esta será motivo de una guerra.

Ni Fernando pudo vender, ni Washington comprar, y mucho menos en una época en que no había aquiescencia con el gobierno español y sus disposiciones, pues estábamos en lid sangrienta contra este por tirano, bárbaro y opresor.

Los gachupines así como han puesto grillos contra nosotros, que mueran en su defensa: ¿no tratan ahora de que formando todos una masa común salgamos a morir a manos de los extranjeros ¿Y para el caso de morir, no es lo mismo a manos de unos que de otros? La devastación del reino no es mas segura peleando contra unos hombres que poseen el arte militar, que abundan en recursos, y que cuentan infaliblemente con el brazo de Bonaparte, que contra gachupines tan ignorantes como nosotros, que cada día pierden mas el concepto, que no tienen quien los auxilie, y que han agotado todos sus recursos? ¿De que modo se logrará mas prontamente la paz y la felicidad del reino, uniéndose a los Anglo-americanos para declarar su absoluta independencia y establecer una constitución, que por medio de las artes, agricultura é industria, el verdadero comercio ignorado entre nosotros, y una conducta en todo liberal, exenta de preocupaciones y rutinas, se proporcione cuanto el hombre ha de menester para ser dichoso sobre la tierra; ó volviendo a sumergirnos en el fango del terror, de la ignorancia, y de la ineptitud? ¿Dejaremos escapar de entre las manos una ocasión que desaprovechada no volverá á presentarse jamás para fundir a la nación sobre los moldes de

la cultura y de la filosofía?

No obstante la opinión o sea el adagio de que *vale mas mala composición que buen pleito*, yo no subscribiré jamás a la opinión de largar las armas que hemos empuñado contra nuestros tiranos opresores, exponiendo la patria a peligro de nunca volver a tomarlas para reclamar su libertad; porque hablemos claro, esta es la alhaja preciosa porque anhelamos, este es el objeto único de nuestras pretensiones: cualquiera que sean las apariencias con que por ahora nos veamos precisados a conformarnos con el idioma del fanatismo que se alimenta de errores, y no puede concebir como haya hombre sin Rey, nuestra alhagüeña situación nos constituye en el caso de decir.... *somos libres* sin que haya mas de 4 mentecatos que lo contradigan.

Continuaré. A Dios.

México mayo 30 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE Y SIETE.

Continuación de la carta anterior.

Querido amigo: A la faz del orbe (dice Cos) y con aprobación del universo podemos gritar mañana: los primeros traidores a la nación fueron Carlos IV y Fernando VII que teniendo hacia nosotros la misma consideración que a una manada de ovejas, nos entregaron a Napoleón, y sancionaron nuestra esclavitud con la abdicación de la corona.... Pero si por desgracia con la admisión del plan y nuestros influjos activos llegase a convalecer la España, y a ponerse en estado de darnos la ley, ¿cual seria nuestra suerte?

Los europeos tercos y vengativos por naturaleza ¿olvidarían sus resentimientos? ¿No pondrían en ejecución sus proyectos de abatirnos más de lo que hemos estado? ¿Que mancha tan indeleble caería sobre la gloria que nos hemos adquirido en esta época, si después de haberlos batido poderosamente con las armas de la razón y del acero nos dejásemos seducir de un fantasma? ¡Que oprobio tan insoportable nos cubriría a presencia de todas las naciones europeas espectadoras del desenlace de nuestra grande escena!

Es preciso que sea funesto a la nación el fin a que debe conducirnos la ejecución del plan. Porque o la España revive, y en este caso no habiendo aprovechado la ocasión que se nos presentó de sacudir el yugo, quedaremos reducidos a un estado peor que el primo, ó sucumbe, y para este evento no debemos anticiparnos a poner restricciones á nuestra libertad. Como esta se halla identificada con la ruina de España debemos apurarnos a influir bajo mano en la pronta muerte de esta madrastra cruel, fomentando la guerra, y estorbando el envío de auxilios de todas clases. Aunque la negociación es utilísima en cuanto podamos sacar de ella todo el fruto que hemos menester en las actuales circunstancias, pero no en cuanto a dudar un solo momento el desprecio que se debe hacer del prin-

cipal objeto del plan.

Soy pues de parecer, que establecida por preliminar la cesación de hostilidades, se admita la negociación.

Que esta con pretextos honestos se difiera y prolongue cuanto sea posible, y dé lugar a nuestras conferencias con los angloamericanos.

Que aprovechemos el tiempo de armisticio en prepararnos a una guerra más activa y eficaz...

Otros varios artículos contiene este plan que la política no permite presentar; tal vez llegará día en que mudadas las circunstancias otro escritor los presente tales cuales se comunicaron al presidente de la junta.

Esta exposición en que se encuentran ideas bastante luminosas, muestra claramente que las resoluciones del General Rayón eran meditadas y consultadas, y que en asuntos graves y de trascendencia nada obraba por si solo: por tanto la imputación que se le hizo de que quería amonarcarse fue calumniosa. Ni podría tampoco sospecharse sobre su manejo en las negociaciones que se le propusieron por el Virrey, pues desengañado de que todo era un embuste, en fines de noviembre de 1812, continuó sus irrupciones sobre los españoles en 10 de diciembre del mismo año, en que D. Ramón Rayón se tomó el convoy de carneros en S. Juan del Río, como vimos en la carta 17 de esta segunda época. Fue pues voluntaria la sospecha que contra él tuvo Liceaga en abril en el día de la batalla de Salvatierra en que dejo perecer a nuestro ejército, manteniéndose en una apatía criminal sin ampararlo.

Hará honor al Dr. Cós no solo el papel que acabo de transcribir, sino también las cartas que sobre estas diferencias dirigió al General Liceaga. El misino día 16 de abril en que se dio la batalla de Salvatierra, remitió desde Dolores á Liceaga una Carta que tengo a la vista en que le dice entre otras cosas. Finalmente soy de parecer, y reputo importantísimo ponga V. una carta a D. Ramón Rayón concebida en pocas palabras; pero comedidas y decentes, manifestándole que para evitar en las contestaciones cualquiera expresión picante que los acalore y haga propender al rompimiento de una guerra, estoy constituido como un órgano elegido por ambos para manifestar a cada uno de por si los medios mas adoptables para la concordia; añadiendo que si fuere necesario pasaré yo mismo con sola mi persona a tratar este asunto, de cuyo éxito salgo garante con tal de que se oigan las proposiciones en que debe fundarse la transacción; y aun

estoy pronto a ir a ver al Sr. presidente si fuere necesario, en obsequio de la tranquilidad y unión de que depende el buen concepto de nosotros, y el deseado triunfo de nuestras armas. En dicha carta se leen asimismo estas precisas palabras. "Con este objeto sale hoy mismo un correo dirigido a D. Ramón Rayón con un oficio en que le suplico se allane a tratar conmigo este asunto, haciéndome yo cargo de hacerlo con V. y el Sr. Verduzco, a fin de evitar un procedimiento en que se sepulte el principal objeto de nuestras miras que es la salvación de la patria, cuyo ardiente deseo me inspira intervenir en este asunto del modo mas activo y decoroso hacia las personas de los Excmos. Señores vocales..." (Carta de 16 de abril, día de la batalla de Salvatierra.)

Es muy digno de aplaudir este amor santo por la paz y libertad de la nación, al mismo tiempo que vituperable el dobles y engaño con que se le trató al Dr. Cós, pues se le hizo creer, para que interrumpiese sus oficios, que estaban prontos a un acomodamiento, como lo prueba otra carta de Cos fecha 10 de abril, es decir 6 días antes de la batalla de Salvatierra: documento tan importante debe tenerse a la vista el que literal dice: "Excmo. Sr. [se dirige al Lic. Rayón] A consecuencia de la representación que con fecha 19 del próximo pasado marzo dirigí a S. M. el supremo congreso nacional, se han dignado los Excmos. Sres. vocales D. José Maria Liceaga y D. José Sisto Verduzco de contestarme, asegurando que están en la mejor disposición de ceder a cuanto la razón y las actuales circunstancias exigen imperiosamente a beneficio de la patria demasiado angustiada, para dejar de ser objeto único de sus intenciones, echando en olvido todos los acontecimientos pasados, y prestándose a la confabulación para establecer el reglamento provisional, capaz de evitar en lo de adelante iguales desavenencias.

Si los otros Sres. vocales adoptaren mi propuesta, habiendo una certeza moral bien fundada de que el Excmo. Sr. Morelos es del mismo modo de pensar, y aun tiene la generosidad de añadir....Qué si fuere necesaria para la felicidad del reino la separación del gobierno, y la nación así lo estimare conveniente, harán libre y voluntaria dimisión del empleo de que están revestidos, en testimonio público de que la nobleza de sus sentimientos está muy distante de la ambición, y otras pasiones rateras. Sea lo que fuere de este último expediente que yo reputo por peligroso en el presente tiempo, lo cierto es Sr. Excmo. que la apertura de semejantes negociaciones es de absoluta necesidad, y que lo contrario seria incurrir en el defecto que echamos en cara a nuestros enemigos por

su resistencia a entrar en discusión.

Lo es también, que estos ruidosos altercados han comenzado ya a producir efectos muy perniciosos a la patria. Los enemigos charlan sobre ellos, y se ceban en maledicencia muy a su satisfacción. En Guanajuato, Querétaro, y S. Miguel el Grande han puesto papeles públicos ridiculizando a todos y a cada uno de los individuos de nuestro Congreso, sin embarazarse en afirmar que tienen puesta su pretensión al indulto, y que se les ha concedido, convidando con esta gracia a todo genero de personas comprendidas en la insurrección, sean de la clase y condición que fueren; y en efecto, muy muchos soldados de la tropa del Sr. D. Rafael Rayón y otros se hallan actualmente indultados en Querétaro, y con las armas en la mano contra la nación.

Cruz ha expedido sobre esta materia desde Guadalajara sus impresos demasiado seductores, vociferando que nuestra suprema junta ha acabado como cena de negros, y produciendo particulares invectivas contra V. E. como presidente de ella. La villa de S. Miguel el Grande casi esta decidida a hostilizar a los americanos: toda la plebe salió hasta el camino real a recibir a los gachupines cuando entraron el 24 del pasado, y en pocas horas se colectó un donativo de cerca de doce mil pesos: este es uno de los sensibles resultados de la desunión, siendo evidente que si no la hubiera habido, el Sr. Brigadier Rayón, que consiguiente a sus principios tuvo sus motivos para retirarse de esta demarcación en tiempo en que los enemigos reunidos de todas partes se nos venían encima, en vez de marcharme, hubiera ayudado a atacarlos: y en tal caso, ni los S. Migueleños tuvieran pretexto con que honestar su deslealtad, y cacarear su resentimiento quejándose de que se les desamparó, ni hubieran dejado de derrotarse infaliblemente 1200 hombres muy cobardes, a quienes yo solo lanzó de Dolores, sin permitirles estuviesen 24 horas en el pueblo, haciéndoles 17 muertos, quitándoles 11 fusiles, y causándoles otras hostilidades notables, y destruida la principal guarnición de Querétaro comprendida en dicho número, con la mayor facilidad hubiéramos tomado aquella plaza. V. E. sabe mejor que yo, cuan importante es no dejar a los enemigos ganar terreno, aprovechándose de semejantes ocasiones, y que el arbitrio lo tenemos en la mano, convenidos los Sres. Verduzco y Liceaga en no poner por su parte embarazo alguno a los medios de conciliación, y decididos a no dirigir sus intenciones ni sus movimientos, sino contra el enemigo.

Yo creo seria muy del caso que los tres Sres. disidentes hiciesen publicar un bando a sus respectivas tropas, exhortando a sus soldados a la fraternidad común, sean del departamento que fueren, imprimiéndoles la confianza que deben tener en la armonía de los individuos de la suprema junta, que han acordado ya sus preliminares de recíproca unión, y hablando mutuamente unos y otros con el mayor decoro y respeto, a fin de desterrar 1,000 leguas de entre las tropas el espíritu de rivalidad y de partido que solo serviría para perdernos. No dudo que esto solo bastaría para restituir la tranquilidad a nuestros ejércitos, y llenar de regocijo a los que viven en países oprimidos muy próximos a decidirse activamente contra nosotros a vista de la terrible turbación que nos amenaza.

V. E. dignase de disimular mis repetidas solicitudes; ellas pueden ser acaso importunas, pero son sugeridas por las intenciones mas sanas, y por la íntima persuasión de que perece la patria sin remedio, si muy prontamente no termina esta borrasca. No con otro objeto he hecho narración de lo ocurrido en S. Miguel, bosquejando el lance que se perdió. Tengo la satisfacción de hablar con un Magistrado sabio y político, que penetra el fondo de los asuntos mas graves, y sus inevitables consecuencias; cuyo corazón lleno de bondad propende siempre a hacer los sacrificios de que es digna la adorada patria.

Dios guarde &c. Campo de Sta. Bárbara 10 de abril de 1813.

Dr. *José Maria Cós*.- Exmo. Sr. Presidente Lic. D. Ignacio Rayón.

Cuando el hermano de este jefe marchó para Salvatierra, llevó consigo varios bandos y proclamas para publicarlos siempre que Liceaga no entrase en razón; efectivamente lo hizo así después de la batalla del 16 de abril. E1 presidente de la junta después de pintar la conducta de sus colegas dice a los habitantes de la América.... Ya estáis exentos de toda obligación respecto de ellos, quienes suspensos no deben ejercer más el alto ministerio.... Esto fue lo mismo que ponerlos en rigorosa interdicción, interdicción justamente merecida, pero inoportuna. Rayón debió echar sobre estos hechos un velo, puesto que se había tomado por Berduzco y Liceaga el recurso de apelar al General Morelos. A la mecha que humea no hay que acabar de apagarla dijo J. C., ni a la caña cascada acabar de quebrarla. Esta medida solo sirvió para aumentar más y más el descrédito de la revolución.

Antes de continuar refiriendo los trámites que corrió este negociado con el General Morelos, y cuya terminación fue aumentar la junta, denominándola Congreso de Chilpantzinco, me permitirá V. ponga término a esta relación, diciendo que como en un espejo deben mirar los americanos los tristes resultados de una vergonzosa desunión. ¿Qué podremos prometernos de esos escritos incendiarios que brotan de Jalisco, encaminados precisamente a desconceptuar el gobierno de la federación y al Congreso general: a hacer sospechosa la conducta de los ciudadanos mas beneméritos, y que presentan en sus cuerpos las cicatrices honrosas de heridas recibidas por comprar con ellas la libertad de la patria, a quien de momento en momento hunden en una servidumbre mas oprobiosa que la primera? Acaso, y no acaso alguno de esos escritores ha sido enemigo público de nuestra libertad: ha sido el apoyo de la tiranía de Iturbide: ha trabajado en obsequio de los españoles constituido espión de los americanos en la América meridional y en Paris: ha recibido por recompensa de sus criminales manejos una colocación de que no era digno, y ha visto con placer derramar nuestra sangre en los campos y en los patíbulos.

Tal vez si llegara día de sostener nuestros derechos con las armas, el sería el primero en tomar la fuga, ó en pasarse al bando contrario alegándole por mérito para que obtuviese sus triunfos el habernos dividido... ¡O americanos! *Usquequó tardi corde*! ¿Hasta cuando abriréis vuestros ojos para conocer el borde del abismo de desdichas en que estáis colocados? ¿Hasta cuando entrarán por vuestros oídos las reflexiones de los hombres de bien que os hablan con el lenguaje de la razón y experiencia? ¿Rehusareis creer a quien os ama como a su propia vida? ¿a quien mira vuestros intereses como propios? ¿Que dirá la culta Europa cuando entienda unas desazones voluntarias y caprichosas? ¿Con qué colorido no se pintarán en los gabinetes de las potencias que pretenden subyugarnos? ¿Que concepto en fin formarán de unas gentes que no son libres, tan solo porque no quieren serlo: porque no quieren ceder en una parte pequeñísima de sus pretensiones, ó sean derechos? Por ley antigua de Roma, el que siendo libre se hacia vender como esclavo, quedaba en verdadera servidumbre, pues no debía gozar más de este don inapreciable: ¡ah! mucho me temo que un día se nos condene a una pena tan justamente merecida...

Estoy en el caso de hacer violencia a mi corazón, pues temo ser reputado por un adulador; voy a hablar de las acciones militares que llenan de honor al General D. Nicolás Bravo, y solo podrá alejar de mi

esta nota, la relación descarnada de sus hechos que el mismo me ha remitido después de muchas interpelaciones: sea la primera, *(a)*

(a) Omito la relación del Puente del Rey que he referido en la carta 21, y que hice por mis averiguaciones particulares, pues he tenido mucho trabajo para conseguirla con esta.

Ataque desgraciado del pueblo de Alvarado.

Estando [dice Bravo] acampado en el pueblo de de Tlalixcoyan, dispuse salir con 400 infantes y 200 caballos para tomar por asalto el puerto de Alvarado: marche en 28 de abril (1813): dormí en la hacienda de Xoluca de los PP. Belemitas de Veracruz: seguí mi marcha en la mañana del 29, haciendo alto en el Mosquitero para marchar durante la noche: toda ella caminé y no logré el asalto por haber llegado al amanecer a dicho puerto donde fui descubierto; no obstante mi tropa avanzó con intrepidez: forzó 1a trinchera del enemigo; pero un gran foso y estacada que tenia al pie no permitió tomarla. Allí resistimos un fuego vivo por espacio de tres horas, que nos obligó a retirar con pérdida de 25 hombres y varios heridos. Mandaba el trozo de mi caballería D. Pascual Machorro; pero esta arma nada pudo obrar porque no lo permitía el terreno. Hasta aquí el Sr. Bravo.

Por la gaceta núm. 419 de 26 de junio de 1813 consta que este ataque lo recibió D. Gonzalo de Ulloa, Oficial de marina, cuya relación al gobierno hace honor a los americanos: califica el ataque de terrible, y ciertamente que su mal éxito debe atribuirse a las contingencias inesperadas de la guerra. Esta desgracia influyó notablemente en la suerte desdichada de nuestra buena causa, pues ensoberbeció mucho a los españoles europeos de Veracruz, no menos que a los negros de Tlacotalpan y Alvarado, gente ligera é inconstante que obrando desde entonces decididamente contra la patria nos infirieron muchos males; púsose a su cabeza el marino D. Juan Topete, que organizó una división, y con ella se mantuvo en posesión de derrotar a los nuestros, hasta que D. Manuel Terán humilló su orgullo en 10 de septiembre le 1816, matándole el caballo a este jefe bajo la silla.

Topete será asunto de muchas reflexiones en lo sucesivo, y podrá presentarse en la historia como el modelo de un hombre ingrato, bárbaro,

y desnaturalizado, indigno de habitar en una sociedad que no sea de gatos que jamás reconocen la mano bienhechora que los acaricia y alimenta.

Bravo se retiró a S. Juan Coscomatepec donde sufrió repetidos ataques, y cuya relación siempre se leerá con admiración y entusiasmo. Yo emprendo hacerla en esta carta; pero como este es uno de los hechos más hazañosos de la campaña de 1813, debo tomar las cosas desde su origen, y lo haré precisamente examinando los documentos del legajo intitulado.... Oficios respectivos al origen de lo de Coscomatepec que existe en el antiguo archivo del virreinato.

Agotados los recursos del gobierno español para hacernos la guerra, apelaron sus comandantes al robo y al saqueo bautizándolo con diversos títulos: este fue el gran manantial de donde sacaron inmensas riquezas que trasladaron a España. Antonio Conti Teniente Coronel del batallón expedicionario llamado de América, salió de Orizaba en 12 de mayo [1813] con 220 infantes y 50 caballos para el pueblo de Zongolica, donde había no pocas cantidades de tabaco que robar. En el cerro de Zacamilola encontró un pequeño atrincheramiento mal defendido, y peor situado por los americanos que fácilmente tomó; incendió las casas principales de los vecinos del pueblo, de los cuales y de los inmediatos robó todo el tabaco que pudo.

Yo vi en el año siguiente las ruinas de dichas casas, y oí los anatemas de aquellos vecinos contra tan pícaro Comandante.

Envaneciose con este triunfo de salteador, y apenas entendió que Bravo se comenzaba a fortificar en Coscomatepec, cuando empezó a instigar al General Andrade para que lo mandase a expedicionar a aquel pueblo creyendo sin duda que encontraría en él mayor porción de tabaco. Andrade que conocía lo difícil de la empresa, y no podía oponerse a ella de frente por ser criollo, convocó a una junta de guerra en 26 de julio en la que se tuvo presente una orden del Conde de Castro Terreño recibida tres días antes, en que mandaba se atacase a dicho punto con 600 hombres, a la que no era posible dar cumplimiento, pues quedaban desguarnecidas las villas, y expuestos los cuantiosos acopios de tabaco que en ellas se depositaban. Resultó por último acordado que se verificase la expedición con 350 infantes de la guarnición de la villa de Orizaba, 50 de Córdova, y 80 caballos, y se confió a Conti dejándosele en plena libertad de obrar según le pareciese. Partió pues el 28 de julio, llegó al pueblo de Tomatlan a las doce del día y dado un corto descanso a su tropa

marchó a Coscomatepec.

El Sr. Bravo describe esta acción en los términos siguientes. Me hallaba (dice) en dicho pueblo con 450 hombres cuando se me presentó Conti: atacóme después de haber caído un recio aguacero, y lo hizo con tanta rapidez, que llegó a la bayoneta: mis soldados se defendieron con los fusiles dándoles de garrotazos a los suyos, y aun les echaron lodo en la cara. Logré rechazarlos en menos de media hora, y me dejaron porción de muertos. Hecho este ataque brusco, todavía quedaron detrás de las paredes del pueblo y de los árboles, de modo que continuó la acción hasta las tres de la tarde que se retiraron. Cargó entonces una de mis partidas sobre ellos, y con la oscuridad de la noche dispersos por aquel barreal se les tomaron varios fusiles, principalmente de los muertos que dejaron, con mas, dos cargas de parque que me vinieron muy bien: por fin entraron en la villa al día siguiente bien escarmentados.

Tengo a la vista el parte de Conti que forjó en Orizaba, y dio el 31 de julio en que resultan comprobados todos estos hechos, y aun se refieren en él otros que hacen no poco honor a la conducta del General Bravo. En esta acción se pasó voluntariamente un marinero venido en el navío Asia llamado *Andrés López*, que era artillero de mar, el cual por la declaración que dio hizo conocer al gobierno de México el buen estado de fortificación en que ya se hallaba Coscomatepec, no obstante de que apenas se habían tirado allí las primeras líneas de defensa, declaración que puso en gran cuidado al Conde Castro Terreño, y lo empeño a formalizar el sitio de aquella plaza tanto mas, cuanto que Calleja había mandado perseguir de muerte a todas las reuniones que intentaran fortificarse en cualesquier punto, pena de responsabilidad los Comandantes que mostrasen alguna indiferencia o tibieza en esta parte.

El gobierno tenia entre manos la empresa de atacar a Oaxaca, y al efecto muchos infames espiones (entre ellos la viuda de D. J. M.) le habían remitido relaciones muy circunstanciadas del estado de aquella ciudad, y en Puebla se hacían acopios como después veremos; pero por entonces nada podía ejecutarse a causa de que las aguas no permitían el tránsito para aquella ciudad y era necesario atravesar grandes ríos.

Confióse pues la expedición de Coscomatepec a D. Juan Candano Teniente Coronel de, Asturias, el cual formó su ejército de los cuerpos siguientes. *Batallón Americano.- Fernando de Línea.- Asturias.- Columna de granaderos.- Fernando de Puebla y Tlaxcala.- De caballería*

Puebla.- Tulancingo.- México.- España.

Todos estos cuerpos aunque eran en la mayor parte destacamentos, formaban según un estado [que tengo a la vista] 2,011 hombres no contando con los enfermos ni con los patriotas del distrito.

Descripción del famoso sitio de Coscomatepec.

Poca idea podremos formar de este sitio ignorando su descripción militar que formó el Coronel Águila, sobresaliente en su profesión, y la hace en los términos siguientes en su informe de 2 de octubre a Calleja. Coscomatepec (dice) esta fundado en una loma de tierras de acarreo del volcán de Orizaba *(b)*.

(b) Llamábanle los indios Poyauhtecatl, o sea Citlaltepetl. Según el Barón de Humboldt tiene 5,400 metros o 2,771 toezas, o sea 5,559 25/100 varas castellanas.

La figura del cerro es próximamente un cono truncado, en cuya sección está colocado el pueblo en dirección de E. a O.: por el E. N. y S. le cercan barrancas. Nuestra línea corre desde el S. O. donde está Asturias, hasta el N. E. don le apoya la caballería. El S. E. no es posible cubrirle por lo muy extenso del terreno, pero es el camino a Córdova, y difíciles barrancas donde será imposible destruirlos en caso de fuga.

La figura cónica del cerro les proporciona un corto recinto que defender, cuando nosotros hemos de ocupar mucho espacio para el ataque, y cortados por barrancas: a pesar de todo se ha llenado el intermedio de los cuerpos con talas, y las guardias avanzadas están por todas partes por la noche a 30 varas del pueblo. Pero debo decir a V. E. que es imposible evitar que se vayan si lo intentan, pues la circunferencia del cerro es de más de legua y media por su base.

Mi antecesor dirigió juiciosamente su ataque por la parte del O. y había construido una batería y empezado la trinchera. Yo he seguido en un todo su plan.

La fortificación consiste en un cuadrado de cajas de piedra terraplenadas que flanquean, y en la iglesia situada en lo más bajo del pueblo, y fortificada que apoya en una barranca: todo el recinto lo cubren dos fosos. La guarnición es de 800 hombres, la mayor parte desertores, entre ellos 100 europeos. Yo he continuado la trinchera que tiene ya dos

retornos. Esta noche desembocamos en el foso primero a cubierto, que no tienen defendido, y que quedará convertido en una excelente plaza de harinas para la guardia de la trinchera: quedará construida la batería a unas 45 toezas del ángulo saliente del frente atacado, y batirá de enfilada el frente adyacente. De aquí a 8 días habremos llegado a poder minar el ángulo citado desembocando a la zapa en el segundo foso, único medio de poder conseguir algo, pues las piezas de a 8 no son capaces de destruir las obras. Tengo la fortuna de no haber tenido un herido.

Continuaré. A Dios.

México junio 8 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE Y OCHO.

Continuación de la carta anterior.

Muy Señor mió:

La empresa es difícil, (dice Águila) y no lisonjearé a V. E. con su logro; pero el único medio racional es el adoptado: de todos modos cuesta más de lo que vale.

Mi escasez de todos artículos es extremada: V. E. sabe que no saqué de esa más de 16 mil ps. y 15 mil raciones. 2,000 se dan diarias; juzgue V. E. mi situación: mañana envío a Córdoba por auxilio. Llueve sin cesar: todos estamos con el fango hasta la rodilla, pero estamos en el conflicto de seguir, o renunciar a las villas si se ha de dejar pequeña guarnición o renunciar a otras empresas si se deja mucha. No puedo desprenderme de un hombre, Huatuzco es pueblo grande que dista 5 leguas de aquí, y 8 de Xalapa.

Si de aquella villa se pone guarnición, queda segura Córdoba: evitada toda reunión: segura la derecha del camino de Xalapa a el Puente del Rey, y tranquilo este país; sino, la toma de Coscomatepec de nada sirve. Incluyo á V. E. la declaración de dos pasados.

Ya es tiempo de oír la relación del sitio que dio el mismo sitiador Candano, aunque desfigurada, porque el orgullo y amor propio no le permitía hablar otro lenguaje; pero es bastante para entender la verdad, cediendo en honra de los americanos sitiados. De todo esto me vería escusado si el Sr. Bravo no me hubiese hablado con el laconismo de un espartano en sus informes, y no me viera estrechado a manifestar que no trato de adularlo por que se halla en un puesto elevado.

Diario del sitio de Coscomatepec, escrito por D. Juan Candano en Orizaba a la de octubre de 1813. y que se halla en la antigua secretaría del Virreinato.

(Remitiose al Conde de Castro Terreño.)

Excmo. Sr.:

Cuando los resultados de una empresa no llenan el objeto de ella, quedan desairados todos los medios que se han puesto en práctica, y el mérito de los que han intentado y cooperado a su perfección. El sitio de S. Juan Coscomatepec es el mejor comprobante por el desgraciado éxito que ha tenido, y nuestras tareas no pueden ser miradas con aquel interés que naturalmente se dedica a las completas victorias. Sin embargo, la superioridad con mas motivo para conocer y graduar lo que hubo de recomendable y digno de su atención en nuestras operaciones, y aun el público, sabrán hacernos la justicia correspondiente, en sabiendo que desde el día 5 de septiembre de este año que avistamos a Coscomatepec, y se reunieron las divisiones llegadas por los rumbos opuestos, no se ha omitido trabajo, ni dispensado fatiga alguna a todos los sitiadores en los 24 días siguientes de mi mando.

Se componía entonces la división de 1,013 hombres, los 372 del batallón de Asturias de mi mando: 507 del primero americano: 145 dragones de México, Puebla y Tulancingo, y 19 artilleros: 3 cañones de a cuatro; uno de estos cónico, y para todos 125 cartuchos de bala raza: igual número de metralla, y 50 granadas inútiles: y que habiendo yo llegado al campo sin víveres solo ha traído el Teniente Coronel Conti, que vino mandando la división de Orizaba los correspondientes a todos los días para esta sola: que al siguiente día 6 acabado de tomar posición, y establecer la cadena sumamente débil por la irregularidad y dificultad del terreno, he tenido que desprenderme de 130 hombres para auxiliar a, Orizaba, y pedir a aquel gobernador municiones de boca y guerra, sobre todo, pan y sal, porque ya estábamos a menos de media ración.

Que el 16 recibí el primer socorro de las villas compuesto de ración y media de pan, y dos de legumbres, con 61 individuos de Tlaxcala y patriotas de Córdoba, y han traído al mismo tiempo un cajón de cartuchos de cañón de a cuatro, y 6 de fusil, y 5,000 piedras de chispa. Que mientras experimentábamos esta escasez duradera todo el tiempo de mi mando, en

términos que en los 24 días correspondieron a cada soldado 15 galletas, y al respecto de tres onzas diarias de legumbres, se emprendieron obras de fortificación por todo el frente de la línea para seguridad de los puestos avanzados, e interceptación de caminos y desfiladeros salientes del pueblo; mas, una batería a la cabeza de este por el Occidente en una lomita dominante, a tiro de pistola de la casa fuerte, y dos baluartes que defendían la entrada y eran los mas respetables de la fortificación enemiga.

Que estos trabajos de campaña eran necesariamente sostenidos por las armas con frecuentes tiroteos, y precisos para evitar la fuga del enemigo, en razón de mi poca fuerza; y a pesar de las precauciones tomadas tuve 15 heridos, entre ellos mi sargento mayor D. Francisco de Paula Caminero, y el subteniente D. Vicente Toyo. Que rompí al mismo tiempo por el frente de mi batería un camino cubierto con el ancho suficiente para pasar artillería, a fin de avanzarla al ángulo que formaba este camino por una zanja que descendía por la derecha, y la cortaba por un ángulo obtuso, para flanquear mejor los baluartes y casa fuerte, e imponer al enemigo; y lo mejor de todo, que en los mismos 24 días ha desempeñado mi tropa en el camino de las villas, en el campo inmediato del Norte de este sitio, y en el propio Coscomatepec cinco funciones de guerra: la primera el 12 al mando del Capitán D. Joaquín Gaviola, con 100 hombres de infantería y caballería. Al paso para las villas a pedir víveres encontró en Tomatlán la gavilla de Machorro situada en el cementerio, con bastante número de rebeldes, y la batió tan completamente, que quedaron 30 muertos, dejando en su precipitada fuga 40 caballos, algunas mulas y 150 monturas que se quemaron por la premura del tiempo. *(a)*

(a) Esto es tan cierto como que Conti solo perdió un sargento y 5 soldados en el ataque del 28 de julio, en que salió rabo entre piernas. ¿Como ha de ser? ya que no los mataron en obras, mátenlos en dichos... ¡Gran consuelo! ¿Quién les daba prisa si estaban tan victoriosos?

Nuestra pérdida consistió en 3 dragones heridos. La segunda el 16 a las 9 de la mañana por un movimiento general de toda la línea, amenazando a todos los puntos fortificados, para poder entrar el batallón americano al mando de su sargento mayor D. Antonio Conti, por el camino de Huatusco; Fernando VII y Tlaxcala, a las ordenes del Capitán de granaderos del primero D. José de la Peña, por el puente y camino de Tomatlán, apuntando yo al mismo tiempo querer entrar por debajo de mi

batería con los cazadores y granaderos de Asturias, y los cazadores del Primero Americano. Después de roto el fuego conforme a la combinación, a las órdenes precedentes dadas a los jefes de infantería y caballería, y llamada la atención del enemigo completamente, hizo una tentativa el primero americano con todo el ardor y buena disposición que se puede desear: las divisiones se aproximaban al enemigo con el mayor anhelo de asaltar. Hubo de nueve a once un fuego infernal por una y otra parte: los enemigos tuvieron un momento de sorpresa, y abandonaron algunos parapetos, y 2 baluartes por el general arrojo de toda nuestra tropa, y en este estado, y de estar casi decidido a nuestro favor el vencimiento, algunos soldados del americano subieron el primer parapeto con el tambor mayor, y mis granaderos y cazadores protegidos por los cazadores de America: cerca de asaltar los dos baluartes cayó herido el expresado Sr. Conti, su Capitán de granaderos D. Tomas Laysaca, y los subalternos D. Antonio Novóa, y D. Pedro Toledo, y mi Capitán de cazadores D. Mariano Zeverio, causando este incidente la novedad que regular-mente se experimenta, la que reanimó con fuerza a los enemigos, y con la señal de un cohete, volvieron inmediatamente a cubrir sus puestos, y defenderlos con tal tenacidad, que no podía verificarse la toma de Coscomatepec sin un sacrificio grande por nuestra parte; *(b)* y así tomamos el prudente medio de replegarnos, recogiendo los muertos y heridos, disminuyéndose el fuego progresivamente, desde las once que estaba en su mayor vigor, hasta las dos de la tarde.

(b)Y este modo de obrar en tal conflicto es propio de una vil chusma y canalla, o de una tropa de línea, virtuosa y acostumbrada a vencer? Que lo digan Conti y Candano.

Nuestra pérdida consistió en dos sargentos y diez hombres muertos, dicho jefe, tres capitanes, dos subalternos: un cadete ejerciendo funciones de oficial y 37 hombres heridos, y 28 contusos. La escasez de auxilios de todas clases, desnudez de la tropa, falta de socorro diario: la dificultad de reparar tantas necesidades a un tiempo, y el justo deseo de poner a cubierto el honor de mi división por el bajo concepto que habían formado de la fortificación de S. Juan Coscomatepec los que no la han visto, fueron motivos poderosos que me empeñaron en esta acción, acordada anteriormente con los jefes.

La tercera del día 24 en Tomatlán con 100 infantes que acompañaban hasta dicho punto a 50 dragones comisionados a Orizaba al mando del Teniente de cazadores del Primero Americano D. José Martín, quien

luego que pasó la partida de descubierta de infantería y caballería al otro lado de la barranca, vio venir sobre ella como 600 rebeldes montados, y por su excesivo número mandó a dicha descubierta repasar la barranca, disponiéndose entre tanto con el resto de la fuerza para la contra marcha, y batirse en retirada con arreglo a mis instrucciones, por estar escasamente municionada la partida, y se retiró en buen orden, no obstante haberle rodeado los enemigos, y dado diferentes cargas, obligando a hacer alto para recibirlos a la bayoneta.

Nuestros soldados han dado la mayor prueba de su valor y serenidad en la economía de sus tiros, por dicha falta de municiones, y en su formación constante. Hemos tenido de pérdida 7 muertos, y 16 heridos, entre estos el Teniente de dragones de México D. Rafael Portas. No es fácil considerar la del enemigo, por no haber podido verse; pero debió ser mucha en razón de haberse acercado sus pelotones bruscamente, y repetidas veces en las 2 leguas de retirada.

La cuarta el día 25 que en mis estrechísimas circunstancias he tomado el violento partido de desprenderme de toda la fuerza disponible del batallón americano, y 100 caballos para enviar por socorros a Orizaba al mando del Capitán de cazadores del expresado cuerpo, y accidental Comandante D. Juan Rafols, quien al llegar a la barranca de Tomátlan, avistó la propia reunión enemiga del día anterior *(c)* que inmediatamente ocupó los puntos mas ventajosos a impedir el paso.

(c) Si hubiera sido derrotada o sufrido el estrago que ha expresado Candano, a buen seguro que tan prontamente se hubiera reparado y presentadose en actitud de atacar.

Con esto dispuso que sus cazadores y granaderos rompieran el fuego, avanzando hasta arrojarse al enemigo a la bayoneta, mientras los flanqueaba por la derecha con otras dos compañías más, y 50 caballos, y continuando el movimiento con el resto; con lo que consiguió en poco tiempo acallar el fuego del enemigo, y abandonar su ventajosa posición, venciendo al mismo tiempo los obstáculos que presenta la barranca en su fragosidad y despeñaderos.

Huyeron cobardemente los rebeldes, y se fueron a reunir en las alturas de Chocamán, formando en batalla mientras llegaban las guerrillas, y 50 caballos que inmediatamente los desordenaron y dispersaron, pagando con la vida algunos temerarios que quisieron hacerse firmes en dicho pueblo.

Por nuestra parte han sido heridos el subteniente D. Juan Morilla, un granadero del americano, y un dragón de México: un caballo muerto y 3 heridos: la pérdida del enemigo ha consistido en 6 hombres muertos sin saber los heridos, aunque por los caminos y desfiladeros de su retirada se advirtió mucha sangre. El Sr. Rafols concluyó su parte, recomendando justamente a toda la oficialidad y tropa de su mando.

Últimamente la quinta el día 27 en el campo inmediato a Coscomatepec, donde el cabecilla Machorro, con Luna, Montiel, y otros de su pelaje habían formado su división, compuesta de 500 caballos, entre 10 y 11 de la mañana.

Aquí, Exmo. Sr., necesito un instante la atención de V. E. para el siguiente cuadro. Más de mil hombres *(d)* en S. Juan, y los 500 de Machorro en batalla a mi frente, y yo con 496 fatigados, mal alimentados todo el tiempo del sitio; casi desnudos, casi descalzos, comidos de la miseria y sin alimento en este día: a solos 40 cartuchos por plaza, y sobre 60 heridos y enfermos, en unos jarales al mismo tiempo que los sitiados nos amenazaban, concediéndonos vida hasta las 2 de aquella tarde.

(d) Y yo digo, aquí del mentir, aquí de las anchas tragaderas para engullir tanta falsedad ¿500 caballos y más de mil hombres en la plaza?.... ¿cuando los hemos conocido? Ni Águila ni Conti empeñados en deslucir las glorias de Bravo le han concedido igual fuerza..., ¿Para que recurrir a la mentira para sincerarse? la suerte de la guerra pende del acaso.

Apenas habrá uno que no nos considere poseídos de terror pánico, correspondiente a tan ingrata suerte; pero para que V. E. vea la superioridad y parte fiel de los habitantes de estos dominios, y de los de la Europa, puedan juzgar del mérito de la oficialidad y tropa que he tenido el honor de mandar, de su constancia y sufrimiento, y de sus recomendables prendas militares, es un hecho que en este mismo momento que sería de la mayor aflicción para otra clase de hombres, me hicieron varias gestiones mis dignos oficiales para salir a batir á Machorro. ¿Quien Sr. Excmo. no será buen jefe con una tropa que reúne tan especiales cualidades? He agradecido en el alma sus insinuaciones sin poder acceder a ellas, principalmente por la falta de municiones. A la una de este día en que por el pronostico de los rebeldes ya no nos quedaba mas que una ñora de vida, asomó la división del Sr. Rafols, de regreso de Orizaba por 1a avenida de Tomatlán y apenas había entrado su guerrilla en el campo cuando salió parte del Capitán de la 3ª. de fusileros de mi batallón de D. Bartolomé González Longoria con 100 hombres de mi propio cuerpo y

cosa de 50 granaderos de la columna, a divertirse con Machorro. *(e)*

(e) Esta es gasconada; esas diversiones no las hacían los españoles; siempre obraban por necesidad. Estaban muy estrechados aquí, pues Machorro llegó a envolverlos, y habrían perecido si Rafols no llega y Bravo sale, lo que no hizo antes porque tenía poco parque.

Como abultaba poco este número de infantería, se atrevió a esperarla con su manada, y al romper el fuego él a la guerrilla, hizo un despliegue el enemigo con la mayor arrogancia, rodeando aquel puñado de hombres, arrojándose sobre ellos al machete. Los infantes se replegaron a vista de este movimiento, y con un sencillo cuadro esperaron a los furiosos a la bayoneta, sin fuego por una ni otra parte; pero luego que probaron los enemigos las bayonetas y vieron la firmeza que no esperaban, principiaron a retirarse, y los míos a usar de sus fuegos, y a desenvolverse seguidamente, formando 3 guerrillas con sus reservas y ganando terreno.

A este tiempo llegó el Capitán de granaderos D. Nicolás del Cueto con un refuerzo de 30 hombres, y debía seguirle Rafols con la tropa de su batallón que había principiado a reunirse en el campo, aunque molestados del viaje de Orizaba; pero al salir del cerco de Coscomatepec se encontró con una división de Bravo de 300 a 400 infantes, con los que sin duda trataba de escaparse reuniéndose a su protector Machorro. Rafols con sus valientes, rompió un fuego vivo, obligándolo a retirarse dentro de poco tiempo, contribuyendo a que su retirada fuese con precipitación un destacamento que repentinamente organizó el subteniente de Tlaxcala D. Manuel Zorrilla, como de Asturias, Americano, y de su cuerpo, cayendo por la derecha de Rafols a la entrada del mismo pueblo sobre el enemigo, obligándole a dejar muertos 20 hombres que trasportaban a hombros; por manera que el día que debía ser de mayor conflicto para nosotros, fue el mas ruinoso para los enemigos.

Habiendo desaparecido Machorro, se replegaron todas las partidas, y establecida la línea en todos los puntos de mi atención, procuré que la tropa tomase algún alimento del corto socorro que me trajo Rafols.

Muy satisfecha la tropa [dice Candano] de las fatigas de aquel día, y tranquilizado su espíritu con la noticia de que dentro de uno o dos debía llegar el Sr. Águila con artillería de mayor calibre, refuerzo de tropa y municiones, calmó sus cuidados y mis desvelos:

No me es posible detallar el cúmulo de trabajos que hemos padecido.... (Tengo por inútil esta descripción y así la omito como la recomendación de los oficiales españoles que se distinguieron en el sitio.)

Hasta aquí he presentado este documento *ex inimicis,* para que no se diga lo que otra vez charló cierto criticatro en la fuga y alcance del Payo del Rosario (cuya ánima descanse en paz) *que los hechos del cuadro histórico son mas mentirosos que los que se leen en los libros de caballería....* Ya es tiempo de exponer otros documentos que corroboran la verdadera idea que debe tenerse de este sitio ignorado de la mayor parte de la nación.

El Coronel Águila en su oficio de 27 de septiembre dice al conde de Castro Terreño lo siguiente: «Ayer llegué a esta Villa de Orizaba, y hoy salgo para Coscomatepec, cuyo sitio se halla en el mismo estado que en el primer día, y hoy peor; porque la tropa se halla desanimada y cansada, y los enemigos se fortifican mas y mas: veré lo que puedo emprender y avisaré a V. E. bajo el principio de que es preciso atacar en regla. Me entregué del mando de estas villas: en mi ausencia queda mandando el teniente Coronel Morán (hoy Marqués de Vivanco) Están mezclados de tal manera los cuerpos por aquí y en San Juan, y es tal el estado de las cosas que pasarán algunos días antes que pueda remitir a V. E. las tropas que deben volver.

Han sido muy considerables las bajas ocurridas, y la caballería acabó. Los sargentos mayores Conti y Caminero, heridos levemente: el Capitán de cazadores de Asturias murió: el Capitán Layzaca de América herido mortalmente con otros oficiales. Como V. E. no me dio mas que galleta, he tenido que proveerme aquí de arroz, sal, y manteca, y con esto y algún socorro que habré de dar a las tropas quedo sin un real. Apenas tendré víveres para 12 días, y el camino esta infestado de tal suerte, que menos de 400 no pueden venir a buscarlos. V. E. me dijo que había venido un obús, lo que no se ha verificado ni existe aquí. No puedo dar mas detalle, ni he tratado más que de ir a S. Juan, *donde las armas del Rey no empañaron poco su brillo.*

Estas últimas palabras son harto conceptuosas, examinemos la lacónica relación que nos ha dado el mismo Sr. Bravo.

Me hallaba [dice] en Coscomatepec con 450 hombres, cuando se me presentó sobre el 28 de julio Conti con parte de su cuerpo de Tlaxcala,

y de las villas en número de 700 hombres. Atacóme en punto de las 12 del día después de haber caído un recio aguacero, y lo hizo con tanta intrepidez que llegamos a las bayonetas: mis soldados se defendieron dándoles de palos con los fusiles, y aun les arrojaron lodo a la cara. Logré rechazarlos en menos de media hora, y me dejaron porción de muertos. Todavía después de concluido el ataque quedaron detrás de las paredes del pueblo y de los árboles; así es que se retiraron. Entonces cargó una partida de las de mi caballería sobre ellos, y helos aquí dispersos y renegando con la oscuridad de la noche por aquellos barriales, lo que me proporcionó tomarles algunos fusiles y dos cargas de parque que me vinieron bien; entraron en la villa bien escarmentados.

Comprometido el honor militar formalizaron un sitio sobre la plaza. Conti y D. Juan Candano se me dejaron ver en 5 de septiembre con más de 1,800 hombres: yo contaba con 500 para defenderme. En el mismo día hicieron una tentativa bruscamente, de la que salieron tan lúcidos como en la primera. Candano dispuso luego establecer obras en todo el frente de la línea, y al Oeste del pueblo levantó una batería obrando en sitio.

El 15 de septiembre le llegó un refuerzo al mando del Teniente Coronel Martinez. El 16 hubo un movimiento general en toda la línea, y me atacaron con tanta fuerza, que al pie de mis parapetos y dentro del foso después de rechazados quedaron tantos cadáveres, que fue necesario arrastrarlos y sepultarlos para que no nos apestasen. En este día fue herido Conti, D. Tomas Layzaca, los subalternos Novóa, Toledo, y el Capitán de Asturias Severias. Yo tuve 12 muertos y 18 heridos, entre estos el Capitán D. Nicolas Anzures, D. Nicolas Agüero que hacia de mayor de plaza, y el Capitán de la primera de fusileros D. Juan Galindo. El fuego sobre la plaza a pesar de esto era sin intermisión de día y de noche. El 27 de septiembre los capitanes Machorro y Montiel aparecieron sobre el enemigo; y le atacaron, obligándolo a dejar el destacamento que tenia en el río: retiróse con algún destrozo porque se le cargaron recio. El 29 de septiembre llegó el Coronel D. Luís del Águila a recibir el mando del ejército sitiador, para el que trajo no poco refuerzo de artillería gruesa, hombres, y toda clase de auxilios; de estos carecía yo en términos de que hubo día en que racioné a mi tropa con chayotes, fruta que abunda en aquel pueblo (*Sicios dulcís* según el lenguaje botánico) que en breve se acabó. Escaseábale el parque, y era necesario ocultar esta falta a la tropa de mi mando para no desalentarla. Hice desbaratar los saquetes de mis cañones y encartuchar la pólvora para los fusiles: mas con esta economía

apenas me bastó para dar un a parada de cartuchos por plaza. En tal conflicto, y conociendo por las disposiciones que noté en el nuevo jefe sitiador que me iba a atacar de un modo irresistible, me decidí a romper el sitio la noche del 4 de octubre: solo yo supe este secreto.

A las once de la noche después de enterrada mi artillería chica, y clavada la grande, que eran 2 cañones, avisé a la gente del pueblo: todos nos decidimos a morir o escapar. Tomamos el camino de S. Pedro Ixhuatlán: nos encontramos con el destacamento del río destrozado antes por Machorro, y por allí salimos en rigurosa formación sin disparar un tiro. Bajamos al pueblo de Ocotlán donde comió la tropa, y continué la marcha para Huatusco: llegué al tercer día, y allí descansó la división.

Águila no tardó en retirarse para Orizaba.... Tal es la relación que el General Bravo hace de un sitio que lo hará famoso, y no hablará mas preciso el mismo Veleyo Paterculo, si lo hubiera referido. Es de mi obligación ilustrar esta exposición, por lo que debo como historiador, no del General Bravo, sino de las glorias de las armas mexicanas.

He estado en Coscomatepec, y tratado con personas que se hallaron en el sitio, principalmente con su benemérito párroco D. Antonio Amez y Arguelles, que salió en demanda de auxilios del General Matamoros, a quien encontró en su cuartel General de Tehuicingo; y he visto aquel lugar con el interés que inspira la memoria de semejantes hechos. Supe pues de personas veraces que dos horas antes de salir, quemó Bravo las cureñas de los cañones: que sacó a hombros dos de campaña: que la salida fue tan ordenada, que el enemigo no la sintió aunque pasó muy cerca de él en el mejor orden, y rigurosa formación. ¡Ah! decía un soldado de Asturias al prior del Carmen de Tehuacán (Fr. Juan de Santa Ana)....se salieron cuando quisieron, y se llevaron hasta las *gallinas verdes,* es decir los pericos. Efectivamente sacaron las mujeres estos animalejos, a quienes tienen tanto cariño; tal vez porque no conocían el peligro: hija hubo que sacó a cuestas a su madre enferma, y todos marcharon en el mejor orden.

Como en los baluartes había una campana con que se corría la palabra durante la noche, temió Bravo que faltando el anuncio de ella conocería el enemigo su ausencia; aquí de la industria: mandó atar un perro de la cuerda de cada campana: estos animales comenzaron a forcejear para soltarse, y he aquí una especie de repique incesante que hizo creer al enemigo que los sitiados se habían vuelto locos. Este ardid hará honor á Bravo, no de otro modo que a Sansón el de incendiar las

mieses de sus enemigos por medio de las zorras.

La historia no puede dejar de nombrar con aprecio a los Comandantes Sánchez, Montiel, Machorro, los Lunas y otros que entretuvieron al enemigo y lo hostilizaron de muchas maneras, así como a las niñas Godos, Doña Magdalena y Doña Francisca, jóvenes doncellas que trabajaron eficazmente en lo interior de la plaza haciendo cartuchos, asistiendo a los enfermos, y ocupándose en los ministerios mas penosos, pero propios de su sexo. Entre los oficiales de Bravo también merece un recuerdo honroso D. Patricio Fernández Giraldes, que después redobló sus servicios al lado del General Victoria en la misma provincia de Veracruz. Como pudo fortificarse Bravo en aquel punto de un modo militar, como burlar la actividad de los fuegos enemigos resistiendo además a sus impetuosos ataques, sin tener conocimientos ni en la balística, ni en el arte de la fortificación, es asunto que admirarán las edades, y que les obligara a decir con el poeta Ercilla hablando de los Araucanos.

Cosa es digna de ser considerada,
y no pasar por ella fácilmente,
que gente tan ignota, y desviada
de la frecuencia y trato de otra gente,
de innavegables golfos rodeada,
alcance lo que así difícilmente
alcanzaron por curso de la guerra
los más famosos hombres de la tierra.

Continuaré. A Dios.

México, junio 14 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA VEINTE Y NUEVE.

Continuación de la carta anterior.

Estimado amigo:

Una de las mayores hostilidades que hicieron las partidas americanas protectoras de los sitiados en Coscomatepec, fue haberse tomado 1879 mulas que pastaban en las inmediaciones de Orizaba el día 5 de octubre, entrándose por la garita de la angostura, y acabando con todo el destacamento de tropas del Rey que allí había, en términos de que como informo el Comandante Andrade, por milagro salvo el Oficial y un Sargento. El gobierno español que semejante al cartaginés atribuía las desgracias a los oficiales (si eran americanos) y no a las contingencias de la guerra, sospechó mal de Andrade por este hecho: mando que se procediese a la averiguación, se le separase del mando, e hiciese salir para Puebla. En vano este Comandante había hecho los mayores esfuerzos por tener abastecido y bien pagado el batallón americano haciendo tales exacciones de aquella villa, que sus vecinos tenían que ocultarse en lo más interior de sus casas para contar el poco dinero que recibían de su paralizado comercio de tabaco.

Cuando todos los cuerpos perecían, América tenía 12 mil ps. de fondo en su caja militar, como lo mostró en cierta vez en que amenazada la villa de un ataque, trasladaron este dinero á los parapetos para asegurarlo. Andrade no conocía a los españoles, y era menester que en esta parte hubiese tomado lecciones del testamento de *Catzonzi* Rey de Michoacán, que atormentado por muchos días de orden de Nuño de Guzmán, a quien había dado todo el oro que poseía, estando a punto de morir, porque aun no le daba más, llamó un confidente suyo, y le hizo este encargo que ha pasado por su testamento.... Después de muerto yo (le dijo) quemarás mi cadáver, recogerás mis cenizas, y metiéndolas en un saco las llevarás de mi orden a todos los pueblos de Michocán, a quienes

dirás.... mirad como han pagado los españoles a quien les ha servido bien, y dado cuanto tenía.

Entrada de Águila en Coscomatepec.

Este Comandante luego que ocupó el pueblo lo hizo quemar, y procuro saciar su enojo en sus humildes casas; no de otro modo que Alejandro en una borrachera mando incendiar el palacio de Persépolis, tan solo porque en él había tenido Xerges el proyecto de invadir la Grecia. Sus feroces soldados encontraron un infeliz moribundo que se quedó allí olvidado, y lo fusilaron: solazáronse además con una imagen de Ntra. Sra. de Guadalupe, a quien fusilaron como a insurgente; pero esta burla les salió bien cara, como después veremos, pues Dios celoso de la honra de su buena madre, jamás es insensible a los ultrajes que se le hacen, y esto es cierto aunque se me tenga por visionario.

Águila dio parte de la evasión de Bravo, diciendo que hasta el momento de verificarla estuvo haciendo un vivo fuego de cañón y fusil, lo cual es falso. Dice también que le mandó buscar con el batallón americano, 150 granaderos y 60 caballos al mando del mayor Menéndez, y supo que lo había alcanzado en el camino de Huatuzco, lo que también es falso.

Finalmente dice, que mandó 2 compañías de Asturias para Izhuatlán, las que marcharon como los que *buscan conveniencia rogando a Dios no hallarla.*

Tal es el sitio de S. Juan Coscomatepec que entre muchos motivos he procurado describir menudamente, para que por él conozca la nación al jefe que lo ha sabido sostener, y en el día tiene las riendas de su gobierno. Cuando Vaca de Guzmán teje el elogio de Hernán Cortés recorre la historia de sus proezas, y concluye diciendo....

Ya has visto bien aquel retrato vivo,
ya su acción valerosa atento oíste,
ya la grandeza adviertes de esta hazaña:
éste es Hernán Cortés: esta es España.

¡Este es el sitio de Coscomatepec americanos! ¡Este es el joven héroe que lo sostuvo con gloria!

Consecuencias de este sitio.

Las consecuencias de este sitio famoso fueron de mucha importancia a las armas nacionales. El Virrey no perdía de vista la reconquista de Oaxaca, y tenía el mayor empeño en levantar tropas para verificarla: pensaba mandar a Castro Terreño con 2,500 hombres de Comandante de ella, y las fuerzas que debían emplearse eran principalmente las sitiadoras de Coscomatepec. Agitábanlo para la empresa el Obispo Bergosa, los comerciantes ricos que habían emigrado de Oaxaca, y muchas personas que abrigábamos en aquella ciudad que habían mostrado adherirse al partido, que habían entrado en él, y aun predicaban su justicia; pero estos secretamente mantenían una estrecha relación con el enemigo dándole partes de todo cuanto pasaba. Conservo en mi poder el plan de fortificación al que debían ajustar sus operaciones militares.

La viuda de M... y que no cito porque aun vive en Oaxaca, fue enviada por un canónigo con achaque de vender unas arrobas de grana a Puebla, e impuso a Castro Terreño de todo, sirviendo de vehiculo de su comunicación. Otro eclesiástico.... ¡vah! ¡Hombres pérfidos que habéis trabajado en ruina de vuestra patria, si leyereis estas líneas, si recordareis lo que os ha pasado y la justa recompensa que recibisteis de vuestra maldad, temblad porque nada de lo que hicisteis en vuestros obscuros conventículos ha quedado oculto: todo se ha visto, y yo al leerlo os he lanzado una mirada de indignación, como os la echará la justa posteridad!

En principios de septiembre ocurrió una desgracia a la vista del común de las gentes, pero a mi juicio digna de llorarse por sus consecuencias. Ocupábamos el punto marítimo de Papantla, y nos prometíamos abrir por él correspondencia con los Estados-unidos. El presidente de la junta, el Lic. Rayón, después de la derrota de Salvatierra mandó a pedir auxilios a los Estados-unidos, nombrando de agente a D. Francisco Peredo; pero éste no supo corresponder a su confianza, pues debiendo guardar en razón de esto un secreto profundo, lo primero que hizo fue esparcir la noticia de su misión por todos los lugares de su tránsito.

Habiásele ya proporcionado un pequeño barco en que emprender el viaje; pero quiso llevarlo cargado de vainilla, y demoró su embarque, porque aun le faltaban de recibir unos sobornales de este fruto. Súpose en Veracruz el proyecto, y aquel gobierno vigilante destinó una expedición al mando de González de la Vega, que tomó fácilmente a Papantla, y quedó frustrado el viaje de Peredo. Si se hubiera realizado, a vueltas de 3 meses habríamos recibido por Coatzacoalcos, punto muy fácil de tomar por Morelos que era dueño de la provincia de Oaxaca y estaba desamparado, todo el armamento que necesitábamos a cambio de granas depositadas para este objeto.

Acción de Piaxtla perdida por los americanos.

No fué menos funesta la desgracia ocurrida el día 20 de agosto en las inmediaciones del pueblo de Piaxtla, dada por el Capitán de dragones de S. Luís D. Juan Bautista Miota, al regimiento de S. Lorenzo del mando de Ramón Sesma. Habiase este Oficial empeñado en equiparlo completamente, y de hecho lo había conseguido sacando todos los útiles de Puebla. El Sr. Morelos le mando situarse principalmente en Huaxuapam, y que recorriese los puntos próximos a Izúcar, sobre cuya plaza tenia puesta la mira: ignoro el motivo porque Sesma se confió de todo punto de su Teniente Coronel Ojeda, pues no tenía acreditada su pericia militar, y menos el porqué Sesma no se halló en la acción que dirigida por otro jefe se habría ganado, o cuando no, habría sido mucho menor la perdida; lo cierto es que aunque ocupaba Ojeda una posición regular fue desalojado de ella, perdiendo mucha gente, armamento y parque, de cuyas resultas la tropa de Miota, ocupando a Acatlán, hizo en aquel pueblo los mismos estragos y saqueo que pudieran los mas feroces Apaches.

Los mismos enemigos dudaban del triunfo aun después de conseguido, y se envanecían viendo en su poder multitud de prisioneros que llevaron a Izúcar tan bien vestidos y armados como la mejor tropa de línea. Tomaron a los americanos 2 piezas chicas de a 2, 113 fusiles, y no poco parque.

Esta acción empeñó al General Matamoros en situarse ventajosamente en Tehuicingo para evitar un nuevo ataque que acabase de minorar el prestigio comenzado a perder por este acontecimiento.

Junta celebrada en Oaxaca para la instalación de un Congreso general, o aumento de la junta suprema con un vocal de aquella provincia.

Convencido yo de que las diferencias suscitadas entre los Generales Rayón, Verduzco y Liceaga, no podían terminarse sino con la instalación de un Congreso general, o a lo menos con el aumento de un vocal por la provincia de Oaxaca, solicité del Gobernador D. Benito Rocha que citase a una junta a todas las corporaciones de la ciudad para que lo implorasen del General Morelos. De hecho, así se verificó el 31 de mayo en el cañón del Perdón de la Iglesia Catedral. Muy luego noté que no reinaba allí el espíritu de verdadera libertad, y que sea por temor, o por amor al antiguo gobierno, algunas gentes suspiraban por él: sin embargo se elevó la solicitud y formalizó el expediente. Yo remití al Sr. Morelos un proyecto de constitución del que por entonces no se hizo caso. *(a)*

(a) En aquellos días el Gobernador de Oaxaca había remitido a Zacatula una porción de europeos por sospechosos de una contrarrevolución: solicité eficazmente su libertad, y conseguí que se revolviesen desde Yanhuitlan. El tiempo hizo ver que los que los habían denunciado no se habían equivocado en su juicio: hay cosas que se saben y no se pueden probar; el desengaño viene con el estrago previsto.

El General Rayón que también había hecho otro, e insistido en la división de poderes como base primera y la mas liberal, quería que hasta la instalación se supliese con el quinto vocal, a cuyo efecto había tenido diversas contestaciones con Morelos, el cual mando expedir la convocatoria, por la que se tornaron a reunir todas las corporaciones en la Catedral de Oaxaca, juntamente con los electores de los partidos el día 5 de agosto. Matamoros que era el jefe mas graduado presidió la junta, en la que fueron electos D. José Maria Murguía en 1° lugar, en 2° el Lic. D. Manuel Sabino Crespo, y yo en 3.°

También expidió el General Rayón una convocatoria entre cuyas cláusulas se lee la siguiente. «A este fin conciudadanos, y para que sin trabas podáis ejercer las funciones de vuestra libertad civil, don el mas precioso para el corazón humano, se os pone a la vista la constitución nacional. Leedla detenidamente, repasadla, y empapaos en el sistema que se adopte en ella: es un reglamento provisional que sirva de barrera impenetrable a la entupida ignorancia, y grosero despotismo en la serie de los acontecimientos públicos, al mismo tiempo que afiance en lo posible la prosperidad, libertad, y abundancia de los ciudadanos: es la emanación de un estudio y conocimientos nada comunes sobre el derecho social, y

que de acuerdo con el dictamen de la razón, y del ejemplo que presentan los pueblos antiguos y modernos, contrapesa los tres poderes, obstruye las intrigas, y reduce a justos límites la sublime autoridad de que tanto abusan los hombres... .deponed el fanatismo, mala fe, rivalidad y demás pasiones ruines que degradan el genero humano, y abriendo el oído a las insinuaciones de las virtudes sociales, exponed con sinceridad vuestro dictamen: haced uso de vuestra ilustración: significad vuestros deseos: ningún otro interés es preferente al común: vuestra felicidad es el único objeto que merece mis sacrificios, y solo el voto general de los ciudadanos es medio legitimo para consolidar la independencia, y la suprema autoridad que sea depositaria de vuestras confianzas y derechos.

El conducto por donde podéis dirigir vuestras reflexiones de modo que tengo yo la indecible satisfacción de verlas y encargarme de su sustancia, es el Comandante de armas que tuviereis más inmediato. Remitidlas con cuanta extensión sea necesaria, y en el preciso intervalo que hay desde la fecha, hasta el último mes del presente año. A consecuencia se publicarán impresas, y si la mayoría de votos recite en favor de este sistema, se procederá a las elecciones en los términos que prescribe para la instalación del Congreso; si no se creará éste en los términos que reclame la voz universal, y este día suspirado será el más venturoso de mi existencia, y el que recordará con ternura y gratitud la mas remota posteridad.

Cuartel general.- *Lic. Ignacio Rayón*.

La pena que afligía A Morelos por la desazón de los vocales la manifiesta muy bien en su carta al presidente en fecha de 29 de marzo en que le dice entre otras cosas.

«El rumor ha volado A estas provincias (habla de las desazones) en todos se ha observado un general disgusto ¡quiera Dios que no siga el cáncer adelante, y es lo que desea el enemigo! *(b)*

(b) Iguales deseos tienen ahora. El General D. José de la Cruz, que hoy es ministro de guerra en España, se sabe que ha escrito á sus confidentes que aticen de cuantos modos puedan el rompimiento y desazones intestinas, pues solo de este modo puede el Rey su amo subyugarnos.

Me sacrificaré en hacer obedecer a la suprema junta, y jamás admitiré el tirano gobierno... Esto es, el Monárquico, aunque se me

eligiera a mi mismo por primero. *(c)*

(c) El Ministro Herrera que siempre amó la tiranía, promovió en un almuerzo muy concurrido en Oaxaca la proclamación de Morelos como Monarca, y se oyó con desagrado y desprecio; por este principio puede conocerse cuanto influiría en la proclamación de Iturbide a quien tanto agradaba esta elevación, provenida de aquel amor entrañable que profesaba a este satélite de su tiranía, y que a mi me confesó sin embozo.

Es indispensable que nos arreglemos a la constitución publicada, y en la que están entendidas todas las provincias: todo lo demás es desacierto; me parece que si no lo he dicho todo, poco falta...

En posdata.... Yo siento sobre manera nuestros acontecimientos por los incalculables daños que pueden acarrear en un tiempo tan crítico en que no debemos pensar en otra cosa sino en hostilizar al enemigo privándole de todo comercio, como que no hay esperanza de sacar de su despotismo partido alguno: lo siento también por el especial afecto que profeso a cada uno de los tres Sres. vocales, y lo siento por no poderlo remediar...» *Morelos*

Estos son los sentimientos de los primeros jefes de nuestra revolución con respecto a nuestra libertad e independencia, que les hacen honor, y los ponen en la clase de verdaderos libertadores de su patria esclavizada. Cotejémoslos con los de Iturbide, y veremos la infinita distancia que hay de aquellos a este. Yo no cesé de decirle por escrito y de palabra....absténgase Vd. de decir sobre el gobierno que se debe adoptar: que se pronuncie el pueblo: que elija el que le convenga; óigalo V. déle gusto, y será el ídolo de esta nación. Jamás me separé de este tema; si lo hubiera seguido, habría hecho su suerte, y la nuestra.

Al anunciarse en el correo americano del Sur núm. 24 la fausta noticia del nombramiento del vocal por Oaxaca, se inserta en loor del General Morelos la siguiente octava bastante conceptuosa.

La virtud y la gloria separadas
Andaban en el mundo desvalidas,
Viendo sus santas aras profanadas
Y sus adoraciones mal fingidas.

Juntáronse, y sus almas inflamadas
Esta sentencia dicen decididas:
O volamos las dos hasta los cielos;
O vamos a animar al gran Morelos.

Ruina de los Villagranes.

Ha sido proverbio español.... venid trabajos como vengáis solos.... Los que Dios nos mandó desde el año de 1813 se han presentado en tropel; y aunque en aquella época tuvimos victorias, también tuvimos desdichas como llovidas. Hagamos mención de las principales y que más directamente influyeron en mal de la nación.

La existencia de los Villagranes confieso que era un poderoso obstáculo para sus progresos; pero a la vez hay ciertos males de que se saca provecho. Estos caudillos eran dos frenos terribles, o para hablar con propiedad, dos espantajos que afectaban de pavor a los españoles, de modo que al mentarlos se les ponían verdes los bigotes, como sucedía a Venegas, y de esto se sacaba la ventaja de que la tropa destinada a contenerlos no engrosaba las filas de las que cargaban sobre Morelos y otros jefes útiles; más se perdió el equilibrio como vamos a ver.

El Coronel *Monsalve* había hecho algunas tentativas sobre Huichapam contra Villagrán el hijo, de las que había salido mal parado. Con el padre nadie osaba meterse, pues vivía entre las asperezas de Cimapan, rodeado de cañones, haciendo continuamente mucho parque, y dándose el tono de un Baxá de 3 colas: era el terror de aquel departamento: su voluntad caprichosa era su ley: disfrutaba de lo ajeno que podía haber a las manos; estancaba las semillas: saqueaba las minas: acuñaba mala moneda, y hacia las hostilidades que pudiera un salteador.

El día 3 de mayo habiendo reunido Monsalve a su división, las de S. Juan del Río, Tula, Ixmiquilpam y Hacienda de Tlahueylilpam, se situó sobre un punto elevado, paralelo al fortín que estaba al S. O. de Huichapam. Llevaba consigo gran porción de indios zapadores, y dando un ataque simultáneo, fácilmente penetraron hasta la plaza.

Los americanos entonces se refugiaron a las torres de la iglesia,

donde permanecieron hasta la mañana del día siguiente en que se rindieron. En el baluarte que Villagrán tenia construido como á 300 pasos avanzados de lo principal de la población, [baluarte de elevación de 10 varas sobre piedra y lodo hasta la altura de ocho, y las 2 restantes de pared y de cal y canto, cuya formación era un cuadro abierto por el oriente con rampa para subir la artillería, con frente de 16 varas por cada lado y 4 troneras] para cañón había una culebrina calibre de a 4, y en los demás puntos del pueblo el total de 17 cañones los mas pequeños, todo lo cual fue presa del enemigo.

Si la defensa hubiera sido regulada por personas inteligentes, éste no obtuviera el triunfo; pero nadie de buena razón quería servir bajo las banderas de un jefe como Chito Villagrán, generalmente desconceptuado. Así es que este fue hecho prisionero y pagó con la vida como después veremos.

Encargóse la tropa que debiera perseguir al viejo Villagrán a D. Cristóbal Ordóñez. Hallábase aquel situado en la cima de la profunda barranca que circula el río de los Aljibes, y su posición era impenetrable. Por un exceso de audacia intentaron pasarla los realistas, cuando he aquí que repentinamente cesaron los fuegos de la artillería de Villagrán: voló su tropa el repuesto, y abandono sus parapetos. Apoderado del puente que se halla allí, avanzó en demanda de Villagrán, el cual huía con su familia, y Ordóñez entró en Zimapan el 3 de junio, el cual fue aprendido la madrugada del dia 13 de dicho mes en S. Juan Amaxaque, por traición que le hicieron José Felipe Maya y otros oficiales suyos. El gobierno se valió del arbitrio de estrechar a su hijo a que escribiese a su padre que se indultase; hízolo así pero sin efecto, por lo que fue pasado por las armas en 14 de mayo en Huichapam; bien que aun cuando hubiese recabado de su padre lo que intentaba, habría corrido la misma suerte, pues ambos eran víctimas destinadas al Sacrificio.

Conducido á Ixmiquilpam, Villagrán el viejo, fue igualmente fusilado en la hacienda de Gilitla, tomados sus bienes por los comandantes españoles, y precipitada aquella provincia en nuevo despotismo, tanto o mas feroz que el de los Villagranes de que acababa de salir. El Coronel Ordóñez situado en Xilotepec con una gruesa división inmolo mas de 800 personas, durante su mando en el mercado de aquel pueblo, a donde se traían semanariamente 38 o 20 como reses al matadero, sirviéndole de auxiliante para tales maldades un cierto Capitán

Velásquez; pero el cielo justo hizo que tan bárbaro Comandante muriese en un ataque que quiso dar al General Mina en el rincón de Zenteno, provincia de Guanajuato, en el año de 1817.

Jamás podremos recordar la memoria de los Villagranes sin estremecernos; estaban reñidos con el orden, y eran incapaces de someterse a sus principios; fueron unas plagas tan funestas a la nación como los mismos españoles: burláronse de la autoridad suprema que gobernaba entonces la república: comprometieron al presidente de la junta Rayón: llenaron de escándalo y de calamidades a los pueblos sobre quienes pesaron, y al fin corrieron la suerte común a los hombres anárquicos; siendo mucho de extrañar que no hubiesen perecido antes por la perfidia y traición de sus asociados.

Si hubiese habido algún arreglo en aquel departamento, ellos habrían bastado para poner en brida a las fuerzas de México y Querétaro, a impedir el tránsito de los convoyes, y a estrechar a México por un espantoso asedio. Sobráronles recursos, y solo les faltó la voluntad de obrar bien. ¡Ojalá y que estos fuesen los únicos ejemplares que pudiera presentar nuestra historia!

Monsalve y Ordóñez vengaron la sangre de D. Miguel Sánchez, sangre que con su propia mano derramo Julián Villagrán en el curato de Alfaxayucam. (Véase la carta 8ª. de la primera época.)

Ocurrió por aquellos meses otra pérdida que debe lamentar la historia: tal fue la de D. Eugenio Maria Montaño, y de ella habla el correo extraordinario del Sur de Oaxaca de 4 de septiembre de 1813, copiando una carta de Huetxocinco en estos términos.

«Ayer 23 de julio murió el Coronel *D. Eugenio Maria Montaño* en el llano de *Clamapa* junto a Calpulalpa....» E1 caso es que destinado el Capitán Francisco Salcedo de dragones del Potosí a perseguir las partidas de los llanos de Apam se encontró con la de Montaño, el cual sostuvo un recio ataque; pero teniendo bajo la silla un buen caballo, pero que tenía la maña de armarse, se paró en términos de quedarse solo y tener que reñir pie a tierra: vendió cara su vida, cuando se vio aislado: descuartizaron su cuerpo poniendo su cabeza en Otumba, y su brazo derecho en S. Juan Teotihuacan.

Poco duro a Salceda la gloria de este triunfo; Osorno reunió una fuerza bien considerable que puso al mando de D. Miguel Inclán, el cual

en 6 de agosto se encontró con la división de Salceda cerca de la hacienda de Tepetates, donde se trabó una acción reñidísima, y en la que consiguió un triunfo tan completo, que de toda la división de Salceda no salvó mas que un tambor y el P. Capellán Franciscano A. *(d)* Murió el mismo Salceda, y yo he tenido en mis manos el reloj que poseía Inclán, quitado de su cadáver.

Continuaré. A Dios.

México, junio 21 de 1824.

(d) No lo miento porque se hizo muy odioso por su conducta en la revolución pasada. Cuando pidió al capítulo de su provincia que lo colocara, presentó por méritos varias gacetas que atestaban de su jacobinismo.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA TREINTA.

Continuación de la carta anterior.

Ataque de Inclán Salceda.

Querido amigo:

He hablado con personas que presenciaron el ataque, y me dicen que crujían los sables y machetes de los insurgentes sobre las cabezas de los realistas, como suenan los martillos de los herreros en los yunques. En dicho correo del Sur se dice en elogio de Montaño....Fue valiente, amigo del orden y disciplina, protector de la agricultura en medio del desorden y confusión en que estuvo el Nordeste por algún tiempo: creó una división, y la formó en el trabajo mas ímprobo de la fatiga de la guerra, rodeado siempre de peligros: se halló en la toma de Oaxaca, y cortó la retirada al enemigo. Colóquese su nombre en el templo de la memoria, y todo americano libre, pronúncielo respetuosamente y diga....*D. Eugenio Montaño fue un benemérito de la América, murió por salvarla; gloria a su nombre, fama perdurable a su dulce memoria....*

La inmortal tropa de Salceda arrastró su cuerpo, y exhumo su cadáver. ¿Mas acaso pudo mancillar su merito? ¡Ah tiranos! ¡Vuestro imperio no se ejerce sobre la virtud y el honor! ¡Vive Dios que sois unos miserables!

El editor de la gaceta de México que sin duda vio este elogio, deseoso de agradar a sus amos los gachupines, después, de confesar paladinamente el triunfo Inclán sobre Salceda, y de plañir su muerte como la de un héroe, concluye su razonamiento diciendo (gaceta núm. 441 de 17 de agosto de 1813.).... Pero su sangre clama por la venganza, y el gobierno la ha tomado ya a su cargo.... hombres buenos de todas clases, honrad la memoria de Salceda y de sus tropas.... y que con su honorífica,

muerte han adquirido una inmortalidad mas segura, "que la que les hubiera proporcionado la victoria misma."

Yo no necesito invocar a ningún ente de la tierra para que conozca, que cuanto fue heroísmo en Montaño, fue bajeza y criminalidad en Salceda: aquel fue un apoyo de nuestra libertad, este un maléfico espíritu destructor. ¡Que más pudiera decir para mostrar la disparidad entre ambos! Por la muerte de Montaño predije la ruina del departamento de Osorno: sin embargo, este se conservó con alguna regularidad mientras D. Diego Manilla consultó a las ideas de aquel jefe de quien fue segundo, y dio por tierra con él, cuando desviándose de sus bellos principios (que por entonces lo hicieron amable) se enseñoreó del corazón de Osorno a quien sirvió en la misma plaza que a Montaño.

También Oaxaca tuvo que llorar no pocas desgracias ocurridas en aquella época en la provincia; el genio de la tiranía estaba diseminado por todo el Anáhuac, y doquier que tendíamos la vista presenciábamos sus estragos; recordémoslos rápidamente según los documentos que conservamos.

Acatlán invadído.

Tal es el rubro de un artículo inserto en el núm. 12 del correo americano del Sur. "Las tropas (dice) de mercenarios, casi no se emplean en otra cosa que en saciar sus brutales pasiones en cualquier coyuntura que se les presenta, aumentando cada vez más el odio, indignación y horror con que las miran las poblaciones que llegan a caer en sus devoradoras manos. La tristísima escena representada por el mes de febrero del presente año en el infortunado pueblo de Acatlán, es una prueba incontestable de esta verdad dolorosa, capaz de arrancar lágrimas a las peñas, y de contrastar los corazones más duros y despiadados."

"Hallábase allí un corto destacamento de americanos al mando del Capitán Díaz, con destino precisamente de observar las disposiciones del enemigo; pero por desgracia cuando menos se esperaba se dejó ver en las inmediaciones Domingo Ortega a la cabeza de 300 hombres todos desalmados, y todos resueltos a beber la sangre de los inocentes. Sorprende en S. Antonio a cuatro soldados que aquel día habían salido a hacer la

descubierta, los arcabucea en el momento, y se encamina a Acatlán. Coge desprevenidos a los demás que con muy pocas armas, ningún pertrecho ni competente número de tropas para empeñar una acción, emprendieron su retirada que por fin lograron a costa de un pequeño descalabro. Entró pues Ortega en el pueblo, y a manera de una manada de lobos desparramada por entre otras de mansas ovejas sembraban por todas partes la muerte y la desolación sin el menor obstáculo, y sin distinción alguna de edad, sexo, o carácter. Aquí descargan golpes mortales sobre el infeliz anciano agobiado de años y de enfermedades: allí acometen al indio miserable que había ido a surtirse al mercado del pueblo; y acullá después de abusar de la debilidad del sexo, desaparecen a un considerable numero de mujeres mezcladas con sus tiernos hijos, cuyas delicadas cabezas rodaban teñidas con su propia sangre. Estuvieron renovando aquellas fieras estos sacrificios cruentos, hasta que cansados ya, pero no satisfechos, pasaron a otros excesos de no menos atención y trascendencia.

"Destrozaron las puertas de las casas, y robaron cuanto encontraban en ellas. Estando el cura en la puerta de la suya le dispararon un balazo, seguidamente entraron dos, haciendo alarde de su valentía, y penetraron con espada desenvainada hasta la recamara donde decían hallarse el Sr. Matamoros. No contentos con los bienecillos de los vecinos se atrevieron al santuario del terrible Dios de los ejércitos, robando los sacramentos sagrados que con sacrílego descaro propusieron de venta al mismo cura, y lo estrecharon a que los comprase."

"Acompañaba a estos bandoleros el P. D. E. M:...." Formase después el catálogo de las victimas sacrificadas en aquel pueblo, y resulta ser 310 personas de todos sexos.... Por tales medidas quisieron los españoles subyugarnos; ojalá que esta sangrienta catástrofe solo se hubiese ejecutado en aquel desgraciado pueblo; mas entonces se generalizaban por donde entraban las sanguinarias tropas de realistas, cuyos capitanes seducían a los incautos, y los hacían cómplices de sus delitos.

El general D. Vicente Guerrero a quien procuró situar el Sr. Morelos en los puntos que estimó convenientes para contener las agresiones de los que intentaban, si no auxiliar a Acapulco, a lo menos divertir a la fuerza que lo sitiaba; se situó en Quautepec donde José Maria Reguera *(a)* le atacó el 1 de julio (1813).

(a) Es el mismo que había arrestado cerca de Tehuacán el Coronel Villa-Urrutia,

y que se le escapó por infidencia de su tropa. Reguéra siempre ha sido un agente de la tiranía española; ahora ha dado la voz contra los gachupines. ¿Quién creerá a hombres de esta naturaleza en sus intentonas?.... El que no los conozca.

Las partidas que habían reunido en Cruz Grande, Ayutla, Copala y Tecuanapa, agregados algunos Cilapanecos, formaron 3 divisiones, se posesionaron de los 3 puntos que más dominaban el campo de Guerrero, abrigándose de los bosques, y avanzaron con tal osadía que casi tocaron sus trincheras, y lo obligaron a hacer una salida después de casi 6 horas de fuego que fue la única medida con que pudo derrotarlos. (Así consta en el correo del Sur núm. 23 parte del mismo Guerrero) José Agustín Arrazola (alias Zapotillo,) Armengol, y otros de la calaña de Reguéra, obligaron al gobernador de Oaxaca a mandar sobre ellos una expedición a las ordenes del coronel D. Manuel de Mier y Teran. Derrotólos en el trapiche de Sta. Ana, camino y curato de Juquila, y se refugiaron al pueblo de Juchatengo donde hicieron una fuerte reunión; pero cargó sobre ellos, y logró la acción que describe él mismo con bello laconismo militar en el parte inserto en el mismo periódico extraordinario de 4 de septiembre de 1813 dice así: "Las urgencias que me rodean no me permiten decir a V. S. más de que a la una y media de este día ha entrado esta división triunfante en el rebelde pueblo de Juchatengo, después de haber batido al enemigo de una vasta llanura.

La pérdida de aquel en muertos causa horror; en prisioneros es numerosa: en armas y municiones aunque crecida, no puedo formar idea cabal de ella.

Los caudillos desaparecieron inmediatamente que pusieron a los alucinados que los siguen en el campo de batalla, donde han sido víctimas por el choque impetuoso de la caballería combinada con la fusilaría bizarra y bien dirigida.-

Dios &c. Juchatengo 6 de septiembre de 1813.

Siguió después en demanda de Armengol, el cual fue muerto por los soldados de Terán en un islote de la misma laguna donde se había ocultado.

A merced de estos esfuerzos se calmaron las conmociones de aquella parte de la provincia por entonces: digo por entonces, porque aquellas gentes parecen que están reñidas con la paz. Terán, su hermano

D. Juan, D. Bernardo Portas, y Montes de Oca, jóvenes que eran entonces se condujeron con mucha prudencia y valor en esta vez: yo les tributé gustoso elogios que merecieron, elogios que formados con sobriedad oportuna son el estimulo mas poderoso para alentar a los guerreros a las empresas de alta nombradía. No corrió la misma suerte que ellos el respetable ciudadano D. Antonio Sesma, pues fue derrotado por Armengol, contra quien llevaba 300 Oaxaqueños en la acción de S. Pedro Mixtepeque, derrota que abrió por entonces la campaña que termino Terán: Sesma iba en comisión al reconocimiento de la costa y puerto escondido por donde se había avistado un buque.

Reacción de D. Ramón Rayón en el Bajío, y acciones de Chaparaco y Zacapo.

Mucho nos hemos detenido refiriendo los sucesos principales ocurridos en el Sur, porque este rumbo fue el teatro principal de la guerra en la época que vamos hablando: es tiempo de que dirijamos la vista hacia el occidente donde se hicieron cosas dignas de la memoria.

D. Ignacio Rayón después de la retirada del campo del Gallo marcho a la provincia de Valladolid, y se situó en Patzcuaro. En esta ciudad habían solicitado inútilmente los españoles poner una fuerte guarnición por medio del Teniente Coronel D. Domingo Landazuri; pero sus habitantes siempre adictos a la independencia, se dieron tan buena maña proporcionando a su tropa la deserción, que en breve lograron aburrirlo, y que se retirase a Valladolid. Luego que Linares supo que Rayón estaba en dicha ciudad, se encaminó a ella, y de la misma salió este con su poca tropa, al mismo tiempo que el español entraba con la suya, retirándose a Erongaricuaro *(b)* Rayón.

(b) Erongaricuaro tanto quiere decir en castellano como punto desde donde vieron los indios de la antigüedad entrar a los españoles cuando invadieron por primera vez a Patzcuaro: voz tarasca que recuerda la memoria de un suceso triste.

Dentro de poco tiempo se le reunió a su hermano D. Ramón que venia de Uruapan de ver a su familia, trayendo consigo poco más de 200 hombres y dos cañones pedreros. De allí marcharon para Zacapo, donde estuvieron algunos días, pero sabiendo que el enemigo situado en Zamora había salido para Chaparaco con objeto de sorprenderlos, D. Ramón

Rayón trato de ganarles por la mano, y al efecto hizo 2 marchas forzadas de noche, a pesar de la rudeza del temporal, pues casi llovía sin intermisión, y de la fragosidad y atascaderos de los caminos. Efectivamente, logró situarse en el cerro llamado de la Beata, desde donde observo la posición del enemigo, formo 3 trozos de las diversas gentes que llevaba, y hablando a cada uno de ellos separadamente, los excitó a que compitiesen en valor y realizasen la empresa que tenia entre manos. Era inevitable acometerla aunque era con desventaja, pues el comandante D. José Maria Vargas, emplazado anticipadamente para coadyuvar con su gente, había faltado a la cita, cosa no extraña en los rancheros que casi por principios son informales y groseros. Puesto en el caso de obrar Rayón, cogió 80 buenos caballos, y con sus jinetes los oculto en el borde de un enlagunado, a afecto de que impidiesen cualquier auxilio que viniera de Zamora que estaba inmediato. Avanzó reciamente con armas a discreción, desentendiéndose de los fuegos que los enemigos le hacían detrás de la cerca de piedra que rodea la hacienda: entonces el enemigo ocupo la casa, y Rayón se parapeto detrás de la cerca, y trato de incendiarla. Llevaba al efecto unos combustibles llamados cabeza de negro, formados de varios mixtos: disparolos con una fisga de hierro que arrojados diestramente se enclavaron en las puertas y ventanas de la hacienda, y produjeron su efecto incendiándola.

Entonces el capitán D. Eligio Ruelas, de artillería que había traído a lomo de mulas 2 cañones, avanzo con ellos, penetrando hasta lo interior de la casa; cuando he aquí el auxilio de Zamora que aparece compuesto de 60 hombres de caballería e infantería. Rayón les hizo una llamada falsa para sacarlos del río inmediato, y entonces fueron cortados a retaguardia con los 80 caballos emboscados que se les echaron a escape, en términos de que unos murieron ahogados, y otros a espada o prisioneros, incluyéndose entre estos varios oficiales como el Capitán Cano, dueño de la hacienda, por el que la infantería que la defendía salió mal de su grado. A su salida murieron más de 20, sin contar con los que quedaron allí cadáveres; los demás 5 se ahogaron en el río, o se escaparon entre los matojos. No fue posible seguirles el alcance, pues en aquella sazón ocurrió un horrible aguacero y tempestad.

Fueron fruto de este ataque 50 y tantos fusiles: más de 600 buenos caballos y mulas, y algún parque. Los americanos tuvieron 9 muertos, y 18 heridos que llevaron a Tangancicuaro, y conducidos también a este punto los oficiales prisioneros, fueron pasados por las armas a pedimento

de los lugares inmediatos a quienes por nocivos se habían hecho odiosos e insufribles. En esta acción tuvo mucha parte la destreza del artillero Ruelas y su valor. Cuéntase que el Capitán Echeverría de infantería del Bajío, a pesar de verse herido con dos balas, una en un muslo, y otra en las costillas, no quiso retirarse aunque se lo mando Rayón: matáronle cerca de sí a un soldado de su compañía, cuyo fusil y cartuchera tomó; en el acto de fijar puntería y hacer fuego con el, otra bala le hecho abajo 3 dedos de la mano izquierda que le quedaron pendientes de unos largos nervios: entonces pidió un cuchillo, y con las derecha los corto, se envolvió en un pañuelo, y siguió mandando la acción. Urgíale Rayón para que se retirarse; pero con calma le respondió.... lo haré Señor cuando hayamos entrado en la hacienda.... *Si yo faltare de aquí, se desalentarán los soldados, y todo se perderá*.... Este digno oficial jamás había sido reputado por valiente, antes bien muchos le creían si no cobarde, a lo menos poco esforzado por su modestia y sencillez.... ah! Si abundaran de estos defensores de su patria, en que paz y tranquilidad viviríamos y a que punto habrían exaltado nuestra gloria militar! Yo suplico al gobierno llame a las banderas de su ejército, a un hombre digno de ponerse al lado de Horacio Cocles. *(c)*

(c) Cuando Rayón le vio correr la sangre por la espalda y le instaba a retirarse, le respondió.... No hay cuidado, no me hirió el pulmón la bala, pues resuello sin fatiga.

El Brigadier Lobato que mandó un trozo en esta acción, fue herido de una bala en el cuello que lo clareó de parte a parte, y por su denuedo en este día se le hizo Brigadier por la junta, esta acción le hará en todo tiempo mucho honor y será su blasón.

Retirado D. Ramón Rayón a Zacapo, se apestó de tal manera de fiebre su tropa, que llegó a tener en el hospital 120 soldados careciendo de auxilio para socorrerlos. En esta sazón D. Manuel de la Sotarriva, Comandante de Valladolid, puso al mando de Landazuri una expedición de 300 caballos, 200 infantes y 4 cañones (Gaceta núm. 481 de 11 de noviembre de 1813) condújose con tanta actividad, que Rayón supo del peligro casi en el momento de llegar la tropa. Apenas pudo lograr que cada dragón se echara sobre la silla un enfermo y lo pusiese en cobro. Armó hasta los músicos, y con ellos pudo reunir 117 hombres, en que consistía en ese día su fuerza. Colocó su infantería en el Mal País de Zacapo; a cargo de D. Melchor Múzquiz (hoy jefe político de México)

quien con toda serenidad emboscado aguardó al enemigo, le hizo varias descargas a quema ropa en un callejón, y mato mas de 40 hombres (según informó después el Cura que los recogió para sepultarlos) Landazuri largo allí un cañón de los que llevaba; pero conociendo la poca fuerza con quien combatía, volteo caras, bloqueo por su costado derecho a Múzquiz, y no solo recobro el cañón sino otro del mando de éste, y un obús chico de montaña. Los americanos se retiraron por dicho Mal País al rancho de Caurio.

Los dragones enemigos avanzaron a escape sobre D. Ramón Rayón que se dirigió a la hacienda de Zipimeo distante 4 leguas de llanura. Al llegar a la alberca se encontró con su hermano D. Ignacio pie a tierra con 5 soldados de su escolta, el cual hizo cara a la columna perseguidora, y aun mató a uno de dichos dragones. Entonces ambos jefes siguieron adelante hasta pasar por el puente de vigas del río Zipiméo que prontamente hicieron quitar, y con cuya providencia contuvieron el alcance enemigo. D. Ramón marchó de allí para Yurira con su gente, y D. Ignacio para Uruapan con la suya. Después reunidos en Uruapan se encaminaron a Chilpantzingo llamados por el General Morelos.

El gobierno español ha tenido el descaro de decirnos que ha respetado entre nosotros el derecho de las gentes y de la guerra, y después de este hecho vergonzoso, e indigno de los caribes: después de habernos hecho la guerra prevalidos del veneno, de la prodicion, y de todas las malas artes propias de una nación desmoralizada, hemos visto estampar por nota a la intimación del General Morelos al Comandante de Valladolid (gaceta núm. 515 de 22 de enero de 1814) estas precisas palabras.... *No bárbaros, la guerra tiene sus límites y sus derechos que vosotros no habéis conocido jamás, ni que se os deben conceder....* Yo podría preguntarle.... Si los conociste ¿Por qué no los guardaste? ¿Por qué atacas a unos infelices indefensos plagados de una peste desoladora que nos metiste con tus hordas de asesinos?.... ¡O calleja! Tú proclamas los principios más sacrosantos de las naciones para violarlos.... he aquí una monstruosidad en que no incurrieron los que no los guardan por desconocerlos.

La derrota y muerte del Capitán Salceda y de su división, produjo efectos terribles en el sanguinario corazón de Calleja; y como en esta funesta guerra la sangre vengaba la sangre aunque fuese de hermanos, y a el le era indiferente derramarla, mandó que la división de D. Carlos María

Llorente avanzase sobre Zacatlán, y causase a Osorno el daño posible. Efectivamente, a pesar de lo entrado de las aguas y de los estragos de la peste, entró en dicho pueblo en 23 de agosto (1813) y lo encontró solo; cebó su rabia en los tristes restos del fortín de S. Miguel, de donde quito la cabeza de Salceda, y lo acabo de reducir a pavesas: pasó después a Chinnahuapam, y de allí mando a su segundo D. Eugenio Villasana sobre la hacienda de Atlamaxac, donde se batió con una partida de americanos que se retiró. Llamándolo a las Mesas, o sea planos ubicados en cumbres donde se encuentra una laguna llamada la *agua hedionda*, circunvalada de espesísimos montes. Esta situación era ventajosa como escogida por Osorno que sabia aquellos locales a palmos, estaba además defendida por un grande arroyo, ofrecía las mayores ventajas de defensa. Llorente cayó en el garlito, empeño la acción desde las ocho y media de la mañana del día 29 de agosto hasta las 3 de la tarde, y sufrió la pérdida de 11 muertos y de muchos heridos, pues Osorno supo aprovecharse de las alturas para descargar sobre los que osaron forzarlo en aquella especie de atrincheramiento para cortarlos después, como lo hizo en el punto de Papantilla. Llorente cometió la bajeza al tiempo de retirarse de S. Agustín Tlasco, de responder al quien vive que le dieron los americanos.... *Nuestra Señora de Guadalupe*, de hacerles fuego sobre seguro, de que resultaron varios heridos; bien que este ruin procedimiento era harto común en aquellos hombres inmorales que confundían los crímenes con los ardides lícitos de la guerra.

Hará época en los fastos de la historia la desgraciada acción dada el día 18 de este mismo mes de agosto por el Teniente de navío D. Francisco Álvarez de Toledo al General Arredondo en las inmediaciones del campo de Medina en la provincia de Texas; pero de esta ya hemos hablado en las cartas 21 a 24 de la primera época, en las que nos propusimos tratar de toda esta campaña, reuniendo todos aquellos acontecimientos bajo un punto de vista según las relaciones que tomamos los Sres. Elozúa y Mier, testigos presenciales y fidedignos de aquellos hechos. Calleja hizo mucho mérito de aquel triunfo que no se habría conseguido si hubiese sido otra la conducta de Toledo, que por mucho tiempo fue problemática para el gobierno de Apatzingán, hasta que el tiempo lo puso en claro que es el descubridor de todas las cosas.

Muchas veces tendremos en los sucesivo motivos para tratar especialmente de Álvarez de Toledo, por ahora fijaremos la idea de este sujeto diciendo, que se indultó, que pasó a la corte de Madrid, y que allí

obtuvo del rey una colocación: premio que Fernando VII no pudiera dar a quien tenía como a un rebelde, sino porque este hiciese un cambiamiento de ideas o una declarada traición a la causa de la libertad, único medio para ser agraciado por aquel Monarca.

En la serie de esta historia hemos dicho que el General Matamoros deseoso de recobrar el punto de Izúcar se había situado con su división y fijando su cuartel general en el pueblo de Tehuicingo desde donde se aprestaba para entrar con todas sus fuerzas en dicha villa. Solicitado por el Cura de Coscomatepec para el socorro de aquella plaza sitiada, se resolvió a llevarlo en persona, y tomó el camino de S. Andrés Chalchicomula, habiendo antes prevenido a Osorno, Arroyo, Sánchez y otros jefes que se aprestasen con sus fuerzas para reunírsele. Las aguas, y otros embarazos no le permitieron llegar a tiempo como quisiera, cuando tuvo noticia de que el sitio estaba levantado por la feliz evasión del General Bravo. En nada menos pensaba que en atacar el convoy grande de tabacos que salía de Orizaba para Puebla escoltado de las tropas sitiadoras, y sea el honor de las armas que mandaba que no permitía pasase impunemente una división española cerca de su cuartel, o por adquirir nombradía, el se decidió a obrar del modo que refiere la siguiente relación.

Batalla de la Agua de Quichula, o sea de S. Agustín del Palmar.

Mucho ha dado en que entender a los españoles y aun a todo la Europa esta acción campal, así como la famosa de Saratoga en los Estados-Unidos, que hizo ver a la Francia que los americanos eran capaces de llevar adelante la empresa de la independencia, y por lo que aquella potencia se decidió a entrar en negociaciones con su gobierno, y a dispensarle la protección que sabemos.

Por un raro accidente tuve a las manos una copia fiel del parte que de ella dio el General Matamoros a Morelos, papel autentico datado en Tepecuacuilco en 12 de noviembre de 1813, y firmado de la mano misma de aquel jefe; voy a transcribirlo sin mudarle mas que una u otra expresión de denuesto que formaba nuestro lenguaje en aquellos días con los españoles, resabio adquirido de ellos en recompensa del modo injurioso con que nos trataban, dice así: “La mañana del 13 del corriente

(octubre) estando en la hacienda de S. Francisco para marchar a Chalchicomula, tuve positiva noticia de que el convoy de tabaco procedente de Orizaba, y custodiado en 1,000 y mas hombres al mando de los jefes Martines y Candano, debía dormir esa noche en S. Agustín del Palmar. En el momento dispuse que el Sargento mayor D. Rafael Pozos, asociado de los coroneles D. José Antonio Arroyo, D. José María Sánchez, y Teniente Coronel D. José Vicente Gómez, marchasen a observar su llegada y movimientos, durmiendo esa noche a sus inmediaciones para que a la mañana siguiente 14 del que rige, dispusiera yo lo conducente al ataque, avisándome con anticipación el punto que ocupaban.

Inmediatamente me dirigí para la hacienda de S. Pedro, donde expedí orden, imponiendo pena de la vida al que en acción voltease la espalda, y tres carreras de baquetas por 200 hombres al que se entretuviera en coger alguna mula cargada, o en desnudar a los cadáveres, con objeto de acreditar al General Calleja, que nuestro fin particular no es de robar como publica.

A las 2 de la mañana del 14 salí de esta hacienda y me encaminé a reconocer los puntos que debía atacar.

Continuaré. A Dios.

México, junio 28 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.

SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA TREINTA Y UNA.

Muy Señor mío:

Efectivamente, dice Matamoros, me enteré del terreno, luego que el día alumbró y ya convenidos mis planes observé el convoy tendido en el camino real, y expedí órdenes al Mayor Pozos para que dividiendo la caballería en tres trozos atacara la retaguardia; y a mi Teniente Coronel D. José Rodríguez para que operando su caballería pie a tierra unida a la infantería la dividiera en cinco guerrillas, y atacaran por todo el costado derecho a la línea del convoy, en este orden se rompió el fuego por todos los puntos, pero tan activo, que me privó con su humareda la observación que yo hacía desde el punto en que me hallaba situado con un corto cuerpo de reserva para dar órdenes según lo exigieran las circunstancias; pero abriendo un poco la oscuridad, note que el convoy marchaba apresuradamente hacia la vanguardia, y que en la retaguardia había cargado toda la fuerza enemiga; con este motivo dispuse que la mayor parte de la reserva, y toda la guerrilla inmediata auxiliaran mi caballería; lo que observado por los enemigos formaron al instante un cuadro reforzado a tres de fondo, que cubierto de sus caballos marchaba sin pararse hacia la dirección del convoy, sosteniendo el fuego con la mayor actividad; pero no fue tan violenta esta evolución que me privara mandar que las guerrillas de infantes se hicieron dos trozos, atacando el primero la vanguardia con un cañón, y el segundo del costado derecho, y que la caballería de la retaguardia, divida en dos, lo ejecutaran por ésta, y el costado izquierdo.

Así avanzaron mas de dos leguas sin cesar el excesivo tiroteo, hasta que dispuse abocar en la retaguardia de mi caballería que operaba contra la de los enemigos dos cañones a metralla, mandando que se retirase aquella abriendo claros, y creyendo los enemigos que esta retirada era verdadera, cargaron precipitados, contando suya la victoria: pero descargando los cañones fueron muchos víctimas de su temeridad, y otros se pusieron en desordenada fuga, envolviendo en ella el cuadro de su

infantería. Visto esta escena por mí, mandé tocar a degüello, voz, que obedeció toda mi caballería con la mayor resolución e intrepidez internándose hasta el centro de los enemigos, y haciendo en ellos una terrible carnicería, por lo que asombrados y aturdidos fugaron precipitadamente los que pudieron, y los que no se rindieron, gritando en algarabía……Viva la América…… ¡Viva nuestro General!

Yo usando la piedad mandé que no se matara a ninguno, y atándose a todos, quedasen prisioneros. Tengo en capilla al Comandante Candano y un alférez de su cuerpo para fusilarlos esta tarde. El resto de prisioneros va caminando para esa ciudad a disposición de V. A. quedando en este pueblo heridos gravemente que no se escaparán la vida tres de ellos. Y aunque está también en capilla para ser fusilado un Capitán *(a)* le he perdonado la vida condescendiendo a las súplicas de este Sr. Cura, que a nombre de todo el pueblo pedía la libertad de todos, y que con este hecho quede cubierto este vecindario con los enemigos; pero marcha en cuerda con los demás.

(a) Longoria el cual pagó proyectando en diciembre una contrarrevolución en el castillo de Acapulco, y después se fugo volvió al servicio español , y nos hizo el mal que pudo hablando siempre muy mal del vecindario de S. Andrés Chalchicomula , que imploro la gracia de la vida . No son raros estos ejemplos de ingratitud en los españoles.

Lo estropeado que quedo mi caballería e infantería con mas de siete horas de fuego que sostuvo con entusiasmo y constancia desde las 6 de la mañana hasta poco más de las 2 de la tarde, y el proyecto que formé de acreditar a Calleja que nuestras armas no se han tomado para robar, me impidieron el alcance de los fugitivos y de la carga que había adelantádose mucho.

La batalla fue dada a campo raso para desimpresionar al Conde de Castro Terreño de que las armas americanas se sostienen no solo en los cerros y emboscadas, si no también en las llanuras y a campo descubierto. La pérdida de los enemigos consistió según las noticias que con escrupulosidad he recibido de los Comandantes de trozos, en 215 muertos, 368 prisioneros, entre estos el Teniente Coronel D. Juan Candano (sitiador del Sr. Bravo en Coscomatepec), en 17 Oficiales, 521 fusiles, 14 pares de pistolas, 19 Cargas de tabaco que habiéndoseles extraviado se recogieron, sin incluir las que por los montes y caminos se tomaron de los pueblos inmediatos; pues me aseguran que en Puebla no entró ni la tercera parte de dicho convoy. Mi pérdida consiste en 14

muertos, 62 heridos, las tres partes levemente.

Todos los Oficiales y tropa que tengo el honor de mandar se han portado a porfía con el valor que tienen acreditado; pero recomiendo particularmente a V. A. a los Coroneles Arroyo, D. Miguel Inclán, Capitanes D. Vicente Herrera, D. Mariano Molina, con los tenientes D. Antonio Lara, y D. José María Pezera, y el de granaderos del Carmen D . Mariano Molina, con los Tenientes D. Antonio Lara, y D. Mariano Serrano la intrepidez y serenidad para batirse, y animo que infundió en su tropa. Tampoco olvido el acendrado valor del Mayor Pozos, y el de mi asistente Ignacio Echeverría, que por su mucho arrojo salieron heridos de las piernas de bala de fusil. Entre el número de prisioneros no llegan a 100 los criollos, pues los demás son gachupines.

Como estas victorias son alcanzadas por favor especial del Altísimo, he mandado celebrar en este pueblo una misa solemne con *Te Deum,* con salvas de artillería, formadas las compañías de granaderos del Carmen en el atrio de la iglesia.

Dios guarde a V. A. S. muchos años.

S. Andrés Chalchicomula, y octubre 18 de 1813.

Mariano Matamoros.

El Capitán de granaderos de a caballo del regimiento de S. Pedro del General Matamoros (Zavala) que se hallo en la acción, informa lo siguiente:

El 12 de octubre de 1813 a nuestra salida de Tecamachalco, se dio aviso al General de que una división mandada por el Coronel Candano, había salido de Orizaba con dirección a Puebla, por lo que dispuso dicho jefe tomásemos el camino de S. Agustín del Palmar, y fuimos a dormir a la hacienda de S. Pedro, de donde se mandó continuase mi marcha (después de haber mandado la remonta), y me dirigí con 200 caballos de mi regimiento de a caballo de S. Pedro, a 3 leguas de aquella hacienda, a otra cuyo nombre he olvidado en donde dormí, estando a tiro de fusil del enemigo, y allí recibí la orden que acompaño.

La mañana del 14 a las 5 de ella, luego que Candano levanto su campo, me puse en marcha tomando el flanco derecho, y me vine

llamándole la atención, para dar tiempo a que nuestra división llegase al camino por donde debía pasar. Al llegar a una hacienda cuyo nombre no tengo presente, me uní al Sr. Matamoros, quien me mando continuase con mi tropa que componía el primer trozo, hasta detener al enemigo, ínterin la infantería podía llegar sin fatigarse lo mismo que verifique que alcanzando a Candano a un cuarto de legua de allí, en donde mandé echar pie a tierra dejando solos 25 hombres montados y le rompí el fuego por el mismo flanco derecho sosteniéndolo hasta que llegó el General y dispuso el ataque, que detalla el parte que V. tiene.

Después de concluida la acción me entregaron los prisioneros, y con sola mi compañía los conduje a la hacienda de S. Pedro a donde llegué a las 8 de la noche, y al día siguiente 15 de octubre llegue a S. Andrés a las 10 de la mañana. Allí hicimos alto 5 días para la ejecución de Candano y otro oficial de Oaxaca.

El 21 salí con un escuadrón de mi regimiento, custodiando a los prisioneros para Tehuacán, protegido por la caballería del Coronel D. Vicente Gómez, en donde los entregué, y me regresé a continuar la división que marchaba ya a reunirse a la parte de ella que había quedado al mando del Coronel Mariano Ramírez en Tehuizingo, que lo encontramos en Chautla de la Sal.

El motivo de la salida de Tehuizingo, sabe V. que fue con el objeto de proteger al Sr. Bravo que se hallaba sitiado en Coscomatepec, al mismo tiempo darse a reconocer por Comandante general de las provincias de México, Veracruz, Puebla y Oaxaca, el Sr. Matamoros.

La orden que este jefe dio a dicho oficial y que he visto original a la letra dice:

Orden del 13 para el 14 deberá observar el trozo del Capitán D. Manuel Zavala.

Santo. *Ntra. Sra. de los Dolores, y Daga.*

Contraseña. *Calvario*

Pondrá una avanzada en el camino que entrare a esa hacienda del paraje donde haya parado el enemigo.

Ninguna de sus remontas saldrá al campo, sino que dormirán encerradas con bastante forraje.

Yo he de ir a esa hacienda con la tropa que ha quedado aquí en la noche, a la hora que me parezca.

A cosa de medio cuarto de legua de la hacienda, deberán salir a reconocerme, y a más del santo, seña y contraseña, debe el oficial que va a vanguardia y que ha de ser reconocido, dar esta contraseña *Aparición.*

El comandante Pozos deberá venir también ahí a la hora que le parezca; ha de ser reconocido en los mismos términos que la gente que va de aquí.

Si alguno en la noche tuviese que venir de allá para acá, debe traer la misma contraseña, que no comunicara V. hasta la hora de salir.

Hacienda de S. Pedro, octubre 13 de 1813.- *Matamoros.*

Paréceme que no merecía la nota de bárbaro el jefe que se conducía con estas precauciones militares propias de un jefe avezado en el mecanismo de los campamentos. Sin embargo se le llama por desprecio; Cabecilla, y a su tropa *chusma*, por los españoles.

La primera noticia que se tuvo en Puebla de esta derrota la dieron los mismos derrotados que llegaron con tanta celeridad como si cada uno trajese mil diablos a la espalda. Tengo a la vista el pequeño papelito que remitió a Castro Terreño desde Tepeaca el Comandante D. Manuel Martínez, que dice así…. Cargas perdidas 75, tropa 500.

Este mismo oficial desde Tepeaca da cuenta a Castro Terreño (en oficio núm. 607) y le avisa de la derrota confirmando el parte de Matamoros; pero la atribuye principalmente a falta de pertrecho, lo que es falso. El hombre estaba tan trastornado (pues pone la fecha del 13 de octubre, cuando la acción fue el 14) como lo nota Castro Terreño. La impresión profunda que causó en el animo de Calleja esta noticia, solo podrá conocerse leyendo el oficio que remitió a Castro Terreño el 19 de octubre, cuya minuta dice así: «Me he impuesto de nuevo con tanta sorpresa como disgusto por el duplicado de V. E. del día 15, de la desgraciada acción de Martínez sin ejemplo en toda la insurrección; y si la capital que corre mucho riesgo de perderse en mi ausencia no estuviese en tan evidente peligro, me hubiera puesto en marcha en el momento en que recibí la noticia; pero como su pérdida puede ser su influjo en realidad y en opinión, causar la de todo el reino, y a caso decir de su suerte, es de necesidad absoluta tomar medidas que la dejan asegurada.

En este concepto, y en el entretanto que atiendo a este objeto el mas preferente, reunirá V. E. todas sus fuerzas, organizándolas con el mayor empeño y constancia, y proyectándolas de cuanto puedan necesitar, sin embarazarse en abandonar puntos que no sea de absoluta precisión cubra, de cuyas medidas dependen todas nuestras ventajas. Si el enemigo se acerca antes que yo haya podido proveer a la seguridad de la capital, le atacará V. E. con todas sus fuerzas reunidas, si esperase racionalmente un buen éxito; pero si dudase de él por las fuerzas enemigas, o por otras causas, convendrá en este caso defender a Puebla con toda la fuerza reunida, dándome avisos todos los días por cuantos conductos pueda V. E. facilitar Zarzosa que conduce 200 caballos buenos, quedará en esa a las órdenes de V. E., y sucesivamente enviaré todos los auxilios que pueda.»

Inmediatamente se le mandó poner a Martínez en consejo de guerra. Por lo pronto se nombro al Teniente Coronel Saavedra de fiscal, y después a D. Patricio López de Iturribarria. No he podido leer la causa sin embargo de que se ha buscado esmeradísimamente en la antigua secretaría del virreinato, pues los gachupines siempre cuidaban de ocultar lo que podría mancillar su reputación. Se que su marca era…indiferente de guerra, núm. 1,005. Legajo general 32: núm. 994 fojas; no obstante he logrado leer la carta reservada núm. 44 remitida en 30 de septiembre de 1815 al ministro universal de Indias, cuya minuta esta puesta de mano del Coronel Peláez y corregida por D. Bernardo Villamil, que dice así:

«El virrey de N.E.D.F.M.C. da cuenta con testimonio de la causa formada al Teniente Coronel D. José Manuel Martínez, por la desgracia y perdida de una división y convoy de tabacos que llevaba a sus ordenes desde Orizaba a Puebla en 1813, con otras incidencias respectivas a varios jefes, complicados en la misma derrota.»

Tal es el membrete.

Exmo. Sr.

La desgracia acaecida en el mes de octubre de 1813 en el camino de San Agustín del Palmar, en que pereció (entrerrenglonado) la mayor parte del batallón de Asturias que escoltaba al convoy de tabacos que iba desde la villa de Orizaba a Puebla, al mando del Teniente Coronel D. José Manuel Martínez; me puso en la obligación de mandar procesar a este jefe para que fuese juzgado en consejo de guerra de oficiales generales, como se verificó en esta capital. La sentencia fue la de privación de

empleo al referido Teniente Coronel Martínez, declarándolo incapaz de obtener otro servicio militar, y que por sus méritos anteriores fuese recompensado a la piedad del Rey nuestro Señor para que se dignase conferirle un destino en real Hacienda, que lo sustrajese de la miseria; debiendo ser procesados el Sargento Mayor D. Francisco Ávila, y el Teniente Coronel D. Rafael Ramiro por haber abandonado el convoy durante la acción.

Pero quedando pendiente la calificación de un oficio irrespetuoso que me dirigió el Conde de Castro Terreño, y la decisión de mutuas acusaciones de este General y el Coronel D. Luís del Águila que por hallarse el primero de General del ejército del Sur, y el segundo Comandante militar de Orizaba, se atribuían recíprocamente la causa de la derrota y pérdida del batallón y convoy, dispuse que se reuniese nuevamente el consejo, conformándome así con el dictamen del auditor de guerra; y verificando esto, resultó que se calificase de insubordinado y ofensivo al Virrey el oficio referido del Conde de Castro Terreño, y que en cuanto al Coronel D. Luís del Águila se procediese a sumariarlo. Aunque este fue al parecer del consejo, no estuvieron conformes todos los votos, y el del Brigadier D. Manuel Espinosa Tello fue en todo contrario a que se formase causa al Coronel Águila, en quien no hallaba motivo alguno para este proceder.

Pasadas nuevamente todas las situaciones al auditor, dictaminó éste, que al Teniente Coronel Martínez le comprendía la gracia del último real indulto, y por tanto que se le pusiese en libertad con calidad de no obtener mando alguno hasta que diese pruebas de haber adquirido los conocimientos necesarios, pidió que se sumariasen los generales Ávila y Ramiro; manifestó que el oficio del conde de Castro Terreño no fue obra de éste, sino del procesado entonces por infidencia, Lic. D Francisco Molinos del Campo y sentenciado después a las islas Marianas; y por lo respectivo al Coronel D. Luís del Águila expreso y fundo en su dictamen, que como no se encontraba ninguna de las faltas porque el consejo quería que se le procesase concluyendo con que esta calificación se reservase a S. M. a quien se diese cuenta con testimonio de lo conducente a esta incidencia.

Conformado con este dictamen, expedí las ordenes convenientes para información respectiva a los jefes Ávila y Ramiro, y a la libertad del Teniente Coronel Martínez; y dispuse además en cuanto a éste, que

permaneciese en esta capital hasta nueva disposición por evitar los embarazos que causa cualquier parte un jefe inútil, no acertando yo a conciliar como pueda este oficial ser restituido a su empleo, y quedar sin el mando que es anexo a él en todas las funciones del servicio.

Sobre esto y lo demás que resulta del proceso, S. M. se dignará hacer las declaraciones que fuesen de su real justificado ánimo; a cuyo fin acompaño a V. E. en 3 cuadernos testimonio completo de toda la causa y sus incidencias.

Dios etc., México septiembre 30 de 1815

Exmo. Sr. *Ministro universal de Indias.*

Yo espero que V. mire esto como un episodio de la historia, pero muy conducente para conocer el mérito de esta batalla, su influencia en la opinión publica, y el carácter de los personajes que figuraban entonces en la escena.

Más antes se habría verificado esta derrota por un orden de probabilidades, si Águila hubiera cumplido con las disposiciones de Castro Terreño de salir a atacar a Matamoros por Tehuacán, levantándose el sitio de Coscomatepec (orden de 25 de septiembre). En suma, la pérdida total del batallón de Asturias consistió según un parte del mismo conde, en un jefe, 2 Capitanes, 13 subalternos, 32 sargentos, 9 cornetas y tambores y 4 soldados. Yo recibí a éstos en Huaxuapam el día 23 de octubre cuando caminaban para Zacatula: los socorrí, senté a los oficiales a mi mesa, les procuré suavizar su amarga situación, proporcionándoles los auxilios posibles; además recibí de ellos una información legal de todo lo ocurrido en la acción que mandé a Oaxaca para que se insertase en el correo del sur. No tuve poca parte en el auxilio que impartió Osorno a Matamoros, pues recabé de él desde Oaxaca que lo hiciese así, y le mande unos cajones de pertrecho que necesitaba.

Matamoros pudo haber sacado gran fruto de esta acción; no ya entrándose en Puebla, pero si en Izúcar por que tanto anhelaba; pues la guarnición de aquella plaza marchó toda a socorrer la ciudad amenazada. Calleja se portó esta vez con mayor energía, pues con la mayor precipitación hizo salir al Brigadier Ortega, persona inteligente, con el batallón de S. Luís, dragones de Puebla, el escuadrón de Zarzosa, 250 buenos

caballos de remonta, 30 mil ps.: orden de que se reforzase con el batallón de Castilla y 2 cañones: que abriese comunicación con Águila, y pusiese en acción las fuerzas de éste para atacar a Matamoros, estos cuerpos habrían formado un trozo de ejercito bastante para batirlo, y hacerle salir de Puebla en el caso que hubiese entrado allí dando un golpe de mando, que solo habría servido para ejecutar un saqueo, y desacreditar la revolución.

Aunque Ortega fue con el titulo de segundo de Castro Terreno, el objeto del virrey fue quitarlo, como lo acreditó el que le admitió la renuncia que dizque de tiempo atrás le había hecho: este fue un pretexto, pues se aprestaba para ir a Oaxaca.

Nótese también, que en Jalapa estaba íntegro el batallón de Saboya, ocupado entonces en muy amargas contestaciones entre su Coronel D. Melchor Álvarez, y aquel ayuntamiento, sobre dinero que éste le exigía para el mantenimiento de aquel cuerpo; habiéndose retirado de allí anticipadamente el de Extremadura, para engrosar la fuerza de Arredondo en Monterrey, por que se averiguó que trataba de pasarse a los Americanos, en quienes no había notado sino dulzura y buen trato. La remoción de Castro Terreño le fue muy deshonrosa. La esposa de este desde Madrid le escribe con fecha 11 de febrero de 1814, que en e periódico *Universal* se había hecho de su conducta una horrible pintura, concluyendo (dice la Sra.) con que el Brigadier Ortega había sido nombrado para mandar el ejército del sur, vergonzosamente desopinado por tu descuido, falta de actividad y conocimiento….Por tal motivo esta buena esposa se había presentado a la junta de censura de la que se prometía la hiciese justicia.

Por semejante causa pidió el Conde a Calleja que se le formase consejo de guerra. A esto le contestó el virrey, que lo había removido, condescendiendo a los deseos que le había mostrado en octubre (mes en que fue la batalla del Palmar) de que le exonerase del mando del ejercito. Dícele además, que estaba satisfecho de su eficacia y celo por el servicio del Rey, y le consuela con que en estos desgraciados tiempos se ha abusado de la imprenta, y que el público sin examen califica las cosas por su éxito pero no entra en el fondo de ellas de este modo el astuto Calleja salió el mal paso, y el Conde se dio por satisfecho, pero el pobre caballero cuando se trasladó a España y fue en convoy, se vio generalmente tratado aun de la misma tropa y oficiales con el más alto desprecio.

El golpe dado a las fuerzas Españolas, pudo haber abierto los ojos al gobierno de México: yo conocí su obstinación y dureza, y quise vencerla por medio de la persuasión, pues me era muy sensible que se derramase la sangre americana en la gran copia que anunciaban los aprestos que veía hacer por una y otra parte. En tal conflicto dirigí al ayuntamiento de México una exposición para que pusiese de manifiesto a Calleja las desgracias que próximamente iban a sobrevenir a la patria, y se propusiesen bases de una razonable conciliación. Bien sabía que sería desatendido, y tal vez arrojado a llamas mi papel con la irrisión, con que lo había sido antes el plan del Dr. Cos; pero superior a esas consideraciones capaces de arredrar a otro espíritu que no fuera el mió, remití por conductos seguros mi representación.

Testigo presencial de la revolución y de sus progresos en aquellos días hice de ella una pintura exacta.

La América (dije) esta toda conmovida: toda conoce sus verdaderos derechos: ha penetrado la intención de sus opresores y sus agravios, y está decidida a vengarlos. Cada hombre es un soldado que desprecia la muerte, la busca y provoca en los campos el honor, envidia al que sale a combatir en el, y una penosa y angustiada expedición es para el americano un juego de diversión comparable con el de la lidia de toros, por el que todos tienen una pasión declarada.

Es verdad que ya no se presentan enjambres numerosos de guerreros, por que la experiencia de 30 meses le ha hecho ver, que no es la multitud sino el valor el que da las victorias; pero V. E. puede creer que el que hace frente en el día al enemigo, va con mucha probabilidad de vencerlo.

Los americanos son dueños ya en gran parte del fatal armamento con el que el gobierno se propuso sojuzgarlos: ellos lo ha adquirido en centenares de acciones a costa de su sangre, y con el derraman el de sus opresores en cuantas acciones de guerra dan o reciben… No hay cantón en que no se fundan algunos cañones, se elabore pólvora y pertrecho, y se enseñen a lo menos los primeros rudimentos de la milicia; donde no haya regulares oficiales, y con su enseñanza poco dejan de conseguir de cuanto emprenden: sus victorias aumentan su orgullo, y éste multiplica sus fuerzas ya morales, ya físicas. Por su frugalidad y vida campesina a que están acostumbrados, se sostienen nuestros cantones a poca costa; porque en ellos no se conocen aquellas necesidades indispensables que en las

divisiones enemigas; como hijas de la molicie y lujo propio de las ciudades donde son reclutadas, o de la educación que ha recibido en ellas esta clase de soldados.

Comparemos pues, estas grandes disposiciones de los partidarios de la libertad de la América que apenas tuvo el ejército de Alejandro, con las de sus opresores; comparemos también los recursos de unos y otros para continuar la guerra; el entusiasmo de aquellos con la languidez y violencia de estos arrancados del seno de sus familias, ¿Y que? ¿Nos podremos prometer el triunfo de los últimos, y la ruina de los primeros?... No.

Preguntemos ahora ¿con qué tesoros piensan nuestros opresores continuar la guerra? ¿Podrán extraerlos de un reino en que están ya agotados los manantiales únicos de la felicidad común, el comercio y la minería? Apurados los recursos, ocupadas las fincas rústicas, consentido la moneda o demeritada en su valor y ley adulterada, y pobres ya, los únicos que podrían presentar sus caudales que son los opulentos comerciantes y contratistas, fatigados hasta no mas con exacciones voluntarias, o forzadas.

Continuare. A Dios.

México julio 5 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA TREINTA Y DOS.

Continuación de la carta anterior.

Continúan las reflexiones del Manifiesto del Lic. D. Carlos Bustamante en la carta anterior.

Estimado amigo:

Demos ya una hojeada sobre la disposición de los habitantes de las capitales y pueblos grandes ocupados por el Gobierno. Los más están despechados y aburridos con el sistema bárbaro y opresor que han planteado las juntas de seguridad y cuerpos de patriotas, y por el que se sacrifican tontamente por defender a 4 gachupines hacendados. Quejase en el silencio y murmuran, y no esperan más que el momento de ver en nuestras columnas victoriosas para tomar la resolución que conviene. Nada medita, nada piensa y determina ese gobierno, de que al momento no seamos sabedores: nuestras avanzadas están por todas partes; pues podemos decir que tenemos tantos confidentes observadores, cuantos americanos y aun europeos de aquellos que están desengañando, y prevén el desenlace de la escena, o que aspiran a congratularse con nosotros para conservar sus bienes y sus vidas.

No está pues ese gobierno en estado de prometerse ni aun por un sueño halagüeño nuestra reconquista.

Demos ya una mirada por nuestros ejércitos. El de Morelos dueño de la provincia de Oaxaca, la mejor de la América, a sojuzgado toda la costa del sur, y en ella no hay ni un enemigo: ha aumentado su fuerza en hombres y armas: tiene bravos soldados y excelentes oficiales, y como su concepto militar se a fortificado con mil gloriosas acciones, que son tantas cuantas ha dado o recibido sus huestes, nada emprenden que no consigan. El de Rayón aunque poco numeroso tiene disciplina: en el hay talleres de armas, reina el entusiasmo y amor al orden… ¿Qué espera V.

E. a vista de estos hechos ciertísimos, y cuyos funestos va en breve a llorar? ¿Espera ver remediados semejantes desastres con que se forme un cuerpo principal de operación de gente levantada de leva que se oponga a Morelos y le persiga sin intermisión? ¿Otra división que le mantenga expedita la comunicación de México a Veracruz: otra para lo mismo de Querétaro a esa ciudad: otra entre Querétaro, Valladolid, Guanajuato, Guadalajara y Zacatecas, defendiéndose los pueblos con sus urbanos y patriotas que es el plan del General Calleja? ¿Bastará esta fuerza pequeña (repito) para contener el ímpetu de aquel ejército vencedor?... Cuando tales proyectos bastasen en lo pronto, ellos solo servirían para retardar los desastres futuros, pero no para impedirlos: serían remedios paliativos que conservarían la vida de ese cuerpo enfermo, pero que no le impidieran la muerte y total destrucción.

Tampoco basta el que se trate de sembrar la desunión entre los jefes que componen nuestra junta nacional.

Los pueblos que están penetrados de sus intereses y derechos, lo están igualmente de que éste es un ardid de una ruin y artera política: conocen el término funesto de el, y así lo detestan en lo general, aunque no falte uno u otro pícaro novelero egoísta que de oídos a las voces de la falaz seducción. Los hombres jamás se engañan en lo que deben hacer para ser libres, y pocas veces yerran el camino de conseguir este don del cielo.

Bien lo ha visto esa Capital en la elección de sus electores de parroquia y ayuntamiento; nada pudo conseguir el temor, el respeto ni el oro de los que intentaron sobornar a la multitud para que eligiese europeos: tampoco recabo cosa alguna el Obispo Berganza, a pesar del ascendente que tenia sobre algunos electores eclesiásticos, aunque de entre ellos no falto, alguno que prefirió la colocación en un curato al interés de su nación. Todo es inútil, cuando el pueblo quiere ser libre y sustraerse del yugo que lo oprime.

¡Alto pues Sr. Exmo! Llene V. E. los números de un verdadero padre de la patria: imite en la fortaleza a esos electores de que es hechura digna: anímese de un santo celo por la justicia: haga cara a las asechanzas de la perfidia y hable en medio de las bayonetas y del terror el lenguaje de aquel Catón que atronaba al capitolio….La patria está en peligro, salvémosla…. Estudiemos sus intereses, y seamos tan generosos que salvemos juntamente con ella a muchos hombres que han oprimídola,

pues la generosidad americana escribe sus agravios en el agua, y solo se acuerda de ellos para perdonarlos. *(a)*

(a) Así se pensaba en el furor del año de 1813, ¿Por qué no se ha de pensar con igual lenidad en el de 1824, cuando ya desaparecieron aquellos enemigos y se realizo la independencia? ¿Por qué cuando ya se ha celebrado con ellos una reconciliación sincera de amistad que por su parte no han violado? Responded a esta pregunta hombres sediciosos….

Es tiempo aun; no irritemos al vencedor, ni esperemos ver cambiada la hermosa México en un desierto espantoso…. Propóngase V. E. imitar la conducta del ayuntamiento de Buenos Aires…. Imite también al de Londres, interesándose de veras ante el trono de Jorge III. Para la reconciliación de los estados de América, disidentes de su metrópoli. Convoque V. E. a todas las corporaciones en uso de las facultades que para ello le dan las ordenanzas antiguas de la ciudad: obre activamente con Calleja, y si se resistiese a conocer la verdad, manifiéstelo así a la América, protestando de su inculpabilidad en las desgracias públicas.

Me abstengo de proponer las bases de conciliación, por que esto esta reservado a la suprema junta nacional; yo solo hago esta excitación en el concepto de habérseme nombrado elector de parroquia, y con obligación en conciencia de promover la salvación de esa ciudad.

Igual conducta observé en Veracruz en el año de 1820, dirigiéndole al ayuntamiento de México una memoria (que ahí hice imprimir) para que interpusiese sus respetos, a fin de que el supremo gobierno tuviese pláticas de paz, suspensión de armas y acomodamiento con los disidentes….

Este papel se quemó por los regidores en la misma sala de ayuntamiento, lo denunció a la junta de censura el fiscal Juan Martineta, llenándome de las más crueles invectivas y desvergüenzas, y fue condenado aunque siempre entendí que mis diligencias serían inútiles, jamás me desanimé para hacerlas en obsequio de la libertad.

Tal era el estado de las cosas en octubre de 1813, en que partí a Chilpantzingo a servir en el congreso, de cuya instalación debemos ya hablar.

Instalación del Congreso Nacional en Chilpantzingo, en 13 de septiembre de 1813.

El acta de la instalación de este cuerpo, o sea aumentación de la junta de Zitácuaro, está comprendida con la del nombramiento de vocal por la provincia de Tecpan.

A la letra dice:

En la cuidad de Chilpantzingo a 13 de septiembre de 1813, reunidos todos los electores de la provincia de Tecpan para votar el representante, que como miembro del Supremo Congreso Nacional componga el cuerpo deliberante de la nación: celebrada la misa de Espíritu Santo, y exhortados en el púlpito por el Dr. D. Francisco Lorenzo de Velazco, de alejar de sí toda pasión, interés y convenio antecedente en un asunto que es de la mayor importancia a la Nación, y para el que deben ser elegidos los hombres de mas conocida virtud, acendrado patriotismo, y basta literatura: concluido el sacrificio de la misa, y leído por mi el reglamento para el mejor orden de las votaciones, y arreglo de las primeras sesiones del Congreso, se procedió a la votación, entregando cédulas firmadas, y proponiendo en tema con designación del primero, segundo y tercero lugar cada elector que lo fueron; por Coahuayutla el Sr. Cura D. Mariano Salgado, por Petatán y Guadalupe, el Dr. D. Manuel Díaz, por Cayuca, D. Manuel Atilano, por la congregación de fieles de Acapulco, D. Julián Piza, por Chilpantzingo, D. Vicente García, por Tlascala, D. Pedro Villaseñor, por Huetamo, D. Pedro Bermeo, por Ometepec, D. Manuel Ibarra, por Xalmiltepec con poder, D. Francisco Moctezuma, por Xuxtlahuaca, D. Juan Pedro Ruiz Izquierdo, por Tlapa, el cura D. Mariano Garnelo, de cuyos sufragios resultaron votados el Sr. Vicario general Lic. D. José Manuel Herrera, con 11 votos: *(b)* el Dr. D. José María Cos, con siete: el Lic. D. Juan Nepomuceno Rosainz, con cinco: el Lic. D Andrés Quintana, con cuatro: el Dr. Francisco Lorenzo Velasco, con dos: el Lic. D. Carlos María de Bustamante, con cuatro: el Dr. D. Rafael Díaz, con dos: el cura D. Mariano Salgado, con uno: el cura D. Mariano Patiño, con uno: y siendo el de a mayor numero de votos el Lic. D. José Manuel Herrera, Vicario general, fue reconocido en el acto por el diputado representante de la provincia de Tecpan.

Y para que en todo tiempo haya la debida constancia de este acto, sobre las cedulas y poderes que quedan en el archivo de esta secretaria

general, firmaron este instrumento todos los electores con el Excmo. Sr. General: ante mí de que doy fe.- *José María Morelos.- Lic. Juan Nepomuceno Rosainz, secretario.- Mariano Garnelo.- Juan Pedro Ruiz Izquierdo.- Manuel José de Ibarra.- Br. José Antonio Gutiérrez.- José María Morales.-Pedro Bermeo.- Manuel Esteban Atilano: como diputado por Tecpan y apoderado de Coagayutla, Manuel Díaz.- Pedro Villaseñor.- Br. Nicolás Díaz.- Vicente Antonio García.- Julián Piza.- Francisco Moctezuma.*

Es fiel copia de su original que queda en esta secretaria de mi cargo.

Chilpantzingo septiembre 18 de 1813.

Lic. *Juan Nepomuceno Rosainz*.- Secretario.- *(c)*

(b) El mismo, mismísimo, en su mesma mesmedad, que fue el brazo derecho de la tiranía de Iturbide, que arresto a los diputados, el 26 de agosto 1822. Nacido para ser un proteo, hipócrita y azote de un pueblo honrado.

(c) Esta copiada de la que se subscribió y existe en la secretaria del antiguo Virreinato que tengo ala vista.

En este acto, este oficial leyó a nombre del General Morelos un diario en que mostró la necesidad que tenia la nación de que hubiese un jefe superior que reuniese el mando de las armas para llevar adelante la empresa comenzada; que así mismo había estimado conveniente reunir los jefes de la primera junta, y aumentarla con otros vocales para poner término a las desazones ocurridas entre los primeros: Que usando de las facultades que la habían conferido por los primeros caudillos de Dolores, desde luego en aquel acto daba cuenta de sus espiraciones, y presentaba a disposición de la Nación todas las conquistas hechas por sus armas desde Tehuantepec hasta Colima, por lo que creía estar terminada la comisión que se le había dado. Que esperaba que se le dijese si continuaba sus conquistas, o se le permitía retirar.

Entonces el Dr. Velazco, el que acababa de exhortar al pueblo que invocase al Espíritu Santo para proceder con acierto e imparcialidad, tomó la palabra, formó un elogio del General Morelos con expresiones muy aduladoras, y concluyo diciendo, que debería ser el Generalísimo de las armas: que debería reunir el Poder Ejecutivo y obrar con facultades extraordinarias. Siguiole la oficialidad con gran grito, y he aquí un motín en que no tuvo parte el Espíritu Santo: he aquí un desorden criminal y los

estragos de un complot. Los pobres vocales que se hallaban ahí reunidos, pidieron que se les de tiempo y libertad para deliberar. Negolo la chusma tumultuaria, a cuya cabeza se presentaba con desfachatez Velazco: Morelos mostró resistencia a tomar esta investidura, y para mostrar que así a él, como al Congreso se le dejaba en libertad de obrar, Morelos se fue a la sacristía donde estuvo fumando un tabaco por espacio de media hora, y el Congreso se entró, también en la sacristía de la iglesia parroquial, donde estaba reunido para dictar el decreto en que se le concedió a Morelos el titulo de Generalísimo y Poder Ejecutivo, fundándose en las memorias que de varias partes se le habían remitido, pidiéndolo por tal, y que el mismo presentó. Entonces dio gracias al Congreso presidido por D. José María Murguía, diputado por Oaxaca y nombró por secretarios a los Licenciados D. Juan Nepomuceno Rosainz, y D. José Sotero Castañeda.

Tal es la historia del malhadado Generalisimato, el primero que tuvimos. Desde este instante se fijó la época de las desgracias y desaciertos del Sr. Morelos; cayó sobre sus ojos la venda del error… ¡infeliz victima de una trama urdida en abuso de su honrado corazón e inexperiencia de mundo! Enhastiose este jefe con la conducta de Velazco, a quien no quiso nombrar diputado de aquel Congreso, pero le instigó tanto con sus pretensiones, que por quitárselo de encima a su salida de Chilpantzingo le dio el titulo de Mariscal de Campo, y por no llevarlo en su compañía lo destino a una comisión a Oaxaca. Reduciase esta a que arrestase en aquella ciudad y remitiese a Puebla a los Canónigos D. Ignacio Mariano Vasconcelos, y D. Jacinto Moreno y Baso, como enemigos declarados de la independencia y libertad de aquella ciudad. ¡Ojala y no se hubiera dictado tan absurda medida! Velazco cumplió efectivamente con su cargo: lleno de escándalo a Oaxaca, tanto por el modo de ejecutarlo, como con su conducta personal, y ambos canónigos pasando, el uno a México, y quedándose el otro en Puebla; instruyeron radicalmente al gobierno enemigo del verdadero estado de la opinión y fuerza efectiva que tenia Oaxaca, y en virtud de sus informes marchó la ominosa expedición que condujo al Brigadier D. Melchor Álvarez en marzo del año próximo.

¡Pudiera dictarse resolución más absurda que esta!

Quedaron pues reconocidos por vocales de aquel Congreso instalado con tan malos auspicios, y contra todas las reglas de (política que no

permiten, diste el Poder Ejecutivo del legislativo mas que lo que el brazo de la cabeza. Y aquí se iba a poner a más de 150 leguas, los individuos siguientes.

Por Valladolid el Dr. Verduzco.- por Guadalajara D. Ignacio Rayón.- por Guanajuato D. José María Liceaga.- por Tecpan D. José Manuel Herrera.- por Oaxaca D. José María Murgia.- Suplentes.- por México el Lic. D. Carlos María Bustamante.- por Puebla, D. Andrés Quintana Roo.- por Veracruz el Dr. Cos.- Secretarios.- D. Cornelio Ortiz de Zarate, y D. Carlos Enríquez del Castillo.-

Tratamientos.- El Congreso de *Majestad*.- El de sus vocales de *Excelencia*.- Presidente por suerte D. José María Murgia, que se retiro en principios de noviembre con achaque de enfermo para Oaxaca, y no volvió mas, huyendo de la borrasca que preveía próximamente.

La instalación del Congreso de Chilpantzingo, es de aquellos hechos que no pueden condenarse al olvido, no menos que la de la primera junta de Zitacuaro: me toca pues como americano sensible celebrarlo, y para ello se me presenta en el correo del sur núm. 4 una Poesía que debo colocar en este lugar para gloria de Morelos, que aunque formada para celebrar el día de su nacimiento, es muy aplicable al mismo en celebridad del mas fausto acontecimiento que por su medio pudiera ocurrir a la Nación Mexicana.

ODA

Jamás vieron mis ojos
Más hermosa a la aurora;
Mas que nunca en su carroza ufana
disipa los enojos
de los campos de flora.
Es más bella que nunca la mañana;
de las aves la voz es más galana:
Todo anuncia alegría,
venid a celebrar tan fausto día.

Aunque es torpe mi musa
y jamás ha cantado
Poesías ilustres de valores claros,

elogiar hoy no excusa
A un padre afortunado,
Que condolido de sus hijos caros
con heroico valor, con hechos raros,
La paz les restituye,
Pues pávido el tirano escapa y huye.

Quien tal vez ha mirado
a Saturnia la hermosa
acosada y seguida tenazmente
(inconstancias del hado)
de la Pitón famosa
pestilencial y rígida serpiente,
que a todos lados su canino diente
colérica extendía
por si a Latona devorar podía.

No de otra suerte, indianos,
A la que es madre nuestra
Otra fiera mayor, más espantable
Con furores insanos
Su crueldad le demuestra,
Y la reduce a un grado lamentable
Haciéndola arrastrar ¡hidra execrable!
Las cadenas y grillos
Que nadie acertara a describillos.

Pero como la hazaña
Tan grandiosa y cumplida
De disparar la saeta destructora
Contra tal alimaña,
Solo estaba ceñida
Al numen Delio que el oriente dora,
Y a su madre liberta en la misma hora
E inunda de contento
Como el que goza el corderillo exento;

Así la acción preclara

De extraer con arrogancia
Del yugo férreo de los europeos
La patria ¡prenda cara!
Se debe a la constancia
Del bizarro José, cuyos deseos
Lo hacen siempre cubrirse de trofeos:
Celebremos pues todos,
Sus ínclitas acciones de mil modos.

A Apolo consagraron
Por aquel gran servicio,
Los templos más suntuosos y elevados;
Y en su obsequio inventaron
Uno y otro ejercicio,
Los pitios juegos, los bailes afamados
Donde jóvenes briosos y esforzados
Atletas combatían,
Y ala lucha los miembros disponían.

El pueblo americano
De esa pompa se aleja,
Y entregado al placer de tus memorias
Se embriaga, y muy ufano
Y exento de la queja
Con cánticos recuerda tus victorias;
Y quiere transmitir a las historias
Que corazones leales
Son los templos que erigen, arcos triunfales.

A ti mi voz dirijo,
Invencible Morelos!
Del estado firmísima columna,
Llena de regocijo
En tus gloriosos vuelos.
Espera la nación su gran fortuna,
Y aguarda que las huestes una a una
Como el humo se apaguen,
Y su temeridad infieles paguen.

Ensalzan a Diomedes
Que el dardo clava a Marte,
Tu valor es mayor en la campaña
Y en industria le excedes,
Pues tenido has mucho arte
Para eclipsar los solos de la España,
Abatiendo su orgullo y feroz saña:
Tu fama atruene al orbe
Y el bravo Aquiles a tus pies se encorve.

No ya el laurel hojoso
Circule por tus sienes,
Que ese es premio vulgar de vencedores
otro ramo frondoso
para corona tienes;
yo te ofrezco la grama, sus honores
apenas se franqueen según autores
al magnánimo y fuerte
que un sitio rompe, y burla de la muerte.

Cuando a nuestro hemisferio
la hija de Themis vuelva
de rosas coronada, y frente afable
a establecer su imperio
y todo lo resuelva,
el labrador, el viejo venerable
el joven, la mujer, el miserable
cantaran con la oliva.
El invicto Morelos viva ¡viva!..... (a)

(a) Llegó este suspirado día y todos lo decimos en el fondo de nuestros corazones.

Veamos ya los planes de Calleja para librarse de la invasión que le amenazaba.

Plan de operaciones respectivas al estado actual de la provincia de Puebla, y rumbo del Sur de ella.

Tal es el rubro del documento o minuta original que tengo a la vista de la secretaria del antiguo Virreinato.

El enemigo (dice) ocupa con varios cuerpos que disminuye o aumenta según las ocurrencias, una línea que se extiende desde Chilpantzingo al puente del Marqués sobre el río de Puebla, distante 30 leguas de aquella capital, a la que amenaza igualmente que a Izúcar, Cuautla, etc.

De la misma línea según noticias ha destacado un cuerpo al socorro de Coscomatepec, sitiado por nuestras tropas.

Las fuerzas de su izquierda apoyadas en Chilpantzingo pueblo fortificado en el estrecho de una barranca, se han disminuido para reforzar su derecha en la que parece esta dispuesto a obrar.

Nuestra línea casi paralela a la suya se extiende desde Tepecoacuilco, en que apoya su derecha, hasta Izúcar y puebla, en que termina su izquierda.

Ella consta de tres cuerpos, el de la *derecha* a cargo del Sr. Brigadier D. José Moreno Daoiz con cerca de 2,000 hombres entre infantería y caballería, y seis piezas: el del *centro* al del Teniente Coronel D. José Gabriel de Armijo, que podrá constar de 1,500 hombres inclusas las tropas urbanas de su distrito; y el de la *izquierda* al del Sr. Coronel D. Luís de la Águila, con cerca de 3,000 hombres y un suficiente numero de piezas.

De la guarnición de Puebla, sus destacamentos, patriotas, recogiéndolos todos, y auxilios que reciba de Jalapa y de esta capital de donde salen en esta fecha un batallón de infantería y un escuadrón de dragones, ambos de corta fuerza, debe formarse otro cuerpo lo mejor organizado posible que mandará en persona en Sr. Comandante General del Sur, a cuyas ordenes estarán los de Armijo y Águila, quedando independiente el del Sr. Moreno, por su distancia y mayor inmediación a la capital de México.

El objeto principal y preferente debe ser el que cada uno de estos cuerpos esté organizado, disciplinado y provisto de cuanto pueda necesitar, y proveerle las estrechas circunstancias y escasez de casi todos los

pueblos de este país arruinado, exigiendo de ellos víveres y contribuciones con la posible equidad y moderación, en caso que ella baste para surtirlos; pero valiéndose de la fuerza si la moderación no alcanzare.

A cada uno se estos cuerpos se agregará el todo o parte de los patriotas de su distrito, así para aumentar sus fuerzas, como por evitar que se dispersen. A los pueblos que no queden defendidos se les recogerán todos los caballos y armas que tengan sus vecinos a quienes se satisfará su importe.

Si el enemigo diese tiempo, se empleará el que se necesite en organizar estos cuerpos, de modo que cada uno se halle con fuerzas suficientes para atacar con ventaja del enemigo, suspendiendo todo convoy, correo o destacamento que no sea muy preciso, y dedicándose solo a este importante objeto, haciendo efectiva la responsabilidad de cualquiera jefe u oficial que no se esmere en el cumplimento de sus deberes.

Conseguido este objeto hasta el punto que permita la posibilidad, obrarán de concierto los cuatro cuerpos.

El del Sr. Moreno llamará la atención del enemigo amenazando su derecha en Chilpantzingo, apoderándose de este punto y del contiguo de Chilapa si hallase oportunidad de hacerlo.

Continuaré. A Dios.

México, julio 12 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA TREINTA Y TRES.

Continuación del plan de Calleja comenzado en la carta anterior.

Querido amigo:

El del Sr. Águila reuniendo cuantas tropas y patriotas existan en las villas si lo creyere preciso, o dejando alguna guarnición en ellas si se considerare con fuerzas bastantes para batir al enemigo, se situará en Tehuacán, y le atacará por su espalda en el puente del Marqués, en el entretanto que el cuerpo que se forme en Puebla le ataca por el frente.

El Teniente coronel Armijo dejará en Izúcar la guarnición que crea necesaria para poder sostener un asalto, proveyendo aquel punto de víveres, municiones, y un buen Jefe, y con la restante tropa se unirá a la división de Puebla si lo necesitase, o hará una diversión por la izquierda del Sr. Moreno con rumbo a Chilapa, si la división de Puebla no exigiese su auxilio, y en el de necesitarlo preferirá a esta toda otra atención.

La división del Sr. Águila y la de Armijo que obran a las órdenes del General del Sur, lo harán de concierto con la que este Jefe mande con presencia de los movimientos del enemigo.

El General tendrá muy presentes dos verdades, que sin riesgo de exponerlo todo no deben separase de su memoria y disposiciones: la primera es, la de que los cuerpos reunidos al cargo de sus jefes y oficiales con disciplina y provistos de lo necesario aseguran la victoria; y la segunda, que importa menos que los enemigos entren en pueblos que nosotros abandonamos, no siendo posible sostenerlos todos, que de que por cubrirlos dividamos nuestras fuerzas con riesgo casi evidente de perderlas todas.

Si por estos medios se consiguiese (como es probable) *(a)* batir los cuerpos principales de Morelos y Matamoros, queda a la prudencia del General, y de los respectivos jefes de divisiones el aprovechar los mo-

mentos y circunstancias que se presenten para perseguirlos en la buena estación a cualquier parte donde se dirijan, y el destinar un cuerpo a la provincia de Oaxaca para apoderarse de ella, siendo del cargo del Sr. Moreno según las mismas ocurrencias, el de recobrar a Acapulco protegiendo a los fieles patriotas que se han sostenido en Ayutla, Ometepec, o la Palizada.

Mexico, octubre 5 de 1813.

Calleja.

(a) No fue tan probable sino contrario. Este plan se trazó en 5 de octubre, y en 14 del mismo derrotó Matamoros el batallón de Asturias.

Tales eran los ensueños y profunda modorra en que estaba este Jefe cuando meditaba estos planes, y tal la astucia y suspicacia con que el General Morelos le había ocultado la marcha que proyectaba hacer sobre Valladolid. Llego a tal la precaución en esta parte, que cuando salio de Chilpantcinco a Zumpango para hacer un reconocimiento de las márgenes del Mescala, y observar los movimientos del Moreno Daoix, hizo varias preguntas a los hombres mas duchos en aquellos caminos, y una de sus preguntas sueltas fue... *¿Por donde sale aquí el camino para Valladolid?*

Morelos se reía, y en carta (que tengo original fecha 21 de octubre en Chilpantcinco a los señores Guadalupes que dictó el mismo, les decía): «Los planes de Calleja varían a cada instante por los reveses que a su pesar resienten. La toma del castillo lo ha llenado de rabia, y el paseo militar hasta Acapulco no saldrá del espacio de su imaginación delirante. Los resultados del río y de Tepecuacuilco inclinarán la balanza hacia donde deba pesar con mayor fuerza.»

El gobierno de México dio a luz con la mayor satisfacción en las gacetas núm. 448 y 473 de 31 de agosto y 23 de octubre de 1813, varios partes de ataques tenidos con las partidas americanas sobre robarse mutuamente algunos ganados; todo insignificante y despreciable como cuanto hizo Moreno Daoix. Este Jefe apenas entendió que se aproximaba por su línea la división de Matamoros cuando se replegó hacia Cuernavaca, y después hacia México: podría dudarse quien de los 2 jefes, es decir, este o Calleja estaba mas acobardado, como lo demuestran las providencias sobre el alistamiento de patriotas dadas en aquellos días con mucha dureza, y ejecutadas con la misma en algunos jóvenes de la

primera nobleza de México, que se resistían a tomar las armas como el hijo del Conde de Pérez Gálvez. Ni influía poco para esta cobardía el animo insolente y atrevido que mostraba el pueblo bajo de México. Hablabase públicamente con entusiasmo de las victorias de Morelos, de la instalación del congreso de Chilpantcinco, y aun el día mismo de ella se habían cantado misas implorando el auxilio del Padre de las luces para el acierto de aquel cuerpo.

La tarde del 24 de octubre se suscitó un motín con los llamados Realistas y las tropas expedicionarias que se habían reconcentrado en México, el cual fue apoyado por el populacho que llegó a batirse en el barrio de la Palma y S. Pablo, y se derramó alguna sangre. Bien lo dan a entender los bandos publicados entonces y que se leen en la gaceta núm. 474: todo hacía creer a este pueblo que estaba próxima su rendición con la venida de Morelos

La memoria de este hecho ruidoso la ha conservado un hombre tan curioso como exacto en unos apuntamientos secretos que me ha mostrado, y en ellos se lee lo siguiente:

«Un Oficial de milicias de México, volaba en la plazuela de S. Pablo, donde estaba su cuartel, un papalote: quisieron cortárselo unos soldados del regimiento de Castilla, insultándolo al mismo tiempo; pero observado esto por unos milicianos, ocurrieron a auxiliar al Oficial de su cuerpo; mas en defensa de los castellanos ocurrió otro grupo de los de este regimiento armados de bayoneta como siempre andaban a fuer de cobardes y desconfiados. Armada una gran zambra como el paisanaje y patrullas de realistas patriotas y del comercio, se declararon en favor los milicianos, comenzaron a atacar a los de Castilla en donde los encontraban, y así es que el barrio de la Merced se vio en alarma. Entonces todo el batallón de Castilla acuartelado en la calle de la acequia, salio con banda de tambores y grande aparato militar a apaciguar la sedición, de la que resultaron 11 muertos, y no pocos heridos.»

Yo supe en Tlapa este suceso muy adulterado, y por él concebí el grado de exaltación en que se hallaban los mexicanos, pues a pesar de su calma se explicaban de este modo contra la tropa expedicionaria mas valiente y arreglada que se había hasta entonces, presentado.

Ocurrencias principales de la provincia de Guadalajara en el año de 1813.

Ha llamado mi atención el ejército del Sur, así como la llamó el gobierno de México, para aplicarme a describir con la exactitud que es compatible con la relación de un *Cuadro Histórico,* cuanto ocurrió de notable por aquel rumbo; ya es tiempo de que hagamos una pausa y dirijamos, la vista hacia el Occidente, comenzando por referir lo ocurrido entre el Virrey Calleja y el General D. José de la Cruz. Tal vez la descripción que hagamos del carácter de este Jefe contribuirá más de lo que parece a primera vista, no solo para instruir a los lectores curiosos, sino para dirigir al gobierno actual; que se ocupa de la felicidad de aquella hermosa parte de nuestro continente.

Bastante idea hemos dado del carácter feroz y sanguinario de D. José de la Cruz, en la carta 8 de la primera época, mostrado en su expedición contra los Villagranes; mas aquella era la uña o el bigote del león; entonces obraba cerca del Virrey que pudiera irle a la mano, vamos a verlo obrar ahora solo, con independencia, en la edad de las pasiones, arrebatado de odio contra la independencia, y en estado de poder saciar su saña sin término.

Bien sabido es que no habiendo contado Calleja con la fuerza de Cruz, para dar la batalla del puente de Calderón, esto bastó para que le jurase un odio eterno. Sin duda que no lo aumentó poco el que a la salida de Calleja para S. Luís Potosí en febrero de 1811, solo le dejó 25 mil ps. para que proveyese a las necesidades de su ejército, llevándose todo el demás dinero consigo que colectó en Guadalajara de varios ramos en cantidad de 65,102 ps. l. rl. 8 gs.

Cruz viéndose solo y sin competidor, adoptó un plan de devastación y ruina, cuya ejecución confió a sus subalternos, y que estos ejecutaron cumplidamente, plan meditado en silencio y combinado de una manera atrocísima. Así es que Linares entró en el pueblo de Tizapam con el objeto de incendiarlo: sus infelices habitantes le recibieron de paz, le presentaron flores e hicieron demostraciones tales de sencillez e inocencia que lo desarmaron y nada se atrevió a ejecutar: afectó Linares que se retiraba y seguía otro camino; pero he aquí que repentinamente retrocede, y como si entrase en un país enemigo todo lo arrasa y reduce a pavesas.... ¡Ah! el cielo justo no dejó sin castigo este delito, pues Linares al fin

pereció de un modo cruento en uno de los ataques de la Isla de Mescala en la laguna de Chapala, como después veremos.

Parecía calmado un tanto el odio entre Cruz y Calleja mientras duro el gobierno de Venegas que hizo del primero la mayor confianza, le trato como a amigo íntimo, y le confió el mando de las provincias de Guanajuato y Valladolid sobre, la de Guadalajara. Cruz representó su incapacidad para regirlos; pero en el fondo de su corazón se agradó de este ensanche que se dio a la órbita de su dominación, pues era ambicioso de mando y gloria; más no bien se separo Venegas del Virreinato, cuando Calleja se lo quito por orden de 21 de abril de 1813, y confirió a D. Agustín de Iturbide, providencia que le fue harto sensible a Cruz por lo que pidió su relevo del mando en 12 de mayo de dicho año.

En la felicitación que le hace por su elevación al Virreina, aunque *autógrafa*, usa de la mayor sobriedad en las expresiones. El Oficial Peláez a quien toco respondérsela puso en la minuta algunas palabras de congratulación y benevolencia, como de *mi mayor estimación;* pero se notan borradas. Por tanto comenzaron ambos jefes a corresponderse con muy mal agüero. Cruz no cesó desde el tiempo de Venegas de pedir al gobierno de México armas y municiones, y aun destino para que se las llevase al Capitán Peñuñuri; mas apenas pudo conseguir 50 cajones de pólvora, 100 sables, otras tantas espadas, y menos de 100 fusiles: esta negativa lo hizo romper en expresiones demasiado fuertes, y causó la fuerte reprimenda que Calleja le echó en oficio de 6 de julio de 1813, y en la que pretende justificar la medida de separarle el mando de las provincias adscriptas, fundado en las diversas renuncias que había hecho Cruz a Venegas.

Yo veo en esta serie de contestaciones a un joven brioso, insolente, despechado, que en un solo rasgo de pluma muestra su arrebatamiento, su odio a la independencia, al mismo tiempo que notó en él mucho talento, astucia y combinación profunda: el vio las cosas en grande, y aun hizo de Guadalajara pronósticos que en parte se ven realizados; sea por esto, o por una ambición ilimitada de mando, Cruz logró inspirar un odio mortal a los Jaliscienses contra México, y sin duda fue el que no solo sembró, sino que comenzó a cosechar el amargo fruto de la separación de aquel estado del gobierno de México, que nos ha inundado en amargura en estos últimos días. Mas por otra parte estas disposiciones de su corazón hicieron conocer a los Guadalajareños el secreto de sus fuerzas y de sus

recursos: desmoralizó al pueblo, pero le introdujo el gusto por el comercio, por la policía y bellas artes: Guadalajara no fuera en el día de hoy una ciudad tan brillante si no se hubieran efectuado los proyectos de Cruz para su embellecimiento.

En suma, así como en los movimientos mas indiferentes, un ojo observador estudia en un buen cómico los afectos de Orestés, animado de las furias, yo en las menores cláusulas de sus escritos secretos veo toda el alma impetuosa de este español, en quien la ilustración apenas pudo embotar en una mínima parte la ferocidad que lo caracterizaba principalmente.

La serie de los hechos nos comprobará la exactitud de esta descripción, y hará ver que Cruz solo es comparable con su antiguo predecesor Cristóbal de Oñate, que con un puñado de españoles libró a la primera villa de Guadalajara de la irrupción de los indios Guainamotas, y que dio motivo a la famosa guerra llamada del Mixton, terminada felizmente por D. Antonio de Mendoza, primer Virrey de México. No se entienda por esto que a Cruz le concedo el valor que naturaleza dio al primero hasta el heroísmo. He aquí un cuadro trazado por la mano misma de Cruz en Guadalajara en aquella época, es decir en 9 de abril de 1812 que data su carta al Virrey.

«Hay atenciones (dice) por el Oeste, por el rumbo de Acaponeta y el Rosario, aunque no de grande importancia; pero se acude a esta necesidad en la forma que se puede, y se sostienen los puntos principales desde donde parten las expediciones contra la canalla. Por el Nayarit hay también una gavilluela que no deja de dar que hacer, pues hace incursiones hasta las orillas del Río grande, y roba y asesina, contra la cual tengo un cuerpo pequeño que algo la contiene. Por el Nordeste existen las gavillas reunidas de Hermosillo, Segura, Carranza, Cabeza de Baca y Saturnino, que dan bastante que hacer, pues componen un total de 2, 3, y hasta 4 mil rebeldes. Cuando pasa cualquier incursión reúnen las de los cabecillas padre Torres y Caballero que andan por el Bajío. A esta reunión se la paraliza en unas ocasiones por medio de movimientos reuniendo la fuerza de varios puntos y atacándola, pero rara vez espera cuando se llevan fuerzas grandes, de lo que resultan fatigas inútiles, y dejar varios puntos descubiertos, y de aquí los males consiguientes. Por el Este es un enjambre el que presenta mas o menos cuidados según que verifica la canalla mayores o menores reuniones: a esta clase se atiende

por medio de una subdivisión de fuerzas y movilidad continua.

La atención de la laguna confío en que dura poco.... *(b)*

(b) Me he propuesto tratar por separado y en junto de las acciones de Chapala que son muy gloriosas, y así corto los periodos por esta causa.

Por el Sureste tengo las atenciones de que nunca he podido verme libre, y que a V. E. le serán bien conocidas por los partes que tengo remitidos; y por el Sur es igual y difícil concluir con las atenciones por falta de recursos con que hacerlo. A todas partes se acude, pero débilmente como es de suponer, y no es poca fortuna que por medio de una constante y no interrumpida movilidad se impida que se hagan grandes reuniones.

Hasta aquí el cuadro de N. Galicia y parte del territorio de las provincias de Valladolid y Guanajuato, pues en el corazón de estas no se conoce mas organizado que Celaya, Irapuato, Silao, León y Guanajuato, y en la de Valladolid solamente la Capital. LA villa de Zamora y los pueblos de la Piedad e Irapuato están organizados y protegidos por las tropas que siempre han tenido. Hace un año que logré también tener organizados los pueblos de Xiquilpam, Cotija, y los Reyes; pero tuve que abandonar estos pueblos, porque de la provincia de Valladolid parece que no podían coadyuvar al plan que yo seguía.

De todo lo dicho inferirá V. E. lo que es preciso para no ver perdidos en un momento tantos trabajos, reflexionando que si se pierde la opinión pública de N. Galicia, quizá las grandes fuerzas de que V. E. puede disponer presentemente, serán todas necesarias para reponerla, y ahora con un regular auxilio puede asegurarse la quietud y organización, y tener fundados esperanzas de que este país subministre recursos para otro.»

Todo su ir y venir de Cruz era la remisión de armas, creía que en esto se cifraba la felicidad; dice que sus ensayos para construirlas le habían sido costosísimos e inútiles, por lo que había abandonado la empresa: que las espadas forjadas allí eran tan malas que se quebraban (son sus palabras) *con solo el movimiento de los caballos*. No eran así las que se construían en Cerro Colorado de Tehuacán como alfanjes damasquinos y los de Pachuca: los fusiles del campo del Gallo en nada diferían de los ingleses en sus fuegos: ah! los insurgentes sabían vencer

toda clase de obstáculos y casi forzaban la naturaleza a que proveyese a sus necesidades.

Es pues visto que el ponderado estado de pacificación de la N. Galicia en aquellos tiempos era una quimera, y si había paz era la de los sepulcros dimanada de la ruina y devastación de los pueblos por el sistema de destrucción adoptado; sin embargo de esto en aquella época ocurrieron sucesos harto desagradables a Cruz, y que no pueden pasarse en silencio.

D. Victor Rosales vagaba por las inmediaciones da Zacatecas, y le perseguían hasta 5 divisiones de buena tropa de caballería; a pesar de ellas se sacó cerca de 700 buenos caballos de las haciendas, y ningún Comandante pudo impedirlo. En 25 de septiembre de 1813, se entró dentro del mismo Zacatecas, y lo puso en consternación.

El hecho averiguado por mí, ocurrió del modo siguiente:

El buen porte que tuvieron los americanos a la entrada y permanencia del General Rayón en aquella ciudad les engrosó considerablemente el número de afectos; entre ellos un fraile de la Merced.... Fr. Juan Porras le hizo creer que en el momento en que se presentase en aquella población se le reuniría la tropa; ofreciose marchar por delante para prevenir la entrada, mas se quedó en una hacienda inmediata de Zacatecas y no tuvo valor para entrar a negociar. Rosales cansado de aguardar dejó así mismo el grueso de su división que apenas llegaría a 250 hombres en los goteras de la ciudad, y con solo 50 soldados penetró denodadamente hasta el cuartel de los Urbanos, acuchillo a los centinelas, se tomo 2 cañones que sacó a lazo gran trecho de la ciudad, y los abandonó por la fragosidad de las calles y dificultad en que se veía de llevarlos y defenderse al mismo tiempo, de los que conociendo su poca fuerza podrían salir a atacarlo.

Debe suponerse que el comandante de armas brigadier D. Santiago Irizarri tuvo oportuno aviso día y medio antes de que se aproximaba Rosales, y se puso a punto de defensa, teniendo resguardada la entrada de Guadalupe con la división del Teniente Coronel D. José López, situados 2 destacamentos de infantería y caballería sobre los caminos por donde era probable que entrase Rosales; una descubierta en un cerrito desde donde se divisan las principales avenidas; otra partida por el lado del Norte y por el de Veta grande una compañía de aquel punto al mando de D. Manuel

Ramos: todo lo cual dice Irizarri en su parte a Cruz, [que tengo a la vista] me aseguraba de que no podría ser sorprendido. Sin embargo de esto lo fue, e Irizarri y todos los europeos reunidos estaban sobrecogidos de pavor y sin atinar en providencia alguna.

Rosales se salio de la ciudad ileso; pero se encontró con una división de 150 hombres de caballería de Frontera al mando de D. José María Nafarrete, que habiendo sabido el peligro de Zacatecas vino oficiosamente a auxiliarla, y cargó sobre Rosales, cuya tropa se puso en dispersión. Rosales que había visto con dolor perseguir a su familia con la misma crueldad con que pudieran hacerlo los españoles a su persona, traía consigo a un hijo chico de edad de 11 años, precisamente con el fin de libertarlo. Esta pobre criatura no pudo seguir a su padre en el escape, y así es que fue fácilmente pillado, y herido. Lleváronlo a Zacatecas donde a pesar de su situación e inocencia los gachupines lo azotaron, lo ultrajaron hasta lo sumo, y dentro del segundo día lo sacaron en una camilla.... y.... lo fusilaron....

Españoles que os llamáis cristianos, que la echáis de generosos y justos, corredoos a vista de este hecho tan infame que avergonzaría aun a aquellas bárbaras naciones del norte de nuestra América, que ceban su saña en sus cautivos, haciéndoles la dolorosa operación del escárpelo. Ah! ellos se vengan de hombres que pudieron dañarles en la guerra, y que como cautivos suyos *res mancipi,* quedaron a su disposición como trofeos de su valor, pero no se vengan en niños cuya inocencia respetan... Bárbaros, feroces, insensatos, conoced la justicia con que detestamos vuestro nombre, y decimos anatema a vuestra memoria que solo nos recuerda la historia de vuestros delitos, crueldades y depredaciones.

Supremo Poder Ejecutivo! fijad ya vuestras miradas sobre la desgraciada familia de Víctor Rosales, a quien el Soberano Congreso de la nación mexicana ha declarado benemérito de la patria: cuyo nombre ha mandado inscribir con letras de oro en el catalogo de los héroes, y en derredor de cuya tumba hemos esparcido flores de honor en la solemne y memorable parentación del 14 de septiembre de 1823, rodeándola las supremas autoridades mexicanas. Ah! la familia de Rosales, repito, pide paz por el órgano de mi voz.... la inocencia del niño clama en su obsequio.... oíd sus voces, mostraos justos y liberales.... Yo os conjuro a que así obréis por vuestro honor, cierto de que si os mostráis indiferentes a tales clamores, os haríais tan criminal como el Jefe de aquellos asesinos

detestables. Busquemos a esos infelices, entre las quiebras de las montañas de Zacatecas: enjuguemos sus lágrimas: llenemos de consuelo sus corazones, y fíjense en el frontispicio del salón de vuestras sesiones estas memorables palabras que puso en la entrada de su tribunal un celebre Rey moro de Granada.

Llégate sin temor huérfano triste,
Que aquí hallarás el padre que perdiste.

Expedición de Morelos para Valladolid.

Morelos deseaba ahincadamente ocupar esta ciudad; ora porque la llamase su patria aunque en ella no vio la primera luz si no en el rancho de Tahuejo el chico, junto a Apatzingan; ora, porque ha sido la cuna de la insurrección; ora; en fin, porque sobre aquel lugar había pesado más terriblemente que en ninguna otra parte la mano opresora del gobierno por medio de Cruz, Sola, Lexarazu, Truxillo y otros déspotas insufribles.

Investido en Chilpantcinco con el carácter ridículo de generalísimo, tomó las providencias propias de este título de superioridad sobre los demás jefes, y por entonces le hizo valer para ser obedecido el prestigio de sus últimas famosas victorias. Concurrieron en Chilpantzinco D. Manuel Muñiz, D. Ramón Rayón y otros jefes que tenían profundos conocimientos del estado y fuerzas del Bajío, e impuesto por ellos tomó medidas para encaminarse a Valladolid; pero con tanta precaución que el gobierno de México jamás pudo penetrar el proyecto, sino hasta pocos días antes de realizarlo, y cuando ya era conocida la dirección de la marcha hacia aquel punto.

Antes de todo hizo sacar de Acapulco 6 culebrinas de a seis, fábrica de Manila que llevó para Chilpantzinco, operación laboriosa y ejecutada a mano con indecible rapidez. Hizo un reconocimiento sobre el río de Mescala para observar como pudiera trasladarse del modo más fácil y sencillo. Paso a Tixtla donde tuvo una sesión secreta con D. Miguel Bravo sobre el modo de situarse en el cantón de Totulzintla, y poner a cubierto el Congreso que quedaba en Chilpantcinco: previno al Gobernador de Oaxaca que saliendo con el regimiento de Orizaba de que era Coronel, se situase en Tehuacán de las granadas, e hiciese sus correrías

por la Mixteca a fin de cubrir aquellas fronteras: en todo fue obedecido puntualmente. Con semejantes previas disposiciones salió de Chilpantzinco Morelos, sin comunicar el menor aviso ni al Congreso como corporación, ni a los vocales como amigos particulares suyos.

El Dr. Cos y yo, que preveíamos que el dado iba a echarse, y aventurarse para siempre la libertad de la patria, nos quejábamos en secreto. Yo que merecí aprecio de Morelos pasé a despedirme de él la noche del 7 de noviembre, víspera de su salida, y a presencia del Sr. D. Antonio Sesma al darle el abrazo (que fue el último) le dije estas precisas palabras... Augusto decía que Alejandro había sido un loco cuando deseaba conquistar muchos mundos, pues el apenas podía gobernar unas cuantas provincias del imperio Romano. Es mucho lo que ya poseemos, conviene asegurarlo antes de dar un paso adelante para hacer nuevas adquisiciones.... Nada emprendamos en grande, sin estar afianzados antes en la protección y socorros de alguna potencia extranjera que nos garantice, porque seremos perdidos.... Este fue mi preciso razonamiento, ni podía decir mas a quien no me había comunicado su resolución secreta, a quien había llegado a un alto punto de autoridad, y a quien habían encastillado sus aduladores, de modo que era preciso tratarlo con la mesura de un Monarca ¡O noble sencillez republicana! tu rompes esas barreras que se oponen a la marcha de la verdad, y haces que el pastor hable al magistrado con la franqueza que el grande y acaudalado. Yo quedé penetrado de amargura, y ciertamente que si me prometía un resultado feliz, era en la dicha de Morelos que hasta entonces bien podía decir como Cesar al barquero.... *No temas que llevas a Cesar y a su fortuna.*

Continuaré. A Dios.

México, julio 19 de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA TREINTA Y CUATRO.

Continuación del plan de Calleja comenzado en la carta anterior.

Muy Sr. mió:

Asegurada la fortaleza de Acapulco y confiada al mando del Teniente Coronel D. Pedro Irrigaray, el ejército de Morelos con dirección a Valladolid hizo las marchas siguientes según el itinerario que por curiosidad conservo.

De Chilpantzinco a Zumpango: a la cañada del Zopilote, que es ranchería: al río de Mescala donde se detuvo 2 días en pasar en balsas el ejército y 4 culebrinas de a 6 de fábrica de Manila: a Sta. Teresa, cuadrilla de labradores junto a Tepecuacuilco; de este punto se retiró Moreno Daoix para Cuernavaca apenas supo que se aproximaba el Mariscal Galeana con su vanguardia. Allí se incorporó 2 días después de su llegada el General Matamoros con 2,000 hombres, y como 800 que en su compañía traía D. Nicolás Bravo, mas éste se agregó a Galeana, a cuya división pertenecía. Es de advertir que Galeana quiso atacar en Cuernavaca a Moreno Daoix, pero se lo prohibió Morelos. De Tepecuacuilco a Iguala: a Cocula: a Chilacachapa pueblo chico de indios: a Teloloapan: a los Paredones frente a Zimatepec junto al pueblo e Acapetlahuaya: a Almoloya: a Quauhlotitlan, hacienda de D. Pedro Arines: a Tlalchapa.

En este punto se incorporó Morelos con su escolta, dejando cubierta la línea del río con cerca de 1,000 hombres al mando de D. Miguel y D. Víctor Bravo: a Cusamala, donde el ejercito dilató 2 días para pasar revista de comisario: a Chumbitaro, hacienda de la cofradía del Smo. de los indios de Coyuca: a la hacienda de S. Pedro, cofradía del pueblo de Huetamo. Las marchas por estos puntos se hacían de noche por el calor excesivo. A Huetamo, donde se detuvo un día el ejercito, a la Agua del Obispo, donde recibió el ejercito alguna remonta: a la hacienda de

Amorena: a la hacienda de Parandan: a la hacienda del Corral de Piedra, allí hizo alto el ejército por la fiesta de Ntra. Sra. de Guadalupe, en cuyo día hubo una lluvia general y espantosa hasta en Oaxaca. Morelos pasó a solemnizar la función a su amado curato de Carácuaro, y allí estuvo 3 días arreglando varias cosas. A la hacienda de Chupio donde se le incorporó el General Muñiz con un cuerpo de oficiales sueltos: a Tacambaro donde demoró 2 días, y según sus primeros planes allí debió hacer alto el ejército; a las Cruces, sierra lóbrega donde había 2 casas y sumo frió. A Acuicho, pueblo destruido por los españoles; a Puerto Viejo, quedándose Morelos en Santiago Undaméo; a las lomas de Sta. María donde campó, y desde cuyo punto a las 7 de la mañana del día 23 de diciembre, mandó por medio del músico de la catedral de Valladolid D. Nicolás Luxan, encontrado por acaso y que venía de una fiestecita, al Comandante de armas de la plaza D. Domingo Landazuri la intimación siguiente.

«Aquellas armas a cuyo estruendo se rinden las ciudades y abaten las fortalezas, se ven ya en derredor de las fortificaciones de Michoacán. Los ojos de mis soldados centellean de coraje, y a la vista de las hechuras de Truxillo se enciende en ellos el ardor de la batalla. No quedara cabeza sobre los hombros, y las plazas y calles serán regadas con negra sangre de cuantos temerarios se opongan a su impulso. Esa hermosa ciudad será el teatro del horror, y sus casas transformadas en muladares inmundos, si no se rinde a discreción dentro de 3 horas.

¡Horrores propios de la guerra! sensibles para el blando corazón americano, ajenos de esta provincia, cuna de la libertad, y dolorosos para mi que en ella vi la luz primera, obre la humanidad alguna vez; y en esta guerra desastrosa en que por parte del gobierno español se ha hilado tantas veces el derecho augusto del hombre, dígase en la historia que hay un peninsulano a quien las vidas de sus semejantes, la miseria de las familias, y el desastre de las poblaciones no le es objeto frío e indiferente: persuadido que la Águila del Anáhuac, así como despedaza a los viboreznos que altaneros se oponen a su vuelo, toma bajo sus alas a los que unidos por la religión se uniforman en las ideas.

Dios guarde a V. muchos años.

Campo sobre Valladolid diciembre 23 de 1813 a la una del día.

José Maria Morelos.

Sr. Comandante de las armas de Valladolid.»

Esta intimación fue objeto de la glosa del gobierno de México en la gaceta núm. 515 de 22 de enero de 1814. Yo no aprobaré las amplificaciones que se hacen sobre ella: confesaré que está ampollada, petulante, y menos digna de un Morelos que de un Xerges que manda azotar al mar porque le rompe un puente, e inutiliza sus trabajos. ¡O cuanto mas hermosa y sencillamente intimó la rendición al Comandante de Oaxaca en 25 de noviembre del año anterior! Pero entonces hablaba Morelos por sí, y el lenguaje que usaba era el de un militar franco y humano, ahora es el maniquí de una sociedad corta de hombres que lo adulan bajamente, que lo encastillan y hacen inaccesible, y obran con su voz.... *Homo cum in honore esset, non intellexit (a)* veamos ya en qué términos.

(a) He aquí a la letra la intimación que de intento he reservado para esta carta aunque parece correspondía presentarla en la 18 de esta época.

Exmo. Sr.

En debida observancia del derecho natural, de gentes y de guerra que siempre han respetado los jefes de la nación mas religiosa, intimo a V. E. que con la fuerza de esa plaza se rinda dentro de 4 horas al poder y discreción de este ejército de mi mando, bajo la seguridad que afianzo en mi palabra de honor, de que V. E. y todos los suyos serán tratados conforme al mismo sagrado derecho que en caso de resistencia me autoriza para proceder con toda la severidad que no puede ocultarse a los conocimientos de V. E. Dios, etc.

El gobierno de México según hemos visto tomó el mayor empeño en organizar en aquellos meses últimos fuerzas capaces de batirse con Morelos: así es que uno de los jefes encomendados de dar la organización posible a la tropa de su mando fue el Coronel D. Agustín de Iturbide, a quien se hizo Coronel de Celaya en remuneración de la victoria del puente de Salvatierra. Conócese el empeño con que obraba en esta parte leyendo entre muchas piezas la exhortación que hizo a sus soldados inserta en el núm. 494, quienes ofrecieron servir a los españoles sin estipendio (no sé si él mismo se condenaría a tan estrecha condición). Su fuerza montada sobre un pie brillante se componía de los más denodados rancheros que obraron al mando de Albino García, y antes le hicieron la guerra. El Brigadier Sotarriva se había retirado de Valladolid porque se había hecho sospechoso a les españoles, no obstante de que había hecho la guerra pocos meses antes a los Rayones en Zacapo de un modo cruel e incivil, prevaliéndose acaso del estado de peste en que se, veía la corta división que mandaban; por tanto la guarnición de Valladolid que apenas

llegaría a 900 hombres se había confiado al Teniente Coronel Landazuri, el cual apenas supo de la aproximación de Morelos cuando pidió auxilio al Brigadier Ciriaco del Llano que a la sazón se hallaba con Iturbide en Acámbaro, y reunía mas de 2 mil hombres.

La elección que Calleja hizo de Llano para esta empresa fue a lo que entiendo con objeto de que pereciese: era enemigo declarado suyo desde el sitio de Cuautla: había sufrido con el Virrey no menos que con Castro Terreño diversas contestaciones y desaires, dándole y quitándole el mando de Puebla: por último lo había puesto de Comandante en Toluca, relevando a D. Lorenzo Guardamino, que no había hecho olvidar el gobierno de Castillo Bustamante. Llano impávido por su ignorancia de los peligros, insuflado por el fogoso y temerario Iturbide, era sin duda el Jefe más propio para batirse con Morelos. Así lo dispuso la providencia para nuestro castigo, y porque quería purificarnos y hacernos dignos a merced de grandes padecimientos de gozar la independencia que disfrutamos.

He dado a Vd. idea del itinerario que llevó Morelos cuando marchó sobre Valladolid; pero aun me falta que describir algunas circunstancias de hechos que precedieron al desgraciado ataque de la garita del *Zapote*.

D. Ramón Rayón en obedecimiento da las órdenes de Morelos como Generalísimo, regresa de Chilpantzinco para Tlalpuxahua, a efecto de reunir su división constante de 600 infantes, 300 caballos y 2 cañones de campaña, e incorporarse con su hermano D. Rafael que venía de la villa de S. Miguel el grande con 200 hombres de todas armas.

Muy oportunamente escribió a Morelos con un correo puesto a toda diligencia que el General español Llano se hallaba en Ixtlahuaca con cerca de 2,000 hombres, que se dirigía a Acámbaro a unir con D. Agustín de Iturbide, y que uno y otro se encaminaban a auxiliar a Valladolid. Propinole que con la tropa de su mando e igual número de la de Matamoros le sería muy fácil cosa situarse en Puerto de Medina, o en otros puntos ventajosos, y cuando en ellos no pudiese derrotar a Llano podría a lo menos contenerlo en su marcha, impedir el auxilio a Valladolid, y proporcionarle con esta demora su entrada franca y sin oposición en aquella ciudad: solo le pidió que le auxiliase para la empresa con municiones, pues no tenían las competentes, y apenas llevaba las muy precisas para el camino.

Morelos, que recibió esta indicación en Huetamo, sin embargo de que persuadido de sus ventajas estuvo toda una noche por adoptarlo, le agradeció el aviso; pero no adoptó el plan: mandóle que avanzase cuanto pudiese para unírsele, y le aseguró que en Triguillos recibiría el parque que necesitaba con una partida de escolta. Fiado en esta promesa Rayón se fue casi paralelo con Llano para observarlo: destacó al Teniente Coronel D. Tiburcio Hernández con 40 hombres de guerrilla, y esta se vio en el caso de batirse con otra enemiga en el pinito que llaman de encinillas junto a Tarandaquau, donde murió, porque era hombre esforzado, y se vio comprometido a pelear con decisión.

También D. Rafael Rayón tuvo una desgracia: pues aunque hizo en cuanto pudo sus marchas en secreto, fue descubierto por Iturbide y sorprendido en el campamento de Santiáguillo entre Taximaroa y Acámbaro, donde le mató 16 hombres, y le tomó mas de 50 fusiles y los equipajes: esta acción la han cacareado los españoles como de primera magnitud y nombradía.

Llano siguió su camino para Valladolid por Indaparapeo, y como Rayón tenía que dirigirse a la loma de Sta. María, y ocultar su ruta, hizo un rodeo de mas de 9 leguas, y además se detuvo inútilmente en Triguillos aguardando las municiones que se le habían ofrecido; mas ignorando la suerte de Morelos, destacó a los Comandantes Epitacio Sánchez y Atilano García para que averiguasen la situación de Morelos, quienes le trajeron la primera noticia de su descalabro en el Zapote. Quedóse por tanto en Irapeo, y con orden de Morelos se dirigió por Copullo a Puruarán, donde le encontró y recibió sus órdenes 2 días antes de la batalla famosa de este nombre.

El General Morelos no solo emprendió la acción del Zapote con la falta de esta división selecta, sino también con la del P. D. Luciano Navarrete, la del Pachón y otras que faltaban que reunírsele, y que bien hubieran formado una tercera parte del ejército que mandaba; precipitación funesta y que produjo los tristes efectos que vamos a referir al mismo tiempo que a llorar: si, vive Dios que al llegar a este lance se me entorpece la pluma, y casi me pesa haber intentado formar este Cuadro Histórico.

Acción de la garita del Zapote.

Morelos mandó a Galeana que ocupase la garita de Zapote, y tomada que fuese dejase allí á D. Nicolás Bravo, y atacase la plaza: esto asegura D. Pablo Galeana, pero muchos afirman que la orden que se dio a D. Ermenegildo, fue de situarse únicamente en dicho punto para contener a Llano e Iturbide que debieran venir por él al socorro de la plaza: que el ataque fue un efecto de acaloramiento excitado por el vino, y que Galeana obró resentido de que Matamoros, que le era inferior con mucho en mérito, hubiese sido elevado antes que él al grado de Teniente General, y quería hacerle ver que era mas digno del puesto por su valor y disposiciones militares: sea de esto lo que se quiera, que para mi es un problema, lo cierto es, que Galeana forma su tropa en columnas por compañías con armas a discreción sin disparar un tiro hasta acercarse al fortín de la garita; a retaguardia y dando el frente hacia el camino de México, formo D. Nicolás Bravo.

D. Pablo Galeana y D. Ramón Sesma ocuparon la orilla de un corral de piedra inmediato a la garita para acometer simultáneamente y sostener sus fuegos. Que llegar y ocupar el fortín al machete todo fue uno, pues esta operación se hizo rapidísimamente en columna cerrada. Que Galeana penetró hasta una cuadra adelante de la garita, y allí hizo alto para aguardar que el resto de la tropa se le reuniese, en cuya sazón cargó sobre él toda la fuerza que estaba en lo interior de la plaza con cañones, y en las calles de Valladolid comenzó un horrible tiroteo.

En este momento Bravo se vio atacado por la tropa de Iturbide, por lo que se vino replegando hacia donde estaba Galeana, que por esta circunstancia se vio metido entre 2 fuegos. Unas veces daba el frente sobre Llano e Iturbide y lo hacia replegar contra el cerro de la hacienda del Rincón; otras lo daba al enemigo de la ciudad, y lo hacia entrar en sus trincheras: así peleo desde las tres de la tarde hasta las cinco y media tenazmente: viéndose rodeado por todas partes se abrió paso al machete dando muerte a cuantos se le pusieron por la arquería del agua. Morelos supo asertivamente de la fuerza que traía Llano, porque habiéndose batido la descubierta de Galeana con la enemiga y héchola retirar le tomó 2 prisioneros, y estos informaron circunstanciadamente de la fuerza auxiliar que venia. Galeana entonces previó lo que le iba a suceder, y mandó decir á Morelos que o lo reforzaba luego, o mandaba que atacase Matamoros

por S. Pedro y D. Manuel Muñiz por Sta. Catalina, pues se veía a 2 fuegos, y aun una partida había salido de la plaza a cortarle la retirada, circunstancia por la que se había visto precisado a abandonar la garita.

Efectivamente Morelos mandó que Matamoros fuese en su socorro, pero ya era tarde y para reunírsele necesitaba pasar un largo trecho de barbechos. Reunidas las fuerzas de Galeana y Bravo, formaron un cuerpo en columna cerrada, y de este modo lograron regresar al campo de Morelos, sufriendo la pérdida de 700 hombres entre muertos y prisioneros. Fue tal el conflicto de Galeana que le mataron el caballo bajo la silla, y a vista del enemigo remuda en el caballo de un dragón que logró quitar. En esta situación critica acudió D. Pascual Machorro con un piquete de dragones a auxiliarlo, y creyéndolo enemigo un soldado americano le disparó una pistola, e cirio en una mano.

Llano e Iturbide tuvieron mucha pérdida, ni era para menos; pues la acción fue sangrientísima por entrambas partes. Por un correo interceptado se supo que los heridos no cabían en los hospitales de Valladolid.

De los americanos hubo en esta tarde 119 prisioneros. Los enfermos se mandaron a los hospitales, y los sanos a las cárceles donde se les mando luego confesar para fusilarlos.

La tropa americana que entró en acción en este día fueron de Galeana 500 hombres y 2 cañones: de Sesma 400: de Guerrero 200; de Bravo 600: de Sánchez. 70 que hacen la suma de 1,770 hombres, todos valientes, decididos, y dignos de mejor suerte. Ya hemos dicho que Iturbide y Llano traían más de 2,000 de socorro. Si se hubieran aprovechado los momentos, y a la intimación inmediatamente sigue el ataque, la plaza es tomada: su guarnición estaba llena de cobardía: los equipajes a punto de marchar. El Canónigo Abad Queipo recorría las calles a caballo; mas los momentos de intimación que gastó Morelos en conminar a Landazuri, éste los aprovechó en avisar a Iturbide que se hallaba con la vanguardia en Charo y pudo llegaren el instante en que mas lo necesitaba.

Acción del 24 de diciembre sobre el campo de Morelos.

La desgracia referida había llenado de consternación al ejército americano: sus jefes no cesaban de hablar de ella derramando copiosas lagrimase. D. Nicolás Bravo lloraba como un niño, así porque se veía sin aquella división de héroes perdida en un lance que había formado en Coscomatepec con tantos afanes, y que le había servido con tanta exactitud y honradez, como porque había sido testigo de que sus enemigos penetraran a la plaza entre la grita de un jubilo de triunfadores con las banderas y trofeos ganados en la tarde anterior y bajo los que en tres años consecutivos había morado la victoria. Morelos se mostraba como alelado: oía reclamaciones amargas del Intendente Sesma que solo le hacia tolerar el cariño que profesaba a este americano virtuoso y eminentemente electrizado. Matamoros mandó reunir a las cuatro de la tarde del día siguiente todo el ejército para pasar revista de armas en el llano y a vista de la plaza.

Observado este movimiento por los españoles, o sea que temiesen un nuevo ataque, o que lo calificasen de un insulto a su pabellón, determinaron hacer una salida y formalizar un reconocimiento. Por una desgracia imprevista habían interceptado una orden de Morelos en que prevenía que de Capitanes para abajo todo hombre se tiñese la cara a fin de no equivocarse con los enemigos: así es que aprovechándose de esta prevención los de la plaza embijaron de negro a trescientos dragones con otros tantos infantes que montados en las grupas de aquellos salieron a las deshilada de la plaza. Por lo pronto no causó cuidado ni a Morelos ni a Matamoros este movimiento, por que los infantes no se dejaban ver, ocultos con los dragones colocados en las grupas: no obstante se bajaron dos cañones chicos para recibirlos, y el enemigo siguió su marcha imperturbable. Hallándose cerca de Matamoros Iturbide que comandaba aquel cuerpo, hizo alto, echó pie a tierra su infantería quedando ésta en el centro, y entonces cargó bruscamente sobre Matamoros: *(b)* comenzó un recio fuego con el cual pereció casi la mayor parte de la tropa de Iturbide, pues sobre ser briosamente recibida casi a quema ropa, venia cargada de vino, así mismo perdió un cañón de los que traía; no obstante, un trozo como de 60 hombres decididos subió arriba de la loma en demanda de Morelos, y logro penetrar hasta su campamento: algo mas hubo, lo escoltaron unos cuantos un largo rato, teniéndolo por el General Llano, pues quiso la suerte que estuviese vestido del modo que este, y montado

en brida española, Cosa exótica entre los americanos. Morelos entendió lo que pasaba, calló, sostuvo la ilusión hasta que llegó su escolta llamada de los *Pares* que estaba abajo en lo más ardiente de la refriega: reconoció que aquellos dragones, eran enemigos, cargó sobre ellos, y los hizo piezas, entonces Morelos se retiró bonicamente.

(b) He aquí repetida la misma evolución de César en la llanura de Farsalia contra Pompeyo, donde solos 600 caballos con otros tantos infantes a la grupa derrotaron en un momento aquel brillante ejército que pocos días antes había casi destruido a César en Dirrachium, sin conseguir el fruto que debiera, por lo que dijo... Nescit vincere Pompeyus.... Pompeyo no me ha sabido vencer.

Las sombras de la noche, dice el Lic. D. Juan Nepomuceno Rosainz en su *relación histórica de lo que le aconteció como a insurgente* impresa en Puebla, pag. 3, ya comenzaban a cubrirnos, cuando asomó el P. Navarrete por una loma del costado izquierdo hacia el campo del Sr. Matamoros; ni uno ni otro tenía la debida noticia, y se rompieron el fuego creyéndose enemigos, algunos dragones ebrios subieron por el costado derecho, se hizo la confusión general, y no permitiendo la oscuridad distinguirse, se mataron los nuestros entre si con un furor y facilidad cual no es capaz se haya visto en la mas sangrienta batalla.

Galeana, viendo la dispersión que había causado aquel horrible estrago, ocupó el punto de Puerto-Viejo, donde reunió muchos dispersos; ya desde la noche anterior había logrado recoger todo el armamento que dejó allí el enemigo. Cuando se encontraban los de Llano con los nuestros y se daban el quien vive, respondían *fieles*.... *Puebla*, tal era la seña y contraseña que sacaron de Valladolid.

Retirada del ejército de Morelos para Chupio.

Concluida esta acción encarnizada, el ejército americano comenzó a dispersarse, y continuó haciéndolo hasta el siguiente día a la una de la tarde en que salieron D. Pablo Galeana, D, Nicolás Bravo y D. Guadalupe Victoria, sacándose éste y Galeana un pedrerito que tiraban alternativamente atado a la manzana de la silla, y 200 infantes. Asimismo se retiró el Coronel D. José Antonio Arroyo que se hallaba situado en el respaldo de la loma de Sta. María después de haber clavado los cañones de orden de Matamoros, incluso uno de enorme magnitud que llevó Muñiz, y abandonado un inmenso parque y armamento y muchos equipajes: valía todo

mas de 800 mil pesos.

Caminando a1 Oriente de Sta. María por Jesús del monte, los atacó una partida de infantería salida de Valladolid en su alcance; pero respondieron a sus fuegos con la fuga, tal iban de amedrentados: entonces abandonaron el cañón, y perseguidos del enemigo se encaramaron al cerro como único lugar de asilo. Otra partida estaba en un llano inmediato ocupada en dar caza a los dispersos, y aguardaba a Galeana y Victoria; pero estos se defendieron hasta las tres de la tarde: tomaron el camino de la hacienda de Itucuaro, camparon en la cima de un cerro, y al siguiente día continuaron en la reunión de los dispersos. Llegaron por fin a Tacámbaro, pasaron después a Chupio, y al día siguiente llegaron a la hacienda de Puruarán, famosa por la batalla en que se consumaron nuestras desgracias en aquel malhadado país.

Batalla de Puruarán dada el miércoles 5 de enero de 1814.

A pesar de los triunfos conseguidos por los españoles en las acciones referidas, temieron mucho que la reacción de Morelos les quitase el fruto que habían conseguido sobre sus esperanzas; por tanto se propusieron darle el último fatal golpe de destrucción persiguiéndolo tenazmente.

Morelos dio por punto de reunión la hacienda de Puruarán, último desatino que pudo cometer para completar su ruina, pudiendo haberlo dado en la hacienda de la loma, posición ventajosa para defenderse, y que apenas distaba de allí el corto espacio de 5 leguas. Muy luego notó en sus principales Oficiales repugnancia para aguardar allí al enemigo principalmente por parte de Matamoros, y de D. Ramón Rayón, que reunidos con el honrado Intendente Sesma le mostraron la imposibilidad de defenderse hallándose dominados de la artillería que sin duda situaría el enemigo en una loma a tiro de fusil. Insuflábalo a que se quedase allí Muñiz; pero era porque temía que sus sementeras de cañas plantadas en la hacienda de la loma se viesen destrozadas por aquel ejército hambriento... Por no oír las plegarias de Muñiz... (Decía Morelos)... quedémonos aquí, vale que esta gente esta acostumbrada a defenderse encerrada....Bien, le (dijo Rayón) pero eso es bueno cuando el lugar donde se encierra le asegura su defensa, no cuando se opone a ella. A esto nada respondió,

sino mandó que allí se hiciesen trincheras.

Los aduladores de Morelos conocieron la fuerza de estas reflexiones, y como entendieron desde un día antes de salir de Chupio, que Llano e Iturbide se acercaban, procuraron sacarlo de allí para que no quedase expuesta su persona, aunque se llevase el diablo el ejército y el General no debiera morir como el último soldado. Tanto hicieron y ponderaron la necesidad de que saliese Morelos que al fin recabaron su consentimiento, y lo hicieron marchar para la hacienda de Sta. Lucia distante de allí 6 leguas. Ah! tanto puede la adulación, y tanto adormece a los hombres elevados a grandes puestos.

Retirado Morelos entró en conferencias Rayón con Matamoros, persistiendo aquel en que deberían retirarse. En vano le mostró la imposibilidad de defenderse: que la misma cerca de piedra en vez de servirles de parapeto era su mayor contrario, pues siendo de piedra lisa de Río, herida ésta con las balas de cañón multiplicaba la metralla y el estrago; todo lo confeso Matamoros, pero se encogió de hombros, y dijo que solo le tocaba obedecer. A Rayón lo situaron al otro lado del Río con más de 500 hombres que en la noche formaron una trinchera. Desde aquel punto no era posible auxiliar á Matamoros por que quedaba entre él, y el enemigo mediando, y el puente era bien estrecho. También en la hacienda formó unas trincheras Matamoros, y mientras que se hacían rondó la música de la tropa tanto para evitar que esta se durmiese, como la deserción que ya era mucha.

Continuaré. A Dios.

México, 26 de julio de 1824.

CUADRO HISTÓRICO.
SEGUNDA ÉPOCA.

CARTA TREINTA Y CINCO Y ÚLTIMA.

Continuación de la carta anterior.

Muy Sr. mío:

A las 12 del día siguiente he aquí al enemigo que muy luego comenzó á situar su artillería y a hacer fuego para descubrir la de Matamoros, que solo le contestó con un cañón. A apoco rato destacó dos partidas de observación de 200 hombres, que no solo destrozó la tropa americana, sino que viéndolas en fuga salió a perseguirlas. Mandó Llano un trozo de caballería a las órdenes del Coronel Orrantia por el punto llamado de la Bagazera; mas aunque éste estaba descuidado fue rechazado dos veces, é insistiendo en penetrar por la tercera lo consiguió e introdujo el pavor en el ejército. También fue acometido D. Ramón Rayón por una partida de caballería que no dejó pasar: entonces se retiró del puesto, viendo que era imposible reanimar la gente, y se situó en una loma que está entre Poniente y Sur de Puruarán, desde donde protegió la retirada de los que, salieron: así lo confiesa Llano en su parte inserto en la gaceta número 515.

Pasaron de 600 los muertos, y de 700 los prisioneros, entre los que lo fue igualmente el General Matamoros que se halló sin caballo, pues se lo tomó su hermano D. Nicolás, y lo dejó en la pelasga. En vano quiso, huir en uno malo de un dragón y pasar el río, pues no pudo superar los obstáculos que se le presentaron, estando el puente enteramente embarazado con tercios, y cargas, que hacían casi imposible su tránsito: entrose en una casilla inmediata, y uno de, sus oficiales le denuncio y entregó traidoramente según he podido averiguar, y también que fue pasado por las armas al siguiente día en premio de su bajeza. Su aprehensor fue el soldado de frontera Eusebio Rodríguez, de la escolta de Orrantia, y se le remuneró su acción con 200 pesos.

Después de a batalla que terminó cerca de las cuatro de la tarde, Llano hizo fusilar a 18 oficiales de los muchos que hizo allí prisioneros [gaceta núm. 515] Mandó que los americanos cargasen a sus heridos que no eran pocos, y esto les proporcionó a muchos ocasión de escaparse. Galeana y su escolta que lograron salvar, fueron a reunirse a Morelos, cuya gloria militar acabo en este día.

Corriose el albur, y lo perdió la nación en términos de no poder levantarse de esta caída, hasta que la justicia del Eterno condolido de nuestras desdichas hizo que consagrándose a trabajar en obsequio de un monarca absoluto, el que nos había causado la mayor parte de nuestra ruina, fuese algún día el agente principal de la independencia que ahora gozamos.

No refluyó menos la dicha a beneficio de la misma nación para sostener su lucha en lo interior hasta el año de 1821. Tomados muchos fusiles por las mal armadas partidas del Bajío, y diseminadas después por una inmensa extensión, sostuvieron la lucha de un modo increíble; así se atizó y mantuvo la llama del fuego patrio que jamás llegó a extinguirse.

Por un cálculo no exagerado, pasó de 800 mil pesos el valor del parque perdido desde la acción del 23 hasta esta de Puruarán. Los acopios para el mantenimiento de este numeroso ejército comenzaron a hacerse desde Oaxaca, pues Morelos jamás perdió de vista la ocupación de Valladolid a donde meditaba trasladar el Congreso de Chilpantzinco.

¡Ojala que así como fue constante en llevar adelante esta idea, lo hubiese sido para estudiar el modo de evitar un suceso desgraciado! En la memorable y desgraciada marcha de Valladolid (dice el Lic. Rosainz en su manifiesto pag. 3ª) se cometieron tantos errores, cuantos Calleja disfrazado no pudiera inventar....

La memoria de estas desgracias que amarga mi corazón, solo se me suaviza cuando veo el fruto favorable que la patria ha sacado de ellas en estos últimos días.

Si el General Bravo no hubiera sido una de las primeras victimas perdiendo su hermosa división en la tarde del 23, quizás no se hubiera conducido con la calma y circunspección que hemos admirado en su expedición a Guadalajara: amastreado en la escuela de la experiencia puede decir que su lentitud en el obrar ha salvado a la patria.

Horribles ejecuciones de los españoles en el General Matamoros y los demás prisioneros

El gobierno de México que ha perdido el derecho a la confianza para ser creído en materia de insurrección, no merece que prestemos asenso a cuanto refiere en orden al General Matamoros, suponiendo que poco antes de morir mandó una retractación de sus operaciones, y una alocución a sus compatriotas para que volviesen sobre sus pasos, en la que se lee un apóstrofe a Fernando VII y a las supremas autoridades. Nada he podido averiguar de cierto en cuanto a la conducta que observó este General en su prisión: solo se, que al trasladarlo a Valladolid lo presentaron los españoles en espectáculo por los lugares mas públicos, principalmente en la plaza de Patzcuaro, donde lo llenaron de vilipendios.

El encino no puede dar sino bellotas, y exigir otra conducta en hombres ruines, seria pedir peras al olmo.

Matamoros, a lo que entiendo, obro como un hombre que teme el juicio de Dios: que sabe que ninguno puede justificarse a su presencia, y así sus preparaciones para recibir la muerte, fueron de un cristiano, de un sacerdote, y de un hombre educado desde muy niño en la piedad, y formado en el colegio de Tlatelolco de México.

Lejos de nosotros calificar su modestia y resignación cristiana como una cobardía indigna de un Macabeo esforzado que había batidose con gloria en Cuautla, en la raya de Guatemala, en el Palmar, y aun en la misma loma de Sta. María. Nació este jefe soldado, y poseía las disposiciones de tal: tenía prudencia, calma en los combates, cálculo militar, y no le faltaba astucia.

Fue el brazo izquierdo de Morelos, así como Galeana el derecho; su nombre presentará siempre a los españoles la idea del vencedor del Palmar, y jamás se pronunciará sin emoción de los americanos, y sin terror de los llamados gachupines. Fue fusilado en Valladolid la mañana del 3 de febrero: declarado benemérito de la patria por el congreso constituyente mexicano, y sus huesos descansan con los de otros dignos compañeros suyos en la bóveda de los virreyes, situada al pie del altar de los reyes de esta capital, después de haber recibido el tributo de lagrimas que todos pagamos en la solemne parentacion celebrada el 14 de septiembre de 1823 en esta catedral.

Yo inscribiría sobre su sepulcro estas palabras.

AL TENIENTE GENERAL MARIANO MATAMOROS.

QUE ACREDITÓ SU PERICIA MILITAR EN EL ASEDIO DE CUAUHTLA AMILPAS.

SU VALOR PERSONAL, EN LA RAYA DE GUATÉMALA,
Y SU TACTICA PROFUNDA EN S. AGUSTÍN DEL PALMAR, EN CUYA CAMPAÑA RAZA, HUMILLÓ LA ARROGANCIA DEL BATALLON DE ASTURIAS,
Y
PERDONÓ A LOS PRISIONEROS EN EL MOMENTO DEL FUROR.

QUE CONSUMÓ SU OBEDIENCIA A LA AUTORIDAD MILITAR CON SACRIFICIO DE SU REPUTACION Y VIDA, EN LA HACIENDA DE PURUARAN.

PRESA DE LA SAÑA ESPAÑOLA, MURIÓ FUSILADO EN LA PLAZA DE VALLADOLID DE MICHOACAN LA MAÑANA DEL 3 DE FEBRERO DE 1814.

LA
PATRIA AGRADECIDA Y PESAROSA
GRABÓ
A LA PERPETUIDAD.

IMPERATORIS VICES GERENTI
MARIANNO MATAMOROS.
QUI MILITARI PERITIA
IN OBSIDIONE CUAUTLAE DE AMILPAS:
ANIMI FORTITUDINE
IN CONFINIO GUATEMALENSI:
TACTICA PROFUNDISSIMA
AD. S. AUGUSTINI PALMARE;
CUIUS IN PLANITIE
INSOLENTUM ASTURUM COPIAS

DEFECIT, DEBELLAVIT:
CAPTORUM VERO,
VEL IN IPSO FURORIS BELLICI MOMENTO
VITAE, LIBERTATIQUE INDULSIT,
BONUM SIBI, MAGNUMQUE NOMEN
COMPARAVIT:
QÜI PURUARANI IN PRAE LIO
AUCTORITATI MILITARI
VITAM INSIMUL, ATQUE IIONOREM
FORTITE R INMOLAVIT
QUI HISPANORUM DENIQUE
INDIGNATIONIS SCOPUS, AC SAEFITIAE
IN VALLISOLET1 MICHOACANENSIS FORO
CATAPULTA PEREMPTUS
DIEM OBIIT.
TERTIO NONAS FEBRUARII. ANNO. M.D.CCCXIV.
AD PERPETUAM MEMORIAM
PATRIA GRATA, DOLENSQUE
MONUMENTUM IIOCCE
P. C.

[*] Esta versión al idioma latino es del Sr. D. José Manuel Sartorio, cuya literatura es bien conocida. Puede cotejarse con el epitafio que se hizo al Marqués de Montcalm, defensor de la Plaza de Quebéc cuando fue tomada, por los ingleses y se lee en el tom. 1 de la vida de Washington escrita por Mars-Hall.

En el parte que dio Llano a Calleja, y que trajo un fraile Dieguino datado en 25 de diciembre, se asegura que aquel Jefe había pasado por las armas 200 prisioneros. Posteriormente se hicieron muchos más como hemos visto: examinemos la conducta que se guardó con ellos.

Mandáronse los heridos al hospital, y los sanos a la cárcel.

Sacóseles de ella, y se les condujo a abrir una gran zanja en el punto del Zapote, lugar de la primera acción. Ignoraban aquellos infelices el objeto de esta maniobra, y creyeron que fuese para aumentar la fortificación de la plaza.

Una tarde a punto de obscurecer se sacaron a todos, los heridos del hospital, y a los sanos de la cárcel: se les conduce con una escolta a las orillas de dicho zanjón, y se les hacen descargas cerradas dejándolos allí cadáveres: ruédanlos fácilmente sobre la fosa, y todos quedan sepultados en ella, contándose entre los fusilados el Cura Gómez de Petatlán, que fue prisionero en la tarde del 24, y estaba próximo a expirar por las heridas recibidas en la acción.

Uno de los europeos prisioneros jamás quiso confesarse, aunque por intimidarlo se le fusiló después que a los demás, y murió en su obstinación. Un americano logró escapar de las descargas cerradas, hecho a huir a toda carrera, se situó en la loma inmediata, y desde allí comenzó a insultar a los de la escolta que no osaron perseguirlo.

De este modo cruel y desusado, y con estas circunstancias de refinada y meditada atrocidad, saciaron los españoles su saña fiera contra los que peleaban por su libertad, esquivándose de oír sus quejas de opresión: así correspondieron a los que en las llanuras del Palmar oyeron dos meses antes sus clamores en el mismo momento de descargar sus cuchillas vencedoras sobre sus delincuentes cabezas: así pagaron a Matamoros cuando se puso de rodillas a los pies de sus mismos soldados cuando los vio encarnizados contra sus enemigos, y llorando amargamente les rogó como General y como hombre que los perdonasen....

¡O Bárbaros! dejadme que os pregunte. ¿Que espíritu de vértigo, que frenesí os afectó en este momento? vuestro odio inveterado, esa abominable pasión que os corroía las entrañas, no os dejó conocer que con vuestras propias manos plantabais en aquella honda fosa el árbol de la libertad de Michoacán, bajo cuya sombra se reunirían un día sus hijos para meditar vuestro exterminio. Ignorabais, ó no estaba en vuestra previsión, que los padres llevarían de la mano a sus hijos para que reconociesen en aquellas cenizas exánimes los restos venerables de unas víctimas que eternamente clamarían por una justa venganza, y que sus sombras lívidas también la pedirían sin intermisión ante el trono del Excelso... Clío! pues debes anunciar al mundo la verdadera historia de nuestros hechos, yo te suplico levantes a las mas distantes generaciones la punta del velo que oculta la memoria de este suplicio!... decidlas con la majestuosa voz de la verdad, he aquí á los españoles de principios del siglo 19, en nada diversos de los del siglo 16, que cautivaron a estos pueblos y a sus príncipes con achaque de enseñarles una religión de

caridad que detesta la venganza! ¡O descendientes míos! ¡O poseedores tranquilos de una libertad ganada a tanta costa! Contadlo así a vuestros nietos en los dulces transportes de la sociedad doméstica, y cuando echéis sobre sus corazones las primeras semillas de las virtudes.

¡Esposos! repetidlo también a vuestras consortes, aun en aquellos momentos dulcísimos en que dejéis de existir por un instante imperceptible para dar el ser a nuevas generaciones.

¡Pueblos todos del Anahuac, sobre aquellos huesos que esperan salir animados en el último día de los tiempos al horrísono grito de la resurrección, jurad conmigo un odio eterno a la tiranía española, y jurad también que moriréis primero antes que tornar a ella.

¡Hombres sediciosos y anárquicos! venid a este cementerio, y mirad en él los estragos de una tiranía desaforada; pero sabed que seréis victimas de ella, sino respetáis el orden y las leyes, y si trabajáis por reponer en un trono al que fue el brazo derecho que ejecutó tamañas atrocidades al impulso de los que se lo mandaron.

¡Plegue a Dios que este cuadro sea para los mexicanos el gran libro en cuyas paginas escritas con sangre, aprendan a ser justos! Quiera también el cielo que no sea necesario repetirles esta lección, para que amen la libertad que ahora disfrutan, pero que no aprecian debidamente!

Fatigado de referir desdichas, pongo término a esta segunda época; había querido mostrarme insensible y pasivo al renovar la memoria de este suceso, no de otro modo que él evangelista Juan al contar el horrendo deicidio ejecutado en el Golgotha: conózcase por esto la diferencia que hay entre un historiador sagrado, y uno profano; al que escribe en calma, sin carne ni sangre, y solo en espíritu de verdad, y al que aunque se lisonjea de ser verdadero y exacto, carece de las virtudes de aquel varón especialmente escogido por el cielo para tutor de la Madre de Jesucristo.

Mi pluma se ha guiado por el amor que profeso a la nación a quien pertenezco ¡dichoso yo si con esta relación pudiera hacer que aumentara un grado de honor y concepto, cual se merece entre los pueblos del mundo conocido!

Si mis ocupaciones me permitieren continuar la tercera época, lo ejecutaré con la misma eficacia con que principié esta.

Reciba V. entre tanto dulce amigo mío, el aprecio y respeto que merece a este su atento servidor y amigo.

Lic.. Carlos María de Bastamente.

Su casa en México y agosto 2 de 1824.

INDICE

DE LO QUE CONTIENEN LAS CARTAS DE LA SEGUNDA ÉPOCA DEL CUADRO HISTÓRICO DE LA REVOLUCION DE LA AMÉRICA MEXICANA.

CARTA 1..... 3

Dase idea del General Morelos, y motivos que lo obligaron a entrar en la revolución.- Se presenta en Charo al General Hidalgo, y le confiere la comisión del Sur.- Su marcha é itinerario.- Modo con que comenzó á reunir sus fuerzas.- Se sitúa en el Veladero y la Sabana.- Historia del cañón Niño.- Primera acción de guerra que recibe en S. Marcos y las Cruces, en que resiste al comandante Paris.- Modo con que se parapeta.- Paris campa en Tonaltepec, y lo sorprende Morelos.- Historia de Tavares, agente principal de esta sorpresa.- Fortificase en el paso de la Sabana.- Prodición de un artillero contra Morelos frustrada en la ocupación intentada del castillo de Acapulco. Ardid de que se valió para contener la tropa puesta en dispersión.- Es atacado por el comandante Cosío en los Cazones.- Accion del arroyo de Zoyolapa.- Morelos manda una expedición a la costa de Xamiltepec a las ordenes de D. Rafael Valdovinos.- Encuentrase este con París, y trata de parlamentar.- Muerte de Victoria Murga, parlamentario, dada por el español José Campio.- Muere éste después por represalia.

CARTA 2..... 15

Historia de los generales Bravos y Galeana, y modo con que se reunieron a Morelos.- Acción de Chichihualco.- Llega Morelos a este punto.- Manda fortificar el Veladero y lo confía a D. Julián Dávila.- Ataca á Tixtla.- Retirada del General Cosío, y le sucede en el mando el comandante Fuentes.- Historia de este y del oidor Recacho.- Desorden en su campo.- Ataca Fuentes a Tixtla, y Morelos lo derrota, introduciendo auxilio de Chilpantzinco.- Avanza hasta Chilapa.- Castigo del artillero Gago y del traidor Navarro.- Repárase Morelos en Chilapa.- Contrarrevolución fraguada por Tavares, David Faro, y Mayo, que sofoca y castiga Morelos.- Sale Morelos con su ejército de Chilapa para. Chautla de la Sal.- Ataca al español Musitu, y lo derrota.- Historia del Cura D.

José Manuel Herrera, tomado prisionero.- Morelos divide su fuerza, y con parte de ella marcha a Xamiltepec D. Miguel Bravo.- Es derrotado por París, por causa del P. Talavera.- Historia de este eclesiástico.- Entrada de Morelos en Izúcar, donde es atacado por una división de Puebla al mando de Soto Maceda.- Este es derrotado y muerto.- Su entierro en Puebla.- Anécdota graciosa del Canónigo Olmedo.

CARTA 3..... 27

Parte Morelos de Izúcar para Taxco.- Ventajas de aquel lugar para la organización de su ejército.- Toma Galeana a Taxco a viva fuerza.- Prisión y muerte del Capitán García Ríos, que lo defendía, y se refiere su odiosa conducta.- Entra después Morelos en Taxco.- Diferencias entre Galeana y el visitador D. Ignacio Martínez, que termina Morelos.- Organiza el Gobierno de aquel asiento de minas.- Marcha Galeana para Tecoualoya.- Batalla dada en la barranca de este nombre.- Muerte del Comandante Oviedo.- Pierde Galeana unos cañones, y se empeña en recobrarlos, lo que se debe á una astucia de Morelos.- Marcha Portier a Tenancingo, a donde le ataca y hace salir en dispersión para Toluca, tomándole una culebrina y un cañón.- Muerte de Michilena, marino español, y sus circunstancias.- Consternación de los gachupines en México por esta derrota, y por la llegada de las avanzadas del Capitán Larios a S. Agustín de la Cueva.- La derrota de Porlier en Tenancingo es saludable, porque cambia su carácter feroz en moderado- Historia del Capitán Poeta español, Ramón de la Roca.- Historia de D. Francisco Ayala, Jefe americano.- Larios intenta sorprender el campo del Capitán Poeta; pero este huye hasta Ayacapixtla.- Avanza Larios hasta Ameca, porque sabe que allí estaba el Capitán Poeta: intenta este oponérsele; poro creyéndose en gran peligro se fuga a Chalco, y de allí marcha a gran correr hasta México.

CARTA 4..... 39

Llegada del Capitán Poeta á México, de donde no sale más.- Llega Morelos a Cuautla Amilpas, y espera allí al ejército español.- A la aproximación de este sobre la plaza sale Morelos a reconocerlo, y se ve a punto de perecer.- Galeana sale a su socorro.- Dispónese Morelos para recibir el ataque, y campa Calleja en el guamuchilar.- Descríbese la

acción en que Calleja es derrotado.- Sorpresa de Venegas al saber la derrota.- Manda a Llano que se retire de Izúcar para atacar con Calleja a Morelos, quien pretende oponerse a la reunión en la barranca de Tlayacac.- Ataque de Izúcar por Llano, donde es rechazado.- Anécdota de D. Vicente Guerrero, bajo cuyo catre cayó una granada del enemigo.- Llega Llano a Cuautla y comienza a fortificarse en Zacatepec que en vano intentó impedir Morelos.- Muere de resultas de la salida el Capitán D. Felipe Gonzáles.- El 10 de marzo (1812) comienzan los fuegos del sitio.- Sale el Capitán Larios a impedir un convoy de víveres que traía Armijo, y es derrotado en los Cedritos.

CARTA 5..... 51

Calleja corta el agua a los sitiados, y Galeana sale á recobrarla.- Pone unas trincheras al efecto, y se empeña una acción dura en que triunfa.- Solázanse los americanos con sus enemigos jugándoles varias burlas.- Hazaña de unos muchachos.- Compañía de estos que hace no poco daño al enemigo.- Calleja se corresponde con los vecinos de Cuautla.- Descúbrese la traición del Capitán Manso, vecino de aquella plaza.- Relación secreta de Calleja a Venegas que manifiesta su situación y temores.- Palabras memorables de César, hablando de la batalla de Munda, de que usa Calleja para mostrar su situación difícil.- Desconfía Calleja de los jefes de su infantería americana.

CARTA 6..... 63

Remite un papel Morelos á Calleja en que le excita a que lo ataque.- Ataca Morelos la batería del Calvario que pone al enemigo en mucho aprieto, pues tomaron la artillería.- Muerte del Teniente español Riaño.- Muestrase la peste en Cuautla.- Escasez de víveres y su alto precio aun de las sabandijas.- Sale Matamoros de Cuautla por auxilio, y en la salida muere el Corone Perdiz.- Es batida la fuerza que conduce el convoy de Matamoros por haber este anunciado su llegada con una gran luminaria.- Carga en el acto del ataque bruscamente la tropa de Morelos sobre el campo de Zacatepec, y envuelve al batallón de Lobera.- Piensa Morelos atacar a Calleja y forman al efecto unas trincheras portátiles con ruedas; mas luego cambia de resolución y se decide a evacuar la plaza entre el Calvarlo y Amelcingo.- Verificase la salida, y orden de la tropa en su

marcha.- Caída de Morelos en un foso.- Se ve a punto de quedar prisionero en Ocuituto.- Prisión de D. Leonardo Bravo y sus compañeros en la hacienda de S. Gabriel Yermo.- Marcha Morelos con D. Víctor Bravo, y es conducido en tapextli por los Indios.- Nótase en la reseña de la tropa la falta de 17 soldados de Cuautla, y se encuentran 30 fusiles más de los que había durante el sitio.- Calleja sabe la salida de Morelos dos horas después de verificada.- Ocupa la Plaza, y examina los papeles de Morelos.- Excesos de los españoles en Cuautla y de que no los retrae un fuerte temblor de tierra, ocurrido en aquel día.- Calleja hace varias ejecuciones militares en infelices hallados de Cuautla.

CARTA 7..... 75

Entrada de Calleja en México en 16 de mayo de 1813, y de los prisioneros insultados por uno que se dice Conde D.- Cláusula notable de una carta de Venegas a Calleja sobre la salida de Morelos de Cuautla.- Representación de los oficiales del ejército de Calleja al Virrey para que no lo separe del mando.- Respuesta de este a Venegas en que representa sus servicios, afectando moderación.- Observaciones sobre el sitio de Cuautla, principalmente sobre los costos que tuvo en la hacienda del Rey.- Preséntase una nota de liquidaciones del tribunal de cuentas.- Desazones entre Venegas y Calleja: este conspiraba contra aquel, y tenia juntas secretas para succederle en el Virreintato.- Oda bellísima a la salida de Morelos de Cuautla.

CARTA 8..... 85

Chilapa seducido por su Cura Párroco se revela contra Morelos, durante el sitio de Cuautla, y lo mismo ejecuta Taxco.- Derrota el Mariscal Galeana a los comandantes Cerro y Añorve en Citlala que salieron a cortar la retirada a Morelos.- Enfermedad de éste, su entrada en Chilapa.- Ejecuta a varios malvados y perdona al gigante Martín Salmerón, solo por su corporatura.- Ocupase Morelos en reponerse, y reponer su ejército en Chilapa.- Muerte de D. Francisco Ayala, y su elogio.- Expedición del Coronel Castillo Bustamante sobre el General Rayon.- Murmurase de ella, y es derrotado con ignominia en Lerma por el comandante Alcántara, que por unos caballos cede la gloria del triunfo al Canónigo Velasco.- Historia de su transito a la revolución donde no fue

útil sino muy funesto.- Sitio de Huaxuapam por el Comandante Régules, donde se defiende el Coronel Trujano.- Refierense varias acciones militares, y anécdotas de este Jefe.- Otras harto particulares del indio de Noyoo.- Constancia, valor y prudencia de Trujano, durante el sitio.- Piedad religiosa de sus soldados.- Los comandantes Sánchez y Tapia que venían a auxiliarlo son derrotados.- Viene en auxilio Morelos con los Bravos y Galeana.

CARTA 9..... 97

Morelos llega, e inmediatamente ataca a los sitiadores de Huaxuapam.- Veese a punto de perecer Galeana.- D. Miguel Bravo pierde dos cañones, y los recobra cargando sobre el campo del Comandante Esperon.- Astucia de Trujano en salir de la plaza y cargar sobre sus enemigos, a quienes toma a dos fuegos, y avanza en su alcance hasta mas allá del pueblo de Yanhuitlan.- Horrible matanza que hace en ellos.- Escapa Régules, y modo como lo consiguió.- Celebra una junta de guerra en Yanhuitlan.- Cede el mando al Comandante S. Martin.- Se mandan a Oaxaca los heridos con los prisioneros, a quienes se ofrece libertad luego que lleguen; pero se les falta a la promesa por el teniente letrado Izquierdo.- Trujano exhorta a Morelos a que avance sobre Oaxaca que no tenia fuerza.- Botín tomado en Huaxuapam.- Trujano es hecho Coronel del regimiento de S. Lorenzo.- Causa porque se le dio esta denominación.- Rehácese la fuerza de los españoles en Oaxaca, en lo que tiene mucha parte el Obispo.- Por fortuna esta fuerza al mando de Régules es inútil.- Llegó Morelos a Tehuacán en 10 de agosto de 1812.- Historia del Mariscal D. José Manuel Correa.

CARTA 10..... 109

Continúa el manifiesto del General Correa.- Campaña del General D. Ignacio Rayón sobre Toluca.- Ataca a esta ciudad, y estando a punto de tomarla se retira por falta de pertrecho.- Estrecho en que pone a la guarnición.- Su retirada en orden.- Incendia la hacienda de la Garcesa.- Rechaza la fuerza de Porlier que sale a atacarlo sobre el pueblo de Tlacotepec.- Sabe la aproximación de Castilla Bustamante sobre él y se retira al pueblo y cerro de Tenango.- Su artillería hace retirar con precipitación a Bustamante.- Asalta éste el cerro y sorprende a Rayón en

su campo, por no haber cumplido con sus ordenes la noche anterior las partidas de Atilano García y Epitacio Sánchez.- El General Correa se retira con gloria.- Bustamante fusila sin piedad a cuantos prisioneros hace, y lo mismo ejecuta en Tenango Rafael Calvillo, con el Presbítero D. José Tirado.- Reúne Rayón a sus dispersos en el plan de una laguna al pie del volcán de Toluca, donde tiene noticia de la muerte del Teniente Coronel Camacho, sepultándosele con honor en el pueblo de Quatepec.- Dispersa a varios de sus comandantes para diversos puntos, y designa departamentos para su mando a los generales Liceaga, Morelos y Berdusco.- Rayón se sitúa en el de México.- Retírase a Sultepec; pero a su salida son fusilados los europeos prisioneros en Pachuca.- Motivos de esta resolución.- Juicio sobre esta resolución.- Situase Rayón en Tlalpuxahua donde plantea un campo en el cerro del Gallo, y desde allí da un extraordinario impulso a la revolución.

CARTA 11..... 121

Primeros sucesos de Tehuacan de las granadas.- El Comandante Figueroa ocupa la ciudad con un corto numero de hombres, y se retira su guarnición a Orizaba.- Regresa esta por la retirada de aquel caudillo.- Es atacada por los comandantes Sánchez, Arroyo y Machorro.- La guarnición se retira al Carmen, pero el edificio es asaltado y tomado.- Se celebra un convenio con los europeos prisioneros, pero llevados a Tecamachalco en el puente de los Chichimecos fueron cruelmente asesinados.- Ventajas de Tehuacan para prosperar en lo futuro.- Descríbese el carácter del guerrillero Arroyo.- Sorpresa del Comandante Lailson en Montealto, que conducía un correo, y consecuencias de esta desgracia para varias familias de México.- Ocupación de Orizaba por las tropas del Cura Alarcón.- Retirase la guarnición de la Villa a la de Córdoba.- Fortificase esta, y se hace impenetrable a los americanos de quienes triunfan los realistas en sus salidas que los hacen retirar.- Salida de Llano con un convoy para Veracruz.- Lo atacan los americanos, y son puestos en dispersión y obligados a abandonar a Tepeaca.- Ventajas de este punto para fortificarse.- Llano avanza rápidamente en auxilio de Orizaba, a donde entra a pesar de pequeños obstáculos que tuvo en las lomas de Huilapa.- Condúcese bien en Orizaba, y socorre a Córdoba.- Asesinato del Lic. D. Francisco la Llave por el español Francisco Rioseco, y castigo de éste.- Retirase Llano con el convoy de Tabacos, y es

atacado en Aculcingo.- Memoria honrosa del Cura Alarcón.- Prisión de Albino García en el Valle de Santiago por D. Agustín de Iturbide.- Muerte de aquel y de su hermano en Celaya precedida de una burla que le hizo el General García Conde.

CARTA 12..... 133

Iturbide es ascendido a Teniente Coronel por la prisión de los Garcías.- Ataca el P. Sánchez al batallón expedicionario de América en las inmediaciones de Atlixco, y hace sobre él una salida honrosa.- García Conde derrota en el punto de Calpulalpam a Chito Villagrán, que pretendió quitarle el convoy que conducía.- Sale García Conde con otro Convoy, para lo interior de 12,000 mulas, y 136 coches, y llega a Querétaro con mucho trabajo.- Sale Llano con un convoy para Veracruz, acompañado del comerciante Lobo para especular en papel.- Una partida de americanos lo ataca en las inmediaciones de Tepeyahualco, y la derrota el Coronel Moran (hoy Marqués de Vivanco).- Estado de la Villa de Xalapa en aquellos dias. Instálase la junta de Ñaulingo.- El Comandante español Fajardo, derrota al americano Bello en las alturas de la Orduña, y la compañía urbana de españoles comete horrendas atrocidades con los vencidos.- Entra Llano en Ñaulingo sin oposición, y toma unos cañones.- El Capitán español Ramiro, salido de Xalapa a traer víveres de Perote, es atacado en la Joya por Arroyo, y le hace mucho daño.- El mismo ataca las vigías de Macuiltepec, y ejecuta en sus cadáveres horribles y vergonzosas mutilaciones.- Dase noticia de una conjuración descubierta en el castillo de Perote, por lo que se instaló un consejo de guerra permanente que fusiló a 13 hombres.- Instálase otro en Veracruz, presidido por Moreno Daóix, así como aquel por el General Olazabal.- Sale Llano para Veracruz con el convoy.- En la Plaza sabe de las desgracias ocurridas al batallón de Castilla, ya por causa de su salida a las inmediaciones sobre los americanos, ya por la peste.- Engrosa Llano su división con esta tropa y la lleva a convalecer a Xalapa.- Tiene en su transito algunas escaramuzas, y sale felizmente de ellas por las tropas americanas.- Ataques a Xalapa y salidas de su guarnición. Descríbense.- Persecución del Clero de México por el gobierno.- Entre los escritores fomentados por éste, se presenta el Dr. Florencio Pérez Comoto, segundo Cirujano de la fragata Brígida.- Su primer papel causa alarma a los clérigos, y por el merece la confianza intima del Virrey Venegas.

CARTA 13..... 145

Historia del P. Salto de Valladolid, fusilado por Truxillo.- Historia del Lic. D. Manuel Sabino Crespo, fusilado en Apam de orden de Calleja.- Tristes ocurrencias después de su injusta muerte.- Ataque de Tulancingo por Osorno, y su mal éxito por la indisciplina de su tropa.- Ataque de Xerecuaro por D. Ramón Rayón.- Historia del Comandante de aquel punto Ferrer, y sus atrocidades.- Historia del proceso formado al Mariscal D. Leonardo Bravo.- Su muerte y la de sus socios Pérez y Piedra.- Elogio de este Jefe.

CARTA 14..... 157

Mediación ofrecida por el Sr. Campillo, Obispo de Puebla, para reducir a los americanos al partido del gobierno español.- Escribe una carta insultante al General Morelos.- Respuesta de éste, y notas a dicha carta del autor del Cuadro Histórico.

CARTA 15..... 169

Escribe otra carta el Sr. Campillo al General D. Ignacio Rayón con el mismo objeto, y para ello comisiona al Cura Palafox de Huamantla.- Asimismo dirige otra al General D. Miguel Bravo, y sus solicitudes no surten efecto.- Expedición del Comandante Labaqui, español, sobre las Villas.- Morelos le manda atacar en S. Agustín del Palmar.- D. Nicolás Bravo lo derrota, y muere en la acción que duró cerca de tres días.- Bravo se conduce generosamente con los prisioneros.- Ricos despojos de esta acción.- Elogia el autor la moderación de Bravo.- Morelos manda al Coronel Trujano que recoja los ganados de las Inmediaciones de Puebla.- Situase en el rancho de la Virgen, y en él le ataca Samaniego con la tropa de Tepeaca.- Se defiende heroicamente y muere en la acción. Trasládase su cadáver a Tehuacan, donde es sepultado con honores militares.- Elogio de este Jefe.- Inscripción que en loor suyo debiera ponerse en Huaxuapam.- Orden del General Morelos hallada en los vestidos de Trujano sobre la mayor disciplina de su tropa.- Acción de Osumba dada por Morelos al General Porlier.

CARTA 16..... 179

Muerte del Coronel Tapia en la batalla de Osumba.- Necesidad en que se vio Morelos de dar organización a su ejército.- Recibe un convoy de Barras de Plata de Zacatlán, y un refuerzo con que continúa su marcha para Orizaba.- Jura de la constitución española en México, y nuevo aspecto que dio esta ocurrencia a la revolución.- Libertad de Imprenta concedida capciosamente para reprender a los escritores.- Dase idea de los papeles publicados en los 66 días que duró, y persecuciones del Pensador mexicano, y del autor del Juguetillo.- Persecución de D. Mariano Barazabal.- Marcha Morelos para Orizaba, y la toma a viva fuerza.- El Obispo de Puebla costea una expedición sobre esta Villa.- Retírase de la Villa, y en las cumbres de Aculcingo dispersa Águila la escolta de Morelos que le hace una fuerte oposición.- Galeana se ve a punto de perecer, y se salva prodigiosamente.- Cuidado que causa a Morelos la noticia de la pérdida de este General. Entra Morelos en Tehuacan.- Reflexiones sobre las ventajas que pudo haber sacado de esta expedición, y de que no se supo aprovechar.

CARTA 17..... 191

Consecuencias favorables en política de la guerra a Orizaba, y causas que decidieron a Morelos a emprenderla.- Descríbese el campamento del Gallo, sus fortificaciones y talleres de armas, y descubrimiento de unos cañones de artillería cruzados, debido a D. Ramón Rayón.- Patriotismo de Doña Leona Vicario fomentadora generosa de este establecimiento.- Dificultades de los americanos para hacer la guerra, y medidas de que se valían.- Acción del Zapote dada por D. Ramón Rayón.- Intriga del Virrey Venegas para sacar partido de los americanos en el estado de aflicción en que se hallaban.- El General Rayón es burlado.- Su conducta para sacar recursos y proseguir la guerra.- Intercepta D. Ramón Rayón un convoy de mas de 30,000 carneros, cerca de S. Juan del Rió, en 10 de diciembre de 1812.- Elógiase su conducta militar en esta expedición.- Expedición de Morelos sobre Oaxaca, y al efecto se le reúne Matamoros sin animo de abandonar a Izúcar.- Disposición de Oaxaca para resistir, y costos de su fortificación.- Morelos pasa por puntos que creía fortificados y se admira.- Necesidades que padece el ejército.

CARTA 18..... 203

La descubierta de Morelos bate a la de Régules en la hacienda de Viguera.- Fuga del Obispo para Tehuantepec, y no de un modo apostólico antiguo.- Se traza el plan de ataque en la Villa de Etla.- Intímase la rendición al General Saravia que no recibe.- Morelos se ve a punto de perecer bajo el fortín de la soledad.- Su valor y entereza.- Se tomó la ciudad después que el fortín por el valor de Sesma, y buena dirección de la artillería mandada por Terán.- Alcance dado a los gachupines que se fugan para Guatemala.- Prisión de Régules en el Carmen, por la astucia de Matamoros. Id. del General Saravia.- Ambos son fusilados.- Elogio de Saravia digno de otra suerte.- Muerte de Bonavia, y de D. Nicolás Aristi.- Libertad del P. Talavera.- Botín tomado en Oaxaca.- Presentación de los primeros mártires de la libertad de aquella ciudad, hecha de orden de Morelos.- Instala este Jefe un gobierno a satisfacción del pueblo, y sufraga como un particular por el que creyó mas digno.

CARTA 19..... 215

Fiestas y regocijos por la entrada en Oaxaca.- Poesías hechas por semejante motivo.- Sus disposiciones para levantar tropas que la defendiesen.- Árbitros criminales tomados por el partido enemigo, por medio de algunos frailes para una contrarrevolución. Águila ocupa a Tehuacan desierto, en solicitad de las barras de plata que creyó hallar allí.- Primera elección de electores de parroquia hecha en México, y conmociones suscitadas por los gachupines por no haber salido ninguno de su partido.- El Gobernador de Perote pide auxilio para Xalapa, rodeada entonces de americanos, cuya guarnición sufre derrotas. Olazabal entra en S. Andrés Chalchicomula y roba la plata, del que lo hospedó en su casa.- Echa contribuciones al pueblo.- Sale Águila con una división de Tehuacan para Oaxaca.- Llega hasta Quiotepec y retrocede de miedo.- El destacamento americano de Izúcar lo abandona.- Ocúpanlo los españoles, y forman mucha algazara.- Se fortifican en la Villa.- Expedición de D. Víctor y D. Miguel Bravo a la costa de Xamiltepec donde triunfan de los Comandantes españoles Rionda, Añorve, Reguera y Armengol.- Acción heroica de un artillero americano en el paso de la Teja de Rioverde.

CARTA 20..... 227

La división del P. Talavera reunida en Tepenixtlahuaca obliga a los Comandantes españoles a retirarse a Acapulco.- Rionda al paso por el punto de espanta Ruines derrota a un destacamento americano, situado allí débilmente.- La expedición de los Bravos termina en Asoyu de donde parte para Chilapa y río de las Balsas.- Expedición del General Rayón a lxmiquilpam.- Le intima rendición y ataca con buen suceso; después de saquearlo los auxiliares, y a punto de tomarlo, se retira por tratar con los enviados de Venegas en Tulancingo.- Entra en Huichapam, y Chito Villagrán trata de prenderlo levantando los puentes levadizos; mas con su escolta impone a los traidores y los desarma en sus cuarteles.- Dase idea de la división militar que levantó el Dr. Berdusco en Michoacán, y de sus repetidas derrotas.- Después de la que sufrió en Uruapán, marchó a Taretan donde se entretuvo en torear un borrego mocho.- Hace una nueva reunión en Ario que completó en Pátzcuaro y con mas de 2,500 hombres ataca a Valladolid y es derrotado y perseguido por el Comandante Linares, perdiendo toda su artillería.- Los españoles no fusilan á ninguno de los prisioneros.- Anécdota burlesca del Comandante Antonelli con éstos.- El General Rayón viene de Tlalpuxahua en persona a hacer cargos a Verdusco por su conducta irregular. Una división salida de Valladolid ataca al P. Navarrete, fortificado en Xauxilla.- Viene en su auxilio al mando de Solórzano un cuerpo de tropas que ataca por sorpresa Liceaga en la hacienda de Santa Eugenia, presumiendo marchase a prenderlo.- Liceaga fortificado en la laguna de Yurira se retira de un fuerte a quien dio su nombre.- Descríbese la laguna e isla situada en ella.

CARTA 21..... 239

Continúa la descripción de la laguna y fuerte Liceaga por el Comandante Iturbide, destinado a atacar aquel punto.- Para tomarlo se sitia en el campo de Santiaguillo a medio tiro de cañón.- Llamado secretamente por los presidiarios que tenia allí Liceaga, lo ocupa y muere el subdiácono Ramírez que hacia de gobernador.- Hace a pesar de esto ejecuciones militares, y ocupado este punto después por D. Ramón Rayón, exhuma los huesos de los cadáveres, y les da honrosa sepultura.- El General Olazabal ataca el puente del Rey para conducir un convoy a Veracruz.- Es rechazado con gran pérdida, y torciendo por el vado de Apasapa, logra entrar en Veracruz.- Torna a pasar por Puente del Rey

reforzado con nuevas tropas expedicionarias de España, y lo consigue, porque D. Nicolás Bravo le esperaba por el paso del Pinillo. Aspecto político de México en aquellos días.- Calleja es nombrado Virrey en lugar de Venegas.- Contradicción de su conducta con los principios que protestó seguir en su primera proclama.- Opresión de los mexicanos conocida por el número de causas substanciadas en aquellos días.- Expedición del Comandante Rubin de Coelis sobre Zacatlán.- Es derrotado por Osorno en Mimiahuapam.- Expedición de Acapulco por Morelos y su salida de Oaxaca.- Orden de marcha que llevó.- Intercepta un correo de Venegas, contrahace su firma, y le previene a Paris que se reconcentre en Acapulco.- Surte su efecto esta superchería.- Los Bravos reciben orden de situarse a las márgenes del Mescala.- Las partidas de Paris atacan al Capitán Montoro en diferentes puntos.- Morelos se sitúa sobre la garita de Acapulco, y dicta sus órdenes para comenzar la campaña.

CARTA 22..... 251

Sitio y ataques de la plaza de Acapulco.- Comienza el fuego en 4 de abril en la casa-mata.- Toma el ejército sitiador posiciones ventajosas para el ataque de la ciudad.- Defiéndela el español Rubido.- Es herido el Brigadier Avila.- Retírase la tropa realista para el castillo.- Es tomada la ciudad, y entregados los sitiadoras al desorden.- Salida de la tropa de Rubido sobre los americanos y su resistencia.- Tómanse los puntos de S. José y el Padrastro, y se fortifican con trincheras.- Los sitiadores son desalojados del punto de los Hornos, y se retiran con orden.- Tíranse las líneas de circunvalación y contravalación.- Comiénzase un camino cubierto desde S. José hasta el foso del castillo, y se emprende una mina para volarlo.- Averíguase en junta de guerra el modo de tomar la fortaleza, y Morelos resuelve en secreto tomar la Isla Roqueta.- Modo con que ejecutó esta empresa el Coronel D. Pablo Galeana.- Efectuase en una noche.- Tómase la goleta Guadalupe.- Acción de gracias por esta victoria, y lo que sucedió estando en ella.- Ataque del bergantín S. Carlos que venia de S. Blas con víveres por el Capitán Montes de Oca.- Frústrase la tentativa de abordarlo con gran pérdida de los americanos.- Introduce los víveres en el castillo.- Expedición de Guatemala sobre la provincia de Oaxaca que desbarata fácilmente el General Matamoros en el punto de la raya de aquel reino y dicha provincia.- Crueldades del Comandante

Damfriai que la condujo.- Su ineptitud.- Grandes despojos que proporcionó esta acción a los americanos.- Entrada de Matamoros en Oaxaca.- Retrato de este General.- Traslación de unas imágenes halladas en el pueblo de Tequisistlan entre la basura.- Matamoros es ascendido al grado de Teniente General.- Plantease un Molino de pólvora en las cercanías de Oaxaca.- Salida de Matamoros de Oaxaca para recobrar a Izúcar.- Aplaca un motín militar en el acto de marchar.

CARTA 23..... 263

Salida de D. Ramón Rayón de Tlalpuxahua con una división para tener un acomodamiento con Liceaga.- Durante ellas se aproxima D. Agustín de Iturbide con un convoy que conduce de Guanajuato.- Motivos porque Rayón se decide a batirse con él a pesar de la superioridad de las fuerzas de aquel.- Traza su plan de defensa en el puente de Salvatierra.- Iturbide ataca hasta tres veces, y es rechazado.- Se le persigue en fuga cerca de una legua.- Retrocede por haberle atacado en un carril la caballería de Oviedo contra las ordenes de Rayón.- Manda este con su Ayudante D. P. Páez, orden a sus destacamentos de mantenerse firmes; pero en vez de cumplir con este mandato toma la fuga, y se pierde la batalla.- Liceaga se mantiene espectador tranquilo, y no quiere socorrer a Rayón ni aun tomarse el convoy de Iturbide desamparado en la hacienda de S. Nicolás.- Muerte del oficial D. Manuel Fernández con otros jóvenes.- Su elogio.- Rayón se retira en formación a puerto Ferrer, donde reúne los dispersos.- De los prisioneros que hizo Iturbide solo fusiló 18, y no 300 como informó al gobierno.- Hízolo de este número en la hacienda de Pantoja a sangre fría.- Castillo Bustamante avanza desde Toluca con dos mil hombres sobre el campo del Gallo, y D. Ramón Rayón va a darle auxilio.- Sitia y estrecha dicho campo, en cuyas inmediaciones hay varias escaramuzas, que aunque son ventajosas a los sitiados, los obligan a abandonar el campo por absoluta falta de agua que beben mezclada con sangre de españoles del hundido de una mina.- Retírase Rayón sin ninguna pérdida, clavando la artillería, e incendiando las cureñas y el parque.- Bustamante quiere darle alcance, y hay una escaramuza en las barrancas del Hoyo de la Arena.- Entra Rayón en Zitacuaro, cuya Villa después evacuada por la llegada de Bustamante, y la población queda desierta.- Sepárase D. Ramón de D. Ignacio su hermano; aquel parte para el Bajío a levantar una división con solos 17 hombres, y este se encamina

a la provincia de Valladolid.- Verduzco y Liceaga intentan seducir a Osorno por medio de Villagrán, pero aquel no escucha sus proposiciones.- Expedición de Osorno sobre el pueblo de Zacapuxtla.- Es rechazado, y muere con gloria el Capitán de su escolta.- Elogia de éste.- Indisciplina de la tropa del Norte, y tenacidad de los indios en adoptar el sistema de independencia.- Expediciona el Conde de Castro Terreño sobre Zacatlán que encuentra desierto, pero antes de su salida fusila al Coronel Ramírez que se había indultado en Puebla.- Recoge varias piezas y un obús enterrados.- Pórtase con moderación, pero destruye el fortín de S. Miguel.- El Cura de Lahuitlalpam Durán del Moro, hace caza a su ejército con un puñado de hombres.- Lo hacen prisionero, lo hieren y para evitar su público suplicio decretado por el Virrey, se le da un tosigo y muere.- Crítica de una mala poesía hecha en loor de Castro Terreño.- Peste desoladora aparecida en aquellos días.

CARTA 24..... 275

Averíguase el origen de la peste y sus estragos en las provincias de Puebla y México.- No ataca a Oaxaca, y si a sus inmediaciones.- Desavenencias del Conde de Castro Terreño con el Marqués da Monserrat y con el ayuntamiento de Puebla.- Sentencia injusta pronunciada en estas controversias.- Escandalosa circular expedida en aquellos días por el gobierno de México para conocer a los insurgentes por ciertas señales.- El gobierno recurre a los venenos para hostilizar a los americanos, y se depositan en la secretaría del virreinato cazones de una yerba fatal que mandó entregar a un Teniente Coronel de artillería.- Historia de D. Francisco Antonio Galicia, Gobernador de la Tecpam de S. Juan.- Su destierro a Manila.- Su muerte en Acapulco.- Elogio de sus virtudes.- Documentos con que se comprueba su amor a la libertad.- Acciones militares del Dr. Cós, segundo de Liceaga.- Ataca a Guanajuato.- Parlamento con el Comandante del fuerte de Mellado.- Refíerense otras acciones en que la tropa de este Jefe acredito valor, mandada por D. Matías Ortiz (alias el Pachón) en la hacienda de la Quemada.

CARTA 25..... 287

Ataque del convoy dado al General García Conde por el Comandante Salmerón en Salamanca.- Continuación del sitio de Acapulco.-

Amaga Morelos asaltar el castillo y se rinde por capitulación en 19 de agosto de 1813.- Artículos de ésta.- Entrega del castillo al General Galeana.- Entra el siguiente día Morelos, y dignidad con que se conduce en este acto.- Sentado a la mesa brinda por España; pero España Hermana y no Dominadora de América.- Muéstrase generoso con los vencidos.- Solicita del Gobernador que pase a su ejército, y hallándolo resistente le vaticina el mal pago que le darían los gachupines que al fin vio cumplido.- Trozo brillante en loor de Morelos por la toma de Acapulco.- Manifiesto de la junta de Zitácuaro por el Aniversario del grito de Dolores.

CARTA 26..... 299

Continúa y concluye el Manifiesto de la junta de Zitacuaro.- Respuesta dada por el Dr. Cos a nombre del General Liceaga sobre el acomodamiento que propuso Venegas al Presidente Rayón que consultó con sus colegas para decidirse.-Nota importante sobre la cesión que las cortes de Madrid del año de 1820 hicieron de las Floridas a los Estados-unidos.- Análisis de dicha cesión según el convenio.

CARTA 27..... 311

Continuación de la anterior.- Escarmiento que deben sacar los revoltosos del ejemplo referido en los anteriores aconteci-mientos.- Acciones del General D. Nicolás Bravo.- La de Alvarado.- Se sitúa en Coscomatepec.- Le ataca el Comandante Costi y es derrotado.- Excursiones y rapiñas de Costí en Zongolica.- Descripción del sitio de Coscomatepec y motivos porque se emprendió.- Fuerzas que se situaron para tomar la plaza.-

CARTA 28..... 323

Continúa la relación del sitio de Coscomatepec.- Diario tomado al enemigo de las operaciones de los sitiadores.- Parte del Comandante Águila, encargado de concluir el sitio.- Sucintas relaciones de este sitio por el General Bravo.- Modo raro con que evacuó la plaza burlando al enemigo.- Poesía notable de Ercilla en alabanza de Bravo.-

CARTA 29..... 335

Entra Águila en Coscomatepec, y excesos de sus soldados.- Consecuencias del sitio.- Acción de Piaxtla perdida por el Comandante interino Ojeda.- Junta celebrada en la Catedral de Oaxaca para aumentar la junta gubernativa, ó instalar un Congreso nacional.- Sentimientos de Morelos en orden a las desazones de los vocales.- Poesías hechas en su elogio.- Ruina de los Villagranes.- Juicio sobre su conducta.- Atrocidades del Comandante Ordóñez nombrado para succederles.- Muerte del Coronel D. Eugenio Montaño.- Derrota del Comandante español Salceda en la hacienda de Tepetates en venganza de la muerte de Montaño.

CARTA 30..... 347

Elogio del Coronel Montaño.- Acatlán invadido por la tropa de Ortega y sus excesos.- Expedición de D. Manuel Terán en la costa de Xamiltepec, y su buen éxito.- Reacción de D. Ramón Rayón en el Bajío, y sus victorias en Chaparaco, y Zacapo.- Ataca el Comandante realista Llorente a Osorno en Agua Hedionda y se retira con perdida.- Batalla de Matamoros en Agua de Quichula al batallón de Asturias.

CARTA 31..... 359

Concluye la anterior relación.- Sorpresa que causa a Calleja la derrota de Asturias, y medidas para repararla.- Ordenes de Matamoros para la acción que prueban su pericia.- Castro Terreño es removido del gobierno de Puebla.- Historia del Proceso y consejo de guerra formado al Comandante Martínez de Asturias y un extracto del manifiesto del Lic. D. Carlos Bustamante a Calleja para un acomoda-miento pacifico.

CARTA 32..... 371

Concluye el extracto del manifiesto de que habla la carta anterior, y se exhorta al ayuntamiento de México á excitar a Calleja a un acomodamiento.- Instalación del congreso de Chilpantzinco en 13 de septiembre de 1813.- Modo con que se proclamó a Morelos Generalísimo.- Oda en alabanza suya por la instalación del congreso.- Plan meditado por Calleja para atacar á Morelos.

CARTA 33..... 383

Concluye el plan de la carta anterior.- Providencias de Calleja para organizar la milicia cívica de México.- Conmoción del paisanaje de esta ciudad con el Batallón de Castilla y las milicias provinciales y desgracias ocurridas por ella.- Ocurrencias de Guadalajara en aquella época.- Retrato del General Cruz, y cuadro que éste traza de aquella provincia.

CARTA 34..... 395

Expedición de Morelos para Valladolid.- Su itinerario.- Llega a la plaza, é intima soberbiamente la rendición dentro de 3 horas.- Manda ocupar a Galeana la garita del Zapote, pero este se precipita hasta atacar y tomar el fortín.- Penetra por algunas calles de Valladolid, y a esta sazón es socorrida la Plaza por la vanguardia del General Llano.- Sostiene un recio ataque con ella, y con la guarnición que hace una salida.- Pierde en la acción setecientos hombres- Se retira batiéndose hasta el campo de Morelos.- Matamoros no puede socorrerlo por la distancia.- Matamoros pasa al día siguiente revista sobre la plaza, de la que salen 300 dragones con igual número de infantes a la grupa, que logran penetrar hasta el campo de Morelos, quien con disimulo se escapa de toda partida que lo desconoce, y la hace piezas. Navarrete ataca a Matamoros creyéndolo enemigo, pues no avisa de su llegada al auxiliar.- Horrenda mortandad que causó este equívoco.- Acobardase el ejército americano con esta desgracia, y se retira en la noche en dispersión.- Al día siguiente salen partidas en su alcance, y se toman los restos del campo.- Los fugitivos son atacados, y llegan a Puruarán como punto de reunión.- Batalla de Puruarán, donde no se halla Morelos.- Sus Generales resisten a recibirla en aquel punto, pero se conforman en fuerza de la obediencia.- Morelos no asiste a la acción, y se retira a la hacienda de Santa Lucia.

CARTA 35..... 407

Iturbide y Llano se presentan sobre Puruarán.- Lo atacan.- Son rechazados, pero logran penetrar por la Vagacera de la hacienda.- Introdúcese la confusión.- Hacen muchos prisioneros que conducen a Valladolid, y entre ellos al General Matamoros.- Después de muchas

befas e insultos es procesado, y fusilado.- Horrible conducta tenida con los prisioneros americanos a quienes antes de fusilar, se les hace abrir su sepultura con las propias manos. Censúrase esta conducta.- Elogio de Matamoros.- Conclusión de la segunda época.